

# La invención del marxismo

*Montserrat Galcerán Huguet*







**La invención del  
marxismo**

*Montserrat Galcerán Huguet*



## traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y solo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

*Omnia sunt communia!*



# historia

*Omnia sunt communia!* o «Todo es común» fue el grito colectivista de los campesinos anabaptistas, alzados de igual modo contra los príncipes protestantes y el emperador católico. Barridos de la faz de la tierra por sus enemigos, su historia fue la de un posible truncado, la de una alternativa a su tiempo que quedó encallada en la guerra y la derrota, pero que sin embargo en el principio de su exigencias permanece profundamente actual.

En esta colección, que recoge tanto novelas históricas como rigurosos estudios científicos, se pretende reconstruir un mapa mínimo de estas alternativas imposibles: los rastros de viejas batallas que sin llegar a definir completamente nuestro tiempo, nos han dejado la vitalidad de un anhelo tan actual como el del grito anabaptista.

*Omnia sunt communia!*



© 1997, del texto, Montserrat Galcerán Huguet  
© 2023, de la edición, Traficantes de Sueños






# creative commons

Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 España  
(CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de:

 \* Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

-  \* Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).
-  \* No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  \* Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

- \* Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- \* Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.
- \* Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:
  - Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
  - Los derechos morales del autor
  - Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.
- \* Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

**Primera edición:** *La invención del marxismo*, Madrid, Iepala, 1997.

**Primera edición en Traficantes de Sueños:** abril de 2023.

**Título:**

La invención del marxismo. Estudio sobre la formación del marxismo en la socialdemocracia alemana del siglo XIX.

**Autora:**

Montserrat Galcerán Huguet

**Maquetación y diseño de cubierta:**

Traficantes de Sueños

Traficantes de Sueños  
C/ Duque de Alba, 13  
28012 Madrid  
Tlf: 915320928  
editorial@traficantes.net

ISBN: 978-84-19833-02-0

Déposito legal: M-12619-2023

# La invención del marxismo

Estudio sobre la formación del  
marxismo en la socialdemocracia  
alemana del siglo XIX

*Montserrat Galcerán Huguet*

historia  
traficantes de sueños



# ÍNDICE

Prólogo a la segunda edición	17
Marxismo y clase obrera	21
¿Qué socialismo?	23
Introducción	27
Siglas	45
<b>Primera parte. La cuestión social en la Alemania bismarckiana</b>	<b>47</b>
<b>1. Cuestión social, socialismo y socialdemocracia</b>	<b>51</b>
Constitución de la Alemania bismarckiana (1864-1890)	51
La política de reformas sociales	62
El debate teórico en torno a las medidas sociales.	
Los socialistas de cátedra ( <i>Kathedersozialisten</i> )	67
<b>2. El movimiento obrero ante el proceso de unificación</b>	<b>83</b>
Los movimientos de masas. Luchas y asociaciones obreras en la era de la industrialización	83
El doble origen de la socialdemocracia alemana: lassalleanos y marxistas	89
La Asociación General de los Trabajadores Alemanes (ADAV) y la Liga de Asociaciones Obreras Educativas Alemanas (VDAV)	99
El Congreso de unidad de Gotha (1875). El objetivo de la liberación del trabajo y la defensa del Estado popular democrático	111
<b>3. La situación política de la vieja socialdemocracia alemana</b>	<b>121</b>
Las organizaciones obreras: partidos y sindicatos	121
Dos líderes indiscutibles: A. Bebel y W. Liebknecht	127
El viejo soldado de la Revolución: Wilhelm Liebknecht (1826-1900)	136

<b>4. Marx y Engels, intérpretes de la realidad alemana</b>	<b>143</b>
El proceso de unificación y la interpretación de Bismarck	143
La relación con Lassalle	153
La crítica al Programa de Gotha	170
El decreto antisocialista	174
<b>Segunda parte. La invención del marxismo</b>	<b>179</b>
<b>5. El debate teórico en la prensa socialista</b>	<b>183</b>
El discurso socialista de la socialdemocracia unificada	183
Las posiciones éticas y jurídicas genéricamente socialistas	194
Inicios de materialismo en Joseph Dietzgen (1828-1888)	206
<b>6. El socialismo marxista</b>	<b>213</b>
La polémica de Marx con la economía nacional. El caso Rodbertus	213
El <i>Anti-Dühring</i> de Engels	235
<b>7. La revolución como problema</b>	<b>261</b>
Las consecuencias de la represión	261
La tentación anarquista	267
La estrategia bebeliana	274
Revolución social y revolución política	285
La contraposición con Bakunin en torno a la acción política de los trabajadores	290
La teoría de la revolución del viejo Engels	296
Las revoluciones no se hacen	305
<b>8. El joven Kautsky y el viejo Engels</b>	<b>315</b>
Karl Kautsky: Un periodista en el exilio	315
Intelectual y activista del socialismo austriaco	329
El problema de las etapas: socialismo y comunismo	336
Peregrinación a Londres en 1881 y 1885	338
La cooperación entre Engels y Kautsky (1885-1888)	345
Trabajos de historia del socialismo	352
<b>Tercera parte. El socialismo inevitable de la ortodoxia marxista</b>	<b>359</b>
<b>9. La interminable polémica con el «socialismo conservador»</b>	<b>363</b>
La contribución de <i>La Nueva Época (Die Neue Zeit)</i>	363
La polémica con el socialismo de Estado	369
Economía e historia	377
El debate político	383

Inicios del materialismo histórico	390
Socialismo reaccionario, socialismo republicano-democrático y socialismo histórico (marxista)	397
<b>10. El axioma de la necesidad histórica</b>	<b>403</b>
Entre el rechazo y la integración: la socialdemocracia legal	403
La recepción del marxismo kautskyano	418
Marx, Engels y Kautsky. La cuestión del darwinismo	425
La autoconciencia socialista	439
<b>Bibliografía</b>	<b>447</b>
I. Fuentes	447
II. Materiales auxiliares	454
III. Revistas especializadas	458
IV. Bibliografía general. Monografías y artículos de revista	458



*En memoria de Michael Jiménez (1948-2001)  
y Steve Sapolsky (1948-2001)*

*A H. J. Sandkühler,  
querido amigo, que no  
necesitó enterrar su pasado bajo  
siete llaves, hasta hacerlo incomprensible.*





## Prólogo a la segunda edición

Este libro se escribió en la década de los ochenta, aunque se publicara casi diez años después. El retraso tuvo que ver con las dificultades para publicar un libro sobre marxismo en un momento en que ya había pasado de moda, siendo sustituido por nuevas cuestiones tales como el auge del postmodernismo, una crítica insistente y repetida contra los errores del marxismo y el triunfo incontestado del neoliberalismo.

Los años sesenta y setenta habían sido años de una gran presencia del marxismo en el mundo cultural. Ligado a los movimientos del '68, a la revolución cultural china o a la presencia de guerrillas en Latinoamérica y en África, el marxismo y sus diversas variantes constituían una presencia constante en el mundo cultural.

La gran ofensiva de los años ochenta, que algunos denominan contrarrevolución: neoliberalismo por un lado, postmodernismo por otro, supuso un desguace casi total de aquellas ideas. Este desplazamiento de las posiciones vino acompañado por la renuncia de muchos de los intelectuales de aquellos años y por su defensa apasionada de las nuevas posiciones. Los «nuevos filósofos» marcaron un territorio nuevo, caracterizado por la denuncia de los vicios del marxismo (teleología, determinismo, ausencia de preocupación por los temas culturales y la construcción de subjetividad, etc.), que lo incluía en la Modernidad, un periodo que se daba por superado. Antiguos «marxistas» como Jean-François Lyotard, Gianni Vattimo, Bernard Henry-Levy o André Glucksman fueron los protagonistas de ese nuevo periodo.

Antonio Negri los definió como los «años de invierno». Agotado el empuje del '68, pacificado el entorno, habiéndose hecho mayores y respetables los y las que habían vivido el frenesí de aquellos años, se imponía la calma de una sociedad más o menos conformada. Al tiempo la corriente menos política del '68 era recuperada por el *establishment* en un intento de capturarla para dar nuevo impulso al capitalismo y prepararle una nueva imagen, como muy bien explicaron Luc Boltanski y Eve Chiapello en su libro *El nuevo espíritu del capitalismo*.

Un tanto a contracorriente y en un extremo de Europa, esta investigación intentaba rastrear la transformación del marxismo, desde ser una teoría de la revolución hasta convertirse en una concepción evolutiva de la historia, que implícitamente negaba la posibilidad misma de una revolución. ¿Qué había pasado con el pensamiento de Marx, que se inscribía en la historia de las revoluciones europeas del siglo XIX, desde la revolución de 1848 a la de la Comuna de París, para haberse transformado de ese modo?, ¿cómo entender ese fenómeno cuando, ya en los ochenta, no se podía aceptar que el marxismo-leninismo fuera la auténtica recuperación de la tradición revolucionaria de Marx, la lectura correcta del marxismo, dada la deriva y la historia de la Unión Soviética y de los países del Este?

Muchos de los jóvenes intelectuales de los años sesenta y primeros setenta se habían roto la cabeza leyendo y releendo los textos de Marx, buscando en ellos nuevas interpretaciones que fueran útiles para comprender esas derivas. En los ochenta el rechazo de gran parte de lo que habían sostenido unos años antes hacía que el panorama resultara confuso.

Este era por una parte el problema teórico. Pero no menos candente resultaba la cuestión práctico-política. El movimiento obrero, que en este país había sido tan importante y decisivo en los años del anti-franquismo, se extinguía poco a poco. Los conflictos con motivo de la desindustrialización de los años ochenta, bajo el gobierno del PSOE, fueron los últimos fregonazos de unos obreros y obreras dispuestos a defender sus puestos de trabajo frente al desmantelamiento de las industrias. El ejecutor era el PSOE, un partido que aunque había renunciado públicamente al marxismo en 1981, había sido en su larga historia el partido de los trabajadores y seguía llevando el «obrero» en sus siglas.

¿Cómo entender todo eso?, ¿cómo se había logrado, un siglo antes, el encuentro entre trabajadores, más o menos indignados por el sistema de fábrica, e intelectuales del rango de Marx y Engels, que había dado lugar a un movimiento obrero revolucionario y a unos partidos que defendían la revolución social(ista), mientras que un siglo después esos mismos partidos reprimían sin dudarlos las luchas de los propios trabajadores?, ¿por qué esos partidos habían tenido que eliminar el marxismo de sus programas para demostrar que eran capaces de gobernar, del mismo modo que el Partido Comunista había eliminado su referencia al marxismo-leninismo?, ¿qué tenía el marxismo que lo hacía incompatible con la gobernanza en el marco del sistema?

Eran muchas preguntas y el libro no da respuesta a todas ellas. Pero sí permitió esbozar una: el marxismo no era la aplicación práctica de las tesis de Marx, sino una lectura e interpretación específica de ellas en el marco de la socialdemocracia de la época, especialmente de la alemana. Era una *invención*, cuyos autores fueron los primeros socialdemócratas alemanes, herederos directos de aquel legado, apoyados por Engels. Buscar el marxismo en Marx era equivocado.

Aunque el libro estaba terminado en 1990, la publicación tardó varios años en materializarse, concretamente hasta 1997. Muchas editoriales lo rechazaron, entre otras algunas cercanas a estos temas, como Akal o Crítica. Nunca supe la razón. Supongo que en parte se debía a su carácter extemporáneo: ¿a quién le podía interesar en aquel momento poner la lupa en la tradición del socialismo marxista cuando los partidos socialistas ya no se reconocían en ese pasado y los comunistas lo repudiaban? Por otra parte, el muro de Berlín había caído en 1989 y la antigua Unión Soviética estaba en pleno proceso de desintegración. Podríamos decir que estaba desapareciendo el último resultado de una tradición marxista revolucionaria, por muy pervertida que fuera, que se remontaba más de un siglo atrás. La esperanza de que ese final del estalinismo diera lugar a otro tipo de socialismo, y no al capitalismo oligárquico que se impuso, desapareció también en pocos años. No parecía quedar nada de aquella larga tradición histórico-teórica. Pues, aunque Marx volvía a estar relativamente presente en el panorama intelectual, lo estaba como gran pensador, como un clásico que nada o muy poco tenía que ver con la tradición marxista posterior.

A día de hoy, veintitantos años después, la situación ha cambiado. Los estudios sobre Marx volvieron a estar presentes con la crisis de 2007-2008 y los años siguientes. Ha habido muchos trabajos desde múltiples perspectivas: la crítica del valor y el reexamen de la teoría económica de Marx,<sup>1</sup> el tema de la alienación,<sup>2</sup> una cierta recuperación de Hegel,<sup>3</sup> inclusive una cierta relectura de Marx desde postulados comunistas de nuevo cuño,<sup>4</sup> sin olvidar la importante relectura de Marx en el marco del *operaísmo* italiano por obra de Mario Tronti y Antonio Negri.<sup>5</sup> Y sin olvidarnos tampoco de las lecturas latinoamericanas como la de Enrique Dussel o de Álvaro García Linera.<sup>6</sup>

En el centro de estas nuevas lecturas hay una fuerte reconsideración de la teoría económica de Marx, tanto la expuesta en *El Capital* como en los trabajos preparatorios, especialmente en los *Grundrisse*, que han sido profundamente reexaminados en esos años. A lo que podríamos añadir nuevas temáticas que implican una reconsideración de las tesis de Marx en relación a problemas de hoy: feminismos, ecología o raza/racismo, sin olvidar tampoco las críticas desde el pensamiento descolonial o postcolonial. Todo ello hace que, a día de hoy Marx siga estando muy presente en la literatura especializada, aunque haya dejado de ser una referencia actual para la opinión pública.

<sup>1</sup> Ver entre otros el importante trabajo de Moishe Postone, *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría de Marx*, Madrid, Marcial Pons, 2006. O la lectura e interpretación de David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1990 [de próxima publicación en *Traficantes de Sueños*]; *Guía de El Capital de Marx*, Madrid, Akal, 2014; *Guía de El Capital de Marx. Libro segundo*, Madrid, Akal, 2016.

<sup>2</sup> Kurz, Robert, «Marx 2000. La importancia de una teoría dada por muerta para el siglo XXI», en *Constelaciones*, vol. 8-9, 2017, pp. 28-41; Michael Heinrich, *Crítica de la economía política*, Madrid, Escolar y Mayo, 2018.

<sup>3</sup> *Hegel's Logic. With a Foreword By Andy Blunden*, editado por Marxists Internet Archive Publications, 2012.

<sup>4</sup> *Marx21. Un marxismo para el siglo XXI*, recopilación de textos a cargo de Gonzalo Gallardo y Jorge V., Madrid, Contracultura, 2021.

<sup>5</sup> Negri, Antonio, *Marx más allá de Marx*, Madrid, Akal, 2001; Tronti, Mario, *Obreros y capital*, Madrid, Akal, 2001.

<sup>6</sup> García Linera, Álvaro, *Forma valor y forma comunidad*, Ecuador/Madrid, IAEN/Traficantes de Sueños, 2015; Dussel, Enrique, *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2004 y *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 61-63*, Madrid, Siglo XXI, 2007.

## **Marxismo y clase obrera**

El libro parte de que en algún momento se da una identificación entre marxismo –entendido como recepción e interpretación de los textos y teorías de Marx y Engels– y «clase/movimiento obrero», entendido como aquel movimiento sociopolítico de los propios trabajadores en el marco del industrialismo, en este caso el industrialismo emergente en Alemania. El caso alemán era clave pues por una parte estaba en el centro de la constitución de la doctrina y, por otra, contó durante decenios con un movimiento obrero masivo y organizado y con un Partido Socialdemócrata poderoso que se declaraba marxista.

Desde este punto de vista proporcionaba un ejemplo insuperable, si bien también planteaba el problema de cómo, siendo eso así, no coadyuvó a un marxismo revolucionario ni a un movimiento obrero con vocación antagonista sino a una teoría positivista y a una práctica política contemporalizadora. La respuesta la creí encontrar en el modo de la recepción de los textos de Marx, en un momento en el que el ciclo revolucionario de la primera mitad del siglo ya había terminado, el capitalismo sancionaba su expansión imperialista y el propio movimiento obrero, aunque masificado, perdía también su radicalidad. A su vez el ambiente cultural estaba impregnado de positivismo, darwinismo y evolucionismo, teorías que abrazaron los primeros marxistas, considerándolas totalmente coincidentes en muchos puntos con el marxismo. Tampoco había que menospreciar el ambiente represivo de la Alemania de la época con un decreto contra los socialistas que los relegó a la clandestinidad entre 1878 y 1890, justo el periodo en el que se fraguó lo que sería el marxismo de esta corriente. La represión que sufría parecía atestiguar por sí misma el carácter revolucionario de la doctrina y del partido.

De ahí la tesis central del libro: el marxismo surge en ese contexto y hay que entenderlo a partir de él, por más que en el propio discurso se revista de una retórica «cientificista» que, en muchos aspectos, no responde a la realidad y que adopte una verborrea revolucionaria, que tampoco se ajusta a su práctica. Lo curioso es que esa doctrina, así construida, se terminara convirtiendo en referente de otros movimientos y discursos, en una especie de primer modelo, cuyos rasgos más economicistas, deterministas e historicistas van a tener larga vida.

Se produce así una situación un tanto especial. Si bien Marx sigue siendo foco de atención para múltiples trabajos, lecturas y relecturas, la vinculación con el movimiento obrero, en gran medida, ha desaparecido. Entre otras cosas porque el propio movimiento obrero se ha debilitado hasta límites insospechados. Se da la paradoja de que conocemos mucho mejor que antes la dinámica del capitalismo, sus procesos de reproducción y el modo como se ha ido extendiendo hasta convertirse en el único sistema socioeconómico imperante a día de hoy. Y conocemos también mejor sus interconexiones con otros sistemas de opresión como el sexismo y el racismo, pero ese conocimiento tiene dificultades para engranarse con las luchas que están sacudiendo el mundo y que, en muchos casos, no están protagonizadas por trabajadores en su condición de tales.

A pesar de los múltiples conflictos en el Sur y en el Norte, en países de reciente industrialización y en otros en vías de desindustrialización, sería difícil hablar de un movimiento obrero activo y fuertemente antagonista con el sistema. Sin menospreciar el peso de los sindicatos en muchos de esos países, su política pasa por la concertación salarial, la defensa de los puestos de trabajo, el aumento del poder adquisitivo de los trabajadores con pequeñas incursiones en campos marginales como el trabajo informal, los nuevos tipos de trabajo en plataformas, los temas de género, etc. Aparte de los problemas de institucionalización o de burocratización, salvo puntuales excepciones no son una fuente de resistencia anticapitalista, ni siquiera en momentos de fuerte movilización como ha sido el caso de los *gilets jaunes* [chalecos amarillos] en Francia o del movimiento 15M en España. Aceptan un lugar subordinado en el capitalismo actual, si bien no renuncian a defender a sus afiliados y a conseguir mejores condiciones para todos y todas.

Obviamente el sindicalismo no tiene las mismas connotaciones en todos los países, pero en Europa, tras la fuerte derrota infligida por Margaret Thatcher a los sindicatos ingleses, no se ha recuperado. Las tasas de afiliación son bajas en todos los países europeos. En España los sindicatos son en gran parte dependientes de las subvenciones que reciben de los poderes públicos y desarrollan una fuerte interacción con el Estado, tanto o más fuerte que con los empresarios. En las pequeñas y medianas empresas, que son abundantísimas en este país, juegan un papel muy pequeño o casi ninguno. Por el contrario son relativamente

fuertes en la Administración pública, cuyo perfil laboral es muy distinto al del obrero clásico.

Tampoco existe un fuerte movimiento en los lugares de trabajo como sí podía existir todavía en las grandes fábricas durante los años setenta. Se hace difícil hablar de un movimiento obrero autónomo a pesar de las movilizaciones en sectores concretos: las jornaleras del campo, las *Kellys*, los repartidores de Glovo, los teleoperadores, los empleados y empleadas de Amazon, etc. Son luchas sectoriales y aisladas que quizás prefiguren la movilización obrera del mañana. Entre las más destacadas podríamos citar las de los y las pensionistas y las de la sanidad, que amplían las luchas a cuestiones centrales para la reproducción social, convertida en problema básico de la sociedad capitalista.

A este respecto hay que tener en cuenta que las luchas obreras se basan en la fuerza colectiva de los trabajadores para imponer sus exigencias, cosa que choca con el discurso hegemónico, que resalta el individualismo y la contratación singular e individualizada como práctica cotidiana. La demonización de todo lo colectivo por parte de la ideología dominante es una fuerte traba para esos proyectos y una dificultad añadida para cualquier proyecto colectivo que no cuenta tampoco con lugares cotidianos de socialización alternativa.

### **¿Qué socialismo?**

En el periodo histórico que abarca este libro, o sea la segunda mitad del siglo XIX, el socialismo aparecía como una respuesta revolucionaria a la entonces candente «cuestión social». Ese nombre designaba la preocupación por la miseria de los trabajadores en un, entonces emergente, sistema capitalista que se presentaba como creador de riqueza. Esa preocupación era compartida no solo por los socialistas, en sus diversas tendencias, sino también por los llamados socialistas de cátedra, un grupo de profesores y académicos que recomendaban diversas formas de atajar ese mal social. Ya que lo que les preocupaba era no solo la extensión de la miseria obrera y del desempleo, sino la posibilidad de que esa situación generara un malestar profundo que alimentara intentos revolucionarios. En último término «cuestión social» no dejaba de ser una forma edulcorada de referirse a la «lucha de clases» de los



incipientes capitalistas contra los trabajadores, a los que condenaban a condiciones de vida verdaderamente extremas.

De hecho las ideas socialistas y comunistas habían surgido en el marco del pensamiento revolucionario propio de los sectores plebeyos en la Revolución francesa y habían acompañado los diversos acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo XIX. En Alemania el socialismo se convirtió en el ideario del Partido Socialdemócrata, fundado en 1875, que en 1891 se declara explícitamente marxista. Es pues entre los años setenta y noventa, cuando el marxismo fragua como doctrina política y se convierte en doctrina oficial del partido. Seguirá siéndolo hasta 1959 cuando en el Congreso de Bad Godesberg la socialdemocracia alemana lo rechace, definiéndose ahora como partidario de la «economía social de mercado». El partido rechaza el antagonismo de clase y abandona cualquier proyecto de revolución; se presenta como un partido transversal, capaz de gobernar en competencia con el partido demócrata cristiano, dirigido en aquel entonces por el canciller Konrad Adenauer.

En el programa se dice textualmente: «El Partido Socialdemócrata, de ser un partido de la clase obrera, se ha convertido en un partido del pueblo».<sup>7</sup> Esta voluntad de gobierno, su reconocimiento de la «economía de mercado» y su fuerte anticomunismo le convertían en un aliado fiable para las potencias vencedoras de la guerra, en un momento en que, de no haber procedido así, tal vez se arriesgaban a la ilegalización, como ocurrió con el Partido Comunista. A la vez todo ello era incompatible con la defensa del marxismo. De ahí su abandono.

Sin llegar hasta ese nuevo cambio de rumbo de la socialdemocracia alemana, el libro presenta su primera etapa, cuando la recepción de los textos marxianos sirve para construir una doctrina solo en parte congruente con ellos, a base de eliminar los acentos más claramente revolucionarios y adecuarlo a las necesidades del momento, o a lo que los socialdemócratas tomaban por tales. No hay cinismo en sus posiciones, al menos en esta primera época. La confrontación con la Revolución rusa y la política bolchevique será el momento de prueba de su discurso y de su práctica política, que empieza con el fiasco de 1915, cuando votan favorablemente los créditos de guerra. La controversia con Lenin

---

<sup>7</sup> *Programmatische Dokumente der deutschen Sozialdemokratie*, Bonn, Dietz, 1984, p. 382.

y los bolcheviques, con la consiguiente división entre socialistas y comunistas, determinará su final.

Después de la Segunda Guerra Mundial el socialismo empieza a entenderse en un sentido débil, como redistribución de la riqueza por medios fiscales y de política social, sin poner en cuestión el predominio de la propiedad privada de los medios de producción, tal como había sido norma en el periodo anterior. Con el abandono del marxismo los partidos socialdemócratas o socialistas se centran en Europa en construir lo que llamarán el Estado del bienestar y en la integración efectiva de los trabajadores en la dinámica capitalista. Eso implica dejar de lado la tesis del antagonismo entre capital y trabajo.

Por su parte la deriva de la ex URSS y los países del Este imponen en aquel momento una concepción del socialismo, apodado «real», como un sistema socioeconómico con propiedad estatal de los medios de producción y control estatal de la misma, acompañado de un sistema político escasamente democrático. Su doctrina oficial es el marxismo-leninismo, pero en una versión muy poco o nada creativa. Quizá los desarrollos más interesantes vengan por vía de escuelas disidentes como el húngaro Gyorgy Lukács, o el grupo yugoslavo de *Praxis*,<sup>8</sup> así como algunas cuestiones propias del marxismo denominado «occidental».

Son decenios de construcción, ampliación y revisión de un *corpus* doctrinal extraordinariamente extenso, del que en este libro examinamos solamente uno de sus orígenes. Al haberme centrado solo en ese primer momento de la elaboración de la doctrina espero haber arrojado nueva luz sobre su origen, contribuyendo así a abrir nuevas vías para otras interpretaciones del legado de Marx capaces de recuperar su dimensión antagonista.

Madrid, marzo de 2023.

---

<sup>8</sup> Lukács, Gyorgy, *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, Grijalbo, 1969; *Revista Praxis*, Marxists.org/Subject/Praxis (archivo de la Escuela de la Praxis, en inglés).



## Introducción

A la muerte de Marx, el 14 de marzo de 1883, el *marxismo* no existía. Circulaba sin duda alguna mala copia del viejo *Manifiesto Comunista* y se había reimpresso el Tomo I de *El Capital*. Había también una traducción francesa de ese Tomo I, además de diversos textos breves, folletos y panfletos: el análisis de la Comuna de 1871, el discurso en el Congreso de La Haya de la Internacional... Y poco más.

Quizá importara poco. Marx era venerado por unos y odiado por otros entre los dirigentes de las diversas corrientes socialistas. Las grandes masas obreras conocían su efigie y algunos rasgos de su biografía. Es probable que supieran que era un gran revolucionario, aunque difícil de comprender porque usaba una terminología poco común y se salía de los tópicos habituales. Además, era un tipo muy raro: vivía como un burgués arruinado, en una casa de cierta apariencia, en la soledad de un gran estudioso no adscrito a institución académica alguna y vituperado por todas ellas; asistía a los balnearios cuando su salud se lo imponía y sus medios se lo permitían, como solían hacer las clases medias acomodadas y era afable pero colérico; detestaba a los imbéciles.

En la Internacional «los de Marx» constituían un grupo no demasiado compacto, en el que se integraban muchos alemanes y algunos franceses, apoyados hasta cierto punto por sindicalistas ingleses. A partir de 1868 se enfrentaron al grupo nucleado en torno a Bakunin, en el que figuraban belgas, holandeses, españoles e italianos, junto a algunos franceses proudhonianos.

Pero lo característico de «los de Marx» no era su doctrina, sino el que defendieran como cuestión prioritaria la llamada *acción política de*

*los trabajadores*, lo que solía implicar que propugnaran la constitución de partidos políticos obreros independientes para intervenir políticamente. Un partido político era por lo demás una estructura un tanto particular en la Europa de finales del siglo XIX, cuyos Parlamentos tenían competencias limitadas, como era el caso de Francia y de Alemania, pues a pesar de la implantación del sufragio universal, la composición de las Cámaras seguía respondiendo a criterios estamentales. En Inglaterra el parlamentarismo poseía mayor amplitud, entre otras cosas porque la Cámara de los Comunes era elegida por sufragio no censitario, es decir por los varones mayores de edad. Por supuesto las mujeres carecían de derecho de voto.

Así las cosas, un partido obrero tendía a ser socialista casi por definición, aunque hubiera matices en cuanto a su tendencia o a su doctrina. Parecía coherente que los trabajadores que viven de un salario y que por tanto carecen de toda propiedad personal de medios de producción, incluida la tierra, aspiraran a la propiedad colectiva. No era difícil comprender que la propiedad personal de los medios de trabajo, en el caso de la propiedad por el artesano de sus herramientas y del saber de su oficio o de la propiedad de la tierra, no solo no se estaba generalizando, sino que más bien estaba desapareciendo. Comparado con el artesano o el pequeño campesino, al trabajador por cuenta ajena o trabajador asalariado si algo le caracteriza es precisamente su falta de propiedad.

En consecuencia, en un momento en que esta pérdida y esta ausencia se experimentaba como una causa de disgregación social que ocasionaba enormes problemas de supervivencia para grandes sectores, no parecía descabellado intentar dar un vuelco a la situación, lo que, si bien no haría a todos y a cada uno de los individuos asalariados propietarios personales, les permitiría en la forma de la *propiedad colectiva* inaugurar tipos de interdependencia social sin explotación. Para ello era necesaria una *revolución social*, ya que todos los socialistas sin excepción eran unánimes en considerar que los propietarios privados, es decir la burguesía, jamás se desprenderían voluntariamente de su propiedad y del derecho a mantenerla, protegerla y transmitirla.

Había pues discusión en cuanto a los *modos subsiguientes* de organización social, entre quienes defendían una propiedad colectiva de base local –los partidarios de las colectivizaciones locales o de las

Comunas— y quien se inclinaba por un tipo de propiedad colectiva a cargo del Estado, que se ocuparía de gestionar la producción en interés de todos los ciudadanos. Entre ambas posiciones cabía un sinfín de matices sea que se favoreciera una administración de tipo federal, estatal o interestatal. Y había también discusión en cuanto a los modos de la revolución, si a través de medidas directas de acción política, posiblemente extraparlamentaria, o por la incidencia en los Parlamentos a través de los partidos políticos, en especial de los partidos obreros.

La realización de la *revolución social* presentaba dos puntos espinosos: el primero era el tema de las expropiaciones, ya que en el caso de que los propietarios privados no renunciaran a sus posesiones, el Gobierno, el Estado o la Revolución debería expropiarles y eso evidentemente suponía un ejercicio de fuerza para el que eran necesarios una serie de requisitos. El segundo era el de cómo se podía aglutinar mejor esa fuerza y el de cómo se debía ejercer para vencer la resistencia que muy previsiblemente opondrían los sectores afectados.

Con una mínima evidencia: si el sufragio universal se extendiera a todos y cada uno de los ciudadanos, y los Parlamentos respondieran en su composición a los votos populares, sería suficiente que los partidos obreros logaran la mayoría y se aseguraran la simpatía de sectores que no siendo obreros no les eran opuestos, para que la voluntad colectiva de los asalariados se impusiera forzando la transformación. Si además la propiedad de los medios de producción tendía a ser cada vez menos personal y más abstracta, pues se concentraba en grandes empresas de sociedades por acciones, grupos empresariales o firmas transnacionales, dicha transformación no tenía por qué ser imposible.

Sin duda Engels no era un doctrinario, sino un gran táctico y un notable político, considerablemente pragmático, para quien en este proceso cada paso tenía que ser convenientemente calculado. No era cuestión de lanzar baladronadas ni de atizar golpes a ciegas. Mayormente cuando el socialismo decimonónico estaba articulado en un movimiento-partido, cuyo objetivo era alcanzar el gobierno o el poder. Poder que tras la revolución podría ejercerse en beneficio de los trabajadores y no contra ellos.

Ahora bien, para que ese poder se mantuviera, es decir para que pudieran imponerse medidas favorables a los trabajadores impidiendo que

rápidamente fueran saboteadas, la socialización de la producción tenía que estar muy avanzada. Y por tal no se entendía solamente la generalización del mercado y de la forma mercantil de todo intercambio, sino el hecho de que todos y cada uno trabajaran-para-otro. Socialización no equivalía pues o no equivalía solo a mercantilización, sino a control social sobre el trabajo y sobre la producción, pues en el hecho de que el trabajo-para-otro tenga la forma de mercancía, lo fundamental no es (solo) esa forma, sino la alteridad constitutiva del trabajo social.

En el capitalismo la estructura mediadora entre el trabajo y sus productos, así como la esfera que permite acceder al consumo es el mercado, que pone al alcance de los consumidores intermedios o finales los productos necesarios para la subsistencia y para la reproducción. Y a la inversa, el hecho de que los individuos deban necesariamente acudir al mercado para su abastecimiento permite que la producción-para-el-mercado sea una forma relativamente consistente de asignación de recursos. El mercado funciona así como un mecanismo complejo de asignación de recursos y de absorción de trabajo, por más que el mercado de trabajo, en la medida en que el trabajo —es decir la fuerza viva del trabajador pegada a su cuerpo— no es producido como mercancía, plantee enormes problemas en su reducción a la pura y mera lógica del intercambio mercantil.

En consecuencia, para trabajadores asalariados muy socializados, con largas generaciones a sus espaldas que les permiten saber ya de sobra que el destinatario de su trabajo es alguien desconocido inmerso como ellos mismos en la tupida red del trabajo asalariado socializado, crear mecanismos de control y de redistribución no tendría por qué ser imposible.

Analista implacable de los efectos del mercado en la sociedad capitalista, en mi opinión la obra de Marx no muestra dualidad alguna, como algunos han querido ver, entre el estudio frío y pormenorizado de ese mecanismo y la defensa ardiente de la revolución social. Más bien toda la obra, como la propia vida del autor, está atravesada por la tensión que enlaza la acción política de transformación social con sus condiciones socioeconómicas de posibilidad. Defender que es posible cambiar una sociedad sin analizar detenidamente las condiciones que hacen posible este cambio, es poco más que mantener la esperanza a pesar de todo, pero analizar la estructura de un sistema socioeconómico desde el

punto de vista de su necesaria eternidad y permanente repetición es a su vez poco menos que un ejercicio teórico de legitimación. Marx se sitúa en el nudo del dilema: no hay ningún sistema socioeconómico que no sea transformable, pero por lo mismo, cualquier acción política que lo quiera transformar tendrá que conocer su estructura. En aras de este proyecto escribió su obra.

Para Engels el problema era otro. *Marxismo* significaba para él usar el análisis de Marx para reforzar un movimiento autónomo de los trabajadores que les permitiera invertir los términos, es decir usar los saberes o técnicas que reducen, facilitan o favorecen el trabajo y amplían la vida y sus goces, en su beneficio.

Pues para ambos era posible que los trabajadores actuaran políticamente e incidieran históricamente. Sin duda la política tiene sus reglas, pero no por ello determinados sectores sociales por el hecho de serlo deberían ser ajenos a ella. Más bien pensaban que los trabajadores podrían hacer su política, aunque obviamente fueran a chocar con la política de otros. Pero si el conflicto no se podía eliminar de antemano, tampoco había por qué considerarlo insuperable. Dependía de la fuerza, de la coyuntura, de la resistencia, del momento y de las condiciones.

Quizá eso era demasiado o demasiado poco para un teórico como Kautsky que por definición necesitaba verdades permanentes y doctrinas absolutas. O la revolución era posible y en ese caso antes o después ocurriría, o era imposible, y entonces mejor dedicarse a otra cosa. No podía ser solo plausible y deseable. Pues nadie estaría dispuesto a arriesgar su vida por una mera probabilidad. Máxime cuando en puros términos analíticos una probabilidad que no llegara a acontecer ni siquiera sería tal. Como mucho habría sido un error de cálculo. Y en política los errores están prohibidos.

Ahora bien, eliminar la posibilidad del error, eliminar el riesgo del fracaso y de la derrota es cerrar el espacio de una acción política que amplíe virtualidades antagónicas con la lógica dominante del sistema, aunque su trayectoria sea imprevisible, pues no es posible controlar todas las variables. Ni es posible tampoco prever acontecimientos futuros que puedan variar sustancialmente el campo de acción.

Ahí es donde la ideología suple al valor y a la audacia del pensar con una ventaja añadida: si la ideología garantiza un final victorioso,



podrá fortalecer una política tímida. Si la represión arrecia, servirá también de consuelo y de esperanza, cuyo auxilio es imprescindible en tiempos de despotismo.

Se afianza así el marxismo kautskyano: confianza inquebrantable en el triunfo final del socialismo, pues en la medida en que el proceso histórico se naturaliza, escapa a las acciones de sus agentes. Y eliminación de la política en un discurso situado a medio camino entre el tipo de abstracción necesario a una teoría científica y el análisis de las complejas variables que inciden en los acontecimientos inesperados. Con eso se creó un *materialismo histórico* que era más una filosofía de la historia que estudio de los acontecimientos y de las estructuras de los procesos, y más especulación sobre el resultado de la revolución social que análisis político.

La política en sentido fuerte desapareció, pero puesto que la intervención política efectiva era casi imposible para un partido clandestino —y eso era la socialdemocracia alemana y muchos de los partidos socialistas en los años ochenta del siglo pasado— no había por qué echarla en falta en la teoría. Por contra la historización del marxismo kautskyano afirmaba la inevitabilidad del socialismo y, fuera el socialismo lo que fuese, si era inevitable ni era necesario luchar por él, ni se podría evitar que aconteciera. Fatalismo popular y determinismo científico se completaban extrañamente.

Con lo que surgió un *marxismo* específico que, absolutizando la tendencia a la socialización, garantizaba la inevitabilidad del socialismo y eliminaba la cuestión del poder, haciendo de la política una mera adecuación entre los requisitos de un buen funcionamiento económico y de una dinámica social racionalizada.

La tensión del pensamiento de Marx desapareció también y el *marxismo* se convirtió en una doctrina de la evolución económica del capitalismo que en algún momento y por su propia dinámica podría mutar en su contrario. El evolucionismo darwiniano presentaba un modelo de evolución que trasladado al decurso histórico permitía prescindir de la molesta revolución e imaginar el socialismo como etapa final de un desarrollo progresivo.

Comparada con el programa de la *revolución social* que parecía sustentar su política, la eficacia histórica de la socialdemocracia se quedó

muy atrás. Pues a pesar de su carácter imponente por el número y la fuerza de sus miembros y por la radicalidad de sus mensajes, fue incapaz de oponerse con éxito a la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y no consiguió tampoco transformar la guerra en revolución. Tras el hundimiento de los viejos imperios centrales como consecuencia de la guerra se hizo cargo del poder en una Europa fragmentada, esforzándose en una política de gestión que mantuviera algunos logros sociales. Tras la hecatombe de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), en los años cincuenta la socialdemocracia europea abandonó el *marxismo*.

Y sin embargo esa extraña doctrina de la *necesidad histórica* y de la *inevitabilidad del socialismo* había sido su coraza teórica durante varios decenios, en los que, aunque no fuera ése su objetivo, logró democratizar las estructuras políticas en un grado no despreciable. Sin duda la socialdemocracia no logró imponer una revolución social, de modo que si la transformación política era solo un medio para llegar a aquélla, hay que reconocer que fracasó. Quizá por eso y visto desde sus resultados algunos estudiosos ponen de relieve que, aunque pretendiera luchar por la revolución social, de hecho la socialdemocracia solo aspiraba a democratizar las estructuras políticas. Era el lenguaje heredado de la Revolución francesa y de los radicalismos de los años cuarenta el que no se adecuaba al «reformismo» intrínseco del nuevo movimiento obrero.

Aunque plausible, esa interpretación choca diametralmente con las palabras y con los hechos de los protagonistas del momento, no solo con el modo como los dirigentes socialistas de uno u otro signo explicaban su acción política, sino con la represión de la que fueron objeto por obra y gracia de los gobiernos de la época. Una posibilidad de salvar la discrepancia sería pensar que los diversos protagonistas se malinterpretaron hasta el punto de hacer casi lo contrario de lo que pensaban y lo que decían, es decir que aunque afirmaran luchar por la revolución social, de hecho solo pretendían integrar las organizaciones obreras o socialistas en los respectivos gobiernos. De ese modo, cual nueva astucia hegeliana, el objetivo de la integración se habría abierto camino entre palabras y hechos sedicentemente revolucionarios.

La otra posibilidad es tomarse en serio las palabras y el contexto. Los socialdemócratas de la época creían en la inminencia de la revolución

social, ligada al derrumbe de la economía capitalista que se había hecho visible con la crisis de 1873 al tiempo que sus oponentes, es decir los gobiernos europeos, temían esa posibilidad. Eso explica la dureza de la represión. Y sin embargo en la medida en que la acción del poder canaliza simultáneamente la actuación de la socialdemocracia hacia la esfera política, circunscribiéndola a ella, favorece la sustitución del objetivo a largo plazo, la revolución social, por el objetivo inmediato, la integración en el espacio político. Dado que además el primero empieza a parecer desmesurado, ideológicamente esta sustitución se refuerza con el elemento de la *necesidad histórica*, pues en virtud de él, la revolución social deja de ser incluso un objetivo político para transformarse en un mero dato de la evolución humana. Se empieza a pensar que si la revolución social es posible, no lo es como resultado de una acción política, sino como dato de una evolución histórica que en algún momento de su férreo decurso, propiciará un acontecimiento de tales características.

Ahora bien, lo que debe explicarse no es solo que esta doctrina surgiera, sino que se mantuviera durante decenios. La razón hay que buscarla en su contribución a forjar la identidad histórica de las organizaciones obreras políticas de la época, en último término de las organizaciones socialistas, a las que el *marxismo* así constituido aportó sus rasgos doctrinales específicos. Por eso y aunque pueda parecer extraño, una investigación sobre el marxismo socialdemócrata o el socialismo marxista decimonónico tiene que trasladarse a Alemania, país que lo vio nacer y lo albergó durante varios decenios. En España esta variante del socialismo, aunque presente en el cambio de siglo, no alcanzó nunca relevancia teórica y, mientras que existe una interesante y nutrida literatura anarquista, con un cuerpo doctrinal simple, pero articulado y arraigado en las viejas tradiciones populares, la corriente socialista hizo gala de un pragmatismo más que notable.

En su introducción a la traducción española de la célebre requisitoria kautskyana contra Bernstein en el debate sobre el revisionismo, Pablo Iglesias comentaba en 1909: «Con esto aparece una obra en defensa de la doctrina marxista en un país de los que menos conocen el fondo de las ideas de Marx». En la mejor tradición socialista Iglesias presentaba el libro de Kautsky como «un resumen de sus teorías fundamentales (de Marx), de las objeciones hechas y de su anulación por su mejor discípulo (E. Bernstein)» (p. 11).

En lo teórico, el socialismo hispano, dificultado para seguir con atención la literatura socialista internacional, entre otras cosas por su desconocimiento de idiomas que no fueran el suyo y por su bajo nivel cultural —en estrecha relación con el nivel cultural del país—, era excesivamente dependiente de lo que pudiera llegar, poco menos que por casualidad, al corazón de la península. La intelectualidad progresista no ayudó a mejorar la situación. Entre los intelectuales más conocidos, Miguel de Unamuno, Ramon del Valle-Inclán o José Ortega y Gasset coquetearon a principios de siglo con las ideas socialistas, pero sus sentimientos y sus convicciones se inclinaban hacia un republicanismo radical, al que, quizá exagerando, podría decirse que pertenecía en su mayoría nuestra «inteligencia».

En esta tierra la especial conjunción entre intelectuales radicales y obreros promocionados, que constituyó el armazón organizativo de los partidos socialistas europeos de finales del siglo XIX, no se dio nunca o casi nunca hasta los albores de la guerra civil, cuando esta conjunción pertenecía ya al pasado. El hito de la Revolución de Octubre, vitoreado no solo por los socialistas cuanto por entusiasmados anarquistas, ofrecía la posibilidad de una transformación socialista directa, que les rebasaba.

El asco por la política caciquil de la segunda mitad de siglo, y el repudio de toda forma de participación política, no facilitaba tampoco la comprensión de una teoría que pretendía articular, más o menos trabajosamente, revolución y reforma. En España la alternativa era más despiadada y más excluyente: o reforma y cambalache, o revolución y ruptura. La ruptura pactada de la transición en los años setenta es un invento mucho más reciente.

Apurando las cosas, podría decirse que el socialismo español hasta la guerra civil no salió nunca de aquel peculiar eclecticismo del socialismo premarxista. En palabras de Araquistáin, de un «jugar con Marx», como se hacía en las páginas de *Leviatan*. Tendencias socialistas, horizonte marxista e influencias kantianas se conjugaban en la concepción teórica más o menos difusa de las publicaciones del partido socialista, que en sus textos se pronunciaba por la flexibilidad del revisionismo, pero reconocía en Kautsky la ortodoxia socialista. Qué duda cabe que en estas condiciones era poco probable una elaboración teórica propia de tipo marxista.

Eso permite entender la insuficiencia de las fuentes españolas a la hora de analizar la especificidad teórica del socialismo marxista, del marxismo tal como históricamente se inventó, en cuanto teoría de la necesidad histórica de la revolución y del socialismo, y simultáneamente, aunque pueda parecer paradójico, de su dificultad por vía política. Dicho en otras palabras, de la exigencia de que los obreros, y si no ellos mismos cuando menos sus representantes y sus organizaciones, desempeñaran un papel dirigente en la marcha del país. En España, quizá como en Rusia, eso era práctica y teóricamente impensable. En Alemania —de ahí sus problemas— quizá hubiera sido socialmente posible, de no haberse impedido concienzudamente durante cincuenta años.

A ello se debe el que este libro se centre en Alemania, tomada como modelo del movimiento obrero socialista europeo del cambio de siglo, cuya ideología fue el *marxismo*. Y eso explica el esfuerzo de mostrar, incluso en ocasiones con excesivo detalle, el modo concreto de formación de una teoría, que pretendía dar una explicación coherente desde el punto de vista de los intereses de la clase dominada, de una situación que era imposible mantener por largo tiempo. Aunque el resultado fuera la construcción de una teoría falaz, que malinterpreta los rasgos y la función social del quehacer teórico. Su capa de teoría, eso le permitió convertirse en la ideología del otro lado. Pero, como es obvio, una ideología a lo más que puede llegar es a encubrir una situación, pero difícilmente ayudará a resolverla, pues ni siquiera, gracias a ella, se puede saber donde están los problemas.

El resultado es que, si al movimiento anarquista su creencia en la espontaneidad de las acciones revolucionarias y su defensa preeminente del individuo no le ayudó excesivamente en sus tareas revolucionarias —cosa por lo demás comúnmente admitida—, al movimiento obrero socialista, la teoría de la necesidad histórica de la revolución, formulada por Kautsky, no le fue de mucha mayor ayuda. Ese movimiento obrero, pretendido sujeto de la revolución socialista que, con temor o esperanza todos los contemporáneos veían acercarse, se encontró desmovilizado en lo político, casi desde el principio. A lo largo del libro, no sé si con éxito, pretendo mostrar cómo esa desmovilización real se transmuta en la importancia concedida a la organización del partido y en la pretendida claridad ideológica de su marxismo.

En cuanto al contenido, este libro no es un trabajo de historia del movimiento obrero, ni de historia social de los trabajadores, ni siquiera de historia social contemporánea. No es, o no pretende ser, un libro de historia. El problema estriba en que no se puede estudiar la formación del *marxismo*, sin tener en cuenta a su portador: el movimiento obrero con todos los matices que se quiera. De ahí la necesidad de presentar aquellos acontecimientos, en cuya interpretación se inventó este cuerpo teórico que es el *marxismo* en sus peculiares plataformas: las discusiones y publicaciones de la época, las tomas de posición de tipo político-teórico del movimiento obrero y especialmente del movimiento obrero organizado y de su organización tipo, la socialdemocracia de finales de siglo. Los datos históricos sirven de apoyatura y de pretexto al análisis de los textos mismos.

Este enfoque implica algunos problemas. Entre ellos y quizá el más inmediato, es el de la identificación, tomada a menudo como un «dato de hecho» por la historiografía al uso, entre socialdemocracia y movimiento obrero. En mi opinión, y creo hacerlo patente a lo largo del trabajo, esta identificación no es nunca total ni completa, por más que el partido organizado de los trabajadores tienda a hablar en nombre de los mismos, sin que, al menos en periodos de estabilidad, nadie lo discuta. Ciertamente, a lo largo de los últimos decenios del siglo XIX se produjo una identificación a nivel político-cultural y organizativo entre ambos, manifiesta en el crecimiento numérico de las organizaciones ligadas al partido, en la difusión de la prensa y en el número de votantes. Pero junto a él pervivió un movimiento obrero no organizado, presente en las luchas directas de los trabajadores, en las huelgas, que no siempre ni en todo momento fueron propiciadas, ni recogidas o alentadas por el partido, sino que a menudo chocaron con su capacidad de comprensión y con su resistencia. Desde el poder la represión forzó esta identificación, haciendo a los socialistas responsables de los «actos incontrolados» y aplicándoles las subsiguientes medidas represivas. O bien golpeando a los obreros, con despidos masivos, ante actos políticos convocados por los primeros. La represión laboral con motivo del Primero de Mayo, podría ser un ejemplo de ello.

Eso no colmó la distancia entre la esfera política o las tareas políticas, espacio ocupado en exclusiva por el Partido (Socialdemócrata), y las luchas cotidianas, incluidas las sindicales, en las que solía faltar la

perspectiva general y se respondía de modo casi inmediato a los problemas del momento. Los círculos obreros, incluidos los sindicales, estaban poco influidos en sus tareas cotidianas por la doctrina oficial, hacia la que manifestaban cierta desconfianza, y no digamos hacia discursos teóricos condensados, como los de *Die Neue Zeit*, la famosa revista fundada y dirigida por Kautsky hasta después de la Primera Guerra Mundial. El *marxismo* que ahí se defendía permaneció siempre en la periferia del propio movimiento pero, en la medida en que constituía su horizonte, trazaba el límite irrebable de su propia lucha.

Problema específico es el de las relaciones entre el partido/movimiento y el Estado-institución, el Estado prusiano en este caso, y su influencia, mayormente por vía negativa, en la actuación del movimiento obrero. En primer lugar, el Estado institucional actúa en esta época sobre todo por vía represiva, forzando la identidad entre las diversas corrientes y los diversos niveles. En segundo lugar, y especialmente por medio del Parlamento, brinda un «condensador» político que, a través de las elecciones, los discursos parlamentarios, inclusive las propuestas legislativas permiten construir una imagen unitaria del movimiento social obrero, que no se corresponde totalmente con la realidad. Tercero, en cuanto que el Partido Socialdemócrata participa desde siempre en las elecciones y en el Parlamento, aparece muy pronto el problema de la integración.

La respuesta clásica a esta cuestión entiende que las acciones políticas que se desarrollan en el marco de la legalidad vigente en un determinado sistema, estructuralmente están siempre integradas, pues es el poder estatal el que prefigura el marco político de actuación, y por tanto él es el que indica, ya sea de modo arbitrario o por medio de la ley, qué actuaciones políticas son compatibles con el orden existente, forzando a los grupos políticos a adecuarse en sus actuaciones a este modelo, sea por vía negativa, es decir represiva, o por vía positiva, o sea legislativa.

La cuestión está en si esta actuación anula la capacidad de resistencia, la autonomía del movimiento, en este caso del movimiento obrero y de su partido. La tesis clásica en este punto, compartida por Marx y Engels con los más antiguos dirigentes de la socialdemocracia, incluido Kautsky, es que la capacidad de resistencia no se puede anular, pues es alimentada constantemente por la contradictoriedad del sistema mismo. De ahí que la participación, con matices y dentro de ciertos

límites, en las tareas parlamentarias o legislativas, no anule «el carácter revolucionario» del partido. Otra cosa es hacer de la labor parlamentaria la única forma de acción posible, en cuyo caso el partido obrero se convierte en un partido más en el ámbito público, y a la larga deja de ser obrero.

Sin embargo, las características del Estado prusiano como sistema parlamentario más aparente que real impedían que la considerable fuerza sociopolítica del partido se tradujera en poder ejecutivo, reforzando una integración cuyos efectos de gobierno eran sistemáticamente escamoteados. La ley antisocialista, es decir la ley de excepción vigente entre 1878 y 1891, que tantas persecuciones, exilios y procesos había de costar, ponía de relieve los límites de tolerancia del orden político y actuaba como recuerdo, fijador, de los límites de transgresión. Esta integración parcial en lo político, en las elecciones y en las tareas parlamentarias, combinada con la exclusión en las labores ejecutivas, alimentaba la tendencia o si se quiere la ilusión de conseguir el poder político total como palanca transformadora, como instrumento de la revolución.

En mi opinión esta hipocresía, este doble carácter de la actuación del poder político es la clave de la ambigua y contradictoria situación de la socialdemocracia de la época y de su impotencia política real. Ahora bien, cabe preguntar cómo teorizó el marxismo socialdemócrata, basado en la conciencia de la contradictoriedad de lo real o del antagonismo social, esta especial situación. Y ahí hay que decir que el marxismo de la socialdemocracia, que ha sido históricamente el primer modelo de marxismo existente, ignoró esta contradictoriedad de su propia situación, que le resultaba imposible de pensar. Solo pudo conceptualizarla en el marco de una filosofía positivista de la evolución, que era la filosofía dominante en la segunda mitad de siglo.

Es cierto que, en Marx, y a pesar de sus críticas constantes contra los positivistas, en el momento en que se pone a hacer ciencia, puede encontrarse un enfoque cercano al de aquéllos, y que en Engels, la interpretación positivista, mediada por Hegel, es relativamente fácil. Desde un punto de vista epistemológico el problema sería que toda teoría científica necesita abstraerse de la contradictoriedad de lo real (¿eliminándola?), ya que, como es comúnmente sabido, ninguna teoría es posible a partir del principio de contradicción. A pesar de los esfuerzos



de Marx y de Engels el mero recurso a la dialéctica no soluciona tampoco el problema, ya que puede ser muy fácilmente transformada en una teoría todavía más compacta de la identidad. En esto consiste precisamente la herencia hegeliana.

Sin embargo, el positivismo de Kautsky no se limita al objetivismo epistemológico, sino que incluye la concepción de la historia como sucesión de fases de racionalidad progresiva que culminan en el reino de lo social. En mi opinión, este positivismo tiene una importante derivación en la teoría materialista de la historia, cuando menos tal como actúa en la tradición marxista. Kautsky la asimila sin más a la concepción de Marx y de Engels, dando de ella una interpretación positivizada hegelianamente.

Pero si el marxismo de la socialdemocracia, en lo teórico, tiende a obviar el antagonismo social y la eficacia histórica de la acción política, reformulándolo como sucesión de etapas en el continuo histórico, en la práctica, o sea política y sindicalmente, este antagonismo desde el final del estado de excepción se estaba volviendo «soportable», ya sea por la introducción de pactos o acuerdos salariales, por concesiones plasmadas en leyes de reforma de la legislación, especialmente de la laboral, por la existencia de márgenes más amplios, aunque variables, de tolerancia legal y policial, en fin por la constitución de una esfera simbólica de confrontación y de compromiso en el Parlamento.

Algunos autores sostienen la tesis, compartida en este libro, de que durante el periodo de excepción, la represión ocultó la reorganización social que se estaba produciendo simultáneamente, de modo que el fijarse en los aspectos negativos de la represión hizo ignorar los rasgos de la nueva situación política, que se hicieron perceptibles tras la caída de Bismarck. Pero en este momento la socialdemocracia se encontró con un pasado «maldito» que no podía actualizar sin consecuencias imprevisibles, y al que no podía renunciar sin perder sus señas de identidad. A la esquizofrenia del poder correspondió la del partido y la duplicidad de su imagen.

En cuanto partido de los trabajadores, en cuanto partido de clase, la socialdemocracia se legitimaba porque ponía en primer lugar la oposición frontal, irreconciliable, entre patronos y obreros. Esta oposición se traducía directamente en el plano político por el rechazo de toda política de conciliación y de reformas, y en el ámbito teórico por la

exclusión de cualquier concomitancia con teorías socialistas, proclives al «socialismo de Estado», al «socialismo de cátedra» o al «socialismo ético». Garante de esta incorruptibilidad era el *marxismo*, en cuanto teoría consistente de la práctica autónoma del proletariado.

La terrible paradoja de que esta autonomía no exista, a no ser en momentos iniciales de un movimiento social, ausente de eficacia política, o en pleno proceso revolucionario, la camufla Kautsky maravillosamente con una teoría que elimina idealmente las contradicciones, las ambigüedades y las diferencias reales que no se pueden enfrentar, declarándolas errores, desviaciones o tonterías. Así se constituye lo que G. Haupt llama la tragedia de la socialdemocracia y de su marxismo, tragedia también para el historiador de un movimiento obrero que se hizo cada vez más grande organizativamente y más duro teóricamente, pero en el que los trabajadores, en cuanto tales, no tenían nada que hacer.

Si tuvo tanto éxito es porque permitía combatir un socialismo conservador, cuyo objetivo era paliar por medios de política social emprendida desde el Estado las consecuencias sociales disgregadoras de la implantación del capitalismo en la Europa del siglo XIX, pero que, en tanto tal política social no iba acompañada de medidas de democratización política, chocaba con las tradiciones democráticas y revolucionarias que el movimiento obrero heredaba de movimientos sociales anteriores y en el marco de las cuales articulaba sus propios objetivos.

De modo que si a pesar de su relativa ineficacia política los «marxistas ortodoxos» aumentaron su influencia, haciendo prevalecer el ala marxista frente a la reformista de la facción parlamentaria, fue porque su análisis de la realidad y sus posiciones cuadraban mejor a una situación de excepción, de crisis y de resistencia como la que estaban viviendo.

Kautsky lo interpretó como prueba de que disponían de una teoría verdadera en cualquier caso y para cualquier cosa. Esta falsa interpretación, de la que Engels en algunos aspectos participó, fue un elemento fundacional de la consolidación del marxismo, obra en gran medida de ambos, como «teoría verdadera del desarrollo social», fueren las que fueren las características sociales y políticas de la sociedad en cuestión. Evidentemente la aplicación sin más de este modelo lo que hace es eliminar la posibilidad de plantear las cuestiones políticas fundamentales, en último término el problema del poder, verbigracia de la revolución.

Dicho en otras palabras. La incardinación de las tradiciones democrático-revolucionarias de origen burgués en el movimiento obrero moderno quizá habría dado lugar a un movimiento obrero potente, pero dado que ya en sus fases iniciales y en acciones parciales ese movimiento fue duramente reprimido, solo quedó abierta la posibilidad de la acción política parlamentaria, hacia la que se canalizaron todas las energías. Pero puesto que el Parlamento no tenía eficacia política, esa participación no obligaba a nada, sino que más bien sustituía y aplazaba cualquier acción efectiva. En consecuencia, el Partido Socialdemócrata podía seguir considerándose revolucionario sin tener que hacer ninguna revolución. Un modo de explicar esa extraña situación era afirmar que la historia y solo ella era en sí misma revolucionaria.

Es de sobra conocido que Marx solía burlarse sobremanera de todos aquéllos que identifican la historia con un movimiento general de emancipación y que infravaloran las diferencias reales entre unos sistemas y otros, diferencias que son relevantes para una teoría que pretenda ser verdadera. Prolongando este modo de discurso parece evidente que tampoco basta con la pretensión, por parte del intelectual, de colocarse en el punto de vista de la clase explotada, sino que teorizar desde ella implica por de pronto un problema, el de que desde este punto de vista no existe todo alguno que se pueda reconstituir o, cuando menos, ese todo en la medida en que existe pertenece a otro. El proletariado como sujeto social existe de modo difuso y es despojado constantemente de su subjetividad, de modo que los individuos conscientes de esta clase lo son quizá de su misión futura, que difícilmente se integra y se articula en la comprensión de su actividad presente.

Ciertamente Kautsky por su formación positivista y por su modo de trabajar, excesivamente rápido y nada crítico, no estaba en las mejores condiciones para abordar de un modo teóricamente innovador todas estas cuestiones. Pero su forma de tratar los problemas, llevándolos a un nivel de abstracción inadecuado y dando un rodeo a través de la teoría, tuvo, junto a sus enormes desventajas, el único mérito de cohesionar al conjunto de la socialdemocracia alemana, y de rechazo al socialismo europeo, dándole una teoría, es decir, construyéndole un espejo ideológico que contribuyó durante largos decenios, a ocultar su quiebra política. Para Kautsky todo estaba excesivamente claro y a la vez, nada

ocurría como debía. La amargura de sus últimos días, enfrentado al bolchevismo y al nazismo, es suficiente muestra de ello.

¿Significa esto que su marxismo, esta teoría ideologizada, era una teoría de la integración o que conducía a ella, por falta de tematización positiva?; ¿o quizá la ruptura entre el primer Kautsky y el segundo permite salvar un Kautsky correcto, el primero, frente a un traidor, el segundo, como defendió Lenin en su momento y por extensión, aunque simplificado, el marxismo-leninismo?; ¿o más bien el vaciamiento de sus presupuestos filosóficos (ontológicos) al que Kautsky sometió las teorías de Marx fue de tal calibre que acabó por convertirla en lo contrario de lo que era, como defendieran K. Korsch y el ala comunista-revolucionaria de los años veinte?

Hay un párrafo revelador en sus *Memorias*: «Al inicio de mi carrera política —dice— quería situarme en el terreno del marxismo, de la política de la buena voluntad». Que no hay política de la buena voluntad, que esto no sirve, lo sabían ya Marx y Engels en el siglo XIX y lo sabemos nosotros, tras innumerables desastres y luchas duramente reprimidas, a finales del siglo XX. Quizá el drama de Kautsky y de la socialdemocracia es que fingía no saberlo o que, incluso, aunque parezca inverosímil, no lo sabían.

Por último, solo me resta señalar que, como es obvio, a finales del siglo XX, la herencia de Marx no es única ni únicos son sus herederos. Independientemente de los avatares de la recepción histórica de los textos en la segunda mitad del siglo XIX y en los primeros decenios del XX —algunos de cuyos pasos y singularidades se señalan en el texto—, a partir de la Segunda Guerra Mundial, a cuyo completo final estamos asistiendo, y frente a un marxismo-leninismo, convertido hasta hace poco en doctrina oficial de los países del Este de Europa, existen otras lecturas e interpretaciones de Marx, al que se ha combinado con las más diversas corrientes filosóficas.

A finales de los años sesenta y a pesar de que ya por aquellas fechas se daba por cierta la crisis del marxismo, los nuevos movimientos estudiantiles descubrieron en Marx, tras el '68, un autor que ofrecía claves de interpretación válidas para nuestra sociedad. El interés por el Marx maduro frente al joven, por los textos de *El Capital* y por las obras de Althusser fueron ingredientes de esta nueva ola. Pero existe también

un potente marxismo italiano y un neomarxismo germano que fueron elementos específicos de la entonces denominada Nueva Izquierda. También en esta cercana época nos perdimos parte importante de estas elaboraciones pues la dictadura no hacía fácil el acceso a los textos y las tradiciones intelectuales de nuestras Universidades no facilitaban la comprensión de tales radicalismos.

En este momento, ya en 1996, en pleno desahucio del marxismo, que no ya crisis, y de los sistemas sociopolíticos que contribuyó a crear, es difícil decir una última palabra. Sin embargo, pienso que para amplios sectores de la intelectualidad europea, Marx y Engels forman parte de su bagaje intelectual y ofrecen un instrumental válido para explicar los fenómenos sociales. A los pocos que pueda haber en nuestro país está dedicado este libro. Pues en la medida en que explica cómo surgió el «marxismo como sistema», en sus peculiares circunstancias históricas, políticas y culturales, este trabajo quiere contribuir a deshacer la falsa imagen de un «marxismo único y sistemático», ligado a un movimiento obrero homogéneo que, por fin, se habría hundido para siempre.

## Siglas

Ausg. RSch., Bebel, A., *Ausgewählte Reden und Schriften*, ed. por U. Hermann, H. Gemkow y otros, T. I y II, Berlín, 1978 y ss.

Corresp. B./K., *August Bebel's Briefwechsel mit K. Kautsky*, ed. por K. Kautsky Jr., Assen, V. Gorcum, 1971.

Corresp. con V. Adler, *V. Adler Briefwechsel mit A. Bebel y K. Kautsky*, ed. por F. Adler, Viena, 1954.

Corresp. E./B., *August Bebel's Briefwechsel mit F. Engels*, ed. por W. Blumenberg, La Haya, 1965.

Corresp. E./Bernst., *E. Bernstein Briefwechsel mit F. Engels*, ed. por H. Hirsch, Assen, V. Gorcum, 1970.

Corresp. E./K., *F. Engels Briefwechsel mit K. Kautsky*, ed. por B. Kautsky, Viena, 1955.

Corresp. K./Bernst., inédito: conjunto de cartas cruzadas entre ambos, que están depositadas en el Instituto de Historia Social de Ámsterdam, Kautsky Nachlass. Debo a la amabilidad del Prof. J. Steinberg el haber podido consultar la copia de la que él dispone en la Universidad de Bremen.

Corresp. Lass./Rodb., *F. Lassalle, Nachgelassene Briefe und Schriften*, ed. por G. Mayer, Stuttgart, Berlín, 1925, vol. 6.

Corresp. M.E./Lass., *Correspondencia entre Marx y Engels con Lassalle*, ídem, vol. 3.

Corresp. M.E./Liebk., W. *Liebknecht, Briefwechsel mit K. Marx und F. Engels*, ed. por G. Eckert, La Haya, 1963.

Kleine polit. Schr., Liebknecht, W., *Kleine politische Schriften*, Fráncfort, 1976.

MEGA, 2, *Marx-Engels Gesamtausgabe*, nueva edición de las obras completas de Marx y Engels, editadas por el Instituto de Marxismo-Leninismo, Berlín, 1975 y ss. Edición incompleta.

MEW, *Marx-Engels Werke*, ed. por el Instituto de Marxismo-Leninismo, Berlín, Dietz, 1957-1968, 42 vol.

Primera parte

## La cuestión social en la Alemania bismarckiana

En los casi setenta años que abarcan desde el final de la revolución de 1848 a la Primera Guerra Mundial, marxismo y socialismo tendieron a identificarse cada vez más, hasta el punto de que era difícil hablar de un socialismo no marxista o pensar en un marxismo desligado de la práctica de los partidos socialistas. Años atrás, en la víspera de las revoluciones europeas de 1848, todas ellas revoluciones fracasadas, el socialismo era todavía una corriente social y política surgida de los movimientos sociales herederos de la Revolución francesa. Pensadores prestigiosos de la época, como Saint-Simon o Fourier apoyaban sus ideas y conceptos fundamentales cuyo núcleo se resumía en el objetivo de construir una sociedad entendida como «comunidad de trabajadores». Esa idea se contraponía radicalmente a la tesis hobbesiana de la sociedad como campo de lucha de todos contra todos.

Sociológicamente, los socialistas se reclutaban entre los sectores bajos de la sociedad, especialmente entre aquellos estamentos que estaban perdiendo su *status* social con la industrialización y con la implantación del capitalismo, o sea pequeños artesanos, maestros de taller, aprendices, oficiales en paro, etc. No existía todavía el típico obrero de fábrica de la segunda mitad del siglo XIX ni el movimiento obrero de masas, sino que justamente el modo como se configuraba la nueva sociedad industrial capitalista recomponiendo los restos de un artesanado preindustrial contribuyó a exacerbar la denominada *cuestión social*.





Proclamación de la Comuna, el 28 de marzo de 1871

En un proceso complicado de maduración personal Marx logró establecer un vínculo entre el nuevo movimiento social de su época —el movimiento obrero—, un universo nuevo de ideas para la reorganización social difundido entre los intelectuales más críticos del momento —los socialistas—, y una teoría económica de largo alcance que incluye elementos filosóficos e históricos. Independientemente del aporte considerable debido a Engels, esa conjunción de elementos diversos se manifestaba en la persona del propio Marx: economista teórico y dirigente de la Asociación Internacional de Trabajadores, intelectual respetado —o, cuando menos, respetable— y líder obrero.

Eso no obsta para que en sí misma, esa conjunción lo fuera todo menos evidente. Ya en los años previos a la muerte de Engels, en el periodo de oro de la socialdemocracia alemana, el problema se planteó repetidamente: ¿marxismo y socialismo eran lo mismo? Y, si no era así, ¿cómo habían llegado a identificarse? Entre los teóricos actuales que han abordado esta cuestión, podríamos ejemplificar diversas respuestas, desde los que consideran que el marxismo logró penetrar en el movimiento obrero, socialista por definición, gracias a los esfuerzos denodados de sus creadores: Marx y Engels, Kautsky, Mehring, Luxemburgo y más tarde Lenin; a aquellos otros que piensan que fue un «milagro de la Historia»,<sup>1</sup> o por último algunos según los cuales el marxismo

<sup>1</sup> Althusser, L., *Éléments d'auto-critique*, París, Hachette, 1974.

instrumentalizó el movimiento obrero naciente. Para estos últimos dicha conjunción fue un auténtico desastre histórico.<sup>2</sup>

En ese punto, como en cualquier otro, toda simplificación es errónea. Lo cierto es que el marxismo, en el sentido en que nos referimos normalmente a él, es decir no solo como el contenido de los escritos de Marx, sino como un sistema de proposiciones teóricas y normativas que dieron consistencia ideológica al movimiento obrero y a sus partidos políticos, los partidos socialdemócratas y socialistas europeos del siglo XIX y parte del siglo XX, nació en el complejo proceso de apropiación de aquellos textos, no todos y a veces no de forma fidedigna, por los grupos dirigentes de las organizaciones obreras. Hay ahí por tanto un cúmulo de identidades que no son tales; ni el marxismo corresponde estrictamente a lo escrito por Marx, ni los marxistas eran todo el movimiento obrero, sino sus representantes autorizados y cualificados en la esfera política; por su parte, tampoco el socialismo era un todo homogéneo que se identificara a su vez con el marxismo y con el movimiento obrero, sino que en cuanto horizonte intelectual era compartido por muchos no obreros y por muchos intelectuales no marxistas.

Ahora bien, si es verdad que el marxismo es, o fue, *la conciencia teórica del movimiento obrero*, un análisis del mismo deberá partir necesariamente del modo concreto e histórico como aquella teoría y esta práctica se articularon. Este proceso se inició con la admiración de Marx por Engels en los años cuarenta cuando éste, con su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, le ofreció una salida real del atolladero teórico en el que se encontraba con su crítica de la teoría hegeliana del Estado y de su correspondiente correlato, el Estado moderno; se continuó en la cooperación de Marx y Engels con los movimientos sociales de oposición en el periodo de 1848; se reforzó con el especial papel que ambos, sobre todo Marx, jugaron en la Primera Internacional; y desembocó en la exclusión programática de toda otra teoría socialista por el Partido Socialdemócrata alemán en el Programa de Erfurt, que fue considerado modélico por los demás partidos socialistas de la época. Su autor fue el marxista hegemónico de la Segunda Internacional, Karl Kautsky, en colaboración con su futuro contrincante Eduard Bernstein.

---

<sup>2</sup> Baudrillard, J., *El espejo de la producción*, Barcelona, Gedisa, 1980, 1ª ed.

A partir de ese momento casi todos, tanto amigos como enemigos entendieron por marxismo lo que aparecía como tal en dicho programa. Ciertamente siempre ha habido disidentes y entonces también los hubo: lo fueron Plejanov entre los emigrados rusos, Labriola en Italia, muchos de los franceses... pero, de alguna manera, el Partido Socialdemócrata alemán era el líder indiscutible del movimiento socialista y, en el terreno teórico, Kautsky era su máximo portavoz. A él le debemos toda esa cadena de identificaciones que más que un *a priori* teórico, es resultado del modo como discurrieron las luchas sociales y políticas en la Alemania bismarckiana y del modo como fueron interpretadas, dando lugar a un esquema teórico coherente que propiciara la actuación política del partido obrero y oposicional por antonomasia: la socialdemocracia de la época.

## Capítulo 1

# Cuestión social, socialismo y socialdemocracia

### **Constitución de la Alemania bismarckiana (1864-1890)**

La modernización de Alemania, ya bien entrado el siglo XIX, siguió caminos peculiares, no demasiado alejados de los de la España del siglo XX. El inicio de la industrialización puede situarse alrededor de los años treinta o cuarenta, fecha que en algunas zonas, como la cuenca del Ruhr, o en algunos sectores como la siderurgia puede retrasarse hasta la década de los cincuenta. Tras la revolución de 1848-1849 Alemania era todavía un país preponderantemente agrario, recién salido del feudalismo. Los grandes terratenientes habían reforzado su posición con la expansión derivada de la unificación (1871), especialmente en Prusia, y dada la hegemonía de esta zona en el nuevo Estado unificado, su influencia se extendió a nivel nacional.

Aunque iniciada con retraso la industrialización fue extraordinariamente rápida y potente, convirtiendo al país en una notable potencia industrial. A lo largo del proceso los capitalistas privados contaron siempre con el apoyo del Estado —en los ferrocarriles por ejemplo— al que secundaba una nube de funcionarios, estrechamente relacionados con los grandes empresarios. Esa intervención se tradujo durante todo el periodo bismarckiano en frecuentes subvenciones a la industria, en desgravaciones fiscales, política proteccionista, etc. De modo que solo para un brevísimo periodo inicial y de forma casi colateral puede hablarse en Alemania de *capitalismo de libre competencia*.

El desarrollo de la industria fue intermitente. Tras la crisis de 1857 (1857-1859) y exceptuando la breve recesión de 1866, los años sesenta (1859-1873) fueron años de alta coyuntura que se prolongó con mayor o menor fuerza hasta 1873. En ellos se echaron las bases de la futura industria básica alemana: siderurgias, minería y maquinaria ferroviaria. La fuerte depresión de los años siguientes (1873-1896), derivada de la crisis económica mundial, dio al traste con el crecimiento anterior e hizo cundir un estado de pesimismo generalizado. Fue en ese largo periodo que se extiende hasta el inicio de una nueva alza internacional a mitad de los noventa, cuando progresivos empeoramientos, solo interrumpidos por breves momentos de recuperación (1879-1882 o 1886-1889-1890), reforzaron la conciencia pesimista de los años ochenta.

En el caso de Alemania se trata pues de un crecimiento a saltos, discontinuo, lento y en ocasiones estancado que, combinado con la crisis agraria que se inició en 1876 y con los fuertes crecimientos demográficos de estos años, permitió hablar a los contemporáneos de la *Gran Depresión* (1873-1895).<sup>1</sup> Los socialdemócratas, especialmente Bebel, pero también Engels, la interpretaron como *la crisis final del capitalismo*. Para otros fue simplemente una crisis de crecimiento, complicada por un sistema social y político autoritario, que dificultaba su resolución sin problemas subsidiarios de disgregación social.

---

<sup>1</sup> Aunque los autores no son unánimes en la datación, periodización e interpretación de la evolución económica en general, coinciden en señalar el año 1873 como frontera entre los dos periodos y en identificar los años ochenta, hasta mitad de los noventa, como periodo de la *Gran Depresión*. Según G. Boncchi, «el inicio oficial de la *Gran Depresión* en Alemania se ha hecho coincidir —y no es casual— con la quiebra de la banca Quistorp de Berlín, el 23 de octubre de 1873». El periodo abarca de 1873 a 1896 y en él se suelen distinguir una fase de «crisis aguda», que va desde el giro proteccionista de 1878-1879, y una fase de «ralentización general del desarrollo», caracterizada por otras dos crisis recesivas (1882-1886 y 1890-1896). «Dalla grande Depressione al dibattito sullo Staatssozialismus», en *Il Congresso di Gotha*, Annali della Fondazione L. e L. Basso, Roma, 1977, vol. III, p. 91. Ver también Rosemberg, H., *Grosse Depression und Bismarckzeit*, Berlín, 1976; Wehler, H. U., *Das deutsche Kaiserreich, 1871-1918*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1983, 5ª ed., pp. 26 y ss.; Kocka, J., «Il cambiamento strutturale della Germania nell'epoca di Bismarck», en *Il Congresso di Gotha, op. cit.*, pp. 34-56; Aubin, H., Zorn, W., *Handbuch der deutschen Wirtschaft und Sozialgeschichte*, Stuttgart, Klett, 1976, vol. II, pp. 204 y ss. Para datos estadísticos ver Hohorst, G., Kocka, J., Ritier, G. A., *Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch. Materialien Statistik des Kaiserreiches, 1870-1914*, Múnich, Beck, 1975, esp. pp. 12, 62 y ss.

En ese proceso de constitución capitalista, la alianza entre tres grandes: el Estado y su burocracia funcionarial en el ámbito político, y dos importantes fuerzas sociales: los grandes industriales y los señores de la tierra, hizo surgir un país peculiar, mezcla de rasgos típicos de capitalismo industrial más o menos organizado desde el Estado con estructuras políticas y sociales arcaicas. La falta de sincronización entre desarrollo económico-social y modernización política fue patente, configurando lo que algunos autores denominan *estado agrario industrializado*.<sup>2</sup> Ese tipo de configuración social se caracterizaba por presentar grandes des-niveles internos y un alto nivel de disfuncionalidad que se tradujo en una inestabilidad continua a nivel social y político.

El retraso en la industrialización junto a su ritmo acelerado y nada sostenido, unido a los problemas de todo orden que la acompañaron y a su coincidencia en el tiempo con la reforma de la tenencia de la tierra, que liberó a grandes contingentes campesinos sin crear para ellos ninguna posibilidad de empleo, agravó la llamada *cuestión social*, es decir, el problema de la miseria de los nuevos sectores sociales desfavorecidos, sin propiedades y sin otra forma de subsistencia más que su trabajo. Los aumentos demográficos, resultado de una menor mortalidad infantil, incidieron también en este punto, haciendo de esa cuestión el problema prioritario de la vida social.<sup>3</sup> Especialmente a partir de 1871, cuando al menos parcialmente resueltos los problemas políticos con la fundación del Reich, dicha cuestión pasó a convertirse en el problema fundamental.

Realmente Bismarck había conseguido resolver de un modo un tanto peculiar viejos problemas de la historia de Alemania, entre otros el tema de la unidad nacional. En los acontecimientos de 1848, este problema se había debatido entre dos alternativas, la llamada *Gran Alemania*, defendida en general por los revolucionarios y por los demócratas de la Alemania del Sur, en su mayoría católica, que contaba

---

<sup>2</sup> Grebin, H., (ed.) *Geschichte der sozialen Ideen in Deutschland*, Múnich, 1969. Introducción, p. 13. Bohme, H., *Prolegomena Zur einen Sozial-und Wirtschaftsgeschichte Deutschlands im 19. und 20. Jahrhundert*, Fráncfort, 1968, p. 82. Véase también Rosenberg, H., *Probleme der deutschen Sozialgeschichte*, Fráncfort, 1969.

<sup>3</sup> «En los treinta y nueve años entre 1871 y 1910, la población alemana aumentó en alrededor de 24 millones de personas [...] En el posterior territorio del Reich en 1816 vivían 24,8 millones de personas, en 1870, 40,8, cifra que se elevó a 67,8 millones», Hohorst, *op. cit.*, pp. 15 y ss.

con la anexión de Austria, y la llamada *Pequeña Alemania*, circunscrita fundamentalmente a Prusia y con exclusión de aquélla. La última posición era defendida por todos los simpatizantes del sistema prusiano, de mayoría protestante.<sup>4</sup> La Asamblea de Fráncfort, máximo órgano legislador durante la Revolución de 1848-1849 había discutido el tema hasta la saciedad pero el trágico fin de la Revolución, a manos de las bayonetas prusianas, impidió lógicamente que se pusieran de acuerdo.

En los años siguientes, ése siguió siendo un problema abierto de la historia de Alemania, agravado por los pasos paulatinos hacia la unificación, dados por Prusia (1863-1864 anexión de Schleswig-Holstein, 1865 Constitución de la Liga del Norte de Alemania, *Norddeutsches Bund*), y por la neutralización de los liberales. De hecho, esa política se inició con el famoso conflicto constitucional (1860-1862), cuando el Ministerio del Ejército se enfrentó a los liberales por la reforma militar.<sup>5</sup> Ese fue también el momento de despegue de Bismarck, el único que, en su nuevo cargo de Canciller, hizo aquello que parecía imposible: cambiar algo para que todo siguiera igual.

El Canciller había sido llamado a gobernar durante la crisis, pero desde el principio su estrategia política se caracterizó por dos rasgos singulares: su capacidad para lanzar unas contra otras las fuerzas de la oposición, de modo que se neutralizaran recíprocamente en un complicado juego político, y su habilidad para capitalizar en política interior los éxitos obtenidos en sus enfrentamientos con las potencias extranjeras, de modo que el patriotismo hiciera olvidar los desmanes internos. Bismarck ganaba en el exterior las batallas que no podía ganar en el interior.

---

<sup>4</sup> En su conocida obra *Von der Arbeiterbewegung zur Arbeiterpartei* (Berlín, Colloquium, 1976), Sh. Na'aman discute la utilidad de esta distinción a partir de los años sesenta (1863), pues confunde el problema de la unidad con el modo de conseguirla. De lo que se trataba era de preservar «el derecho de la burguesía prusiana a participar en las decisiones que afectaban a la política prusiana», p. 10; sin embargo, esta burguesía no parecía muy decidida a combatir por la participación y parecía irle bien con la tutela bismarckiana. El problema residía pues en que la estructura social prusiana lo hacía prácticamente irresoluble.

<sup>5</sup> Como resultado de este conflicto un grupo de liberales se separaron del Partido y fundaron el Partido del progreso (*Fortschrittspartei*) que en los años siguientes sufrió un proceso de derechización progresiva. U. Wehler, *op. cit.* p. 80 y ss.

Así fue como a consecuencia de la euforia producida por la victoria alemana en la guerra franco-prusiana de 1870-1871, el Canciller culminó rápidamente la unificación, fundando el *Reich* aquel mismo año. La proclamación en Versalles como emperador (*Kaiser*) de Guillermo I, hasta entonces rey de Prusia, ponía el broche de oro a los acontecimientos. Atrás quedaban los agitados años sesenta, cuando la decantación de los diferentes sectores sociales y políticos alcanzó momentos de gran tensión, pues a la paulatina resolución por arriba del problema nacional, la acompañaba la separación por abajo de sectores que hasta aquel entonces habían actuado conjuntamente.<sup>6</sup>

El proceso de unificación había sido peculiar pues, en contra de lo que pudiera parecer, no dio nacimiento a un Estado confederal, sino que los diversos estados soberanos firmaron pactos de sumisión a Prusia, que se convirtió así en la columna vertebral del nuevo *Reich*. Para los liberales contemporáneos, incluso para los más desconfiados, eso no era más que un comienzo, que les ponía a salvo de las pretensiones anexionistas de sus poderosos vecinos: Rusia y Austria. En conjunto resultó una cadena de pactos múltiples, en los que cada uno intentaba ceder lo mínimo para salvaguardar la particularidad de su estado, estamento o grupo, garantizándose a la vez el suficiente respaldo militar, aunque fuera bajo el predominio prusiano.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Se suele denominar este proceso como separación entre «democracia burguesa» y «proletaria», cuyo punto álgido se situaría en 1868, con el 50 Congreso de las Asociaciones Obreras en Núremberg. Na' aman discute esta tesis pues en su opinión «ningún demócrata se separó en Núremberg» y «la mayoría de los demócratas que tomaron posición contra el Partido Socialdemócrata (SDAP), fundado en Eisenach (1869), no había tenido nunca relación con la Liga de Asociaciones Obreras Educativas (VDAV)», *op. cit.*, p. 8. Para él se trataría más bien de un proceso paulatino de desintegración de la «unidad popular» de los años de la revolución y de la constitución de partidos de clase en el sentido moderno. Ver en este sentido Stephan C., *Genossen, wir dürfen uns nicht von der Geduld hinreisen lassen*, Fráncfort, 1977, p. 60. Sin embargo de lo que no cabe duda es de que muchas asociaciones no aceptaron la politización que suponía el programa y se marcharon, en una guerra de cifras que recoge el *Demokratisches Wochenblatt*. Ver esp. la *Aclaración* de A. Bebel del 8 de septiembre de 1868 y el informe del mismo autor sobre el número de miembros representados por las asociaciones que aceptan el programa y por las que se coinden, que quedan muy igualadas, *op. cit.*, núm. 34 y ss.

<sup>7</sup> En general casi todos los autores coinciden en señalar el miedo de la burguesía alemana o la debilidad del radicalismo burgués, políticamente de los liberales y demócratas, por promover un potente movimiento social y su intento por mantenerse en los estrechos límites de la legalidad. Ver Na'aman, Sh., *op. cit.*, pp. 12-13. Ritter, G. A.,



Se estableció pues una Constitución según la cual el *Reich* era una *monarquía constitucional* confiada a los Hohenzollern, casa reinante en Prusia, que sin embargo no tenía gobierno parlamentario. La designación del gobierno era tarea real, y los ministros eran cargos de confianza del rey sin responsabilidad alguna ante el Parlamento. Se estableció el sufragio universal, igual y secreto para todos los varones mayores de 25 años y que no vivieran de la caridad pública. Se creó una administración unificada que, sin embargo, estaba casi totalmente en manos de los funcionarios prusianos. El rey se reservó el derecho de mando sobre el Ejército aun cuando era incumbencia del Parlamento, y un sinfín de otras peculiaridades.

Teóricamente Alemania era uno de los países más adelantados del continente con su monarquía parlamentaria y su sufragio universal, pero *de facto* era una monarquía pseudoconstitucional, que pretendía regirse por las normas habituales de un Estado de derecho. También su parlamentarismo era más ficción que realidad: el Parlamento (*Reichstag*) solo tenía carácter deliberativo, pues al monarca (*Kaiser*) le estaba reservada la última decisión sobre las cuestiones realmente importantes, tanto en el cambio de ministros o la disolución del Gobierno, como en los temas militares o en otras cuestiones. Además, el Parlamento general, que era elegido por sufragio universal, competía en los estados federados con los parlamentos regionales, en los que regía el voto por estamentos, de modo que su composición, como es obvio, difería mucho de la de aquél. La socialdemocracia, por ejemplo, muy numerosa en el Parlamento general, tenía muy poca fuerza en la mayoría de los parlamentos regionales que decidían la política concreta. Por lo que el Parlamento era más un órgano de representación en su sentido estricto que un poder real en la vida de la sociedad. O por decirlo de otro modo, el *Reich* era legalmente una monarquía constitucional, pero no un Estado parlamentario; podría también definirse como un Estado semiabsolutista con formas pseudoconstitucionales.

---

*Das deutsche Kaiserreich, 1871-1914*, Gotinga, 1981, p. 13. Mommsen, H., *Sozialdemokratie zwischen Klassenbewegung und Volkspartei*, Fráncfort, Athenäurn, 1974, p. 11. Schieder, W., *Das Scheitern des bürgerlichen Radikalismus und die sozialistische Parteibildung in Deutschland*, en Mommsen, H., *Sozialdemokratie...*, *op. cit.*, p. 29. Abendroth, W., *Die deutschen Gewerkschaften*, Heidelberg, 1954, p. 9, etc.

El aparato del Estado apoyado en un funcionariado numeroso y dispuesto a intervenir sí era realmente eficaz. Los funcionarios se concebían a sí mismos como el soporte de un *Estado fuerte*, que rechazaba el parlamentarismo como una costumbre extranjera que explicaría la debilidad política de países como Francia. Esta actitud estaba reforzada ideológicamente por la defensa de la *peculiaridad alemana* y su sentido de cohesión nacional al servicio de la Corona. Naturalmente el funcionariado estaba vedado para aquellos sectores a los que se estigmatizaba como enemigos de la patria, como los socialdemócratas que, entre otras cosas, no podían trabajar ni en correos (servicio estatal), ni en los ferrocarriles (estatalizados), ni ejercer como maestros, etc.

El otro pilar del *Reich* eran los militares. En sus efectivos el Ejército estaba formado por una amplia masa de soldados —existía ya el reclutamiento general de la población masculina— y una capa de oficiales, en su mayoría pertenecientes a la nobleza. Documentos de la época señalan la escasez de oficiales procedentes de sectores burgueses y las dificultades con que estos últimos tropezaban en sus tratos con sus compañeros de armas, así como la imposibilidad para los socialdemócratas de acceder a estos cargos.

En el proceso de constitución de la nueva Alemania, la así llamada *unificación por arriba* había puesto en marcha una determinada estrategia de exclusión de los enemigos internos, según la cual, del mismo modo que el *Reich* había surgido como elemento de defensa común ante la amenaza de los enemigos externos, su fortalecimiento interior exigía la exclusión de todos los grupos *antinacionales*, *enemigos de la patria* o *defensores de intereses extranjeros*. Estas acusaciones iban dirigidas contra los grupos susceptibles de oposición política, tales como los católicos, los socialdemócratas y más tarde los judíos. La identificación entre nación y sociedad, entre patria alemana recién conquistada y sociedad existente, compartida entre resignados y escépticos por muchos antiguos liberales y demócratas legitimaba ese punto de vista y permitió durante algunos años una política demagógica que acusaba con éxito a la socialdemocracia de extranjería. Las teorías sobre la peculiaridad alemana contribuían a justificar este proceder.

Los sectores burgueses aceptaron con mayor o menor reticencia ese proceder y acabaron dejándose seducir por él. Así, según palabras del

historiador G. Eckert, «cuanto más se colocaba la burguesía, en los años setenta, en el terreno del “Nuevo Orden”, menos posibilidades había para una colaboración política del movimiento obrero con los grupos liberal-demócratas de la burguesía media y pequeña, como Liebknecht y Bebel, pocos años antes, habían intentado en el Partido del Pueblo (*Volkspartei*) del sur de Alemania». <sup>8</sup> La otra cara de la medalla era el profundo aislamiento de la socialdemocracia, que no había hecho más que empezar. En los años setenta, el peculiar juego bismarckiano, consistente en empujar a unos grupos parlamentarios contra otros, empeoró todavía más las cosas, pues puso al orden del día una política de alianzas poco común. Fueron años en los que los nacional-liberales colaboraron al principio lealmente con Bismarck, empeñados en convencerse de la eficacia de sus métodos para modernizar Alemania, dotándola de instituciones políticas y jurídicas de corte representativo. En esa época el enemigo mayor eran los católicos a los que se acusaba de servir a los intereses del Vaticano. <sup>9</sup>

Coincide esta época con un notable aumento de la popularidad de Bismarck, una vez superados los descontentos derivados de la fundación del *Reich* y olvidados los viejos rencores de la época de la revolución. Sectores antes reticentes demostraban mayor simpatía por el Estado alemán que se afirmaba como una potencia europea cada vez más fuerte. Es posible que la relativamente buena situación económica contribuyera a afianzar esa confianza en el nuevo *Reich*, pues son los años de alta coyuntura conocidos como época de la fundación (*Gründungszeit*). El idilio terminó con la crisis de 1873 que hizo cambiar el mapa político. A la ruptura del Partido de los Nacional-liberales, dividido en dos grupos, siguió la alianza de Bismarck con los conservadores, que desde

<sup>8</sup> Eckert, G., *Die Konsolidierung der sozialdemokratischen Arbeiterbewegung zwischen Reichsgründung und Sozialistengesetz*, en Mommsen, H., *Sozialdemokratie....*, *op. cit.*, p. 40.

<sup>9</sup> En los años setenta los católicos fueron perseguidos como brazo del Vaticano; en todo el periodo bismarckiano los socialdemócratas lo fueron como agentes del enemigo exterior, especialmente de Inglaterra. Más tarde Treitschke extendió esta condena a los judíos en la ola de antisemitismo de finales de siglo. En la correspondencia con Engels, Bebel habla repetidamente del aumento del odio de los campesinos contra los judíos pues, dado que en su mayoría eran traficantes, eran hechos responsables de la carestía. En 1893 le dice: «Hay comercios en Sajonia donde en un cartel se prohíbe la entrada a los mendigos, los perros y los judíos», 25 de junio de 1893, *August Bebel Briefwechsel mit F. Engels*, ed. por W. Blumenberg, La Haya, Mouton, 1965, p. 697.

finales de los años setenta impulsaron una política de intervención estatal. Su efecto fueron guiños constantes hacia el *Centro* (los católicos) y una política sistemática de aislamiento de los liberales restantes, que pasaron a la oposición. La creación a mitad de los años ochenta (1884) de un nuevo partido liberal (el partido de los librepensadores alemanes *Deutsch-freisinnige Partei*) por fusión de la fracción con los antiguos progresistas, no fue capaz de detener su decadencia, aunque coincidiera con ciertos amagos de liberalización (los años de la «nueva era» [1888]) y con la euforia provocada por la caída de Bismarck (el «nuevo curso»). Entre los objetivos liberales prioritarios se encontraba la oposición al llamado *Socialismo de Estado* al que identificaban con la política bismarckiana.

El propio Max Weber hubo de señalar que la autodestrucción de los grandes partidos políticos en la Alemania bismarckiana, en concreto la de los liberales, era obra de Bismarck: «No podían –ni querían– realizar las tareas políticas que se habían propuesto y se rompieron, pero no, o al menos no en primer lugar, por motivos reales sino porque Bismarck no podía tolerar, junto a él, ningún poder que fuera de algún modo independiente, al margen del modo en que se manifestara, pero que actuara bajo su propia responsabilidad».<sup>10</sup> Puede decirse que de ese peligro solo se salvó, en parte, la socialdemocracia, y eso porque ocupaba una posición marginal en el sistema, aunque también para ella la política bismarckiana iba a tener consecuencias nefastas.

En efecto Bismarck no había contado solo con los liberales. Tiempo atrás, había intentado incluso una operación de tenaza contra ellos basada en la alianza entre sectores obreros, representados por Lassalle y los propietarios de tierras. A Lassalle la propuesta no debió parecerle excesivamente demencial, especialmente si iba acompañada de concesiones como el sufragio universal y la creación de sociedades cooperativas apoyadas financieramente por el Estado; al menos eso cabe deducir de la correspondencia mantenida entre ambos políticos y de los documentos consiguientes, según los cuales Bismarck tanteó a Lassalle y se dejó informar convenientemente y éste jugó la posibilidad táctica de una alianza entre aristocracia y clase obrera que arrinconara a la burguesía (políticamente a los liberales). Dada su concepción de los procesos históricos,

---

<sup>10</sup> Max Weber, *Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland*, en *Gesammelte politische Schriften*, op. cit., p. 303.

Lassalle incardinaba ese paso en un proceso revolucionario que se pondría en marcha espontáneamente. La cosa no dio mucho de sí, entre otras razones por la interrupción de las conversaciones a raíz de la anexión de Schleswig-Holstein (finales de 1863) y por la muerte de Lassalle en 1864, pero lo cierto es que en los meses siguientes los guiños de la prensa de la Asociación lassalleana, controlada por von Schweitzer, a la política bismarckiana fueron cosa sabida, para gran escándalo de unos y otros.<sup>11</sup>

A los incipientes proyectos de liberalización siguieron a finales de la década de los setenta dos importantes medidas sociopolíticas: la ley contra los socialistas (*Sozialistengesetz*) en 1878 y los decretos de política social a partir de 1881. Ya en las elecciones de 1878, Bismarck había puesto en juego de forma demagógica sus intenciones de reforma social como consta en un artículo directamente inspirado por él (*Provinzial Correspondenz* del 27 de junio de 1878): «Desde hace mucho tiempo los gobiernos tienden a una reforma económica (...) pues la preocupación del gobierno se centra en todo momento en promover el bienestar económico del pueblo». Solo razones formales impidieron que el *Reichstag* de octubre de 1878, que aprobó la ley de excepción, discutiera también las medidas pertinentes de política socioeconómica que, sin embargo, se irán aprobando en el curso de los años siguientes, en proporciones cambiantes y en el marco de los consiguientes regateos.

Sin duda para él el juego político a corto plazo tuvo sus ventajas y es sabido que Bismarck desconfiaba de los empeños legislativos a largo plazo, pero socavó en medida apreciable la constitución de la nación alemana. Los mismos liberales tuvieron que reconocer que una «situación en la que el Canciller continuamente cambia sus apoyos, a la larga es insostenible. Las relaciones que por el momento los partidos tienen en el Parlamento son un peligro para la vida pública, sobre el que en muchos círculos no se presta la atención debida. Por muy provechoso que sea para el Canciller el cambiar los apoyos en determinadas cuestiones y aprobar un decreto con el centro, otro con los liberales, etc., a la larga, una situación semejante no se puede mantener, conduce a una total inseguridad y a oscilaciones muy peligrosas en nuestro desarrollo

---

<sup>11</sup> Carta de Liebknecht a K. Marx, febrero de 1865 en *W. Liebknecht, Briefwechsel mit K. Marx und F. Engels*, ed. G. Eckert, La Haya, 1963. Ver al respecto Schröder, W., «Im Ringen um eine politische Operationsbasis» en *BzG*, 25, 1983, pp. 368 y ss. Igualmente correspondencia entre Marx y Engels, *MEW*, 31, pp. 38 y ss.

interno, cuyos efectos son desmoralizadores y desorganizadores para la vida y la situación política». <sup>12</sup>

En resumen, podríamos decir que la Alemania del *Kaiserreich* hasta la Primera Guerra Mundial –1871-1915– se enfrentó a todos los problemas de una sociedad industrial-capitalista con un incipiente estado de desarrollo, y pretendió resolverlos en el marco de unas estructuras y de unas relaciones de poder pretéritas, de modo que en ningún caso se pusieran en cuestión los privilegios de los viejos sectores, sino que como mucho, se ampliaran en la medida de lo imprescindible a los recién llegados, en un proceso de selección social mezclado de corrupción.

Para ello el Canciller Bismarck se sirvió de una forma política autoritaria, capaz de fuertes respuestas represivas, a la vez que por medios diversos propiciaba la integración económica y social. La represión favorecía la traducción política de los antagonismos económicos y sociales, pero a la vez impedía su solución, pues no ofrecía mecanismos políticos para resolverlos, ni siquiera para plantearlos, es decir, eliminaba toda forma eficaz de mediación política. Según palabras del historiador D. Groh: «El objetivo último era conservar la continuidad de la estructura social y con ella del estamento de la propiedad económica, el medio para conseguirlo era la discontinuidad de la Constitución como sistema de resolución de conflictos. La discontinuidad tenía como última causa la radicalización de los antagonismos en el seno del sistema político establecido como consecuencia del crecimiento industrial. Los grupos dirigentes querían la industrialización sin tener que pagar el precio de las innovaciones políticas». <sup>13</sup>

El resultado fueron enormes dificultades para la formación de la Alemania moderna y tiene, por tanto, mucho que ver con los acontecimientos posteriores. Según Wehler hay que darse cuenta «de los lastres particulares de la historia alemana, de los duros obstáculos que se opusieron al desarrollo de una sociedad de ciudadanos maduros y responsables o que se han opuesto a ello. Hay que darse cuenta de lo que significa que el poder se enfrentara primero a la sociedad liberal, después a una sociedad democrática, siempre con un objetivo prefijado; su único

<sup>12</sup> G. A. Ritter, *op. cit.*, p. 220.

<sup>13</sup> D. Groh, *Negative Integration und revolutionärer Attentismus. Die deutsche Sozialdemokratie am Vorabend des 1. Weltkrieges*, Fráncfort, Berlín, Viena, 1975, p. 69.

mérito fue que tuvo demasiado éxito. Esa oposición tuvo consecuencias fatales, inmediatamente o a más largo plazo» (*op. cit.*, p. 11). Para G. A. Ritter «la crítica decisiva para el sistema político establecido por Bismarck no afecta tanto a la escasa realización de los postulados liberales o democráticos, sino que se condensa en que dificultó la formación política de la nación» (*op. cit.*, p. 13). Ya Max Weber lo había señalado: «Durante un cuarto de siglo estuvo en la cima de Alemania el último y más poderoso de los Junker (Bismarck) y lo trágico de su carrera de hombre de Estado, junto a su inigualable grandeza, que muchos no ven todavía hoy, lo verá el futuro sin lugar a dudas: bajo su mandato, la obra de sus manos, la nación que él unificó, cambió lentamente y sin remisión su estructura económica y se transformó en otra nación, en un pueblo que exigía un ordenamiento distinto al que él le podía dar y al único que podía imaginar en su carácter cesarista». <sup>14</sup>

A la socialdemocracia esa situación le planteaba una tarea casi imposible: hacer una transformación política o democratizar un país cuyas estructuras represivas lo impedían, de modo que toda revolución política tendía a convertirse en una revolución social, cuando sin embargo, la integración económica y social, especialmente a partir de los años noventa, era muy superior a la política. Pero el mecanismo funcionaba también a la inversa, enmascarando como meros problemas de participación política las contradicciones sociales entre capital y trabajo. La imposibilidad de hacer una revolución necesaria es así, para la socialdemocracia, la otra cara del juego dilatorio y represivo de Bismarck. Las aporías de la situación se multiplican: política exterior sustitutiva de la interior, sufragio universal que coexiste con parlamentos estamentales, parlamentarismo simplemente declamatorio, partido socialdemócrata de masas, pero impotente. El marxismo de Kautsky quiso explicar esos problemas sin dar orientaciones para resolverlos. De ahí paradójicamente su importancia y su impotencia.

### **La política de reformas sociales**

Para los contemporáneos la *cuestión social* designaba el problema de un nuevo tipo de pobreza que se diferenciaba de las hambrunas medievales en que era efecto de un desarrollo económico anárquico y

<sup>14</sup> Max Weber, *Der Nationalstaat und die Volkswirtschaftspolitik*, en «Gesammelte Schriften», Tubinga, 1958, 2ª ed., pp. 19-20.

desequilibrado, que generaba bolsas de una enorme y nueva pobreza en el marco de una inusitada riqueza. Potencialmente ese problema tenía una enorme carga política, pues en el periodo agitado que siguió a la Revolución francesa de 1789 no parecía posible impedir que la miseria de amplias capas de la población adquiriera el carácter de un levantamiento social de graves consecuencias para el orden establecido; no en vano en la conciencia de muchos contemporáneos, había sido la irrupción del *pueblo* en la arena política lo que había dado al traste, para bien o para mal, con la situación reinante, determinando el curso posterior del proceso revolucionario.

En su estudio *Sobre la revolución*, Hannah Arendt señala dos elementos que problematizaron la pobreza moderna. Primero, el ejemplo de América demostró que la pobreza no es un estado connatural al hombre en su vida terrena, sino que es posible dejar de serlo en unas condiciones históricas dadas; de ese modo el ejemplo de la revolución americana habría actuado sobre la propia revolución francesa; segundo, el argumento de la moderna economía política, según la cual el trabajo es la fuente de toda riqueza, hacía aparecer cuando menos como paradójica la miseria reinante entre los trabajadores (pp. 73 y ss.).

Ambos elementos se entrecruzaban en la Alemania del siglo XIX. Por una parte, las tradiciones revolucionarias seguían actuando en determinados sectores del movimiento obrero, incluida la socialdemocracia. Por otra, el aumento de la miseria entre las capas trabajadoras se agudizó con la crisis de los años setenta, a consecuencia de la cual gran número de trabajadores, que habían sido atraídos en masa a las zonas industriales con el rápido crecimiento de los años cincuenta quedaron sin trabajo y literalmente en la calle. Esto distinguía la nueva situación del *pauperismo* anterior (década de 1840), convirtiéndola en un peligro para el sistema político recién establecido.

En sí misma la *cuestión social* es un problema general de la Europa industrializada del XIX; lo que es peculiar de Alemania es el intento de resolverla desde el Estado con medidas de política social, es decir con medidas legales para combatirla, que prefiguran el moderno Estado del bienestar. Estas medidas conformaron la política bismarckiana de reformas sociales en los años setenta, cuyos contenidos teóricos se apoyaban en las concepciones económicas de un grupo de profesores conocidos



como socialistas de cátedra (*Kathedersozialisten*). Su doctrina, el llamado socialismo de Estado (*Staatssozialismus*), fue largamente debatido entre los contemporáneos.

El canciller Bismarck, cuyo juego político pretendía preservar el Estado de toda amenaza de disgregación posible, consideraba a la socialdemocracia una fuerza desestabilizadora y temía su destructividad, ya que la juzgaba capaz de echar por tierra el complicado encaje de bolillos que suponía la modernización alemana en las condiciones existentes: «Contra los socialdemócratas solo sirven los soldados» solía repetir.<sup>15</sup> A eso se unía una vieja concepción aristocrática de los deberes del señor para con el siervo de añeja raigambre religiosa; traducida ahora al lenguaje del Estado, figura entre los deberes del Estado velar por el bienestar de los súbditos, entre los que se incluye el de impulsar la política social. Ambos medios, reprimir a los irreductibles e integrar a la gran masa, eran elementos de una doble táctica: represión política –ley de excepción– e integración social –política de reformas sociales–. Ambas tenían un único objetivo, la salvaguarda del Estado y ambas coinciden casi exactamente en el tiempo: 1876 con prolongaciones en los años ochenta y 1878 con posteriores desarrollos hasta los años noventa. De la efectividad de ese doble juego dan fe los muchos esfuerzos que le costaron a Bebel evitar su triunfo.

Ahora bien, el populismo demagógico que le era habitual hace difícil pensar que Bismarck viera en esas medidas una estrategia a largo plazo de integración de los diversos estratos sociales y de constitución de un Estado moderno, lo que quizá sí estaba en la mente de los socialistas de cátedra. Más bien es probable que su intento no fuera más allá de una respuesta táctica, con el objetivo de bloquear el movimiento socialista y de suprimir, o cuando menos de controlar, toda forma de libre asociacionismo, considerada zona de contagio del peligro socialdemócrata.

Bismarck inició esa política en 1876 con los decretos sobre la reforma de los impuestos, de las aduanas, de los ferrocarriles y con las medidas para «erradicar los males sociales». Éstas preveían la constitución de un «sistema centralizado y unificado de seguros, que proteja a todos

---

<sup>15</sup> Con ello reformulaba un viejo eslogan de la revolución de 1848: «Gegen Demokraten helfen nur Soldaten», proveniente de un poema de la época. Recogido en la obra de Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, Stuttgart, 1959, p. 527.

los grupos sociales económicamente débiles, incluidos los jornaleros del campo, de los peligros esenciales que amenazan su vida y les garantice indemnizaciones y ayudas. Estos seguros deben financiarse con cuotas tanto por parte de los trabajadores como de los empresarios, y con subvenciones del gobierno».<sup>16</sup>

Los años 1878-1879 –los mismos en que se decretó la ley de excepción contra los socialistas– fueron años de gran intervencionismo sociopolítico y de nuevas iniciativas de política social: en 1880 el propio Canciller se encargó del Ministerio de Hacienda; en el año 1881 se promulgó la legislación sobre seguridad social; en 1883 los decretos sobre los seguros de enfermedad; en 1884 la seguridad social para accidentes; en 1889 las medidas de vejez e invalidez, etc. Así, en los mismos años en que se reprimía políticamente a la socialdemocracia, el *Reich* alemán logró crear, gracias a todas esas medidas, una situación social ventajosa para los trabajadores, lo que si bien no eliminó la dureza de las condiciones de trabajo en las fábricas, sí suavizó cuando menos los efectos sociales más dramáticos de una industrialización acelerada en condiciones sociales y políticas no precisamente ventajosas; a la vez logró poner bajo el control del Estado el amplio asociacionismo laboral, que se había mantenido hasta entonces relativamente autónomo. Fue ese último aspecto el que motivó el rechazo de los socialdemócratas que, entre el entramado de la legislación, vislumbraban su objetivo político.

Algo semejante ocurrió con la política laboral y con el famoso *Derecho al trabajo* (*Recht auf Arbeit*), solemnemente proclamado por Bismarck en 1883, que en los años siguientes sirvió para lanzar una demagógica campaña de empleo público. Se pretendía combatir la crisis y la recesión, la llamada *Gran Depresión*, con medidas como la creación de empleo público, o la multiplicación de las oficinas de empleo, permisos de trabajo, en fin con una serie de medidas de intervención económica del Estado que pudieran eliminar el peligro político inherente a cotas de paro tan elevadas.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Citado en Tennstedt, Fl., *Sozialgeschichte der Sozialpolitik in Deutschland*, Gotinga, 1981, p. 146.

<sup>17</sup> En 1894 un 1,89 % de los trabajadores en el *Reich* estaba en paro y en los años anteriores a 1914, la tasa subió hasta el 2,3 %.

A la vista de lo sucedido cabe preguntarse qué habría pasado de no existir en Alemania el sufragio universal. Había sido el propio Bismarck quien lo había introducido con motivo de la fundación del *Reich* aunque con objetivos conservadores, es decir, confiando en que el buen sentido de los súbditos y sus sentimientos monárquicos les llevarían a seguir apoyando a su régimen. De ese modo contaba poder utilizarlos contra la burguesía y contra los liberales, aislándolos todavía más y convirtiendo sus viejas reivindicaciones en un arma contra ellos. Como reconocían los mismos nacional-liberales, «lo peculiar de la evolución alemana ha sido que aquí un gobierno conservador, unos hombres de Estado conservadores, han adoptado, para transformar las relaciones en Alemania, los principios constitucionales y políticos que en esencia han sido proclamados desde hace treinta años por el sector liberal».<sup>18</sup>

Pero las medidas, una vez aplicadas, tuvieron un efecto quizá no previsto pues al resolver o atenuar las consecuencias más desgraciadas de la industrialización y del trabajo fabril en condiciones sociales y políticas particularmente difíciles, contribuyeron a fortalecer, o si se quiere a sanear, el sistema industrial, al que descargó de tareas enojosas. El cuidado de la higiene, de la sanidad pública; la construcción de un sistema público de educación a cargo del Estado; los seguros por enfermedad, y por invalidez... la salvaguardia frente a las desgracias derivadas de las condiciones del propio trabajo industrial aportaba a la industria fuerza de trabajo renovada y en buenas condiciones, eliminando el carácter patriarcal de las viejas explotaciones de principios de siglo. El Estado se hacía cargo de los costos sociales de la industrialización, que eran sufragados por vía indirecta a través de una política de impuestos que gravaba la industria mientras mantenía fuertes exenciones para los propietarios de tierras. De modo que la Alemania de Bismarck llegó a ser un modelo de Estado moderno industrializado en un cascarón antiguo.

A la vez, análisis más detallados han puesto de relieve la eficacia relativa de la legislación social, cuya práctica discurrió por caminos diversos

---

<sup>18</sup> Discurso del jefe de la fracción nacional-liberal Rudolf von Bennigsen del 13 de abril de 1874, cit. por Ritter, G. A., *op. cit.*, p. 188. Según palabras del propio Bismarck en sus *Memorias*: «La implantación del sufragio universal era un arma en la lucha contra Austria y el resto del extranjero y, a la vez, una manera de amenazar con los medios más extremos en la lucha contra las coaliciones», *Gedanken und Erinnerungen*, p. 322, cit. por Döring/Kempfen, *Sozialistengesetz, Arbeiterbewegung und Demokratie*, Colonia, 1979, p. 33.

de los inicialmente previstos por el legislador, contribuyendo a alterar la estructura sociológica de la nación. Por ejemplo, el seguro obligatorio de enfermedad se convirtió en un seguro para los más pobres, mientras que los trabajadores fijos o con cierta cualificación preferían las cajas voluntarias, profesionales o locales. Al implicar además una cuota patronal, sirvió de elemento de represión, pues los patronos tendieron a despedir a los trabajadores adscritos a él, antes que a los otros. Algo semejante ocurrió con el seguro de vejez que era a todas luces insuficiente económicamente, pero impedía que los viejos siguieran trabajando, aunque fuera en tareas menos gravosas como habían hecho hasta entonces, o con el de invalidez que implicaba además la intervención judicial. En algunos casos esas medidas aliviaron los problemas individuales, pero en su conjunto impulsaron la socialización del ciudadano en sentido moderno, sustituyendo las viejas formas de socialización: gran familia, comunidad rural, por las formas modernas: familia reducida de padres e hijos, tratamiento social de la vida personal, enfermedad, vejez, maternidad, etc.; como efecto de todo ello aumentó la diferenciación interna entre los asalariados, en especial obreros y empleados y se impulsó la interrelación entre economía, sociedad y política, típica del moderno capitalismo organizado.

## **El debate teórico en torno a las medidas sociales.**

### **Los socialistas de cátedra (*Kathedersozialisten*)**

Esta situación indujo a muchos intelectuales de la época a reflexionar sobre aquellas mejoras que pudieran solucionar la crisis social imperante. Entre ellos destacaron como interlocutores privilegiados los llamados *socialistas de cátedra*.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> El nombre procede de H. Oppenheim, periodista liberal que se lo atribuyó en el curso de la polémica de los años setenta entre socialistas y liberales. Roversi, A., *Il Magisterio della Scienza. Storia del Verein für Sozialpolitik dal 1872 al 1888*, Milán, Fr. Angeli ed., 1984, p. 10. Sobre la reacción de los afectados contra este apelativo, «Der Briefwechsel G. von Schmoller mit L. Brentano», ed. por Goetz, en *Archiv für Kulturgeschichte*, XXVIII, 1938, pp. 316 y ss. (reedición en Liechtenstein, 1966). A diferencia de Bismarck los socialistas de cátedra veían «las propuestas sobre la seguridad social como una estrategia político-social y político-económica más amplia, que a su juicio había que adoptar si se quería resolver, sin mistificar los términos, el problema de fondo que la cuestión social planteaba a la sociedad alemana de la época: cómo afrontar transformaciones que no son simples procesos reorganizativos o ajustes técnicos, sino que afectan a la estructura social de Alemania en todas sus dimensiones», *op. cit.*, p. 152.

Eran éstos un grupo de profesores alemanes de economía política empeñados en la elaboración de una teoría económica de carácter histórico, contrapuesta a la economía política clásica inglesa, de la que se esperaba que diera respuestas útiles para los problemas sociales y económicos de las sociedades modernas, especialmente en su versión germana. Con estos presupuestos elaboraron una *Economía política nacional* o *Nationalökonomie* de cariz antiliberal, que estaba enraizada en las tradiciones teóricas y culturales alemanas.

Pertenecen al grupo, que por lo demás nunca estuvo internamente cohesionado, autores como W. Roscher, G. von Schmoller, L. Brentano, H. H. Herkner, A. E. F. Schäffle y A. Wagner. A pesar de su diversidad interna, todos ellos presentan como característica común el rechazo del liberalismo, pues entienden que la doctrina del «*laisser faire*» conlleva la ruina de la sociedad, abocando directamente al «caos» social. Por el contrario, defienden la reorganización económica y social de la colectividad bajo la dirección del Estado. Si su antiliberalismo se empezó a dejar ver en los años cincuenta, aumentó todavía más a partir de 1865, predisponiéndoles para apoyar positivamente las medidas de intervencionismo impuestas por Bismarck. Con ello dieron un cierto bagaje teórico al *socialismo bismarckiano de Estado*, aunque es muy posible que fuera mayor su interés por las reformas bismarckianas que el de Bismarck por ellos.

En la nomenclatura académica se les encuadra habitualmente en la denominada *Escuela histórica de economía política*, corriente hegemónica de economía en las universidades alemanas desde los últimos decenios del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX (años cincuenta). Entre los fundadores de la escuela antigua destaca W. Roscher (1817-1894) cuyo pensamiento se remonta a las doctrinas de los románticos y de los idealistas alemanes de principios de siglo como Fichte, Schelling y otros. Sus temas habituales entroncan con cuestiones ya analizadas por aquellos autores tales como la teoría ética del Estado, el tema del sentido de la Historia, etc. Algunos de ellos reaparecerán posteriormente en el historicismo, corriente filosófica de la misma época con la que la Escuela histórica mantiene estrechos contactos teóricos y personales.

En contra de la tradición ilustrada, tanto la Escuela de economía nacional como el historicismo posterior rechazan una epistemología

de las ciencias sociales (o humanas) que privilegie el estudio aislado de los fenómenos sociales, independizándolos de sus conexiones con el conjunto de la «vida» de la sociedad, en analogía a cualquier fenómeno natural. Esta posición fundamenta su rechazo de la economía política clásica inglesa (Adam Smith o Ricardo) que, por estar fuertemente impregnada de tradiciones empiristas, nunca gozó de gran predicamento en Alemania. Con razón o sin ella los economistas alemanes la acusaban de que *no podía* explicar instituciones fundamentales de la vida económico-social como el Estado y de que era la causante, con su enfoque individualista y utilitario y con su creencia en la armonía social, de graves desórdenes económicos y sociales.

Si el racionalismo ilustrado les parecía abstracto, era porque según ellos descuidaba una consideración de la economía como *esfera de la vida del pueblo* —de reminiscencias hegelianas— cuyo desarrollo no es comprensible más que poniéndolo en relación con la historia de las sociedades, en ese caso de la sociedad alemana. Se trataba pues de elaborar una teoría económica global, de base histórica, que superara las insuficiencias de la economía individualista liberal. La historia a su vez era entendida de modo pragmático como un caudal de enseñanzas útiles para la toma de decisiones políticas. Si a esto se añade la defensa de la peculiaridad germana antes mencionada, es fácil comprender el atractivo de esa teoría para los funcionarios alemanes, que constituían la clientela mayoritaria de las universidades de la época.

Los portavoces de la *economía nacional* según el modelo alemán eran, en general, profesores universitarios, buenos profesionales, que conocían bien y con detalle las corrientes económicas contemporáneas. Roscher, por ejemplo, fue profesor en Gotinga y Leipzig y autor de una *Historia de la economía*, en la que pasa revista a los pensadores ingleses, franceses y alemanes de su época, destacando sus contribuciones más sobresalientes a la ciencia económica. Es de señalar que entre los autores alemanes contemporáneos cita a Marx con cierta extensión. Frente al olvido y desconocimiento general del que Marx era objeto en el pensamiento económico inglés de su época, no deja de resultar chocante esa reivindicación suya como «autor alemán», aunque sea para indicar a continuación que en cuanto variante alemana de la economía política clásica da muestras de aquella misma unilateralidad en el método, que la Escuela histórica se propone superar. Para ello Roscher propone

un método inductivo que, por comparación, permita hallar de modo empírico las leyes generales de la evolución humana. Marx, piensa Roscher, coincide con él en la defensa de esas leyes generales, pero su errónea metodología –abstracta y deductiva y no empírica e inductiva– le habría impedido encontrarlas.

Además de esa crítica de principio, Roscher ataca a Marx en dos puntos: le acusa de antropologizar la «mercancía», como consecuencia de su falta de un método adecuado,<sup>20</sup> y critica su materialismo, es decir que olvide los factores espirituales y religiosos en los comportamientos humanos, dejándolos reducidos a meros fenómenos naturales. Esa crítica será recogida, posteriormente, por Max Weber (1864-1920), autor muy ligado a la Escuela, y se encuentra en la base de su interpretación alternativa del surgimiento del capitalismo, plasmada en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Frente a Marx y la economía política clásica con su autonomización de lo económico (el mercado), Roscher defiende una consideración orgánica de la vida social como despliegue del *espíritu del pueblo* (*Volksgeist*). Pero la imposibilidad metódica de tematizar tal principio de unidad real, le orienta hacia una labor descriptiva en la que son frecuentes analogías organicistas que tendrán larga repercusión en movimientos posteriores, siendo de gran importancia para el tratamiento de la cuestión social como disfuncionalidad, o en último término como una especie de enfermedad social.

A partir de los años setenta, la Escuela se revitalizó bajo la dirección de G. von Schmoller (1838-1917), pronunciándose decididamente en favor de las medidas de política social. Personaje muy activo y de gran influencia social, este distinguido académico fue profesor en Berlín desde 1882, y colaboró en la creación de la *Verein für Sozialpolitik* (1872), asociación pionera como agrupación de economistas y sociólogos profesionales preocupados por elaborar una estrategia teórica frente a lo que entendían como un fracaso ya definitivo de las concepciones liberales. Desde los años setenta, Schmoller editó asimismo la famosa revista de Legislación, *Administración y Economía* (*Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft*), más conocida como

---

<sup>20</sup> Posteriormente esa crítica metodológica será repetida por Adolph Wagner, otro miembro del grupo, y dará pie a las explicaciones de Marx sobre su método y la especificidad de la dialéctica que se encuentran en *El Capital* y en las *Notas sobre Wagner*.

*Schmoller-Jahrbuch*, de gran difusión en los medios universitarios y de la administración. Gran patriarca de la economía alemana contemporánea, en él la descripción prima sobre el análisis teórico hasta el punto de que en su magna producción hay muy pocos elementos teóricos en sentido estricto. Y aunque como continuador de la Escuela histórica, sostiene que la economía política es la ciencia de las leyes generales del desarrollo de los pueblos, de hecho su trabajo se centra en el estudio de casos particulares que no permiten una generalización.

Dada la proximidad de los temas que les preocupaban: el estudio y el análisis teórico de la economía y de la sociedad, es comprensible la constante referencia de los pensadores marxistas, especialmente alemanes, a este conjunto de teorías e, inversamente, la atención con que estos autores estudiaron el pensamiento económico de Marx. Todo ello independientemente del aspecto político, pues al convertirse el marxismo a lo largo del siglo en la corriente teórica hegemónica, por no decir única, en la socialdemocracia alemana, su descalificación teórica incidía en la puesta en cuestión de su práctica política.<sup>21</sup>

La crítica de la economía política clásica y del marxismo, que consideraban simplemente una derivación de aquélla, se centraba en la cuestión del método. La Escuela histórica moderna, o sea G. von Schmoller, reafirma igual que había hecho su predecesora, la Escuela histórica antigua, la defensa de los procedimientos empíricos, entre otros de la estadística, que permiten acotar temáticamente los campos antes de hablar con rigor de leyes generales. Eso abre el camino hacia los análisis de corte sociológico al estilo de Max Weber.

---

<sup>21</sup> Según E. J. Hobsbawm, «en Alemania el antimarxismo académico tomó cuerpo desde los años setenta en adelante, como reacción obvia contra la fuerza del SPD e implícita o explícitamente se ocuparon del problema socialdemócrata escuelas académicas como los *Kathedersozialisten*, el grupo de Schäffle que tenía como vehículo de expresión la revista *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, liberales menos clásicos del tipo de L. Brentano y un poco más tarde el grupo del *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* (Max Weber, etc.). Con los socialistas de cátedra la polémica es en gran parte implícita (el *Jahrbuch* de Schmoller casi no contiene artículos sobre Marx hasta 1898-1899 y solo cinco en todos los años noventa); es más explícita en la *Zeitschrift* de Schäffle que reacciona al nacimiento del SPD desde los años noventa con un rosario de artículos sobre socialismo, sobre la socialdemocracia y sobre Marx –siete entre 1890-1894– después de lo cual, incluso antes de la muerte de Schäffle, calló del todo sobre el asunto». «La diffusione del marxismo (1890-1905)», en *Studi Storici*, 1974, pp. 241-269.



En su *Diccionario de las ciencias políticas* (1893), Schmoller define paradigmáticamente el punto de vista positivista de la Escuela: «La economía... es la ciencia que describe los fenómenos económicos, los define y los explica a partir de sus causas, en la medida en que es capaz de investigar un todo de interrelaciones recíprocas». <sup>22</sup> Y si bien de la descripción económica no se deriva consecuencia ética alguna, dada la inserción de la economía en el *conjunto de la vida popular* se hace pensable la intervención económica del Estado, como representante del pueblo. En el discurso pronunciado por el mismo autor con motivo de su toma de posesión del Rectorado en 1897, que lleva por título *Economía política y socialismo*, insistirá en el mismo punto, rechazando el llamado método marxista –la dialéctica– con su «fe en la evolución histórica» pero reafirmando la viabilidad del proyecto socialista «a través del Estado». Su atención no se dirige pues al socialismo en cuanto objetivo político, sino a legitimar la implantación de la política social, ya sea desde un punto de vista ético –los deberes del Estado hacia la comunidad– o histórico –la necesidad de eliminar las consecuencias desgraciadas de un desarrollo económico espontáneo–.

En consonancia con esa doctrina la economía política alemana debería «dar al legislador los conocimientos, de todo punto necesarios y los consejos con los que pueda, en contra de las ideas del liberalismo, sanear aquellos inconvenientes, que impiden una armonía de intereses...». <sup>23</sup> Armonía de intereses sería el nombre adecuado de *socialismo*.

Es interesante observar que desde un punto de vista teórico-económico, lo que separa en sentido estricto las teorías de los economistas nacionales germanos de la concepción marxiana es precisamente la teoría del valor. Schmoller, y en general toda la Escuela, analizan el sistema económico según el esquema de la oferta y la demanda, y obvian –por desconocimiento o por incompreensión– la teoría de la plusvalía. La *cuestión social* se reduce entonces a un problema de distribución o de redistribución social de la riqueza, que sería susceptible de resolverse a

<sup>22</sup> Cit. por Jahn, G., «Die historische Schule der Nationalökonomie und ihr Ausklang. Von der Wirtschaftsgeschichte zur geschichtlichen Theorie», en *Festgabe für F. Bülow zum 70. Geburtstag*, ed. por O. Stammer y K. C. Thalheim, Berlín, Duncker und Humboldt, 1960.

<sup>23</sup> Cit. por Winckel, *Die deutsche Nationalökonomie im 19. Jahrhundert*, Darmstadt, Wissens, Buchgesell, 1977, p. 161.

través de la intervención del Estado, es decir por medio de una intervención a favor de los débiles, ético-políticamente deseable e incluso exigible. Esas discusiones prefiguraron el posterior debate en torno al *Estado social*, a la vez que vehiculan un cierto socialismo ético latente, de matriz kantiana o neokantiana. Pero el núcleo de la distinción con los marxistas –en último término la teoría de la plusvalía– queda oculto bajo el problema del método y del posicionamiento político, hasta el punto de que el propio Kautsky, el más atento y a la vez uno de los más críticos, sea incapaz de vislumbrar el núcleo de la distinción, y crea que todo es cuestión de sustituir una teoría de la historia ética por una materialista (naturalista) y una aproximación política al Estado por el posicionamiento a favor del proletariado y su partido.

Aunque con posiciones más cercanas al liberalismo y más atento a lo que ocurría en Inglaterra donde había estudiado, Lujo Brentano (1844-1931) pertenecía también a ese grupo. Profesor de economía en Viena en los años ochenta (desde 1888), consideraba falaz la concepción de que los aumentos de salarios incidan en los precios, pues pueden derivarse en un aumento de la productividad. En consecuencia defendía la legitimidad de la lucha sindical como forma de defensa propia de los trabajadores y se declaraba convencido de la eficacia de los sindicatos a los que consideraba como elementos compensatorios de la inferioridad en que los obreros se encuentran en el sistema capitalista. La lucha sindical podía mejorar la suerte de los obreros sin alterar las leyes de la oferta y la demanda. Esto le llevó a promover la existencia de los sindicatos, y a protestar activamente cuando su actividad fue prohibida con motivo del decreto antisocialista. Defendía incluso la necesidad de constituir bajo el amparo del Estado cámaras de conciliación o de arbitraje entre patronos y obreros que regularan la compra-venta del «trabajo». Pues, dado que el aumento de los salarios (denominado «fondo salarial») no pone en cuestión el sistema sino que mejora el nivel de consumo de una parte de la población, un aumento de la capacidad adquisitiva de los obreros contribuiría a ampliar y asegurar el mercado.

Su discusión con los marxistas estriba en su rechazo de las contraposiciones de clases (patronos/obreros, burguesía/proletariado). Según él solo existirían disfuncionalidades como efecto de la oferta y la demanda, de modo que un aumento de la capacidad adquisitiva de los obreros que estuviera ligada a un aumento de la productividad

liberaría a éstos de la inhumanidad inherente a las primeras fases de la industrialización, permitiendo recortar la jornada laboral y devolviéndoles su humanidad perdida. Sus propuestas de política social se conjugaban con las exigencias éticas propias de la Escuela, aunque con una diferencia: como pone de manifiesto en su conocido texto *Die Arbeiterfrage* el objetivo de la política social no tenía que ser salvaguardar el Estado, sino «permitir a la clase obrera el máximo desarrollo de las facultades individuales y la correspondiente participación de los trabajadores en los bienes de la civilización».

El grupo tenía un importante órgano de difusión de sus ideas que servía también de elemento de presión política en la *Asociación de política social (Verein für Sozialpolitik)*, fundada en 1872. La Asociación había surgido de las reuniones que un grupo de profesores, junto a financieros, políticos y funcionarios de la Administración, hasta un total de 159, mantuvieron en Eisenach del 6 al 8 de octubre de 1872. El objetivo de la reunión era debatir la ya famosa *cuestión social* y proponer medidas para solucionarla. Se partía de la convicción general según la cual «si se quiere salir al paso de la revolución, la sociedad debe ser cambiada de modo pacífico con la ayuda de reformas sociales». La *Asociación* se definía así en dos líneas de actuación: contra el liberalismo (la llamada «manchestería» o *Manchestertum*) y contra el socialismo revolucionario. Su alternativa se articulaba en la defensa del Estado como órgano adecuado de la política de reformas sociales, derivadas de la «idea consciente de la necesidad de que el Estado y la sociedad intervengan activamente, si quieren equilibrar los intereses contrapuestos y las voluntades contrapuestas de los distintos estratos sociales del pueblo, aglutinados por él».<sup>24</sup>

Schmoller pronunció el discurso inaugural, recabando para el Estado el deber de *no tolerar* bajo ningún concepto el aumento y la perpetuación de las diferencias sociales, cuya peligrosidad para el conjunto de la vida social era cada vez más patente, como demostraba el éxito continuado de la socialdemocracia. «Creemos que tamaña desigualdad en la distribución de los bienes y de los ingresos, que una lucha de

<sup>24</sup> Boese, F., *Geschichte des Vereins für Sozialpolitik 1872- 1932*, Berlín, 1939, pp. 1 y ss. Igualmente Lindenlaub, D., *Richtungskämpfe im Verein für Sozialpolitik*, Wiesbaden, 1967, T. I, pp. 2 y ss.

clases excesivamente dura, puede destruir con el tiempo todas las instituciones políticas libres y traernos de nuevo el peligro de un gobierno absolutista. Por eso creemos que el Estado no debe contemplar con indiferencia un desarrollo de esas características».<sup>25</sup>

Para Schmoller, y en general para el conjunto del *Verein*, la cuestión social –y por tanto la lucha de clases que estaba en el fondo de ésta– surgía de la desigualdad en el reparto de los bienes sociales y podía eliminarse con las medidas oportunas –que necesariamente debían apoyarse en el análisis teórico-sociológico de la sociedad existente–, siempre que estuvieran encaminadas al logro de una mayor justicia social. Los teóricos economistas y los sociólogos debían elaborar las medidas pertinentes, para que los políticos o el Estado las ejecutaran. Evidentemente todos ellos daban por supuesto que el Estado y sus funcionarios estaban por encima de los intereses particulares. Y en cuanto intelectuales se consideraban llamados a intervenir en aras del bienestar general, aunque no participaran de la vida política directa ni pensarán en convertir su grupo de debate en un club político.

La política social bismarckiana de los años ochenta colmó sus esperanzas pero aumentó también sus diferencias. A partir de ese momento el grupo se dividió entre los que desaprobaban la legislación, entre ellos Schmoller y otros, apodados los «conservadores» y el grupo de los «intervencionistas», entre otros Wagner, que llegó a cuestionar la legitimidad del derecho de propiedad. Estas diferencias se plasmaron teóricamente en la famosa discusión sobre la «neutralidad valorativa», es decir sobre la inclusión de juicios subjetivos de tipo valorativo en los análisis teóricos. Esa discusión, en la que Max Weber tuvo una intervención destacada, fue evolucionando desde su punto de partida inicial, cuestionar la pretendida objetividad de las prescripciones en materia social, hasta la defensa de una ciencia libre de juicios valorativos, que estableciera nexos causales o funcionales, pero netamente distinta de la política social en sentido estricto.

Aunque la polémica fuera interna a la Escuela, fue utilizada por sus detractores para descalificar globalmente los objetivos de reforma social como no científicos. Desde un principio el grupo había sido duramente

---

<sup>25</sup> Discurso de apertura de G. von Schmoller en el Congreso del *Verein* en Eisenach, Boese, F., *op. cit.*, p. 9, Winckel, *op. cit.*, p. 165.

atacado por los conservadores. En 1875 Schmoller había tenido que responder a los duros ataques de von Treitschke, el conocido historiador, quien en su obsesión contra la socialdemocracia –Treitschke fue el único diputado liberal que en 1878 votó a favor de la ley de excepción contra los socialistas– acusaba a los *socialistas de cátedra* de ser encubridores del socialismo. A ese mismo empeño respondían los despectivos epítetos que les dedicaba la prensa liberal, entre otros, el propio calificativo de *socialistas de cátedra*, *socialistas descafeinados* (o azucarados), *socialismo demagógico*, etc. «Para ser como Liebknecht y Bebel –se decía– solo les falta el valor». Ellos se defendían afirmando que solo coincidían con el socialismo en cuanto que ambos criticaban el liberalismo al que rechazaban como sistema social, pero que a diferencia de la socialdemocracia, apoyaban el Estado y rehusaban el marxismo. Reconocían que ciertamente no podían ofrecer una teoría económica coherente pero sostenían que la suya cuando menos era compatible con el carácter ético propio del pueblo alemán.

En cuanto a la obra de Marx, la consideraban una doctrina extranjera –y si se apura casi una traición a las tradiciones germanas–, lo mismo que la socialdemocracia a la que tenían por un partido extranjero y enemigo de la Patria. En el fondo representaban más que cualquier otro grupo a una amplia capa de intelectuales y profesionales, sociológicamente pertenecientes a la pequeña burguesía, deseosos de intervenir en la vida política como *mediadores* (científicos) entre un poder político que debería ser capaz de resolver los problemas de la vida social y unas amplias capas de población, en condiciones de vida pésimas, presa posible de cualquier intento desesperado y demagógico.

A partir de los años noventa, mientras que el debate sobre el reformismo hacía furor en las filas socialdemócratas, la discusión académica sobre las reformas sociales estaba prácticamente terminada. Los liberales habían dejado de atacarles, pero a la vez tampoco parecía que el *Verein* pudiera ofrecer alternativas interesantes. Fue en ese momento que se les motejó de *marxistas*, cosa totalmente fuera de lugar, pero que indica la especial sensibilidad de los liberales más duros frente a cualquier intento serio de reforma social.

A finales de siglo el *Verein* era un grupo muy heterogéneo, cuyo periodo dorado pertenecía ya al pasado. Desde finales de los setenta su

atención se había ido concentrando cada vez más en temas de mayor contenido teórico o cuando menos en cuestiones más asépticas. La ley antisocialista les obligaba también a ser más cautos y se habían vuelto más escépticos en cuanto a su influencia política. El tipo de política personal instaurada por Bismarck hacía difícil mantener el viejo sistema de influencias y aconsejaba una pequeña «tregua», ligeramente crítica. Así la *cuestión social* dejó de ser el problema prioritario, siendo sustituida por las cuestiones complejas suscitadas por sociedades ya plenamente capitalistas y cada vez más socializadas.

Aparte de los ya citados y de la labor del propio *Verein* cabe destacar por sus controversias con los marxistas otros dos importantes teóricos sociales: Albert Schäffle (1831-1905) y el ya mencionado Adolph Wagner. El primero defendía un análisis económico de tipo sociológico que no engranaba bien con los métodos de la Escuela histórica. Había participado activamente en política desempeñando un ministerio en el Imperio austrohúngaro y en la época era muy conocido como editor de la revista de ciencia política general (*Zeitschrift für die gesammte Staatswissenschaft*). Su polémica con los marxistas surgió a raíz de que en un libro suyo, titulado *Estructura y vida del cuerpo social (Bau und Leben des sozialen Körpers)* (1875-1878), que se puede situar en la línea de un positivismo evolucionista, deducía la posibilidad teórica del socialismo del carácter orgánico del cuerpo social. Esto le llevó a defender desde un punto de vista teórico posiciones cercanas al socialismo, que combinaba con un violento rechazo de los objetivos políticos socialdemócratas, debido a su carácter destructivo.

Lo curioso del personaje es que en un opúsculo anterior, titulado *La quintaesencia del socialismo (Die Quintessenz des Sozialismus)*, Gotha, 1874), había expuesto un punto de vista socializante, que le había hecho sospechoso de albergar tendencias favorables al socialismo o como se solía decir en la época, de «socialista enmascarado». Este libro había gozado de gran éxito entre la socialdemocracia siendo traducido a varios idiomas. Quizá su sentido de la supervivencia o el deseo de lavar su reputación, a parte de sus propias concepciones políticas, hizo que en el opúsculo siguiente, titulado significativamente *La falta de perspectivas de la socialdemocracia*, la crítica fuera desmesuradamente dura. Lo cierto es que hasta aquel momento había gozado de considerable estima entre los socialdemócratas que consideraban su obra una exposición

objetiva del socialismo y le tenían por un simpatizante. El propio Bebel le consideraba alguien cercano a las posiciones socialdemócratas; también Kautsky era un lector atento de sus obras, aunque hubiera sido uno de los primeros en atacarle públicamente; pero para ambos era algo así como un signo de la época: tanta era la fuerza de las ideas socialistas que hasta un conservador empedernido y un profesor de limitadas perspectivas como él, tenían que admitir la verdad implícita en ellas. Este tipo de discurso, tan característico del marxismo kautskyano, no entraba sin embargo en la discusión concreta de los problemas que aquél había planteado y por tanto oponía su propia autosuficiencia a la crítica enemiga, sin rebatir su contenido que, paradójicamente, era incorporado en dosis no menospreciables.

El caso de Adolph Wagner es algo distinto y si nos interesa es porque además de ser uno de los más activos defensores del socialismo de Estado, motivó una de las pocas exposiciones que Marx ha dejado de su método. Adolph Wagner, profesor en Berlín y, después de Schmoller, el más importante economista nacional de su época, era un catedrático influyente en los medios gubernamentales y ocupaba una importante posición en el movimiento social protestante. Activo defensor de la política social y del socialismo de Estado, era tremendamente escéptico frente a todo sueño de justicia social, si bien consideraba que la ética obliga a los particulares y en mayor medida a los representantes del Estado a buscar siempre una mayor equidad.

Siendo defensor de una enérgica política social lo único que le diferenciaba de posiciones más claramente socialistas, como podría representar Rodbertus, el amigo de Lassalle, era el tipo de medidas que tomaba en consideración. Según él, «*socialismo de Estado* era el sinónimo de una política estatal positiva, consciente de su objetivo, que ejerciera una función reguladora sobre la vida económica. Se trata de una política que impulse la realización del socialismo en la medida en que es conveniente y posible por medio del Estado existente, es decir, por medio de la legislación, la administración, las finanzas y una específica política de impuestos».<sup>26</sup> Su programa implicaba una mejor ordenación de la producción, mayor participación de la población en los frutos materiales del trabajo, medidas de protección y de fomento social, política de

---

<sup>26</sup> Wagner, A., *Finanzwissenschaft und Staatssozialismus*, 1887, ed. por A. Skalweit.

impuestos y una más justa distribución de los beneficios económicos, estatización de empresas, etc. Muy amigo de Th. Lohmann, que fue ministro prusiano de comercio en los años setenta, se le considera uno de los inspiradores de la política social de Bismarck que, sin citarlo, se hizo eco de sus expectativas en el Estado, tal como las había expuesto en su famoso *Discurso sobre la cuestión social*, pronunciado en Berlín en 1871.

Se da pues una especial relación entre la agudeza de la *cuestión social* en la Alemania de la segunda mitad del siglo XIX y un discurso específico sobre las reformas sociales que pretende evitar esos males o cuando menos, suavizarlos, introduciendo precisas reformas sociales. El medio para ello sería la institución estatal, que dada la peculiar situación económica, social e histórica, desempeña un papel preponderante y goza de una autonomía relativamente amplia en la constelación de fuerzas sociales.

Esa peculiaridad germana, que no es tanto una peculiaridad espiritual, cuanto un rasgo característico del modo como históricamente se formó la Alemania moderna, se convierte en carácter distintivo que sustenta una determinada escuela de economía, cuyo público se encuentra en la amplia capa de funcionarios estatales, en su mayoría prusianos. Su vocación teórica, unida a una referencia pragmática inevitable, se condensa en su intento de hacer de la economía política alemana «la punta de lanza contra el lado sombrío del liberalismo, contra la manchestería (*Manchestertum*) materialista y contra el optimismo acrítico y doctrinario».<sup>27</sup> Su doble ofensiva se delimita por un lado contra los sectores claramente conservadores, por otro contra la socialdemocracia y el socialismo revolucionario, en especial el marxista. Su objetivo es teórico, social y político simultáneamente. Teórico en cuanto pretende elaborar los datos económicos y sociológicos del problema; social, en cuanto pretende indicar las reformas pertinentes con conocimiento de causa, contribuyendo a la solución del problema; político, en cuanto que la eliminación de la *cuestión social* reforzaría el Estado haciendo de él un auténtico organismo comunitario (ético), único modo de ganar la batalla a la socialdemocracia según el lema de que «hay que salir al paso de las causas primeras de la socialdemocracia, profundizarlas para destruirlas».<sup>28</sup>

<sup>27</sup> Wittrock, G., *Die Kathedersozialisten bis zur Eisenacher Versammlung 1872*, Berlín, 1939, p. 121.

<sup>28</sup> Schmoller, G. von, *Über einige Grundfragen...*, *op. cit.*, p. 218.



La alternativa que ofrece el *socialismo de Estado* se concreta en un punto: intervención económica y social por parte del Estado, lo que incluye no solo medidas de política social (higiene, invalidez, enfermedad) sino también una política crediticia y fiscal, con formulaciones más o menos radicales, cuyo objetivo explícito sea reducir la pobreza a un problema de mala distribución social de la riqueza, problema que puede resolverse si se introducen medidas de distribución o de redistribución equitativa. Entre sus defensores más radicales encontramos a aquellos que exigen medidas de estatización de las empresas económicamente vitales, unidas o no a la imposición de restricciones para la propiedad privada. En una palabra, la base de una política reformista en un proyecto que, siendo político, intenta manifestarse como estrictamente teórico («neutral»), no dudando en colaborar con unos y con otros, mayormente con los organismos estatales, pero también en ocasiones con el movimiento obrero.

Históricamente hay diversos elementos que subyacen a esa teoría, entre otros la existencia de un Estado fuerte y una ideología antilustrada que defiende la particularidad germana. Teóricamente destaca un elemento que estructura todo el discurso: la sobrevaloración de la política en una concepción idealista hegeliana del Estado, que convierte a éste en instancia dinámica del todo social, minusvalorando los efectos sociales de una constelación de fuerzas, que en la mayoría de los casos se desconoce —no hay ningún análisis de la estructura económico social real de la sociedad de su tiempo— y olvidando el carácter, en cierta manera autónomo, de los procesos económicos.

A esto se añade un rechazo unilateral de la economía clásica inglesa, o sea de la economía liberal no porque no explique las peculiaridades germanas —lo cual sería hasta cierto punto comprensible— sino porque se la hace responsable de los efectos sociales disgregadores del liberalismo clásico. Pero la Escuela no ofrece una teoría económica sustitutoria a pesar de que promueva reformas sociales que palien los problemas.

Aún con sus debilidades y sin ser la alternativa que anunciaba, la Escuela histórica de economía política alemana, contribuyó notablemente a impulsar los estudios de sociología, dando pie a análisis cada vez más detallados de una realidad que se volvía más y más compleja y centrándose, en contra de la tradición liberal, en el carácter del Estado

como conjunto de actuaciones normativas que estructuran el entramado de la vida social. Y así, mientras que en los años setenta y en los primeros ochenta del siglo XIX, la superioridad teórica de la doctrina de Marx no parecía refutable, posteriormente sus respectivos procesos de evolución les llevaron a la situación inversa y mientras que el marxismo socialdemócrata se convertía en una doctrina cada vez más inflexible y esquemática, la interna pluralidad del *Verein* contribuía a la riqueza de sus planteamientos. Al final del periodo, especialmente a partir de los años noventa ese marxismo, codificado en un sistema sin resquicios gracias a Kautsky, había perdido teóricamente la partida.



117. Spottbild auf die Reichstagswahlen. 1877  
„Berliner Wespens“

Caricatura del *Berliner Wespens* sobre el resultado de las Elecciones Legislativas.

## Capítulo 2

# El movimiento obrero ante el proceso de unificación

### **Los movimientos de masas. Luchas y asociaciones obreras en la era de la industrialización**

Ante las medidas de reforma social la respuesta del movimiento obrero de la época, muy incipientemente organizado, no fue todo lo positiva que Bismarck hubiera deseado. Ciertamente no había todavía un movimiento obrero en sentido estricto, pues aunque sus orígenes se remontan a la Liga de los Comunistas y a la Asociación obrera de Stephan Born, la contrarrevolución de la década de los cincuenta había acabado prácticamente con él. Las organizaciones sindicales de la época revolucionaria habían sido cerradas, los líderes perseguidos o proscritos, los periódicos censurados. No en balde se habla de estos años como del primer periodo de reacción y son tenues los hilos que unen el movimiento obrero posterior con sus precedentes de los años cuarenta y cincuenta.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El inicio y la línea de continuidad del movimiento obrero alemán son objeto de discusión entre los historiadores. La historiografía marxista suele situarlo entre los años treinta y cuarenta, mientras que las corrientes socialdemócrata y liberal lo inician en 1863 con la fundación de la Asociación General de los Trabajadores de Alemania (ADAV). Asimismo, mientras los primeros sitúan la línea de continuidad en los años cincuenta en la *Liga de los Comunistas*, los segundos acentúan la importancia de los clubs obreros. Ver entre otros Dowe, D., *Bibliographie zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung, sozialistischen und kommunistischen Bewegung von den Anfängen bis 1863. Berichtszeitraum 1945-1971*, Bonn, 1977, 2ª ed., pp. 27 y ss. Según el conocido historiador Sh. Na'aman: «El movimiento obrero se consolidó organizativamente hasta 1850, y a principios de 1850 pretendió incluso celebrar un congreso obrero. Luego siguió actuando en la clandestinidad», como consecuencia de la represión que se impuso a raíz de la resolución parlamentaria de 1854 disolviendo todas las asociaciones

Sin embargo seguía existiendo un movimiento amplio y difuso, concentrado en la defensa de intereses económicos o sociales inmediatos difícilmente represaliables, tales como las cajas de resistencia en sus múltiples variantes, aunque la relación entre ambos grupos sea difícil de establecer por la clandestinidad y el aislamiento existentes. En sus diversas modalidades: cajas de desplazamiento, cajas de resistencia, cajas de mortalidad, asociaciones culturales, cooperativas de producción o de consumo, etc., estas organizaciones conocieron un notable desarrollo en estos años. En algunos casos se trataba de organizaciones subvencionadas por los empresarios, que estaban bajo la tutela del Estado. En otros dependían casi exclusivamente de sus asociados, en régimen de autoadministración. Pero en los múltiples proyectos presentados para legalizarlas se insistía siempre en que ofrecían grandes ventajas para «combatir la pobreza cada vez mayor» del proletariado emergente y evitar «la anarquía que tal situación podría generar».

Ese doblete de miedo y represión impregna toda la política social bismarckiana. Desde finales de la década se había extendido un fuerte malestar entre las capas más bajas de la población que, en su mayor parte de modo espontáneo, dio lugar a los brotes de rebeldía de finales de los cincuenta y de los años sesenta: huelgas y movimientos de resistencia de los trabajadores, aumento de asociaciones y de reuniones obreras, surgimiento de comités de huelga y de cajas de ayuda y de solidaridad, etc. En los últimos decenios se observa inclusive un aumento de la conflictividad social, como muestran las grandes huelgas de 1857, la huelga minera de Waldenburg (1869-1870) y la de 1872 en el Ruhr, en la que tomaron parte más de 20.000 obreros.

Durante todo el decenio de los cincuenta los salarios se habían mantenido bajos; solo empezaron a subir lentamente a finales de la década siguiente, de modo que las diferencias entre las diversas clases habían aumentado. Tras la *Gran Depresión* (1873 y ss.), que afectó profundamente al movimiento huelguístico, los salarios reales decayeron en un proceso continuado durante toda la década. Las luchas obreras disminuyeron también, tanto en duración como en intensidad, a pesar de

---

obreras. Ver *Zur Entstehung der deutschen Arbeiterbewegung*, Hannover, 1978, pp. 48 y ss. y Abendroth, W., *Aufstieg und Krise der deutschen Sozialdemokratie*, Colonia, 1978, 4ª ed., p. 14.

la existencia de un profundo malestar general. No en balde el propio Marx había señalado que lo más paradójico en un periodo de crisis es que parece un mal mayor no encontrar explotador que ser explotado.

Sin embargo la denominada *cuestión obrera* (*Arbeiterfrage*) no equivale sin más a la cuestión social, por más que ambas se superpusieran históricamente. Para muchos teóricos sociales e incluso para capas relativamente cultas de los años sesenta, la primera se reducía a la segunda, en la medida en que solo veían en ella el fenómeno de la miseria, de la «nueva» miseria que afectaba a la clase trabajadora. Les era sin embargo muy difícil, por no decir imposible, discernir en el problema aquellos rasgos estructurales nuevos que dan al hecho de *ser-trabajador* su carácter específico, cambiando la relación laboral en sí misma.<sup>2</sup> El trabajo en la fábrica era una relación completamente nueva, vivida por lo general como experiencia negativa, tanto en su contraposición con formas de trabajo anteriores, como por las condiciones en que se ejercía. Ese nuevo fenómeno chocaba sin embargo con los conceptos habituales de los *socialistas de cátedra* o de reformadores tan bien dispuestos y tan bien intencionados como A. Lange, el conocido periodista y filósofo autor de la *Historia del materialismo*, y hasta tal punto era novedoso que les impedía comprenderlo.

El movimiento obrero espontáneo o muy poco organizado se encontraba en la situación opuesta, es decir con la dificultad de encontrar ideas y formas de acción con las que legitimar sus reivindicaciones, y no era evidente, o al menos no lo fue en las primeras fases del movimiento, que éstas tuvieran que consistir siempre en la lucha y en la confrontación.<sup>3</sup> Eso explicaría que, tal como afirma el historiador de los

<sup>2</sup> Es interesante notar que el problema del cambio del trabajo en sí mismo, es decir la pérdida del carácter finalista y organizado que tenía el trabajo artesano y su sustitución por el trabajo moderno, parcelado y mecanizado, es objeto de gran discusión en los años cuarenta, mientras que posteriormente pierde importancia ante los problemas típicos de las condiciones laborales en el trabajo fabril.

<sup>3</sup> Las huelgas chocaron al principio con notables reticencias por parte de los antiguos artesanos que no las consideraban un procedimiento adecuado. Ver Engelhardt, V., «Von der „Unruhe“ zum „Strike“», en Volkman, H., Bergmann, J. (ed.), *Sozialer Protest*, Opladen, 1984, pp. 229 y ss., y las largas discusiones sobre si los socialdemócratas debían organizarlas en *Protocolos de la asamblea general del ADAV en Hamburgo en 1868*, en *Protokolle und Materialien der ADAV (inklusive Splittergruppe)*, ed. por D. Dowe, Berlín, Dietz Nachf, 1980, pp. 121 y ss.

sindicatos K. Schönhaven, «los hombres de su época vivieran la irrupción del capitalismo industrial en Alemania como una fase de rompimiento llena de contradicciones»,<sup>4</sup> lo que iba a determinar un avance imparable de los movimientos sociales, alimentados por las pésimas condiciones sociales y laborales existentes.

Así pues, aún admitiendo la dificultad de establecer lazos directos entre las acciones de protesta y el nacimiento de las organizaciones sindicales y políticas, ya que no siempre afectan a los mismos sectores, fueron diversas formas de un extendido malestar e inseguridad social las que se tradujeron en conflictos y las que animaron la emergencia de las primeras asociaciones (*Vereine*) y cooperativas (*Genossenschaften*). En su organización es evidente que no todas esas asociaciones tenían el mismo contenido ni la misma finalidad social, pero lo importante es que constituían el tejido social ineliminable, del que se nutrió el movimiento socialdemócrata y al que aportaban una base de masas.

Entre los liberales el teórico de las cooperativas había sido el conocido político y diputado Schulze-Delitzsch (1808-1883), llamado el «rey del reino social», que presentaba a estas organizaciones como una forma práctica de resolver la *cuestión social*. Según él si los trabajadores, que eran todavía mayoritariamente artesanos, creaban sus propias cooperativas, garantizarían su propio trabajo y podrían acceder a la formación que les facilitaría el ascenso social. El objetivo de las asociaciones era pues el de poner a disposición de sus miembros los medios laborales y culturales necesarios para que pudieran mantenerse por sus propios medios como capa social independiente, sin ser arrastrados a la proletarización. Entre sus seguidores abundaban los artesanos con difíciles perspectivas de futuro, pero en cualquier caso con una situación social relativamente mejor y con mayores posibilidades de supervivencia que el mero peonaje. Las cooperativas de crédito o de materias primas podían garantizarles la independencia por cierto tiempo, aunque fuera en una situación precaria. En las condiciones especiales de Alemania, con una extensa capa de artesanos empobrecidos y con una industrialización rampante, esta alternativa gozó de considerable éxito durante cierto tiempo.

---

<sup>4</sup> Schönhaven, K., *Die deutschen Gewerkschaften*, Fráncfort, Suhrkamp, 1981, p. 15.

El discurso que lo sustentaba era una mezcla de liberalismo y de apoliticismo. Schulze-Delitzsch propugnaba la *ayuda propia*,<sup>5</sup> en el sentido liberal clásico de que cada uno se ayude a sí mismo; y pretendía que el esfuerzo del movimiento se concentrara en lo estrictamente económico quedando al margen de la política. En el fondo tenía una concepción general de la sociedad como organismo, semejante a la concepción de Schäffle o de otros socialistas de cátedra, para quienes dicha cuestión no era más que una enfermedad social. Y en la medida en que una enfermedad es un fenómeno de la naturaleza, la analogía del *cuero social enfermo* daba a sus doctrinas una apariencia de naturalismo científico, muy en boga en la época.<sup>6</sup>

A pesar de su ambigüedad y de su confusión, quizá más del propio Schulze-Delitzsch que del movimiento mismo, esos intentos ayudaron a crear un nuevo sentimiento de solidaridad entre los asociados y cooperativistas, y a reforzar la idea de que la sociedad podía ser de otro modo. Ofrecían además una plataforma importantísima para el desarrollo de la actividad política conspirativa pues, aunque solo fuera eso, los obreros daban salida en estos círculos a su rechazo del nuevo sistema de producción y de trabajo.

En conjunto, los dos decenios posrevolucionarios hasta la *Gran Depresión* fueron años de desarrollo espontáneo de un movimiento obrero elemental que se organizaba de modo muy flexible en los periodos de conflictividad a través de formas organizativas mínimas, tales como comités de huelga, movimientos de base, etc. pero faltaban organizaciones institucionalizadas. En los periodos de receso, se mantenían las

<sup>5</sup> El eslogan de la *ayuda propia* (*Selbsthilfe*) aparece con enorme frecuencia en los textos de la época, ligado o contrapuesto a la *ayuda estatal* (*Staatshilfe*). Con el tiempo se produjo un engarce, de modo que la mejor forma de ayuda propia resultó ser la ayuda estatal que solo era posible empero tras la revolución. En su aspecto semántico el término no enlazaba con la idea revolucionaria de «emancipación de la clase» y venía a ser como una manera discreta de decir lo mismo. En la Internacional esta tesis la había difundido *Der Vorbote*, editado por J. Th. Becker, que la extendió en el movimiento obrero alemán y austriaco. Ver como muestra el discurso de Greulich, representante de los trabajadores de Zúrich y uno de los más radicales, en el 5º Congreso de las asociaciones educativas (1868). Na'aman, Sh., *Von der Arbeiterbewegung zur Arbeiterpartei*, Berlín, Coloquio, 1976, Informe del Congreso, p. 100.

<sup>6</sup> Schulze-Delitzsch, *Kapitel zu einem deutschen Arbeiterkatechismus* (1863), cit. por Brusati, A., *Geschichte der Sozialpolitik mit Dokumenten*, Linz, 1962, p. 132.



cajas de enfermedad, las asociaciones de ayuda y los clubs de formación obrera, especialmente en su versión liberal y solo embrionariamente núcleos sindicales.

Internamente la propia clase obrera estaba diferenciada entre un sector de artesanos empobrecidos, con pocas perspectivas de futuro, como los aprendices sin posibilidad alguna de convertirse a su vez en artesanos independientes, y otro sector que manifestaba ya los rasgos típicos del obrero industrial de finales de siglo: mineros, trabajadores de la siderurgia, etc. Ambos actuaban todavía conjuntamente en los organismos obreros y sus caracteres distintivos no eran todavía manifiestos. Con el avance de la industrialización (años setenta) esta distinción se redujo, se produjo una proletarización cada vez mayor del artesanado, que pasó a estar incluido en el proceso fabril, y en cambio se amplió la capa de empleados administrativos y de oficina (comercialización, tareas de oficina, etc.), entre los que abundaban las mujeres.

Estas diferencias se combinaban con características sociales de todo tipo, algunas derivadas del lugar que unos y otros ocupaban en la jerarquía laboral (maestros de taller, oficiales, aprendices,...), del nivel de instrucción (trabajadores con oficio o sin él), del sexo (las mujeres no eran admitidas en los sindicatos), del lugar de procedencia (trabajadores nativos o inmigrantes, etc.). Todo ello hacía que las masas obreras no fueran un colectivo uniforme, internamente homogéneo, sino un grupo amplio enormemente diferenciado, en el que destacaba una capa, en cierta forma de «élite», que estaba presente también en la Primera Internacional. Esa capa constituía el núcleo de los activistas de la asociación lassalleana y posteriormente de los cuadros socialdemócratas. Puede definírseles como «artesanos cualificados, que trabajan en pequeñas empresas, autónomos o a jornal, a veces incluso con trabajo en fábricas, pero por lo general con una formación por encima de la media y políticamente despiertos».<sup>7</sup> Sin duda alguna esos son los protagonistas del momento, con rasgos prácticamente comunes para todos los países.

A finales de la década de los sesenta, y en consonancia con la eferescencia política que vivía el país, se asistió a una auténtica fiebre organizativa, materializada a partir del 1867-1868 en la fundación de

---

<sup>7</sup> Na'aman, Sh., *Die Konstituierung der deutschen Arbeiterbewegung 1862/1863. Darstellung und Dokumentation*, Assen, 1975, p. 14.

organizaciones políticas y sindicales, regionales, centrales de diversos oficios y sectores, tales como sastres, zapateros, trabajadores de la construcción, del metal y de la madera, del textil, etc.

La fundación del *Reich* y la transformación consiguiente de la vida pública, cuando las cuestiones políticas tradicionales perdieron interés en beneficio de las sociales, iban a producir un notable cambio en las condiciones de la acción política. En las revoluciones de 1848 los trabajadores habían actuado en su mayor parte desde el interior de los partidos burgueses, en especial del Partido Demócrata, sin que se planteara en ningún caso la necesidad de un partido político exclusivamente obrero. Por el contrario en los sesenta, los problemas de la unidad y las vacilaciones, manipulaciones e incongruencias de la política liberal, aconsejaron la fundación de un partido obrero independiente, distinto de los partidos burgueses y centrado en los objetivos obreros.

### **El doble origen de la socialdemocracia alemana: lassalleanos y marxistas**

A Ferdinand Lassalle (1825-1864) le cabe el mérito de estar entre los primeros en haber percibido la importancia política del movimiento obrero moderno y en haber puesto todo su empeño en su fortalecimiento, de modo que aunque algunos piensen que la fundación de la *Asociación General de Trabajadores Alemanes* (ADAV) fue prematura, lo cierto es que tras su aparición en 1863, el panorama político alemán no volvió a ser el mismo. Su precursor político-organizativo, el movimiento por un congreso obrero que tuvo lugar en el verano de 1862 con asambleas en Berlín, Hamburgo y Leipzig, enlazaba todavía con las tradiciones revolucionarias de 1848 que el propio Lassalle compartía ya que, nacido en 1825, estaba fuertemente imbuido del espíritu revolucionario del *Vormärz*<sup>8</sup> alemán, del que no abdicó ni en los años de mayor prusianismo.

Lassalle fue un líder de gran personalidad, que reunía en su figura los rasgos de un notable abogado, de un conocido intelectual y de un agitador político de imparable oratoria. Como abogado se distinguía

---

<sup>8</sup> En la historiografía alemana se denomina *Vormärz* (Premarzo) el periodo de amplias movilizaciones que precedió a la revolución de 1848, cuyo inicio se sitúa en el mes de marzo.

por su habilidad en transformar un mero pleito civil, como podía haber sido el caso de divorcio de la condesa von Hatzfeldt, en un proceso político, en un alegato contra la corrupción de las clases altas y contra la hipocresía de la sociedad que, con su silencio, sancionaba las peores abyecciones. Sus procesos, que le dieron una notable popularidad, se caracterizaban porque en ellos los papeles se invertían y el acusado, en ocasiones el propio Lassalle en persona, se convertía en acusador público, en fustigador de los poderes establecidos. Posteriormente fue ése un comportamiento común en las filas socialdemócratas, cuyos miembros utilizaron con frecuencia los juicios como tribunas públicas; un ejemplo claro lo encontraremos en los juicios de los años setenta contra Bebel y Liebknecht por alta traición.

Desde el punto de vista de su formación Lassalle era un autodidacta. Aunque había estado matriculado en la Universidad de Berlín durante varios años, su paso por ella no había hecho más que aumentar su desprecio por los profesores que allí enseñaban, el gran Schelling incluido. También le habían permitido comprobar el aburrimiento reinante entre los alumnos, de modo que decidió proseguir por sus propios medios su formación intelectual, concentrándose en la lectura de *su* filósofo: Hegel. Tanto su filosofía de la historia, típicamente hegeliana, como las categorías de su pensamiento, proceden de ese filósofo, al que se mantuvo fiel toda su vida. Elementos de origen hegeliano serán la insistencia en la dialéctica como desarrollo interno de unos conceptos a partir de otros y como único método verdadero; la tematización de la oposición entre lo particular y lo general frente a la identidad entre lo individual y lo genérico; la idea de la realidad como un todo fluido y cambiante; la fe en que la historia tiene un sentido y éste es progresivo, aunque avance por medio de la revolución, único medio capaz de romper la resistencia de lo existente; la idea de la primacía del Estado como representante concreto del espíritu del pueblo —lo que no excluye su utilización por la clase dominante—, o el carácter de la ciencia como lenguaje de la razón y de la libertad, etc. En suma una filosofía de la identidad heredada de Hegel en su sentido más fuerte.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Los textos más importantes de Lassalle están reunidos en los *Gesammelte Reden und Schriften*, editados por E. Bernstein, Berlín, 1919-1920, 8 vol. Los más interesantes son: *Die Hegelsche und die Rosenkranzische Logik und die Grundlage der Hegelschen Geschichtsphilosophie im hegelischen System* (1859), *Fichtes politisches Vermächtnis und die*

En ese personaje, el idealismo filosófico hegeliano y fichteano se había convertido en una concepción de vida. Así, escribe desde la cárcel en 1849: «O bien Alemania vuelve realmente de nuevo y para siempre a la noche de la antigua situación y en ese caso toda ciencia es una mentira, toda filosofía un juego del Espíritu, Hegel un idiota escapado de un manicomio y no hay pensamiento alguno en el caos de la historia, o la revolución celebrará muy pronto un nuevo triunfo, que será decisivo. Lo último es mucho más probable».<sup>10</sup>

Lassalle era sin lugar a dudas un revolucionario, incluso un jacobino, pero en modo alguno un demócrata ni siquiera en la concepción antigua del término como democracia real. Siguiendo las categorías hegelianas, pensaba que el espíritu general de un pueblo se manifiesta en un individuo, cuya penetración y clarividencia le capacitan para una acción decidida en favor de lo general, pues un pueblo (*Volk*) no es solo un conjunto de individuos, sino una *totalidad* configurada por herencia, tradición e historia que se desarrolla por sí misma y que solo en su unidad interna encuentra la fuerza para actuar. El héroe, el *gran hombre* es solo aquél que tiene capacidad para expresarlo.<sup>11</sup>

Entusiasta de Robespierre en su juventud, compartía con la mayoría de los revolucionarios de la época la idea de que era necesario que los grupos sociales actuaran *como un solo hombre*, imponiendo la dictadura de la razón frente a la irracionalidad de lo particular, del intercambio de pareceres y de los pactos y acuerdos de todo tipo. Su actuación al frente de la Asociación (ADAV) se ajustó en todo momento a este punto de vista, que le parecía el único posible y que formuló en sus Estatutos, a pesar de algunas voces discrepantes. Quizá por eso Bismarck no anduviera tan desencaminado cuando afirmaba,

---

*neuste Gegenwart, Die Philosophie Fichtes, Herr Bastiat-Schulze von Delitzsch y Die Philosophie Herakleitos des Dunklen und Ephesus*, que ocupan los vol. 5, 6, 7 y 8. También es interesante la edición de los inéditos publicada por G. Mayer con el título *F. Lassalle, Nachgelassene Briefe und Schriften*, Stuttgart/Berlín, 1925, en 6 vol.

<sup>10</sup> Carta a su madre de enero de 1849, cit. por G. V. Uexküll, *Lassalle*, Hamburgo, Rowohlt, 1974, p. 70.

<sup>11</sup> «¿Qué es lo que convierte a un hombre en un *gran hombre* [...] solo una cosa: que aglutina en sí algo así como el espíritu de la nación a la que pertenece y, por medio de esta conjunción, de algún modo le permite una *expresión* más pura y lo realiza», *Die Philosophie Fichtes...*, op. cit., p. 114.

provocando con ello indignación general en las filas socialdemócratas, que «en el fondo Lassalle era un monárquico».<sup>12</sup>

En las cuestiones políticas sumaba un gran pragmatismo a este idealismo, llamémosle «*vivencial*». Eso le permitió sobrevivir al desastre de la revolución en una Alemania cada vez más *restaurada*; pero no pudo impedir que tras su distanciamiento de los liberales en los años sesenta como consecuencia de la polémica sobre la Constitución, su aislamiento político fuera cada vez mayor. En sus últimos años, a pesar de su éxito social e incluso académico—su obra sobre Heráclito fue recibida con gran entusiasmo por los profesores de la época, para gran irrisión de Marx y Engels—su falta de incidencia política le hacía fácil presa de una gran inseguridad interior que se traducía, además de en sus frecuentes depresiones, en una gran impaciencia.

Antes que nada, o si se prefiere como otro rasgo de su personalidad, no precisamente armónica, Lassalle era un *político*: quería hacer, influir en el mundo, no quería ni podía mirar los toros desde la barrera. Pero para eso se necesitaba poder y él no lo tenía. Su trato con los liberales y el conflicto constitucional le habían convencido de que con los partidos burgueses no había nada que hacer. De ahí que se volviera hacia el movimiento obrero como la única plataforma posible para articular un partido potente, que se situara entre los conservadores y los liberales. La única incógnita estribaba en si ese proletariado no estaría todavía demasiado inmaduro para su proyecto.

La ruptura con los liberales en el sesenta y tres coincidió con la apertura de dos nuevos frentes de actuación: las conversaciones con Bismarck (1863-1864) y la agitación entre los trabajadores que culminó en la creación de la *Asociación* (ADAV). Ambos frentes se unían en su convicción de que era posible acabar con la vieja Prusia corrupta e iniciar una transformación nacional y revolucionaria de Alemania que culminara en un *Estado social*. Ese objetivo se enlazaba con la idea de que se había iniciado una nueva época histórica dominada por el trabajo. Pero lo importante era que de llevarse a efecto esa transformación, Estado y pueblo serían lo mismo, lográndose el viejo sueño de

---

<sup>12</sup> Discurso de Bismarck con la referencia a sus conversaciones con Lassalle del 17 de septiembre de 1878 en *Bismarck. Die großen Reden*, ed. por L. Gall, Berlín, Severin, 1981, pp. 168 y ss.

los idealistas: la realización de la libertad positiva sin discriminaciones posibles, pues nadie podría quedar al margen de la sociedad del trabajo. Como indica claramente en más de una ocasión «trabajadores somos todos, precisamente en cuanto tenemos voluntad de hacernos útiles a la sociedad humana de alguna manera».<sup>13</sup>

Para hacer triunfar esa estrategia se necesitaba unir la libertad política, materializada en el sufragio universal, con la libertad económica, canalizable a través de la creación de cooperativas de producción con ayuda del Estado. En ese caso y solo en ése –ahí podría quizá ocultarse la única concesión hecha a Bismarck– sería posible «dar un paso –realmente muy improbable– hacia una monarquía popular, social y revolucionaria».<sup>14</sup> El recuerdo de las revoluciones del 48, con las que de algún modo pensaba enlazar, y su admiración por Garibaldi y la experiencia italiana, eran modelos reales que le confirmaban en su ilusión política.

Que Lassalle considerara seriamente la posibilidad de tal alternativa parece dudoso; que le pareciera deseable está fuera de duda. Admiraba a Bismarck como realizador de la unidad alemana, que consideraba una cuestión prioritaria; como él, rechazaba el liberalismo y el parlamentarismo, y aborrecía a la débil y asustadiza burguesía alemana; ambos compartían además una buena dosis de demagogia. Tampoco parece raro que Bismarck alentara por su parte unos contactos que le daban mayores bazas en su juego de carambolas, le permitían intervenir en la famosa cuestión social y hasta quizá ganar políticamente a las amplias masas obreras, sobre las que Lassalle ejercía una influencia incuestionable.

La agitación decidida entre los trabajadores, que había empezado poco antes de las conversaciones con Bismarck, se inició con el discurso que pronunció el 12 de abril de 1862 en la Asociación artesana de Berlín sobre *La especial relación existente entre el periodo histórico actual y la idea del estamento obrero*. Esta conferencia fue luego impresa con

<sup>13</sup> En uno de sus textos juveniles, la *Industriebrief* (1845), Lassalle había definido el comunismo como aquella concepción para la cual «el Estado o la sociedad forma un todo orgánico», «el individuo se entrega a la globalidad en función de un principio ético interno o de una decisión y Estado y sociedad se identifican», *Nachlass*, I, N 55, en Na'aman, Sh., *Lassalle*, Hannover, 1970, p. 38. *Arbeiterprogramm* (1862), en *Gesammelte Reden...*, *op. cit.*, T. 2, p. 186.

<sup>14</sup> Carta de Lassalle a Bismarck, de 8 de junio de 1863, en Mayer, G., *Bismarck y Lassalle*, Berlín, 1928, p. 60.

el título de *Programa obrero (Arbeiterprogramm)*. En él, utilizando de nuevo la filosofía hegeliana de la historia, defendía que había llegado la hora de los trabajadores: históricamente era su momento. Señalaba que hasta entonces había habido diferentes épocas históricas, que se caracterizaban cada una por un concepto específico: propiedad de la tierra, propiedad burguesa (capitalista), por último el trabajo. Este iniciaba un periodo no ya de privilegios, sino de libertad, pues los trabajadores equivalen de hecho «al conjunto del género humano».<sup>15</sup> Por eso ese estadio podría significar el final de la explotación y el principio de la libertad para todos.

En una comprensión ciertamente especulativa, aunque impregnada de un gran pragmatismo, Lassalle entendía que toda solución de la *cuestión social* era inseparable de la lucha por la democracia, cuya potencialidad socialmente explosiva radicaba en el poder revolucionario del sufragio universal; por su mediación el Estado podría convertirse en lo que de hecho debería ser: «su asociación, la de los más pobres», que constituyen la amplia mayoría de la sociedad, palanca necesaria para dar ese paso, para esta gran transformación, la hallaba en el voto igual, libre y directo, olvidando, quizá menos en la práctica que en sus concepciones generales, que la facticidad de las relaciones de dependencia en que los individuos se encuentran y la interrelación de las distintas esferas de lo social y lo político, incluido lo ideológico, hacen de las elecciones un proceso enormemente manipulable. Pero en su exposición incluso esas lagunas cobraban un particular *pathos* ético que lo hacía enormemente eficaz.

Congruentemente con la tradición revolucionaria en la que se movía, Lassalle entendía la democracia en sentido asambleario y plebiscitario, y no como organización parlamentaria. Su crítica de las formas jurídicas le había permitido descubrir por debajo de esas formas,

---

<sup>15</sup> *Op. cit.*, p. 127. El texto fue reimpresso múltiples veces en los años siguientes y traducido a varios idiomas, constituyendo un documento básico del movimiento obrero, en especial del movimiento obrero alemán. Ver una bibliografía completa en B. Andreas, *F. Lassalle, ADAV, Bibliographie ihrer Schriften und der Literatur über sie 1840 bis 1975*, Bonn, V. Neue Gesellschaft, 1981, pp. 74 y ss. Igualmente *Offenes Antwortschreiben, en Programmatische Dokumente der deutschen Sozialdemokratie*, ed. por D. Dowe y K. Klotzbach, Bonn, Dietz Nachf., 1984, p. 144. Tanto de este texto como de otros discursos de Lassalle hay traducción castellana en Lassalle, F., *Manifiesto obrero y otros escritos políticos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989.

las relaciones de poder que conforman definitivamente una sociedad. Ahora bien, según las concepciones revolucionarias, es el pueblo asociado el que constituye el Estado, en cuyo caso éste puede convertirse en instrumento de emancipación. Los difíciles problemas de táctica y estrategia que esto conlleva no le preocupaban en demasía con su confianza ingenua en la bondad y en la espontaneidad del proceso, o cuando menos los desconsideraba en su impaciencia por ponerlo en marcha. Sin embargo, nada más lejos de una mera defensa de lo existente. Está claro que Lassalle no defendía a *este Estado*, el Estado prusiano existente, ni siquiera cuando hablaba de las cooperativas estatales, a las que no consideraba, ni mucho menos, como una forma de socialismo; en el mejor de los casos no pasaban de ser una medida coyuntural.<sup>16</sup> Él se refería más bien a la *idea del Estado* y a la posibilidad de que de algún modo, ciertamente misterioso que abarcaba desde la cooperación con Bismarck a la puesta en pie de un potente partido obrero como fuerza revolucionaria, esa idea se transformara en realidad.

La paradoja de realizar la idea de la democracia pervivió largo tiempo en el partido, pues formaba parte de una tradición revolucionaria con la que la socialdemocracia fue rompiendo poco a poco. En Kautsky se mantiene todavía en el eslogan de la *democratización* y convenientemente depurada constituye el núcleo de libertad positiva del que se nutre el objetivo socialista. En sí misma esa idea solo podía mantenerse hasta que el sufragio universal se hiciera efectivo y la práctica de su corrupción hiciera tomar conciencia de sus límites. Pero en el momento en que esto ocurrió, la represión consiguiente a la ley de excepción y la situación marginal de la socialdemocracia complicaron la situación, contribuyendo en cierta medida a mantener en pie la ilusión.

Aunque parece que el *rojo* Lassalle no era unánimemente aceptado en los círculos obreros, la radicalidad de sus posiciones inclinó a los dirigentes del grupo de Leipzig encargados de convocar el congreso obrero, entre ellos Vahlteich, Dammer y Fritzsche, futuros cuadros socialdemócratas, a ofrecerle la presidencia del mismo. A la primera invitación, siguió una entrevista en Berlín y la propuesta de Lassalle de crear una

<sup>16</sup> «Solo he propuesto las asociaciones con medios estatales porque las clases trabajadoras —y no sin fundamento— ven bien algún cómo y dónde», carta de Lassalle a Rodbertus del 28 de abril de 1863. *Briefe von F. Lassalle an C. Rodbertus-Jagetow*, ed. por A. Wagner, Berlín, 1878, p. 47.



asociación cuyos Estatutos se encargaría él mismo de redactar. Para asombro de propios y extraños, de ahí nació la *Asociación General de Trabajadores Alemanes* (*Allgemeiner Deutscher Arbeiter-Verein* o ADAV), integrada mayoritariamente por artesanos (carpinteros, pintores, zapateros, sastres, etc), muchos de ellos en situación precaria, pero con un objetivo político claro: «que el estamento obrero se constituya como partido político independiente y haga del sufragio universal, igual y directo, su consigna principal y bandera de su partido».<sup>17</sup>

Con ello el movimiento obrero alemán dio un paso del que ya no podía retroceder y que convertía la *cuestión social* en un problema político, pues su solución, de haber alguna, solo era posible situándola en el espacio del poder. Ya sea desde las diversas versiones del socialismo o en una perspectiva marxista, ése será un axioma básico de la actividad de la socialdemocracia que simplificó consiguientemente la interacción entre las diversas esferas sociales y las diferentes formas de lucha.

Por su parte Lassalle era tremendamente consciente —y así lo defendía ante todos aquellos que como Rodbertus pretendían que desvinculara lo social y lo político— de la necesidad de mantener cuestiones unidas, pues solo ésa era la clave de su éxito. «Créame —le dice a Rodbertus— si no las hubiéramos hermanado, no habríamos ganado. De hecho ambos aspectos se condicionan recíprocamente de modo tan necesario como forma y contenido y solo con esa unidad surge algo vivo y poderoso. Aislar uno del otro sería hacerlos impotentes». Unos meses más tarde le insiste: «Lo político y lo económico son idénticos. Toda separación de ambos aspectos es una abstracción y creo que precisamente su unión es lo que me da esta fuerza».<sup>18</sup> A Lassalle no le faltaba razón, pues todo

<sup>17</sup> *Off. Antwortschreiben*, *op. cit.*, p. 116. El punto 1 de los Estatutos del ADAV proclama: «Bajo el nombre de Asociación General de los Trabajadores los abajo firmantes fundan en el territorio de los Estados alemanes, una Asociación que, partiendo de la convicción que solo por medio del sufragio universal puede conseguirse una representación suficiente de los intereses sociales de los trabajadores alemanes y la eliminación efectiva de las oposiciones de clase en la sociedad, persigue el objetivo de incidir eficazmente en la implantación del sufragio universal por medios legales y pacíficos, especialmente consiguiendo el convencimiento general en apoyo de esta reivindicación», *Acta*, *op. cit.*, p. 3. Sobre la relación inicial de Lassalle con el grupo de Leipzig, ver documentos en Na'aman, Sh, *Die Konstituierung...*, *op. cit.*, esp. pp. 352 y ss.

<sup>18</sup> Cartas a Rodbertus del 26 de mayo de 1863 y de febrero de 1864, en *Nachgelassene Briefe...*, ed. Mayer, vol. 6, pp. 355 y 377.

movimiento revolucionario reposa en la idea real o ficticia de la unidad popular; de lo contrario es imposible.

Pero de ahí también la sobrevaloración de objetivos políticos como la conquista del sufragio universal. «Sin el sufragio universal, es decir, sin una manera práctica de realizar nuestras reivindicaciones podemos ser una escuela filosófica o incluso una secta religiosa, pero nunca un partido político». <sup>19</sup> Pues para eso se necesitan no cientos de convencidos sino miles dispuestos a batallar, y eso era precisamente lo que él se proponía.

El tipo de partido que fundó era un partido peculiar, dotado de un esqueleto organizativo relativamente fuerte (reposaba sobre los pleni-potenciarios, algo así como los futuros responsables internos), cuyas tareas eran recoger el nombre de los afiliados, apuntarlos en las listas, darles los carnets, cobrar las cuotas, etc.; a él se añadían potentes órganos de prensa. <sup>20</sup> Ese núcleo de activistas o agitadores se supone que tenía que estar apoyado por una masa de simpatizantes, que actuaban en las diversas asociaciones y organizaciones. El apoyo, sin embargo, le preocupaba menos, pues de algún modo estaba ya dado en las asociaciones existentes. Para Lassalle lo decisivo era estructurar un aparato organizativo y político que estuviera en conexión con el movimiento obrero existente. En su caso fue ese carácter de partido de militantes la clave de su éxito, quizá porque actuaba sobre suelo abonado; con ello contribuyó eficazmente a potenciar una generación de agitadores cuasi profesionales, de enorme importancia para la socialdemocracia futura.

Otro elemento no menos destacado en la lucha por la emancipación obrera era la colaboración de la ciencia. En su discurso ante el tribunal que le acusaba de difundir el odio y el desprecio entre las clases desposeídas, fundamentó su defensa en la importancia de *la ciencia* para la

<sup>19</sup> Carta de Lassalle a Rodbertus del 30 de abril de 1863, *op. cit.*, p. 332. Por las mismas fechas escribió a su amigo Rüstow: «Solo quiero una minoría naturalmente... pero tiene que ser una minoría aceptable. Con cien trabajadores... no, con eso no se puede hacer un partido político. Una secta para tiempos futuros quizá, pero ningún partido». *Nachgelassene Briefe...*, *op. cit.*, vol. 5, p. 171. Mayer, G., *op. cit.*, p. 18. En su biografía, Na'aman reproduce un texto del *Diario* (1840) que pone de relieve sus ambiciones políticas «si fuera príncipe o noble, sería aristócrata en cuerpo y alma, simple hijo de burgués, en su momento fui un demócrata», *op. cit.*, p. 15.

<sup>20</sup> La organización contó siempre con un fuerte periódico central, *El Socialdemócrata* (*Der Social-Demokrat*) (1864-1871) dirigido por von Schweitzer y posteriormente *El Nuevo Socialdemócrata* (*Neuer Social-Demokrat*) dirigido por W. Hasselmann y W. Hasenclever.

lucha por la libertad. En sus diversas formulaciones, que abarcan desde la concepción de *ciencia* en sentido hegeliano como comprensión del sentido de la historia, a la versión marxista de ciencia como conocimiento de las leyes de desarrollo y de transformación de la sociedad, incluida la utilización de la ciencia «burguesa» empírica y positivista para los fines de la clase obrera, esa formulación gozó de perdurable éxito entre los socialdemócratas, que la convirtieron en otro de sus axiomas fundamentales, enlazándola con el viejo postulado de la importancia de la cultura para la emancipación, de añeja raigambre liberal.

*A posteriori*, su figura y sus actuaciones, especialmente su connivencia con Bismarck y el modo como dirigió e instrumentalizó el incipiente movimiento obrero, han sido objeto de innumerables controversias, desde los que ven en ello una simple y clara traición a la clase obrera a los que lo siguen considerando uno de los grandes alemanes, impulsor de un movimiento obrero autóctono.<sup>21</sup> Casar ambos aspectos no siempre es fácil, incluso para un personaje tan peculiar como él. Según Rodbertus, un conocido teórico social que siguió atentamente sus pasos, Lassalle actuó «honradamente» con los trabajadores, pues la forma *concreta* en que trató con Bismarck no implicaba ninguna colusión con el Estado prusiano; si actuó así fue por mor de la idea de estado que era puesta en peligro por las teorías individualistas defendidas por la burguesía, tan populares entonces entre los trabajadores. Haber separado al proletariado de la burguesía sería el mayor mérito de la política lassalliana.

Quizá por eso la cuestión *Lassalle o Marx* no fue nunca en el movimiento obrero alemán una mera cuestión de primogenitura sino que estaba complicada con el modo como el poder bismarckiano intentaba enfrentar a la socialdemocracia con su propio pasado con el objetivo claro de desprestigiarla; y estaba también ligada a la lucha de facciones en el interior del partido unificado después del Congreso de Gotha (1875), en especial en las cuestiones de táctica. Así y todo, los contemporáneos eran unánimes en que pocos habían hecho

---

<sup>21</sup> Engels inauguró esta tradición que ha condicionado con algunas excepciones la valoración de Lassalle en las filas marxistas. Ver carta de Engels a Marx del 27 de enero de 1865: «El bueno de Lassalle se descubre cada vez más como un canalla de lo más común, es una canallada, una traición... y habrá que decirlo... Además, todo eso a cambio de nada», MEW, 31, p. 46. Entre los segundos ver T. Ramm, «Lassalle und Marx», en *Marxismus Studien*, ed. por I. Fetscher, Tubinga, 1960, pp. 185-221.

tanto como Lassalle por el movimiento obrero, lo que dio a su figura un perdurable prestigio, no empañado ni siquiera por las extrañas circunstancias de su muerte, en un duelo por una dama. Durante décadas el nombre de Lassalle siguió siendo el de un intocable en el movimiento obrero alemán, incluso entre *los de Marx* que compartían con *los de Lassalle* y con muchos obreros medios el respeto, por no decir veneración, por su líder.

Tras su muerte en 1864 la historia del ADAV fue un nido de peleas internas. A los problemas de estrategia, se unían las intrigas y despropósitos de sus seguidores más ortodoxos, entre otros la propia condesa von Hatzfeld, que habiendo sido su amante y su amiga más íntima durante muchos años, se consideraba la depositaria de su doctrina; por cierto tiempo ella alimentó económicamente a la organización e intentó poner en pie un organismo estrictamente basado en las ideas de su ídolo. Resultado de ello fue la creación del ADAV lassalleano (L'ADAV, 1864-1872) que mantuvo su independencia organizativa frente a la asociación oficial a la que acusaba de distanciarse de las posiciones de su fundador. Rasgos típicos de esta organización eran su rechazo de las luchas espontáneas del movimiento obrero, entre otras las huelgas, y sus contactos, más que ambiguos, con el propio Bismarck, además de un exagerado culto al mítico Lassalle.<sup>22</sup>

### **La Asociación General de los Trabajadores Alemanes (ADAV) y la Liga de Asociaciones Obreras Educativas Alemanas (VDAV)**

La insistencia de Lassalle en el carácter político de la *cuestión social*, y el hecho de que hubiera resaltado la importancia que tenía la lucha de los trabajadores, había reforzado la primacía que la política gozó desde antiguo en el movimiento obrero alemán. Es cierto que en principio no

---

<sup>22</sup> Las cartas de los distintos agitadores o responsables de zona a la condesa von Hatzfeldt o a Mende, presidente de la Asociación, indican que sus esfuerzos iban dirigidos a las asociaciones obreras de base, terreno básico de todo el movimiento obrero de la época y que los medios de su agitación no les distinguían de los demás grupos: viajes de agitación, charlas y discursos, reuniones en las asociaciones de base, etc. Las cartas dan fe también de la gran difusión de los escritos de Lassalle y de problemas relacionados con la financiación del grupo por la condesa. Otros documentos informan de la negativa a organizar huelgas. Documentación en Berlín, Instituto de Marxismo-Leninismo (IML) Zentrales Parteiarchiv, IV, 3/2/1078.

hay razón alguna para negar la posibilidad de que por medio del sufragio universal pudiera forzarse la intervención del Estado en los asuntos económicos, con lo que la fórmula de las cooperativas, solo sería parcial y anticipatoria de un futuro socialismo. Pero mientras las cooperativas liberales se centraban en la autoayuda y en el consumo, los defensores del movimiento cooperativista amparado por el Estado insistían en que su objetivo «era hacer del obrero su propio empresario» de modo colectivo; solo de ese modo se conseguiría eliminar la famosa «ley de bronce del salario»<sup>23</sup> y dar pasos reales en la emancipación de la clase. La confianza en la espontaneidad y en el curso progresivo del proceso histórico, típicos de ese discurso contribuían a rellenar con presuntas evidencias los huecos de la argumentación.

Históricamente bien puede decirse que el catalizador político de la Alemania de los años setenta fue el tema de la unidad nacional y el modo como se realizó bajo la dirección de Bismarck. Historiadores relevantes han destacado cómo «asociaciones obreras educativas, asociaciones formativas de diferente tipo e incluso simples asociaciones obreras las hubo en cantidad cada vez mayor desde el año 1858 de la “nueva era”, pero no surgió de ellas ningún *movimiento* pues estaban aisladas y tampoco tenían la manera para salir de su aislamiento por su propia cuenta. En el curso del año 1862-1863 se convirtieron en objetivo del movimiento obrero, al precio de aglutinar los elementos del «movimiento»: primero el ala izquierda de la Asociación Nacional (*Nationalverein*) y después el ala derecha, el Partido del Progreso..., los viejos demócratas republicanos en el interior y en el exterior y especialmente los socialistas y comunistas del movimiento del 48, los activos de la Hermandad Obrera (*Arbeiterverbrüderung*) y los de las facciones de la Liga de los Comunistas».<sup>24</sup> Por eso no es casual que en el mismo año 1863 y como oposición a los intentos de Lassalle, el grupo de las Asociaciones Obreras Educativas, ligadas a los liberales, se unificaran, creando la *Liga de Asociaciones Obreras Educativas Alemanas* (*Verband Deutscher Arbeiterbildungsvereinen* o VDAV). Entre sus líderes destacaban Bebel

---

<sup>23</sup> Por la *ley de bronce del salario* se entiende en la tradición lassalleana la ley según la cual el salario real de los obreros no puede subir por encima de un mínimo oscilando siempre en torno a un salario de supervivencia.

<sup>24</sup> *Von der Arbeiterbewegung...*, op. cit., p. 9.

y Liebknecht dos de los futuros dirigentes de la socialdemocracia del cambio de siglo de la rama marxista.

Tanto para unos como para otros, la posición predominante era la inclinación hacia la *Gran Alemania*, es decir hacia una Alemania unida con la inclusión de Austria, aunque posteriormente fue imponiéndose la tesis de la defensa de la unidad, fuera como fuera. Pero la aceptación de la unidad no implicaba, o al menos no totalmente, la aceptación del sistema. En su discurso en la asamblea general de 1865, el presidente de la organización lassalliana, Becker, señalaba sin reparos que «Prusia es un Estado militar y policíaco», «solo deberíamos apoyarnos en Viena, la futura capital de Alemania». Si bien lo decisivo para su argumentación no son las razones nacionalistas sino las estratégicas: Austria no aguantaría un golpe serio y desde allí iba a «surgir una transformación, desde allí será unificada Alemania y el estado feudal prusiano será reducido a escombros».<sup>25</sup> Según su presidente no debía hablarse pues de compromiso sino de perseverar en el objetivo propuesto por la Asociación desde su fundación: sufragio universal y cooperativas de producción.

Ciertamente no todos los militantes compartían estas posiciones, pues desde hacía unos meses, el periódico de la organización *El Socialdemócrata* (*Der Social-Democrat*), dirigido por von Schweitzer, demostraba gran parcialidad a favor de Bismarck, mientras la prensa liberal les acusaba «de que se habían vendido a la reacción», pero ésa era una política de realidades (*Realpolitik*) que no podría perdurar, máxime cuando von Schweitzer estaba a la vez coqueteando con Liebknecht, uno de los dirigentes más conocidos del grupo rival y viejo amigo de Marx, que frecuentaba a los burgueses radicales.

El antídoto parecía estar en la organización... «Destruir la organización significa destruir la Asociación... Los partidos desorganizados no son peligrosos porque les falta la capacidad de actuar. El llamado Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania, SDAP,<sup>26</sup> esa masa nebulosa, el

<sup>25</sup> Acta de la asamblea general de 30 de noviembre / 1 de diciembre de 1865 en *Protokolle...*, *op. cit.*, p. 41.

<sup>26</sup> Nótese cómo en esta época el término «socialdemócrata» lo usan tanto el ADAV como el VDAV. Los primeros le dan un sentido peyorativo para calificar a los que coquetean con los liberales, y solo cuando lo aplican a su propia organización se denominan en sentido positivo los «auténticos socialdemócratas» o sea los que defienden los intereses de los trabajadores. Por el contrario, entre los eisenachianos el término seguía

caballo de Troya de *los de Marx*, —al que pertenecía el tal Liebknecht— lo más que hacen es leer el periódico del ADAV, pero no pueden actuar, y no pueden ni nunca podrán tomar el poder. Solo la organización podrá llevar a los trabajadores al triunfo» (*Acta*, p. 21). Tal como había mostrado de una vez para siempre el testamento de Lassalle.

Un par de años después esa postura intransigente había cambiado por obra y gracia de von Schweitzer, ahora presidente de la organización. Así en la asamblea general celebrada en Braunschweig en 1867, la cuestión nacional se daba ya por resuelta<sup>27</sup> pero en los *Principios fundamentales* se incluía la exigencia de convertir Alemania «en un Estado popular (*Volksstaat*) unitario y libre»; dicho Estado debería estar basado en el sufragio universal, como garantía de su carácter democrático. *Cuestión social y cuestión nacional* quedaban unidas en la exigencia de equiparación social de los trabajadores, entremezclándose en la denominada *cuestión sociopolítica* o sea en cuál debía ser el lugar de los obreros en la sociedad. La resolución de la cuestión nacional no representaba más que un paso previo para la conquista de la libertad social. Pero en ningún momento, ni siquiera en esa temprana época, se preconizó el abstencionismo político.

En consecuencia, el ADAV participó en las elecciones generales de 1867 en el marco de la Liga del Norte de Alemania, si bien no con demasiado éxito. Los dos diputados electos, el anteriormente citado von Schweitzer y Fritzsche, uno de los fundadores, centraron su labor parlamentaria en reivindicaciones de mejora o cuando menos de reglamentación de las condiciones de trabajo de los obreros, dejando a un lado «viejas» cuestiones políticas relativas a la unidad. Ante las reticencias de los liberales, su burla del principio de la libertad, la gran

---

teniendo un contenido radical democrático. Congruentemente con ello el representante del Partido del Pueblo (*Volkspartei*) en el 50 Congreso del VDAV celebrado en Núremberg afirmaba que «la democracia debería elevarse a socialdemocracia si quería ser auténtica democracia», *Informe*, p. 21.

<sup>27</sup> En su discurso político von Schweitzer afirma: «En el año 1848 se intentó llevar adelante la exigencia de unificación de la nación alemana por vía revolucionaria. Fue en balde, la nación no consiguió nada porque no estaba suficientemente organizada y no tenía suficiente fuerza para llevar adelante la tarea: nuestra patria siguió estando fragmentada... Lo que en 1848 se intentó por abajo sin éxito, lo inició el año pasado desde arriba el más potente gobierno alemán (Prusia) con éxito y habilidad», *Acta en Protokolle*, *op. cit.*, p. 78.

palabra, es demostrativa de su nueva postura: «Que no se hable siempre de libertad –contesta von Schweitzer enfadado en el Parlamento–. Con el poder de las relaciones sociales se ejerce sobre los trabajadores la más increíble de las coacciones. Y ellos no pueden liberarse de ella. Además no exigimos más que las escasas defensas que de hecho ya existen. Pero entonces Uds. insisten de nuevo y hablan de libertad».<sup>28</sup>

El ADAV volvió a presentar candidatos a las elecciones siguientes. También en el programa electoral de 1874 se insiste de nuevo en la necesidad de introducir en todas partes y a todos los niveles el sufragio universal y en la conveniencia de potenciar la unidad alemana, pues «sería mejor... que no existieran ni Prusia, ni Baviera, ni Sajonia, sino una sola Alemania, incluida Alemania-Austria. La multiplicidad de administraciones y de dominios particulares cuestan al pueblo muchos sacrificios». Se defiende una versión radical del Estado popular que, por medio de cooperativas de producción, haga del Estado lo que, en opinión de Lassalle, debería ser: el conjunto organizado de la vida del pueblo. Objetivo último de ese democratismo radical es, según dice el mismo manifiesto-programa, «la organización general del trabajo y el Estado socialista» en el cual radica «la salvación de toda la humanidad».<sup>29</sup>

Políticamente, los grupos obreros heredaron así una serie de *reivindicaciones pendientes* que les daban, si se quiere, mayor actualidad pero sin que las mediaciones entre unas y otras estuvieran formuladas y casi ni siquiera pensadas, y sin que los caracteres específicos de la *producción social común* fueran tampoco objeto de reflexión. Al menos en Alemania el movimiento político obrero se desarrolló simultáneamente si no antes que el sindical y los lazos que lo unían a las acciones espontáneas de los trabajadores eran más bien débiles. Solo en parte las organizaciones políticas obreras fueron resultado de sus propias luchas, pues el elemento determinante que llevó a la formación de partidos obreros independientes, no fue tanto la necesidad de plantear a nivel político las luchas obreras, cuanto la debilidad de la burguesía y su incapacidad para una política coherente de oposición al viejo sistema, así como su ceguera frente a los nuevos problemas históricos, entre otros la tantas veces mentada *cuestión social*.

<sup>28</sup> Cit. por Volkmann, J., *Die Arbeiterfrage... op. cit.*, p. 191.

<sup>29</sup> Programa de los trabajadores alemanes para las próximas elecciones, cit. por D. Fricke, *Die deutsche Arbeiterbewegung 1869-1914. Ein Handbuch über ihre Organisation und Tätigkeit im Klassenkampf*, Berlín, Dietz, pp. 64-65.



No hay duda de que la rápida industrialización del país, a pesar de su discontinuidad, coexistía con un notable retraso en la consolidación nacional y en la democratización política. La integración simultánea de amplias capas de la burguesía en el sistema dominante hizo que el sector obrero y sus partidos se convirtieran en el núcleo de toda la oposición al sistema: la socialdemocracia aglutinó en torno a sí lo que, con terminología moderna podríamos denominar *el frente del rechazo*, es decir el conjunto de fuerzas y sectores sociales que, por distintos motivos, rechazaban el sistema establecido.

Sin embargo, lo característico del lassalleísmo y lo que hizo que a pesar de su radicalismo alimentara una corriente reformista, era que entendía el socialismo como un problema de distribución. En el programa antes citado de 1867 se lee: «El ADAV se esfuerza por implantar una nueva forma de distribución justa de los bienes producidos por la producción social común». Igualmente en la plataforma electoral de 1874, el objetivo socialista se estructura en torno a las dos reivindicaciones clásicas: sufragio universal en lo político, cooperativas de producción en lo económico. Entretanto, política de reformas: reforma de la escuela, de los impuestos, de los tribunales de justicia, libertad de prensa, libertad de asociación, recortamiento del poder de los párrocos, ejército popular, etc. La existencia de una producción social se consideraba como algo ya dado; el problema era adecuar a ella una distribución *también social* de lo producido; pero la relación contradictoria o cuando menos no de equivalencia entre los distintos niveles *de lo social*, entre ellos producción y distribución no entraba ni siquiera en consideración. Esos presupuestos hacían muy difícil elaborar una estrategia adecuada.

Problema aparte era el carácter de la organización oficial lassalleana, que iba derivando cada vez más hacia un partido de masas de nuevo tipo, lo que chocaba con la naturaleza unipersonal de su dirección y los poderes omnímodos de su presidente. Tras repetidos intentos, por fin en 1872, la asamblea general celebrada en Berlín, decidió cambiar algunos párrafos de los estatutos, subrayando la necesidad de introducir a todos los niveles el sufragio universal y señalando el carácter pacífico y legal de la organización. Se insiste en que «solo el sufragio universal igual y directo puede conseguir una representación suficiente de los intereses sociales de la clase obrera alemana y puede eliminar realmente

las oposiciones de clase en la sociedad», motivo por el cual se considera que conseguir su implantación es el objetivo explícito de la organización. Medio para ello es una agitación continua y ordenada a «nivel pacífico y legal». <sup>30</sup> Con ello se prosigue una línea de evolución ya presente en 1869 que transforma realmente, por debajo de la igualdad formal de las palabras, el viejo partido revolucionario que Lassalle tenía en su cabeza en un partido moderno democrático, parlamentario y de masas.

Sin embargo, Bismarck no se dejaba engañar y proseguía con la represión: prisión de von Schweitzer durante varias semanas, disolución de la organización que debió reconstituirse, continuas algaradas con la policía... y así sucesivamente. En las filas de los militantes lassalleanos el endurecimiento de las medidas represivas provocó tendencias contradictorias, pues muchos habían esperado que si la organización adoptaba una táctica contemporalizadora, el Gobierno se moderaría. Entre otros C. W. Tölcke, uno de los dirigentes lassalleanos más inflexibles, <sup>31</sup> hizo valer en la asamblea de 1872 el argumento de que, dada la escasa fuerza social del movimiento, el menor pretexto bastaría para disolverlo, mientras que si se atenían estrictamente a la legalidad, el gobierno no se atrevería. Esa táctica parecía la adecuada en un momento en que las masas obreras no mostraban interés alguno por las agitaciones revolucionarias. Aunque por supuesto se trataba simplemente de una concesión momentánea pues tanto Tölcke como muchos otros socialdemócratas siguieron siempre convencidos de que no era la socialdemocracia la que actuaba fuera de la ley, sino el Sr. Fiscal del Estado quien la conculcaba con sus acciones arbitrarias.

Con todo, el grupo lassalleano había vivido unos años de crecimiento continuado entre 1864-1867 y 1869 cuando, amparándose en una cierta indefinición doctrinal, habían intentado ponerse a la cabeza del movimiento obrero alemán. Mantenían ambiguas relaciones con la Primera Internacional, e incluso establecieron un puente directo con Marx, al que se invitó oficialmente a la asamblea de 1868 y se

---

<sup>30</sup> Acta de la asamblea general de Berlín, 22-25 de mayo de 1872, en *Protokolle... op. cit.*, p. 316.

<sup>31</sup> Sobre este personaje existe una pormenorizada biografía, obra de A. Herzig, *Der Allgemeine Deutsche Arbeiterverein in der deutschen Sozialdemokratie*, Berlín, Colquhoun, 1979.

esforzaban por arrinconar a Bebel y Liebknecht, mal considerados por sus coqueteos con los liberales.<sup>32</sup>

En 1870 la tendencia se invirtió, iniciándose un constante declive en la organización, con breves recuperaciones parciales entre 1872 y 1874. Por los mismos años la represión política tras los acontecimientos de la guerra franco-prusiana (1870-1871), el nacimiento de otras organizaciones, especialmente el Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (SDAP) y la pérdida de grupos militantes, junto a los relativamente buenos resultados de la unidad de acción desarrollada coyunturalmente, decidieron a los lassalleanos unificarse con sus antiguos oponentes en el congreso de 1875.

La fracción rival, también llamada los *eisenachianos* por haberse celebrado en Eisenach su congreso constituyente o *los de Marx* por seguir las teorías de Marx y no las de Lassalle, había surgido de la vieja *Liga de las Asociaciones Obreras Educativas* (VDAV), cuyo alejamiento de los planteamientos liberales fue considerablemente más lento. Un grupo de ellas con centro en Leipzig y aglutinadas en torno a la figura de Ludwig Sonnemann (1831-1909), un demócrata convencido, contaba entre sus dirigentes con dos de los futuros líderes socialdemócratas: August Bebel (1840-1913) y Wilhelm Liebknecht (1826-1900). Éstos, aunque mantuvieran contacto con la Asociación lassalleana (ADAV), preferían mantener sus propias posiciones, pues frente al radicalismo obrerista de aquélla, propugnaban la integración de la lucha *social* y la lucha *política* en una estrategia a largo plazo de transformación social.

---

<sup>32</sup> En los congresos son constantes las peticiones de que se mantengan relaciones con la Internacional, peticiones que no consiguen imponerse dada la existencia de una ley que prohíbe uniones supranacionales. Sin embargo, no queda muy claro hasta qué punto se trata de un pretexto. Es demostrativa la resolución adoptada en la 7ª asamblea (1868): «En vista de que las condiciones legales se oponen a que el ADAV envíe delegados al congreso obrero internacional y dado que estamos explícitamente de acuerdo con los esfuerzos de la Asociación Obrera Internacional, como se ha mostrado claramente en la asamblea general pública, la asamblea general declara que se desentiende de enviar una delegación al congreso», en *Acta, Protokolle, op. cit.*, p. 121. En la asamblea siguiente (8ª, 1869) se adopta un acuerdo de vinculación formal a la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). En cuanto a las relaciones con Bebel y Liebknecht se informa de que han hecho llegar a von Schweitzer una oferta para una discusión pública que no llegó a realizarse. *Acta en Protokolle, op. cit.*, p. 138. *Demokratisches Wochenblatt*, Órgano del Partido del Pueblo, núm. 8 del 2 de febrero de 1869; núm. 12 del 20 de marzo de 1869, etc.

Ciertamente la *cuestión social*, especialmente el modo en como abordarla en consonancia con los intereses de los distintos sectores afectados, constituía un problema político importante para los partidos burgueses, tanto para el Partido del Progreso como para el Partido del Pueblo, el cual, pese a su carácter radical democrático se mostró incapaz de dar soluciones convincentes, de modo que fue perdiendo la clientela obrera e intelectual, que pasó a engrosar las filas de la socialdemocracia. Durante un cierto tiempo la ambigüedad de la idea de democracia social había mantenido la unidad de acción pues, si se identificaba con «auténtica democracia», presentaba un ideal que podía ser compartido por los obreros y por amplios sectores burgueses o pequeño-burgueses, enfrentados al régimen por motivos diversos.

Esa amalgama, mientras perduró –cada vez menos a medida que la política unificadora de Bismarck se iba implantando con la fuerza de los hechos– sirvió de aglutinante de un potente movimiento social que en mayor o menor medida, se organizó en la socialdemocracia en su corriente «marxista». Pues mientras que la Asociación lassalliana (ADAV) daba la unidad por conseguida desde 1864-1866, iniciando en los sectores obreros una política cada vez mas radical y «obrerista», Bebel y Liebknecht fundaron todavía en 1866 el llamado Partido del Pueblo (*Volkspartei*) que pretendía organizar un *movimiento nacional burgués y obrero, alemán-nacionalista y antiprusiano*. Por él fue elegido Bebel por primera vez como parlamentario.

Con la derrota de Austria, el año 1866 marca su exclusión de la nueva Alemania, así como los primeros éxitos de Bismarck en su política de revolución por arriba y de constitución del nuevo Estado. Para los liberales y para los demócratas, eso significaba, o bien la aceptación de la *política de hecho*, cosa que hizo una amplia mayoría, o la escisión, con el intento consiguiente de formación de plataformas de oposición democrática. La indefinición del término *socialismo* permitía, cuando menos, una apariencia de unidad a ese amplio bloque de izquierda del nacionalismo democrático-popular.

El Partido fundado por Liebknecht y Bebel, quizá el personaje más emblemático de la joven socialdemocracia, estaba ligado al Partido del Pueblo de Alemania del Sur (Württemberg, Baden y Baviera). Se trataba de una organización, surgida al calor de la lucha por la unificación,

en la que se agrupaban no solo trabajadores sino también artesanos y pequeño-burgueses de ideas demócratas. El Partido se definía como *demócrata en lo político, y socialista en lo social*, pretendiendo ofrecer una síntesis entre los antiguos movimientos demócratas revolucionarios y el nuevo movimiento obrero; forzando un poco las cosas Liebknecht definía a un partido de esas características como «socialista».

Todo el edificio reposaba en la idea bebeliana de la unidad entre lucha política y lucha social, idea que se fundaba a su vez en una concepción amplia de la clase trabajadora que incluía amplios sectores de la pequeña burguesía. Así en su famoso escrito *Nuestros objetivos (Unserre Ziele, 1869)*, considerado un Manifiesto resumen del Programa de Eisenach (SDAP), se dice: «Por clase obrera, no entiendo solo los trabajadores asalariados en sentido estricto, sino también los artesanos y pequeños campesinos, y los trabajadores del espíritu: escritores, maestros y funcionarios bajos... pues todos sufren en las actuales condiciones y tienen solo una situación un poco mejor, y a veces ni siquiera esto, que los trabajadores asalariados.<sup>33</sup> Con base en esta idea se empeñaba en mantener abierto el partido a otros sectores sociales y rechazaba posiciones obreristas, a la vez que manifestaba gran interés por establecer buenas relaciones con los demócratas, ya fuera a nivel individual, ya fuera como grupo. Ideológicamente la vieja identificación entre *socièdad* y *Estado* contribuía a ratificar su proceder.

El Partido del Pueblo se encontraba, sin embargo, en la difícil tesitura de que no podía romper los puentes con los demócratas, a los que necesitaba en su estrategia revolucionaria antiprusiana, y a la vez responder a las exigencias de los sectores más radicalizados de las asociaciones obreras, como el grupo de Dresde en torno a Vahlteich,<sup>34</sup> ni podía tampoco secundar las resoluciones de la Internacional. Necesitaba encontrar constantemente salidas negociadas que a la larga resultaron inviables, provocando la disolución del partido. Aún así Bebel siguió

<sup>33</sup> Bebel, A., *Ausgewählte Reden und Schriften*, ed. por U. Hermann, H. Gemkow et al., Berlín, Dietz, 1978, T. 1, p. 72.

<sup>34</sup> Es este grupo el que propuso que el 5.º Congreso de Núremberg tomara como base de su programa el programa de la Internacional, a la que pertenecían Vahlteich y su gente. Bebel, A., *Ausg. RSch.*, T. 1, pp. 34 y 632. Igualmente son ellos los que plantean de nuevo el tema de la Internacional en el Congreso de Eisenach, *Acta en Protokolle der sozialdemokratischen Arbeiterpartei*, Bonn, Dietz, 1976, vol. 1, pp. 25 y ss.

insistiendo durante mucho tiempo, no solo en la necesidad de una cooperación fructífera con los demócratas, sino en la posibilidad de ganar para su causa a alguno de ellos, cuando lo cierto es que algunas de las resoluciones eran inaceptables para ellos.<sup>35</sup>

Políticamente el Partido del Pueblo defendía la unidad de Alemania por la vía democrática, es decir la famosa «revolución por abajo» uno de cuyos más encarnizados defensores era W. Liebknecht, que la definía como unificación de Alemania con una forma estatal democrática. Esa fórmula incluía «el fomento del bienestar general y la liberación del trabajo y del trabajador de toda opresión y de todo encadenamiento. Mejora de la situación de la clase obrera (...) fomento y apoyo de las cooperativas de producción, para que se equilibre la oposición entre capital y trabajo».<sup>36</sup>

Esa formación se caracterizaba por su antiprusianismo y por su entronque con otras viejas reivindicaciones democráticas: sufragio universal, eliminación de los privilegios estamentales, separación de la Iglesia y el Estado, libertad de prensa y de reunión, etc. Su perspectiva de acción era la de forzar la unidad por la vía revolucionaria, sin desechar un levantamiento general apoyado por un ejército de milicias.

No obstante la solución prusiana al problema nacional y la competencia con el ADAV iba a obligarles a cambiar sus convicciones y a plantearse la necesidad de constituir un partido obrero y democrático que pudiera sustituir a los corrompidos o impotentes partidos burgueses en la lucha por una *democracia social*. En ese proceso el objetivo de una democracia burguesa que fuera sensible a la *cuestión social* y que tuviera capacidad para resolverla fue sustituido por el de una democracia obrera en la que dicha cuestión hubiera dejado de existir. Evidentemente el paso entre una y otra suponía históricamente una revolución que, sin embargo, podía representarse idealmente en la forma de un relevo. La dureza de la situación no aparecerá con toda su fuerza hasta unos años más tarde.

---

<sup>35</sup> C. Stepahn señala que la disolución del Partido del Pueblo (*Volkspartei*) se debió a que Liebknecht y Bebel admitieron los acuerdos de Basilea de la I Internacional que defienden la propiedad común del suelo y que eran inaceptables para estos demócratas. *Genossen, wir dürfen uns nicht von der Geduld hinreißen lassen*, Fráncfort, 1977 pp. 50 y ss.

<sup>36</sup> Programa del Partido Popular de Sajonia (1866), en *Programmatische Dokumente...*, *op. cit.*, p. 165.

En definitiva si el proceso de resolución por arriba del problema nacional fue tan importante para la potenciación del movimiento obrero, fue debido entre otras cosas a que dicha cuestión representaba para los contemporáneos un conjunto de problemas que solo admitían una solución revolucionaria. Pero por eso mismo el modo como Bismarck lo resolvió: *por arriba y por decreto* ponía en cuestión, implícita o explícitamente, aquellas viejas convicciones revolucionarias, de las que ese problema era solo un símbolo.

Y es más, el proceso fue lo suficientemente lento como para que el movimiento nacional se fuera desintegrando poco a poco a medida que unos tras otros se iban convenciendo de la bondad de la solución prusiana. A su vez, los demócratas nacionalistas al ser cada vez menos, tenían que hacer concesiones a sus bases obreras, que eran las únicas capaces de asegurarles capacidad de movilización, aunque nada temieran más que el que dichas bases tomaran la iniciativa. Todo el proceso se convertía así en un inacabable forcejeo.

Ahora bien, las bases obreras, en la medida en que se movilizaban, o cuando menos en la medida en que se organizaban, por incipiente que fuera esa organización, adoptaban posiciones de tipo nacional-revolucionario que resultaban inaceptables para las propias capas burguesas dirigentes del movimiento. Y frente al rechazo de sus propios dirigentes, tendían a acentuar el carácter obrero, esgrimiendo la necesidad de tener en cuenta lo *nacional* y lo *social* y no solamente lo primero.

Teóricamente, ese nuevo punto de vista queda plasmado en la concepción de la *socialdemocracia* en el sentido estricto del término, es decir como democracia real impuesta por vía revolucionaria, que impregna la actitud del partido hasta bastantes años después, cuando toda posibilidad de un movimiento unitario-revolucionario es más bien difícil.

La imposibilidad, sin embargo, de hacer una revolución democrática que consideraban imprescindible será una grave hipoteca para el futuro de la socialdemocracia pues condensará un horizonte de impotencia proyectado en un futuro mejor. Podría resumirse en la clásica expresión de Bebel: «Hasta ahora no hemos podido pero podremos, porque tenemos que poder». De lo contrario, como en algún momento había intuido el mítico Lassalle, ese mundo sería una locura y esto para un socialdemócrata no es admisible.

## **El Congreso de unidad de Gotha (1875). El objetivo de la liberación del trabajo y la defensa del Estado popular democrático**

La fundación del *Reich* en 1871 alteró profundamente las cosas. El problema de la posición frente a Prusia y su estrategia de unificación, así como toda posibilidad de alianza con los demócratas por una Alemania democrática unida, habían dejado de existir, y la vieja enemistad entre una *Asociación General de Trabajadores* (ADAV) prprusiana y una *Liga de Asociaciones Obreras Educativas* (VDAV) y un *Partido Socialdemócrata* (SDAP) escorados hacia los liberales y los demócratas, carecía de sentido. La unidad por arriba eliminó el problema de forma drástica. A su vez los intentos, cada vez más generalizados, de represión política contra toda oposición que no aceptara la identificación Nación-*Reich* (bismarckiano), dificultaron las relaciones entre la Asociación General (ADAV) y el Gobierno, especialmente tras su toma de postura contra la guerra de 1871.<sup>37</sup> Ni siquiera las maniobras de von Schweitzer pudieron impedirlo y en 1874 la Asociación General (ADAV) era objeto de mayor represión si cabe que los eisenachianos-marxistas.

Sin embargo, la unificación de las dos facciones no fue en absoluto fácil. En 1871, la Asociación General (ADAV) no sacó ningún diputado en las elecciones generales. La eliminación del presidente von Schweitzer mejoró en algo la situación, pero no pudo evitar la persecución policial. En junio de 1874 el Fiscal del Estado von Tessendorf, que desempeñará un gran papel en la persecución contra la socialdemocracia todo el periodo de excepción (1878 y ss.) empezó a tomar sus medidas para «erradicarla». La Asociación fue prohibida en toda Prusia y el ejemplo cundió en otros territorios del *Reich* llevándola al borde de la extinción. Por la misma época, de los nueve diputados del Partido Socialdemócrata (SDAP), tres estaban en la cárcel.

En los primeros años setenta, se había producido cierta proliferación de grupos y grupúsculos alimentados por el proceso de radicalización,

<sup>37</sup> Los diputados del ADAV votaron en la 2ª Sesión contra la prolongación de los créditos de guerra para Bismarck y apoyaron la Comuna, lo que desencadenó contra ellos las iras del jefe de gobierno que perdió toda esperanza de poder utilizar el movimiento obrero naciente. En las asambleas a favor de la Comuna, eisenachianos y lassalleanos iniciaron su cooperación. Jung, W., *August Bebel, deutscher Patriot und internationaler Sozialist*, Pfaffenweiler, Centaurus, 1988, p. 68.



cuya unificación con las dos grandes fracciones en el futuro Partido Socialdemócrata será resultado de la represión. En realidad, como demuestran las cartas de algunos dirigentes locales, la colaboración entre las organizaciones de base era en muchas localidades un hecho consumado, pues los «lassalleanos», al serles prohibida su organización, se sumaban a los grupos locales de los «marxistas», o creaban conjuntamente con ellos uniones electorales, prosiguiendo un trasvase entre las dos organizaciones que duraba ya desde los tiempos de Lassalle. Entre los antiguos lassalleanos incorporados al SDAP se encuentran el ya citado Vahlteich, Bracke y su círculo de Braunschweig; Fritzsche y su base, el sindicato de los trabajadores del tabaco, o el también sindicalista Th. York.<sup>38</sup>

Con todo, el enfrentamiento entre las cúpulas seguía al rojo vivo. Las polémicas eran especialmente duras en algunos feudos tradicionales como Chemnitz, o en las asambleas generales, donde no era raro oír acusaciones de liberaloides y no-socialistas contra los eisenachiano-marxistas. Pero la represión era un hecho. Y quizá por eso, Tölcke el penúltimo presidente del ADAV, ideó un plan complicado según el cual la rápida unificación con los marxistas, más tolerados, podría protegerlos. El plan iba acompañado de una compleja ronda de negociaciones en la que participó la plana mayor de ambos grupos, incluidos las cabezas pensantes Marx y Engels.

En efecto, el presidente de la Asociación Hasenclever, que estaba enterado del plan ya desde julio, aunque no lo compartiera, cambió de opinión en los meses siguientes.<sup>39</sup> En octubre dio su permiso para ini-

<sup>38</sup> La entrada de Bracke en el ADAV ya había sido celebrada en la 6ª Asamblea General (1867), donde le dieron las gracias «porque ha traído al *Verein* todo Braunschweig y el Harz». *Acta en Protokolle, op. cit.*, p. 82. Posteriormente será un elemento decisivo en la fundación del Partido Socialdemócrata (SDAP) y uno de los líderes más destacados en los primeros setenta. Su muerte prematura en 1880, con 38 años, quebró una prometedora carrera política. Ver entre otros, Eckert, G., *W. Bracke*, separata de *Niedersächsische Lebensbilder*, Hildesheim, s. año; Seidel, J., *W. Bracke*, Berlín, Dietz, 1966. En cuanto a F. W. Fritzsche era un viejo líder de la Hermandad Obrera de Stephan Born, combatiente en las barricadas de Dresde en 1848, diputado por la Asociación General de los Trabajadores de Alemania (ADAV) y posteriormente dirigente destacado de la socialdemocracia, en suma, un personaje característico de esa etapa temprana de la socialdemocracia alemana. Ver, entre otros, Droz, J., «Dalle organizzazioni operaie del 1848 al partito di Lassalle» en *Il Congresso di Gotha*, Annali della Fondazione L. e L. Basso, Roma, 1977, vol. III, p. 108.

<sup>39</sup> En el Congreso Hasenclever cuenta que estando en la cárcel le comentó a Liebknecht la sugerencia de Tölcke, y decidieron que nada más salir iniciarían las conversaciones.

ciar negociaciones, que Tölcke emprendió rápidamente con Liebknecht (Bebel estaba en esa época en la cárcel). Marx y Engels, puntualmente informados se pronunciaron en contra por considerarlo inoportuno y precipitado; pero su enfado alcanzó cotas peligrosas cuando conocieron el proyecto de programa, que rechazaron en su totalidad. Bracke, el reconocido dirigente de Braunschweig que decía contar con la opinión de Bebel, no estaba en contra de la unidad, sino en contra de la propuesta de programa pues lo consideraba confuso y lleno de concesiones.<sup>40</sup> Pero, excepto Marx, en su conocida *Crítica al programa de Gotha*, solo Bebel presentó una contrapropuesta de programa que no fue aceptada (era demasiado extensa) por los lassalleanos. Tölcke tampoco estaba de acuerdo con el escrito y elaboró una propuesta alternativa que asimismo fue rechazada. En último término, fue Liebknecht quien cargó en solitario con la responsabilidad del paso.

El congreso se celebró por fin del 22 al 27 de mayo de 1875 en Gotha, asistiendo 56 delegados de los socialdemócratas eisenachianos o «marxistas» que representaban 9.121 afiliados y 73 delegados de la Asociación General (ADAV) en nombre de 15.322 militantes. Había pues una clara desproporción a favor de los últimos lo que, unido a un excesivo ánimo condescendiente de los primeros, explica que aquéllos obtuvieran mayoría en la presidencia (3 frente a 2) y en la Comisión central (E. Bernstein, W. Bracke y Vahlteich de un total de 18 miembros). El periodo de enemistad había sido largo y las discusiones estuvieron plagadas de desconfianzas, especialmente en lo que se refiere a los «trapos sucios» de las dos facciones (cuestiones de cuentas, número de cotizaciones, delegados admitidos, etc). Pero todos estaban convencidos de la necesidad de la unidad, hasta el punto de que nadie se pronunció en contra.

En las preconferencias oficiales que se habían celebrado en noviembre y diciembre de 1874 se había pactado un programa común, redactado posiblemente por Liebknecht, que apareció simultáneamente en

---

*Acta del Congreso de unidad de Gotha*, 22-27 de mayo de 1875, Leipzig, 1875, p. 30. Igualmente, carta de Liebknecht a Bebel del 11 de octubre de 1874 contándole la visita de Tölcke y su propuesta de unidad, *Liebknecht Correspondencia Social...*, *op. cit.*, p. 583.

<sup>40</sup> Carta de Bracke a Marx de 10 de mayo de 1875: «Liebknecht está convencido de que su forma de actuar es la mejor manera de aniquilar el lassalleanismo, lo que me parece muy discutible» Eckert, G., *Aus den Anfängen der Braunschweiger Arbeiterbewegung*, Braunschweig, 1955, p. 51.

los dos órganos de prensa y al que Marx dedicó su famosa crítica. Ese documento no fue conocido en su momento por los congresistas, ni siquiera por los afiliados del Partido Socialdemócrata (SDAP), e incluso el propio Bebel afirmó desconocerlo hasta 1891, en que fue publicado, por decisión de Engels, ya muertos sus protagonistas: Marx y, el destinatario de la carta en que iba incluido, W. Bracke.

Así pues, todo parece indicar que Bracke puso el texto en conocimiento de Liebknecht, pero que éste, quizá por temor a dificultar la unidad o por no poner en peligro su protagonismo, prefirió no hacer públicas las críticas de Marx, quizá ni siquiera informar a todos los dirigentes de su contenido, de creer a Bebel, aunque en las discusiones del congreso interviniera en el sentido de la crítica marxiana, intentando introducir algunas modificaciones en el proyecto oficial.<sup>41</sup>

En sí mismo, el Programa está dividido en dos partes, una primera que podríamos llamar de principios básicos, en que se define el socialismo como *liberación del trabajo* y una segunda con reivindicaciones puntuales. En la primera se privilegia el carácter del trabajo como «fuente de toda riqueza y de toda cultura»; su liberación debe ser obra de la propia clase obrera cuya dependencia de la clase capitalista, poseedora de los medios de producción, es causa de su miseria y de su esclavitud. Esa toma de posición se liga a la reivindicación general del

---

<sup>41</sup> Bebel negó en 1890 saber nada de la crítica de Marx al programa de Gotha. H. Gernkow en su biografía refleja este dato mientras que Maehl en la suya más bien lo pone en duda. En las discusiones en el congreso Bebel estuvo en general de acuerdo con las propuestas de Liebknecht, aunque hay que distinguir entre la propuesta de unidad, que era más o menos conocida y aceptada y el texto del programa. Ciertamente en carta a Liebknecht de 27 de marzo de 1875, Bebel le pregunta por su «propuesta de programa», refiriéndose a la contrapropuesta de anteproyecto que había mandado y que fue rechazada o no tenida en cuenta. Según C. Stephan, el 22 de abril, tras su salida de la cárcel, Bebel y Liebknecht habrían llegado a un acuerdo y aquél habría retirado su proyecto, *Schriften, op. cit.*, p. 309 y *Acta, op. cit.*, pp. 38 y ss. Según L. Machtan «un análisis detallado de los discursos, de los escritos y de las cartas de Liebknecht en la primera mitad de los años setenta, muestra con evidencia que el proyecto del programa de Gotha nació de su pluma», L. Machtan, «I rapporti tra la crisi di fondazione del Reich e il ristagno politico-ideologico del movimento operaio tedesco nella fase dell'unificazione di Gotha», en *Il Congresso di Gotha, op. cit.*, p. 136. Y en cuanto a la crítica de Marx, algunos autores sugieren que Liebknecht solo la habría comunicado a Auer y a Geib, que más distantes de Marx y Engels no forzaron su publicación ni intervinieron de acuerdo con su contenido, Herzig, A., «Die Einigung der SPD 1875. Zum Identitätsproblem der deutschen Sozialdemokratie», en *IWK*, XII, 1976, p. 161.

«Estado libre y de la sociedad socialista; del rompimiento de la ley de bronce del salario, eliminando el sistema del trabajo asalariado, de la supresión de la explotación en todas sus formas y de la eliminación de toda desigualdad social y política». Se señala que esos objetivos deben conseguirse «por todos los medios legales».

A esa primera parte de carácter general, siguen una serie de reivindicaciones de tipo político y social, que inician la «resolución de la *questión social*, creando cooperativas de producción socialistas con la ayuda del Estado, bajo el control democrático del pueblo trabajador». Entre las reivindicaciones políticas se encuentran las típicas consignas democráticas que ya conocemos: sufragio universal, legislación a través del pueblo, ejército popular, etc. Entre las sociales: impuestos sobre la renta en sustitución de impuestos indirectos, jornada laboral normal, supresión del trabajo infantil, administración de las cajas laborales, derecho de asociación, etc.

Falta, sin embargo, un engarce adecuado entre unas y otras, como entre algunas de las posiciones de principio y las reivindicaciones concretas, y más bien parece un programa de circunstancias —quizá como todos los programas partidarios—, una amalgama que dé cabida a reivindicaciones diversas, algunas heredadas de anteriores movimientos políticos, otras resultado de las luchas existentes en el movimiento obrero, por último algunas que son claramente efecto de un compromiso entre los diferentes grupos, pero cuyos elementos de unidad teórica e histórica son más bien discutibles. Como luego veremos, y a pesar de los esfuerzos de Kautsky, esta estructura se mantendrá en el Programa de Erfurt (1891) generando interminables discusiones.

Puede pues decirse que, desde el punto de vista político e ideológico, confluían en la organización obrera corrientes diversas que se aglutinaban en la defensa del *Estado popular democrático*, viejo elemento programático de las revoluciones burguesas y de los movimientos populares del siglo XIX. Sin duda aparecen rasgos de continuidad con la Revolución francesa que la socialdemocracia alemana va a heredar conscientemente y que tematizará en diversas direcciones: la traición de la burguesía a sus propias reivindicaciones, la necesidad de que el movimiento obrero y su partido realicen las tareas pendientes, la idea de la democracia popular como sistema de participación asamblearia, la

regulación económica como tarea fundamental de un Estado de nuevo tipo, etc. De ese modo también en lo doctrinal las nuevas ideas se unen con postulados de viejo cuño que dan al conjunto una buena dosis de eficacia histórica.

Organizativamente, el nuevo partido mantenía una estructura democrática parecida a la del Partido Socialdemócrata (SDAP), si bien se introducía una nueva cláusula que permitía expulsar a aquellos miembros «que actuaran contra el interés del partido». Ese nuevo párrafo y su utilización en los congresos sucesivos (en Wyden, 1880, contra Most y Hasselmann; en Erfurt, 1891, contra «los jóvenes»), contribuyó eficazmente a aglutinar la nueva formación política y a quitarle el carácter, en cierta manera espontáneo y algo caótico, que había tenido en los años anteriores, reforzando su eficacia de acción, pero planteando un nuevo problema de gran importancia en los partidos marxistas: la cuestión de la disciplina y de la democracia interna. Los órganos de decisión seguían siendo colectivos (Presidencia y Comisión Central) y había también una Comisión de control de siete miembros a cuya cabeza figuraba Bebel.

En resumen, puede decirse que el nuevo Partido era un partido obrero de oposición al sistema, organizado democráticamente, nucleado en torno a un programa *genéricamente socialista*, que sentaba hasta cierto punto el nivel de comprensión ideológica de las dos facciones y su procedencia doctrinal, si bien con numerosas lagunas e imprecisiones teóricas, no todas ellas retrotraíbles única y exclusivamente a la herencia de Lassalle o a la influencia de los lassalleanos. E incluso más, rastreando las posiciones doctrinales respectivas en el periodo inmediatamente anterior, se observa un desarrollo teórico-político, difícilmente casable con la endeblez teórica y la excesiva generalidad de la parte teórica del programa, que según algunos autores sería responsabilidad casi única de su autor Liebknecht, el cual, obsesionado por garantizar la unidad organizativa, habría impedido toda discusión política e ideológica. Esa indefinición, que estaba ligada a la idea excesivamente general que Liebknecht tenía de lo que debía ser un programa de partido, permitía que se lo interpretara de múltiples maneras, evitando una esclerotización prematura, pero obstaculizando a la vez la discusión teórica necesaria. Su objetivo no iba más allá de una república democrática confusamente definida, y dejaba al margen todos los

problemas de análisis del capitalismo y de las crisis —tan importantes en el momento— así como de la estrategia y la táctica políticas.

En los años siguientes, la socialdemocracia se fortaleció rápidamente. En el congreso de 1876, celebrado también en Gotha, estuvieron ya representados 38.254 miembros. En las elecciones generales de 1877, consiguieron un 9 % de los votos (500.000 votos) y 12 diputados. El número de profesionales creció a tono con las exigencias de una mayor presencia en el Parlamento y con la expansión de la prensa, a los que se sumaba un pequeño núcleo de agitadores permanentes, cuyas remuneraciones corrían a cargo de la organización.

Desde el punto de vista doctrinal, su propia indefinición le permitió adoptar una actitud abierta hacia otras corrientes, abundando las discusiones con otras posiciones socialistas, como Dühring o los socialistas de cátedra y otros grupos de tendencia más o menos socializante, en un esfuerzo por delimitar también teóricamente el nuevo espacio del partido. Entre las cuestiones más debatidas se cuenta el interminable debate en torno a los límites de la legalidad, tanto en la actividad parlamentaria como en las alianzas electorales y sus consecuencias.

En ese contexto la pelea interna entre lassalleanos y marxistas cobró nuevas dimensiones, pues tras el cóctel de Gotha, no era solo una pelea de principios, sino una disputa por el control de los organismos decisivos, fundamentalmente la prensa. Al promulgarse la ley de excepción en 1878, la lucha de facciones se redoblará con las diferencias entre moderados y radicales, dando nuevas dimensiones a la vieja contienda contra el lassalleanismo. Y si bien durante las décadas del setenta y del ochenta las primitivas concepciones democrático-radicales y genéricamente socialistas, serán sustituidas paulatinamente por un conglomerado más o menos coherente al que se denominará *marxismo*, eso no impedirá el resurgir siempre de nuevo del viejo debate.

En consecuencia, si bien los nuevos problemas a los que el movimiento obrero político debió enfrentarse en la Alemania bismarckiana explican que los planteamientos lassalleanos basados en una concepción populista del Estado y en una fe esperanzada en la dinámica histórica resultaran insuficientes, lo que determinó una orientación hacia explicaciones cada vez más complejas de los procesos históricos y de las realidades sociales, por otra, el análisis cauto de los procesos de

reproducción que Marx hace en *El Capital* (especialmente en los T. II y III publicados en 1885 y 1894) no encontró tampoco un lugar apropiado. Sino que fue la explicación que Engels daba del proceso y de sus mecanismos en el *Anti-Dühring*, la que a pesar de su unilateralidad gozó de mayor eficacia, al popularizar elementos conceptuales nuevos, más adecuados a los problemas del momento. La defensa del elemento objetivo que Engels subrayaba en su polémica frente al *anarquista* Dühring, se transformó así en pieza clave de una consideración objetivista del marxismo, vigente en toda la 2ª Internacional, que implica una concepción análoga del proceso revolucionario.

Y si bien Marx había dedicado gran atención a los procesos históricos y al proceso de reproducción del capital, ese análisis fue visto a la luz de una consideración entitativa y unitaria de la historia, nada materialista por cierto, que le quitó parte de su virtualidad. Como él mismo decía, para bien o para mal: «Las ideas dominantes son siempre las ideas de las clases dominantes».<sup>42</sup> También en este caso, las ideas dominantes sobre la historia y la revolución que el movimiento obrero político heredaba de sus antecesores acabaron triunfando sobre aspectos desestructuradores de la nueva doctrina que quedaron silenciados, en una concepción armónica o armonizadora del *objetivo final* (*Endziel*) que, en las difíciles circunstancias de la Alemania bismarckiana irá cobrando cada vez mayor importancia y funcionará como horizonte político alternativo frente a una política sistemática de represión y de reformas.

---

<sup>42</sup> *La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1974, p. 51.





Póster de la Fiesta del 1º de Mayo de la socialdemocracia suiza, 1905.





## Capítulo 3

# La situación política de la vieja socialdemocracia alemana

### **Las organizaciones obreras: partidos y sindicatos**

Quizá debido a la urgencia de las tareas políticas o a las condiciones específicas de su nacimiento, los dos grupos socialistas, tanto la *Asociación General* como la *Liga*, sentían cierta desconfianza por las reivindicaciones estrictamente sindicales, no creándose organizaciones de ese tipo hasta finales de los sesenta, gracias a la presión de las huelgas y de las organizaciones sectoriales. En la 7ª asamblea general del ADAV celebrada en 1868, von Schweitzer, presidente de la Asociación y diputado, consiguió hacer prevalecer su criterio y convocar un congreso general obrero en Hamburgo al que, por supuesto, se vetó a la organización rival o sea la Liga de Bebel y Liebknecht.<sup>1</sup> De esa reunión surgió la *Liga alemana general del trabajo* (*Allgemeiner Deutscher Arbeiterschaftsverband*), concebida como un sindicato a escala nacional fuertemente centralizado bajo la dirección del mismo von Schweitzer. *De facto* este sindicato gozó de poquísima independencia pues estuvo siempre fuertemente controlado por el ADAV, cuyo objetivo era *centralizar* –y en la medida de lo posible *controlar*– las luchas obreras. Un año después de su fundación algunos de los sindicatos de rama se substraieron a la tutela de la Asociación para pasar a formar parte del Partido Socialdemócrata (SDAP) o partido de Eisenach. Algunos otros simplemente

---

<sup>1</sup> A pesar de que Liebknecht le había informado de la intención del VDAV de potenciar la política sindical, von Schweitzer prosiguió en su idea de convocarlo por separado, lo que parece un intento de reforzar su posición hegemónica en el movimiento obrero. Acta en *Protokolle, op. cit.*, pp. 122 y ss.

siguieron como organizaciones autónomas, mientras que el organismo sindical languidecía. En el decenio de los setenta la crisis sindical reforzó las primitivas dudas sobre tales organizaciones, juzgadas una mera «invención» de von Schweitzer. La existencia de un fuerte movimiento reivindicativo de masas no hacía más que complicar la situación.

En su Congreso de Núremberg de 1868 también la Liga (VDAV), presidida por Bebel, había propuesto la creación de sindicatos, cuyos Estatutos redactó él mismo inspirándose en los principios que Marx había propuesto en 1866 en el Congreso de Ginebra de la Primera Internacional. Estos sindicatos, llamados *Cooperativas sindicales internacionales*, de clara orientación antilassalleana, gozaron de mayor libertad de acción, funcionaban de un modo democrático y se pronunciaban en contra de la subordinación de la lucha sindical a la política. Muchos de sus miembros militaban simultáneamente en el partido (SDAP), un tercio de cuyos fundadores provenía del movimiento obrero.

Sin embargo, las relaciones entre los dos grandes organismos con respaldo político y las asociaciones autónomas que se habían ido creando simultáneamente no eran excesivamente cordiales y puede decirse, como G. Haupt ha puesto repetidamente de relieve que, si bien los procesos de formación de partidos obreros y de sindicatos están interrelacionados y son concomitantes, en ningún modo siguen caminos idénticos.<sup>2</sup>

Los años sesenta habían sido años de un fuerte movimiento huelguístico con objetivos típicamente sindicales: mejoras salariales, mejoras en las condiciones laborales, reducción de la jornada, mejoras en la distribución de los tiempos (tiempo para el bocadillo, tiempo para beber cerveza) y exigencia de libertad de reunión.<sup>3</sup> Pero, a pesar de su

<sup>2</sup> «La formación de los partidos y la constitución de los sindicatos se trata de dos procesos interdependientes aunque concomitantes, con tendencias y ritmos todavía no idénticos. El proceso del movimiento sindical es lento. La persistencia, la resistencia de las viejas formas de organización profesional, las concepciones corporativas son aún potentes. Las primeras organizaciones sindicales agrupan al principio casi exclusivamente obreros de oficio, que provienen de profesiones de artesano, mientras que los obreros de fábrica, los especialistas, están ya en primera fila en las huelgas, por bastante tiempo independientes de los sindicatos», Haupt, G., «Partito e Sindacato: socialismo e democrazie nella Internazionale», en *Il Congresso di Gotha, op. cit.*, p. 214.

<sup>3</sup> Ver el bonito relato de la llamada «huelga de la cerveza» en Machtan, C. y Ott, R., «Batzebier», en Volkmann, H. y Bergmann, J.(ed.), *Sozialer Protest, op. cit.*, pp. 128 y ss. Bebel en su correspondencia se pronuncia en contra de este tipo de protestas contra

combatividad, los resultados no siempre fueron buenos y muchas de ellas terminaron en fracasos. Eso hacía que los sindicatos consideraran que una de sus tareas prioritarias era disciplinar a la clase obrera para evitar, en la medida de lo posible, huelgas y movimientos salvajes.

No es raro encontrar resoluciones, como la recomendación de la Asociación obrera socialdemócrata de Leipzig en 1871 que, tras un análisis de los motivos de huelga, aconseja «iniciar solo una huelga, en caso de extrema necesidad y si pueden disponer de los medios necesarios para llevarla a cabo; además (se recomienda) no actuar tan espontáneamente como hasta ahora, sino de acuerdo con un plan organizado que abarque a toda Alemania». <sup>4</sup> Algo parecido ocurre con los movimientos espontáneos o incontrolados, de los que el aparato y la prensa de ambos partidos intenta distanciarse, aun cuando sus bases participen en ellos o incluso líderes anónimos tengan contactos con los dirigentes socialdemócratas, que no manifiestan ni por asomo el mismo entusiasmo. Dudas y vacilaciones semejantes se encuentran en la defensa del *derecho de reunión*. Lo asombroso del caso es que esta actitud no repercutió en un descrédito de los partidos, que siguieron gozando de notable prestigio, hasta el punto de que los actos represivos del Gobierno seguían provocando la misma indignación popular.

Realmente el movimiento sindical en sentido estricto solo se fortaleció tras la regulación de la libertad de reunión en 1869 por la que obtuvieron el reconocimiento legal. En cuanto a su composición interna, los sindicatos mostraban ciertas peculiaridades. A diferencia de las asociaciones y clubs de diverso tipo, las uniones sindicales estaban integradas en su mayoría por trabajadores con salarios más elevados o, cuando menos, en las condiciones típicas del obrero industrial, celosos de su distinción frente al pobre y al lumpenproletariado.

En la organización interna, los trabajadores cualificados o con oficio desempeñaban las tareas de mayor responsabilidad, ocupando los cargos directivos; y aunque es cierto que en ellos los propios afectados

---

las subidas de los precios. *W. Liebknecht Briefwechsel mit deutschen Sozialdemokraten T. 1, 1862-1878*, ed. por G. Eckert, Assen, 1973, p. 575. Igualmente, Bracke, W., en su obra *Der Lassall'esche Vorschlag*, se burla de esta huelga que atribuye a la gente del ADAV de Fráncfort y Mannheim, Braunschweig, 1873, p. 57.

<sup>4</sup> Klönne, A., Refse, H., *Die deutsche Gewerkschaftsbewegung*, Hamburgo, V.S.A., 1984, p. 40.

aprendían a dirigir sus asuntos, no lo hacían en el sentido de potenciar otra forma de concebir el trabajo y la sociedad, como en las viejas asociaciones y cooperativas, sino en el de aprender a dominar la dinámica de las relaciones sociolaborales, cuyo objetivo inmediato era la mejora de la situación de la clase obrera. El doble carácter de la lucha sindical, lucha directa contra el patrón por mejorar la situación de los trabajadores y a la vez lucha contra el sistema para cambiarlo, les situaba en una disyuntiva no siempre fácil de mantener y quizá mucho menos de desarrollar, con un movimiento incipiente y con una fuerte represión encima.

Solo a finales de siglo y después de las dificultades de los primeros años, empezaron a extenderse de forma masiva los llamados sindicatos «libres» o socialdemócratas, cuyos militantes se enfrascaron en la cotidiana tarea de regular las condiciones de trabajo y el salario en beneficio de los trabajadores, convirtiéndose *de facto* en la cantera fundamental de los futuros cuadros del partido, a los que éste debía su «carácter obrero».<sup>5</sup>

Los socialistas y socialdemócratas no eran sin embargo los únicos en promover la actividad sindical. Aunque menos influyente, existía también un sindicato liberal, dirigido por M. Hirsch y F. Duncker, que a finales de los sesenta (1868-1869) conoció un cierto auge. Este sindicato estaba ligado al Partido del Progreso y en él predominaba una concepción reformista de tipo social liberal que defendía los acuerdos sociales; su mayor centro de implantación estaba en Berlín.<sup>6</sup>

Mayor fuerza tenían los sindicatos apoyados por la Iglesia católica. En un primer momento, durante los años cuarenta, las jerarquías católicas habían mostrado cierta confusión ante el problema social, que consideraban efecto de la pérdida de moralidad y de la descristianización del pueblo, al perderse el sentido de comunidad propio

<sup>5</sup> «Al principio de los años setenta el Partido se reclutaba fundamentalmente entre trabajadores con oficio de empresas medias o pequeñas, mientras que ahora (finales de los setenta) crecía el número de los que procedían de grandes empresas» Eckert, G., *Die Konsolidierung der sozialdemokratischen Arbeiterbewegung zwischen Reichsgründung und Sozialistengesetz*, en Mommsen, H., *Sozialdemokratie...*, *op. cit.*, p. 50.

<sup>6</sup> Se trataba de un sindicato cuyo objetivo era «protestar contra la organización de la guerra social en manos de los socialistas», Abendroth, W., *Die deutschen...* *op. cit.*, p. 10. Su rápido desarrollo reforzó las esperanzas de los liberales a finales de los sesenta de poner pie en el movimiento obrero. Volkmann, H., *Die Arbeiterfrage...*, *op. cit.*, p. 185. Schönhaven, *op. cit.*, p. 34. Klönner, *op. cit.*, p. 42. Datos estadísticos en Hohorst, *Sozialgeschichtliches...* *op. cit.*, p. 135.

del cristianismo, en beneficio de los intereses egoístas y de una mal entendida libertad individual. A las jerarquías eclesiásticas les preocupaban sin embargo los efectos sociales derivados de esta situación, que afectaba en mayor medida a los sectores más desprotegidos, como los aprendices, los trabajadores temporeros, los jornaleros, etc. Las parroquias emprendieron entonces medidas tendientes a paliar esa situación, tales como la creación de albergues o de centros de instrucción para los jóvenes. Futuros líderes socialdemócratas, Bebel sin ir más lejos, pasaron por ellos.

A partir de 1862, y como respuesta a la enorme expectación que habían despertado los discursos de Lassalle incluso entre los trabajadores católicos, la Iglesia apoyó el movimiento cooperativo y llevó a cabo intentos como el de las fábricas cristianas.<sup>7</sup> En los años inmediatamente posteriores a la fundación del *Reich*, el combate cultural (*Kulturkampf*) emprendido por Bismarck y los liberales contra los católicos, les hizo compartir las penalidades de una cierta oposición, que acrecentó el atractivo de sus clubs y asociaciones obreras en zonas tradicionalmente católicas, como la cuenca del Ruhr y Renania. Estas asociaciones sirvieron de cauce a la solución católica de la cuestión social: crítica frente al capitalismo y enemiga del socialismo, defensora de una alternativa basada en la solidaridad y la cooperación.

Así desde mitad de los sesenta hasta bien entrados los setenta, el panorama fue bastante abigarrado: coexistían corrientes de diverso tipo y fórmulas organizativas varias, tanto en sus objetivos como en su extensión territorial, en su estructura organizativa como en el carácter de sus miembros. La distinción entre lucha sindical y lucha política era difusa: los partidos obreros se nutrían fundamentalmente de trabajadores afiliados o activos en los sindicatos y en las diversas asociaciones; a su vez la represión patronal, que se negaba a reconocerlos como vehículo

---

<sup>7</sup> En su viaje a Alemania de 1869 Marx constató la existencia de este movimiento que le comentó a Engels con toda su agresividad: «Hay que atacar enérgicamente, en especial en las zonas católicas, contra los curas; actuaré en este sentido por medio de la Internacional. Los muy perros coquetean (por ejemplo, el obispo Ketteler en Mainz, los curas en el Congreso de Düsseldorf, etc.) con la cuestión obrera, cuando les parece bien. De hecho, en 1848 hemos trabajado para ellos; ahora son ellos los que disfrutan de los beneficios de la revolución en el periodo de la reacción». Carta de Marx a Engels de 25 de septiembre de 1869, MEW, 32, p. 371.

de expresión de los trabajadores y la presión del Estado, que veía en el movimiento obrero, cualquiera que fueran sus formas o manifestaciones, una peligrosa amenaza, tendían a identificar ambos niveles en una sola oposición frontal entre clases.

Al principio de los setenta (1870) la depresión económica y luego la represión política en el marco de la ley contra los socialistas dictada en 1878, hizo disminuir perceptiblemente la actividad sindical, aumentando por contra la de las cajas de enfermedad y otras asociaciones legales, que eran utilizadas por los socialdemócratas como otras tantas formas de reunión legal. Puestos fuera de la ley por el decreto, los socialdemócratas perdían también sus empleos, como muestra el siguiente comunicado hecho público por la dirección de una empresa textil de Chemnitz: «En el futuro no podrán obtener trabajo en nuestra fábrica, todos aquéllos que pertenezcan a una asociación socialista, que tengan la voluntad de cotizar a la misma, de leer sus periódicos o de difundirlos, que participen en reuniones o que de cualquier otra forma busquen promover los objetivos del Partido Socialdemócrata».<sup>8</sup> En 1873 las normas de conducta para los obreros de las empresas Krupp incluían que «ninguno que pertenezca a esta banda (los socialdemócratas), aunque sea el más hábil y el más indispensable, puede permanecer (en el puesto de trabajo), porque cualquiera de ellos es un enemigo moral, tanto el más considerado como el más peligroso».<sup>9</sup>

La ley antisocialista reforzó esas formas de represión y dificultó el desarrollo de un movimiento sindical más amplio, incluido el nivel organizativo. Sin embargo, descontando sus efectos iniciales —entre 1878 y 1880 reinó efectivamente la «paz social»— no consiguió sus objetivos. A partir de 1881, en el llamado periodo *blando*, la actividad sindical se reanudó, aunque fuera por medio de organizaciones paralegales o dedicadas exclusivamente a actividades de claro signo laboral.

Y, aunque es cierto como muestra el análisis de Klönne que «entre los intereses económicos o las luchas de los trabajadores y los esfuerzos organizativos de tipo político, había grandes diferencias» (p. 41), el bloqueo institucional de toda forma de mediación, tendía a borrarlas y a

<sup>8</sup> Klönne, *op. cit.*, p. 41.

<sup>9</sup> Normas de conducta dictadas por A. Krupp para su fábrica en 1873 y 1874, cit. por Machtan, L., «I rapporti...», *op. cit.*, p. 119.

aglutinar toda oposición y toda resistencia en un bloque compacto, a cuyo frente destacaría cada vez más la socialdemocracia. Esa situación, característica de todo el periodo bismarckiano, se mantuvo hasta los años noventa en que, paulatinamente, la sociedad civil fue cobrando mayor protagonismo, estableciéndose diversas vías de contacto. También ahí fue Kautsky el que en estos años formuló la posición marxista clásica a propósito de la separación entre lucha sindical y lucha política, con la subordinación de la primera a la segunda, que se ha mantenido posteriormente en las formaciones marxistas.

### **Dos líderes indiscutibles: A. Bebel y W. Liebknecht**

Quizá el personaje que mejor ilustre este periodo sea el propio August Bebel (1840-1913). Nacido un 22 de febrero en los cuarteles de Deutz, cerca de Colonia, era hijo de un sargento de infantería del ejército prusiano y, aunque muy pronto quedó huérfano de padre, pasó los primeros años de su vida en los ambientes cuarteros. De entonces le quedó un gran interés por el ejército y los temas militares que conservó toda su vida y que era una afinidad más con Engels, con el que mantuvo una larga amistad.

A la muerte de su padre, cuando él tenía cuatro años, siguió la de su madre poco después, de modo que el chico estuvo bajo la tutela de diversos familiares hasta que alcanzó la edad suficiente para aprender un oficio. A los 14 años Bebel, que en la escuela para pobres a la que había asistido había demostrado gran interés por determinadas disciplinas, entre otras Historia, Geografía y Matemáticas, decidió ser tornero. Como aprendiz, viajó por varias ciudades del sur de Alemania (Heidelberg, Mannheim, Karlsruhe, Freiburg...), Suiza y Austria, hasta recaer finalmente en Leipzig en 1861, donde se estableció por largos años.

Con cierta experiencia en las asociaciones obreras, pues había participado en un club católico para aprendices, Bebel destacó rápidamente en las asociaciones de esa ciudad, manteniendo posiciones distantes de los líderes locales: Vahlreich y Fritzsche, ambos miembros fundadores del ADAV. Sus ideas eran, como mucho, liberales e incluso, si se quiere, con un cierto matiz conservador.

En esta época «me pronunciaba contra el sufragio universal igual, directo y secreto porque los trabajadores no estaban todavía maduros para ello», dice él mismo en sus *Memorias*; por entonces su objetivo se limitaba



al fortalecimiento del movimiento asociativo de los trabajadores. Él mismo cuenta que en el año 1863 escuchó, junto a otros 4.000 asistentes, a Lassalle en su discurso fundacional de la *Asociación General de Trabajadores de Alemania* (ADAV) en Leipzig, sin que al parecer le entusiasmara demasiado. Lassalle se había preparado para una discusión «a lo Lutero» llenando la tribuna desde la que hablaba de libros y papeles. «Su aspecto personal no era muy simpático. Con su figura alta y delgada pero vigorosa, hablaba sacando el cuerpo fuera de la tribuna y escondía a menudo una mano o las dos en la bocamanga de su chaqueta. Hablaba fluidamente, a veces con pasión, pero me pareció como si tartamudeara levemente. Terminó con un estruendoso aplauso de una gran parte del público, mientras que la otra respondía con silbidos (...). Una parte importante de la asamblea había abandonado el local antes de que terminara».<sup>10</sup>

Desde el inicio de los años sesenta se había creado en Leipzig un grupo obrero de vanguardia amparado por unos cuantos demócratas radicales, entre otros Sonnemann y Rossmässler. Eran estos unos personajes garibaldianos y cosmopolitas, que querían transformar la ciudad en una avanzadilla de la reforma cultural alemana. De ellos surgió el grupo *Adelante* (*Vorwärts*) cuyos miembros que constituían el sector más de izquierda de la Asociación General (ADAV) recibían una formación más política. En él tenían influencia antiguos miembros de la Liga de los Comunistas.

A pesar de sus contactos con el club, Bebel mostraba reticencias ante tales radicalismos, de modo que mantuvo su puesto como miembro del Comité directivo de la *Liga de Asociaciones Obreras Educativas* (VDAV) y presidente de la misma en Sajonia, concentrándose en la labor en el movimiento asociativo. Políticamente sus ideas se radicalizaron en un sentido democrático-nacionalista. Su amistad con Liebknecht que, tras ser expulsado de Berlín en 1865 residía también en Leipzig, le puso en contacto con las teorías de Marx y de Engels y con la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), en la que ingresó en 1866.<sup>11</sup> Pero

<sup>10</sup> *Aus meinem Leben, op. cit.*, pp. 60 y ss. A lo largo de su vida Bebel contó varias veces historias sobre lo que podríamos llamar el «reaccionarismo» de sus primeros años; entre otras que en la revolución de 1848 él era casi el único de su clase con ideas monárquicas, que evidentemente le costaron más de una paliza. Stephan, C., *A. Bebel. Schriften, 1862-1913*, Fráncfort, 1981, T. 2, p. 294.; ídem, pp. 61-62.

<sup>11</sup> Gemkow, H., *August Bebel*, Leipzig, VEB, 1986, 2ª ed., p. 19. *Aus meinem Leben, op.*

en sus actuaciones políticas era celoso de su independencia, rasgo que mantendrá durante toda su vida, y sobre todo medía sus pasos.

Según algunos de sus biógrafos, Bebel se caracterizaba entre otras cosas «por su eminente sentido práctico». W. H. Maehl, en su biografía, insiste en su pragmatismo, aunque creo que habría que hablar más bien de un profundo *realismo*, doblado de una extraña confianza, algo así como una creencia inexpugnable en el triunfo del socialismo. Este sentir crecer la hierba, ese especial olfato para los nuevos rumbos y necesidades le hizo acreedor del profundo respeto que Engels tenía por sus opiniones. Si algo les era común a ambos era su profundo alejamiento de cualquier forma de «utopismo».

En 1865 Bebel había ingresado en el *Partido del Pueblo*, que había sido fundado en Darmstadt aquel mismo año. Pero, a medida que avanzaba la década, cada vez veía más claro que *cuestión nacional* y *cuestión social* eran inseparables, convencido como estaba de la posibilidad de hacer triunfar la vía democrático-constituyente basada en la convocatoria de un Parlamento constituyente apoyado por un ejército popular. Con la crisis política de 1866, la *catástrofe* como la llama en sus *Memorias*, la cuestión de la unidad alemana y la defensa de Alemania como república democrática pasó a primer plano. Cofundador con W. Liebknecht del Partido del Pueblo de Sajonia, fue nominado por éste como diputado y con 27 años consiguió el primer escaño para un obrero en el Parlamento constituyente de la Alemania del Norte (1867).

Pero ni aun así renunció a su anti-prusianismo. Ya en su primer discurso público, tomó la palabra para atacar a Prusia y su política de anexión. Su perorata terminaba diciendo: «Tengo que protestar enérgicamente de que se llame alemana a una política así, debo protestar enérgicamente contra una Liga que no proclama la unidad de Alemania sino su desgarramiento, contra una Liga cuyo objetivo es transformar a Alemania en un gran cuartel».<sup>12</sup>

---

*cit.*, pp. 65 y ss. «En el curso de un progresivo proceso de aprendizaje, más o menos a partir de 1865, se convirtió primero de un liberal esclarecido en un demócrata “convicto” y desde 1867-1868 se hizo cada vez más socialista», Jung, W., *op. cit.*, p. 28. Sobre esta primera época y sus relaciones con Liebknecht, *Erinnerungen an W. Liebknecht, Schriften, op. cit.*, T. 2, pp. 25 y ss.

<sup>12</sup> *Ausg. RSch.*, T. 1, p. 17. Como luego veremos el planteamiento de Bebel era muy semejante al de Liebknecht y se basaba en la disyuntiva «o Prusia o democracia»; evidentemente él estaba por lo segundo.

A partir de este momento, el rechazo de la forma prusiana de la unificación con su democracia aparente será la base política de una estrategia parlamentaria, que hace de la denuncia del Parlamento su arma fundamental, utilizando los debates parlamentarios como caja de resonancia. Según esa estrategia, que fue refrendada en el Congreso del Partido Socialdemócrata (SDAP) en Stuttgart (1870), había que acudir al Parlamento sin ninguna ilusión parlamentaria, solo para desmitificar y denunciar el Estado prusiano, despótico, militarista y explotador. Se trataba de utilizar la tribuna parlamentaria, con una audiencia como ninguna otra, pero sin creer en ningún momento en la falacia de la «representación popular», pues aquel Parlamento estaba viciado desde el origen.

Tras la decisión, adoptada en el Congreso de unidad de Gotha (1875) de utilizar *todos los medios legales*, la participación con fines de agitación en las elecciones se convirtió en una de las actividades fundamentales del partido, tal como se refleja en las discusiones de los congresos siguientes, celebrados en 1876 y 1877. Nadie discutía la participación en sí misma, ni siquiera la utilización del Parlamento y de las campañas electorales con fines propagandísticos, sino las alianzas o los pactos electorales con otros grupos. La negativa ante cualquier alianza era tajante. Por lo demás la actividad parlamentaria en las primeras legislaturas fue bastante restringida, ganando en importancia hacia el final del bismarckismo y en el cambio de siglo.

En 1868 Bebel iba a presidir como adjunto a la presidencia de la Liga (VDAV) el Congreso de Núremberg y redactó conjuntamente con W. Liebknecht y Robert Schweichel, un novelista amigo íntimo de éste, el programa de la organización, que era en parte una copia y en parte una adaptación del de la Asociación Internacional. Pero ya en esa época, Bebel tenía una idea clara: el objetivo fundamental del movimiento obrero era la liberación de la clase obrera que solo podía ser obra suya. Su liberación social pasaba además por su emancipación política. Así pues, cuestión social y lucha política se identificaban y la segunda se concentraba por el momento en la cuestión nacional, es decir en la conquista de la democracia por la vía revolucionaria

Hacer de Bebel en esa época un *marxista* es sin duda algo exagerado. Su adhesión al marxismo se resumía en su adscripción a la Internacional. Compartía el modo como esa organización defendía la necesidad

de la lucha política de los trabajadores,<sup>13</sup> y su análisis de la cuestión social desde un punto de vista histórico, que ponía de relieve la necesidad de la revolución. Tras leer por primera vez el Tomo I de *El Capital* en la cárcel en 1869, Bebel compartía también la teoría de la plusvalía. Sin embargo, y aunque rechazaba las cooperativas liberales de Schulze-Delitzsch, no creía descabellada la postura de Lassalle en el tema de las cooperativas de producción, siempre y cuando fuera en un Estado democrático. La experiencia de los años setenta y setenta y uno con el ejemplo de la Comuna sirvió para radicalizar sus posiciones, haciéndole ver la insuficiencia de esas soluciones, que desechó en aras de una «solución más radical»,<sup>14</sup> o sea de una revolución. De hecho, su auténtico periodo de formación se sitúa entre 1872-1874 cuando de nuevo en la cárcel, leyó los textos de Marx, Engels, Lassalle, Dühring, Darwin, etc., incluidos otros autores contemporáneos como los utopistas franceses. Todo ello desembocó en una concepción personal de la estrategia revolucionaria adecuada para un partido de masas como iba a ser la socialdemocracia.

Pero entre tanto se había fundado el *Partido Socialdemócrata* (SDAP) y había tenido lugar la Comuna. El 17 de julio de 1869, en respuesta a la convocatoria a los socialdemócratas alemanes para participar en un congreso obrero, cuya tarea fundamental era la organización del

---

<sup>13</sup> El principio socialdemócrata o internacional consistía para Bebel en la unidad de todos los trabajadores y la contraposición práctica entre capital y trabajo (Acta del Congreso de Stuttgart, *op. cit.*, p. 45). En líneas generales coincide con los rasgos típicos de la Internacional, cuyo elemento característico reside en la «acentuación del momento democrático, entendido como posibilidad de plena expresión de un movimiento nuevo y al mismo tiempo como necesidad de recoger y unificar una serie de experiencias comunes... que da plena expresión a la identificación de la clase obrera como protagonista y artífice de la propia emancipación». Ragonieri, E., *Il marxismo e l'Internazionale*, Roma, Riuniti, 1968, p. 13.

<sup>14</sup> «Ahora ya no soy de la opinión de que la *cuestión social* se resuelva en el sentido lassalleano y considero necesaria una solución más radical», *Unsere Ziele*, *op. cit.*, p. 83, nota de la 2ª o 3ª edición, 1871 o 1872. En 1880 Bebel se pronunció en contra de asumir personalmente una reedición de la obra pues «algunas partes no se corresponden con mis concepciones actuales», pero no tenía tiempo ni ganas de cambiarlas. Carta a *Der Social-Demokrat*, de 18 de septiembre de 1880, en *Ausg. RSch.*, *op. cit.*, T. II/2, p. 42. Aun así, en 1886 el Partido reeditó el texto sin estas revisiones. Ver referencia a este asunto en el famoso *Discurso sobre el Estado del futuro* y su insistencia en que «Liebknecht y yo nos hemos vuelto más radicales», en *Schriften*, ed. C. Stephan, *op. cit.*, T. I, pp. 306-307.

partido, se reunieron en Eisenach diversos representantes de la Liga de Asociaciones Obreras antes citadas (VDAV) junto a numerosos lassalleanos. Participaban también los miembros del Partido del Pueblo de Sajonia, entre ellos Bebel y Liebknecht, algunos miembros de las agrupaciones sindicales internacionales afectas a la Primera Internacional, y representantes de los socialdemócratas de otros países, como Suiza (el viejo J. Ph. Becker) y Austria.<sup>15</sup> Se trataba de un momento idóneo, pues un grupo de lassalleanos, entre los cuales se encontraba Bracke, acababa de abandonar la fracción lassalleana y estaban dispuestos a integrarse en un nuevo partido de carácter *socialista*.

Las actas del congreso permiten constatar lo difícil de la situación y la animosidad reinante. Un grupo de «lassalleanos» se habían reunido en un bar en las cercanías del local con la clara intención de boicotear el congreso y en más de una ocasión casi llegan a las manos.<sup>16</sup> Bebel no se cansaba de recomendar calma advirtiendo contra las provocaciones. Incluso se había avisado a la policía que llegado el caso debería protegerlos. Los lassalleanos con sus propuestas dilatorias, gritos y cánticos lograron boicotear la primera sesión. En la segunda, no les aceptaron las credenciales de modo que no pudieron participar en el congreso. A partir de ahí es evidente que la campaña de insultos y de acusaciones de unos contra otros no hizo sino aumentar, aunque las sesiones llegaran hasta el fin, logrando fundar una nueva organización, denominada *Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania* (SDAP), más conocida como *los de Marx*.

El congreso se había convocado como un «congreso de unidad de todos los socialdemócratas».<sup>17</sup> Bebel propuso un programa, que resultó

---

<sup>15</sup> Es de notar la alta participación de los socialdemócratas austriacos: Bebel ostenta la de 6.000 vieneses, Liebknecht, la de 7.000 también de Viena, Lehnhov la de otros 6.000 vieneses, Mühlwasser la de 25.000 de Brno, etc. Acta del Congreso de Eisenach, *Protokolle...*, *op. cit.*, pp. 76 y ss. Sería posible que los plenipotenciarios hubieran hinchado las cifras para tener mayor representación.

<sup>16</sup> Lo que quieren es «reventar el congreso o pegarnos», dicen varios congresistas, que constatan además que los tales lassallianos «están todos borrachos». Bebel insiste en que la prensa no puede decir que «los trabajadores han celebrado un congreso como no podía ser menos: a tortazos», *Acta en Protokolle...*, *op. cit.*, p. 7.

<sup>17</sup> *Acta* en ídem, p. 3. Liebknecht insiste más adelante «nosotros no nos sumamos a uds. (los antiguos ADAV) ni uds. a nosotros. Entramos conjuntamente en una nueva organización», ídem, p. 54. Sobre las discusiones con viejos ADAV (Bracke, York...) que precedieron al congreso, ver el relato de Bebel en *Aus meinem Leben*, *op. cit.*, pp. 66 y

aprobado, en el que se defendían posturas «marxistas», o sea posturas acordes con las posiciones de la Internacional. Se hacía hincapié en que la lucha de la clase obrera no es por privilegios de ningún tipo sino por la abolición del dominio de clase y se insistía en que los trabajadores deben liberarse por sí mismos.

La *emancipación* obrera estaba planteada según el modelo del *Estado popular* (*Volksstaat*), ya que, en la concepción de Bebel, la «eliminación del actual modo de producción» solo se podía lograr creando empresas asociadas, es decir, enormes asociaciones productivas que abarcaran a todos los obreros y que adecuaran producción y consumo. En *Nuestros objetivos* retoma esa idea: solo la reorganización socialista de la sociedad puede permitir que la ayuda propia sea ayuda popular (*Selbst-hilfe* = *Volks-hilfe*) que ésa sea además ayuda estatal (*Volkshilfe* = *Staatshilfe*), o sea que la ayuda propia como ayuda estatal de una sociedad democrática (*Selbst-hilfe* = *Staatshilfe*) equivalga al modelo de una sociedad emancipada.<sup>18</sup>

En último término, y para eso Bebel se reclama de Marx, la «solución de la cuestión obrera» equivale a la instauración de la «propiedad social». Esquemmatizando puede decirse que la sociedad del futuro es

---

ss. Igualmente el análisis del propio Bracke en *Der lassall'esche Vorschlag*, op. cit., p. 55. Llama la atención que Bebel mande a J. PH. Becker (Suiza) un texto anunciándole la convocatoria del congreso, que remite al núm. 26 del *Demokratisches Wochenblatt*, pues en este artículo se incide en las polémicas internas del ADAV bajo la presidencia de von Schweitzer y se señala que la presidencia de la Liga (VDAY) se suma a la convocatoria para un «congreso general de trabajadores alemanes socialdemócratas», convocado por Bremer, Bracke y compañeros. Amsterdam, IISG, *Bebel Nachlass*, A 5. Los convocantes pues, si no iniciales, al menos oficiales, fueron estos últimos.

<sup>18</sup> *Unsere Ziele*, op. cit., p. 73. Igualmente, en un artículo aparecido en el *Demokratisches Wochenblatt* a finales de 1868 se afirma: «El punto central de la cuestión social es la conocida ley del salario; este punto solo se puede resolver en la medida en que el obrero por medio de las comunidades/cooperativas se transforme a la vez en patrón y empresario y de este modo todo el beneficio del trabajo vaya a parar a su bolsillo y no al de los que le explotan. Solo se trata de extender este principio al conjunto de la clase obrera. Para eso la muy citada ayuda propia no sirve, sino que ahí debe intervenir el Estado con su ayuda... Si se ha dicho que la ayuda propia debe ampliarse a la ayuda del Estado, podemos ahora decir que la ayuda del Estado es una ayuda propia, si no ayuda de ciudadanos libres que se la dan a sí mismos», núm. 49 y 51 del 5 y del 19 de diciembre de 1868. El *Vorbote*, órgano de la Internacional en Suiza, defendía posiciones similares. *Vorbote*, enero de 1868, cit. por Steiner, H., *Die Arbeiterbewegung Österreichs, 1867-1889*, Viena, Europa V., 1964, p. 41.

la contraimagen idealizada de la sociedad del presente. Entre ambas queda un proceso temporal de revolución que en ciertas condiciones puede concebirse como una evolución. Pero toda dialéctica en sentido fuerte ha desaparecido, sustituida por una concepción entre Lassalle y Proudhon de «la sociedad como un todo», de origen liberal-racional.

En el programa figuran también viejas reivindicaciones concretas como el sufragio universal, la legislación directa a través del pueblo, el ejército popular, la separación de la Iglesia y del Estado, etc. El argumento político para mantenerlas era que «debemos tener un programa que no sea solo socialista sino también democrático»; de lo contrario «no podemos pensar... en ninguna solución de la cuestión social».<sup>19</sup>

A pesar de la insistencia que mostraron algunos delegados se rechazó, sin embargo, una adhesión efectiva a la Internacional, por existir leyes represivas que lo impedían, y quizá también por cierto deseo de dejar que el movimiento alemán se desarrollara por sí mismo sin imposiciones externas. Según Liebknecht: «Nosotros, la socialdemocracia alemana estamos aquí representados, pero en realidad la Internacional (AIT) no lo está», aunque prosigue, hay que admitir que «todo nuestro congreso está animado por el espíritu de la Internacional». Se decide pues la afiliación personal de los miembros del partido a la Internacional y en sí mismo el Partido Socialdemócrata (SDAP) se considera su rama alemana, aunque la adhesión en grupo no sea posible por la represión gubernativa.<sup>20</sup>

Desde el punto de vista interno, quizá lo más llamativo del nuevo partido sea su organización, estructurada según un principio de abajo a arriba, con órganos de dirección colegiados y con una numerosa

<sup>19</sup> *Acta en Protokolle, op. cit.*, p. 16.

<sup>20</sup> Ídem, p. 72. Se observa sin embargo cierta tensión. Ante las presiones de J. Ph. Becker, dirigente de la rama alemana, y de otros que piden una adhesión más fuerte a la Internacional, Bebel se apoya para defender su solución en una propuesta de Marx. *Acta en Protokolle, op. cit.*, pp. 71 y ss. y cartas entre Liebknecht, Bebel, Marx y Engels, *Corresp. E./B., op. cit.*, p. 12-13 y MEW, 32, p. 351. Cuestiones aparte, y teniendo en cuenta la mera salvaguardia del Partido, esta decisión estaba plenamente justificada, como demostró posteriormente la insistencia de la acusación en el proceso por alta traición en vincular orgánicamente el SDAP con la Internacional, acusación que fue negada taxativamente por Liebknecht y Bebel. *Hochverratsprozess, op. cit.*, pp. 87 y ss. Por su parte Liebknecht venía defendiendo que la afiliación personal era la única posible desde hacía años. *Die Erste Internationale in Deutschland, 1864-1872. Dokumente und Materialien*, Berlín, Dietz, 1964, p. 101.

comisión de control, cuya tarea era impedir formas personales de ejercicio del poder. La experiencia de la organización lassalleana, de la que había una voluntad clara de distanciarse, junto a la tradición liberal de la que provenían muchos de sus miembros, incidió a la hora de fijar un modelo de organización formalmente democrático, conjugada con una estructura de base muy flexible, especialmente apta para sobrellevar los momentos de represión, que según las propias palabras de Bebel, respondía a un intento de conjugar la unidad de acción con la democracia de base, sin que un exceso de flexibilidad hiciese a la organización ineficaz.

Tras la fundación del SDAP, la Liga de Asociaciones Obreras Educativas (VDAV) se disolvió integrándose en él (1869). Lo mismo ocurrió con el grupo de obreros socialdemócratas que se había desgajado de la Asociación lassalleana. Ese grupo y otros como ellos se unieron al nuevo partido que fue creciendo lentamente, aglutinando a sectores ya concienciados que procedían, en su mayor parte, de la vieja Asociación General (ADAV).

En contraposición con aquella la nueva formación seguía conscientemente una política no obrerista. En Eisenach Bebel había propuesto llamar al partido simplemente Partido Socialdemócrata, sin el obrero, pues «nuestro partido abarca especialmente a los trabajadores, pero también a otros muchos que no lo son». Solo retiró la propuesta ante la amenaza de abandonar proferida por Fritzsche (antiguo ADAV) y otros antiguos lassalleanos. Estos argumentaban que mantener el término *obrero* ayudaría a despertar la «conciencia de clase» de los trabajadores. Mientras que Bebel opinaba que, sin abandonar los aspectos sociales, había que reconocer la prioridad de lo político, «pues en Alemania solo podremos comportarnos de modo socialista cuando tengamos el Estado democrático».

Consecuente con esa concepción, Bebel invitó todavía al Congreso de Stuttgart (1870) a cierto número de intelectuales y personalidades de la pequeña burguesía aún a sabiendas de que su distanciamiento del nuevo partido era cada vez más notorio. También Brake formó en Braunschweig en 1873 un comité electoral democrático, en el que junto a los trabajadores participaban sectores de la pequeña burguesía, lo que chocó con la intransigencia de algunos dirigentes.<sup>21</sup> Pero la cola-

---

<sup>21</sup> El tema es algo complejo pues en primer lugar Bracke resolvió fundar un «círculo electoral» porque la organización había sido disuelta en 1871 y posteriores intentos de



boración con la antigua burguesía radical se iba haciendo más y más escasa. En el *Reich* bismarckiano y especialmente tras la fundación de la Segunda Internacional, la falta de apoyos internos se verá compensada por la proyección internacional, que será un factor nada despreciable de su capacidad de amedrentar a la reacción de su propio país y a la inversa, pretexto de los sectores dominantes para presentarlos como enemigos de la patria.

### **El viejo soldado de la Revolución: Wilhelm Liebknecht (1826-1900)**

El mejor contacto en Alemania que Marx y Engels tuvieron durante años era Wilhelm Liebknecht. Nacido en 1826 en Giessen (Hessen), era también uno de los viejos de 1848. Hijo de una familia de profesores, cuyo abuelo había sido amigo de Leibniz y miembro de la Academia prusiana de ciencias, había estudiado en la Universidad de Berlín, donde —cómo no— había leído a Schelling y Feuerbach. Ya desde su época de estudiante sus posiciones se inclinaban hacia una rebeldía de ciertos tintes socializantes, influida por Saint-Simon cuyos escritos, según decía, ya en el Bachillerato le habían abierto un nuevo mundo. A partir de entonces su compromiso político, que fue en aumento, derivó de la reflexión intelectual y del comportamiento emotivo, no tanto de la experiencia directa de las carencias económicas. En muchos aspectos puede decirse que Liebknecht, y no solo en sus años mozos, fue un radical que formaba parte, como el propio Marx y como el mismo Kautsky, de la joven intelectualidad disconforme, que en todo el siglo XIX y parte del XX se alinea junto al movimiento obrero.

Muy interesado por la pedagogía, especialmente por las formas modernas de pedagogía no autoritaria, colaboró en Zúrich en el Instituto *Fröbel*, conjuntamente con viejos demócratas como Herwegh y Ruge. Allí le cogió la revolución del cuarenta y ocho en la que participó activamente,

---

reconstruirla habían sido nuevamente represaliados. Sin embargo, un «círculo electoral» no podía admitir algunos puntos —de carácter más socialista— del Programa de Eisenach, lo que explica la crítica de Liebknecht y Bebel, especialmente del segundo que era muy sensible a la defensa del programa y a la disciplina de partido. En su obra *Der lassall'esche Vorschlag* en que aborda también este problema, Bracke insiste en que «en Braunschweig es deber del partido propiciar el paso de los elementos (pequeños-burgueses y pequeños-campesinos) que en lo esencial tienen el mismo interés de clase que los trabajadores, aunque no lo sepan», *op. cit.*, p. 5.

enrolándose en la columna armada capitaneada por Herwegh y J. Th. Becker, el futuro dirigente suizo de la Internacional. En Karlsruhe colaboró durante los años de la revolución en la fundación de un club jacobino. Tras el fracaso del movimiento tuvo que exiliarse, primero en Ginebra y después en Londres, donde entró en contacto con Marx, del que según sus palabras se consideraba «discípulo, amigo y confidente».<sup>22</sup> Marx le apreciaba humanamente, aunque desconfiaba de él en lo político, pues no le consideraba hombre de grandes dotes intelectuales, aunque sí de gran corazón. Su mayor problema –peligroso para un político– era que confundía la realidad con sus deseos.

Con la amnistía de 1861 Liebknecht volvió a Alemania, estableció su residencia en Berlín y entró en contacto con Lassalle, con la Asociación General (ADAV) y con el mundo de las intrigas berlinesas. Sus cartas de estos años (1862-1865) dan fe de su difícil situación en la capital de Prusia, entre Lassalle, del que desconfiaba –aunque tampoco parece que Marx le hubiera puesto al corriente de sus mutuas relaciones–, y el asociacionismo obrero. El pobre Liebknecht intentaba poner pie en ese mundo sin comprometerse demasiado, cosa que no siempre lograba, y sin dejarse coger en los manejos de Lassalle y de von Schweitzer, que le ponían los pelos de punta.

Por su parte Marx y Engels, aunque se daban cuenta de su difícil situación, no le ayudaban demasiado. Para Engels era bueno tener ahí a Liebknecht como hombre de confianza, pues de alguna manera controlaba a Lassalle y establecía un puente con ellos. Durante el año de su colaboración con *Der Social-Demokrat* la presencia de Liebknecht como redactor asociado era una especie de garantía frente a posibles desatinos. Aunque lo cierto es que Liebknecht tenía escasa influencia de modo que no podía evitar ciertas tomas de posición de la prensa socialista que para Marx y Engels resultaban inadmisibles.

El resultado eran continuas regañinas y quejas sin número, porque según Marx y Engels no se enteraba de nada, según él porque no podía hacer más de lo que hacía. En uno de sus enfados intentó explicarles la situación: «En lo que se refiere a la lassallería, de momento no es evitable. La Asociación (ADAV) la fundó Lassalle y lo único que podemos hacer es

<sup>22</sup> *Karl Marx zum Gedächtnis*, en *Mohr und General*, Berlín, Dietz, 1983, pp. 5-162.

aclarar las ideas a la gente, pero nada más». <sup>23</sup> Con su teoreticismo Marx y Engels se negaban a entender algo tan sencillo: no es posible tener «un partido obrero sin obreros» y los obreros son como son.

A partir de 1864 con la fundación de la Internacional Marx tenía un motivo más de enfado, pues Liebknecht no le secundaba en la tarea de conseguir miembros para la organización, cosa que él consideraba prioritaria. <sup>24</sup> Tras su expulsión de Berlín, parecía que se hubiera engolfado en su agujero de Sajonia, lanzándose de lleno a la lucha nacional antiprusiana y olvidándose de todas las demás tareas fundamentales. En opinión de Engels, siempre tan lapidario: «El tipo se ha obcecado totalmente en el sur alemán, como yo me temía»; a lo que añade: «Ese tío está cada vez más tonto». <sup>25</sup>

Complicaba la cosa una cierta tendencia al compromiso, innata en Liebknecht, que a Engels le sacaba de quicio. Años más tarde Kautsky y Bernstein se quejarán también de su tendencia a confraternizar, a conciliar posturas opuestas, que se avenía mal con su firmeza en los principios y que le hacía adoptar posturas extremas, ya sea por su rigidez, como por ejemplo en su rechazo del parlamentarismo, ya sea por un exceso de

<sup>23</sup> Carta de Liebknecht a Marx de 4 de noviembre de 1864, en IML, ZPA, NL 34/79, cit. por Schröder, W., «Im Ringen um eine politische Operationsbasis» en BzG, 25, 1983, p. 377. *Corresp. M.-E./L.*, p. 40. Aunque con matices ésta será la opinión dominante en el partido en los decenios siguientes: «Para las masas, él (Lassalle) es el *fundador del partido*, el que llamó a la lucha... ¿Qué habría sido del partido si Lassalle no lo hubiera fundado? Marx y Engels en su aislamiento en Londres no lo hubieran hecho; ésta es la verdad». *August Bebel's Briefwechsel mit Karl Kautsky*, ed. por K. Kautsky Jr., Asen, 1971, p. 334.

<sup>24</sup> «Te insisto lo más seriamente que puedo a entrar en la Asociación con alguna gente, igual da que sean muchos que pocos». Le mandó además carnets que ya estaban pagados para que los distribuyera gratuitamente. Y le insistió: «Pero hazlo». Carta de Marx a Liebknecht, 21 de noviembre de 1865, MEW, 31, p. 487. Poco antes Liebknecht había sondeado a Engels: «¿No estará Marx enfadado conmigo por la Internacional? ¿Cómo podía hacer propaganda para la Asociación con todo aquel lío?» (se refiere a los problemas en Berlín con la Asociación General de Trabajadores Alemanes, ADAV, *Corresp. M.-E./L.*, p. 62).

<sup>25</sup> Engels a Marx, 7 de febrero de 1865, MEW, 31, p. 61. La correspondencia entre ambos abunda en referencias a Liebknecht del siguiente jaez: «Qué idiota es nuestro amigo Liebknecht que debe vigilar el periódico y por principio no lo lee», Engels a Marx, 24 de febrero de 1865, MEW, 31, p. 82, o la de Marx: «Necesitaba tiempo para tranquilizarme y pensar que Liebknecht debe funcionar como Liebknecht y que sus intenciones son buenas». Carta de Marx a Engels, 5 de agosto de 1865, ídem, p. 135.

comprensión, como en el caso del *Sozialdemokrat* en 1865, en Gotha en 1875, en la famosa disputa sobre la subvención a las líneas marítimas, etc. Su concepción de la política se expresaba en algunos de sus eslóganes favoritos: «no se debe tratar con los enemigos», o «el socialismo es un problema de poder y se gana en la calle». Más típica aún era su famosa frase que citaba siempre: «la política fiel a los principios es la mejor política».<sup>26</sup>

Sin embargo por su trayectoria, por su experiencia, por sus conocimientos que rebasaban el estrecho horizonte del movimiento alemán, Liebknecht desempeñó un papel fundamental en el desarrollo de la incipiente socialdemocracia, aunque su incapacidad para el análisis teórico en profundidad y su excesiva tendencia a personalizar los debates ideológicos, contribuyó a frenar un posicionamiento teórico político ya de por sí difícil, difuminando los contrastes y contribuyendo a la integración de la socialdemocracia en el sistema existente.

En los últimos años, especialmente tras el traslado a Berlín de la dirección en 1890, Liebknecht era más una figura pública que una fuerza real en el partido, como lo demuestra su gran popularidad —fue el diputado que más votos obtuvo en toda Alemania en 1890— así como su escaso peso político en la organización. Por la misma época fue objeto de duras críticas por su nivel de vida y por el alto salario del que gozaba, que no parecían los más adecuados para un viejo revolucionario.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> *Kleine polit. Sch., op. cit.*, pp. 17-21. U. Mitmann pone de relieve la postura mediadora de Liebknecht en la famosa disputa sobre las subvenciones a las líneas marítimas, «Das Postulat der innerparteilichen Demokratie. Der Dampfersubventionsstreit, 1884-1845», en *IWK*, XI, 1975, pp. 8 y 23.

<sup>27</sup> El traslado a Berlín en 1890 de la dirección del partido, marca el paso definitivo para la transformación de la socialdemocracia en un partido político al uso. Liebknecht, que se negaba al traslado, fue advertido convenientemente por Engels y Bebel de lo que eso significaría para su posición política, pues se vería relegado a un segundo plano. Cartas de Bebel y de Engels, *Ausg. R.Sch.*, T. II/2, p. 358 y *Corresp. M.-E/L*, pp. 369 y ss. En cuanto a su tren de vida ya en Berlín, las protestas por sus gastos motivaron el siguiente comentario de Engels en carta a Bebel: «Ser dependiente, aunque sea de un partido obrero, es duro...; Marx y yo estuvimos siempre de acuerdo en que nunca tendríamos un cargo así y que solo podríamos tener un periódico que fuera independiente económicamente del propio partido», carta de 19 de noviembre de 1892, *Corresp. E./B.*, p. 617. Piénsese que el salario de Liebknecht, que motivó la protesta, era de 7.500 marcos anuales, cuando el salario de un obrero de la construcción, de los mejor pagados, se situaba en torno a 1.000 marcos, aunque según Bebel, la prensa de derechas pagaba a su director, que era el cargo equivalente al puesto que ocupaba Liebknecht, 30.000 marcos, de modo que en definitiva el salario de éste era más bien «modesto».

En 1865 Liebknecht había recalado en Leipzig a raíz de su expulsión de Prusia, y se había integrado en el movimiento nacionalista, conforme a su análisis del papel de Prusia y de la debilidad del movimiento obrero y social. Su marcha de Berlín, tras la denuncia del probismarckismo del ADAV, había roto los contactos con la organización, de la que fue expulsado; con la condesa von Hatzfeldt, con la que hasta aquel momento había mantenido una cierta relación y con los círculos indefinidos entre el gobierno y el movimiento obrero.<sup>28</sup> A partir de este momento, en condiciones económicas muy difíciles, pero en contacto con la movilización política que vivía en el país, desarrolló una concepción estratégica que pasaba por el levantamiento popular, apoyado por un ejército de milicias como vía de acción revolucionaria y como primer paso de transformación del país en un sentido socialista.

Está claro que Liebknecht moldeó esa idea según la vieja estrategia de la revolución de 1848, que pretendía retomar y continuar. De ahí su política de alianza con los liberales y demócratas radicales, su creación conjunta con Bebel del Partido del Pueblo, su unidad de acción con todos los sectores burgueses, pequeño-burgueses y proletarios, ese «*pueblo*» (*Volk*), sujeto de las viejas revoluciones que Liebknecht esperaba poner de nuevo en acción.

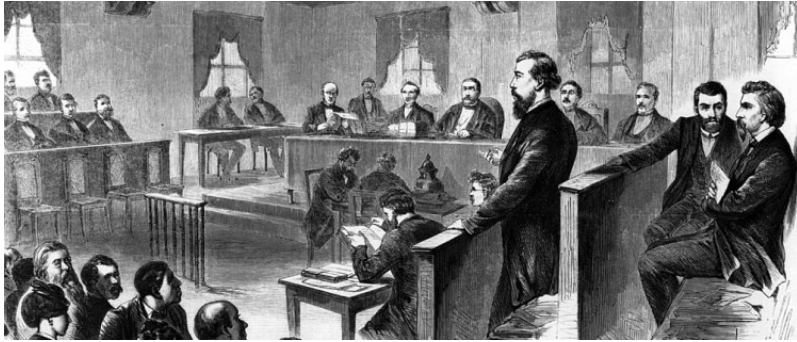
La estrategia fracasó ante las nuevas condiciones. Por una parte ante la propia división de la burguesía, por otra ante la nueva del movimiento obrero (ADAV y VDAV). El viejo «*pueblo*», de hecho, ya no existía. Pero, además de haber sido posible, esa estrategia hubiera fracasado casi con seguridad ante las condiciones de una guerra moderna y, por tanto, ante las transformaciones que el propio ejército prusiano había experimentado. Esas transformaciones hacían muy difícil ya en 1866 el triunfo de las barricadas. Liebknecht no era consciente de eso y seguía pensando en los «combates callejeros» como momento álgido de una revolución. De ahí sus frecuentes peleas con Engels.

---

<sup>28</sup> Correspondencia Liebknecht/Engels, 25 de marzo de 1865, 29 de marzo de 1865 y ss. Su ruptura se debió, como la de Marx y Engels, a que descubrió al menos una parte de los contactos que Lassalle había mantenido con Bismarck y a los manejos de la condesa. En una carta abierta a la condesa von Hatzfeldt, publicada años después en el *Demokratisches Wochenblatt*, Liebknecht da algunos datos más sobre esta cuestión, atribuyéndole a ella la iniciativa de su expulsión de Prusia, núm. 42, de 17 de octubre de 1868. Ver igualmente referencia a este asunto en *Kleine polit. Sch., op. cit.*, p. 11.

Este, que no en balde era un obseso de los temas militares —que conocía muy bien—, había sacado sus consecuencias de la experiencia del 48 y más bien parecía pensar que una revolución no se gana en la calle, sino en el ejército (proletarios como ejército contra ejército profesional). Por eso insistía en que se hiciera proselitismo entre las tropas, en que se apoyara la infiltración en el ejército, en las ventajas de que la población aprendiera el manejo de las armas, etc. Las posiciones de Liebknecht le parecían poco más que un sueño romántico; además le resultaba inconcebible su desconocimiento de los problemas práctico-técnicos de una guerra, cosa que para un revolucionario es casi como su oficio. Por lo que respecta a las milicias, Engels tenía de ellas una opinión más bien despectiva.

Estaba, por ende, el peligro político. Una política de alianzas como la que Liebknecht proponía, si no se hacía muy bien y con mucho cuidado —cosa en la que, evidentemente, era difícil confiar en él—, podía llevar a prestar apoyo a las dinastías o sectores tanto o más reaccionarios que el propio Bismarck, aunque en versión nacionalista. Eso les comprometería. Engels proponía una política muy distinta: organización independiente del proletariado, partido obrero, *forzar* a la burguesía, burlar a la reacción y seguir una vía independiente de reforzamiento y de concienciación, que incluía el desarrollo del movimiento obrero en sí mismo y la adhesión a la Internacional.



Proceso por alta traición contra Liebknecht (de pie), Bebel (derecha) y  
Hepner (2º por la derecha), celebrado en Leipzig.  
De la *Illustrirte Zeitung*, 1872.

## Capítulo 4

# Marx y Engels, intérpretes de la realidad alemana

### **El proceso de unificación y la interpretación de Bismarck**

La posición de Marx y Engels ante el confuso conglomerado del movimiento socialista obrero alemán de los años sesenta hasta bien entrados los setenta era más bien complicada. En primer lugar, ellos eran *los de Londres*, queridos y venerados viejos maestros de la revolución, cuyo consejo era imprescindible. Mientras pervivió la Internacional, Marx era además el símbolo de esta organización y el delegado para Alemania. En sus obras y escritos ambos ofrecían elementos teóricos –si bien no una teoría cerrada en sentido estricto– capaces de esclarecer las difíciles condiciones sociales y políticas en que el nuevo movimiento se debatía. Tras la muerte de Marx en 1883, el viejo Engels, apodado *el Viejo* o *el General*, representaba lo que todavía quedaba del viejo movimiento revolucionario del 48, era un elemento de autoridad indiscutible en el nuevo movimiento obrero y puente insustituible, guía si se prefiere, de la socialdemocracia.

Ya desde el final de la revolución del 48 y más todavía durante su exilio en los años cincuenta, Marx y Engels solían burlarse sin piedad de los famosos demócratas alemanes, cuya cobardía e incapacidad era cosa sabida. Basta leer las ironías sobre los *Grandes hombres del exilio*; además, en su proclama de 1850 habían sacado las consecuencias de la revolución, y una de ellas, quizá la fundamental, era el convencimiento de que la burguesía alemana y sus partidos políticos eran incapaces de iniciar ningún movimiento revolucionario en Alemania. Si éste podía partir de



algún lugar, tenía que ser del proletariado. Lo que no abandonaban era la perspectiva de una posible revolución en aquel país, dado precisamente lo conflictivo y poco estable de su situación interna, que le convertía en una especie de inmenso polvorín al que solo faltara la espoleta.

En cuanto a la cuestión nacional, ambos seguían defendiendo lo propio de los revolucionarios del 48, o sea la posición *Gran Alemania*, es decir la idea de una Alemania unida por la vía democrática, que incluyera Prusia y Austria.<sup>1</sup> Su desconfianza sobre la capacidad de la burguesía prusiana y no digamos de los demás estamentos de aquella sociedad todavía feudal para realizar cualquier unificación, les ratificaba todavía más en esa postura, eliminando de su perspectiva toda posibilidad de una *revolución por arriba*. La unificación solo era posible por la vía democrática. La inexistencia de fuerza alguna capaz de impulsar el proceso hacía que éste se pudriera y que la vida política nacional se convirtiera en un inacabable rosario de comidillas, trapicheos, conspiraciones de palacio, etc. La profunda mediocridad de los berlineses —un tipo de gente que *se creen el centro del mundo* sin haber salido de su casa— les hacía tomar eso por un cambio de dimensiones históricas. Marx y Engels, en Londres, no paraban de reírse.

En los años cincuenta, Marx escribía para ganarse la vida como corresponsal del *New York Daily Tribune*, donde publicó una serie de artículos sobre Prusia, dedicados especialmente a cuestiones de política exterior y de la guerra en Europa, para los cuales utilizó abundantemente datos facilitados por Lassalle.<sup>2</sup> En ellos da rienda suelta a su desprecio por las clases dominantes alemanas, obsesionadas por la acumulación de riqueza en la ola expansiva que siguió a la guerra, y temerosas de la política. En alguno de estos artículos, como el titulado *Prusia* (1856) Marx señala que la burguesía que traicionó la revolución de 1848 tiene ahora la sabiduría de acumular dinero y abstenerse de la política. Por

<sup>1</sup> El texto fundamental en este sentido es el escrito de Engels «El Po y el Rhin» (1859) a propósito de la guerra de unificación italiana contra Austria y la postura de Prusia, en el que defiende una Gran Alemania por la vía democrática. Desde el punto de vista estratégico, la tesis es posiblemente correcta pero compleja y totalmente contrapuesta a la de Lassalle, siendo éste el primer encontronazo serio entre ambos. Ver G. Mayer, *F. Engels*, Ciudad de México, FCE, 1978, p. 454, Mehring, F., *C. Marx*, Barcelona, Grijalbo, 1967, pp. 281-284, Stephan, C., *Genossen...*, pp. 92 y ss.

<sup>2</sup> Ver la correspondencia entre ambos. Mayer, G., *Nachgelassene...*, op. cit., p. 171.

lo demás Prusia es un extraño conglomerado «de todo tipo de clases desheredadas, llenas de espíritu de rebeldía contra los estamentos altos de la sociedad».<sup>3</sup> La consecuencia es obvia, con semejante caldo de cultivo es muy difícil hacer nada. Su juicio se resume en la expresión que ambos repetirán tantas veces y que impregna todas sus ideas sobre Alemania: *Prusia no es un país moderno*. En un texto inédito de finales de los ochenta, Engels repetirá un diagnóstico similar: «Alemania es una sociedad económicamente atrasada y jurídicamente dependiente de la arbitrariedad policial».<sup>4</sup>

Las intrigas de corte, con su secuela de expectativas de un posible cambio liberal, son exorcizadas como delirios de grandeza. El rey es prisionero de la aristocracia y no lo tiene fácil para edificar un Estado moderno. Ciertamente, dice Marx unos años más tarde (1859) «la constitución prusiana solo ha subordinado el tradicional poder de la burocracia a la influencia política de la aristocracia».<sup>5</sup> Pero esto a lo más que puede llevar es a una revolución de palacio, que enfrente constantemente al rey ante el «dilema de una liberalización imposible» o bien un «golpe militar», es decir acudir a Bismarck.

En su análisis de la Constitución (1858), Marx vuelve sobre el mismo tema. La Constitución no se corresponde con el ordenamiento jurídico vigente que es en ocasiones anterior, preconstitucional y, en otras, terriblemente reaccionario, aunque sea posterior, de modo que tal Constitución es poco más que *mera apariencia*. Hay pues dos Prusias, la de la Constitución y la de la casa de los Hohenzollern. Las comisiones electorales intentan encontrar un camino de salida en este embrollo.<sup>6</sup> Por un lado reforma, por otro represión, y en medio los *miedos* liberales *murmuran* porque presienten que algo se avecina.

Por consiguiente, Marx depositó poquísimas esperanzas, por no decir ninguna, en el gobierno liberal. En 1859 en un artículo titulado *El nuevo Ministerio* admite que el nuevo gobierno tiene una tonalidad liberal, pero los antiguos liberales como Auerswald o Hasselmann, viejos conocidos del periodo prerrevolucionario, actúan en el fondo como

<sup>3</sup> *Preußen* (1856), MEW, 11, p. 640.

<sup>4</sup> *Die Rolle der Gewalt in der Geschichte* (inédito), MEW, 21, p. 458.

<sup>5</sup> *La locura del rey de Prusia* (1858), MEW, 12, pp. 594 y ss., 604 y ss., 606.

<sup>6</sup> *La situación en Prusia* (1858), MEW, 12, p. 616.

representantes aristocráticos del liberalismo de la Prusia Oriental. Teóricamente su liberalismo se caracteriza por el apego a la doctrina kantiana y por la defensa del librecambio. En las elecciones, los liberales, en muchos casos burócratas de la administración, han ganado en las ciudades. Pero en el campo han triunfado los reaccionarios, Junker o nobles rurales que son los encargados de la administración en sus distritos. Los liberales radicales, como Rodbertus el amigo de Lassalle, en algunos casos se han abstenido ante las amenazas policiales o bien por miedo a las advertencias del Gobierno frente a los *extremos de ambos lados*.

Así, la Cámara cuenta con una mayoría liberal, que adopta posiciones distintas de los liberales que están en el Gobierno por designación real, *pues el Gobierno es y no es un Gobierno parlamentario* (idem, pp. 638, 660, etc.), heredero de la nefasta costumbre de mandar al Parlamento a los intelectuales, como había ocurrido en el '48. Augura pues males mayores, ya que el poder de los filósofos solo es muestra de la falta de poder real de la clase a la que representan, la burguesía.

Años más tarde, ya en los sesenta, Marx analiza el famoso conflicto constitucional como una señal del endurecimiento de los diferentes sectores contra la política gubernamental de reformas, en especial la reforma del ejército. «Berlín —dice— es en este momento quizá con excepción de Palermo o Viena, la ciudad más revolucionaria de Europa», lo cual dadas las condiciones tampoco significa decir mucho. Sin embargo, es interesante notar cómo se burla de los efectos ideológicos de las reformas por arriba: el que las reformas no sean producto de la acción popular sino de la voluntad del poder hace creer a los atontados súbditos prusianos que *los cambios son obra de la naturaleza y no de los hombres*. Dada la megalomanía de los berlineses, eso se transforma en teoría general, apoyada en *el misterioso argot de la dialéctica*.<sup>7</sup>

Analizando los diversos artículos y notas se observa que Marx diagnostica con acierto la situación —cosa que ocurrirá en otras ocasiones— pero no ve ninguna salida. La burguesía no quiere ni puede transformar esa situación. El proletariado que en teoría podría hacerlo en un sentido revolucionario —el único que a Marx le interesa— fácticamente está demasiado desorganizado y resulta impotente. En consecuencia, como va a pasar a menudo, la situación se pudre y se complica lentamente.

<sup>7</sup> *El ambiente general de Berlín y Prusia (1860)*, MEW, 15, pp. 39, 41 y 636.

La figura de Bismarck encajaba perfectamente en este cuadro y al principio no despertó en ellos ninguna sospecha, le creyeron un Junker más en la vieja Prusia que seguiría el mismo camino que los otros. La cosa empezó a cambiar en los años siguientes, cuando se dieron cuenta del cierto arrastre de la política —y de la figura— de Bismarck y de cómo los liberales e incluso viejos demócratas, unos tras otros, iban pasándose a sus filas. Bromas y burlas aparte eso les dio la medida del alcance de la transformación política de Alemania bajo Prusia, transformación que explicaron con la teoría del *bonapartismo*.

Según esta tesis, que se convirtió en pieza clave de sus análisis de los procesos históricos, puede ocurrir que en determinados momentos una figura histórica —como Napoleón III o Bismarck— sean capaces de impulsar *desde el poder* transformaciones políticas o sociales, hechas imprescindibles por el desarrollo histórico o socioeconómico, pero que están bloqueadas por la resistencia de los estamentos a quienes estas reformas perjudicarían, los cuales ponen en juego toda su influencia para evitarlas. El bloqueo resultante, llamémosle institucional o fáctico, introduce elementos de radicalización muy peligrosos para el sistema, pero que éste no puede eliminar, sin abrir la vía a procesos todavía más peligrosos. Recuérdese el miedo constante a los acontecimientos de 1848 que impregna toda la política bismarckiana de la época y, a la inversa, el reclamarse constantemente de 1848 por parte de los sectores revolucionarios. Se trataría en último término de un caso paradigmático del viejo *leitmotiv* lampedusiano de *cambiar algo, para que todo siga igual*.

Bismarck o Napoleón III, que es el auténtico punto de arranque de la tesis del bonapartismo, actuarían como personajes políticos dotados de un amplio margen de maniobra, lo cual les daría una capacidad de juego mayor para introducir, por medio de operaciones tácticas calculadas de desactivación del enemigo, aquellas transformaciones políticas que siendo precisas, no pueden hacerse sin grandes riesgos dada la correlación de fuerzas existentes. Se trataría de una especie de operación de riesgo controlado que tiene la ventaja de desactivar el potencial revolucionario, de confundir al enemigo —pues no es fácil comprender que el contrincante realice precisamente el programa ajeno— y por tanto, produce un efecto de oscurecimiento del panorama político, ya que la distinción entre unos y otros se hace mucho más difícil. Añádase a eso una buena dosis de demagogia, y la orientación política se hace casi imposible.

Evidentemente una política de ese tipo se sustenta en la existencia de amplias capas de población con lazos de dependencia muy fuerte hacia los poderes establecidos y por tanto fácilmente manipulables en sentido político; en terminología marxista, a la existencia de relaciones de producción arcaicas. Según Engels, «bonapartismo es la forma de Estado necesaria en un país en el que la clase obrera desarrollada en las ciudades a un alto nivel es sobrepasada en número por los pequeños campesinos en el campo, de modo que en una fuerte lucha revolucionaria, esta clase es vencida por la de los capitalistas, la pequeña-burguesía y el ejército». Éste cumple una función básica en cuanto columna fundamental de esa forma de Estado demagógico, integradora y represiva.

«¿Cómo explicarse, si no, –se pregunta Engels– este Bismarck que, para poder gobernar a su país en el interior y durante unos cuantos meses con los métodos feudales y absolutistas, aplica felizmente en el exterior la política de la burguesía, prepara el poder de ésta, sigue caminos en los que solo puede avanzar recurriendo a medios liberales e incluso revolucionarios, aunque para ello tenga que abofetear diariamente a sus propios hidalgos rurales y sus mismos principios?... El hecho simple y escueto es éste: Prusia cuenta con 500.000 fusiles de pistón y el resto del mundo solo dispone de 500».<sup>8</sup>

Internamente, prosigue Engels, un gobierno de este tipo bloquea por un tiempo la lucha de clases y consigue una cierta integración, «pues compra a una parte de la burguesía (por medio de créditos) y a una parte del proletariado (por medio de empresas estatales)»; además neutraliza al campesinado, rentabilizando la lucha de clases. Según Marx «tales regímenes, como el napoleónico... reposan sobre la fatiga y la impotencia de las dos clases antagonistas de la sociedad».<sup>9</sup> A la larga,

<sup>8</sup> *Die preußische Militärfrage...*, MEW, 16, p. 71. «El poder real del gobierno se encuentra... en manos de una casta especial de oficiales del ejército y funcionarios que aparentemente se hallan al margen o, si se quiere, por encima de la sociedad. La independencia de esta casta confería al Estado visos de ser algo aparte de la sociedad misma. De esta contradictoria realidad social se derivaba, como consecuencia necesaria, en Prusia y en la Alemania encabezada por ella, un pseudoconstitucionalismo que representaba, a la vez que la forma de disolución de la vieja monarquía absoluta, la forma de existencia de la nueva monarquía bonapartista», Mayer, G., *F. Engels, op. cit.*, pp. 505 y 628.

<sup>9</sup> Carta a Fr. Lafargue, 12 de noviembre de 1866 en *Lettres et Documents de K. Marx 1856-1883*, editados por E. Bottigelli, *Annali I*, 1958, p. 163. En el primer llamamiento de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) sobre la guerra franco-prusiana, Marx señala como elemento del bonapartismo «la explotación (por parte de un poder aparentemente neutral) de la lucha de clases». MEW, 17, p. 3.

ese proceder coadyuva a la implantación del capitalismo y en ese sentido prepara las luchas del futuro. Como sistema permanente es inviable.

Solo para una concepción excesivamente estricta de la determinación económica, esa tesis es incompatible con la teoría general de la historia de matriz marxista y por tanto con la existencia de una determinación de lo económico en última instancia. De hecho se trata de un desarrollo complementario de esa teoría que permite explicar fenómenos históricos a corto plazo que de lo contrario serían inexplicables, a no ser que creyéramos en la capacidad personal y en la fuerza del individuo Bismarck —o en su caso Napoleón III— para hacer aquello que hizo.

En Marx y Engels esa tesis tiene consecuencias a nivel mundial que permiten explicar las diferencias de ritmo con que se producen los procesos históricos a nivel internacional y por tanto las complicadas conjunciones de fuerzas en esa especie de tablero de ajedrez que es la Europa de la época y que se combina con la mayor atención que ambos prestan al fenómeno internacional a partir de los años cincuenta. Toda la estrategia de lucha a nivel mundial, punto fuerte de Engels, se basará precisamente en la distinción entre los diversos niveles de sistemas interconectados que se desarrollan con ritmos diversos.

Pero Engels insiste además especialmente en el carácter militar del Estado prusiano y en sus consecuencias para la estrategia revolucionaria. En un texto clave titulado *La cuestión militar y el partido obrero alemán* (1865), que es además una toma de posición pública contra cualquier veleidad prusiana en el movimiento obrero —y por tanto una crítica frente a las posiciones de la *Asociación General de Trabajadores* (ADAV)—, advierte claramente contra cualquier veleidad de apoyar a la reacción, por más que comparta con el movimiento obrero posturas antiburguesas y antiliberales. En esas condiciones el movimiento obrero es tolerado, pero nada más. Políticamente el trato cambiará en cuanto el poder de la reacción esté asegurado y aumentará la represión. Socialmente es posible conseguir alguna concesión, pero esas pequeñas concesiones las harían de todas formas. Se trata pues de una especie de juego de carambola.

Por el contrario, según Engels, la política obrera tiene que reforzar su independencia, su organización, pues de hecho se trata de un partido *interno y externo al sistema*, que no puede dejarse agotar en el juego de los diferentes contrincantes.

Así pues, y aún sin dejarse seducir nunca por la personalidad de Bismarck,<sup>10</sup> el análisis de lo que éste representaba, se sitúa a un nivel que permite admitir a los dos amigos lo que de históricamente positivo (objetivamente considerado) había en sus actuaciones, especialmente en lo que respecta a la unidad alemana, sin por eso tener que aplaudirlo, y que hacía posible defender los beneficios de la unidad, aunque fuera con matices. En expresión engelsiana «sería absurdo hacer del antibismarckismo un principio general».<sup>11</sup> Había que reconocer que Bismarck había triunfado donde los demás se habían empantanado, evidentemente porque disponía del poder. Pero en consecuencia, a partir de 1866, había que aceptar la unidad por la vía prusiana como un hecho y plantearse qué novedades introducía para las futuras luchas. No valía de nada empecinarse en no reconocer la nueva situación, en negarse a aceptar la realidad de unos hechos difíciles, por no decir imposibles de modificar. Las diferencias con Liebknecht, que se empeñaba todavía en un *levantamiento popular por la unidad*, irían en esa vía.

Entre la aceptación de la realidad y la política de realidades (*Realpolitik*) hay sin embargo un espacio, que es donde Marx y Engels se sitúan. Con razón decía Marx, que él no era ningún político de realidades (*Realpolitiker*),<sup>12</sup> pero lo decía en un sentido muy distinto al de Liebknecht, pues no significaba negarse a aceptar la unidad, aunque fuera por la vía prusiana, sino encontrar la manera de intervenir políticamente a partir de ese hecho, sin por ello tener que congratularse con él. Estratégicamente hay que reconocer que la cuestión era difícil, o cuando menos no fácil de admitir para un antiprusiano convencido como era Liebknecht para quien –no sin razón– una Alemania unificada bajo la égida de Prusia haría imposible la revolución. «No hay ninguna duda de que con los acontecimientos de los últimos años, el trabajo se ha *simplificado*, pero al mismo tiempo se ha *complicado*. Un par de docenas de enemigos separados o

<sup>10</sup> Marx era tajante al calificarle de «canalla mediocre» y «tonto», aunque su política no fuera tan idiota como sería de esperar. Engels insiste en el mismo sentido y le tilda de «aventurero, por el estilo de Luis Napoleón», de «malabarista»... y añade: «Solo una burguesía tan débil como la alemana puede alimentar un poder así». En los años setenta, Engels seguía repitiendo la misma sentencia: Bismarck es «un junker, un burgués especulativo y un superficial estadista, favorecido por la suerte. Toda una pieza». MEW, 33, pp. 182 y 281.

<sup>11</sup> Carta de Engels a Marx de 15 de agosto de 1870, MEW, 33, p. 40.

<sup>12</sup> Carta a L. Kugelman de 23 de febrero de 1865, MEW, 31, p. 454.

cuando menos que no actúan conjuntamente de buena fe son más fáciles de vencer que uno solo que concentre en sus manos el poder de ese par de docenas. Si Prusia se consolida, no será posible derribarla con ninguna violencia externa ni siquiera con un levantamiento (revolución) al estilo de la anterior Revolución francesa, sino que solamente caerá cuando el proletariado alemán (por número e inteligencia) se haga capaz de dominar. *Pero hasta ahí quizá tengamos que esperar varias generaciones. "Il faut corriger la fortune"*. Hay que acelerar el proceso histórico. Hay que impedir que Prusia se consolide». <sup>13</sup> En otras palabras, según el análisis de Liebknecht, si Prusia se apunta la ventaja de la unificación, el reforzamiento del poder gubernamental eliminará cualquier posibilidad política en sentido revolucionario. La gran diferencia con Engels estriba en que, por esas fechas si no antes, éste pensaba que Bismarck *ya había ganado*, pero que esa victoria iba a ser pírrica pues al sacar a Alemania de su secular atraso, la introduciría en la historia moderna y crearía un proletariado fuerte. La unidad, para Engels, no solo era una necesidad económica de la burguesía sino una necesidad política para el movimiento obrero. <sup>14</sup> Pero lo que Engels no entendía era que este *salir de la miseria feudal* se entremezclaba con una *miseria* nueva, ya que la debilidad de la burguesía se conjugaba con la superioridad de hecho de la oligarquía terrateniente que constituía el auténtico *poder fáctico* del nuevo Estado. <sup>15</sup>

En los años setenta Marx y Engels seguirán insistiendo en ese punto de vista, matizándolo quizá en algunos aspectos, pero manteniéndolo en lo esencial, es decir en cuanto al significado de la política bismarckiana y sus consecuencias para la lucha obrera, pero sin entrar en el detalle de las

<sup>13</sup> Carta de Liebknecht a Engels de 11 de diciembre de 1867, *Corresp. M.-E./L.*, p. 82 y *Die Erste Internationale...*, p. 574.

<sup>14</sup> «La clase obrera necesita un ámbito más amplio que el de los estados de la actual Alemania dividida», Engels, F., MEW, 16, p. 66. En su análisis retrospectivo *Die Rolle der Gewalt in der Geschichte*, Engels señala que la unidad alemana se había convertido en una necesidad económica, pues había que unificar las condiciones económicas y laborales, MEW, 21, p. 409.

<sup>15</sup> Es cierto que Engels en su folleto «La cuestión militar» insiste en que en Alemania no gobierna la burguesía sino la «nobleza feudal», pero tiende a interpretarla como un *fósil*, debido más al miedo de la burguesía ante el surgir del movimiento obrero que a su propia pujanza. Y por tanto parece que baste con que el partido obrero organice y tome conciencia de su situación, desarrollando una política enérgica de alianzas con los campesinos, para que la revolución sea posible. MEW, 16, pp. 73 y ss. y 328-329.



reformas y sin entrar tampoco a fondo en el análisis de los efectos sociales de esa extraña configuración de fuerzas. Una esquematización excesiva les hace perder de vista el detalle de la coyuntura (especialmente en lo social, no tanto en lo político), sin que nunca llegaran a comprender realmente los rasgos específicos de la *legalidad política* prusiana.<sup>16</sup> Su interpretación de la figura de Bismarck se resume en las palabras de Engels: «En Alemania hemos llegado felizmente tan lejos que todo lo que nuestros enemigos hacen se transforma en nuestro beneficio... Bismarck trabaja y realmente mucho para nosotros, pues ha unificado e industrializado el país, aunque no sea por la vía liberal burguesa sino por la autoritaria de la nobleza rural, y con sus medidas antiobreras, ha radicalizado la situación más allá de lo soportable, haciendo de una revolución social la única salida».<sup>17</sup>

En el fondo de su discurso hay una cierta concepción de la historia, fácil de interpretar en sentido hegeliano: *Bismarck es una auténtica ironía de la historia en el sentido hegeliano*,<sup>18</sup> pues, cuanto más pretende perjudicar, más beneficia. Él ha eliminado el poder personal de los Junker prusianos sustituyéndolo por un *Estado moderno*, es decir por un Estado en el que los antagonismos entre los diversos grupos sociales afloran constantemente sin que puedan eliminarse fácilmente. Pero Engels pasa por alto que ese poder *institucional* del Estado está entretejido con el viejo poder *personal* de los Junker, constituyendo una auténtica coraza frente a todo embate y ramificándose en el tejido social ante todo intento de desestabilización, ya sea supuesto o real.

En la entrevista que Marx concedió en 1878 al *Chicago Tribune* defiende un punto de vista análogo: «Bismarck ha hecho más por nuestro movimiento que cualquier otro jefe de Estado, porque ha llevado las cosas a sus últimas consecuencias»,<sup>19</sup> lo que debería desencadenar la acción revolucionaria; pero, en determinadas condiciones, y la Ale-

<sup>16</sup> Ver la correspondencia: Engels protesta porque «os dejáis quitar *sin luchar* todos los derechos que tenéis sobre el papel», como si éstos fueran algo más que papel mojado. *Corresp. M.-E./L...*, op. cit., p. 134.

<sup>17</sup> Carta de Engels a Bebel, 27 de marzo de 1880. *Corresp. E./B.*, op. cit. p. 91, «Las medidas represivas de Bismarck no sirven para nada. Al contrario, solo enfurecen al pueblo», *Bismarck und die deutsche Arbeiterpartei*, MEW, 19, pp. 282, 21, p. 429.

<sup>18</sup> *Die Krisis in Preußen*, MEW, 18, p. 292.

<sup>19</sup> *Archiv für Sozialgeschichte*, ed. F. E. Stiftung, V, 1965, p. 375.

mania bismarckiana es un buen ejemplo de ello, la combinación de atracción/repulsión, integración/represión, produce el efecto contrario, una forma específica de inhibición o de impotencia revolucionaria, precisamente como resultado del modo como el enemigo logra hacer recaer sobre uno mismo los efectos negativos de su propio juego. Marx y Engels se negaban a admitir una cosa así.

Así pues, por un lado, interpretación de lo que significa Bismarck en el marco de una teoría general de la historia que permite reconocer su papel como modernizador o creador de una Alemania capitalista y moderna, por otra, insistencia en los cambios que eso implica para una clase obrera moderna, o sea en condiciones de industrialización capitalista. Como engarce entre ambos puntos, la exigencia de una política obrera independiente y agresiva, muy difícil de llevar adelante en las condiciones imperantes. En último término cierta infravaloración de los efectos sociales integradores de la política bismarckiana, o si se prefiere de los efectos socializadores de las transformaciones económicas y políticas que se producen bajo su égida y de la extraña interpenetración entre las viejas y las nuevas relaciones de clase. En resumen, infravaloración de las virtualidades de la política bismarckiana y de la extrema debilidad política del movimiento obrero alemán. Posiblemente no le faltara razón a Liebknecht cuando afirmaba que «la triste *debilidad* y desamparo de los trabajadores en Prusia no me deja ninguna otra opción (que aliarse a los burgueses liberales) y, de ese modo, aunque pienso lo mismo que vosotros sobre los federalistas del sur, no *puedo* mantenerme totalmente alejado de ellos». <sup>20</sup> Bajo las condiciones existentes, el movimiento obrero no estaba a la ofensiva, sino a la defensiva, por más que Engels quisiera creer o recomendar lo contrario.

### **La relación con Lassalle**

Cuestión distinta era el problema de Lassalle y el lassalleísmo. Lassalle y Marx se conocían desde antiguo, cuando menos desde los años de la revolución, y habían mantenido el contacto epistolar a pesar de ciertas reticencias y de la negativa del grupo comunista del interior a admitir a Lassalle en la *Liga de los comunistas* en 1850. Desde finales del decenio

---

<sup>20</sup> *Carta a Engels, op. cit.*, p. 84.

habían reforzado su amistad, en parte por el interés que demostraba Lassalle y a su más que admiración por Marx, en parte al deseo de éste y de Engels de mantener contactos con el interior de Alemania, fundamentalmente de cara a la publicación de sus escritos. En 1861 Marx visitó a Lassalle durante un viaje que hizo a Berlín para intentar recuperar la nacionalidad alemana, a la que había renunciado poco antes de los acontecimientos del 48. En 1862 Lassalle devolvió a Marx la visita en Londres.

Sin embargo tras esta visita la relación se interrumpe, primero porque –de creer el relato que Marx hizo a Engels– tanto él como su mujer se habían burlado de las ínfulas revolucionarias de Lassalle, que recién llegado de un viaje a Italia, estaba obnubilado por Mazzini. Segundo porque un problema de dinero –Marx pidió a Lassalle que le descontara un pagaré que éste a su vez se hizo avalar por Engels pero en el momento de cubrir la suma, el dinero no había llegado, y Lassalle, nervioso, temía un proceso por esa causa– dio al traste con lo que quedaba de su amistad.<sup>21</sup>

De hecho, en el año clave de la agitación de Lassalle (1863) la correspondencia se interrumpe, aunque le siga mandando sus publicaciones, entre otras el *Programa obrero* que Marx consideró una mala copia del *Manifiesto comunista*. Marx y Engels siguieron la actividad de Lassalle por las noticias que les mandaba Liebknecht, pero quedaron al margen de ella.

A pesar de todo puede decirse que Marx, con sus dificultades y su mal carácter, tuvo una relativa amistad con Lassalle. No tanto Engels, que se sentía distante de un tipo como aquél, a quien le costaba comprender, especialmente según fueron pasando los años. Había además un problema de competencia, pues Marx poseía una notable superioridad teórica, no fácil siempre de aceptar por Lassalle; y cierta susceptibilidad por parte de Marx ante lo que consideraba una copia, no suficientemente reconocida, de su obra teórica por quien podría ser su alumno. En Engels se añadían sus especiales celos ante los amigos de su amigo.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Correspondencia de Lassalle con Marx y Engels, *op. cit.*, pp. 399 y ss.

<sup>22</sup> Engels es más cruel con Lassalle que el propio Marx. En su correspondencia se burla constantemente de él, al que llama el «moderno salvador» o «barón Itzig», y más despectivo con «los de Lassalle»; da por descontado que son un grupo de inútiles que defienden una forma vaga de «socialismo reaccionario», MEW, 31, pp. 17 y ss. y 52 y ss. Idénticos juicios se encuentran en obras posteriores como *Die Rolle der Gewalt...*, donde se habla

En los años cincuenta los tres hablaban todavía del *Partido* como algo común, entendiendo por tal el viejo movimiento alemán revolucionario que ya no existía, pero que confiaban en poner en pie nuevamente. Como señala en su carta a Freiligrath, Marx hablaba del partido *en el gran sentido histórico de esta palabra*, no en el de una organización, muerta desde hacía años.<sup>23</sup> Otra cosa era la relación con el movimiento obrero, en concreto con la *Asociación General de Trabajadores* (ADAV). Marx y Engels habían seguido con atención la fundación de la Asociación, si bien hay que decir que con cierto escepticismo. Ambos estaban exiliados en Londres y los esfuerzos de Marx por conseguir la autorización para volver a Alemania habían resultado infructuosos. Como exiliados, su situación y su capacidad de influir en el nuevo movimiento obrero eran limitados y se observa, especialmente en la correspondencia, cierto aislamiento.<sup>24</sup>

La fundación de la Internacional en 1864 supuso un gran cambio en todo ello. Marx era miembro del Consejo General y responsable para Alemania. En su nuevo cargo y tras la muerte de Lassalle, ocurrida el mismo año, intentó que la *Asociación General* (ADAV) se sumara a la Internacional, intento que no tuvo éxito. Por su parte él rechazó la Presidencia de la *Asociación* (ADAV), pues no podía volver a Alemania ni compaginarla con su actividad en la Internacional. Sin embargo, el periódico del ADAV publicó el llamamiento inaugural de la AIT y ambos, Marx y Engels, mantuvieron durante cierto tiempo contactos con von Schweitzer y colaboraron ocasionalmente en el periódico, intentando hacer de él un portavoz de sus propios puntos de vista, no llegándose a

---

de la Asociación General de Trabajadores (ADAV) como «el núcleo de un Partido obrero bonapartista y socialista de Estado», MEW, 21, p. 452, o en el polémico panfleto *Las pretendidas escisiones en la Internacional* donde se les denomina «socialistas bismarckianos que además de su periódico policíaco, el *Nuevo Socialdemócrata*, representan el papel de camisas blancas en el imperio prusiano-alemán», MEW, 18, p. 49.

<sup>23</sup> La referencia al partido común, «*nosotros*», es más frecuente en Lassalle que en Marx y Engels que marcan sus distancias, ídem, pp. 128 y ss. Marx habla sin embargo algunas veces de «*nosotros, los revolucionarios*», o «*nosotros, el partido de la revolución*», ídem, p. 132.

<sup>24</sup> Frente a las quejas de Lassalle de que está aislado, Marx le responde «yo estoy muy aislado», «vivo como un ermitaño»..., ídem, carta de Marx a Lassalle, 21 de diciembre de 1857, p. 111. En la biografía de Engels, Mayer insiste en el aislamiento de Marx, doblado, en su opinión, de cierto «aristocratismo intelectual» y de cierto desprecio por la chusma, especialmente si era ignorante, *op. cit.*, pp. 429 y ss. y 465.

una ruptura clara con los de Lassalle hasta 1865. En los últimos meses las relaciones fueron muy tensas, dada la orientación probismarckiana de von Schweitzer y la desconfianza que Marx y Engels mostraban ante su pretendida o real colaboración con el régimen. El descubrimiento de los contactos entre Lassalle y Bismarck fue la puntilla. Ambos decidieron reconsiderar su táctica y aprovechar la primera ocasión para desmarcarse de un asunto tan sucio y tan comprometido. En opinión de Marx había que darse prisa para «limpiar el aire lo más pronto posible y barrer del partido el hedor de Lassalle».<sup>25</sup> Como ellos, otras personalidades de la época rompieron las relaciones con la *Asociación General*. Entre ellos se contaba Herwegh, el viejo poeta, Wutke, J. Ph. Becker, el delegado de la Internacional en Ginebra y el propio Liebknecht.

Después de la ruptura, Marx y Engels no prestaron demasiada atención al desarrollo de la *Asociación General* (ADAV), que tendían a considerar poco más que una pandilla de imbéciles. Solo a finales de los sesenta (1868-1869), el eco de la obra teórica de Marx en las propias filas de la Asociación (ADAV), así como el prestigio de la Internacional llevaron a von Schweitzer a intentar de nuevo un acercamiento. Marx sin embargo se mantuvo distante, agradeció cortésmente la invitación para asistir a su congreso, lo que le era imposible dada la coincidencia de fechas con la reunión de la Internacional y en una de sus últimas cartas le explicó al fin claramente la causa de sus reservas: «En primer lugar, y en lo que se refiere a la Asociación lassalleana, fue fundada en un periodo de reacción. Tras un sopor de quince años, Lassalle despertó de nuevo el movimiento obrero en Alemania y éste es su mérito inmortal. Pero cometió grandes faltas... Ya de entrada dio a su agitación —como todo el que piensa que tiene en el bolsillo una panacea para los

---

<sup>25</sup> En su correspondencia con Engels se observa que Marx se siente muy a disgusto en esta situación, pues de algún modo está vendido sin poder denunciar a los franceses que coquetean con Napoleón III si él tiene relaciones con un grupo que apoya a Bismarck. En los años de exilio en Inglaterra y especialmente tras la creación de la Primera Internacional, Marx era acusado con mucha frecuencia de estar al servicio de Bonaparte, o de actuar para una u otra potencia... y era muy sensible ante ello. Una muestra especialmente significativa es el caso Vogt, en que se le acusó de colusión con Bonaparte, lo que motivó el célebre panfleto *Her Vogt*. Ver igualmente el informe del Consejo General en el Congreso de Basilea (1869) en que se recoge la denuncia de que la Asociación Internacional está dirigida por agentes secretos del emperador Napoleón, MEW, 16, pp. 374 y 31, 52 y ss.

sufrimientos de las masas— un carácter religioso de secta. De hecho toda secta es religiosa. Y como él era el fundador de una secta, desconsideró todo engarce natural con el anterior movimiento en Alemania y en el extranjero. Cayó en el error de Proudhon de no buscar la base real de su agitación en los elementos reales del movimiento de clase sino de querer marcar a este último su camino según una determinada receta doctrinal». <sup>26</sup> El mismo error seguía cometiendo la organización. Marx, sin embargo, le aseguraba su imparcialidad y se ofrecía para intervenir de cara a una posible reconciliación con *los de Núremberg*, o sea Liebknecht, Bebel y compañía. En cuanto a Engels, aborrecía el lassalleanismo y sus secuaces y consideraba que una de las tareas fundamentales del movimiento obrero alemán era librarse de ellos cuanto antes.

Prácticamente hasta la disolución de la Internacional Marx y Engels tendían, por su parte, a juzgar todo el movimiento obrero desde el prisma de esta organización y no es demasiado raro, que dada la fuerza del proudhonismo en Francia y de sus allegados en el Congreso de Bruselas, al que von Schweitzer fue invitado aunque no llegara a asistir, hayan tendido a identificar las posiciones de la *Asociación General (ADAV)* con las de aquéllos, pues compartían un cierto comunismo grosero, aunque estuviera enraizado en tradiciones diferentes. Prueba de ello es la insistencia del viejo Engels para que Kautsky lea, traduzca, y estudie la *Misère de la Philosophie* como antídoto contra el lassalleanismo, que identificaba con una forma más o menos bastarda de proudhonismo. Su propio tratamiento de la problemática de Rodbertus responde a la misma óptica, que enlaza con el viejo texto de Marx sobre Proudhon, en el cual éste pretendía desenmascarar, sin nombrarlo, a Lassalle. <sup>27</sup>

La pelea con la *Asociación General (ADAV)* y con el lassalleanismo estaba pues complicada con las disputas en la propia Internacional, especialmente a partir del momento en que Bakunin logró aglutinar en torno

<sup>26</sup> Carta a von Schweitzer, 13 de octubre de 1868, MEW, 32, pp. 568-569. Éste le había escrito solicitando su opinión sobre la ley de tasas de compensación para la producción de hierro. Marx le contestó con cierta frialdad, pero sin romper el contacto, que prosiguió en los meses siguientes. Engels era más crítico y pensaba que «ese tipo utiliza esa historia solo como pretexto para pegarnos un nuevo mordisco», MEW, 32, pp. 75 y ss.

<sup>27</sup> Marx, K., «Über P. J. Proudhon», MEW, 6, pp. 25 y ss. y carta de Marx a Engels del 25 de enero de 1865: «Encontrarás que algunos golpes muy fuertes que he aplicado a Proudhon dan al blanco de nuestro Aquiles (Lassalle) y le estaban destinados», MEW, 31, p. 43.

suyo a los revolucionarios radicales exasperados por la derrota de la Comuna e indignados con el modo lento, metódico y legalista (*autoritario*) de la rama «marxista» (alemana) en el consejo general.<sup>28</sup> Sin duda que ahí se mezclan muchos elementos, desde el desencanto por la impotencia internacional en el caso de la Comuna, a un cierto antigermanismo, resultado de la ayuda alemana a su aplastamiento, y que revierte en los propios miembros alemanes del consejo, a las intrigas de Bakunin y al modo como Marx se dejó calentar la cabeza por los emigrados rusos antibakuninistas en Ginebra, hasta el problema de fondo, cómo esbozar una estrategia revolucionaria rápida y potente contra el sistema político y social dominante, en las condiciones de la época. Según Marx esa estrategia no podía descuidar la acción política<sup>29</sup> mientras que Bakunin confiaba en la posibilidad de poner en marcha un fuerte movimiento de masas por la *revolución social*. En el *Programa de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista*, redactado por él, se dice claramente: «La “cuestión social” solo encontrará su solución definitiva sobre la base de la solidaridad internacional y universal de los obreros de todos los países», es decir, sobre la base de la asociación universal de todas las asociaciones locales *realizada a través de la libertad*. En el programa secreto el objetivo se detalla de la siguiente manera: «...Reconstrucción de una nueva sociedad sobre la única base del trabajo libremente asociado que tenga como punto de partida la propiedad colectiva, la igualdad y la justicia».<sup>30</sup>

<sup>28</sup> Según A. Kriegel, «se ha exagerado el alcance de la querrela antes de 1871. No existe aún en el seno de la Internacional un “partido” autoritario, ni mucho menos un partido marxista autoritario»; *Las internacionales obreras*, Barcelona, Martínez Roca, 1968, p. 27. Sin embargo, Marx había mandado ya en marzo de 1870 su *Comunicación confidencial* a la dirección del Partido Socialdemócrata (SDAP), aunque con un tono todavía bastante descriptivo y poco polémico, MEW, 16, pp. 409 y ss. Algo antes, en carta a Engels había manifestado más claramente su indignación: «Este ruso [Bakunin] está claro que quiere convertirse en dictador del movimiento obrero europeo. Que tenga cuidado, si no, será excomulgado», 27 de julio de 1869, MEW, 32, p. 351.

<sup>29</sup> Ver especialmente las intervenciones de Marx en el consejo general frente a los delegados Lorenzo (español) y Bastelica en contra del abstencionismo político, en una de las cuales afirma: «Los gobiernos nos son hostiles: es necesario responderles con todos los medios posibles que tengamos a nuestra disposición...; mandar obreros a los parlamentos es un éxito contra ellos, pero hay que escoger a los hombres...; no es de hoy, sino de siempre que la Asociación aconseja que los obreros hagan política», MEW, 17, pp. 650-652 y Bravo, G. M., *La Prima Internazionale*, vol. 1, p. 557.

<sup>30</sup> Texto del documento en Bravo, G. M., *La Prima Internazionale. Storia documentaria*, Roma, Riuniti, 1978, vol. 1, p. 329 y Bakunin, *Gesammelte Werke*, ed. por M. Nettlau, Berlín, 1922-1924. T. III, p. 91.

Ya desde antes de la Comuna, la Internacional había sufrido un proceso de radicalización progresiva que la obligaba a rebasar sus tímidos inicios. En el momento de su creación, cuando Marx se sumó al proyecto de constituir la Asociación Internacional de Trabajadores, abandonó un cierto dogmatismo procedente de su análisis de la revolución del 48, para incorporarse con notable calma a un proceso de concienciación y de aprendizaje colectivo que, como resultado de la represión sufrida, se situaba en cotas muy inferiores a las del movimiento de aquella época. Por lo demás los estudios sobre la estructura económica del sistema capitalista, realizados a lo largo de la década del sesenta, posiblemente le habían hecho profundizar su concepción del movimiento obrero moderno y de la situación de la clase obrera en el sistema capitalista, desmarcándole del revolucionarismo, más instintivo y político de años anteriores que compartían muchos de sus coetáneos. Su participación en la Internacional se debió así, como él mismo señaló varias veces, a que vio en ella un germen para esa organización de nuevo tipo, y no una mera prolongación de los movimientos revolucionarios anteriores.

Engels no participó en los primeros años en la Internacional –su puesto como copropietario de la fábrica de Mánchester no lo hacía aconsejable– y posiblemente no era del todo consciente de ese cambio de actitud de su amigo. Lo cierto es que tras el abandono de su ocupación de empresario en 1869, se incorporó rápidamente al consejo general siguiendo una política más extrema de la que el propio Marx había protagonizado. Inclusive su modo de tratar el tema Bakunin no solo no contribuyó a aplacarlo, sino que al contrario lo enconó.

Según el análisis retrospectivo de Marx escrito en 1871, «la Internacional se fundó en aras de colocar una organización real de las clases trabajadoras, que fuera adecuada para la lucha, en el lugar de las sectas socialistas o más o menos socialistas»; en su opinión, –y hay que decir que así fue durante varios años,– la organización real de la clase obrera no puede ser más que un movimiento amplio de masas, teóricamente claro en sus objetivos y en sus pasos, y que crezca orgánicamente ligado a los movimientos reales. Que la AIT respondiera realmente a ese modelo es otra cuestión.<sup>31</sup>

<sup>31</sup> MEW, 33, p. 328. Igualmente, discurso de Marx en el 7º aniversario de la fundación de la Asociación Internacional, en Londres, 25 de septiembre de 1871, MEW, 17, p.



El radicalismo revolucionario de Bakunin con su negación total del orden existente incidía en esa problemática, e incluso más, parecía resolverla desde el momento en que llamaba la atención sobre la necesidad de una *revolución ya*. Desde el año 1871 esa revolución quedaba representada por la Comuna, lo que permite explicar que desde aquella fecha se definan dos corrientes más o menos claras: la de aquéllos que persiguen la abolición revolucionaria del Estado opresor y propugnan mientras tanto la abstención política (*bakuninistas* o *antiautoritarios*,...) y la de aquéllos que defienden la lucha política *en* y *fuera* de las instituciones existentes, pues en una concepción *material* de la sociedad (como conjunto de interrelaciones productivas) la abstención en su sentido estricto no es posible.<sup>32</sup>

En el marco de mutuas intrigas y denuncias, la lucha entre las facciones se prolongó en 1872 y continuó incluso tras el traslado del consejo general a Nueva York, donde se sobrevivió a sí mismo hasta que fue disuelto en 1876. Los antiautoritarios, tras un inicial periodo de mayor actividad, prolongaron su organización progresivamente minoritaria, hasta los años ochenta (Bakunin la había abandonado en 1874 y murió dos años después). De alguna manera una larga etapa del primer movimiento obrero había terminado. Durante esta, para Marx y Engels las relaciones con los alemanes y no solamente con la *Asociación General* (ADAV), sino también con *los suyos*, habían sido origen de constantes problemas, pues no solo los lassalleanos con su *obrerismo* y su posición antiMarx eran presa fácil de Bakunin, sino que además éste utilizaba contra ellos «todas las tonterías que en nombre del socialismo de Estado se hacen en Alemania».<sup>33</sup>

Como hemos visto ambos venían sosteniendo desde 1869 relaciones estrechas con los eisenachianos, llamados *los de Marx*, que los consideraban parte de su grupo. Y aunque seguirán siendo *los de fuera* frente a

---

432. En las instrucciones dadas a los delegados al Congreso de Ginebra (1866) Marx había escrito: «La tarea de la Asociación Internacional de Trabajadores es unificar los movimientos espontáneos de la clase obrera y homogeneizarlos, pero no dirigirla o imponerle sistema doctrinario alguno», MEW, 16, p. 196.

32 «Como si los trabajadores fueran monjes, que construyen su propio mundo al margen del mundo general», Marx a C. de Paepe, 4 de septiembre de 1870, MEW, 33, p. 147. Según Engels «el abstencionismo absoluto en cuestiones políticas es imposible», MEW, 17, p. 416.

33 Carta de Engels a Bebel, 18 (13) de marzo de 1875, *Corresp. E/B.*, p. 33.

Liebknecht y Bebel que se consideran portavoces de *los de dentro*, las diferencias tendían a reducirse. Eso no significa que las posiciones fueran siempre idénticas. En Berlín Liebknecht se había encontrado entre Marx y Engels por un lado y Lassalle por otro, de modo que las complicadas relaciones entre los tres repercutían sobre él, que se consideraba representante de Marx frente a Lassalle, sin que por eso tuviese siempre las espaldas cubiertas. En la colaboración con la prensa lassalleana, Marx y Engels se habían mostrado reservados, con perjuicio para la posición de Liebknecht, que exigía mayor apoyo. Su postura en la cuestión nacional a finales de la década perjudicó aún más sus relaciones, sin contar lo que Marx llamaba su «pereza» teórica, causa fundamental de sus meteduras de pata que le ponían en condiciones de inferioridad frente al listo von Schweitzer, siempre dispuesto a explotar sus debilidades.<sup>34</sup>

Por su parte Liebknecht consideraba que el hecho de que Marx y Engels permanecieran en Londres retrasaba el desarrollo del movimiento y, por tanto, no hacía más que pedirles que se trasladaran a Alemania. En 1865 le había insistido a Marx en ese sentido, obteniendo como siempre una respuesta negativa. Marx consideraba que en su *constante vivir de ilusiones* no se daba cuenta de que en Alemania no duraría ni un solo minuto. Años más tarde intentó animar a Engels para que se presentara como diputado, propuesta que reiteró en otra ocasión conjuntamente con Bebel. Tras la unificación Marx se sintió obligado a explicarles de nuevo, esta vez por mediación de Kugelmann, que solo podría volver a Alemania si renunciaba a toda actividad revolucionaria, cosa que evidentemente no estaba dispuesto a hacer.

El otro protagonista, Bebel, tampoco se dejaba adoctrinar fácilmente y en repetidas ocasiones reprochó a Engels su desconocimiento de la situación interna en Alemania. En los años setenta le repitió, por enésima vez, que las condiciones eran muy difíciles para los de dentro,

---

<sup>34</sup> En carta a Engels, Marx se queja «de la “conciencia noble” de un Guillermito», que era el nombre de pila de Liebknecht. Hegel, dice Marx, se olvidó de introducir la pereza como elemento esencial de la «conciencia noble». MEW, 32, p. 50. Ver el relato de Mehring, F., en *op. cit.*, pp. 338 y ss. Tratándose de un clásico, como es la biografía de Mehring, es interesante notar que G. Haupt subraya su tratamiento objetivo de las relaciones entre Marx y Lassalle y de la personalidad de von Schweitzer, contraponiéndolo a la imagen sesgada que de ello da Bebel, *El historiador y el movimiento social*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 18 y 19.

observándose en el tono de la correspondencia su molestia e incomodidad por las continuas regañinas. Estaban en pleno periodo de excepción y realmente las condiciones exigían un increíble tacto para mantener la organización en la clandestinidad y publicar la prensa, cosa de la que Engels no parecía darse cuenta. Su relación con Most, en los peligrosos años del periodo de excepción, le llegó a indignar. Bebel prácticamente les exigió que rompieran con Most y que aclararan cuál era su disposición. En último término les pidió que dejaran de estar por encima del bien y del mal y que se comprometieran con la causa que defendían.

Por fin tras la muerte de Marx en 1883, Bebel propuso nuevamente a Engels que se trasladara a Alemania. Seguía todavía el estado de excepción, pero las condiciones eran más fáciles. Engels tenía entonces 63 años y su respuesta fue contundente: «No voy a países de los que me puedan echar, me quedo en Londres». En su respuesta, Bebel acepta las razones de Engels, pero expresa un cierto cansancio de la labor de agitación y de las tareas parlamentarias, como si las difíciles condiciones durante el periodo de excepción hubieran minado su voluntad de resistencia. Expresiones parecidas se encuentran por la misma época en la correspondencia entre Bernstein y Kautsky quien, en estos años, se formó teóricamente en Londres junto a Engels y ante la imposibilidad de que *el Viejo* se decidiera a cambiar su residencia instalándose en Alemania, Kautsky se convirtió en su portavoz.

Por el momento y aunque en los años sesenta todos consideraban urgente el debate teórico con Lassalle y *los de Lassalle*, Marx y Engels se negaron a él por múltiples razones, hasta el punto de que un debate a fondo con el lassalleísmo nunca se dio, por más que la respuesta de Marx y de Engels se encuentre implícita en su teoría de la historia, especialmente en el *Manifiesto*, en su teoría económica, especialmente en *El Capital* y en las *Teorías de la plusvalía*, y en su concepción general, especialmente en el *Anti-Dühring*. Pero el hecho de que no apareciera explícitamente una crítica teórica del lassalleísmo —la historia de la *Crítica al Programa de Gotha* es otra cosa y además no se conoció en su momento— explica, dada la gran difusión de los textos de Lassalle, la aparente paradoja de que líderes reconocidos como Bernstein o Kautsky no tuvieran suficientemente claras las respectivas diferencias, en un tiempo tan avanzado como la mitad de los ochenta. La correspondencia entre los dos últimos demuestra precisamente que un cierto

redescubrimiento de Lassalle incide en el cambio de las concepciones del primero en su periodo londinense.<sup>35</sup>

En Marx su renuencia a lanzarse a fondo a una crítica teórica de Lassalle —en el lassalleísmo veía poco fondo teórico que criticar— se debe a sus especiales relaciones con éste, «a su vieja amistad personal con él y a consideraciones de partido» que le retienen;<sup>36</sup> está además la conciencia de su propia personalidad que le impide tomar demasiado en serio al que considera un «discípulo desagradecido». Marx tenía una opinión relativamente favorable del personaje, que consideraba infinitamente por encima de sus secuaces, pero la discusión con él solo era posible, sin rebajarse, en el marco de un debate teórico más amplio. El proyecto sobre la dialéctica que nunca llegó a escribir se inscribe en esta vía pues afectaba al núcleo de las diferencias teóricas entre ambos.

Había además una cuestión táctica. Marx no compartía la táctica política de Lassalle, primero en cuanto a los coqueteos con Bismarck, que consideraba extraordinariamente peligrosos, pues afectaban a la posibilidad de un movimiento obrero independiente; segundo en cuanto a las propuestas concretas —las famosas cooperativas de producción con apoyo del Estado— que le parecían ambiguas, ilusorias y reaccionarias. Sin embargo, se resistía a manifestarse públicamente sobre esta cuestión y se reservaba el derecho a ejercer su crítica en el momento que le pareciera oportuno.

A Engels la idea de escribir un pequeño folleto, con un título como *Marx y Lassalle*, divulgativo y escrito de modo sencillo, no le parecía mal, pero «para eso se necesita tiempo» y él no lo tenía. Quizá el

<sup>35</sup> *Correspondencia*, especialmente a partir de abril de 1891. En carta del 15 de junio de 1891 dice Bernstein: «Es increíble darse cuenta de cómo pensaba (Lassalle) estar cerca de él [Marx] cuando estaba tan lejos», KDV, p. 162. La correspondencia inédita se encuentra en el Instituto de Historia Social de Ámsterdam (IISG), Kautsky Nachlass, p. 261.

<sup>36</sup> Carta de Marx a Sophie von Hatzfeldt del 22 de diciembre de 1864, MEW, 31, p. 434. Ver la nota de 1 de abril de 1865: «La correspondencia de Lassalle conmigo, que abarca casi quince años y que se encuentra en mi poder, hace imposible a von Schweitzer y consorte, desfigurar nuestra relación personal o hacer sospechosos los motivos de mi actitud mental contra la agitación de Lassalle. En lo que respecta, por otro lado, a la relación de los trabajos teóricos de Lassalle con los míos, es cosa de una crítica científica. Para exponer uno u otro punto quizá haya posteriormente ocasión. Pero dada esa situación, la piedad me prohíbe hacer de eso un objeto de polémica con sicofantes en los periódicos», MEW, 16, p. 90.

*Anti-Dühring* (1877) recoja de alguna manera la vieja idea de escribir una especie de manual del marxismo para uso inmediato, que permita aclarar las ideas eliminando el confusionismo reinante.

Visto con perspectiva se advierte que el debate afectaba a dos cuestiones fundamentales y a un problema teórico nunca aclarado. Eran las dos primeras el problema del proletariado como clase y la resolución del problema nacional, o lo que viene a ser lo mismo, la tesis del bonapartismo. El problema teórico se refiere a la especificidad del discurso teórico-revolucionario o, en términos de Marx, la dialéctica. El primer punto afecta a la constitución del proletariado como clase, lo que implica su distinción de aquellos otros sectores que no se caracterizan como trabajadores por el lugar que ocupan en la producción. Pero implica también la distinción entre *trabajador* y *pobre*, mientras que el tratamiento habitual de la *cuestión social* tendía a confundir a ambos. Pues independientemente de que los trabajadores fueran también con frecuencia *pobres*, lo que les definía como clase no era su miseria sino su lugar en la producción. A la inversa resultaba también que los pobres solían ser trabajadores a los que faltaba la posibilidad de trabajo: parados, despedidos, inválidos, etc. Pero la indefinición entre *cuestión social* y *cuestión obrera* en el pensamiento de la época impedía distinguir las diferencias, contribuyendo a la confusión reinante.<sup>37</sup>

El punto de vista de Lassalle es en esa cuestión muy representativo. Si el proletariado, digamos los trabajadores, se definen por el lugar que ocupan en la sociedad –versus producción, pues Lassalle distingue entre lo económico y lo social– podríamos encontrarnos con que constituyen algo así como un *cuarto estamento*, por debajo del cual todavía quedaría una masa marginal, una especie de quinto estamento y así sucesivamente. Lógicamente esto haría imposible una revolución pues impediría la *unidad popular* que es consustancial a ella. En consecuencia, Lassalle mistifica el problema extendiendo el ámbito del concepto

---

<sup>37</sup> Sobre el concepto de «clase» en Marx se suele citar el capítulo final, incompleto, del T. III de *El Capital*. Ver además la insistencia de Marx en este punto en su confrontación con Proudhon y con aquellos «que en la miseria solo ven la miseria», MEW, 16, p. 28. Para Engels, en su *Prólogo* a la edición inglesa de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*: «Y así sale cada vez más a la superficie la gran cuestión de que la causa de la miseria de la clase obrera hay que buscarla no en aquellas pequeñas plagas sino en el propio sistema capitalista», MEW, 22, p. 267.

de *trabajador* e identificándolo con el de pueblo. Su específica teoría de la historia da una legitimación todavía mayor, en términos de que «ha llegado la hora del trabajo», a una revolución que nunca en su sentido más prístino deberá hacerse «en nombre del trabajo», no está claro si los trabajadores mismos o cualquier otro en su lugar.<sup>38</sup>

Como Lassalle expone con exquisita claridad en la correspondencia con Rodbertus, el terrateniente prusiano y teórico social tan amigo suyo, «de hecho la cuestión social es un problema que no tiene solución, o la tiene a 500 años vista», lo que viene a ser lo mismo, pues de lo que se trata es de actuar ya, y para eso se necesita ofrecer medidas prácticas. Las *asociaciones productivas* cumplen ese fin porque en su propia existencia ponen de manifiesto la legitimidad del socialismo. Ya que, si la cuestión social no es más que la cuestión de si la propiedad privada de la fuerza de trabajo ajena *puede seguir existiendo*, decir si es históricamente legítimo que exista, no si existe de hecho, la cuestión es la de si *puede* el empresario tener la propiedad de valor producido por un trabajo que no es el suyo. O sea, si es legítimo que ocurra tal cosa, ya que para Lassalle como para todo buen hegeliano, si no fuera legítimo no podría existir. En su esquema eso solo es legítimo porque el empresario tiene un *derecho heredado* sobre ese trabajo. Bastaría pues eliminar ese derecho, es decir las relaciones de poder que lo sustentan, para que los trabajadores pudieran obtener el producto íntegro de su trabajo (*Arbeitsertag*).<sup>39</sup>

¿Cuál es, sin embargo, la trama histórica o social, inclusive la instancia económica que permite que se ejerza tal «derecho heredado»? En opinión de Marx ése es el punto que Lassalle no resuelve o, mejor dicho, que ni siquiera plantea; de ahí el carácter aparentemente sencillo pero inconsistente de su teoría, pues simplemente hace depender la miseria de la dominación política e ignora todos los mecanismos

---

<sup>38</sup> Anteriormente hemos visto que «trabajador» se utilizaba de forma amplia en la socialdemocracia, tanto por unos como por otros, y solo casi como equivalente a «no rentista», no tan claramente a «asalariado». Recuérdese que la *Asociación General de Trabajadores* (ADAV) reservaba en sus Estatutos el poder al presidente de declarar a alguien «trabajador» en el sentido de la Asociación. En Liebknecht, *trabajador* equivaldría a «el que vive de su trabajo» y está acompañado, cómo no, de un panegírico del trabajo como «cualidad humana».

<sup>39</sup> *Briefe von F. Lassalle an C. Rodbertus-Jagetzow*, ed., A. Wagner, Berlín, 1878, carta de 26 de mayo de 1863, p. 72 y de 17 de febrero de 1863, p. 27.

económicos que la provocan, en especial el engranaje del *mercado*. Para desgracia de Marx, esa concepción *jurídica* del socialismo era más congruente con las concepciones habituales en los círculos de la época que las posiciones materialistas, como pone de relieve el famoso debate en la Internacional sobre el derecho de herencia.

Por otra parte, en la medida en que Lassalle concibe el movimiento de las cooperativas como movimiento en expansión a nivel nacional, resulta plausible que por este medio se pueda adecuar producción y consumo, eliminando el problema. «Es claro como el sol que en tanto al trabajador *no le pertenezcan* el suelo, el capital y el producto del trabajo, no se puede hablar de una *solución de la cuestión social*». Por eso añade Lassalle, «no he hablado en mi *Réplica* (el *Offenes Antwortschreiben*) una palabra de la cuestión social, sino solo de una mejora de la situación de la clase obrera». Sin embargo, hay que admitir que en la medida en que la «*Asociación... debe llevar lentamente* a solucionar definitivamente la cuestión social –adecuando producción y consumo– es decir a la situación que ambos vemos como final de la actual anarquía laboral», dichas asociaciones con ayuda estatal son el núcleo de desarrollo orgánico que lleva a todo lo demás». Lassalle finaliza su carta indignado de que no se vea, algo que para él es tan enormemente simple. Todo el problema consiste en *considerar el mundo actual como una unidad*, aplicando evidentemente la filosofía hegeliana. Rodbertus no estaba de acuerdo con este planteamiento. Marx tampoco.<sup>40</sup>

En su famosa *Introducción a la Contribución a la crítica de la economía política* de 1857, Marx critica claramente ese punto de vista, marcando las diferencias, los juegos de relaciones e interrelaciones u oposiciones entre las diversas esferas económicas: producción, distribución y consumo. Sin embargo, ese texto que es tan rotundo en señalar las distancias entre una dialéctica de la *mera identidad* y una dialéctica materialista que concibe las relaciones de identificación a través y por medio de las diferencias, era desconocido en su época. Como mucho podemos pensar que esas cuestiones formaban parte del laboratorio de Marx, pero eran muy poco accesibles a sus contemporáneos. *La Misère de la Philosophie*, donde expone una versión más inicial de este pensamiento, era considerada incluso un texto menor.

<sup>40</sup> Cartas de mitad del mes y de 26 de mayo de 1863, ídem, pp. 70-80.

El modo como Marx plantea el tema de la *cuestión obrera* –pues no habla nunca de *cuestión social* a no ser despectivamente como posición reaccionaria– en relación con la Primera Internacional es representativa de su enfoque. En carta a Engels de 1864, le comenta que la fraseología mazziniana del primer proyecto de declaración pública de la Asociación, «oculta la cuestión real, es decir la cuestión obrera»,<sup>41</sup> entendiendo por tal el análisis de las relaciones antagónicas entre capital y trabajo en el sistema productivo capitalista, su origen histórico y su dinámica tendencial. A eso, dice, hubo que añadir algo sobre *deberes y derechos*, pero de modo que no moleste. Pues lo importante no es la fraseología eticista del socialismo francés proudhoniano, sino la definición histórico-económica de la clase obrera moderna.

Baste quizá un somero análisis de la declaración inaugural. En ella Marx parte también de la pobreza, pero ésta no es la *pobreza en general* con su carácter de crisis civilizatoria y de efecto político, sino la *pobreza de las poblaciones obreras*, que es función del rápido y rico progreso de la industria y del comercio. O lo que es lo mismo, no se trata del problema de la miseria, sino de que esa miseria sea condición necesaria de la riqueza de las clases explotadoras. La estructura del texto se condensa entonces en oponer a la *necesidad de la explotación*, la que denomina «economía política de la clase obrera», *consistente en el control de la producción social a través y por medio de la previsión y la comprobación sociales*. Su modelo es el *trabajo asociado*, que solo puede empezar a ser efectivo si se ejerce a nivel nacional.<sup>42</sup>

No se trata pues de que la historia plantee al proletariado el deber de hacer la revolución socialista, como sería lo propio de una concepción especulativa y entitativa de la Historia, sino que el desarrollo y la transformación de las formas productivas ha dado lugar a una específica forma social, potencialmente transformable, en la que los trabajadores como colectivo, como *clase*, tienen un marco de actuación y por tanto de sujeción determinado. Hacer saltar ese marco es, piensan Marx y Engels, una posibilidad, por las nuevas formas que han adoptado las relaciones sociales en que se encuentra inmerso. Ahí radica la posibilidad histórica del socialismo, al margen de cualquier pregunta por su

<sup>41</sup> MEW, 31, pp. 14 y ss.

<sup>42</sup> Discurso original en *Die Erste Int. in Deutsch.*, p. 11.



legitimidad –en el sentido lassalliano– que ni siquiera se plantea. Pero la otra cara de la medalla es la necesidad para los trabajadores de hacer esa revolución so pena de autodestruirse, es decir, condenarse a la inacción y a la impotencia, en último término a la miseria, en un sistema en el que sin embargo están insertos. Según la famosa expresión de la carta a von Schweitzer: «La clase obrera o es revolucionaria o no es nada».<sup>43</sup>

El resultado es que frente a la tesis lassalleana de que *una revolución no se hace* –tesis cuando menos sorprendente en un revolucionario y que encontraremos repetidamente en la socialdemocracia– Marx y Engels defienden «que los hombres hacen su propia historia, si bien en condiciones no elegidas por ellos»<sup>44</sup> pues son resultado del modo cómo se entrecruzan en el espacio y en el tiempo sus diversas interrelaciones. Desde el punto de vista de una *dialéctica objetiva*, Engels lo intentará explicar posteriormente en la famosa carta a Bloch, tan utilizada por Althusser, con el ejemplo del «paralelogramo de fuerzas».

El segundo punto de las diferencias con Lassalle es quizá más fácil, pues afecta a la famosa cuestión nacional. Es sabido que Lassalle desconfiaba profundamente de la capacidad de los liberales y de la burguesía en general para desarrollar una política decisiva. En su correspondencia con Rodbertus afirma: «Si algo he odiado en mi vida es el partido de la Pequeña Alemania. Todo lo pequeño alemán es Gothaería, Gagería... y pura cobardía».<sup>45</sup> No es pues extraño que saludara la unificación aunque fuera por la vía prusiana y no mostrara excesivos escrúpulos ante una hipotética alianza con Bismarck.

Y hemos visto ya que Marx y Engels compartían su desprecio por la burguesía alemana, incluso quizá desde antes. Pero su situación de exiliados en Londres, su separación del movimiento real y sus análisis de conjunto, así como su concepción política del movimiento obrero, les impedía compartir su estrategia. Mayormente si su «hombre de confianza» en el interior, Wilhelm Liebknecht, defendía posiciones diametralmente opuestas como es el caso.

<sup>43</sup> Carta de 13 de febrero de 1865, MEW, 31, p. 445.

<sup>44</sup> *El 18 Brumario*, ed. cast., p. 221.

<sup>45</sup> Carta de 2 de mayo de 1863, *op. cit.*, p. 63. *Gothaeria*, referencia despectiva a Gotha, donde se habían reunido los nacionalistas que aceptaban la prusianización. *Gagería*, también despectivo, como doctrina de Gagem, H. V. (1799-1880), presidente de la Asociación nacional de Fráncfort en 1848. Ambos los utiliza como sinónimo de «cobardía» y «pusilanimidad».

En consecuencia, lo que hacen es explicar el significado de la prusianización y de la bismarckización para la modernización de Alemania y mantener una actitud de principios en contra de Bismarck, actitud que se traduce en su separación de la *Asociación General* (ADAV) y de von Schweitzer. Además Engels, más atento a los acontecimientos, resalta algunos aspectos de la política bismarckiana *real*: la importancia del ejército, los tratos financieros con la burguesía, etc., e intenta sacar las consecuencias más positivas posibles de la «revolución por arriba» minimizando sus aspectos negativos.<sup>46</sup> Pero por el momento eso son poco más que apuntes en la correspondencia privada que solo se reflejan en una especie de «labor de ilustración» con la publicación de textos explicativos.

Sin que haya tampoco ningún intento de potenciar las actividades de Liebknecht en el sentido del Partido del Pueblo (*Volkspartei*). La verdad es que mucho más no podían hacer, sin olvidar naturalmente la insistencia en la denuncia de la represión de la Comuna que era una cuestión de principios.

Por el momento, la condena por Marx de Lassalle y en consecuencia de la *Asociación General* (ADAV) se condensaba pues en su conciencia de lo mucho que les separaba, que en el fondo se reducía a una concepción filosófico-especulativa del mundo, claramente expresada en los textos lasallianos, aunque sea más difusa en el lassalleísmo. Pero Marx había hecho diplomacias con el propio Lassalle, no dejándole ver casi nunca lo mucho que les separaba o planteándolo indirectamente, de modo que aquél lo interpretó como una cuestión personal y no como una diferencia de concepciones tan profunda.

Con la *Asociación General* (ADAV) su postura fue semejante. Al principio fue diplomático. Tras el descubrimiento de los tratos con Bismarck, se esforzó en distanciarse lo más posible de cualquier sospecha de colaboracionismo, obsesionado como estaba por mantener su independencia frente a cualquier colusión con los poderes existentes. Esa actitud es comprensible y en cierta manera resultado de las campañas

---

<sup>46</sup> *A posteriori* Engels llega a calificar la idea de la unidad alemana bajo la protección de Austria como un «sueño romántico», mientras que valora positivamente la revolución «por arriba» aunque haya sido hecha por Bismarck, pues «una revolución sigue siendo una revolución, la haga quien la haga», MEW, 21, pp. 201 y 422. Igualmente *Die preußische Militärfrage...*, *op. cit.*, p. 54.

de la opinión pública por presentarlo como sustentado por tal o cual potencia, pero incidió en el rechazo de cualquier otro movimiento socialista en Alemania que no fuera el de sus correligionarios a los que impregnó de un dogmatismo excluyente, observable en sus posturas y en las de Engels. La aparición del bakuninismo contribuyó a exacerbar esa posición, otorgando a la *lucha de principios* un lugar preponderante que hasta entonces no había tenido.

### La crítica al programa de Gotha

La crítica al programa de Gotha retoma estos mismos temas. El que no fuera hecha pública o, más exactamente, el que fuera sabotada demuestra la poca sensibilidad hacia la importancia de estos asuntos o si se prefiere, la sensibilidad exacerbada hacia las negativas consecuencias prácticas que podrían derivarse de una discusión abierta con *la herencia de Lassalle* que, ahora de forma oficial, formaba parte de los contingentes del partido. Para bien y para mal tanto Lassalle como Marx formaban parte de una tradición que no se podía eliminar así como así.

La unidad con los lassallianos que en el último período habían arreiciado las críticas contra Marx, contra Engels, incluso contra la Internacional y contra los eisenachianos no era previsible, lo que permite comprender el estupor e incluso el enfado de los dos de Londres. Y dado que el propio Liebknecht pidió a Bracke que interviniera, es lógico que la respuesta de Marx vaya dirigida a él, adjuntándole la famosa crítica.

Ante la insinuación de Marx y de Engels en el sentido de que desaprobaban un paso de estas características, la posición de Liebknecht había sido tajante. «Liebknecht me hace notar –dice Kokosky en carta a Bracke– que Ud. debe escribir a Londres para que los de allí no hagan ninguna tontería. La carta lleva un añadido del propio Liebknecht: Escribe a los de Londres... Si Marx o Engels se salen del partido o lo desaprueban, se colocarán *al margen del movimiento obrero*. Diles solo eso». En otra carta Liebknecht añade: «...en lo que se refiere a los de Londres, he roto con el principio de la infalibilidad».<sup>47</sup>

<sup>47</sup> En la carta a Bracke que acompaña la crítica, Marx señala: «Después de que se celebre el congreso de unidad, Engels y yo publicaremos específicamente una declaración en el sentido de que nos distanciamos del citado programa y no tenemos nada que ver con él», 5 de mayo de 1875, MEW, 34, p. 137. Carta de Kokosky y de Liebknecht de

Así pues, todo parece indicar que esta vez Liebknecht, que en los últimos años había afianzado sus posiciones frente Marx y a Engels, estaba convencido de estar en lo cierto y de que eran ellos los que se equivocaban. El congreso de unidad había sido un enorme éxito, por más que hubiera que hacer *concesiones aparentes* a los lassalleanos. Engels debió entenderlo así o cuando menos hizo que lo entendía, disponiéndose a un compromiso que no era imposible, pues el programa era leído por trabajadores y burgueses *no por lo que decía sino por lo que debería decir*. Eso les permitía tanto a Marx como a él seguir callando, en espera de que el nuevo partido se volviera a romper, cosa que preveía o al menos deseaba ardientemente.

El programa se iniciaba con la tesis, cara a Liebknecht de *que el trabajo es la fuente de toda riqueza*. Tal afirmación se amparaba en el discurso habitual de la economía política, y en cuanto única fuente de valor-riqueza, legitimaba el derecho de los trabajadores a recibir el producto íntegro del trabajo.<sup>48</sup>

Por el contrario la argumentación de Marx en la *Crítica*, aunque se ajuste al propio esbozo programático, se concentra en tres puntos, el primero de los cuales es justamente la tesis opuesta, ya que no solo el trabajo humano es la fuente de toda riqueza sino que también lo es la tierra. Esta advertencia hace pensar que para Marx el carácter *social* de la riqueza, se sobreañade a los elementos materiales transformados por el trabajo de modo que aunque éste como actividad de producción sea condición ineliminable de toda forma de sociedad, no por eso tiene «derecho de propiedad» sobre sus productos ni deja de tenerlo. Más

---

26 de mayo de 1875, *Liebk. Corresp. Sociald., op. cit.*, p. 638 y carta a Bracke, mayo de 1875, cit. por Dominik, III, R. M., *W. Liebknecht, op. cit.*, p. 250.

<sup>48</sup> Según Liebknecht, «la proposición de que el trabajo es la fuente de toda riqueza es admitida unánimemente por la economía política científica» y añadía «pero si el trabajo crea el valor, entonces el trabajo tiene un derecho sobre el valor creado por él, un derecho de propiedad. Este derecho de propiedad es la idea fundamental de la socialdemocracia. Todo trabajador debe tener el producto total de su trabajo», se supone naturalmente que de modo colectivo, *Kleine polit. Sch.*, pp. 106-107. En el discurso en el congreso se añade la inevitable referencia humanista «Nos llamamos el “Partido de los trabajadores”, porque “trabajo” es la acción de la humanidad. El trabajo es lo específico humano, lo que diferencia al hombre de los animales. Solo a través del trabajo el hombre se hace hombre. Trabajador significa, pues, hombre», *Acta del Congreso de Gotha, op. cit.*, p. 36. Igualmente *Zu Trutz und Schutz, op. cit.*, p. 125.

bien el reto está en establecer formas de distribución y de uso que no tengan que ver con la «propiedad» sino que traten tanto el trabajo y sus productos como la tierra en tanto que condiciones ineliminables de la reproducción de la especie. O sea «una sociedad que establezca su propia forma de distribución y de consumo».<sup>49</sup>

En el sistema capitalista esa forma corresponde al *mercado*, una instancia que difícilmente puede ser controlada ni por la sociedad ni por el Estado. En consecuencia, las cooperativas de producción y el Estado mismo no pueden substraerse a la dinámica del mercado, lo que impide colocar al Estado o al poder político como un poder situado por encima de la sociedad, al que se haga responsable de la explotación. De hecho no es que Lassalle situara el Estado por encima de la sociedad, más bien lo que ocurría es que para él Estado-sociedad-pueblo se identificaban o, al menos, podrían hacerlo tras una revolución, encargándose de gestionar la autoproducción colectiva mientras que, para Marx, seguirían existiendo diferencias entre las distintas esferas, si bien esas diferencias no tendrían por qué incluir un antagonismo entre capital y trabajo, y por tanto no precisarían de la fuerza coactiva del Estado. De persistir tal institución, no sería la expresión de la identidad entre la sociedad o el pueblo y su aparato político, sino a la inversa el elemento de su dominación. Así en contra de un socialismo pensado según el modelo de la autoproducción colectivizada, Marx se inclina por entenderlo como un periodo de transición, necesariamente limitado y condicionado a una sociedad comunista entendida como sociedad de la abundancia. Hay que suponer que en las condiciones de la época eso debía sonar como una pura utopía.

Por último Marx insiste en la cuestión del método, pues es absurdo exigir algo en nombre del Estado en general, cuando lo pertinente es analizar el Estado actual. Con ello denuncia el típico truco lassalliano, heredado de Hegel, que consiste en hablar *de la idea de Estado* como algo diferente de los Estados reales, que encarnarían aquella idea en algún momento y en algún lugar. Marx parte justamente del otro extremo, se trata de partir del Estado existente para criticarlo y destruirlo, poniendo en su lugar algo otro que no se sabe muy bien lo que es, quizá ningún Estado, pero que en ningún caso

---

<sup>49</sup> *Crítica al Programa de Gotha*, Madrid, Ricardo Aguilera, 1968.

será realización de idea alguna. Hay que decir, sin embargo, que esa tergiversación no era consciente en los socialdemócratas de la época, que siguieron hablando del Estado del futuro, de la verdadera democracia y de cosas semejantes sin darse cuenta del profundo equívoco que había en todo ello.

Sustentaba la crítica un concepto diferenciado del trabajo humano como consumo productivo de energía natural humana que combinada –y no necesariamente de forma antagonista– con las demás fuerzas naturales, permite producir aquel conjunto de bienes (riqueza) con los que satisfacer las necesidades de la especie, el famoso *metabolismo orgánico* (*Stoffwechsel*) de *El Capital*. La idea de un equilibrio productivo posible entre hombres y naturaleza vendría a ser el soporte del comunismo, aunque los complejos procesos históricos, económicos y sociales que comportaría queden solo esbozados.

Marx no identifica pues *socialismo* y *comunismo*, como hace Liebknecht, sino que los separa en el tiempo y en su estructuración, o sea en el tipo de relaciones sociales que los caracterizan.<sup>50</sup> Entre ambos sitúa el proceso de transformación de uno en otro, poco más que insinuado, aunque es claro que está pensado según un modelo *revolucionario*, es decir por la destrucción de aquellas formas de relación social que no se adecúan a una producción asociada. A mitad de los setenta, como en los sesenta o en los cincuenta, Marx seguía entendiéndose a sí mismo como un *revolucionario*, aunque esa revolución ya tuviera poco que ver con el *pueblo insurgente* de 1848 y más con un nuevo movimiento obrero de masas capaz de gestionar y controlar la producción en un sentido solidario. Quizá lo de menos era que el socialismo alemán siguiera partiendo de la famosa *cuestión social*; lo de más era que por ese medio se hacía imposible *pensar* una revolución en sentido socialista.

---

<sup>50</sup> Para Liebknecht, «entre socialismo y comunismo no hay según la concepción moderna ninguna oposición, ni ninguna diferencia. El socialismo moderno quiere superar el sistema actual del salario y con ello la propiedad privada de los medios del trabajo. Pero eso es lo mismo que el comunismo», Congreso de Gotha, *Acta*, p. 39. Por la misma época Bebel sostenía una opinión semejante: «No hay ningún sistema de la sociedad socialista o comunista, que son idénticas», en Bebel. A., *Schriften...*, ed. por C. Stephan, T. I, p. 101.

## El decreto antisocialista

Para pesadumbre de Marx el desarrollo del movimiento obrero no iba en la vía del comunismo, sino en la del anarquismo, o según la terminología de la época, de la *propaganda por el hecho*. La cuestión era la siguiente: aunque ni Marx ni Engels simpatizaran con los anarquistas, tenían que reconocer que en ocasiones la dureza de la represión y la increíble cerrazón del despotismo no permitían utilizar otros medios. Según palabras del propio Engels en 1879: «En Rusia, el asesinato político es el único medio que tienen los individuos inteligentes, decentes y de carácter fuerte, para defenderse contra los agentes de un despotismo sin igual».<sup>51</sup> Otra cosa es que esas acciones fueran utilizadas por los poderes existentes contra el partido socialdemócrata en Alemania. En Europa contra la Internacional y el propio Marx.

Según la lógica de la reacción, tan patente en los discursos de defensa de la ley de excepción, era posible y hasta probable que los autores de los atentados nada tuvieran que ver con las organizaciones socialistas, pero existía una relación «teórica», dado que «en todo movimiento las tendencias extremas... se imponen sobre las más moderadas y éstas no pueden mantenerse frente a aquéllas».<sup>52</sup> Y por más que Marx, irritado, protestase contra la identificación entre un movimiento real de la clase obrera y un testimonio de rebeldía de «jóvenes sin salida» lo cierto es que la lógica del poder simplifica siempre estos matices, metiendo a todo el mundo en el mismo saco, y obligándolos a contradistinguirse.

De ese modo, el distanciamiento frente a las «aventuras» anarquistas, el miedo a ser confundidos con ellos y a ser responsabilizados de sus actos, la necesidad de combar el palo para el otro lado, para diferenciarse todavía más de aquéllos a los que el poder los une, se convierte en obsesión de la estrategia socialdemócrata, constantemente hecha responsable con las medidas de represión consiguientes de actos que condena.

Y aunque Marx intentara en todo momento dar la vuelta a esa lógica de la represión, señalando que el problema de la violencia no es un problema de éstos –los socialistas que agitan, aunque sea con fuerza,

<sup>51</sup> MEW, 19, p. 149.

<sup>52</sup> *Discurso del diputado Eulenburg*, citado según el resumen de Marx, MEW, 34, p. 497.

en el marco de la ley— sino de aquéllos —las fuerzas reaccionarias— que reaccionan con violencia, aunque sea con una violencia que tiene la forma de la legalidad contra un desarrollo pacífico, lo cierto es que la lógica del poder se impuso sobre la de la revolución, condenándola a la resistencia en el mejor de los casos y en el peor, al abandono; entre medias, a todas las posibles provocaciones y desmanes.

En sus *Notas* sobre los debates en el Parlamento a propósito de la ley, Marx señala: «Lo que Eulenburg predica es la *reacción violenta* por parte de los que tienen el poder contra el *desarrollo que se encuentra* en una “etapa pacífica” y precisamente para evitar conflictos “violentos” más tarde *por parte de las clases emergentes* de la sociedad; grito de combate de la contrarrevolución violenta contra un desarrollo fácticamente pacífico. De hecho el Gobierno persigue eliminar por la violencia un desarrollo que le desagrada pero que *legalmente* no puede parar. Esta es la introducción necesaria de las revoluciones violentas: una vieja historia que se repite siempre de nuevo (ídem, p. 499)».

En Marx, como en Engels, persiste la confianza en que la exacerbación de las contradicciones conducirá a la revolución, porque impedirá cualquier otro camino, pero a la vez olvidan aquella otra cara de la política de Bismarck, a saber, que la desestructuración política no solo usaba de la represión, sino que recurría también a la integración de lo integrable, transformando en impotencia de los trabajadores el exceso de poder del enemigo.

En el fondo, una confianza excesiva en que el camino de la reacción, como el de la revolución, solo va en un determinado sentido como confirma el optimismo inquebrantable de Engels: «La agitación legal —dice— llevaba a algunos a creer que era necesario hacer más para conseguir el triunfo final del proletariado. En un país tan pobre como Alemania, tan pobre en tradiciones revolucionarias, eso podía ser peligroso. Felizmente, la brutal acción de Bismarck y la cobardía de la burguesía alemana que lo sostiene han cambiado las cosas. Los trabajadores alemanes han aprendido el valor de las libertades constitucionales en el momento en que el proletariado se ha permitido tomárselas en serio y hacer uso de ellas, para combatir el dominio capitalista. Si éste tenía todavía alguna ilusión al respecto, el amigo Bismarck las ha destruido sin



retorno posible». Y Engels termina, «obliga al proletariado alemán a tomar el camino revolucionario» cosa que éste hará sin ninguna duda». <sup>53</sup>

Perder las ilusiones, concienciarse, ése es el primer paso de la revolución. El problema está en que las ilusiones no pueden perderse de una vez por todas, en la medida en que las instancias que las generan siguen existiendo y siguen regulando, normalizando, socializando los comportamientos sociales, de modo que la retórica de la negación es verificada por la represión, pero al contrario la fuerza ilusoria es tomada por fuerza real. De alguna manera se reproduce aquel increíble desastre de la burguesía que tomó por poder real, la apariencia de poder que le dejaban. La dureza del poder político bismarckiano y del bloque que lo sustentaba se refleja así en una conjunción inimaginable de integración y represión, combinadas de mil maneras en el tiempo y en el espacio, que iba a marcar desde este momento la estrategia de la socialdemocracia.

---

<sup>53</sup> MEW, 19, pp. 148-149.

# Das Socialistengesetz.



Puttkamer: Der Reichstag bewilligt leider nur diese kurze Verlängerung.

Sozialdemokrat. Bei einigem guten Willen aber immerhin lang genug, um meine gänzliche Befreiung vorzubereiten.

Ampliación de la Ley antisocialista (Sozialistengesetz).  
Del *Kladderadatsch*, 2 de enero de 1888.



## Segunda parte

# La invención del marxismo

A partir de los años sesenta del siglo pasado, el problema crucial de la socialdemocracia alemana era el de cómo conseguir una transformación social por una vía radical que no implicara el uso de la violencia, dado que las condiciones imperantes hacían prever en ese caso un aumento brutal de la represión. E incluso cabía pensar que cualquier intentona sería rápidamente rentabilizada por el poder, en perjuicio de los mismos socialistas, mientras que el aumento constante de los votos del partido socialdemócrata en condiciones de casi ilegalidad alimentaba la esperanza de una transformación gradual y pacífica.

El drama de la socialdemocracia consistió sin embargo en que la discusión de las cuestiones táctico-estratégicas que tal transición traía aparejada quedaron bloqueadas por la existencia de una fuerte represión política con su consiguiente simplificación, pues la fuerza intrínseca del movimiento parecía ser suficiente, como lo demostraba *a negativo* la virulencia de la represión de que era objeto.

Toda la cuestión parecía limitarse a aumentar y reforzar la resistencia frente al poder opresor, constatando la capacidad del partido para aglutinar las diversas formas de oposición al sistema; e ilusionándose con la esperanza de que el final del periodo de excepción y de la era Bismarck traería *por sí misma* el triunfo de la revolución. Esta situación aumentaba la creencia en la espontaneidad del proceso, quizá como la contraimagen de la propia impotencia.

En el periodo de excepción la situación se hizo más confusa. Es el periodo en que Kautsky, de acuerdo con Bebel y con el ala radical del partido, efectuó bajo la atenta mirada de Engels un estudio en profundidad de los textos de los maestros en una línea precisa: definir el marxismo como un cuerpo teórico doctrinal coherente y alternativo frente a las confusas posiciones del ala opuesta que, en una concepción muy poco materialista por cierto, se suponía que eran proclives al parlamentarismo y al compromiso político, por faltarles una teoría coherente. Ese marxismo logrará explicar por otra parte la paradoja vivida de su propia situación, constantemente lanzados entre la marginación y la integración.

En suma, lo que Kautsky logró codificar como *marxismo* es un sistema doctrinal que explica la necesidad de una situación represiva, que es consustancial a la oposición de clases en la sociedad moderna, pero facilita la supervivencia al prever *con la seguridad de la ciencia* la victoria final de los dominados. Al explicar por qué es necesario que estén reprimidos, explica también que por ello mismo les pertenece la victoria. El elemento de engarce entre ambos aspectos, formalmente dialéctico pero muy poco reflexionado, o si se prefiere más intuitivo que reflexivo, viene dado por la conciencia de que a partir de ciertos límites no se puede ir a peor. En último término, por una concepción, en cierta forma racionalista, de la historia humana, que funciona como garantía de la victoria y está entroncada con ancestrales concepciones de tipo religioso.

Con su *concepción materialista de la historia* Kautsky elaboró pues la teoría que mejor se ajustaba a ese proceso. Ninguna duda sobre la objetividad de la historia, cuyo desarrollo pasa por encima de las cabezas de los hombres que la hacen y la sufren. La ciencia, pensaba él, capta ese proceso con exactitud, o al menos con toda la precisión humanamente posible, y esa ciencia era justamente *el marxismo*, o ciencia de la historia. De ese modo Kautsky cerraba teóricamente un círculo que lo estaba políticamente por el carácter monolítico del poder político. De modo que la teoría lograba explicar aquella situación, pero no porque la proletarianización de los segmentos intermedios de la sociedad los hubiera convertido en miembros de una clase obrera homogénea, enfrentada en bloque al viejo sistema, sino porque la cerrazón y la dureza de la política gubernativa desvalorizaba toda diferencia, homogeneizando el cuerpo social a pesar de sus diferencias en una sola oposición política frontal.

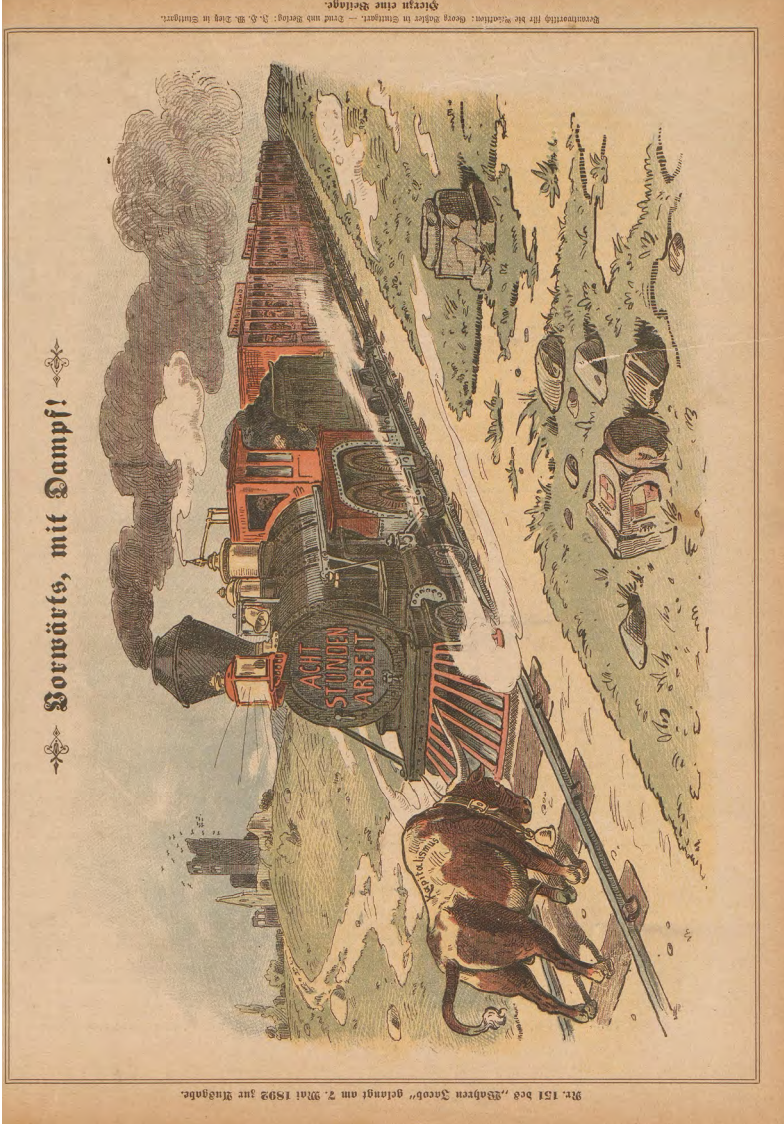
Así en la teoría marxista de Kautsky y en su comprensión de la *inevitabilidad del socialismo* resultó amalgamado el olvido de la distancia entre lo social y lo político, con una confianza exagerada en los avances del movimiento o del partido y una desconfianza excesiva, aunque comprensible, en la capacidad de adaptación del sistema. Del mismo modo que «emancipación de la clase obrera» había sido traducido por la socialdemocracia como equivalente a «socialismo», seña de una nueva identidad entre sociedad y Estado, la necesidad marxiana de expropiación de los expropiadores fue traducida en términos negativos como inevitabilidad del socialismo. Con eso, casi siguiendo las mismas fórmulas marxianas, solo que al revés, Kautsky construyó una teoría que en sí misma es legitimadora de la inactividad revolucionaria, lo más lejano posible de la posición originaria de Marx y Engels.

Resulta sin embargo estremecedor cómo esta transformación tuvo lugar ateniéndose casi escrupulosamente a la letra de lo dicho por ellos, exagerando quizás algunas de sus concepciones, pero sin romper con las viejas tesis. Solo eso explica que Engels, que fue copartícipe del invento, lo patrocinara y alentara.

El marxismo así constituido se transformó en «socialismo científico», un híbrido que no implica distanciamiento alguno de teorías utópicas de transformación social, aunque aparezca como modelo científico. En un increíble juego de prestidigitación teórica, Kautsky fue capaz de ofrecer las palabras que justificaban la propia impotencia, pues su discurso explicaba el presente de un modo plausible y garantizaba el futuro en nombre de la ciencia. En el ambiente científicista del XIX, esa fue una garantía nada despreciable de su éxito.



— ♦ —  
**Vorwärts, mit Dampf!**  
— ♦ —



«¡Adelante a toda máquina!». El progreso no se para.  
*Der Wahre Jacob*, 1892.

## Capítulo 5

# El debate teórico en la prensa socialista

### **El discurso socialista de la socialdemocracia unificada**

La situación teórica del SAPD, es decir del nuevo Partido Socialista surgido del Congreso de unidad de Gotha (1875), era cuando menos difícil. Ya hemos visto el *eclecticismo* de sus proclamas socialistas o, cuando menos, las difusas fronteras entre los diferentes elementos teóricos que constituían su discurso. Situación que cambiará radicalmente en los años siguientes con la elaboración de un discurso propio, autodenominado (y codificado) como marxismo y sancionado con la autoridad de Engels.

Tampoco hay que olvidar la creciente demanda de ideología que trajo consigo la creación de los nuevos colectivos políticos en el siglo XIX. Se trata de un proceso en el que la prensa cumplió un papel decisivo, como vehículo de comunicación entre organizaciones aisladas y en cuanto elemento formador de un bagaje teórico o de un cuerpo doctrinal, patrimonio del conjunto del movimiento. De ahí la importancia que tuvieron en toda la etapa los artículos y las discusiones teóricas.

De hecho, la unidad entre las dos organizaciones no había mejorado excesivamente la situación, pero había consagrado la existencia de un partido obrero independiente y relativamente numeroso, aunque en el aspecto teórico las diferentes corrientes siguieran vivas y actuantes. Con todo, su fuerza política despertó un gran interés por elaborar una doctrina positiva del socialismo, que sin duda era necesaria para aclarar ideológicamente la nueva formación y presupuesto indiscutible de una propaganda coherente y doctrinalmente asegurada que oponer a las críticas de sus contrincantes. Dado el papel relevante de la agitación y de la propaganda no parece exagerado decir que era una cuestión de



supervivencia. La vieja equiparación de Liebknecht entre democracia y socialismo no era ya suficiente.

El debate ideológico estaba ligado por lo demás a las discusiones sobre la línea política y a la lucha de facciones. Para Bebel la prensa debía seguir siendo un órgano teórico, aunque resultaba difícil por *la política de compromisos que había resultado de la unión*. Se imponía pues una cierta depuración doctrinal.

En su estudio sobre la prensa de la época, J. Höppner reproduce un artículo en el *Volksstaat* de 5 de noviembre de 1875 con el título «¿Qué es lo que necesitamos?» Respuesta: «Especialmente en lo que se refiere a la parte positiva, constructiva de nuestras reivindicaciones reinan todavía hoy las concepciones más contradictorias y a menudo los conceptos más nebulosos, incluso entre los camaradas».<sup>1</sup> La respuesta de Engels en el *Anti-Dühring* ofreció, sin duda, una elaboración teórica, pero la represión política en el periodo de excepción que cortó toda posibilidad de discusión pública de los problemas del socialismo, contribuyó a hacer de ella la única respuesta posible, transformándola en una doctrina excesivamente unilateral.

Los puntos de partida de los militantes, tanto de los que provenían de la *Asociación General de Trabajadores* (ADAV), simplificando *lassalleanos*, como los que venían del Partido Socialdemócrata (SDAP) o sea *eisenachianos* o *marxistas* no eran en lo teórico excesivamente diferentes, aunque Marx y Engels tendieran a supervalorar el marxismo de sus correligionarios. En su entrevista de 1878 antes citada, publicada en el periódico de Chicago, Marx insistía en que «en el momento de la Asamblea de Gotha de 1875 había una división en la socialdemocracia. Los seguidores de Lassalle formaban un ala; la otra estaba formada por aquéllos que en general habían aceptado el programa de la Internacional y que se llamaban el partido de Eisenach. El punto 12, –antes citado y relativo a las cooperativas de producción– no fue incorporado en el programa propiamente dicho, sino introducido como concesión a los lassalleanos en la introducción general. Después nunca se volvió a hablar de él (*op. cit.*, p. 436)».

---

<sup>1</sup> Höppner, J., *Engels Anti-Dühring...*, *op. cit.*, p. 183. Para el autor el cap. 3 del *Anti-Dühring* colmó esa laguna, explicando lo que era el socialismo «sin prejuicios ni ilusiones».

Después de lo dicho no es necesario añadir que esta defensa por Marx de *los suyos* probablemente se deba a un intento de evitar malentendidos y de salir al paso de posibles críticas al Programa, una vez que éste ya había sido aceptado y el partido se estaba consolidando. O al menos eso cabría pensar dada la crítica interna antes mencionada, pues comparando sus manifestaciones públicas con las privadas es difícil creer que confiara excesivamente en el *marxismo* de sus correligionarios, que se limitaba a los supuestos básicos de la Internacional. Otra cosa era la necesidad de aparecer ante la opinión pública como un bloque unido frente al enemigo, cosa tremendamente importante en la lucha política o frente a posibles insidias de la otra parte.

En cuanto a su formación teórica una facción y otra se diferenciaban poco. Ambas tenían una base común que se remontaba al socialismo utópico: Saint-Simon, Fourier, en menor medida Owen y la tradición inglesa. Se añadía Lassalle, especialmente su concepción de la historia y la misión histórica de la clase obrera en la nueva época. Esa concepción del papel de la clase obrera está extraordinariamente extendida en la organización y es especialmente visible en Bebel, siendo un elemento fundamental, con sus distintas versiones y matices, de la concepción del mundo socialdemócrata. En Liebknecht, este elemento es menos perceptible, así como es menos sensible su concepción histórica o historicista, ya que su pensamiento entronca en mayor medida con las tradiciones teóricas revolucionarias burguesas de la primera mitad del siglo. Por ende, sus concepciones eran bastante refractarias al tipo de discurso teórico de *El Capital*, cuyo Tomo I no leyó en su momento para gran indignación de Marx, ni quizá posteriormente.<sup>2</sup>

A partir de los años setenta la lectura de los textos de Marx se superpuso a esa amalgama. En sus cartas de mitad de los sesenta, recién llegado a Berlín, Liebknecht constataba que los textos de Marx eran todavía poco conocidos. Él mismo solo disponía de algún ejemplar del *Manifiesto Comunista* que se pasaba de mano en mano, pero que era

<sup>2</sup> Como ya he señalado Liebknecht tenía gran interés por la Revolución francesa, a la que quería dedicar un estudio, que, como otras tantas cosas, se quedará en proyecto. Ver sobre ello las cartas a Hirsch en *Liebk. Corresp. Soziald.*, T. I, pp. 590 y ss. En carta a Engels, Marx se queja de él: «No debe haber leído nada del libro. Su eslogan es: enseñar, pero no aprender», 25 de enero de 1868, MEW, 32, p. 24. Igualmente *Corresp. M.-E./L.*, pp. 85 y ss.

completamente insuficiente para las necesidades de la propaganda. En las condiciones represivas existentes era imposible pensar en una reedición, aunque hacía falta urgentemente material teórico.<sup>3</sup> En cuanto a Bebel en su escrito *Nuestros objetivos* (1869) recomienda leer a Marx, Engels, Eccarius y Lassalle, a los que atribuye una importancia innegable. En su carta a Engels de mayo de 1873, Bebel insiste en que «no debe olvidar que los escritos de Lasalle, y eso no se puede negar, constituyen de hecho, por su lenguaje popular, la base de las concepciones socialistas de las masas».<sup>4</sup>

La misma necesidad de textos se había producido en la *Asociación General* (ADAV). En sus congresos son frecuentes las peticiones para reeditar en colecciones asequibles los escritos más importantes de Lassalle. También se advierte a finales del decenio una fuerte recepción de *El Capital*. No solo von Schweitzer le dedica unas reseñas, sino que hay citas y referencias a la obra de Marx en los congresos siguientes, insistiendo en la importancia de su teoría económica y en el análisis de la plusvalía que se convierte en elemento importante del discurso «obrero» de esta formación.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> En carta de 30 de agosto de 1865 Liebknecht propone a Engels volver a publicar su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. «Los trabajadores –le dice– están deseosos y tú y Marx les tenéis que mostrar qué tipo de tíos sois, comparados con los “falsos profetas” y “plagiarios” [Lassalle]». Ídem, p. 62.

<sup>4</sup> *Corresp. E./B.*, *op. cit.*, p. 15. Según Eckert, G., «no hay ninguna duda de que Liebknecht solo puede ser llamado “marxista” con muchas condiciones, que Bracke, con toda su veneración por Marx, estaba también influido por otras corrientes espirituales y filosóficas, que Dietzgen, uno de los pensadores más fuertes del partido, tuvo muy poca influencia y que sobre todo Bebel no encontró tiempo ni ganas para meterse de lleno en la obra de Marx hasta el periodo de su detención en Hubertusburg», *Arbeiterbewegung...*, *op. cit.*, p. 46. Ver también el testimonio de Kautsky en la correspondencia con Engels: «Nuestro socialismo era ecléctico», *F. Engels Briefwechsel mit K. Kautsky*, ed. por B. Kautsky, Viena, 1955, p. 3.

<sup>5</sup> La influencia de *El Capital* en el movimiento socialdemócrata alemán ha sido uno de los puntos más conflictivos entre los historiadores de la República Federal Alemana y de la antigua República Democrática. Los primeros tienden a minimizar esta influencia, señalando que el libro fue muy poco leído en amplios círculos obreros. Ver esp. Steinberg, H. J., *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie*, Berlín-Bonn, Dietz Nachf., 1979, 5ª ed., para quien «la idea de que *El Capital* de Marx había sido recibido por la clase trabajadora socialdemócrata y lo había entendido es totalmente absurda», p. 21. Los segundos tienden a sobrevalorarlo de modo que aunque realmente el número de ejemplares vendidos (1.000 en algo más de tres años) o prestados en las bibliotecas públicas no fuera muy alto, su influencia indirecta, especialmente en cuanto a que

En contraposición a aquel discurso incipientemente obrerista, el marxismo de los eisenachianos se caracteriza no tanto por la importancia concedida al aspecto económico de la teoría de Marx, en especial a la teoría de la plusvalía, cuanto por la imbricación entre revolución política y transformación social, apoyada en la historicidad de las formaciones sociales. Según el historiador italiano Ernesto Ragionieri: «Como concepto difuso, a finales de los años sesenta, el marxismo significa conciencia del carácter históricamente determinado de la economía capitalista y de la formación en su seno de una tendencia antagonista destinada a saltar en dirección del socialismo, conciencia de la función decisiva de la clase obrera en este proceso y voluntad de manifestar esta tendencia en el terreno político».<sup>6</sup> En suma, una concepción más cercana a las posiciones de principio de la Internacional que al entramado teórico-económico de *El Capital*.

Entre los socialdemócratas alemanes la difusión de la magna obra de Marx, aunque se había visto favorecida por la 2ª edición de 1872, chocaba con dificultades de tipo técnico debido al lenguaje y a la temática tratada. En la *Asociación General* (ADAV), la recepción se había visto interrumpida por las polémicas en la Internacional. Pero el problema de fondo era la incapacidad para leer y digerir una obra de tal envergadura. *Es una obra muy buena, pero difícil*, dice Kugelmann en

---

proporcionaba nuevos términos y conceptos necesarios para la lucha obrera, habría sido definitiva. Ver esp. la ingente cantidad de datos aportados por Dlubek, R. y Skambraks, H., «Der Einfluss des Kapitals von Karl Marx auf die deutsche Arbeiterbewegung, 1867-1878», en BzG, 9, 1967, pp. 216-35 y 414-440. Igualmente, ídem, «*Das Kapital* von K. Marx in der deutschen Arbeiterbewegung, 1867-1878, Berlín, 1967; Herrmann, U., «Um die Durchsetzung des Marxismus in der deutschen Arbeiterbewegung 1869 bis 1878», en BzG, 25, 1983, pp. 352 y ss. C. Stephahn adopta una posición más matizada y señala que «el marxismo era una especie de punto de referencia para las dos organizaciones obreras, que afectaba a la fundamentación posterior de su política», *Genossen...*, *op. cit.*, p. 58, 163 y ss. Casi inmediatamente después de la publicación, el propio Marx se había dado cuenta de que von Schweitzer, el presidente de la *Asociación General* (ADAV) había leído el libro y lo valoraba positivamente contraponiéndolo a la pereza de Liebknecht que no encontraba tiempo para ello. «Sean los que sean los motivos secundarios del Schweitzer una cosa debe reconocersele: aunque aquí y allá comete alguna falta, se ha empollado el asunto y sabe dónde están los puntos capitales. Esta “consciencia reprochable” es aún así más útil que la “consciencia honrada” de un Heinzen o la “consciencia noble” de un Guillermito [Liebknecht]», carta a Engels, 23 de marzo de 1868, MEW, 32, p. 50.

<sup>6</sup> Ragionieri, E., *Il marxismo e la I Internazionale*, p. 36.

la correspondencia. A la complejidad del tema, se añade que el primer tomo constituye solo una parte de la *base científica de la nueva organización social*, ya que la obra está inacabada. Kugelmann sugirió incluso que se remunerara económicamente a Marx para que pudiera terminar su obra, sin darse cuenta que a éste, que tenía conciencia de los enormes problemas prácticos y de tiempo que supone la elaboración teórica, esa insistencia —además luego para no leerlo— le irritaba todavía más.<sup>7</sup>

En una versión bastante cercana a lo que será posteriormente el *marxismo*, Kugelmann destaca como resultado de su lectura la importancia de la relación que se establece «entre las épocas históricas y culturales y su substrato material»; eso permitiría colmar la necesidad de totalización, que es fundamental para la orientación práctica (política), pero difícil para la ciencia. El intento de Engels (posteriormente de Kautsky) de ofrecer una teoría de la Historia globalizadora se inscribe en el mismo proyecto.

Análogo punto de vista se encuentra en la lectura de Bracke. Según él Marx muestra cómo «con la *expropiación de los expropiadores*, la división injusta de la sociedad capitalista será eliminada y se producirá la *emancipación de la clase trabajadora*, es decir, podrá organizarse aquella gran comunidad productiva de la que hablaba Lassalle (*Der Lassall'esche Vorschlag*, p. 63)». *Emancipación de los trabajadores* significa pues en la conciencia de la época organizar una gran comunidad productiva que bien podría resultar amparada por el Estado.

Dada esa confusión no es extraño que Bebel pidiera insistentemente a Marx, que explicara sus diferencias *de principio* con Lassalle que, para él no eran, ni mucho menos, evidentes. Más bien al contrario, tenía muy claras las diferencias tácticas y prácticas; mucho menos las teóricas. No obstante no es cierto, como señala E. Matthias, que «el socialismo significara fundamentalmente tanto para unos como para otros (ADAV y SDAP) no más que la progresiva democratización del Estado con los medios propios de la democracia burguesa: ilustración popular

<sup>7</sup> Kugelmann, conecedor de la penuria económica de Marx, le plantea a J. Ph. Becker que recauden un fondo para asegurarle una mínima remuneración económica. «En la sociedad burguesa domina el capital, las mercancías, la cosa; el hombre es algo secundario; guardémosnos, pues, igual que de las otras idolatrías de adorar “a la idea” sin reconocer el servicio de aquellos que *crearon la idea...*». *Die Erste Internationale...*, *op. cit.*, p. 162. Carta de L. Kugelmann a K. Marx, 29 de septiembre de 1867, en *idem*, p. 175.

y obtención de una mayoría socialdemócrata en el Parlamento».<sup>8</sup> Si es que es verdad, solo lo es a partir de los noventa y condicionadamente. En los sesenta, setenta y ochenta, los grupos *socialistas* se caracterizaban precisamente porque defendían la lucha social y política, como único medio para conseguir sus reivindicaciones: ya sea en la forma de una «lucha de clases» económica y política contra la burguesía, ya sea en la forma de una revolución socialista-democrática.

Urgía sin embargo clarificar los objetivos. En una carta a Bernstein escrita desde la cárcel Bebel insistía en la necesidad de esbozar en un nuevo programa *todo el Estado socialista en su desarrollo lógico desde su base*; lo difícil proviene de que un tal esbozo debe ir unido a una fundamentación teórica más o menos rigurosa, pues en último término «todo el mundo, tanto los amigos como los enemigos, quieren saber de una vez cómo pensamos que quede la cosa resuelta (se supone que la *cuestión social*)».<sup>9</sup> En la misma carta le pide la obra de Dühring –Bernstein era un dühringiano entusiasta– y no parece compartir la misma manía de Marx, Engels y Liebknecht.

Esto demuestra la debilidad teórica de los socialdemócratas de la época y hasta qué punto se había vuelto imperiosa la necesidad de reforzar sus puntos de vista. Marx nunca pudo comprender la reiterada unilateralidad de los análisis de sus compañeros, que achacaba a su *falta de dialéctica*, es decir, a su incapacidad para ver diferentes ángulos de un mismo problema sin que el análisis destruya la unidad de lo real disgregándolo en múltiples elementos inconexos, y sin que la parcialidad del punto de vista propio impida comprender la multiplicidad de los aspectos.<sup>10</sup>

Baste quizá con analizar la prensa de estos años. El tono y las polémicas en el *Estado del Pueblo* (*Volksstaat*, 1869-1876) y en el *Adelante* (*Vonwärts*, 1876-77) son muy diferentes de las posteriores de los años ochenta y noventa, en *El Socialdemócrata* (*Der Sozialdemokrat*) y, especialmente, en *La Nueva Época* (*Die Neue Zeit*, 1882-1915). El director

<sup>8</sup> «Kautsky und der Kautskyanismus. Die Funktion der Ideologie in der deutschen Sozialdemokratie vor dem ersten Weltkriege», *Marxismus-Studien*, Tubinga, 1957, Bd. 11, p. 155.

<sup>9</sup> Carta de 18 de agosto de 1874. Bebel, A., *op. cit.*, p. 592.

<sup>10</sup> Carta de Marx a Engels de 17 de agosto de 1870. «La falta de dialéctica de toda esta gente salta a cada palabra», MEW, 33, p. 44.

de aquellas primeras publicaciones era Liebknecht, quien con anterioridad había dirigido un semanario democrático-radical, el *Semanario Democrático* (*Demokratisches Wochenblatt*, 1868-1869), de tendencia socializante pero poco definido.<sup>11</sup> No muy diferente iba a ser la posición del *Estado del Pueblo*. Su socialismo se define por defender una organización socio-política general de la economía en un Estado (futuro) que no será ya un Estado de clase. Por socialismo se entiende pues *gestión general* de la economía, en cierta medida estatal, lo que replantea el problema de la ayuda del Estado y las diferencias y concomitancias con la economía política alemana.

Así en un artículo de título tan emblemático como «El Estado como empresario», se dice: «Solo cuando los trabajadores en su gran mayoría hayan comprendido esto (que los sindicatos y los partidos socialdemócratas son la única salida para el obrero que no quiere más miseria), el Estado será el empresario, y precisamente el *único* empresario, pero ese Estado no será un Estado de clase sino el Estado popular libre, socialista» (*Volksstaat*, núm. 49, 30 de marzo de 1875). La idea de socialismo reposa así tanto en Bebel como en Liebknecht, en la supuesta unidad de la sociedad o del «pueblo», cuya actualización es constantemente impedida por la represión gubernamental. A su vez el Estado represivo no es más que la expresión de una minoría, que se opone con tenacidad a la gran mayoría nucleada en torno a la socialdemocracia.

Tras la unificación el periódico del nuevo partido, el *Vorwärts* seguirá una tónica parecida de exaltación de un socialismo genérico. En su primer editorial se lee: «*Vorwärts* (Adelante) es un grito de lucha, pero nuestra lucha no exige ningún sacrificio sangriento, es la lucha por una idea sagrada y se libra con las armas del espíritu, del convencimiento y del derecho... Adelante, caminantes... os espera la mejor recompensa: el país de la libertad, la igualdad y la fraternidad». O más adelante: «Solo exigimos que las masas trabajadoras se hagan cargo del principio del socialismo, que la luz de la Ilustración las alumbró cada vez más y así

<sup>11</sup> En el Congreso de Eisenach (1869), Liebknecht se había visto obligado a defender el carácter «socialista» de su semanario frente a las críticas de algunos sectores procedentes de la Asociación General (ADAV). «Nuestro periódico —dice— ha sido tan socialista radical como el órgano de aquél partido (el ADAV) no lo será jamás», pero ese «socialismo» se inscribe en el carácter democrático social que hemos visto antes, y enlaza con el pretendido socialismo del Partido del Pueblo. *Acta, op. cit.*, p. 53.

genere hombres conscientes, esclarecidos, que no se asusten ante el difícil camino para resolver los problemas. Así toda la humanidad, apoyada en el conocimiento de las masas, tomará ese camino y el antiguo mundo caerá en ruinas» (núm. de prueba y núm. 39, 31 de diciembre de 1876).

A tono con esas premisas el periódico delinea desde finales de los setenta su postura teórica en defensa del socialismo frente a dos enemigos, presuntos o reales: aquéllos que critican la excesiva entrega a las campañas electorales o a las tareas parlamentarias y aquéllos otros que tildan a los socialistas de «utópicos». Frente a los primeros, se insiste en la importancia práctica y en las ventajas que reporta participar en las elecciones, se recomienda aumentar los votos y conseguir mayor representación parlamentaria, esforzarse en controlar las elecciones, etc. Frente a los segundos, se dice que el socialismo tiene carácter científico, pues no es «ningún aborto de cerebros enfermos —en ese caso la cuestión social se resolvería sencillamente con un par de celdas en los manicomios— sino una difícil ciencia, cuyo estudio exige mucha aplicación y no se puede aprobar «en el banco de la cervecería».<sup>12</sup>

Pero precisamente porque el *socialismo es científico* todo aquél que lo estudie honradamente tendrá que dejarse convencer. Se aduce como prueba a los *socialistas de cátedra* con los que se entabla una larga y pausada polémica que toma a Schäßle o a Brentano como ejemplos paradigmáticos, ya que siendo como son enemigos prácticos del socialismo, teóricamente se ven obligados a reconocer su «plausibilidad». De ese modo la confianza en la ciencia repercute en la confianza en la revolución, que no es más que «un cambio importante en el entendimiento de grandes masas populares que lleva a cambios constitucionales, se acompañen o no de fenómenos violentos; en épocas de verdaderas revoluciones, de una multiplicidad de individuos surge una única persona con un espíritu, con una voluntad» (núm. 24, 25 de febrero de

---

<sup>12</sup> Editoriales, núm. 39 de 1 de abril de 1877 y núm. 12 de 27 de octubre de 1876. La discusión entre «reformismo» (parlamentarismo) y «utopistería» debía estar bastante extendida en el partido como demuestra el que en el Congreso de Gotha de 1877, A. Geib salga al paso de la crítica de Most al lenguaje conciliador de muchos socialistas en las campañas electorales, acusándole a él y a Bebel de dibujar hermosos cuadros del futuro que no son más que utopías, tanto en lo que se refiere al papel de las mujeres, las famosas «amas de casa» de Bebel, como a los romanticismos de Most y su confianza en las «campesinas». *Acta del Congreso, op. cit.*, pp. 78 y ss.



1877) y por eso mismo, la revolución, esa imponente transformación socio-política en que están instalados, es inevitable. De nuevo la tesis, que encontraremos tantas veces, según la cual, las condiciones socialistas están dadas, lo único que falta es actualizarlas por medio de la política, reproducida y ampliada a la teoría: las condiciones están maduras para el socialismo, solo falta la tarea de la ilustración.

El que los *socialistas de cátedra* tengan que reconocer mal que les pese la verdad de las teorías socialistas funciona así como argumento contrafáctico de la verdad de la teoría, auspiciando un debate de clarificación de posiciones, que permita distinguir los *socialistas auténticos* de sus enemigos camuflados. En el artículo «Socialismo de cátedra y verdadero socialismo» se encuentran frases como ésta: «Desde el punto de vista psicológico hay dos tipos de socialistas. Unos pertenecen a la clase oprimida misma y actúan en muy legítima defensa de sus intereses egoístas, cuando intentan cambiar las relaciones sociales que provocan esa opresión; los otros personalmente tienen menos motivos de sufrimiento en la situación existente, pero están llenos de espíritu de justicia, están movidos por el fuerte impulso a proteger a los débiles contra los fuertes» (núm. 20 y 21, de 16 y 18 de febrero de 1877). Este impulso, prosigue el autor, no puede satisfacerse nunca por una equiparación más o menos legal o económica sino por la consecución de la justicia. Ahora bien, es evidente que para el articulista, obreros e intelectuales «auténticamente socialistas» agotan esos dos tipos de defensores del socialismo, mientras que aquéllos que solo sienten compasión por los desgraciados pero les falta toda concepción de la justicia social —entre otros, los socialistas de cátedra— pueden como mucho ser filántropos, pero en ningún caso socialistas de veras.

Mientras que los socialistas de cátedra se conmueven ante la miseria y consideran que es conveniente erradicarla, los socialdemócratas, se conmuevan o no, reconocen en la cuestión social a la cuestión obrera, es decir saben que no se trata de un problema de compasión y de mejora de la miseria, sino de entender que esa miseria es elemento constitutivo de la creación de riqueza en un determinado sistema económico; pero la eliminación del sistema mismo es vista como un objetivo ético, lo que permite seguir hablando el mismo lenguaje de denuncia ética y de racionalidad general que la otra parte. En los años siguientes ese

equivoco se mantendrá, aumentando la confusión en torno al famoso *socialismo de Estado*.

De momento hay una buena muestra de esa polémica, que abarcó varios meses de 1878, en los artículos de Schramm contra *La quincuagesencia del socialismo* de Schäffle, en el trabajo de Dietzgen contra Caberla, en las tres entregas de H. Levy titulados *Sobre la controversia en torno a la teoría socialista del valor*, y en el texto de Stiebeling con un título parecido (*Sobre la teoría socialista del valor*), amén de algunos editoriales y otros artículos. El núcleo del debate consiste en defender la doctrina marxiana del valor frente a los ataques de los socialistas de cátedra, a la vez que se la presenta como fundamento económico del socialismo, sin que quede reducido a una teoría económica pues implica una concepción mucho más compleja del conjunto de la organización social.

A pesar de su pluralidad y de que sus autores no solo disienten con los socialistas de cátedra sino también entre ellos, todos esos trabajos se centran en la teoría del valor, a la que se interpreta en el sentido genéricamente socialista según el cual el trabajo es la única fuente de riqueza y el beneficio es un robo. Los economistas socialistas defienden que el trabajo es la única fuente de valor, pero confunden valor con riqueza. Esquemáticamente, podría decirse que el problema radica en que identifican *riqueza* (o contenido material de la riqueza como conjunto de bienes) y *valor* (o forma-valor, es decir el hecho de que sea resultado de trabajo humano), como si todos los bienes que existen en el universo fueran resultado de trabajo humano que se hubiera realizado a partir de una inversión inicial. En una especie de optimismo intelectual sin precedentes, parecen pensar que cualquier economista serio y neutral, que analice los desajustes de la sociedad de su tiempo y que se preocupe por los problemas económicos deberá convertirse en socialista.

La defensa de las tesis económicas de Marx, equivale pues, a la defensa de la plausibilidad de una organización cooperativa del trabajo humano, convertido como ya sabemos en fuente de toda riqueza, de su no imposibilidad teórica por vía económica y, por tanto, de su posibilidad práctica.

Así en su conjunto los editoriales de la prensa socialista, aunque son críticos con los llamados *socialistas de Estado*, les saludan como correccionarios, pues también ellos defienden el paso de la propiedad privada

a la propiedad social. Pero eluden el problema de fondo, es decir rehúyen la tesis de *El Capital*, según la cual en el sistema capitalista «hay y no hay robo», pues no lo hay en el marco del sistema y según las leyes de intercambio que en él rigen. Sí lo hay, en cuanto que es precisamente a través de esta estructuración cómo determinados sectores sociales (clases explotadoras) se apropian de la capacidad productiva ajena y no solo de su resultado, el conjunto de la riqueza producida. Ahora bien, para Marx, este sistema no representa el fin de la historia, sino que se puede cambiar. E incluso es más, su propia ley de reproducción exige aquel cambio, siendo el engarce de ambos aspectos en un discurso meta-teórico la clave de comprensión del discurso materialista sobre la historia. Mientras que, para el *Vonwärts*, aun siendo importante, la teoría del valor podría rebatirse sin que significara nada, pues el socialismo no se mide, viene a decir Liebknecht, por unos dogmas económicos sino por la exigencia de una sociedad libre, justa y solidaria.

### **Las posiciones éticas y jurídicas genéricamente socialistas**

En la prensa socialista de la época el tono de las polémicas era en general muy abierto y su socialismo muy poco dogmático, incluso impregnado de una cierta fraseología liberal. Como hemos visto el pretendido liberalismo de los eisenachianos había sido un elemento importante en la confrontación con la *Asociación General* (ADAV) que, aunque pertenecía al pasado, exigía cierto tacto en el tratamiento de las cuestiones más vidriosas. Se rechazaban los textos excesivamente puntillosos o agresivos, incluso textos considerados excesivamente teóricos, como el *Anti-Dühring* de Engels. E incluso en ocasiones como en el Congreso de Gotha (1877), esta crítica se reforzó con protestas contra los *intelectualoides* y aquellos *fabricantes de ideas* que pretendían otorgar sus doctrinas a los obreros. Surgió también una veta obrerista que utilizaba el *odio a los patronos* para atacar a aquellos militantes que gozaban de una situación burguesa o pequeño-burguesa.

De hecho será de esos *redactorzuelos* de donde surgirán los futuros intelectuales y teóricos del partido. De momento contaban entre ellos Wilhelm Bloss, Johan Most, Carl August Schramm... y a mayor altura o distancia Josef Dietzgen y Karl Kautsky. El primero, el periodista Wilhelm Bloss (1849-1927) había sido el encargado de redactar el

periódico mientras Liebknecht estuvo en la cárcel. En esa época Blos era muy joven y estaba lleno de respeto por los grandes del movimiento. Baste recordar su admiración por la figura de Marx, a quien había conocido brevemente en 1874 en uno de los viajes que éste hizo por Alemania. Durante toda su vida guardó de ese minúsculo momento un recuerdo imborrable. No compartía sin embargo la admiración respetuosa de Kautsky por la teoría de Marx, incluso, se habría permitido algún comentario hostil en 1883, en los actos celebrados con motivo de su muerte.

A los dos siguientes se deben dos series de artículos que en 1875 marcan el horizonte ideológico del socialismo de la época: una de Johan Most sobre *El trabajo*, que enlaza con su folleto divulgativo de *El Capital* de Marx, titulado *Capital y trabajo* y otra de Carl August Schramm sobre *Economía nacional*, en respuesta a un libro de Schäffle, publicado por las mismas fechas.

El autor de la primera serie, el futuro anarquista Johann Most (1846-1906) era a mitad de los setenta uno de los líderes más interesantes y polémicos de la joven socialdemocracia alemana. Nacido en 1846, como hijo natural de un pobre escribiente y de un ama de llaves, creció al amparo de una madrastra a la que odiaba y muy joven emprendió el camino de los aprendices de la época: largos años de vagabundaje por distintas comarcas y distintos países a la búsqueda de un empleo.<sup>13</sup> Encuadernador de oficio, entró muy joven en contacto con las organizaciones de la Primera Internacional y del movimiento obrero socialista, primero en Suiza y luego en Austria donde gozó de gran popularidad tras su proceso en Viena por alta traición (1860).

El socialismo de Most, de corte radical y revolucionario, era con todo algo primitivo. Excepto la instrucción primaria, que había recibido en la escuela pública –*a palos*– era un autodidacta, ávido lector de Lassalle –¡como no!– y de otros propagandistas de la época. En sus

---

<sup>13</sup> Según cuenta en sus *Memorias*, su padre, un personaje un tanto bohemio, al que le gustaba, como luego a su hijo, declamar y cantar, se había casado con su madre, cuando él ya contaba con dos años, siendo la irrisión del pueblo. La madre murió poco después y el padre se volvió a casar, dándole una madrastra que le atormentaba. Es también muy interesante el relato que Most hace de las condiciones «medievales» en que vivían y trabajaban los aprendices de la época, *Ein Sozialist in Deutschland*, ed. por D. Kühn, Múnich, 1974, pp. 9 y ss., 23 y ss.

largos periodos de cárcel —en sus cuarenta años de vida política algo más de diez— había ido completando su formación con textos de Marx, Dühring... y casi todo lo que caía en sus manos, que refundía y popularizaba con notable rapidez, sin ser capaz de ninguna elaboración teórica propia.

Como muchos de sus coetáneos, Most entendía por *socialismo* la resolución por vía política, revolucionaria (violenta) o reformista de la famosa *cuestión social*.<sup>14</sup> Habiendo sido condenado a varios años en el proceso por alta traición, fue amnistiado en 1871 por un nuevo Gobierno, del que formaba parte Schäffle, el economista y teórico social antes citado. Pero nada más salir de la cárcel, fue automáticamente expulsado de Austria, de modo que con poco más de veinte años y un nombre recaló en Leipzig, cerca de Bebel y Liebknecht. Allí se distinguió como uno de los mejores y más populares agitadores, redactor de prensa, animador en huelgas y en asociaciones obreras... lo que le valió gran número de procesos. Condenado de nuevo varias veces, entre otras cosas por su defensa de la Comuna y por haber publicado una antología de poemas proletarios fue elegido en 1874 por primera vez diputado en el Parlamento siendo reelegido tres años más tarde frente al dirigente de los sindicatos liberales, F. Duncker.

Durante esos años sus intervenciones en los congresos son exponente de un radicalismo socialista, no libre de cierta demagogia. En ausencia de Liebknecht, Most se encargó en uno de ellos, el Congreso de Dresde (1871), del discurso sobre la situación política, en el que incluyó una apasionada defensa de la Comuna. Aunque se trataba de un tema prohibido, como Bebel le hizo notar, hizo caso omiso de la prohibición con el aplauso de la gran mayoría de los delegados. Según consta en las *Actas*, la policía intervino mientras los delegados por unanimidad

---

<sup>14</sup> En su texto sobre la Comuna (1875) señala claramente: «La cuestión social no se puede eliminar, sino que hay que resolverla... depende de las clases dominantes cuál sea la solución, pues pueden escoger entre el camino de la reforma, que nosotros socialdemócratas querríamos ver iniciado y el camino de la revolución... El movimiento obrero no puede desaparecer, pues es un producto de la cuestión social», *Die Pariser Kommune vor den Berliner Gerichten*, Braunschweig, pp. 11 y ss. Igualmente en *Die Lösung...* (1877) Most pasa revista a distintas propuestas positivas que los socialistas han hecho para resolver la cuestión social, a la que califica de «cuestión humana general», arrancando en la Revolución francesa y pasando por el socialismo utópico, *op. cit.* p. 36. Igualmente *Ein Sozialist...*, *op. cit.*, p. 45.

redactaban una furiosa nota de protesta contra las actuaciones policia-les y una declaración de adhesión a la Internacional. Most terminó su hazaña en la cárcel.

En el congreso siguiente (Mainz, 1872), volvió a provocar un escándalo al atacar a Bismarck y la ley electoral. La policía intervino de nuevo, amenazando con clausurar la asamblea si no se dejaba de hablar de política, y exigiendo que los delegados se centraran en el orden del día. Al final del congreso Most fue detenido de nuevo, esta vez por incumplimiento de condena.

En las *Actas* se observa, sin embargo, que hubo fuertes polémicas en torno a los temas ideológicos. Pues lo que se pide son textos teóricos *populares* o divulgativos, no largas disquisiciones. Es en ese contexto, en el que hay que situar los artículos de Most, antes mencionados, sobre *El trabajo y la Economía nacional*, así como su obra más extensa *Capital y trabajo*. En ellos el autor analiza el trabajo como una actividad socialmente útil, «por medio de la cual se producen aquellas cosas de diverso tipo que sirven para satisfacer necesidades reconocidas socialmente». Ese análisis tan alejado de la mitificación de Liebknecht, le enfrenta, sin embargo, con el problema de qué sea *trabajo productivo*, al que define como «aquél que contribuye al mantenimiento, ampliación, producción o reparto (es decir hacerlos accesibles al consumo) de aquellos bienes materiales o espirituales que son indicados para mantener o ampliar la capacidad de trabajo individual o colectiva». En último término es productivo el trabajo que aumenta o mantiene la productividad general de la sociedad, siempre variable y dependiente de su nivel cultural. Ciertamente la diferencia entre trabajo productivo y no-productivo es históricamente variable, pero añade Most, «mientras falte lo necesario, el lujo es irracional e injusto, y un Estado que regulara la producción y el consumo y en el cual hubiera plena igualdad sociopolítica, no podría tolerarlo».<sup>15</sup>

Es ahí donde se manifiesta más claramente la enorme distancia entre su socialismo y la teoría de Marx, pues Most entiende por trabajo productivo el trabajo que es útil a la sociedad, mientras que para Marx en el capitalismo trabajo productivo independientemente de su *valor de*

<sup>15</sup> *Vorwärts*, núm. 83, 23 de julio de 1875, núm. 85, 28 de julio de 1875 y núm. 88, 4 de agosto de 1875.

*uso* es aquél que aumenta el capital invertido en su producción. En *El Capital*, Marx había defendido explícitamente, como volvió a hacerlo a finales de los setenta una *concepción económica* del trabajo productivo como «aquél que produce plusvalía»,<sup>16</sup> de modo que «solo es productivo el trabajador que produce plusvalía para el capitalista o sirve a la autovalorización del capital». Por extraño que parezca en el capitalismo el carácter económicamente productivo de la relación laboral no deriva de ella misma ni de su efecto útil sino de que sea *medio de valorización del capital*, es decir, engranaje de ese ciclo específico de reproducción social surgida históricamente.

Most extrae de su análisis una conclusión ética que legitima el socialismo. Así pone de relieve cómo, dado que la sociedad funciona como una «organización (“organismo”) social», es justo que «todos los que participan en la producción puedan participar en los resultados del trabajo». Como ese razonamiento es de corte genérico, se deduce también que toda regulación distinta solo puede ser resultado de la *violencia*. Dicha violencia, sancionada socialmente por la costumbre y por la ley, permite que unos sectores de la sociedad hagan trabajar a otros en su lugar, cosa siempre deseable, dado el carácter generalmente desagradable del trabajo.

Al final de la serie, el autor insiste en que él no comparte el pesimismo de los misántropos para quienes este estado de cosas sería imposible de transformar, por más que sea difícil dar nuevas pautas de organizar socialmente el trabajo de modo equitativo. Lo único que afirma es que para *otros tiempos* se precisan *otras costumbres*, razón por la cual resulta difícil de precisar cómo funcionaría una sociedad basada sobre la figura del *trabajador colectivo* o *trabajador social*.

Most defiende pues un socialismo fuertemente ético, motivo por el que a Marx y a Engels les molestaba tanto este llamado *socialismo vulgar*, tan cercano a aquel *socialismo verdadero* de décadas anteriores (años cuarenta), que habían ridiculizado en el *Manifiesto Comunista* y en *La Ideología Alemana*. La distancia que les separaba de esa forma de socialismo, como antaño les había separado de Lassalle, no era simplemente una forma de decir, sino una consideración no etizante, sino social e histórica (materialista) de *lo económico*, separado de *lo social*.

<sup>16</sup> *Capital*, T. I, OME, 41, p. 144. Ver carta de Marx a Engels de 3 de marzo de 1877, MEW, 34, pp. 39-40. Igualmente, *Teorías sobre la plusvalía*, OME, 45, pp. 137 y ss.

En otra serie de artículos sociológicos, titulada como el libro de Schäffle *Constitución y vida del cuerpo social (Bau und Leben des sozialen Körpers, Volksstaat, 1876)* del que pretende ser un comentario, estas diferencias cobran mayor relieve. Most, igual que Marx, ataca el libro de Schäffle como modelo del discurso antisocialista o parasocialista de la economía política alemana, pero como muchos otros socialistas de la época, comparte su punto de vista básico, consistente en «hablar de la sociedad como de un individuo». Su enfoque sigue además una metodología científico-natural, entroncada con el positivismo –hay en el texto una expresa referencia a Comte– que luego será tan usual en el discurso de la socialdemocracia para la que naturalismo y positivismo (cientificismo) son equivalentes de materialismo.<sup>17</sup>

En efecto, para muchos socialdemócratas –Most es solo un ejemplo pero lo encontraremos repetidamente en los primeros números de *La Nueva Época*– científicismo y naturalismo (o materialismo) se añan con una fuerte defensa del ateísmo, que es especialmente virulenta a partir de la mitad de los años setenta. En Most el ateísmo radical le acerca a posiciones anarquistas. En otros autores un ateísmo más larvado les hace prosélitos del darwinismo. Pero en todos los casos, un ateísmo más o menos militante era seña de identidad teórica del nuevo partido.

En el caso de este personaje las especiales condiciones políticas alemanas en los años inmediatamente anteriores a la Ley de excepción radicalizaron sus posiciones, alejándole de la cautela táctica de la organización y acercándole a francotiradores como Dühring. De hecho fue su alabanza del *Curso de filosofía* de este último, escrita en 1876, la que, conocida por Engels, le alarmó hasta el punto de decidirlo definitivamente a escribir el *Anti-Dühring*.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> *Volksstaat*, núm. 9, 23 de enero de 1876. Liebknecht, que estaba situado en cuestiones políticas a años luz del radicalismo de Most, coincide con él en que «la socialdemocracia considera la sociedad como un organismo vivo, un organismo colectivo», *Kleine polit. Sch.*, p. 116. El filósofo e historiador H. J. Sandkühler señala que hay un cambio general de actitud intelectual en los años cincuenta del siglo pasado que, amparado en la amplia hegemonía del discurso científico, confunde «cientificismo naturalista» con «materialismo» o «realismo». Ver especialmente la referencia a la polémica sobre el materialismo de los años cincuenta. *Materialismus*, en *Enzyklopädie zur bürgerlichen Philosophie im 19. und 20. Jahrhundert*, ed. por M. Buhr, Leipzig, 1988, pp. 183 y ss.

<sup>18</sup> Artículo «Un filósofo», en *Berliner Freie Presse*, sept/oct. 1876. El artículo, que debía aparecer en *Vorwärts* fue enviado por Liebknecht a Engels, quien lo comenta a Marx en carta de 28 de mayo de 1876, MEW, 34, p. 17.



Para Most el acercamiento a Dühring no implicaba rechazar las tesis de Marx que, a su modo, seguía compartiendo. Precisamente había sido él uno de los primeros en interesarse por *El Capital*, que había leído en la cárcel y del que hizo el folleto-resumen antes mencionado.<sup>19</sup> Rápidamente agotada la primera edición, se procedió a una segunda, que Marx corrigió por sugerencia de Liebknecht aunque se negara a poner su firma. Pues eso le hubiera obligado –según confiesa en la correspondencia– a cambiar casi totalmente el opúsculo.<sup>20</sup>

O quizá el problema estaba en la necesaria distancia entre la elaboración teórica y los usos políticos, en la diferencia entre sus ritmos específicos, entre sus modos y hasta cierto punto sus contenidos, pues como el propio Marx sabía por experiencia «lo interesante en la práctica y lo necesario en la teoría, en la economía política divergen mucho uno de otro, de modo que nunca encuentra uno el material necesario».<sup>21</sup>

Con su idealismo e ingenuidad, e incluso con la imprecisión de sus concepciones teóricas sobre el socialismo, posiblemente Most no era nada marxista, sin ser tampoco un social-liberal. Pero en este punto Marx era inflexible: «Te habrás dado cuenta –dice en carta a F. A. Sorge– de que en el *Volksstaat* de vez en cuando aparecen fantasías medio eruditas de tipo burgués. Tal cosa proviene de maestros de escuela, de doctores, de estudiantes, etc. y en cuanto al propio Most: es un tipo presumido, que siempre está dispuesto *sea lo que fuere lo que lee* a convertirlo acto seguido en materia de sus artículos».<sup>22</sup> No mucho mejores cosas dirán luego del propio Kautsky.

<sup>19</sup> Most, J., *Kapital und Arbeit*, reed. en Suhrkamp, 1972 y en V. Marxistische Blätter, Francfort, 1985 (ed. cast.: Ciudad de México, Extemporáneos, 1974). La historia del texto resulta curiosa pues, por una parte, testimonia las dificultades para la lectura directa de la obra de Marx y la necesidad –o al menos eso les parecía– de popularizarla. Por otra, Most cuenta cómo, cuando le dijo a Liebknecht la tarea que se traía entre manos, éste se encolerizó muchísimo, prueba del respeto casi supersticioso hacia la obra de Marx; «de esta obra no se puede hacer ningún resumen, le dijo; no contiene ninguna palabra de más». Según Most solo la intervención de Bebel consiguió tranquilizarlo, *Ein Sozialist...*, op. cit., p. 93.

<sup>20</sup> Cartas de Marx a F. A. Sorge de 14 de junio de 1876 y 27 de septiembre de 1877. MEW, 34, pp. 183 y 294. Engels recomendó posteriormente la reedición de la traducción inglesa, que había sido auspiciada por el propio Marx, lo que implica que, sin ser satisfactoria, tampoco debía ser tan mala. Carta de Engels a A. Hepner, 25 de julio de 1882, MEW, 35, p. 345.

<sup>21</sup> Carta de Marx a Engels de 16 de mayo de 1868, MEW, 31, p. 88.

<sup>22</sup> 4 de agosto de 1874, MEW, 33, p. 636; ídem, 34, p. 294.

La otra serie de artículos sobre *Economía política*, obra de C. A. Schramm, tiene un carácter muy diferente, aunque es interesante por varias razones: primero porque su publicación coincide con la celebración del Congreso de unidad de Gotha (1875) y, dado que se trata casi únicamente de un resumen divulgativo de las tesis del T. I de *El Capital* de Marx, podría denotar un cierto interés de la redacción (es decir, de Liebknecht) por destacar sus méritos científicos y por divulgar su doctrina frente a los contrincantes lassallianos. Quizá no sea solo casualidad que a Lassalle se le cite solo de pasada y como doctrina antigua, mientras que se insiste en la importancia de la teoría de Marx.

Segundo porque la publicación de los artículos desencadenó una polémica con el más conocido periódico liberal de la época, el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, en la que aparecen los puntos usuales de las críticas liberales a las posiciones socialista-marxistas: el que no dan soluciones positivas y se reducen a una crítica negativa del sistema imperante; que eliminar el capital implica eliminar el individuo, reduciéndolo a un nivel animal y que el empresario capitalista trabaja con la inteligencia y por tanto su beneficio, o mejor su participación en el producto total, es perfectamente legítima. En última instancia se insinúa que los argumentos empleados por los socialistas quizá hayan sido verdaderos en otra época —«quizá en 1862 Lassalle tuviera razón»— pero no en el momento presente, cuando los salarios han aumentado y la parte correspondiente a los trabajadores en el producto social tiende también a aumentar, mientras que la parte correspondiente a las ganancias desciende. La réplica termina con una recomendación del periódico liberal a los *agitadores socialistas* para que en vez de denunciar injusticias que no existen en ninguna parte, con lo que crean enemistades entre unos y otros, cooperen en el esfuerzo de lograr «una justa equiparación de los intereses contrapuestos».<sup>23</sup>

Por último, es también interesante porque su temprana ocupación con temas económicos y especialmente con la teoría marxiana del valor dará a Schramm cierto renombre en los círculos socialdemócratas como experto en cuestiones de economía marxista, lo que incidirá en su posterior controversia con Kautsky.

---

<sup>23</sup> *Volksstaat*, núm. 94. En la prensa liberal de la época era bastante habitual encontrar la tesis de que, en último término, la «cuestión social» —esa manzana de la discordia— era una invención de los socialistas.

La serie se limita a presentar de forma sucinta las tesis fundamentales de la teoría marxiana del valor, aunque se aparta de Marx en algunos aspectos como la distinción entre trabajo productivo e improductivo, más cercana a la posición de Most, o en la aceptación de la teoría del Robinson en versión colectiva —«imaginemos una isla utópica...»— supuesto tan criticado por Marx en su Introducción de 1857. En un artículo posterior, «La teoría del valor de K. Marx», aparecido en la revista *Futuro (Zukunft)*, se advierte que el origen de la confusión estriba en considerar la sociedad como un todo cuyas necesidades de consumo regularían el *trabajo socialmente necesario*, el cual sería la base del valor de las mercancías, con lo que toda la teoría del valor queda sustancialmente trastocada (año I, [1877], pp. 127 y ss).

Esto demuestra que la lectura de *El Capital* que sin duda Schramm había hecho se asienta sobre concepciones genéricamente socialistas derivadas de otros autores —hay referencias laudatorias a Dühring, Fourier, etc.— que dificultan la comprensión correcta de la independencia de *lo económico* frente a *lo social* y por tanto el carácter específico de la economía política marxista frente a su homóloga alemana, mucho más estatista, ya que esa comprensión social de lo económico está más cerca de la economía política de matriz germana, con la que Marx mantenía fuertes divergencias. Esta ambivalencia dificultó la difusión de las teorías puramente económicas de Marx en los círculos alemanes e incidirá posteriormente en el debate a propósito de Rodbertus.

Por el momento podría decirse que Schramm se sitúa en posiciones marxistas en cuanto que defiende la teoría del valor, a la que considera el núcleo de la crítica socialista de lo existente, pues ha permitido disipar la confusión en torno al problema del valor de las mercancías, incluida la fuerza de trabajo. De ese modo ha permitido *fundamentar científicamente y legitimar las reivindicaciones socialistas*. El socialismo es defendido como modelo de una organización social más racional —frente a la irracionalidad capitalista— que permitiría un aumento de la productividad al liberar cantidades importantes de trabajo de su sujeción al capital, terminando así con un sistema productivo en el que el reparto del producto del trabajo es «en gran manera injusto y en consecuencia insoportable a la larga».<sup>24</sup>

<sup>24</sup> Ídem, núm. 48, 52, 57 y 64. Es interesante notar que Schramm publicó por la misma época el texto *Grundzüge der National-Oekonomie* en el que, en cierta forma,

Sin embargo, Schramm no creía que fuera necesario eliminar la propiedad privada; simplemente una organización racional y más productiva del trabajo social podría eliminar la famosa *cuestión social*. Por eso su concepción del socialismo es más jurídico-política que económica aunque, en contra de lo que hará Kautsky posteriormente, insista en el carácter central de la teoría del valor. Según él «si Marx tiene razón ahí, la tiene en todas las consecuencias que de ahí se derivan».<sup>25</sup> Y es sintomático también que en contra de lo que ocurrirá posteriormente, cuando la polémica se centre en el carácter determinista del marxismo con su negación de la libertad humana, sea la teoría del valor el punto central de discusión con la Economía política académica.

La aceptación de esta teoría no era por lo demás unánime en los círculos socialistas, ni siquiera en la interpretación de Schramm, tal como se pone de relieve en las notas de la Redacción. Tampoco Marx estaba de acuerdo con su interpretación: «Señalo solo de paso –dice en carta a Nieuwenhuis– que el Sr. Schramm... malinterpreta mi teoría del valor. Tendría que haber visto que la relación entre valor y *precio de producción* no pertenece a la teoría del valor»,<sup>26</sup> puesto que el precio se fija en función de los costes de producción e incluye una tasa de ganancia media, mientras que el valor se refiere únicamente al tiempo de trabajo y al precio de ese tiempo. Ahora bien el volumen de trabajo deriva de la capacidad de valorización, o sea de absorción del trabajo ajeno por parte del capital, medida a su vez por su nivel técnico y no de la capacidad global de trabajo de una sociedad, medida básicamente por su potencial demográfico ni mucho menos de las necesidades de consumo global, mientras que el valor de ese tiempo (de trabajo) está determinado por el tiempo de trabajo necesario para su reproducción, una parte importante del cual no entra en el ciclo de valorización porque no está

---

equiparaba a Marx, Rodbertus y Lassalle y que, vuelto a publicar en 1884, será un elemento fundamental del denominado «Debate sobre Rodbertus», que fue tan importante para la constitución del marxismo como sistema exclusivo. Dlubek, R. y Skambraks, H., «Der Einfluß...», *op. cit.*, pp. 432 y ss.

<sup>25</sup> Artículo «Ein national-ökonomischer Vortrag» en *Volksstaat*, 13 de enero de 1872. Schramm señala que Schäffle llama la atención, con razón, sobre este punto, pues ha visto su importancia para la legitimación teórica del socialismo.

<sup>26</sup> 27 de junio de 1880, MEW, 34, p. 447. Igualmente en carta a Engels: «Schramm fue siempre un burgués hipócrita, a pesar de su ocasional habilidad», 10 de septiembre de 1879, *idem*, p. 107.

capitalizado. Por consiguiente, parte del valor de la fuerza de trabajo, y en consecuencia del trabajo, no entra en la determinación de su precio ni incide en los costos de producción, por lo que necesariamente los precios representan solo una fracción de los valores-tiempos, cuyas dinámicas pueden ser divergentes.

El tercer interlocutor es precisamente Kautsky con su serie *La cuestión social* (1875). El planteamiento de Kautsky es innovador e incorpora algunos rasgos de lo que será su teoría posterior. Sin embargo es erróneo identificarlo sin más, al menos en esa época, con posiciones darwinistas. Al contrario, Kautsky señala ya al principio de la serie que «la lucha por la existencia que tanto gusta a los manchesterianos... sería un retroceso cultural pues con ella terminaría todo progreso consciente», ya que si la lucha por la existencia fuera un axioma universal, «el socialismo sería una fantasía». Al admitir la lucha por la existencia entre los animales como base de la evolución de las especies, como hace Kautsky, se tiene que aumentar la separación entre animales y hombres, pues éstos se rigen, o cuando menos pueden regirse, por la razón y por la ciencia y no solo por el instinto de supervivencia, como ocurre a los primeros. «En puridad la lucha por la existencia no existe ni puede existir en la vida social, o cuando menos en ésta adquiere formas mucho más elaboradas y complejas de solidaridad».<sup>27</sup>

En ese contexto el Estado tendría para Kautsky la misión de desarrollar el instinto social, que resulta inhibido por la competencia capitalista, hasta que podamos prescindir de él en una sociedad libre. El Estado sería el protector de los intereses generales frente a los particulares, como muy bien habría mostrado Lassalle, recogiendo el rechazo hegeliano de la particularidad. La solución propuesta es el comunismo como forma política de un monismo naturalista. «Si se pudieran eliminar todos los dualismos y sustituirlos por un monismo general, es decir por el comunismo puro, todo estaría resuelto». Lamentablemente esto no es posible no por otra razón sino porque el conocimiento humano es limitado, pero el progreso de la ciencia nos acerca inevitablemente a ello. En una formulación algo

---

<sup>27</sup> *Volksstaat*, núm. 109, 22 de septiembre de 1875 y artículo «Der Sozialismus und der Kampf um das Dasein», ídem, núm. 49, 28 de abril de 1876. Igualmente, «esta solidaridad consciente es un producto de la lucha por la existencia, y una forma superior de ella, la negación de la forma grosera, primitiva de esta lucha», ídem, núm. 50, 30 de abril de 1876.

exagerada, que está marcada con un interrogante por la propia redacción, Kautsky prosigue: «en cualquier caso la ciencia ha creado la cuestión social pues solo ella nos permite comprenderla y eliminarla». Su desarrollo permitirá reconstruir el monismo destruido por el capitalismo (*Volksstaat*, núm. 110, 24 de septiembre de 1875 y 115, 6 de noviembre de 1875).

Lo característico de la posición de Kautsky ya en esta época es su concepción del mundo como una unidad natural, que ha sido históricamente rota y que es reconstituible científico-socialmente a través de una lucha social dirigida por la ciencia. Y es en esa perspectiva en la que va a leer el *Anti-Dühring*, cuyas posiciones traducirá a su propio naturalismo de base. En la medida en que Engels es consciente de esta traducción, en mi opinión más bien poco, la avala con su autoridad contra el que cree que es el peligro fundamental para la socialdemocracia: las desviaciones espontaneistas de tipo anárquico –al modo de un Dühring y de un Most–. Pero el socialismo-comunismo del joven Kautsky, en estos años muy poco diferenciado, parte de una idea monista de la realidad social, enlazada con una concepción culturalista de la *cuestión social* a mil millas del problema central para Marx y Engels: diseñar una estrategia revolucionaria para la emancipación de los trabajadores.

Por lo demás no deja de ser curioso que Kautsky analice la primera frase del *Programa de Gotha*, «el trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura», no desde una mitificación del trabajo como en Liebknecht, pero tampoco introduciendo la perspectiva de la tierra como fuente de riqueza, como en Marx, sino a partir de una definición del término *riqueza*. Según él *riqueza* no es más que el conjunto de bienes producidos por el trabajo humano, que si no puede ser disfrutada por los trabajadores es por el monopolio capitalista. Solo ése es la causa de la dependencia de aquellos, lo que permite pensar que una vez eliminado, la propiedad colectiva de los medios de producción equivaldrá automáticamente a la liberación del trabajo (*Volksstaat*, núm. 55, 14 de mayo de 1875).

Kautsky se sitúa pues en ese socialismo genérico representado por el periódico, incluso por debajo teóricamente de futuros contrincantes suyos, como Schramm. Sus posiciones comparten el nivel de generalidad

que defiende el socialismo desde posiciones racionalistas e ilustradas que lo definen como una *fuerza moral*, racional y positiva.<sup>28</sup>

### Inicios de materialismo en Joseph Dietzgen (1828-1888)

Caso aparte es la obra de Joseph Dietzgen. Corresponsal de Marx desde 1867, cuando le escribió la primera carta, todavía impresionado por la lectura de *El Capital*, Dietzgen es una figura peculiar en la socialdemocracia de la época, a la que pertenecía desde su fundación. Hijo de un curtidor de pieles y curtidor él mismo, había nacido en 1828 en las cercanías de Colonia. Con veinte años vivió los acontecimientos de 1848 que para él, como para tantos otros, fueron una especie de segundo nacimiento y puede decirse que ya de esta época data su admiración por Marx, auténtico *factotum* de la *Nueva Gaceta Renana*.

Tras la revolución, en la que se había distinguido lo suficiente como para temer la represión, Dietzgen emigró a Norteamérica, donde permaneció un par de años hasta su vuelta a la patria en 1851. Después, matrimonio, familia, herencia, trabajo, con un objetivo que intentará realizar casi sin conseguirlo a lo largo de toda su vida: asegurarse los medios materiales para disponer de cierto tiempo que dedicar a sus auténticas obsesiones, el cultivo de la filosofía y la redacción de artículos teóricos.

Los vaivenes de la coyuntura económica no favorecieron sus empeños y tras una nueva emigración a Estados Unidos de corta duración (1859-1861), aceptó en 1863 un empleo en la gran fábrica de curtidos de San Petersburgo, donde permaneció varios años (hasta 1868). Es en este periodo cuando Dietzgen empezó a escribir filosofía, esforzándose en la redacción de una obra entre Feuerbach y Marx,<sup>29</sup> titulada *El ser del trabajo intelectual humano* (*Das Wesen der menschlichen Kopfarbeit*, 1869), en la que resume la que será la tesis fundamental de su

<sup>28</sup> «El socialismo es una fuerza moral», ídem, núm. 50. El carácter ético de este socialismo era muy fuerte, incluso en autores como Liebknecht y Bebel y, en ocasiones, iba acompañado de una cierta moralina, perceptible en el tratamiento de temas como la prostitución, la delincuencia, etc.

<sup>29</sup> Su formación autodidacta partía del estudio de los clásicos, especialmente Aristóteles, el idealismo alemán (Kant-Fichte-Hegel) y el filósofo de moda: Feuerbach. *Sämtliche Schriften*, ed. por E. Dietzgen, Berlín, 1930, T. III, p. 167; Strüning, H. D., *Unser Philosoph Josef Dietzgen*, Fráncfort, 1980, p. 15 y ss. A propósito de la figura y la obra de Dietzgen ver H. J. Sandkühler, *Materialismus, op. cit.*, pp. 91 y ss.

concepción: la idea de que la teoría, o mejor el quehacer del pensar, es una forma específica de trabajo humano en la que se elaboran de modo abstracto y, por tanto, según leyes generales, los datos materiales aportados por los sentidos. La filosofía no tiene pues ningún origen superior ni divino —a no ser lo propiamente divino que hay en las capacidades humanas— sino que está anclada en la materialidad de su propio ser, entre otros la de su órgano corporal, el cerebro y la del horizonte en la que se inscribe, la propia práctica humana productiva material o *praxis*.

Desde finales de los cuarenta Dietzgen había seguido con atención las publicaciones de Marx y de Engels, siendo uno de los primeros en estudiar aplicadamente *El Capital*, cuya lectura le motivó profundamente como explica en su carta, y del que hizo una elogiosa reseña en 1868. Esta es importante, no solo por ser una de las pocas que se sale del círculo íntimo de Marx, es decir Engels, y por ser obra de un *amateur* y no de un profesional, sino porque incorpora acentos novedosos. En efecto, Dietzgen señala que la obra de Marx no es un texto aséptico, sino que está escrito *con un corazón ardiente por una cabeza eminente*. Pero además el texto introduce una innovación al «formular la cuestión social claramente de otra manera». Esta innovación consiste en delimitar «el objeto sensible (material)» de su investigación «como lo económico», es decir como «la producción social de mercancías» en cuanto resultado histórico de la socialización de los trabajos individuales. Esta concepción le impide hablar como Kautsky de alguna socialidad inmanente, rota por la producción capitalista, para poner el acento mucho más de acuerdo con las tesis de Marx, en el carácter progresivo del capitalismo. Con este enfoque Dietzgen recupera posiciones anteriores del propio Marx —baste recordar los textos de los *Manuscritos económico-filosóficos* (1843), de los *Anales* o el propio artículo sobre *El dinero* de M. Hess—, a los que descubre en los entresijos del análisis económico marxista. De ahí su expresión en la carta antes citada: «Entre las líneas de su obra leo que el presupuesto de su economía radical (*gründlich*) es una filosofía radical (*idem*)». <sup>30</sup>

El segundo aspecto novedoso de su lectura es que Dietzgen, quizá por su mayor sensibilidad hacia los aspectos filosóficos implícitos en el discurso económico de Marx, resalta la perspectiva emancipadora de la

---

<sup>30</sup> «Das Kapital von Marx», publicada en el *Demokratisches Wochenblatt*, núm. 31, 34 y 36 y recogida en *Gesammelte Schriften*, vol. III, *op. cit.*, pp. 70 y ss.



obra. En contra de lo que se encuentra en Schramm, no piensa que la teoría de Marx dé ninguna fundamentación teórica al socialismo, cosa que es impensable e innecesaria. Su contribución consiste solamente en mostrar cómo la tal *cuestión social* es algo vital para el género humano, pues resume el antagonismo de una economía «aparentemente privada, que en realidad está organizada de forma política, social o común». <sup>31</sup> La consecuencia que de ahí se deriva es bastante simple: el socialismo o la socialdemocracia, no pretenden organizar el trabajo, que ya está enormemente organizado, *trabado* en el capitalismo, sino abrir vías teóricas y prácticas para rentabilizarlo socialmente como trabajo común (cooperativo o comunista).

Frente a la tesis liberal de que la riqueza es resultado del esfuerzo y del ahorro, Dietzgen insiste en que ciertamente la riqueza es producida por el trabajo, pero «no por el propio, sino por el ajeno», pues «la posesión nunca fue cosa del pueblo», y en consecuencia los bienes materiales producidos por los trabajadores (la riqueza) nunca han sido disfrutados por ellos. De ahí su crítica al concepto especulativo (liberal) de la libertad y su defensa de un concepto material que haga de ella «la satisfacción rica de nuestras necesidades materiales y espirituales que son todas, empero, de carácter corporal». <sup>32</sup>

El horizonte teórico desde el que este autor concibe el discurso de la economía política, tiene así un carácter fuertemente filosófico, que le distingue claramente de la mayoría de sus coetáneos. No en vano uno de sus textos más conocidos lleva por título *Filosofía socialdemócrata*, y en su estilo, es una buena muestra de lo que la filosofía ha sido desde sus orígenes, un esfuerzo por traducir al lenguaje común y según el modelo teórico más avanzado de la época, en ese caso el modelo científico, los resultados de ciencias especializadas que permiten generalizar experiencias cotidianas. De lo contrario, y sin esa apoyatura, la experiencia cotidiana resulta ininteligible.

Ese discurso de tipo filosófico sale al paso de la necesidad, profundamente sentida por los círculos socialdemócratas de la época, de encontrar un modelo de interpretación de la realidad que dé razón de sus

<sup>31</sup> *National-Oekonomische, op. cit.*, vol. III, p. 87.

<sup>32</sup> Ídem, p. 98. Igualmente *Sozialdemokratische Philosophie, op. cit.*, vol. I, p. 177. *Die bürgerliche Gesellschaft, op. cit.*, vol. III, p. 118.

expectativas, que establezca los parámetros de interpretación de un mundo que es vivido por ellos como contradictorio. El *conocimiento* recupera así su antigua dignidad pues lo que distingue el socialismo moderno del antiguo, el *científico* del *utópico* no es más que el saber o el *conocimiento*. Pero esto exige, como es obvio, una articulación teórica compleja que no siempre el movimiento estaba en condiciones de elaborar.

Sin abandonar el terreno propiamente político, las preocupaciones posteriores de Dietzgen le encaminaron cada vez más hacia la filosofía. Tras su vuelta a Renania en 1868 y su ingreso en la Asociación Internacional en el mismo año, se afilió al Partido Socialdemócrata y asistió como delegado a los Congresos de Eisenach (1873) y de Coburgo (1874). En los años siguientes hasta la ley de excepción, colaboró activamente en la prensa, siendo uno de los primeros y más encendidos defensores de la obra de Marx lo que le valió el reconocimiento de éste en el epílogo a la segunda edición alemana de *El Capital*.

Sin embargo y a pesar de que le consideraban uno de sus fieles, Marx y Engels tenían sus más y sus menos con este personaje. En 1867 a raíz de su primera misiva Marx habla muy bien de su nuevo amigo y corresponsal, le celebra y se refiere a él como «uno de los trabajadores más geniales que conozco». Incluso le presenta en el Congreso Internacional de la Haya (1872) como «nuestro filósofo». El propio Engels señala tras la lectura de su obra, que se había hecho mandar diligentemente por Liebknecht, que «Dietzgen ha descubierto la dialéctica materialista al margen de nosotros y de Hegel».<sup>33</sup>

Pero a partir de finales del decenio sus caminos empiezan a separarse. Desde la crisis de 1873 Marx estaba más preocupado por los problemas de la crisis económica en Estados Unidos, por los acontecimientos en Rusia y por sus estudios y trabajos de diverso tipo, que por las especulaciones de los socialistas alemanes en torno al Estado del futuro, alimentadas por su proclividad a un socialismo de Estado que aborrecía. Tampoco Engels había quedado nada satisfecho de su experiencia con el *Anti-Dühring* y aunque mantuvo los contactos, no estaba para muchas bromas. Dietzgen en estos años había profundizado sus reflexiones sobre lógica y teoría del conocimiento, articuladas en la defensa de un materialismo dialéctico, alejado del materialismo mecanicista

<sup>33</sup> MEW, 33, p. 254.

premarxiano, pero formulado a un nivel tal de generalidad y con tales ambigüedades, que podrían permitir fácilmente una lectura en sentido idealista-hegeliano.

De ahí, quizá, el menosprecio que Marx manifiesta ahora hacia él: «De la carta de Dietzgen que te adjunto verás que el desgraciado “ha avanzado” hacia atrás y “ha llegado” realmente a la *Fenomenología*. Lo considero un caso incurable», le comenta a Engels en 1882.<sup>34</sup> Marx murió al año siguiente.

Dietzgen que en 1878 había pasado unos meses de cárcel con motivo de la ley de excepción y que se encontraba en la ruina económica, decidió ya con más de cincuenta años exiliarse de nuevo en EEUU, donde, a pesar de su rechazo de principio del anarquismo y frente a las presiones de su propio partido, tomó posición a su favor ante el terror policial generalizado. Engels no le ahorró sus sarcasmos: «Parece que en Nueva York hay una buena panda en la cúpula del Partido, el *Socialista* es una muestra de lo que no debe ser. Pero aun así no puedo apoyar a Dietzgen en su artículo sobre los anarquistas, tiene una extraña manera de hacer. Si alguien tiene una opinión sobre un punto determinado que quizá en cierta forma sea parcial, no se cansa de poner de relieve que la cosa tiene dos lados; incluso en ocasiones se pasa. Pero ahora que los de Nueva York se han portado de pena, de repente se pone del lado contrario y nos quiere presentar a todos como si fuéramos anarquistas. La situación le puede disculpar, pero aun así, en el momento decisivo no debería olvidar toda su dialéctica».<sup>35</sup>

<sup>34</sup> 5 de enero de 1882, MEW, 35, p. 31.

<sup>35</sup> MEW, 36, p. 532.



Caricatura de un policía que observa el reparto de la *Hoja de Singer* entre los trabajadores berlineses. Del *Kladderadatsch*, 1878.



## Capítulo 6

# El socialismo marxista

### **La polémica de Marx con la economía nacional. El caso Rodbertus**

Por su parte, también Marx llevaba su guerra particular con la economía política alemana. Cuando había iniciado sus estudios económicos allá por los años cuarenta puede decirse que la economía política era prácticamente desconocida en Alemania, de modo que no entró en contacto con esta disciplina hasta su periodo parisino. Algo semejante le ocurrió a Engels, cuyas obras juveniles, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y *Esbozos de una crítica de la economía política*, deben su existencia a su estancia en Inglaterra. El tercero en discordia, el socialista judío Moses Hess, corresponsal en París de la *Rheinische Zeitung*, descubrió también en el extranjero la ciencia económica.

Solo a finales de los cincuenta y especialmente gracias a Lassalle que le habló de Rodbertus y le prestó el libro de Roscher, Marx entró en contacto con la *economía política* de raíz germana, que por entonces estaba en sus inicios. Figura destacada del pensamiento económico alemán y próximo a los ya citados *socialistas de cátedra*, Rodbertus había desempeñado un cierto papel en los inicios del movimiento obrero en su país gracias a la amistad con Lassalle; a finales de siglo su nombre se convirtió en punto de referencia para el socialismo alemán no-marxista.

Karl Rodbertus-Jagetzow (1805-1875) era hijo de un profesor de Derecho Romano, que procedía de una familia de medianos propietarios de tierras en Prusia. En su juventud había estudiado Derecho, aunque ejerció poco tiempo. Durante la revolución de 1848, representó a los demócratas en la asamblea de Fráncfort, para luego, como tantos otros demócratas de la primera época, inclinarse a finales de los sesenta

a favor de Prusia. En sus últimos años sus ideas económicas y sociales y su descontento con la política prusiana le impulsaron a presentarse a las elecciones como candidato socialista (1874), cosa que impidió su muerte. Políticamente, fue siempre un independiente o, cuando menos, se mantuvo siempre al margen del juego político concreto de los partidos y de las facciones parlamentarias. E inclusive mantenía buenas relaciones con Bismarck, cuya figura ofrece algunos puntos de contacto con la suya.

Entre sus amigos y corresponsales se contaban algunos de los más notables *socialistas de cátedra* como Adolph Wagner. Le unía asimismo una fuerte amistad con Lassalle, a quien había conocido en 1859 y que en 1863 le pidió que colaborara con él, invitándolo constantemente a entrar en la *Asociación General (ADAV)*, a pesar de sus muchas reservas. Muerto Lassalle, Rodbertus colaboró en los setenta con von Schweitzer del que tenía muy buena opinión.

Sus estudios económicos, que databan de los años cuarenta, arrancaban del conocido economista inglés Ricardo, cuya obra interpretó en un sentido semejante al de Marx. Esto permitiría incluirlo sin más en la corriente de los *ricardianos alemanes*, si no fuera por una elaboración más profunda del concepto de *capital* que presentaba como auténtica anticipación y como réplica del concepto de Marx. Junto a sus pretensiones políticas, ésta fue una de las causas para la permanente animadversión que le profesaba Engels, a cuyos ojos era la representación palmaria de la mediocridad y del filibusterismo de sus compatriotas.

Haciendo gala de la proverbial petulancia de los profesores alemanes, Rodbertus había acusado a Marx de plagio, pues pretendía haber descubierto antes que nadie, y por supuesto antes que él, las leyes de reproducción del capital; Marx pues le habría plagiado.<sup>1</sup> Esa acusación dio lugar a innumerables burlas en los círculos marxistas, especialmente

---

<sup>1</sup> Ver correspondencia con Lassalle: «De lo que destaca en Marx definiendo la prioridad», carta de 30 de mayo de 1864, *op. cit.*, p. 379. Igualmente en carta a R. Meyer de 25 de enero de 1871, Rodbertus afirma que está trabajando en «una monografía del capital» en la que rebate a Marx. A. Wagner, editor de los póstumos, indica que él no encontró este manuscrito, sino solo hojas sueltas y papeles varios, con lo que, añade Meyer, Marx sigue sin rebatir. Rodbertus-Jagetzow, K., *Briefe und Sozialpolitische Aufsätze*, ed. por R. Meyer, Berlín, 1881, T. I, p. 42. ídem; *Schriften*, T. III, ed. por A. Wagner, Berlín, 1899, «Introducción», p. XX.

por parte de Engels que le sacó los trapos sucios y le desprestigió de mil maneras. Ciertas expresiones suyas desafortunadas, como la de que había que hacer «el socialismo aceptable, para que fuera capaz de gobernar»,<sup>2</sup> añadieron leña al fuego. Sus textos, publicados en 1881, resultaron piezas determinantes del llamado *Debate sobre Rodbertus*, que enfrentó a mitad de los ochenta a *marxistas y reformistas*.

A pesar de sus inclinaciones socialistas, Rodbertus se distinguía de los demás socialistas alemanes de los años sesenta en que defendía la tesis de que los trabajadores rechazan la política, al menos la política que practicaban sus contemporáneos, pues solo pretenden aumentar su posesión de bienes materiales y espirituales (cultura, por ejemplo); dicho en términos que expresan la influencia del idealismo filosófico alemán: solo pretenden *realizar su libertad*.<sup>3</sup> Esa pretensión estaría en la naturaleza de las cosas, *en el sentido de la historia* y por tanto el Estado solo podría impedir por la fuerza el que lo consiguieran. Ahora bien, de darse esto último, pondría en cuestión la estabilidad del Estado mismo y de la sociedad, pues significaría el fin de la cultura moderna, razón por la cual deberían ser el Estado y la sociedad los que se transformaran para darles cabida.

Según Rodbertus la solución consistiría en invertir los términos del debate, de modo que fuera el Estado el que tomara la iniciativa, introduciendo las modificaciones necesarias por medio de reformas. Evidentemente el Estado solo podría hacerlo en virtud de un principio moral, pues Rodbertus rechazaba el principio de la lucha de clases pero, de producirse, posibilitaría un sistema de gestión estatal que aumentaría el poder adquisitivo de los obreros, satisfaciendo sus deseos de mayor participación en la riqueza sin gravar los costos de los capitalistas ni de los terratenientes y manteniendo la división socioeconómica en clases no antagónicas, que consideraba cuestión prioritaria.<sup>4</sup> No habría que bajar los salarios y debería protegerse a los trabajadores ante los vaivenes de las coyunturas económicas, apartándolos simultáneamente de toda veledad de poder político. Solo

---

<sup>2</sup> Ídem, pp. 59-60.

<sup>3</sup> *Die Forderungen der arbeitenden Klassen*, en *Schriften*, op. cit., p. 198.

<sup>4</sup> «La división socioeconómica en clases: trabajo, capital, posesión de la tierra debe mantenerse encarnizadamente», *Briefe...*, op. cit., T. I, p. 100.



de ese modo podría mantenerse la cohesión nacional y resolverse la *cuestión social* sin poner en cuestión la unidad nacional, pues en su opinión en el fondo la tal cuestión era un espantajo que ocultaba el problema real: la regulación del salario adecuado para una *jornada normal de trabajo*.<sup>5</sup> Todo lo demás era literatura o legión.

De acuerdo con esas premisas, en la *carta abierta* que dirigió al comité de la *Asociación obrera alemana* de Leipzig (1863), proponía a los trabajadores que rechazaran las huelgas u otras formas política, y las sustituyeran por la presión jurídica. Mucho se ha escrito de su relación con Lassalle por el que sentía una fuerte simpatía y de su relación, no menos importante ni interesante, con el propio Bismarck. Con Lassalle compartía el principio teórico de la llamada *ley de bronce del salario*, que Marx ataca duramente en la *Crítica al Programa de Gotha*. Según esta tesis los salarios se mantendrían a un nivel de subsistencia por efecto de una *ley natural*, «tan segura como la ley de la causa y el efecto».<sup>6</sup> Pero por eso mismo, la dinámica de la sociedad burguesa capitalista que tiende a presionar sobre este mínimo chocaría con las legítimas aspiraciones de los sectores obreros a aumentar su consumo y provocaría a fin de cuentas una desintegración social de graves consecuencias. Evitar eso, es decir, resolver la *cuestión social* en el marco de un sistema capitalista exigiría por el contrario que el Estado asumiera ciertas tareas económicas relativas al control y la asignación de recursos.

<sup>5</sup> «Pues de hecho lo más difícil en la cuestión social radica precisamente en concebirla en su expresión más simple, es decir, como simple cuestión salarial», carta a Schumacher, de 31 de mayo de 1872, en Rodbertus-Jagetzow, K., *Neue Briefe über Grundrente, Rentenprinzip und Soziale Frage an Schumacher*, ed. por R. Michels, Karlsruhe, 1926, p. 215, o bien «recomendaría que la cuestión social... se redujera de una vez por todas a la “cuestión obrera”, es decir a la “cuestión salarial” y que, por tanto, no se la cristianizara demasiado: cristianismo y economía política pueden perjudicarla de la misma manera», carta a R. Meyer, de 2 de octubre de 1871, *op. cit.*, T. 1, p. 121. En una carta a R. Meyer señala también: «Vd. sabe que en el fondo considero la “cuestión social” algo conservador, en tanto que por conservador se entienda reforzar un Estado monárquico», carta de 10 de septiembre de 1871, en *Briefe, op. cit.*, pp. 102-103. En general casi todos los autores insisten en que para él, la «cuestión social» era un simple problema de «regulación del salario». Ver Rodbertus, *op. cit.*, introducción de A. Wagner, p. XXIII.

<sup>6</sup> Rodbertus-Jagetzow, K., *Offener Brief an das Comité des deutschen Arbeitervereins zu Leipzig*, en Brusatti, A. (ed.), *Geschichte der Sozialpolitik mit Dokumenten*, Linz, 1962, p. 130.

Sus posiciones se caracterizan pues por defender que a los trabajadores se les dé una remuneración suficiente, lo cual evitaría que se dejaran desviar con tentaciones políticas. Pero además por insistir en las ventajas que representa un movimiento asociativo que esté apoyado por el Estado. Pues ¿qué son las instituciones estatales en su conjunto, sino apoyos de la fuerza individual? En consecuencia puede decirse que en su pensamiento se unen de una manera extraña ideas socialistas con posiciones reaccionarias, confianza en el Estado y ceguera ante las condiciones políticas más elementales de un movimiento social como era el movimiento obrero, razón por la cual el debate en torno a su teoría como alternativa al socialismo marxista es difícil de comprender sin situarlo en el contexto preciso, en pleno vigor de la ley antisocialista, pues su vigencia no deriva de sus posiciones teóricas, sino de que parece una alternativa a una vía revolucionaria de muy difícil realización.

Marx era tanto o más crítico frente a estos intelectuales de lo que ellos lo eran con él. Tras la lectura de los libros que Lassalle le había recomendado su juicio fue durísimo: a Rodbertus se le veía la oreja del terrateniente emboscado, Roscher era una muestra más de filibusterismo profesoral. «En el escrito de Rodbertus se reconoce muy bien su tendencia. A parte de eso, lo que en él es bueno no es nuevo y lo que es nuevo, no es bueno. Roscher por el contrario es el auténtico representante de la sabiduría profesoral. Falsa ciencia, como dice Fourier». <sup>7</sup>

Tras una lectura más detenida a medida que avanzaba en sus propios trabajos, Marx cambió hasta cierto punto de opinión; reconoció que Rodbertus había investigado bastante a fondo el problema de la renta del suelo, es decir la cuestión de en qué medida puede considerarse la tierra en cuanto fuente de renta como una forma de capital –tema que daría a Marx tantos quebraderos de cabeza en sus últimos años– y admitió que, aunque no había profundizado hasta la teoría del valor, había descubierto la existencia de rasgos estructurales en el capitalismo. A pesar de su mediocridad estuvo dispuesto a no considerarlo una mala cabeza, pues si no podía avanzar más en sus análisis era por lo atrasado

---

<sup>7</sup> Carta de Marx a Lassalle de 8 de mayo de 1861, en *Nachgelassene Briefe...*, *op. cit.*, T. 3, p. 360. Aun así, es posible que el conocimiento que Marx tenía en esta época de Rodbertus fuera limitado. Según Engels, Marx «conocía de Rodbertus solo las tres cartas sociales y éstas ni siquiera antes de 1858 o 1859», *Prólogo* a la 1ª ed. alemana del escrito de Marx, *Miseria de la Filosofía*, MEW, 21, p. 176.

de las relaciones sociales en su país. Rodbertus habría quedado atrapado en una concepción feudal de las relaciones capitalistas.

Algo parecido ocurría con los demás portavoces de la ciencia oficial alemana. En sus famosas *Notas marginales* al libro de A. Wagner, de 1879-1880, Marx señala: «Si hubiera seguido analizando... el valor de cambio de las mercancías... hubiera encontrado el “valor” detrás de esas formas de su manifestación y si hubiera seguido analizando el valor...».<sup>8</sup> Si no lo hizo es porque se enmarañó en las relaciones económicas alemanas, tan poco desarrolladas económicamente.

Quizá por eso, en su carta a Lassalle de junio de 1862, una de las últimas que le escribió, su juicio sea más matizado. «En lo que respecta a Rodbertus, en mi primera carta a ti no le valoré suficientemente. Hay mucho bueno ahí. Solo su intento de una nueva teoría de la renta es casi infantil, cómico... Por lo demás esto me parece que es un ejemplo de cómo el relativamente escaso desarrollo de las relaciones económicas alemanas equivoca necesariamente las mentes... A pesar de lo infantil que es la solución positiva que da el Sr. Rodbertus, aun así, hay ahí una tendencia correcta, cuya caracterización aquí sería, sin embargo, demasiado prolija».

El juicio sobre Roscher se ha hecho por el contrario mucho más duro y está aderezado con toda la acidez de Marx contra la casta profesoral alemana: «En lo que respecta a Roscher... me reservo a ese mozo para una *nota*. En el texto no caben tales alumnos profesorales. Roscher posee, sin duda, un gran conocimiento de la bibliografía, a menudo muy provechosa, a pesar de que ahí siempre se trasluce el alumno de Gotinga, que se afana sin libertad entre los tesoros bibliográficos y que, por decirlo así, solo conoce bibliografía oficial respetable. Pero, aparte de eso, ¿de qué me sirve un tipo que conoce toda la bibliografía matemática pero no comprende nada de Matemáticas? ¡Un perro tan pagado de sí mismo, tan pretencioso, tan ecléctico y sopesado! Si un alumno profesoral de ese tipo que por naturaleza nunca jamás puede ir más allá de aprender y enseñar lo que ha aprendido, que nunca llegará a aclararse por sí mismo, si un Wagner tal, al menos fuera honrado, concienzudo, podría ser útil a sus alumnos. Si no hiciera ninguna salida falsa y dijera claramente: Aquí hay una contradicción; unos dicen esto,

<sup>8</sup> MEW, 19, p. 375.

los otros lo otro. Yo, según la naturaleza del asunto, no tengo ninguna opinión. Así pues, mirad a ver cómo os las apañáis... Pero planteo una exigencia que contradice la naturaleza del alumno profesoral. Y en él, es cosa esencial que él mismo no entiende las preguntas y por eso su eclecticismo navega al recoger las respuestas ya dadas; y si al menos lo hiciera honradamente. Un picador de piedra es respetable comparado con tal canalla».<sup>9</sup>

Aparte de pedir que le devolviera el libro, Lassalle no se pronunció sobre Roscher. Sobre Rodbertus dijo compartir su opinión, aunque en sus cartas personales afirmaba tenerlo en gran estima, tratándolo como a un gran economista. Pero éstas eran las cosas de Lassalle. Por su parte Marx en el decenio de los setenta se vio confrontado públicamente con la *economía política* alemana en relación con la publicación de *El Capital* y las polémicas que suscitó en la prensa socialista. Pero eso no cambió en nada sus apreciaciones. Como mucho aumentó su agresividad y su ironía ante tan *ilustres nulidades*.<sup>10</sup>

Las divergencias con Rodbertus, con Wagner, con Schäffle, y en general con la economía política alemana y con el *socialismo de cátedra*, son explícitas en las *Notas marginales* antes citadas, y podrían resumirse casi en los mismos puntos que la *Crítica al programa de Gotha*, lo que muestra la distancia de Marx frente al discurso genéricamente socialista. Son éstos de nuevo el concepto de trabajo, el problema del Estado, y la cuestión del método. Como postura de conjunto, el rechazo de que haya jamás imaginado *sistema socialista alguno*, cosa imposible pues, de darse, el socialismo solo podría ser el resultado del propio movimiento obrero.

<sup>9</sup> *Nachgelassene Briefe...*, *op. cit.*, T. 3, pp. 394-395. La nota se encuentra ciertamente en *El Capital*, T. I, OME, 40, p. 349 y OME, 41, p. 259. En cuanto a Rodbertus, Marx incluye en su obra una referencia a él bastante positiva, que es corregida por Engels en la 3ª ed. (1883). Según Marx, «pese a su falsa teoría de la renta de la tierra, el escrito de Rodbertus penetra en la esencia de la producción capitalista». Engels añade que eso es una muestra de la benevolencia de Marx frente a las «vulgaridades ideológicas» de sus contrincantes, OME, 41, pp. 168-169.

<sup>10</sup> Ver a modo de ejemplo la divertida burla de la tesis de Roscher sobre el trabajo productivo en su digresión en torno a la productividad social del delincuente, quien produce no solo delitos, sino además el derecho penal, el profesor que lo da, los libros de texto, la policía, la justicia, alguaciles, verdugos y un largo etc. «Solo la tortura ha dado origen a los inventos mecánicos más ingeniosos y en la producción de sus instrumentos ha dado ocupación a una masa de artesanos honrados». *Teorías sobre la plusvalía*, OME, 45, p. 406-407.

El concepto de *trabajo* afecta a un punto fundamental pues tiene que ver con la teoría de la plusvalía y con el propio concepto de valor. Evidentemente los economistas alemanes critican la teoría marxiana desde el supuesto de que el concepto general de valor es el de valor de uso y que el valor de cambio no es más que el resultado de que ese valor de uso en determinadas condiciones históricas no esté al alcance de los consumidores particulares.<sup>11</sup> Por eso el aspecto básico de la famosa *cuestión social* es la falta de adecuación entre producción y consumo, pues no es que falten recursos, lo que ocurre es que las mercancías disponibles son demasiado caras para que el sector social cuyos recursos dependen únicamente del trabajo pueda acceder a ellas. De alguna manera la sociedad –recuérdese la opinión de Schäffle– sería un conjunto orgánico dotado de cierto equilibrio. La producción industrial capitalista habría destruido ese equilibrio orgánico siendo la *cuestión social* la manifestación del desequilibrio introducido.

Ahora bien, los efectos del desequilibrio son socialmente importantes en cuanto que obligan a una parte de la población a vivir bajo mínimos (problema de la miseria), ya que no puede acceder inmediatamente a los bienes de subsistencia –como sí ocurriría en una economía agraria– sino solo mediadamente (a través del mercado), al haberse transformado todos los recursos en mercancías, pero a la vez, dada la exigüidad de los salarios carece de los recursos monetarios para comprarlas. Pero a la inversa, una vez producido el desequilibrio, no podría darse *reconciliación* artificial alguna –de ahí su diferencia con Lassalle en el tema de las asociaciones productivas– sino que cualquier forma de solución precisaría de un largo proceso histórico. En su respuesta a Lassalle también Rodbertus le había explicado que «el desarrollo de la sociedad no tiende a hacer a los trabajadores capitalistas y terratenientes... sino a disolver la posesión de la tierra y el capital. Pero no se asuste... sobre esta perspectiva que quizá tardará 500 años no hay que llamar la atención del profano».<sup>12</sup> De momento bastaba con poner la

---

<sup>11</sup> No se olvide que para los mercantilistas el valor de las mercancías venía definido por su *utilidad* de modo que para ellos lo que Marx llama el valor de uso o utilidad de la mercancía marcaba su precio. Por el contrario para Marx, como para la economía clásica, los precios de las mercancías no vienen determinados por la utilidad sino por la cantidad de trabajo que contienen, o sea, por el valor de cambio.

<sup>12</sup> *Nachgelassene Briefe...*, *op. cit.*, T. 6, p. 328.

*cuestión social* en primer término, buscando formas políticas de paliar el desequilibrio.

Desde una perspectiva socioeconómica se entendería por equilibrio el hacer coincidir oferta y demanda –producción y consumo–, nivelando los desajustes producidos por un aumento o disminución excesiva, o, lo que es más importante, se trataría de impedir el desarrollo dejado a sí mismo, el desenvolvimiento espontáneo de la sociedad (mercado) capitalista, que es el auténtico origen del problema. Lo curioso del caso es que Rodbertus no admite que ambas esferas puedan llegar a adecuarse nunca totalmente, es decir que *división del trabajo y división de la propiedad* (en el sentido de fuente de renta) puedan llegar a equipararse; por tanto, sea la que fuere la forma del reequilibrio, el trabajador nunca podrá obtener el producto íntegro de su trabajo pues siempre deberá atender a la subsistencia de los propietarios en tanto no se hayan extinguido por sí mismos.

En consecuencia, la fórmula propuesta es una utilización del crédito estatal «para desgravar al empresario si el salario queda fijado de tal modo que se asegura su aumento con el aumento de la productividad», de modo que los salarios puedan aumentar con el aumento de la productividad sin que se reduzcan los beneficios. Esa propuesta entronca con su investigación de qué sea el capital o, dicho en terminología marxiana, en qué condiciones el dinero actúa como capital, investigación que Rodbertus pone en relación con el problema de la tierra y de la renta de la tierra, incluyendo de algún modo la producción agraria en el conjunto de la reproducción económica capitalista. Así es interesante notar que es uno de los primeros en observar hasta qué punto es imposible tratar a fondo los problemas de la industrialización capitalista sin tener en cuenta la agricultura. Pero por eso mismo, como le señala a Lassalle, es imposible una solución de la famosa *cuestión social* inclusive a través de las asociaciones productivas, si éstas no se extienden al campo, lo que implica *la expropiación del suelo*.<sup>13</sup>

A pesar de su interés la mayoría de sus textos económicos quedaron inéditos y solo con su publicación póstuma en los ochenta alcanzaron cierta popularidad en los círculos socialdemócratas. Fue en esa época tardía cuando personajes como Max Quarck, Carl August Schramm,

<sup>13</sup> Ídem, *op. cit.*, T. 6, pp. 316, 328.

Conrad Schmidt y Max Schippel, todos ellos colaboradores de temas económicos y sociales en los primeros años de *La Nueva Época* (1882 y ss.) los difundieron como alternativa frente al *dogma Marx*. Schäffle o Brentano, y no digamos A. Wagner, editor de parte de los póstumos, le llenaban de alabanzas. Mientras que Engels se burlaba de esa *charla de papagayo*: su insistencia en haber sido el primero en descubrir el concepto de capital y en el plagio de que habría sido objeto era motivo más que suficiente para que Engels decretara su nulidad teórica y política.

Como es sabido, para Marx en términos generales un reparto *equitativo* de los productos del trabajo –cosa diferente, por cierto, de la adecuación entre producción y consumo–, y más por vía legal, es imposible, pues si se entiende el sistema económico mundial como un conjunto de interrelaciones, son posibles combinaciones diversas entre salario, productividad y plusvalía, todas ellas compatibles con que a la larga el sistema se reconstituya y que el aumento de la riqueza en manos de unos haga que aquéllos otros que se han quedado igual o que han aumentado ligeramente se hayan vuelto más pobres. Es decir, aunque en determinados casos sea posible que los salarios aumenten con incrementos de la productividad sin disminuir los beneficios como se indica en *El Capital* –básicamente al aumentar más la productividad que los salarios lo que disminuye los costos y desvaloriza la propia fuerza de trabajo– este punto no afecta a la reproducción de la desigualdad económica, ya que en último término es siempre el nivel global el que determina los niveles relativos de riqueza y de pobreza y de aumentarse la escala de la producción, la desproporción es todavía mayor. Lo mismo ocurre con la producción y el consumo, puesto que parte del consumo mantiene o aumenta la escala de la producción, de modo que el consumo de los asalariados representa solo una pequeña parte del consumo global, cuyos niveles pueden oscilar sin introducir cambios significativos en el conjunto del ciclo económico.

Así pues en puros términos *económicos* el problema de la *cuestión social* no existe, pues hacer de la miseria obrera el índice de algún tipo de desequilibrio significa seguir entendiendo la industrialización capitalista como resultado de la ruptura de alguna armonía anterior, que no es otra que la pretendida armonía del «viejo régimen», de carácter apologético. Para Marx la *miseria moderna* acompaña la proletarianización del trabajo en la sociedad moderna capitalista, pero lo que plantea es el

problema teórico de cuál sea el lugar y la función de ese trabajo proletarizado y miserable en el conjunto de la reproducción económica de la riqueza. Su análisis se orienta así hacia los problemas de la reproducción económica en la que esta miseria es funcional, mucho más que a su mera elucidación ideológica.

Ese planteamiento tiene sin embargo su dificultad y es que impide responder con fórmulas inmediatas a problemas candentes. Ciertamente tampoco Lassalle confiaba excesivamente en su propuesta de las asociaciones productivas, pero era una buena salida política y un eslogan propagandístico eficaz. Y por eso permaneció en el discurso socialista durante decenios, no solo, como pensaba Engels, por la influencia nefasta del lassalleísmo, sino porque ofrecía una respuesta aparentemente coherente a los problemas del momento, aunque resultara imposible de implantar.

Dada su calidad teórica o si se prefiere su lucidez, Marx era totalmente contrario a ese tipo de fórmulas que aparentemente resuelven los problemas, cuando en realidad los enmarañan todavía más, pues solo ofrecen sustitutivos ilusorios. Pero su análisis detallado, concienzudo y prolijo, le ponía en la difícil situación de no poder responder con palabras escuetas y sencillas a las propuestas de Lassalle, ya que explicar el carácter falaz de su fórmula al nivel en que lo quería hacer implicaba desarrollar el proceso económico inmanente de reproducción del capital. «En lo que se refiere a los lassalleanos –dice Marx en carta a Engels– trato el tema de las cooperativas en el T. II, y pienso que solo entonces será el momento de referirse a Lassalle, pues habrá una ocasión directa»<sup>14</sup> es decir, en el conjunto de la articulación de la producción-reproducción capitalista. Pero por el momento su silencio podía ser fácilmente interpretado como asentimiento.

Tampoco Rodbertus estaba de acuerdo con la fórmula lassalleana de las cooperativas de producción, pero por razones de psicología social. Según él, de darse un sistema de propietarios colectivos, la competencia entre ellos sería todavía peor que la competencia entre individuos, ya que «las personalidades colectivas, que llevan una vida más dura que los individuos, tienen también un egoísmo todavía más tenaz y endurecido». Así las asociaciones productivas no podrían resolver el

<sup>14</sup> Carta de Marx a Engels de 25 de enero de 1868, MEW, 32, p. 24.



problema de la adecuación de los diferentes niveles productivos (entre otros producción y consumo) pero además sería un caos, «cada trabajador querría intervenir en esas empresas constitucionales», lo que es «algo horroroso de imaginar»; la economía se destrozaría. La *economía asociada* es imposible y no digamos la «propiedad colectiva que los socialdemócratas pretenden y que llevaría, todavía a peores injusticias que la propiedad individual».<sup>15</sup>

Ahora bien, si la economía asociada es imposible, la idea de que los propietarios vayan desapareciendo paulatinamente no le parece descabellada. E incluso cabría decir que la historia tiende a la realización del socialismo o a la disolución de la propiedad. De ocurrir eso, permitiría que los trabajadores pudieran obtener el *producto íntegro de su trabajo* o salario natural,<sup>16</sup> pues no tendrían que proveer a los propietarios que habrían desaparecido. Mientras tanto habría que procurar –se supone que en nombre de la justicia y para evitar males mayores– que salario real y salario natural se adecuaran lo más posible, hasta que la propiedad privada se extinguiera. Según Rodbertus con 200 años sería suficiente.

Se advierte que mucho es lo que separa a Rodbertus de Marx y de Lassalle, aunque más que en sus respectivas concepciones económicas, o además de en ellas, sus divergencias se condensan en su negativa ante cualquier acción revolucionaria. Ésa es la razón de que no se afiliara a la *Asociación General de Trabajadores* (ADAV) con Lassalle y de que rechazara las tesis de Marx: «mezclar la *política* con objetivos económicos, por muy radical que sea esa política, retrae a muchos *socialistas conservadores* y, por otra parte, en el torbellino de la revolución la cuestión social no se puede resolver. Una revolución sería como si se quisiera separar con una fuerza mecánica un saco de grano; contra ello se revuelve la *naturaleza* del Estado que se ha vuelto muy orgánico».<sup>17</sup>

Ese socialismo, y no hay duda que Rodbertus se consideraba tal, necesitaba la intervención del Estado, pues solo él podía regular el complejo entramado económico de la vida social. En sus cartas a Lassalle Rodbertus señala claramente que ninguna economía socializada que se deje a la espontaneidad de los «sujetos colectivos» va a ser viable sin

<sup>15</sup> *Nachgelassene Briefe...*, *op. cit.*, T. 6, pp. 316 y 364. *Briefe...*, *op. cit.*, p. 100.

<sup>16</sup> Ídem, *op. cit.*, T. 6, p. 352.

<sup>17</sup> *Briefe...*, *op. cit.*, p. 140.

el poder del Estado. Aunque el Estado del que está hablando no es el Estado político constitucional moderno, sino la vieja forma de Estado comunidad del pueblo, la expresión de cuya voluntad es el Derecho natural y no la mera mayoría numérica expresada en el voto. De ahí que una la perspectiva socialista con el rechazo del Estado moderno representativo basado en el sufragio universal, y se pronuncie muy críticamente contra cualquier conjunción de *lo social y lo político*.

Con todo, había también un problema de táctica: una formulación como la de Lassalle que daba tanta importancia al sufragio universal pero incluía cuestiones sociales, «excluye a los amigos políticos» (la burguesía, que son enemigos sociales) «y a los amigos sociales» (las capas terratenientes, que están en contra del sufragio universal). Luego desde un punto de vista táctico sería conveniente separar ambos aspectos, convirtiendo la *Asociación General* (ADAV) en una unión de intereses no contrapuestos al sistema.

El momento histórico aconsejaba también cierta prudencia para «no dejarse arrastrar a ninguna vía política-revolucionaria»;<sup>18</sup> estamos en un momento de profunda calma histórica, no hay ninguna posibilidad de revolución, como mucho alguna posibilidad de cesarismo. Mezclar cuestión política y cuestión social, con el objetivo de un movimiento revolucionario, conduciría necesariamente al fracaso. «Las fuerzas revolucionarias de Europa son más débiles que nunca», dice Rodbertus, congratulándose de ello. Y el único camino es insistir en la necesaria intervención legislativa del Estado. «No creo que la cuestión social se acerque a su solución por la vía violenta, revolucionaria... Si la solución no se hace en paz, por convencimiento general, en consenso con las demás clases... preparará el cesarismo».<sup>19</sup> Rodbertus no aclara cómo se pueda conseguir el consenso, pero deja entrever que le parece posible y que en cualquier caso solo él puede constituir la base de la sociedad.

Por el contrario, en su crítica a Wagner, Marx indica explícitamente que por *socialidad* del trabajo no debe entenderse alguna cualidad

<sup>18</sup> «Solo quería pedirle algo de todo corazón: no se deje arrastrar a ninguna vía político-revolucionaria», *idem*, p. 343.

<sup>19</sup> *Ídem*, p. 373. En su correspondencia con R. Meyer, le indica que su negativa a unirse con Lassalle se debía a que había mezclado «lo político» con lo social. *Briefe...*, *op. cit.*, p. 101.

genérica para proveer a todas las necesidades de la humanidad, sino al hecho de que cada trabajo sea capaz de producir algo necesario para otro. El que una mercancía sea «un valor de uso para otro(s)» es lo que le da su carácter de «valor de uso social». Rodbertus, y con él el conjunto de la llamada «economía vulgar», hace abstracción de ese valor-de-uso-para-otros (valor de uso social de la mercancía) y lo reduce a su rasgo común entificándolo como valor de uso social, es decir, piensa de nuevo la sociedad como un todo y no como un conjunto de relaciones de alteridad, algunas de las cuales son contradictorias: uno trabaja para sí mismo en la medida en que trabaja para otro(s) pero no para todos («la sociedad»), lo cual no es posible. El trabajo general social no es de nuevo más que una abstracción y el que esté representado o gestionado por el Estado, no le añade nada, quizá solo la ilusión de eliminar el problema.

Marx subraya que «donde el Estado mismo es productor capitalista, como en la producción de las minas, los bosques, etc., su producto es mercancía y por tanto tiene el carácter específico de cualquier mercancía»,<sup>20</sup> negando la posibilidad misma de un «socialismo de Estado», o como dirá Engels posteriormente, en un tono más despectivo: *¡Socialismo de Estado, pues qué hermoso socialismo!* En términos estrictos un socialismo de Estado es una imposibilidad, una ilusión, cuyo único objetivo está en escamotear las auténticas relaciones de clase. Recuérdese su teoría clásica en este sentido: donde hay Estado, hay dominación de una clase por otra, y si no hay dominación, el Estado como poder político superpuesto desaparece.

Por último, la discusión en torno al método pone de relieve el origen de una parte de esa confusión. Rodbertus criticaba a Lassalle su hegelianismo, o sea su dialéctica, a la que oponía un método que podríamos llamar positivista, pues estaría basado en el análisis de los hechos por medio de abstracciones, con su buena dosis de material estadístico. Si critica la dialéctica es porque ésta «no es, ni mucho menos, un instrumento para hacerse con la verdad, sino un arma para blandir contra el contrario»; como método tiene escaso valor heurístico, aunque encierre una potente capacidad político-práctica.<sup>21</sup>

<sup>20</sup> MEW, 19, p. 371.

<sup>21</sup> *Nachgelassene Briefe...*, op. cit., T. 6, p. 318.

Pero en su cercanía al positivismo Rodbertus compartía con los *socialistas de cátedra* y con los economistas alemanes, independientemente de sus diferencias en otros aspectos,<sup>22</sup> la concepción ontológica de la historia implícita en esa corriente (y en el historicismo) que permite distinguir entre *lo natural* o sea lo permanente en los seres humanos y lo *histórico*, es decir lo cambiante. Mientras que en las *Notas marginales*, Marx critica la aplicación de esta distinción a la teoría del valor, de modo que el valor de uso fuera el valor natural y permanente, y el valor de cambio el histórico o cambiante, o mejor dicho el carácter cambiante de aquél. Cuando en realidad el tal valor natural (valor de uso), no es más que una abstracción de lo histórico, digamos que el rasgo permanente en lo histórico que atiende a la capacidad de algo para satisfacer necesidades (fisiológicas) y el valor de cambio, considerado *lo histórico*, expresa algo que también se da siempre (el que unos trabajen para otros), pero que en las sociedades primitivas queda oculto en la forma social inmediata del trabajo común.

Por el contrario, en las sociedades capitalistas, el hecho de que los valores de uso sean «valores», o sea objetivaciones del trabajo, desaparece<sup>23</sup> en su forma natural puesto que el trabajo común desaparece y hace necesaria una específica forma de valor, alguna forma de expresarse el ser-productos del trabajo humano. A su vez el trabajo humano es internamente trabajo diferenciado (unos trabajan para otros) y solo como tal puede ser «trabajo social común» (nadie trabaja para todos). La unidad es ahí de nuevo una abstracción, o sea «una palabra».

Por eso Marx señala que su método es enteramente distinto, es un método «analítico» (constructivo),<sup>24</sup> no historicista, que no parte de definiciones y no parte, por tanto, del hombre y de sus pretendidas o reales necesidades, ni tampoco de una definición del valor como

<sup>22</sup> En relación con la reunión de los socialistas de cátedra en Eisenach en 1872, en la que se fundó el *Verein für Sozialpolitik*, Rodbertus afirma: «Con algunas excepciones eso es socialismo azucarado», *Briefe...*, carta de 17 de octubre de 1872, *op. cit.*, T. 1, p. 245. En una carta anterior había indicado que «esos señores son utilizables como vehículo, cuando menos para sembrar dudas sobre la imposibilidad de Mánchester», es decir, del liberalismo, *ídem*, p. 233.

<sup>23</sup> En textos posteriores quedará explícito cómo ese trabajo común en su forma natural se refería al trabajo realizado conjuntamente en la familia o en las comunidades tribales, de modo que el apelativo de «natural» es tema de debate.

<sup>24</sup> MEW, 19, p. 371.

substancia adherida de modo más o menos misterioso a las mercancías. Como no se cansa de repetir, el trabajo es «una actividad» y como tal «no tiene valor», lo que no excluye que en condiciones de ejercicio «social» (agregado), pero «individual» (competitivo), el producto de la actividad laboral conjunta y a la vez separada, adquiera la «forma de valor», es decir el carácter de una sustancia adherida a los objetos de modo más o menos natural o espontáneo. «De esa forma —señala Marx en *Teorías de la plusvalía* (1861-1863)— el capital se convierte en un ente totalmente misterioso» (p. 411). El perderse en esta «mierda» como la solía llamar en su correspondencia privada, es lo propio de la economía vulgar y, en la medida en que lo es, de la economía política alemana.

Ahora bien, si insiste tanto en el método es porque se trata de mostrar cómo el punto de partida prescinde de definiciones para situarse en «un periodo social económicamente dado». La cuestión se reduce a averiguar por medio de qué mediaciones unos trabajan para otros, más que a explicar que en último término todos trabajan para todos, lo que en tanto exista división en clases es totalmente falso, pues siempre hay algunos que no trabajan y que, sin embargo, se apropian, y en mayor medida que los demás, de lo producido por los otros.

Ni tampoco le interesa, como sí le interesaba a Rodbertus o a Lassalle un estudio histórico de las diferentes formas históricas de una misma relación, por ejemplo del capital,<sup>25</sup> pues da por supuesto que determinadas relaciones son específicas de una determinada formación social (por ejemplo «capital» o «salario») y el uso de las mismas palabras para relaciones distintas, específico precisamente de su carácter ideológico, permite averiguar muy poco sobre las relaciones reales que en ellas se denotan, más bien al revés, es un elemento fundamental de su encubrimiento. Así pues, el presunto positivismo de Marx solo podría estar en su seguridad de que su teoría reproduce la realidad porque permite explicarla, sin entrar cuando menos en la propia articulación de su discurso en la necesaria distancia entre un modelo teórico de explicación

---

<sup>25</sup> Ver la crítica de Rodbertus a Marx: «No se podrá exponer el concepto de capital con precisión hasta que se compruebe su contenido real en otras situaciones distintas del mundo («formaciones sociales», como Marx las llama correctamente), o sea, la antigua, en la que hay todavía propiedad humana, la moderna, en la que hay propiedad del suelo y del capital y en otra ideal, en la que solo hay propiedad de los ingresos», *Briefe...*, *op. cit.*, T. 1, p. 99.

de lo real, incluso en el caso de que sea verdadero, y «lo real» mismo. El problema del método consiste precisamente en que, como dice significativamente en una de las cartas a Kugelmann «realidad y conocimiento *no* coinciden».<sup>26</sup>

Esa distinción, que será tematizada en la famosa Introducción de 1857 marca su profunda distancia del positivismo, pues «realidad» y «conocimiento» son dos niveles distintos y solo en una concepción ingenuamente hegeliana puede confundirse el discurso sobre lo real con la realidad misma. En Engels un uso meta-teórico que prescinde de esa diferencia da a sus explicaciones un mayor carácter de interpretación y contribuye a cerrar el edificio del marxismo.

En suma, por debajo de la polémica de Marx con Rodbertus y con la economía política alemana, lo mismo que en la polémica con Lassalle, está el problema del marxismo como teoría crítica de la revolución. En otras palabras, la idea de que realidad y discurso no coinciden, sin ser absolutamente dispares, sino que entre ambos existe una relación «mediada», en tanto que las «palabras» (conceptos) reproducen relaciones reales pero en la cabeza de los pensantes y, por tanto, en cuanto discurso tienen una historia (genealogía) diferente —a veces incluso contrapuesta— a la de las relaciones que tematizan. El que no sea pura invención estriba en que ese discurso está entrelazado con percepciones de lo real que elabora (sensaciones, impresiones, intuiciones, previsiones, deducciones, pronósticos, etc.) en el marco de una construcción teórica determinada. Que los individuos humanos tengan que construir modelos teóricos de comprensión de lo real para poder comprenderlo teóricamente es de nuevo una tautología. *Si la realidad y el pensamiento se adecuaran directamente, la teoría no sería necesaria* dice Marx, precisamente en plena elaboración de ella.<sup>27</sup>

No hay pues nunca un discurso teórico que reproduzca no-teóricamente, sino «vivamente» la realidad existente, o de haberlo es un mal discurso pues elimina precisamente el espacio de la crítica que es equivalente al espacio de la teoría. Es decir, o ese espacio se elimina,

<sup>26</sup> Cartas de Marx a Engels de 27 de junio de 1867 y de Marx a Kugelmann de 11 de julio de 1868, MEW, 31 y 32.

<sup>27</sup> Introducción a los *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie, Manuscritos económicos de 1857/1858*, MEGA, 2ª ed., II, 1/1, pp. 17 y ss.

identificando el discurso con lo real, en cuyo caso tenemos una teoría legitimadora o se investiga la discrepancia, en cuyo caso tenemos *prima facie* una teoría crítica; una teoría neutral no es en ningún caso posible al menos si es análisis de lo real y no mero juego de palabras. Por el contrario, un discurso que juega con la dialéctica, como el kautskyano o el lassalleano, cierra también el espacio de la crítica, pero no positiva (por mera identificación de discurso y realidad) sino *negativamente*, por identificación del discurso con aquellas tendencias todavía no expresadas pero presentes y no perceptibles aunque se presientan, que le da un cierto contenido escatológico.

La idea marxiana de los diferentes niveles de la realidad y de que «lo aparente» no agota «lo real» —de raíz hegeliana— si bien forma parte de ello, se transforma en la fórmula, inducida por Engels, de que «lo real» es lo «no aparente», y «lo aparente», mera ilusión. Eso da lugar a una teoría unilateral de la negación, como es en gran medida la kautskyana. Que el planteamiento de Marx no era sin embargo universalmente compartido, ni quizá fácilmente asimilable, lo prueban no solo las críticas de *El Capital* que se centran en la cuestión del método y que motivaron el epílogo a la segunda edición, sino el rechazo del libro entre otros por Rodbertus, que vieron en él solo una «polémica contra la *actual forma del capital*», pero en ningún modo «una investigación» sobre él.

Frente a Marx, Rodbertus ocupaba una posición intermedia en el socialismo de la época. Para los socialistas de cátedra marcaba el límite de lo admisible en materia de socialismo, pues a pesar de que su contribución económica ofrezca ciertas dudas, puede considerársele, al menos en el ámbito germano, el «Ricardo del socialismo económico» y el «creador del socialismo alemán».<sup>28</sup> Éste, claro está, no puede ser otro que un *socialismo de Estado*, no necesariamente en el sentido bismarkiano pero, cuando menos, que conciba la sociedad como un todo dirigido por el Estado, por medio de cuya legislación puede implantarse o desarrollarse.

Por eso, no deja de resultar llamativo que precisamente en el periodo de excepción, estos textos, aunque estuvieran avalados por la correspondencia de Rodbertus con Lassalle publicada en 1878, se presenten como una alternativa frente al socialismo marxista, quizá porque ante la

<sup>28</sup> *Schriften...*, *op. cit.*, introducción de A. Wagner, p. XXX.

insistencia de estos últimos en que la historia hace inevitable un cambio revolucionario, por el momento imprevisible, peligroso y difícil de concretar, un socialismo que defiende la equiparación de los trabajadores por vía legal como única posibilidad de solución para sus males en la sociedad «moderna» aparecía como vía de salida.

El propio Wagner, editor de los textos, no acababa de entender cómo una teoría tan incompleta despertaba tantos entusiasmos. Para su asombro incluso tenía que defenderse ante los *rodbertusianos*, según los cuales en su antisocialismo estaba escamoteando los papeles de Rodbertus. Cuando lo cierto es que no había más. Rodbertus no era el gran economista que ellos necesitaban, no por mala voluntad de su editor, sino porque lamentablemente su teoría social no estaba tan definida como muchos hubieran deseado. Entre tanto Engels se afanaba en la edición de los múltiples e ilegibles manuscritos de Marx, que debían hacer del «socialismo marxista» el único socialismo posible.

El otro problema es la cuestión del Estado. Estado, como sociedad, son siempre conceptos generales, conceptos abstractos, proclives a la ideologización, que eliminan el carácter de ser-para-otro que tiene constitutivamente lo social, diluyendo las diferencias en una unidad hipostatizada, de alguna manera representada en las palabras, instancias o instituciones. Mientras que un pensamiento dialéctico como es el de Marx, exige entender que lo general es siempre la forma abstracta de relaciones de alteridad, en las que esa alteridad desaparece produciéndose una reunificación ilusoria. En Marx ése es un rasgo que caracteriza su dialéctica frente a la de Hegel, para quien la alteridad no es más que un momento de la identidad. Otra cosa es que en la medida en que el universo no es más que un complejo conjunto de interrelaciones (*Zusammenhänge*), el entrelazamiento universal esté de algún modo presente en todas ellas y presupuesto en el análisis, pero la realización o al contrario la eliminación de las interrelaciones se vehicula a través de las relaciones mismas. El mundo no es una unidad dada sino un complejo proceso de interrelaciones que potencian o aniquilan su misma unidad.

Lo mismo ocurre con la historia. Nada más lejos de la concepción que Marx presenta de la historia que entenderla como un proceso unitario de desarrollo del género humano, según el viejo modelo kantiano



e ilustrado.<sup>29</sup> Pero la historia tampoco es un conjunto casual de azares, sino que tiene una lógica que no es la del triunfo a toda costa de la identidad, sino la de un proceso complejo en que «las generaciones presentes heredan de las anteriores los capitales, materiales y fuerzas productivas que constituyen su punto de partida» (*La ideología alemana*, pp. 40 y ss). En determinadas condiciones sociales esa herencia puede constituir una auténtica losa de la que es preciso liberarse por medio de una revolución. Pero en sí misma, la revolución no es «necesaria», sino posible y previsible y solo evitable en la medida en que unas clases sociales sean capaces de cargar sobre las otras los costes negativos de su dominación. Según dice Marx en *El Capital* el único fundamento natural de la explotación capitalista es «la ilimitada capacidad de uno para cargar sobre otro su propio trabajo necesario»; determinadas estructuras económicas, sociales y políticas refuerzan hasta cotas inauditas esa ilimitada capacidad.

Un resto de racionalismo obliga, sin embargo, a Marx a pensar que el proceso de cargar sobre los demás los efectos negativos de las actuaciones propias, las externalidades negativas, en terminología sociológica moderna, tiene determinados límites, dada la progresiva socialización de la producción, que hace que unos dependan de otros (trabajen para otros) de modo no personal sino institucional, lo que impide ciertos excesos; por otra, el hecho de que es pensable una cierta racionalización de la economía, es decir, de las relaciones entre los hombres y su medio; por último dada la imposibilidad de un control demográfico absoluto que adecúe totalmente la oferta de mano de obra a las necesidades de la producción. Dada la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, ese cambio es de alguna forma «inevitable», es decir, no puede impedirse ni la socialización, ni la asalarización progresiva de los trabajadores, ni la complejización (tecnificación, cientifización, etc.) de la producción, sustituyéndola por formas artesanas de trabajo individual intercambiable, de modo que de seguir la ley inmanente de la producción capitalista que es el aumento de la productividad y la ampliación de la escala de la producción con reducción simultánea de la mano de obra empleada, al menos algunos deberán verse privados de su subsistencia e incluso

---

<sup>29</sup> En mi opinión, Marx no entronca con la concepción kantiana de la historia, sino que es en Hegel donde descubre la historicidad de las instituciones sociales. Ver en mi anterior trabajo, *El concepto de libertad en la obra de K. Marx*, Madrid, 1984.

de toda posibilidad de obtenerla por medio del trabajo, en el marco de una inusitada riqueza.<sup>30</sup>

Tales contrastes piensa que se harán insoportables a la vez que la existencia de formas de solidaridad y de cooperación en el trabajo socializado incidirán en el mismo sentido, sin caer en la cuenta de que las tendencias desestructuradoras del capitalismo afectan también a los trabajadores y a su capacidad para un movimiento solidario alternativo, llegando a parecer utópica la idea de una producción que no explote indefinidamente y en proporciones crecientes los elementos naturales, tanto los hombres como la tierra.

Por último, en cuanto a las concepciones epistemológicas, para Marx no hay nunca una forma inmediata de representación de los procesos reales, ni en lo teórico (ideas, discursos,...) ni en lo práctico político (formas institucionales del trato social: leyes, instituciones,...), sino que la forma representante es siempre, por un lado, herencia de formas anteriores con las que mantiene una cierta relación histórica (genealógica). Por otra, es representación de relaciones existentes, y por tanto, en cierta medida diferente e incluso incongruente con ellas. Son «malinterpretaciones de formas antiguas», pero «la forma mal interpretada es precisamente la general y, en un determinado nivel de desarrollo de la sociedad, utilizable (y utilizada) como uso común».<sup>31</sup>

Lo interesante no es, pues, rehacer la historia del buen uso de las formas de representación, que será en el mejor de los casos algo útil para eruditos (véase Kautsky y su obsesión por una historia auténtica del socialismo), sino analizar cómo esa forma de representación, esa manera de decir, reproduce determinadas relaciones sociales, que podrían vehicularse de otra manera. Otra forma de hablar implica pensar de otra manera y pensar de otra forma, no entitativa ni hipostizada, es presupuesto para poder actuar de modo distinto.

En último término, según palabras puestas por Marx en boca de Adam Smith, el gran economista clásico inglés, «el espíritu de la gran mayoría de los hombres se desarrolla necesariamente a partir y por

<sup>30</sup> Ver el análisis de la «caída tendencial de la tasa de ganancia» y sus posibles neutralizaciones, *El Capital*, T. III, Ciudad de México, FCE, 1966, 4ª ed., pp. 213 y ss.

<sup>31</sup> Carta de Marx a Lassalle de 22 de julio de 1866, *Nachgelassene Briefe...*, op. cit., T. 3, p. 375.

medio de sus quehaceres cotidianos».<sup>32</sup> De ahí entre otras cosas, la importancia de las peleas por palabras.

Por el contrario, la cuestión del *plagiarismo*, que fue motivo central de la discusión Rodbertus frente a Marx, resulta una cuestión secundaria, ya que su función no era otra que la de reforzar la «verdad» de la teoría por recurso al argumento de autoridad. A la muerte de Marx no es extraño que éste se convirtiera en un argumento básico para la escuela «marxista», pero también para sus contrincantes (los rodbertusianos o reformistas), pues dependía de quien hubiera copiado a quien para dilucidar su primacía.

Durante toda su vida a Marx le resultó intolerable que sus ideas fueran utilizadas contra él o que sus enemigos se sirvieran de ellas a la chita callando, mientras públicamente no dejaban de criticarlo. Le enfurecía que su nombre y su autoridad sirvieran para amparar determinadas posiciones en el movimiento obrero que no consideraba adecuadas o que sus tesis fueran esgrimidas por gentes a las que consideraba muy lejos de sus puntos de vista. Máxime si además ni siquiera le nombraban. Así a finales de los sesenta criticó airadamente a von Hofstetten, miembro de la *Asociación General de Trabajadores* (ADAV) y colaborador en *Der Social-Demokrat* por haber tergiversado sus palabras sin ni siquiera citarlo en el debate en torno a la jornada de trabajo, de modo que lo que hoy se interpreta como una muestra de la influencia de *El Capital* en el movimiento obrero, él lo denunció como «plagiarismo».<sup>33</sup>

Años más tarde volvería a protestar indignado contra Brentano, el economista antes citado, que le acusaba de haberse inventado una cita de Gladstone, el político liberal inglés, en la alocución inaugural de la Asociación Internacional.<sup>34</sup> Salvar su buen nombre y su reputación, su *independencia* de criterio y su buen hacer, significaba salvar su teoría y con ella la posibilidad de un movimiento obrero alternativo. De ahí sus obsesiones.

<sup>32</sup> Respuestas a Brentano, MEW, T. 18, p. 109.

<sup>33</sup> Artículo «Plagiarismus», MEW, T. 6, pp. 221 y ss. En el texto Marx arremete también contra A. Geib, un eisenachiano-marxista, que tampoco le ha citado. Ver al respecto Stephan, C., *Genossen...*, *op. cit.*, pp. 161 y ss.; Dlubek, R. y Skambraks, H., «Der Einfluss...», p. 233.

<sup>34</sup> *Im Sachen Brentano contra Marx*, MEW, 22, p. 112. En su obra *Meine Polemik mit Karl Marx*, Brentano explica la polémica desde su punto de vista, teniendo gran interés el capítulo 5, Berlín, 1890.

## El *Anti-Dühring* de Engels

La polémica del *Anti-Dühring* se sitúa en el mismo contexto teórico que la crítica de Marx a la economía política alemana, pero está más cercana a las demandas ideológicas del movimiento socialista y se entremezcla con los problemas políticos y estratégicos del periodo de excepción, incidiendo con fuerza en la consolidación del marxismo. Engels tenía una mentalidad más práctica que Marx y otra forma de abordar los problemas, más metateórico en la teoría, más pragmático en la práctica, menos crítico frente a sus propias interpretaciones, que toma a menudo por mero reflejo de la realidad. Era también mejor político y resultaba más fácil de abordar pues seguía con mayor atención la práctica cotidiana de los partidos obreros.

En los años sesenta Engels había observado a distancia al movimiento obrero alemán, del que no acababa de fiarse. Suyas son las expresiones más sarcásticas, cuando a raíz de la ruptura con el *Socialdemokrat*, el periódico de la *Asociación General de Trabajadores* (ADAV), los de Lassalle les expulsaron a él y a Marx del movimiento socialista.<sup>35</sup> Tenía además fuertes reservas frente a esa especie de cartismo-conservador y temía su sectarismo.

«Date cuenta» le dice a Marx, «que esos cabezas duras dirán qué quiere Engels, qué ha hecho en todo ese tiempo, cómo puede hablar en nuestro nombre y decirnos lo que debemos hacer, el tipo está en Mánchester y explota a los trabajadores, etc. Me da absolutamente igual, pero ocurrirá así y se lo tenemos que agradecer al barón Itzig (Lassalle)».<sup>36</sup> La primera tarea era pues contrarrestar a Lassalle.

Eso explicaría su especial insistencia por difundir en Alemania las tesis de *El Capital* y los esfuerzos que desplegó para que la obra fuera leída y comentada. Desde el mismo momento de la aparición del libro (1867), Engels se lanzó a una actividad de difusión y de explicación de su contenido, que dio como resultado numerosas reseñas y un esquema que le sirvió para su trabajo de divulgación en el *Volksstaat*.<sup>37</sup>

<sup>35</sup> «Hoy he visto *Der Social-Demokrat* con el cómico artículo en el que nos excomulgan» comenta a su amigo en carta de 6 de marzo de 1865, MEW, 31, p. 93.

<sup>36</sup> Carta de 13 de febrero de 1865, MEW, 31, p. 69.

<sup>37</sup> Entre sus múltiples reseñas destacan las que escribió para la revista *Zukunft* (1867), la *Rheinische Zeitung* (1867), *Elberfelder Zeitung* (ídem), *Düsseldorfer Zeitung* (ídem),

Consideraba imprescindible que se hiciera lo antes posible un resumen divulgativo de la obra, pues de lo contrario se corría el peligro de que lo hiciera «cualquier Moses Hess» y lo estropeará. Más adelante Kautsky compartiría con él esa manía divulgadora e incluso la forma específica de abordar los temas económicos marxistas.

En estas reseñas, que enlazan con su artículo de divulgación sobre la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) y se prolongan con una biografía de Marx en 1869,<sup>38</sup> Engels pone de relieve dos cuestiones básicas: primero el carácter socialista o radical socialista del libro que espera ver convertido en la Biblia de todo socialdemócrata y en segundo lugar la historización a la que somete los principios económicos. En cuanto a lo primero Engels deja claro que el hilo conductor de *El Capital* consiste en mostrar que «el capital no es más que trabajo acumulado y no pagado». De ese modo se da una explicación científica del surgimiento del socialismo, es decir de la aparición de una teoría y de una práctica contraria al sistema económico imperante, que ni Fourier, ni Proudhon, ni Lassalle pudieron dar. Esa explicación no recurre a una mitificación del *trabajo humano*, al estilo de Liebknecht, ni a explicaciones psicológicas en torno a la perversidad de los explotadores, sino que al decir de Engels es «científica», pues muestra cómo a los trabajadores parte de la riqueza que producen se les escapa constantemente de las manos dada la estructura del sistema productivo. Lo cual no implica –y ahí Engels se ve enfrentado a la función legitimadora del saber– que su autor Marx, aun habiendo escrito una obra exquisitamente científica, no siga siendo tan revolucionario como siempre, pues precisamente la teoría de la plusvalía, frente a todos los intentos armonizadores de la economía vulgar o economía política imperante en Alemania, subraya

---

*Der Beobachter* (1867, Stuttgart), *Staat-Anzeiger für Württemberg* (idem), *Neue Badische Landeszeitung* (1868), *Demokratisches Wochenblatt* (1868), etc. MEW, 16, pp. 226 y ss. Ver al respecto correspondencia entre Marx y Engels, MEW, 32, pp. 40 y ss. Sobre las reseñas de *El Capital* aparecidas en esta época, Dlubek, R., Skambraks, H., «Der Einfluß...», *op. cit.*, pp. 224-225.

<sup>38</sup> MEW, 13, pp. 468-477 y 16, pp. 361 y ss. En esta última Engels arremete contra Lassalle al que contrapona a Marx. Escrita para el *Volksstaat*, Liebknecht la dulcificó lo que provocó el enfado de Engels. *Volksstaat*, introducción por E. Kundel, *op. cit.*, p. 7. Posteriormente Engels escribió dos nuevas biografías de Marx, una en 1877 y otra en 1892, MEW, 9, pp. 96-106 y 22, pp. 337-345.

la raíz económica de la contraposición de clases.<sup>39</sup> E incluso es más, desde el momento en que su autor no comparte la postura positivista de explicar el funcionamiento del sistema desde la perspectiva de la «necesidad de la explotación» sino al revés, desde la óptica de mostrar las distorsiones que su dinámica produce, Engels sostiene que *El Capital* de Marx es la única explicación científica, o sea objetiva, de la desastrosa condición de los trabajadores en la producción moderna.

En segundo lugar, señala Engels, Marx ha mostrado que las relaciones económicas son históricas y por tanto mudables. Sin embargo, lo que el libro no da, ni puede dar, es «ninguna panacea de un reino milenarista comunista», por lo que es posible que desencante a más de uno, aun estando convencido de la inoperancia de tales construcciones.

Así la distancia entre Marx y otros teóricos socialistas está en que, aun partiendo de la conocida tesis según la cual «el trabajador en la sociedad actual no recibe en bienes el valor íntegro del producto de su trabajo», la conjuga con la idea de que la supresión del capitalismo «repone la propiedad individual sobre la base de las conquistas de la era capitalista, la cooperación de los trabajadores libres y su propiedad común de la tierra y de los medios de producción producidos por el trabajo mismo» (p. 216). Pero sería demasiado fácil pensar que en ésta última el trabajador va a recibir, ahora sí, el producto íntegro de su trabajo, ya que tal formulación ignoraría las características de los procesos económicos mismos. En consecuencia también para Marx, como para cualquier teórico socialista resulta difícil precisar la idea de «trabajo asociativo» como rasgo característico de una sociedad socialista, ya que en él inciden cuestiones concretas como el nivel técnico y por tanto la cantidad de trabajo social necesario, y las condiciones concretas de una transformación socialista.

En el *Anti-Dühring* (1877), Engels se enfrentó con este problema en el marco de la polémica con las tendencias genéricamente socialistas y anarquistas de los «dühringuanos» y tendió a resolverlo de una manera excesivamente abstracta o, mejor dicho, acentuando sin demasiados

---

<sup>39</sup> MEW, 16, pp. 215-216, 226, 301, 316... En el análisis de la jornada de trabajo Engels señala que esta no está fijada «económica» sino «socialmente» y en esa fijación es donde se oculta el poder. Asimismo, en otras reseñas, Engels insiste en que los dos aspectos del libro, a saber, el desarrollo científico (positivo) y las conclusiones (socialistas), son «muy diferentes». Ídem, pp. 262 y ss.

matices el carácter científico del socialismo marxista.<sup>40</sup> Que por «ciencia» no entendía solo el discurso científico-natural normalizado de su época, sino un concepto más o menos hegeliano de «ciencia como saber general», es perceptible pero no está tematizado en el conjunto de la obra, y dado el desprecio existente por Hegel en los medios cultos y el desconocimiento que de él tenían los socialdemócratas, es casi seguro que esta distinción fue apenas percibida,<sup>41</sup> pero además Engels aprovechó el prestigio social de la ciencia en la cultura decimonónica para respaldar la teoría de Marx caracterizada como científica no solo por su objetividad sino construyendo una analogía con las ciencias naturales. Quizá por eso el *Anti-Dühring* fue leído como lo que *no era*, un compendio de verdades elementales, de axiomas primeros de la «ciencia socialista». El atenerse de modo muy estricto a la obra del propio Dühring, que dismantela totalmente, y el tono crítico, irónico y a veces excesivo del texto, hizo lo demás para dejar bien clara la superioridad de la teoría marxista frente a cualquier otra forma de socialismo.<sup>42</sup>

<sup>40</sup> Entre los dühringuianos se encontraban J. Most, E. Bernstein, J. Vahlteich, W. Hasse, L. Viereck y W. Hasenclever. Una mezcla pues de antiguos lassallianos y nuevos radicales. Ver MEW, 33, pp. 12 y ss. También Dowe, D., Tenfelde, K., «La recepción de E. Dühring nel movimiento operaio tedesco intorno al 1870», en *L'AntiDühring...*, pp. 177-202. Para ellos como para H. J. Steinberg «ni siquiera Bracke fue ajeno a la influencia de Dühring» dado que «en los años setenta, la delgada capa ilustrada del partido estaba sobre todo bajo la influencia de la doctrina del prof. de Berlín E. Dühring... que representaba un socialismo radical cuyo objetivo era alcanzar una forma "socialitaria" de sociedad... muy semejante al "estado futuro socialista"». *Sozialismus...*, *op. cit.*, p. 22. También J. Höppner afirma: «De ningún modo todos los socialistas en Alemania participaban de la aversión por Dühring, aunque la mayoría se callaban porque se inclinaban o porque les faltaban argumentos», Engels, *Anti-Dühring...*, *op. cit.*, p. 170. La capacidad de atracción de Dühring en su momento está atestiguada no solo por su influencia en la socialdemocracia, sino en otros sectores más o menos ligados a ella como el propio Rodbertus, que recomienda su lectura o el mismísimo Nietzsche, que se sintió interesado por él. Rodbertus-Jagertzow, K., *Briefe...*, ed. Meyer, p. 24. H. J. Sandhühler, *Materialismus*, *op. cit.*, pp. 200 y ss.

<sup>41</sup> Ver no solo el *Anti-Dühring* sino especialmente el *L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, San Sebastián, Equipo editorial, 1968. M. Vester piensa, por el contrario, que Engels utiliza un concepto tradicional de «ciencia» que no pone en cuestión la división del trabajo y enlaza con las tradiciones ilustradas sobre el carácter emancipador de las «ciencias naturales». «Quando i professori litigano...», *Anti-Dühring...*, *op. cit.*, pp. 80 y ss.

<sup>42</sup> Engels era consciente de que su tono era duro, pero se excusaba por haberle sido encomendada una empresa de este tipo y aducía que la propia agresividad de Dühring le había hecho merecedor de semejante trato. MEW, 34, pp. 239, 217, 218. El mismo

Como sabemos ahora con bastante detalle el *Anti-Dühring* nació de la exigencia del partido del interior, especialmente de Liebknecht, para que Marx y Engels marcaran sus diferencias con las teorías socializantes o anarquizantes de Dühring entonces en boga, con las que decían no estar de acuerdo. Prolonga las viejas peticiones de los años sesenta para que aclaren sus diferencias con Lassalle y con otros padres del socialismo alemán y entronca con las continuas discusiones sobre qué sea socialismo respondiendo así a la necesidad de orientación ideológica del nuevo partido.

El interés por Dühring había empezado a manifestarse en torno a 1874, antes de la unión en Gotha, en un momento en que los dirigentes socialdemócratas eran muy receptivos hacia las diversas doctrinas socialistas, cosa muy coherente con las concepciones difusas que hemos visto. El propio Bebel saludó en el periódico la nueva edición del libro de Dühring *El curso de economía social y nacional* (1873), con un artículo titulado «Un nuevo comunista»; en él se congratulaba de sus posiciones y aunque le criticaba por injusta su apreciación de Marx, no por ello dejaba de señalar que «tras *El Capital* de Marx, la última obra de Dühring está entre lo mejor que nuestra época ha producido en el campo de la Economía». Por lo demás no acertaba a ver ninguna diferencia entre la sociedad «societaria» dühringuiana y la «pura comunista». Meses más tarde el periódico reproducía la defensa de la Comuna, en la que Dühring arremetía duramente contra la represión gubernamental. No había pues ninguna razón para sospechar que ese hombre y su obra fueran enemigos del socialismo.<sup>43</sup>

Por la misma época, Eduard Bernstein describía a Liebknecht encantado el interés que le despertaban los cursos de Dühring, que estaba siguiendo en la Universidad, a los que consideraba «totalmente acordes con nuestras ideas», encontrando en otros líderes y dirigentes como

---

título *La subversión de la ciencia por el Sr. Dühring* no es más que la parodia de un escrito de Dühring, aparecido en 1865, y titulado *La subversión de la economía política y de la ciencia social por el Sr. Carey*.

<sup>43</sup> Artículo de Bebel en el *Volksstaat*, núm. 30, de 13 y 20 de marzo de 1874, recogido en C. Stephan, *Schriften, op. cit.*, T. I, pp. 99-103, y en el núm. 25, de 3 de marzo 1875. Para Höppner, J. la publicación del texto fue obra de Liebknecht, *Engels' Anti-Dühring, op. cit.*, p. 162.



Fritzsche o el famoso Most, nuevos adeptos.<sup>44</sup> No así Liebknecht, a quien lo que oyó en Berlín no debió de gustarle y se apresuró a pedir noticias a Engels. Ni Dietzgen que hay que decir que fue el primero en proponerse escribir algo contra él, aunque tuvo que dejarlo por falta de consistencia. En su opinión el problema en Dühring era el método: «no ha digerido a Hegel», y se enreda en sus propias afirmaciones, mientras que los «hegelianos» (Marx y Engels) explican claramente lo que él solo insinúa. Por el contrario, afirma Bernstein con su perspicacia habitual: «Dühring se diferencia de Marx en que no deduce la opresión política de la económica, sino al revés, y en que no ve el origen del movimiento socialista en el desarrollo de la industria, sino en la Revolución francesa».<sup>45</sup>

En 1874, la *dühringmanía* como la llamaba Engels marca así una línea de diferenciación, entre aquéllos que defienden a Dühring como autor de un esbozo de sociedad socialista y que simultáneamente rechazan que la política socialista pueda ser el objeto de una «ciencia estricta» —entre otros Most, Bernstein, en parte e inicialmente Bebel, Fritzsche— y aquellos otros que piensan que las tesis de Dühring son inconsistentes e incompatibles con el «socialismo marxista», pues en el fondo remiten a posiciones idealistas. Entre los segundos se incluirían Dietzgen y en parte Liebknecht, a quien más que el contenido lo que le preocupa es que difame a Marx.

Por eso se apresura, una vez que Engels le hubo explicado los motivos de su inquina contra Dühring, a pedirle que haga una crítica teórica a fondo de sus posiciones, convirtiéndose en el máximo acicate para

<sup>44</sup> Carta de E. Bernstein a W. Liebknecht de 26 de noviembre de 1874, *Liebk. Corresp. Soziald...*, *op. cit.*, p. 591. En otra carta de la misma época Bernstein asegura a Bebel y a Liebknecht que el prejuicio de Dietzgen contra Dühring se disipará en cuanto vea cómo trata la cuestión religiosa. Ídem, pp. 546-547. Sobre el análisis retrospectivo de Bernstein acerca de este periodo, Steinberg, H. J., *Introducción a la edición del Anti-Dühring*, Hannover, Dietz, 1967.

<sup>45</sup> Carta de Liebknecht a Engels de 13 de junio de 1874: «Eso me recuerda a Dühring. ¿Tenéis motivos para suponer que es un chorizo o un enemigo encubierto? Las noticias que me han llegado sobre él me confirman en la idea de que ciertamente es algo confuso, pero que es honesto y está claramente de nuestro lado». *Corresp. M.-E./L...*, *op. cit.*, p. 190. Cartas de J. Dietzgen a Liebknecht (1874) y a W. Blos, en *Liebk. Corresp. Soziald...*, *op. cit.*, p. 548 y ss. Aun así Höppner, sostiene que «solo cinco meses antes de la aparición del *Anti-Dühring* defendió (Dietzgen) que Dühring se acercaba en sus concepciones generales a la socialdemocracia, porque también desechara la filosofía que se había hecho hasta el momento como “heredera de la religión”», *op. cit.*, p. 166. Ver al respecto Dietzgen, J., *Sozialdemokratische Philosophie*, *op. cit.*, T. I, p. 591.

éste que se resistía a meterse de lleno en semejante asunto. El resultado fue, como es sabido, la publicación de la obra, cuyo carácter polémico rebasó lo pedido por Liebknecht, pero cuya publicación no dudó en defender tanto en el Congreso de Gotha (1877), cuando Most y Vahlteich casi exigieron su retirada, como en otras manifestaciones públicas y privadas.

La polémica no se limitó a los artículos de Engels, sino que levantó gran polvareda y más teniendo en cuenta la personalidad de Dühring y sus relaciones con otros dirigentes. Con su característico olfato, Engels debió darse cuenta del asunto y quién sabe si llegó a pensar que «el gran Hans» (Most), como medio en broma le llamaban, amparado en la teoría de Dühring, conseguiría reforzar en el partido la ya vieja tendencia al socialismo vulgar. También Marx participaba de ese temor: «el “ciudadano”, “pensador” y “socialista del futuro” H. Most prepara una nueva fusión, la nuestra con el Sr. Dühring, de modo que con nuestro nombre, ocultemos sus lugares comunes».<sup>46</sup> El *Anti-Dühring* iba a ser su contribución, la de ambos, para impedirlo.

En las páginas anteriores hemos visto cómo la prensa de la organización seguía con atención las polémicas ideológicas, entre las que la más reciente había sido el ataque del historiador von Treitschke contra Schmoller, al que acusaba de no ser más que un «socialista encubierto». El «caso Dühring» iba a ser todavía más llamativo pues se trataba de uno de los pocos intelectuales «oficiales» que, habiendo estado cercano a los «socialistas de cátedra», tomaba ahora abiertamente partido por la socialdemocracia.

Dühring, también profesor en Berlín, acusaba a los críticos sociales «de la cátedra» de hipocresía «religiosa», pues su comportamiento no concordaba con sus palabras. Pero esa crítica, que políticamente resultaba muy atractiva y le acercaba a los círculos socialdemócratas más

---

<sup>46</sup> MEW, 34, p. 55 y carta de Marx a Engels de 25 de mayo de 1876, MEW, 34, p. 14. En la obra *Lösung der sozialen Frage* escrita bajo su inspiración, Most afirma que lo dicho por Dühring sobre la solución de la cuestión social «es de lo mejor entre lo último que se ha hecho en este campo» y, aunque a Marx no le pone mal, piensa que en último término «no hay una diferencia tan grande entre ellos», *op. cit.*, pp. 21 y ss. Su biógrafo Rocker, R., señala que en este texto, Most se inclina por la propuesta dühringüana de las comunas y empieza a criticar la tesis del Estado popular. *Johann Most*, ed. cast., 1927, p. 85.

libertarios, no se acompañaba de tesis demasiado convincentes desde el punto de vista intelectual, a pesar de su lenguaje radical; de ahí que la aspereza y la sátira de Engels fuera inaceptable para muchos.

El *affaire* terminó con la expulsión de Dühring de la Universidad por los mismos meses en que aparecía la crítica de Engels. Su contacto con los estudiantes y las simpatías que despertaba entre ellos favoreció el que las asambleas estudiantiles, en las que participaban numerosos socialdemócratas y algún que otro diputado, como J. Most, L. Viebeck, K. Höchberg, C. Schramm o M. Schippel le defendieran frente a la administración, aunque sin ningún éxito. Most, que dirigía en ese momento el periódico del partido en Berlín, la *Berliner freie Presse* le apoyó ferviente e incondicionalmente, e incluso le presentó como socialdemócrata y como miembro del partido, cosa que no debía ser muy bien vista en la Universidad alemana de la época —ni de otros tiempos y otras latitudes—.<sup>47</sup>

Tras su expulsión de la Universidad Dühring intentó fundar una academia privada, que despertó enorme entusiasmo en el partido, aunque luego las dificultades derivadas de su carácter, especialmente su autoritarismo y su irritabilidad —Dühring era ciego y eso le hacía todavía más susceptible— impidieran su funcionamiento. Empezó a quejarse de que «algunos socialdemócratas» habían utilizado políticamente su expulsión, sin compartir sus ideas. En los años siguientes hasta su muerte en 1921, Dühring, aislado del mundo intelectual de su época y no digamos del político, es una figura más bien patética.

Sin ser un «socialista de cátedra», Dühring formaba parte por sus teorías económicas de la corriente de la economía política alemana crítica frente a la tradición inglesa. Según él, tras Adam Smith que representaba el momento de esplendor de esta ciencia, la economía política había derivado en Ricardo o Malthus, hacia una economía burguesa pesimista, o bien hacia una teoría económica de carácter socialista, mezclada con pensamientos utópicos (tal es el caso de Owen o Fourier) o fantástico-filantrópicos (como en Proudhon y Blanc). Entre los pocos

---

<sup>47</sup> En carta a Liebknecht de 31 de julio de 1877, I. Auer le comenta que «Most se ha vuelto loco desde que los estudiantes lo adoran» e insiste en que su defensa de Dühring como socialista ha coadyuvado a su expulsión de la Universidad. *Liebk. Corresp. Soziald.*, T. 1, p. 767.

salvables destaca a Saint-Simon y especialmente a Carey, en cuya obra se presentan aquellas medidas que permitirían recuperar la armonía económica amenazada por el librecambismo. Pero a diferencia de Carey, Dühring insiste en que la armonía económica solo es posible si se elimina la «propiedad derivada de la violencia», es decir si se elimina el poder y la violencia que un individuo o un grupo ejercen sobre otro, de forma que puedan desarrollarse *formas societarias* de trabajo en común o cooperativas sociales.

En la medida pues en que Dühring recuperaba aspectos de la vieja idea lassalleana de las cooperativas, tan enraizada en las concepciones socialistas, e insistía en el carácter represivo del poder, viejo lugar común de la ideología revolucionaria, no es raro que encontrara una amplia audiencia entre los sectores socialdemócratas más cercanos a posiciones antiautoritarias o liberal-socialistas, ni es difícil comprender que en ese ambiente la crítica de Engels levantara ampollas. Según Most, Dühring planteaba problemas respecto a la futura organización del trabajo (las comunas económicas) que permitían salvar las lagunas de la obra de Marx, en la que si bien había «una crítica destructiva del modo de producción capitalista... no se formulan propuestas positivas para solucionar la cuestión social».<sup>48</sup> Para Bebel, como puso de relieve en la discusión en el Congreso de Gotha (1877), la posición de Engels, aun teniendo razón, era exagerada pues debía aprovecharse cualquier texto que atacara el sistema y le resultaba totalmente inaceptable que el periódico acogiera una polémica entre Engels y Dühring. Se impuso así una solución de compromiso, que remitía el texto de Engels a las páginas del suplemento.<sup>49</sup>

<sup>48</sup> Artículo de Most «Materialistische Gedanken über die Gesellschaft» en *Die Neuer Social-Demokrat*, núm. 96/15, 98/20, 99/22, agosto de 1875. Cit. por Dowe, D., Tenfelde, K., ídem, p. 189. En *Die Lösung...* se expresa en términos parecidos: «Marx es muy fuerte en la crítica aniquiladora del sistema, pero propuestas positivas para la solución de la cuestión social las hace solo de modo muy marginal, ya que piensa que el socialismo surgirá lentamente de las consecuencias extremas del modo capitalista de producción, como algo normal», *op. cit.*, p. 20. Es interesante notar que, según Mehring, F., un problema análogo se había planteado en la Asociación Internacional (AIT) con relación a Bakunin, que parecía suplir el «idealismo» que a Marx le faltaba, *K. Marx, op. cit.*, p. 415.

<sup>49</sup> Solo Liebknecht tomó en este caso una posición de principios, denunciando que era Dühring quien había atacado a Marx y a Lassalle, a quienes «debemos la base científica del partido», de modo que la respuesta de Engels era inevitable. Liebknecht terminaba además con una frase lapidaria: «A alguien como Engels no se le puede decir cómo

La polémica en el congreso tiende sin embargo a confundir el problema de Lassalle o Marx<sup>50</sup> con el rechazo de los artículos teóricos indigeribles, ilegibles y doctrinarios y con la cuestión fundamental: si puede haber una «ciencia de la política», en el sentido normal de la ciencia decimonónica, es decir precisa, causal-determinista y normativa y en ese caso si la teoría de Marx se corresponde con ese modelo. La relativa autonomía de «lo político» y la dureza de la situación económica y política exigía un discurso quizá más claramente político, incluso verbalmente, que el que Engels ofrecía y hacía difícil conformarse con sus pretensiones de exclusividad.

En cuanto a Marx y Engels, ya en 1868 habían tenido noticia de la existencia de Dühring, a propósito de una reseña que éste había hecho de *El Capital*. Pero en esa época, si bien Engels, más expeditivo, lo calificó inmediatamente de «buen economista vulgar», Marx, más cauto, subrayaba que «es muy correcto» aunque «ha malinterpretado diversas cosas»: «no ha visto... 1. que trato de la forma general del plusvalor, no de sus formas determinadas, 2. que el trabajo tiene también dos caracteres, lo que es todo el secreto de la concepción crítica y 3. que el salario es la forma irracional de apariencia de una relación que se oculta detrás. De ahí sus críticas, pero ya se enterará en el tomo II de lo poco inmediatamente que el valor se determina en la sociedad burguesa». Y Marx termina su carta: «De hecho *ninguna forma* de sociedad puede impedir que de una u otra forma el tiempo de trabajo disponible de la sociedad regule la producción. Pero en tanto no haya un control consciente directo, se está en lo que tu describías en los *Anales franco-alemanes*».<sup>51</sup>

En cartas posteriores, Marx insiste en que el tal Dühring es «un gran filósofo» que precisamente ha escrito «una dialéctica natural» contraria

---

debe escribir, si largo o corto», *Actas del Congreso de Gotha*, 27-29 de mayo de 1877; *Actas*, *op. cit.*, p. 75. El texto del *Anti-Dühring* empezó a publicarse en el periódico *Vorwärts*, donde apareció del 3 de enero al 13 de mayo de 1877, para proseguir luego en el *Suplemento* del 27 de julio al 30 de diciembre de 1877 y del 5 de mayo al 7 de julio de 1878. Sobre la posición de Bebel en este asunto ver entre otros Höpner, J., «Engels Anti-Dühring», *op. cit.*, pp. 159 y ss.

<sup>50</sup> La crítica contra el libro de Engels está enlazada con el reproche de que se está olvidando a Lassalle, cuando en realidad Dühring tenía poco que ver con éste y el propio Most, uno de los dühringianos más enfervorizados, no era nada lassalleano, *Actas*, pp. 65 y ss.

<sup>51</sup> Correspondencia entre Marx y Engels, MEW, 32, p. 8 y 11.

a la «no-natural» de Hegel, con lo que aparece un tema fundamental en toda la polémica posterior que no es otro que la dialéctica, o si se prefiere la cuestión de su valor heurístico, de su eficacia práctica y de su presentación científica. En la carta anteriormente citada, Marx señala que Dühring le equipara a von Stein porque «yo hago dialéctica»,<sup>52</sup> mientras que él, tras su prosecución de la crítica feuerbachiana a Hegel, hace «ciencia».

Según Marx, Dühring habría hecho una crítica filosófica de la dialéctica especulativa de Hegel, pero no habría visto la contrapartida real de esa teoría, es decir no habría percibido relaciones contradictorias en el modo de producción material de la sociedad burguesa ni, por consiguiente, el carácter fetichista de la producción de mercancías y lo que Marx llama, irónicamente, el «misterio» del capital. Y, por tanto, en la medida en que hace ciencia, se adhiere a las posiciones positivistas dominantes que privilegian la teoría del conocimiento como conceptualización de estados de cosas y una concepción entitativa e ingenuamente progresivista de la historia, de modo que, en su presentación de las teorías económicas, parecería que éstas hayan seguido un proceso de perfeccionamiento continuado y progresivo, que le impedía captar las «anticipaciones geniales» de algunos predecesores.

Aun así, Marx se regocija de que le trate tan bien como le trata, de que sea crítico con Lassalle y de que además todo el asunto sirva para dar una buena patada a toda la caterva de académicos de la época. Engels, menos interesado en la cuestión y más malpensado, se limita a anotar que se divierte mucho con la lectura. En los meses siguientes Marx se desinteresa cada vez más del personaje y en los años posteriores desaparecen las referencias sobre él.<sup>53</sup>

El problema reaparece, como hemos visto, a partir de 1874, hasta el punto de obligar a Engels a abandonar lo que se traía entre manos, que no era ni más ni menos que la *Dialéctica de la naturaleza* para lanzarse a un asunto, en el que Dühring representa ahora otra cosa. Engels ve en Dühring un nuevo competidor que, enlazando con los restos de

<sup>52</sup> Carta de Marx a Engels de 11 de enero de 1868, en ídem, pp. 9 y 18.

<sup>53</sup> Carta de Marx a Engels de 4 de febrero de 1868, MEW, 32, p. 30; de Engels a Marx de 11 de febrero de 1868, ídem, p. 32; y de Marx a Engels de 23 de julio de 1868, ídem p. 124.

lassalleanismo, en cierta forma reverdecidos por la unión en Gotha – que para él no hay duda de que significó un serio retroceso–, hagan imposible un partido revolucionario moderno; su socialismo confuso le parecía proclive a tendencias anarquistas, cuyo peligro, más o menos ratificado por algunos intentos de acercamiento entre los bakuninistas jurasianos y los defensores del «Estado popular» alemán, bastaba, tras la experiencia del final de la Primera Internacional, para sacarlo de quicio.

Dada la práctica de Liebknecht de «llenar los huecos de nuestra teoría con cualquier otra cosa»,<sup>54</sup> esas teorías «utópicas» podían tener un espacio, y de hecho lo tenían, en el entramado teórico del socialismo de la época. Marx no solo compartía totalmente la posición de Engels, sino que además le animó a escribir el libro, pues «mi idea –dice– es que solo se puede tomar postura frente a estos tipos en tanto que se critique sin miramientos a Dühring... Liebknecht hubiera tenido que explicar a estos mozos... que hemos renunciado durante años a esta crítica por considerarla demasiado subalterna. La cosa solo empezó a parecer que merecía la pena cuando nos llamó la atención sobre el peligro de una propaganda que debilitaría el partido». Aun así, a él no se le ocurría «ni en sueños» iniciar una polémica con Dühring, aunque estaba dispuesto a ayudar a su amigo.<sup>55</sup>

Y por si fuera poco a ambos les inquietaba la decisión, tomada en Gotha (1877), de crear una revista teórica, que de momento estaría en manos de Most o de gente como Schramm. La iniciativa era interesante en sí misma, pero temían que aumentara el peligro de «utopismo», cuya base no es otra que el que esa gente «no puede esperar a que den las doce», es decir no tiene la paciencia necesaria, por más que pensar hasta qué punto se puede tener la paciencia necesaria en determinadas condiciones sería cuestión harto discutible. Parecía pues llegado el momento de intervenir con fuerza en la confrontación ideológica.

En cuanto al momento político, tampoco se puede ignorar que en las condiciones de después de la Comuna, empezaba a difundirse la idea de que era necesario *pasar a la acción*, lo cual en una situación tan inestable como la alemana, poco antes de la implantación de la ley de

<sup>54</sup> Carta de Engels a Marx de 28 de mayo de 1876, MEW, 34, p. 17.

<sup>55</sup> Carta de Marx a Engels de 25 de mayo de 1876, MEW, T. 34, p. 14 y de Marx a Liebknecht de 7 de octubre del 1876, *Corresp. M.-E./L.*, p. 204. La expresión «esos mozos» está tomada literalmente de la carta anterior de Engels (24 de mayo de 1876) en la que este se refería precisamente a Most, Dühring y compañía, MEW, 34, p. 13.

excepción, podía dar pie a todo tipo de provocaciones de consecuencias difícilmente calculables. Desde el punto de vista estratégico, lo fundamental era para Engels (como será posteriormente para Bebel) encontrar el punto de equilibrio que permitiera una conducta revolucionaria (no reformista) y a la vez no provocadora (espontaneísta-anarquista). De ahí su incidencia en el aspecto objetivo, históricamente dado del movimiento y su insistencia en el carácter estructural de la violencia, pasando a segundo término su relevancia política.

Según Gerratana, Engels, convencido como estaba de que la teoría de Marx era la única que explicaba correctamente el dinamismo interno de la sociedad capitalista, aprovechó el momento «para lanzar una ofensiva teórica» con el objetivo de «transformar el prestigio de Marx en influencia real, el conocimiento parcial y fragmentario de sus ideas en una adquisición orgánica» pues había el peligro –que sin duda le parecía muy grave– de que la estrategia revolucionaria del movimiento obrero socialista se desbandara hacia posiciones muy fáciles de rentabilizar por Bismarck contra el propio movimiento. El recuerdo de Lassalle puede haber sido un factor importantísimo para que Engels acentuara tanto el lado «objetivo» de la doctrina, llevándole a enfrentarse a otras concepciones teóricas que hasta ese momento habían incidido en la socialdemocracia, primero aglutinándolas –Dürring era poco más que un símbolo de esos otros socialismos vagos y poco desarrollados– y luego rechazándolas en bloque en virtud de una concepción más compleja cuyo núcleo es el tratamiento de la historia, es decir de los procesos sociales desde la perspectiva del poder.<sup>56</sup>

El punto de partida del enfoque engelsiano de la historia, o si se quiere el problema central al que la obra pretende responder, es el de los efectos materiales del poder o de la violencia.<sup>57</sup> Dicho en otras palabras,

---

<sup>56</sup> *Annali della Fondazione L. e L. Basso, op. cit.*, p. 177. «La controversia en torno a Dürring y la aparición de los artículos del *Anti-Dürring* aseguraban por primera vez la supremacía teórica y política de los seguidores de Marx», Eckert, G., *Arbeiterbewegung...*, *op. cit.*, p. 50. El análisis de las Actas del congreso demuestra que precisamente sus oponentes algo comprendieron de esa estrategia y no querían entrar en la disyunción «o Marx o nada». Así Vahlteich dice: «Marx y Engels han apoyado mucho al Partido y esperamos que lo sigan haciendo... Pero lo mismo pasa con Dürring», *Actas*, p. 71. Steinberg, H. J. señala que en esta obra Engels «se opone a la competencia ideológica de un E. Dürring, A. Schäffle, C. Rodbertus y F. A. Lange», en *Annali...*, *op. cit.*, p. 164.

<sup>57</sup> El término alemán *Gewalt* abarca semánticamente los españoles «poder» o «violencia» y es más o menos cercano a *Macht* (fuerza) pero también a raíces y términos



la pregunta por el fundamento material del poder, es decir, por aquello que permite que el poder lo sea y que tenga eficacia, más allá de la mera fuerza física de los individuos. Como señala el propio Engels en sus *Notas preparatorias* la cuestión está en identificar aquello a lo que se aplica el poder/violencia, pues el hecho de que haya una «mayoría de violentados y una minoría de violentadores no puede explicarse fácilmente por vía de la violencia política», si, a mayor abundamiento, el ejercicio del poder no implica necesariamente el recurso a la violencia.

A partir de ahí Engels intenta demostrar que no es la fuerza, el poder o la violencia la que hace el poder económico, sino que es éste el que genera poder político. Un ejemplo estaría en el ejército, al que define como la «violencia política organizada» y que depende, y mucho, de las condiciones económicas. También la «violencia» —dice Engels— cuesta dinero y está condicionada por la producción, aunque retroactúe sobre ella. El problema no estaría pues en si el poder/violencia es moralmente reprochable, sino en saber sobre qué se ejerce y para qué sirve. Esto le permite descubrir que su objetivo no es más que la apropiación de trabajo ajeno —«el qué y cómo se roba»—<sup>58</sup> y posibilita plantear de otra manera el objetivo de una sociedad en la cual deje de «robarse».

En la cuestión así planteada Engels y Marx coinciden, pues, como demuestra la interpretación marxiana de la fisiocracia, contenida en los materiales que proporcionó a su amigo para su tarea y que fueron incorporados por él en el capítulo diez del libro<sup>59</sup> la novedad de los fisiócratas consistía en haber planteado el tema de la reproducción económica de la sociedad desde un punto de vista global. Esto permitía rastrear el origen de las rentas de los diversos sectores, que aparecían como diversos mecanismos de apropiación.

El propio Marx matizó algo más este punto en su *Nota sobre Rodbertus*, incluida en los mismos materiales, en la que hace explícito cómo,

---

como *walten* (ejecutar, ejercer), *verwalten* (administrar), etc. Sobre las características y limitaciones del tratamiento de la violencia por Engels, Haupt, H. G., «El problema de la violencia en el *Anti-Dühring* de Engels», en *L'affermazione*, pp. 112 y ss.

<sup>58</sup> Trabajos preparatorios para el *Anti-Dühring*, MEGA, 2, I, 27, pp. 10-11, 13, 36, 37.

<sup>59</sup> Trabajos preparatorios de Marx para el *Anti-Dühring*, ídem, pp. 131 y ss. Para más datos ver entre otros Merkel, R., «Neues zur Entstehungsgeschichte des *Anti-Dühring*», en *BzG*, 27, 1985, pp. 779-788, prólogo a la segunda edición del libro (1885), OME, 35, p. 7 y especialmente MEGA, 2, I, 27, Introducción.

desde una perspectiva teórica es evidente que los trabajadores tienen que poder producir más de lo meramente necesario para su supervivencia, para que resulte un excedente. Este excedente está en el origen de las diversas formas de renta, es decir, de ingreso no derivado del trabajo. El problema estaría en que el excedente en la sociedad capitalista tiene la forma de la plusvalía, es decir, está entretreído con el modo de su producción y no necesita de ninguna vía supletoria –violenta– de apropiación, pues es apropiada de antemano por los dueños de los medios de producción, dada la estructura misma del sistema productivo, cuyo enigma reside justamente en que el valor de los salarios *diverja* del valor de los productos del trabajo, y no en que coincida con él.

Según ese planteamiento el punto central en la cuestión del poder/violencia es identificar su substrato material, sus límites y sus efectos, tanto en el aspecto político como en el económico, especialmente en las relaciones entre economía y política. Pues, si las posibilidades del uso de la fuerza fueran ilimitadas, ello implicaría la no existencia de estructuración alguna en los procesos históricos, de modo que cualquier organización político-socio-económica fuera posible como resultado de una mayor fuerza (violencia). Engels señala por el contrario que las potencialidades, los efectos posibles de fuerza/violencia son estructurales. Eso implica que, de darse una superioridad real (militar, por poner el caso), sus efectos solo perduran en la medida en que sean congruentes con las exigencias de la dinámica socioeconómica, con lo que subordina una política eficaz (uso organizado de la fuerza) a las exigencias económicas y, a la vez, impide pensar que cualquier intento de transformación (reorganización) es posible y deseable al margen de sus condicionantes. Con ello Engels abre lo que será su crítica del utopismo.

La aplicación de ese criterio a la economía capitalista impide concebirla teóricamente como una organización basada en la extorsión –en contra precisamente de las tesis de Proudhon– sino como una organización histórico-económica en la que la apropiación por unos de tiempo de trabajo de otros –de parte de su tiempo de vida, en definitiva– se produce a través de mecanismos estructurales, lo que no significa que ese sistema no sea cambiante en la medida en que pueda ser sustituido por otra organización social de efectos menos perniciosos. Sin embargo, y como consecuencia de su propio planteamiento, Engels elimina de modo excesivo la violencia (la fuerza o coerción) del entramado del

sistema político-económico, con lo que dificulta la comprensión de una estrategia político-revolucionaria, en la que el papel de la violencia como resistencia y rebelión, y no solo como coerción, es tan importante.

Cabe pensar que por el momento a Engels no se le ocurriera ni remotamente que sus alegatos a favor de una concepción estructurada del ejercicio del poder y del contrapoder pudieran interpretarse con el tiempo como una justificación a favor de una transición fluida y gradual de un sistema a otro. Sin duda que como él mismo dice: «Si no hubiera ninguna violencia reaccionaria que derrotar, tampoco se podría hablar de violencia revolucionaria, pues no se puede hacer una revolución contra algo que no se necesita eliminar».<sup>60</sup> El problema estaba en que la «violencia reaccionaria» formaba parte del sistema de apropiación del excedente y por tanto no era pensable que dejara de existir, al menos en tanto existiera aquél y las ventajas de su apropiación.

Por otra parte, en la estructuración del libro, Engels no empezó directamente por este punto, sino que lo inició con la crítica del *Curso de Filosofía* de Dühring. En cuanto «doctrina de la ciencia en general», este texto aportaba la base filosófica desde la que aquel pretendía hablar «científicamente» de la «sociedad futura o libre». Con ello daba, o pretendía dar, una legitimación teórica a las teorías confusas de los «socialistas del futuro» que, en la concepción de Engels, estaban más o menos emparentadas con la filosofía del milenarismo (bakuninismo).

El *Anti-Dühring* representó un revulsivo para muchos socialistas, cuyos efectos se prolongaron en los años siguientes, especialmente entre la generación más joven, sin que de momento lograra paralizar el confusiónismo reinante. Un par de años más tarde, un Engels más escéptico, y disgustado por las reacciones y por el trato que había recibido, comentaba: «La confusión que esa gente ha creado de nuevo entre ellos no tiene solución. Liebknecht, Bebel, Viereck, Höchberg, Schramm, Bernstein, cada uno escribe algo diferente, todo confuso y contradictorio. Lo único que podemos hacer es esperar y esa historia al menos no debería estropearnos las vacaciones».<sup>61</sup> De modo que solo la conjunción

<sup>60</sup> Carta a Bebel, 7 de octubre de 1892, *Corresp. E/B.*, p. 599.

<sup>61</sup> Carta de Engels a Marx de 25 de agosto de 1878, ídem, p. 94. Sobre el enfado de Engels por los retrasos e irregularidades en la publicación de los artículos, carta de Marx a Bracke, de 11 de abril de 1877, MEW, 34, p. 258 y de Engels a Liebknecht,

entre los efectos a largo plazo de la obra de Engels y la imposibilidad de proseguir el desarrollo teórico y político del socialismo en el periodo de excepción (1878-1890) por la dureza de la represión política, consolidaron la versión «marxista» como único socialismo posible, eliminando del horizonte versiones anteriores, más idealistas, que solo fueron redescubiertas por la nueva generación bastantes años más tarde. Como Kautsky se encargó de explicar con claridad sin par: «Todo el mundo se queja de que Marx es incomprensible... mientras que Engels es muy leído... y casi todo el mundo saca de él su conocimiento y su comprensión de la teoría de ambos; en consecuencia recomiendo no romperse los dientes con la teoría del valor e ir a los textos de Engels, para pasar luego a *El Capital*».<sup>62</sup> Él mismo, lector concienzudo y alumno aplicado, reconoce haber encontrado en esa obra, cosa que no encontró en *El Capital*, su libro de cabecera. Fue pues el *Anti-Dühring* y en consecuencia la *teoría económica de la historia* la que permitió leer *El Capital* y no éste, y por tanto el análisis económico en él explícito, el que abrió una nueva concepción de la historia, como de hecho había ocurrido en la génesis de la teoría, trastocando la posición respectiva de economía e historia en el *marxismo* posterior.

Con todo en 1878, año de la promulgación de la ley de excepción, la historia del libro no había hecho más que empezar. Exagerando un poco puede decirse que el *Anti-Düring*, después del *Manifiesto Comunista*, fue el libro más leído por los socialistas de los años ochenta y constituye el elemento fundacional del *marxismo* con sus ventajas y sus defectos.<sup>63</sup> Sin embargo, sería injusto achacar a esa obra una unilateralidad que no tiene, pues en ella expone Engels una concepción bastante compleja de las diferentes esferas de «lo real»: conocimiento,

---

*Corresp.* M.-E./L, pp. 213, 234 y ss. etc. Según H. J. Steinberg, «solo la edición como libro, publicada en julio de 1878» y no los artículos previos, «tuvo aquel efecto transformador, esclarecedor del que han hablado siempre las futuras cabezas del partido», *Sozialismus...*, *op. cit.*, p. 22.

<sup>62</sup> *F. Engels*, Berlín, 1908, p. 27.

<sup>63</sup> Según G. Mayer, «esta obra es realmente la que inicia una verdadera escuela y una verdadera tradición marxista en el continente», *F. Engels, op. cit.*, p. 646. Igualmente «solo se puede hablar en sentido estricto de una concepción del mundo materialista dialéctica del movimiento proletario, desde la aparición de la crítica de Engels a E. Dühring», Fetscher, I., «Von der Philosophie des Proletariats zur proletarischen Weltanschauung», en *Marxismus Studien*, Tubinga, 1957, p. 42.

naturaleza e historia. Y aunque comba el palo de un modo excesivo hacia la «vertiente objetiva», contiene una fuerte crítica al positivismo que, sin embargo, no fue advertida por los lectores de la época. La referencia a Hegel, muy poco matizada, acaba de complicar el problema, pues permite traducir toda la problemática a una aparentemente simple «dialéctica materialista de la historia». Tradúzcase materialista por naturalista, dialéctica por superación de oposiciones (contradicciones) y póngase historia con mayúscula (Historia) y se tendrá el origen teórico de la kautskyana *La Concepción Materialista de la Historia*.

La definición de ese socialismo como *científico*, o sea como proyecto basado en el conocimiento de las tendencias de desarrollo de la sociedad moderna, contrapuesto a cualquier invención de un estado futuro en la cabeza de los pensadores, es traducido por Kautsky, a través del concepto positivista de *Ciencia* en doctrina verdadera de la realidad social. Con ello redujo todavía más, si cabe, el espacio de distancia entre la teoría y la práctica codificando el marxismo en un sistema pretendidamente axiomático. Todo parece indicar que Engels, absorbido por las tareas de publicación de *El Capital* desde la muerte de Marx y pendiente de los problemas estratégicos, no fue consciente del asunto hasta los años noventa, en que los problemas de una estrategia revolucionaria tras la caída del estado de excepción, pasaron a primer plano. Pero para esa época el partido se había consolidado y el marxismo codificado. Era muy difícil volver atrás.

Elemento importante para explicar ese modo de recepción, además del contexto en el que fue escrito y los conceptos ideológicos dominantes que permearon su comprensión, está en el modo de exposición adoptado por Engels. Tras las dudas iniciales sobre cuál sería el mejor modo de plantear la polémica, decidió finalmente atenerse muy de cerca al método de Dühring, cuyo truco pensaba haber descubierto y que no era otro que el típico de una manera especulativa de presentar los problemas, pretendiendo deducirlos unos de otros, una vez que se han sentado las bases de la deducción. Estas se resumían en una teoría general sobre el conocimiento, el ser y la moral, que estaría en la base de todo lo demás. Esa concepción corresponde en definitiva a la concepción clásica de la filosofía, matriz que estaba muy extendida en el pensamiento de la época, y según la cual la filosofía constituye el *fundamento* del conjunto del saber. En la medida en que Engels siguió el mismo

método la discusión al principio del texto de los problemas filosóficos parece reafirmar el papel fundamentador de la filosofía, aunque sea el de *otra* filosofía, cerrando el edificio doctrinal del marxismo.

En una consideración retrospectiva, podría decirse que metodológicamente el problema es precisamente el de la relación entre marxismo y positivismo, sin que la diferencia entre ambos esté suficientemente clara, pues las reticencias y críticas de Marx a positivistas y comtianos no son, sin más, compartidas por sus correligionarios.<sup>64</sup> No se olvide que Dühring figuraba como un positivista frente a las nieblas ideológicas idealistas de la filosofía alemana tanto la precedente como la contemporánea, y que Engels defendía una concepción filosófica teórico-científica que, sin embargo, pretendía recuperar aquella tradición. La definición histórica de ciencia, sin acompañarla en grado suficiente del tratamiento de los problemas epistemológicos de una teoría de la ciencia materialista (natural e histórica al mismo tiempo), no contribuye a clarificar el problema, sino que impulsó una lectura positivista del marxismo, más congruente con las concepciones epistemológicas dominantes. De ese modo, la tesis habitual entre los positivistas compartida por Dühring, de que la reforma general del saber es previa y coadyuvante de la reforma de la sociedad, se traspaasa ahora a la concepción del marxismo: la comprensión de la dialéctica (histórica) es previa y coadyuvante de la revolución proletaria.

La referencia a Hegel es también doble, pues Engels utiliza a Hegel, en diversos sentidos, uniendo la crítica al positivismo dühringiano con la crítica a la filosofía especulativa hegeliana, pues ambos compartirían altas dosis de idealismo y moralismo, pero les contraponen el «materialismo dialéctico» en el que recupera la dialéctica despojada de su forma especulativa. Ahora bien, esa «dialéctica» solo de modo indicativo ocuparía el lugar de una *filosofía primera* ya que Hegel solo proporciona la forma de una dialéctica general apropiada a la base material del sistema, la materia como movimiento, y eso con muchos retoques y matices que han entretenido durante decenios a la(s) escuela(s) marxista(s). En una concepción que heredará el marxismo de los años veinte habría

<sup>64</sup> Marx era un duro crítico de Comte y del positivismo, especialmente de sus propuestas para la reorganización social, que consideraba meros proyectos «morales», mientras que para él la moral no se situaba por encima sino por debajo de las estructuras de clase. Ver esp. *Borrador de La guerra civil en Francia*, MEW, 17, pp. 555, 562.

que distinguir algo así como «un Hegel bueno» de un «Hegel malo», representados respectivamente por el método y el sistema.<sup>65</sup>

Por lo demás Engels articula la obra en torno a dos ejes fundamentales: el carácter histórico de todo lo real, es decir la historicidad o desarrollo en el tiempo de lo material, y la interrelación entre todos los ámbitos de lo existente y en consecuencia entre todos los discursos, aunque la exposición completa de la conexión entre ellos «sería una tarea gigantesca», a la que se resiste; incluso cabe pensar que esa tarea enciclopédica resultaría imposible.<sup>66</sup> En consecuencia, el suyo es un discurso más genérico que global y, por tanto, «filosófico» que directamente natural o histórico.

Dada la perspectiva metacientífica que Engels adopta, nada especulativa, la unidad material de todo lo existente, que es presupuesto ineludible de toda concepción materialista (monista), solo puede revalidarse por medio del análisis teórico de los discursos científicos; ambas cosas todavía muy poco desarrolladas en la época. En consecuencia, su «filosofía natural» se reduce a una defensa de Darwin y de las teorías

<sup>65</sup> «El sistema hegeliano... representa la forma última y más acabada de la filosofía concebida como una ciencia aparte, superior a todas las demás ciencias. Con él fracasa toda filosofía. Lo que queda en pie de ella es el modo dialéctico de pensar y la concepción del mundo natural histórico e intelectual como un proceso de nacimiento, desarrollo y muerte, de cambios y transformaciones, que discurre interminablemente», textos preparatorios del *Anti-Dübring*, cit. por Mayer, G., *F. Engels, op. cit.*, p. 669. Sobre la importancia de ese reclamo del «viejo Hegel» y del carácter revolucionario del método dialéctico hegeliano para los marxistas posteriores, Ragionieri, E., *Il marxismo...*, *op. cit.*, p. 146. La referencia a Hegel es por otra parte un problema central en el engelsismo, menos preocupado por hacer una crítica a fondo del sistema hegeliano de lo que lo había estado el propio Marx en su juventud. Ver al respecto G. Stedman Jones, «Engels e la storia del marxismo» en *L'Anti-Dübring, op. cit.*, pp. 50 y ss.

<sup>66</sup> *Anti-Dübring, op. cit.*, p. 10. «La sistemática tras Hegel es imposible. Que el mundo constituye un sistema unitario y que presenta un todo interconexionado es claro, pero el conocimiento de este sistema presupone el conocimiento de toda la naturaleza y de la historia, lo que los hombres nunca alcanzarán», MEGA, 2, *op. cit.*, p. 68. En los textos de la misma época, escritos para la *Dialéctica de la naturaleza* y en algunas *Notas* a propósito de las controversias en los congresos científicos de la época, se observa el interés de Engels por formular un enfoque dialéctico del discurso científico que cree necesario para que este cobre todas sus potencialidades, las cuales son menoscabadas por la metodología científica habitual. Pero estas cuestiones, que forman el grueso de esta obra, quedan casi solamente aludidas en el *Anti-Dübring*. Ver Mehringer, H., Mergner, G., *Debatte um Engels*, Rowohlt, 1973; Kimmerle, H., *Dialektik-Modelle von Marx bis Althusser*, Bochum, sin año.

evolucionistas frente a las teorías creacionistas y frente a la ingenua creencia en la teleología natural; a una referencia positiva de determinadas filosofías de la naturaleza, como por ejemplo Haeckel y a una insistencia en el carácter material de todos los procesos, naturales e históricos, incluidos los fenómenos cognitivos.<sup>67</sup> La escasa atención prestada al problema epistemológico o, si se prefiere, el poco hincapié que Engels pone en la discrepancia existente entre la reproducción teórica de «lo real» y «lo real mismo», y por el contrario, su insistencia en la coincidencia entre las leyes del mundo y las del pensamiento, como presupuesto necesario de la ciencia, le permiten hacer afirmaciones muy cercanas a las positivistas y posibilita que su discurso sea leído como una teoría congruente con el positivismo imperante, pero *del otro lado*.

Es cierto que si se tiene en cuenta su insistencia en la dialéctica como «discurso científico distinto» y su hincapié en que las ciencias necesitan encontrar modos de operar distintos de los habituales, es más perceptible su distancia frente a la metodología empirista y su cercanía a las posiciones materialistas de Marx. Pero esta distancia no queda suficientemente clara y su recurso a la dialéctica puede ser muy fácilmente leído como una figura más o menos retórica, superpuesta a un discurso básicamente empirista-positivista (importancia de los «hechos» como punto de partida de la teoría, teoría de la historia y de sus etapas como soporte ontológico, etc.), lo que daría como resultado una especie de «ciencia reduplicada». Además, mientras que en la primera edición (1878) es todavía muy fuerte el carácter polémico de la obra, en el resumen divulgativo *Del socialismo utópico al socialismo científico* (ed. francesa, 1880) y especialmente en la posterior edición alemana (1883),

---

<sup>67</sup> *Anti-Dühring*, pp. 70 y ss., 74 y ss., y 35 y ss. Las relaciones entre marxismo y darwinismo serán sin embargo bastante complejas en los años ochenta. En los textos de la *Dialéctica de la naturaleza*, escritos por la misma época, Engels polemiza con algunas teorías de Haeckel, por ejemplo con la idea de que la teoría de la evolución sea de origen inductivo, si bien piensa que su tesis de la adaptación y de la herencia como dos principios de la evolución era útil contra la hipertrofia del darwinismo en cuanto legitimador del orden social. Asimismo, en esta obra, Engels presta mayor atención a la historia de los procesos cognitivos en relación con el trabajo, OME, 36, pp. 164 y ss. Ver al respecto, Lucas, E., «Marx und Engels Auseinandersetzung mit Darwin», en *International Review of Social History*, vol. IX, 1964, p. 453. Fetscher, I., «Von der Philosophie des Proletariats...», pp. 50-51.



se acentúa todavía más el carácter epistemológicamente fundante del discurso sobre la historia, típico de *La Concepción Materialista de la Historia* marxista y la dimensión preponderantemente temporal de su dialéctica.<sup>68</sup>

De ese modo el que Engels propusiera, aunque fuera a nivel esquemático y en la controversia con Dühring, *otra manera* de entender el ser, el conocimiento, la moral y en fin la política y la economía, modo que en sí mismo era congruente con la «ciencia oficial de la época» pero vista desde el otro lado, fortaleció la idea, reforzada *a posteriori* por él mismo de que el libro proporcionaba un compendio de la *otra manera de entender* el mundo propio de la *otra* clase, a la vez que daba el código de la traducción: materialismo (naturalismo) frente a idealismo, historia frente a naturaleza, proceso (dinámica) frente a ser (estático), ciencia (conocimiento científico) frente a filosofía (ideología); en suma, aquellos elementos que permitían concebir el socialismo científico como resultado de la historia. En el Prólogo de 1878 Engels había afirmado: «Aunque este escrito no puede tener la finalidad de oponer al “sistema” del Sr. Dühring otro sistema, es de esperar que el lector encuentre suficiente coherencia interna en los puntos de vista que expongo». En el del año 1885 añadía: «La crítica se hizo positiva; la polémica se convirtió en una exposición más o menos coherente y sistemática del método dialéctico y de la concepción comunista del mundo» (pp. 4 y 6). El proceso de positivización del marxismo no había hecho más que empezar.

La insuficiente clarificación del problema epistemológico, o si se prefiere del *status* científico de la teoría marxista, a igual distancia del hegelianismo y del positivismo, contribuyó a hacer pensar a muchos socialistas que la verdad de su doctrina radicaba en la evidencia con la que se imponía, desconsiderando el carácter de interpretación, de toma de posición política y teórica que toda teoría conlleva. La ratificación

---

<sup>68</sup> En el texto francés Engels introdujo algunas variantes que incorporó posteriormente a las sucesivas ediciones del *Anti-Dühring* y a la edición alemana de aquel folleto. Entre otras utiliza el término «concepción materialista de la historia» y lo intenta definir de un modo preciso; insiste en concebir la historia como «proceso de desarrollo de la humanidad», señala que «el socialismo es una ciencia» y presenta la especificidad de la dialéctica. Ver OME, 35, pp. 67, 70, 75 y *Prólogo a la 2ª ed. del Anti-Dühring* (1885), ídem, pp. 6 y ss. Sobre la importancia de estos cambios, Merkel, R., «Eine neue Propagandabroschüre», BzG, 25, 1983, pp. 71-78.

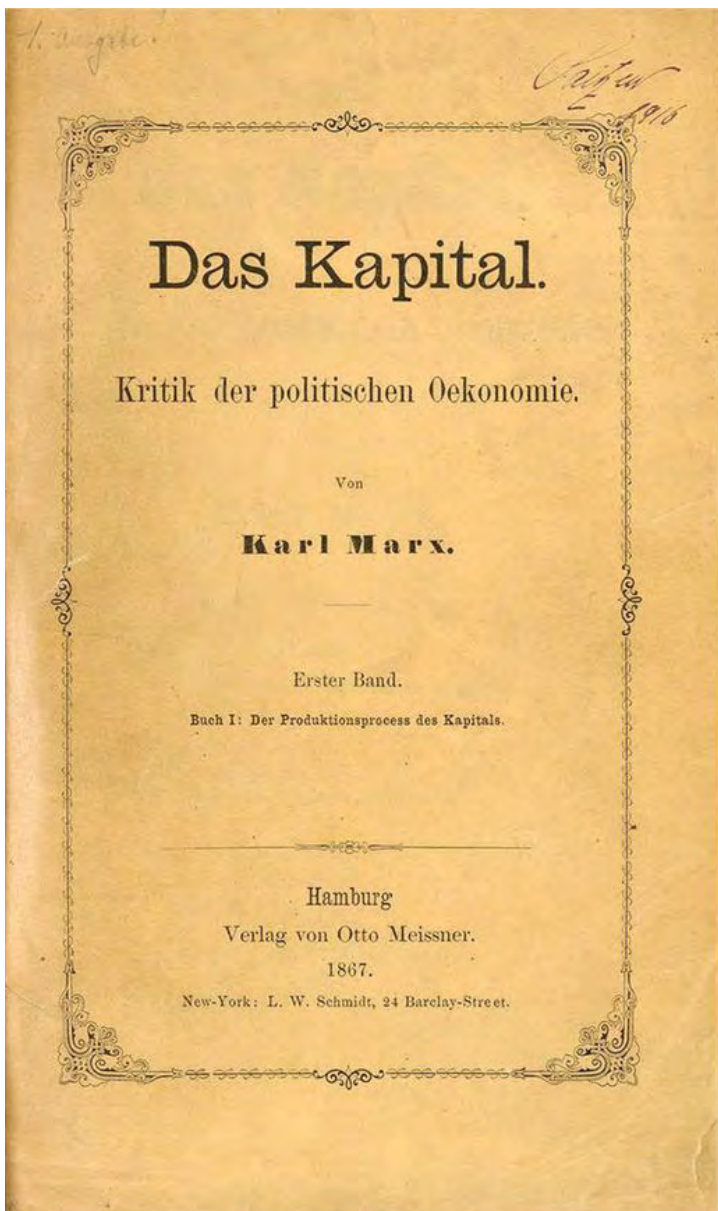
de modo negativo de la verdad de esa tesis durante el periodo de excepción repercutió de modo decisivo en su consolidación, oscureciendo el problema de la estrategia política revolucionaria, estructuralmente planteado en el libro, pero no resuelto, en la medida además en que no es un problema resoluble metateóricamente, –nivel al que está hablando Engels–, sino en todo caso por análisis teórico de los procesos de transición. Pero en ese caso la teoría siempre tiene que hablar *a posteriori*, pues sus prognosis son siempre hipótesis anticipativas, derivadas de una consideración teórica en la que, por definición, no caben todas las variables, de modo que la reducción del campo de posibilidades es siempre relativa a un momento histórico dado.

El discurso de Engels en el *Anti-Dühring*, de modo análogo al de Marx en *El Capital*, es pues crítico y negativo, e insiste en la *necesidad de la desaparición del capitalismo* por lo que podríamos llamar sus efectos perversos, porque atenta contra la supervivencia de la humanidad.<sup>69</sup> Pero, formalmente, su positividad es vehiculada por su carácter sistemático o, mejor dicho, porque el carácter sistemático de la teoría criticada y sus presupuestos filosóficos se transfieren a la crítica, permitiendo ofrecer un contrasistema plasmado en la otra concepción del mundo, por muy provisional y relativa histórica y antropológicamente que sea. En segundo lugar, porque en la parte final del libro y especialmente en su versión resumida, titulada *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Engels adopta cada vez más un modo de exposición narrativo del nuevo contexto histórico, único en el que es posible hablar con rigor de socialismo, que privilegia la dimensión temporal de los fenómenos y las relaciones de continuidad, a pesar de su «discontinuidad», contribuyendo a entificar ese proceso general que llamamos historia, e incidiendo en la paulatina sustitución de revolución por evolución en el discurso de la época.

En último término el nuevo espacio discursivo abierto por el libro de Engels está marcado por la relación entre materialismo, conocimiento científico y socialismo, lo que le da rasgos teóricos nuevos, desconocidos en las corrientes socialistas anteriores (el llamado «socialismo

<sup>69</sup> «Tiene que producirse una subversión de los modos de producción y distribución que elimine todas las diferencias de clase, si es que la entera sociedad moderna no tiene que perecer», es decir que «el proletariado... tiene que imponer esa exigencia so pena de hundirse en la condición del *coolie* chino». *Anti-Dühring*, OME, 35, p. 162.

utópico»), que son la clave de su éxito. Con ello contribuye a formular un discurso teórico nuevo, no solo político. Pero su confianza en que la ciencia o el saber, en ese caso la teoría de Marx, tematiza globalizaciones generales que encierran exigencias prácticas, incluye también ella una dimensión utópica, marcada esta vez con los rasgos de la ciencia. Hasta qué punto su cientificismo, que hay por lo demás que perfilar, es compatible o no con una práctica revolucionaria, es el núcleo de la discusión de los años siguientes, en los que realmente el marxismo se constituye como única teoría socialista digna de este nombre.



Portada de la primera edición de *El Capital*.



## Capítulo 7

# La revolución como problema

### **Las consecuencias de la represión**

La implantación de la ley «contra las peligrosas aspiraciones de la socialdemocracia», el 21 de octubre de 1878, abrió un periodo político de excepción que perduró hasta 1890. Durante este tiempo el marco de la lucha política, la doctrina, la organización y la práctica política de la socialdemocracia cambiaron radicalmente.

Económicamente los primeros años del periodo coincidieron con el final de la fase inicial, la más dura, de la *Gran Depresión* (1873, 1878-1879). Tras el primer impacto, el giro proteccionista inició un periodo de ralentización general, caracterizado por dos nuevas crisis (1882-1886 y 1890-1896). Pero la lentísima y discontinua recuperación de los ochenta quedó oscurecida por la represión política, hasta el punto de que los socialdemócratas tendieron a identificar una crisis con la otra, y a pensar que el final del estado de excepción equivaldría al final del sistema mismo.

Los dirigentes de la socialdemocracia, entre otros Bebel cuya autoridad se afirmaba cada vez más, se imaginaban el final del capitalismo como un gran hundimiento o como un colapso y tendían a identificar el fin del periodo de excepción con dicha catástrofe. Parecía pues que el socialismo estaba al alcance de la mano, contribuyendo a esta ilusión la escasa diferenciación entre lo político y lo económico y la primacía de lo político sobre el trasfondo de una crisis económica permanente.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Así dice Bebel en carta a Engels: «He hecho un pacto de cuarenta años con la de la guadaña, pienso que es tiempo suficiente no solo para vivir el hundimiento de lo viejo, sino además para disfrutar un buen pedazo de lo nuevo», 1 de octubre de 1882,

En la correspondencia de los primeros ochenta los diversos dirigentes, incluido Engels, hablan repetidamente de una inminente «catástrofe de tipo económico-político», cuyo estallido solo es impedido o retrasado por la reacción política. La crisis económica americana se contempla como un elemento decisivo que precipitará el crac mundial y con él la revolución europea. Engels al principio se dejó seducir solo en parte por los pronósticos catastrofistas que le llegaban de Alemania, y se mostraba más preocupado por los problemas políticos del momento y por las cuestiones político-estratégicas de un proceso revolucionario, pero desde mitad de los ochenta, a medida que el estado de excepción se prolongaba, pareció acoger con mayor interés tales previsiones. Marx parece bastante más escéptico, aunque compartiera la tesis de la precariedad del mundo burgués, como demostraba la frecuencia de las crisis.<sup>2</sup>

En su correspondencia con Kautsky, Bebel exponía todavía más claramente su idea de la gran catástrofe: «Nos acercamos a un gran cataclismo mundial, a una catástrofe», «la próxima guerra traerá la revolución», pues como consecuencia de la declaración de guerra se producirá una bancarrota general que provocará una gran miseria. Los reservistas, llamados a filas, darán salida a su indignación, de modo que «aunque el partido sea detenido» las masas superarán la capacidad ofensiva de la organización y se harán dueñas de la situación. Su conclusión, típica de la concepción socialdemócrata de la revolución es «así pues, esperemos

---

*Corresp. E./B.*, p. 130. Igualmente *Ausg. RSch.*, T. II/2, p. 89. En carta a R. Seidel, dice Bebel: «La crisis nos perjudica mucho más que la ley», 1 de marzo de 1879, *Ausg. RSch.*, T. II/2, p. 9; o, en carta a Vollmar: «La cantidad de puestos ínfimos de trabajo que se ofrecen demuestra la dureza de la crisis; la gente tiene buena voluntad pero no pueden hacer nada», 30 de noviembre de 1879, ídem, p. 33.

<sup>2</sup> Correspondencia entre Engels y Bebel de finales de 1882, ídem, pp. 136 y ss. y 140 y ss. En carta a Marx, Engels añade: «Sus esperanzas en torno a otra gran crisis me parecen precipitadas...», MEW, 35, p. 121, pero en carta de 11 de mayo de 1883 asegura «es cierto que la agitación cansa, pero una vez que se ha empezado no hay más remedio que seguir adelante» y termina «la situación de crisis es muestra del completo agotamiento del modo de producción capitalista, pero entonces (tras 1884-1887) vendrá el gran follón con toda seguridad», ídem, pp. 157 y ss. Cartas de Marx a Engels, 4 de diciembre de 1882, MEW, 35, p. 123 y a P. L. Lawrow: «El que los periodos de crisis se acorten es un mal presagio para el mundo burgués», MEW, 34, p. 145. Según D. Groh: «Para Bebel, Engels, Marx y otros socialdemócratas, la larga fase de depresión económica que se inició en 1873 significaba el inicio de la crisis final, la definitiva del sistema económico capitalista y del sistema político estrechamente ligado a él», «*Revolutionsstrategie*», p. 357.

tranquilamente los acontecimientos» que se producirán por sí solos (*Corresp. B./K.* pp. 52, 55).

La teoría marxiana de las crisis y de la inseparabilidad entre revolución y crisis contribuía a alimentar esa concepción catastrofista y, aunque Marx se mostrara reservado frente a las dimensiones revolucionarias de la crisis de 1873, no dejaba de participar de la idea habitual en Engels y común en Bebel y otros socialdemócratas, según la cual esa larga fase de depresión no era más que el principio de la última crisis, la definitiva. Dada la teoría general de la historia que Engels había esbozado en el *Anti-Dühring*, esa teoría fue rápidamente aceptada por los jóvenes socialdemócratas de la nueva generación. En efecto en esta obra Engels había presentado la crisis como un momento en que «el modo de producción se rebela contra el modo de intercambio y las fuerzas productivas se rebelan contra el modo de producción del que han nacido y al que ya rebasan». Las crisis exigirían así «medios constrictivos de transformación social», convirtiéndose en presagio de la «transformación social» llamada socialismo.<sup>3</sup>

En el movimiento obrero organizado la crisis, interpretada como crisis general del sistema, despertaba un cierto optimismo ingenuo, pues revalidaba la tesis de la imposible integración, y ponía al descubierto las contradicciones del capitalismo. En opinión de Kautsky fue precisamente esto lo que hizo «marxistas» a los obreros en el periodo de excepción, quitándoles de la cabeza las ilusiones burguesas sobre la presunta estabilidad económica y política del sistema.

La pérdida de creencias burguesas afectaba especialmente al carácter del Estado como representante de la sociedad. El estado de excepción había puesto en cuestión el Estado de derecho, eliminando la creencia en el Estado racional entre las capas obreras. Según algunos autores éste fue un factor importante para el abandono de las tesis estatalistas lassalleanas y la inicial quiebra del socialismo de Estado, que hasta aquel momento había sido ampliamente hegemónico. Esto permite decir que: «El partido que en la víspera de la ley antisocialista se orientaba

<sup>3</sup> OME, 35, p. 286. En otros textos de los años ochenta Engels, igual que Marx en *El Capital*, tiende a situar los periodos de crisis cada diez años, si bien posteriormente parece inclinarse por una tesis que podríamos llamar de «crisis permanente». Ver, entre otros, los artículos del año 1881, MEW, 19, p. 283.



tanto en Lassalle y Marx como en Dühring, Rodbertus, Schäßle, Lange, se adhirió al marxismo como teoría obligatoria en el periodo de la ley. La equiparación de revolución y hundimiento del capitalismo es resultado comprensible de las experiencias a partir de 1873».<sup>4</sup>

Pero a su vez, la crisis, tematizada como inevitable por los discursos económicos, fue vivida por los afectados como soportes pasivos de un desarrollo económico que les arrastraba, favoreciendo una concepción de la Historia como proceso «objetivista» e incontrolable, que impregnó la experiencia política de los decenios siguientes. Juntamente con el gran prestigio del discurso cientificista, éste fue otro de los motivos para que las expresiones objetivas de Engels en el *Anti-Dühring* fueran tan bien recibidas por los mentores intelectuales del movimiento.

El proceso de consolidación ideológica o si se prefiere de *invención del marxismo*, no fue sin embargo fácil. En especial el tema del carácter clasista del Estado, y la posibilidad de una «revolución legal», quedó siempre en una cierta ambigüedad pues, si bien es cierto que la represión y la violencia ejercidas contra la socialdemocracia y el movimiento obrero mostraban el carácter represivo del Estado, no lo es menos que la conjunción de la política represiva con el mantenimiento de la legalidad parlamentaria le configuraba como aparato institucional. Y en la medida en que se mantuvieron las elecciones al Parlamento que funcionaba como un órgano legislativo al que se debía el impulso para una política social relativamente fuerte, el Estado seguía apareciendo como una suerte de *poder neutral*, superpuesto a la inmediata conflictividad social y económica.

En su momento la implantación del estado de excepción, que vino a quebrar una situación de agitación legal por parte de la socialdemocracia, fue «un acto de violencia social» que se anticipaba, preventivamente, a algún posible intento revolucionario. No en balde los últimos años habían sido momentos de fuerte agitación (especialmente 1875-1878) y de constantes provocaciones. Los últimos números del *Vorwärts*, en plena campaña electoral, documentan sobradamente esta situación con recomendaciones constantes a mantener la calma y atenerse a la legalidad.

No de otro tipo fue la respuesta inmediata al decreto. En la prensa socialista todos los redactores, entre otros Kautsky, insistieron en la

<sup>4</sup> *Thesen zur Entwicklung der sozialistischen deutschen Arbeiterbewegung*, en Strüning, H. D., *Unser Philosoph.*, op. cit., p. 107.

ilegitimidad del Decreto, ya que «si la socialdemocracia hubiera roto realmente el pacto social», lo procedente habría sido un proceso y no una ley de excepción.<sup>5</sup> Pero fuera como fuese lo cierto es que el decreto de excepción inició una contrarrevolución antes de que la revolución hubiera siquiera empezado, y por tanto, tergiversó completamente la situación. Con él, Bismarck rentabilizó una coyuntura inesperada, pues los atentados que formalmente fueron la causa de su implantación, sirvieron de pretexto para poner en vigor una ley, para la que solo estaba esperando una ocasión propicia.<sup>6</sup>

Como sabemos hoy los dos autores de las acciones, E. Hödel y K. Nobiling, poco o nada tenían que ver con el movimiento socialista, pero lo ocurrido, especialmente el modo como la prensa trató los acontecimientos, enlazándolos con los efectos sociales disgregadores de la propaganda socialista, y fomentando el histerismo en la opinión pública, incidió en el aprovechamiento político del asunto.

Para la socialdemocracia, a la que pilló desprevenida, la implantación del estado de excepción hacía pasar a primer plano el tema de la violencia política, tema vidrioso por excelencia. Como es lógico, un reto como éste parecía llamado a desencadenar una respuesta violenta; y el mismo Bismarck, que no se engañaba en este tipo de asuntos, había previsto que se desencadenarían tumultos y protestas que exigían aumentar la guarnición en Berlín. Se esperaba pues una respuesta combativa.

Sin embargo los socialdemócratas tendieron a evitar las provocaciones, extremando incluso su pasividad. La respuesta oficial de la prensa socialdemócrata en el momento mismo de entrar en vigor el decreto se movió en la defensa de la legalidad y en la denuncia de la irracionalidad que suponía el estado de excepción, ya que ponía en cuestión el Estado de derecho e introducía un peligroso precedente en todos los ámbitos de la vida pública y en

<sup>5</sup> *Vorwärts*, núm. 117, editorial y núms. 73-88 de 23 de junio a 21 de julio de 1878. Igualmente, Bebel en su discurso ante el Parlamento, 16 de septiembre de 1878, *Ausg. RSch.*, T. II, p. 16.

<sup>6</sup> Lo demuestra el telegrama enviado a su secretario de Asuntos Exteriores, von Bülow, con el siguiente mensaje: «¿No habría que aprovechar el atentado para un decreto inmediato contra los socialistas y su círculo?», Fetscher, I., «Attentate und Arbeiterbewegung in Deutschland» en Döring, D., Kempen, O. E., *Sozialistengesetz, Arbeiterbewegung und Demokratie*, Colonia, 1979, p. 57. Igualmente Abendroth, W., *Das Gesetz gegen die gemeingefährliche Bestrebungen der Sozialdemokratie* en ídem, p. 13 y Kempen, O. E., *Das Sozialistengesetz als ein Wendepunkt in der deutschen Verfassungsgeschichte*, también en ídem.

todos los sectores políticos; y se insistía en que era especialmente peligroso para los liberales, que iban a ser las siguientes víctimas.

Bebel, que como diputado atacó el decreto en el Parlamento, insistió en el mismo planteamiento: nada más lejos de la socialdemocracia que dejarse arrastrar a provocaciones o a aventuras *anarquistas* de cualquier tipo, pero a la vez recalca que el Estado debe emprender las reformas pertinentes si quiere evitar una revolución ya que ésta, violenta o no, es ineliminable. En el horizonte, una cierta amenaza pues, dado que el movimiento es indestructible, la represión no puede más que encontrarlo, empeorando la situación.

Pero en ningún momento hay llamamientos concretos, ni referencias a la precariedad de la legalidad alemana de la época, como si realmente existiera un Estado de derecho que ahora se vería amenazado por el decreto y como si el sufragio universal fuera una realidad que hubiera que preservar por encima de todo, sin ningún análisis de los modos y de los objetivos políticos con que en su momento había sido introducido. Bebel, lo mismo que la prensa, hablaba en el mismo espacio político que la burguesía, a la cual, claramente, iban dirigidos estos discursos. Y aunque es posible que por tratarse de un discurso político y más en una ocasión como ésta, Bebel haya acentuado ese aspecto, hay ahí una ambigüedad de la estrategia política socialdemócrata que la hacía demasiado lenta y a largo plazo, para las condiciones imperantes.

Años más tarde en el Congreso de Wyden (1880), al hacer balance de la situación, algunos miembros de la vieja dirección salieron al paso de las críticas que habían recibido, señalando que la decisión tomada en Hamburgo, ante la previsible puesta en vigor de la ley, había sido «esperar acontecimientos». Y, como muchos delegados repitieron incansablemente, «otro tipo de actuación solo hubiera sido oportuna si se hubiera estado decidido a levantar la bandera de la insurrección», pero mal que les pese a algunos «hoy no se puede pensar en una gran revolución y las pequeñas están de más»; «el tiempo no está todavía para una revolución, la acción revolucionaria en Alemania todavía no se ha iniciado».<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> *Actas*, 1ª parte, pp. 20-21 y 2ª parte, p. 17. En el congreso algún delegado se refiere a que el discurso de Bebel había sido pronunciado «no para el Parlamento, sino para el pueblo» pues de él se deducían las pautas a seguir; estas eran claramente de extrema

Entre los militantes socialistas y en el desconcierto inicial se abrieron paso dos tipos de respuesta. Por un lado la fracción parlamentaria, en cuanto único organismo legal, se hizo cargo de la dirección y de hecho disolvió la organización en un intento de salvaguardarla de la represión, unida a su propia incapacidad para responder al golpe. Por otra, se difundió entre algunos grupos de militantes, especialmente exiliados, la idea de pasar a los hechos y emprender acciones de tipo revolucionario. Entre estos iba a destacar por un corto espacio de tiempo J. Most, y su famoso periódico *Libertad (Freiheit)*.

### La tentación anarquista

Desde su llegada a Londres, pocos meses después del inicio del periodo de excepción, Most emprendió la publicación de un periódico, de nombre *Libertad*, que alcanzó cierta difusión en los círculos socialdemócratas, por más que la radicalidad de su lenguaje generara tantos problemas que acabaron con su expulsión. A partir de ese momento Most se inclinó cada vez más hacia el anarquismo, postura que, aunque con matices, no defendía todavía en aquel momento. En las páginas de su periódico se hablaba solamente del «Estado democrático» «como puro dominio popular [que] es precondition del socialismo», presentándolo como una república radical, basada en el sufragio universal de todos los ciudadanos, «incluidas las mujeres».<sup>8</sup>

---

prudencia, lo que no excluye alguna medida, como manifestaciones o alguna otra forma de resistencia pasiva. Pero llama la atención que una de las pocas propuestas de movilización fuera dirigida a todos los profesores y docentes de las universidades para que se pusieran en huelga el día de entrada en vigor del decreto (*Vorwärts*, núm. 109, 15 de septiembre de 1878). Que el discurso iba dirigido a los liberales lo confirma la interpretación del decreto según la cual Bismarck pretendía con él golpear a los liberales a través de la socialdemocracia, lo cual casa bastante bien con la estrategia bismarckiana. Ver *Informe de la fracción parlamentaria*, en Stephan, C., *Schriften*, op. cit., T. I, pp. 144 y ss. En una carta a J. Voos de 10 de mayo de 1879, Liebknecht había hecho el mismo planteamiento: «En cuanto la ley de excepción entró en vigor teníamos que decidir entre atacar o permanecer en el terreno de la ley. Escogimos lo segundo, atacar sin garantía de victoria, o cuando menos de éxito moral, habría sido una locura» *Liebk. Corresp. Soziald.*, p. 130.

<sup>8</sup> «Los pensamientos básicos del socialismo», *Freiheit*, núm 3, 18 de enero de 1879 y núm. 5 y 6, 1 de febrero y 8 de febrero de 1879.

En sus *Memorias* Most cuenta que la fundación del periódico se debió a una iniciativa del club obrero comunista de Londres, heredero del viejo círculo de obreros alemanes para los que Marx y Engels escribieran su *Manifiesto Comunista*. El *Libertad* nació así como órgano del club, y presumible órgano de la socialdemocracia alemana en el exilio, como se manifiesta en la carta enviada a Marx con motivo de su fundación.<sup>9</sup>

Unos meses más tarde y quizá alertado por el impacto que estaba teniendo, la dirección del partido impulsó la publicación de un periódico en Suiza que fuera más afín con sus posturas, bajo el nombre de *El Socialdemócrata* (*Der Social-Demokrat*). Como era de esperar ambos periódicos se enzarzaron en una campaña de denuncias y difamaciones mutuas, que culminó con la expulsión de Most, cuyas posiciones fueron estigmatizadas como anarquistas, a pesar de que contaran con cierta aceptación de los lectores. Frente al radicalismo verbal del *Libertad*, *El Socialdemócrata* adoptó desde el inicio una postura más cauta, distanciándose de cualquier forma de «revolucionarismo» y difundiendo lo que será la tesis clásica de la socialdemocracia y de su marxismo: «Las revoluciones ocurren, pero no se hacen».<sup>10</sup>

La pervivencia durante años de una situación tan anómala, como es el que se mantenga la legalidad parlamentaria para un partido clandestino en un pseudoparlamento, pero se la acompañe con un aumento considerable de la represión gubernamental y se la confronte con una profundización de la integración social impulsada por una política social paternalista, al mismo tiempo que se incrementa el proteccionismo económico para la industria nacional sin eliminar los efectos de la crisis que golpeaba sobre todo a la pequeña burguesía, la cual votaba socialdemócrata... todo eso incidió en la transformación del partido. La dirección se concentró en la fracción parlamentaria, único organismo legal superviviente, y en la prensa, especialmente en el órgano central, *El Socialdemócrata*.

Las condiciones de clandestinidad favorecieron además la aparición de un «aparato de partido», o sea de un núcleo de profesionales económicamente liberados, integrado por los diputados, por los periodistas

<sup>9</sup> Carta de Most a Marx, 19 de enero de 1879, IISG, *Marx-Engels Nachlass*, D 3481.

<sup>10</sup> *Der Social-Demokrat, 1879-1890*, Berlín, Dietz, 1970. Número de prueba del 29 de septiembre de 1879.

o redactores de prensa y por los encargados de algunas tareas organizativas, los cuales actuaban sobre el confuso conglomerado de las asociaciones de base, no siempre en contacto directo con la cúpula de la organización y muchas veces con una vida latente.<sup>11</sup>

Esa especial situación produjo efectos encontrados. En las bases se abrió paso un proceso de radicalización, en ocasiones solo formal o verbal, como resultado de la irritación producida por las persecuciones y por la iniquidad de la ley. Su actitud era una actitud de negación y de oposición política que demandaba un lenguaje radical, mientras que la dirección tendía al compromiso. Surgieron pues conflictos entre sectores de las bases y la fracción parlamentaria, ocupando *los marxistas* (Bebel, Kautsky, Bernstein) un lugar intermedio, por más que sobre el papel se definieran como los «auténticos portavoces de las masas frente a los dirigentes pequeño-burgueses de la facción». Dado que «la autoconciencia del partido se había elevado enormemente» en ese periodo, Bebel suponía que la base jamás aceptaría una política de reformas, por lo que, de inclinarse la fracción parlamentaria en este sentido, se produciría una escisión. La creación de *La Nueva Época* (*Die Neue Zeit*), la futura revista *marxista* oficial, debía contribuir a solucionar el problema.

La polémica contra el reformismo, en la cual el marxismo en cuanto doctrina no-reformista se consolidará, tiene ahí su lugar. El movimiento socialdemócrata, como movimiento social, había sido puesto fuera de juego y el movimiento obrero había sido silenciado. A la fracción parlamentaria, en cuanto dirección de un movimiento, en el mejor de los casos latente, y representante político suyo, le faltaba el suelo bajo los pies. Mientras la fracción parlamentaria titubeaba, la prensa representaba un baluarte más firme y en torno suyo se aglutinaron los elementos clave en la polémica ideológica.

---

<sup>11</sup> Según algunos autores, la inexistencia de dietas favorecía que los cargos políticos (diputados, etc.) solo pudieran ser ejercidos por pequeño-burgueses, que dispusieran de un cierto pecunio personal, o por antiguos obreros que pasaban a vivir del partido, con las consecuencias consiguientes en cuanto a su estatus. Junto a las económicas, las limitaciones culturales impedían prácticamente el acceso de los trabajadores a la política activa y hacían que éstos, aunque fuera con cierta desconfianza, depositaran su voto en los sectores cultos. E. Engelberg, *Revolutionäre Politik und Rote Feldpost 1878-1890*, Berlín, Akademie V., 1959, p. 45. Negt, O., *op. cit.*, p. 81, etc. El caso Bebel y su progresiva «profesionalización política» podría ser un buen ejemplo de ello. Las dietas, aunque lentamente, se introdujeron antes de finales de siglo.

La situación de la fracción era paradójica, pues debía responder a los ataques que desde Londres le lanzaba el periódico de Most tildando a los diputados de pusilánimes, y al mismo tiempo ocupar la posición que la socialdemocracia había conquistado en el Parlamento. Esta posición, aunque precaria, representaba una tribuna de propaganda que ni siquiera en esas especiales condiciones los dirigentes socialistas querían abandonar. Adoptaron pues una actitud ambigua, verbalmente revolucionaria y reformista en la práctica, basada en la tesis de que la revolución es una cuestión a largo plazo, que debe hacerse con método y organización, y sin bravuconerías. Una revolución en suma, por medio de decretos parlamentarios, apoyados en una mayoría parlamentaria e impuestos «por la fuerza de la ley», o lo que es lo mismo, «una revolución en sentido totalmente legal».<sup>12</sup>

Los dirigentes *marxistas* solían tener en ese momento una concepción jurídica del Estado, quizá basada en viejas tradiciones iusnaturalistas o ilustradas que entendía la violencia como una ruptura del pacto social fundante de toda sociedad. Este pacto se concebía como un acuerdo entre «pueblo» y «soberano» para mantener la paz civil, lo que puede entenderse tanto en el sentido de legitimar la violencia revolucionaria por ruptura de la otra parte —esa es la lectura que Bebel hizo de este supuesto en el proceso por alta traición— como a la inversa, para advertir de la ilegitimidad del uso de la violencia de no darse aquel supuesto. De ahí que se insistiera en una estrategia pausada, masiva y políticamente a la defensiva, cuya garantía de victoria era la mayor capacidad de resistencia del proletariado como «clase» pero que fiaba cualquier cambio sustancial a la hipótesis de una agresión de la parte contraria.

En la defensa de esa línea de conducta los *marxistas*, en especial Bebel, se creyeron en la obligación de advertir a Marx y a Engels de cualquier posible malinterpretación de sus palabras, ya que posturas

---

<sup>12</sup> Carta a Engels de 24 de noviembre de 1984: «Yo por mi parte veo las cosas así: con pasos de gigante nos acercamos a la revolución y por tanto en un determinado punto de nuestra actividad parlamentaria, ya no nos podremos conformar con hacer propuestas que se sitúen en el marco de la sociedad burguesa, sino que deberemos desplegar totalmente las banderas y *bajo la forma de proposiciones de ley* decirle al Parlamento y a la sociedad los importantes cambios que se deben producir para satisfacerlas», *op. cit.*, p. 199 (subrayado mío). La expresión «revolución en un sentido totalmente legal» se encuentra en el discurso de Bebel al inicio del estado de excepción y no creo que la llamada a reconocer este tipo de revolución sea una mera cuestión retórica. *Ausg. RSch.*, T. II, p. 35.

«revolucionaristas» como las de Most podían vanagloriarse de una cierta aquiescencia por su parte. Desde mayo de 1879, éste había lanzado una campaña que se inicia con el artículo «¿Es la socialdemocracia un partido revolucionario?», en la que pretende apropiarse de la tradición socialista revolucionaria y de la herencia comunista, representada especialmente por los propios Marx y Engels, Lassalle, y el Liebknecht y el Bebel de los años sesenta. En el fondo le resulta «impensable que un partido como la socialdemocracia acepte una revolución por arriba como la que predica el Sr. von Bismarck».<sup>13</sup> Ante el peligro de que tales denuncias provocaran una escisión, la desautorización de los *marxistas* fue explícita: «La socialdemocracia alemana *sigue siendo* lo que era», sin que su defensa en principio de la posición revolucionaria tenga que traducirse por el momento en hechos específicos.

La reunión de Rorschach, a principios de los ochenta, acabó de romper definitivamente los puentes. Most fue convocado más o menos oficialmente a una reunión clandestina que debió suspenderse debido a la denuncia de un confidente.<sup>14</sup> Como no hubo tiempo para avisarle se presentó en Suiza, donde Bernstein le recogió y le llevó a una asamblea en Zúrich convocada por emigrados socialistas de diversos países, ante los cuales tuvo que rendir cuentas. Según el relato que Motteler en funciones de secretario hizo de la reunión, Vollmar y Bernstein, dos de los dirigentes en el exilio, le emplazaron para que diera pruebas de sus acusaciones contra el partido. Most se negó a hablar el primero y solo se decidió ante el curso que tomaban las cosas. Pero el ambiente era frío, y rápidamente se calló.

<sup>13</sup> *Freiheit*, núm. 18 y 23 del 8 de mayo y 7 de junio de 1879. «Consideramos que es *totalmente falsa* la idea de Liebknecht de que con la implantación de la ley de octubre, los socialdemócratas alemanes solo podrán elegir entre atacar o acoplarse a la ley. Otros partidos han demostrado con suficiente frecuencia que entre estos dos extremos queda todavía un amplio margen que puede ser utilizado con éxito». Ver también la carta de Hirsch a Liebknecht del 21 de noviembre de 1879: «¿Es verdad lo que dice hoy el *Freiheit* que en Dresde has jurado la constitución? Dime que no es verdad, no me lo puedo creer», *Liebk. Corresp. Soziald.*, pp. 213-214.

<sup>14</sup> El relato de la reunión se encuentra en IISG, *Motteler Nachlass*, p. 262. En él se señala que Most había recibido una delegación para esa reunión clandestina por parte de Zwickau-Crimmitschau, a los que a su vez se lo había sugerido Bebel, pues le interesaba mucho que Most asistiera a la reunión para «eventualmente hacerle entrar en razón». Según Rocker la reunión se celebró en mayo del ochenta.



Ante lo cual arremetió aquél. Motteler, que no debía ser precisamente un tipo comedido, le echó en cara sus mentiras, acusaciones y calumnias, conminándole a no seguir en esa línea. «Most se levantó de su silla en silencio, blanco como un muerto —*con los ojos aguados*— y se marchó de la asamblea». <sup>15</sup> El «gran Hans» estaba acabado. A partir de ese momento el nombre Most y «mostería», «clique mosteriana» se convirtió en sinónimo de posturas anarquizantes o anarquistas, o sea de izquierdismo, y se utilizó cada vez más como un insulto, no dudando en sacar el máximo provecho de la ingenuidad del protagonista.

El *Libertad* adquirió tintes cada vez más radicales y fue sucesivamente el órgano minoritario de los «socialistas revolucionarios» (año 4, 1882) y el órgano internacional de los anarquistas de lengua alemana (año 7, 1885). Con posterioridad a 1885 la redacción se trasladó a Nueva York y la polémica con la «legalista» socialdemocracia alemana quedó en el olvido.

Most se pasó al anarquismo con armas y bagajes. Sin embargo siguió defendiendo que en el momento de la creación del periódico él no era anarquista: «Si en el momento de la fundación del *Freiheit* hubiera sido ya anarquista, simplemente me hubiera dirigido a los que podían ayudarme, pero mi origen socialdemócrata era demasiado fuerte». Lo que intentó fue promover una especie de socialismo revolucionario más acorde con su propia trayectoria. Las cartas a Vollmar de aquellos meses avalan esta suposición. <sup>16</sup>

<sup>15</sup> Ídem subr. por el propio Motteler. Igualmente, Engelberg, E., *Revolutionäre Politik...*, op. cit., pp. 38-39, donde hace mención de este documento. En sus *Memorias*, Most da obviamente otra versión del asunto: señala que asistió a la reunión de Zúrich porque «consideraba todavía a las gentes como si fueran más honestas de lo que eran en realidad», pero en la reunión todos eran empleados de las empresas de Hóchberg, «pronuncié entonces un discurso de verdadero hereje» y «eso produjo su efecto. Como picadas por tarántulas se levantaron las genticillas y pronunciaron espantosos anatemas...». Cit. en Rocker, R., op. cit., p. 126. En la información que apareció en el *Freiheit* subrayó el carácter judicial de la reunión —el reo era obviamente él— con lo que le entró una sensación de «inmenso desquite» y un «frío que le llegó hasta el corazón», núm. 22, 29 de mayo de 1880 y ss. Motteler, que gozaba de la confianza de Bebel y que había sido también diputado, escribió durante el periodo de excepción unas famosas columnas en *Der Social-Demokrat*, en las que desenmascaraba a espías, policías y confidentes, bajo la firma «La Máscara de Hierro». Ver el relato de Bernstein en *Soziald. Lehrjah*, pp. 102 y ss. y el comentario en la correspondencia con Kautsky «no me fío de él pues no tiene sentimientos», KDV, 17.

<sup>16</sup> *Ein Sozialist...*, p. 141. En su libro sobre el anarquista A. Reinsdorf cuenta que éste criticó el partido en una visita que le hizo en Berlín en 1876. Most no habría hecho

Realmente antes de la promulgación de la ley de excepción, él había representado una de las líneas más radicales de la socialdemocracia alemana. Aunque teóricamente algo confuso, era uno de los dirigentes del partido con mayor influencia política, cuyos textos no están muy distantes de las concepciones habituales. Otra cosa fue tras la promulgación del decreto que le pilló en la cárcel. Al abandonarla en diciembre de 1878, no era diputado ni tenía puesto ninguno, pues el periódico del que era director había sido prohibido, y fue expulsado de Berlín. Como muchos otros exiliados recaló en Hamburgo donde el ambiente no debía ser muy estimulante. Por fin, poco antes de Navidad, abandonó Alemania para refugiarse en Londres.<sup>17</sup>

Animado, sin embargo, por el recuerdo de la Comuna Most pensó poner en marcha en Alemania un proceso revolucionario de aquel estilo y de aquella envergadura, sin darse cuenta de que no había condiciones para ello, y que las frases revolucionarias que él difundía desde Londres, eran causa de condenas y represiones sin fin en el interior para sus escasos simpatizantes.

En cuanto a él, expulsado de la organización, exiliado de Alemania, posteriormente encarcelado en Inglaterra por su defensa del atentado contra el zar Alejandro II (1881), acabó emigrando a EEUU, donde se convirtió en animador constante de los grupos anarquistas de exiliados de lengua alemana. Personaje característico de la vieja socialdemocracia revolucionaria pertenecía como Bebel y como Liebknecht a un movimiento en vías de extinción.

---

caso a las críticas, pero le invitó a que mandara un artículo al periódico que él dirigía (la *Berliner Freie Presse*) con nombre supuesto, por lo que «a Liebknecht le habría dado un ataque al corazón si lo hubiera sabido» *op. cit.*, p. 23. Incluye también una carta de Reinsdorf de 1881 en que se manifiesta a favor del *Freiheit* «aunque no esté todavía del todo de nuestra parte» y señala que «hay que atraer a Most cada vez más a nuestro lado», *op. cit.*, p. 48. Cartas a Vollmar de 20 de agosto y 5 de noviembre de 1879, IISG, *Vollmar Nachlass*, p. 1465. Entre los papeles de Motteler se encuentra también el editorial del primer número del *Freiheit*, titulado *Denkschrift an die deutschen Sozialisten*, con notas al margen del propio Motteler en que indica haberlo recibido antes de la publicación, IISG, *Motteler Nachlass*, p. 2069.

<sup>17</sup> En carta a Vollmar escrita desde Londres, Most le cuenta que a su salida de la cárcel, poco después de la implantación del estado de excepción, los camaradas en Berlín y en Hamburgo le pedían que se fuera para que no les comprometiera, IISG, *Vollmar Nachlass*, p. 1465. En sus *Memorias* recoge también este dato, y añade que en Hamburgo, a donde se dirigió al ser expulsado de Berlín, los camaradas tenían miedo que su presencia provocara el estado de excepción, *Ein Sozialist...*, *op. cit.*, p. 124.

### La estrategia bebeliana

En contraste con la ingenuidad y el verbalismo de un Most, el ala *marxista* estaba obsesionada por no caer en las provocaciones policiales ni dar pie para mayores represalias contra la organización. La peculiaridad de la situación consistía en que, aunque el partido estaba prohibido, los socialistas podían presentarse a las elecciones, razón por la cual las reuniones electorales eran permitidas. Actualmente algunos autores señalan que este atenerse de Bismarck, aunque de un modo muy *sui generis*, al Estado de derecho, hizo del decreto un juego de niños, lo cual demuestra que después del nazismo, nuestra experiencia de los horrores contra el enemigo político no conoce límites.

Por contra, más bien habría que pensar que si Bismarck no eliminó el voto socialdemócrata fue más por cálculo que por bondad, ya que con él podía parecer que también eliminaba el sufragio universal. Es decir, la eliminación de la socialdemocracia de las opciones políticas podría haber inducido una puesta en cuestión del Estado de derecho, que quizá el propio sistema no estaba en condiciones de soportar, pues afectaba al artificioso edificio político construido en los últimos años, con la crisis consiguiente.

A la permisividad electoral se unía sin embargo la persecución gubernativa. El análisis de las actas policiales abiertas sobre Bebel durante estos años muestra cómo en sus viajes, tanto él como los demás diputados socialdemócratas, eran seguidos por una nube de policías encargados de registrar los contactos y descubrir enlaces con organizaciones anarquistas o con seguidores de Most, para procesarlos. Así ocurre en los viajes que Bebel emprende en la primavera y verano de 1879, en el viaje a Zúrich de 1881 en el que el policía anota sus entrevistas con Bernstein y Motteler; en el de Bernstein y Bebel a Londres en diciembre de 1880, en las giras de 1881, etc. En todos ellos el punto fundamental es la relación con Most. En 1879 el policía se siente en la obligación de asegurar a sus superiores que las investigaciones hechas sobre una posible ida de Most a Colonia coincidiendo con el viaje de Bebel a Fráncfort no han dado ningún resultado. E igualmente en diciembre de 1880, el informante adjunta un recorte del *Der Social-Demokrat* en el que anota su desconuelo porque los espías se han marchado de Londres sin ver a Most.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> Actas policiales sobre Bebel, IML, Zentrales Parteiarchiv, IV, 3 de marzo de 1878.

Como copropietario de una pequeña empresa de tornería, Bebel camuflaba los viajes de agitación como viajes de trabajo y aprovechaba las visitas que tenía que hacer para su negocio, para mantener el contacto con los militantes de las diferentes localidades o para celebrar asambleas en lugares donde hubiera círculos socialdemócratas. Eso le daba una gran movilidad, pero a la vez le convertía en cebo privilegiado para la policía, pendiente de cualquier palabra del diputado/camarada Bebel<sup>19</sup> o de cualquier escrito que pudiera comprometerlo. Prácticas tales como abrir la correspondencia, denuncias o infiltraciones policiales acababan de cerrar el cerco, sin contar las diversas provocaciones, registros, detenciones preventivas, etc. Con todo, hay que señalar que la denuncia pública de estos abusos hecha por Bebel y Singer ante el Parlamento contribuyó en no pequeña medida a evitar la prolongación del estado de excepción.

A partir de 1881 la obsesión por posibles contactos comprometedores fue sustituida por el temor a una revolución, ya que no estaba claro qué tipo de estrategia era ésa que por una parte se distanciaba de cualquier apoyo a posiciones de violencia, pero simultáneamente no compartía la confianza en las reformas. Para la mente de un policía eso debía ser poco menos que la cuadratura del círculo: una de las dos afirmaciones tenía que ser falsa.

Que Bebel se convirtió en estos momentos en uno de los personajes claves de la situación, situado en el punto de mira de la policía y en el centro del movimiento está fuera de dudas, y así se manifiesta en los congresos posteriores. Él era también el impulsor de la nueva táctica, que se explicita en el informe de los parlamentarios aparecido a principios de octubre en *Der Social-Demokrat*. Su posición se resume en dos puntos:

- «no dar ninguna oportunidad a la reacción de utilizar la socialdemocracia como fantasma rojo.
- borrar el odio contra nosotros, provocado con infames calumnias, y actuar de tal manera que el odio originado por la mala

---

<sup>19</sup> En los informes policiales la palabra camarada (*Genosse*) aparece normalmente subrayada, como contraponiéndola a su condición oficial que era la de diputado, en un intento de poner de relieve su actividad clandestina. Como es obvio esta duplicidad daba pie a todo tipo de arbitrariedades.

actuación económica reinante y por la mala situación revierta sobre aquéllos que la han provocado, ya sea por participación activa o por omisión».<sup>20</sup>

En el escrito, la fracción parlamentaria firmante defiende el éxito de esta táctica, como lo prueba la desaparición del odio y del fanatismo anti-socialista que habían desatado los atentados, y el aumento del número de votos. El informe, aunque haciéndose eco de las expectativas revolucionarias despertadas en algunos círculos, considera que haber incitado acciones de ese tipo habría sido desastroso pues habría provocado la destrucción de la organización: «Supongamos que hubiéramos pasado a la acción, hubiéramos levantado barricadas en Berlín, hubiéramos proclamado la república en Sajonia, izado en Hamburgo y en Breslau la bandera de la revolución... ¿Qué hubiera pasado? Posiblemente nos hubiéramos mantenido en algunos puntos un par de semanas, mientras los gobiernos aquí y allá los hubiéramos pillado desprevenidos y luego hasta el último insurgente hubiera acabado en la cárcel o huido o fusilado, nuestros seguidores habrían sido descabezados por decenios, nuestros enemigos habrían adquirido una fuerza colosal y la masa indiferente que ni nos sigue ni nos combate, pero que en un proceso calmado, es decir no interrumpido violentamente por nosotros, acabará uniéndose a nosotros y dándonos el triunfo, se habría pasado al campo de nuestros enemigos y le habría ayudado a reprimirnos».<sup>21</sup>

Las conclusiones son fáciles de sacar y así lo hizo el Congreso de Wyden (1880) celebrado clandestinamente en un castillo suizo. Con muy poca discusión por parte de los delegados, se ratificó la táctica seguida, insistiéndose en rechazar la palabrería revolucionaria, que hasta

<sup>20</sup> Núm. 2, 3, 4, 12, 19 y 26 de octubre de 1879 reproducido en *Informe de la fracción parlamentaria* en Stephan, C., *Schriften, op. cit.*, T. 1, p. 158. Hasta ahora el texto había sido atribuido a Bebel, pero G. Langkau, editor de la correspondencia entre Liebknecht y otros socialdemócratas ha publicado una serie de cartas de Liebknecht a Vollmar, indicándole que le manda el texto, de modo que parece que él sea el autor y no Bebel. *Liebk. Corresp. Soziald. op. cit.*, T. 2, pp. 202 y ss. Liebknecht resume la táctica a seguir como «aguantar y esperar que Bismarck se debilite», ídem, T. 2, p. 129.

<sup>21</sup> Ídem. En carta a Bebel de 14 de noviembre, Engels que aprobaba en principio la táctica seguida, se quejó de ese párrafo pues le parecía excesivamente condescendiente con la burguesía. «Si supiera como suena esto en el extranjero...», le dice. *Corresp. E./B. op. cit.*, p. 74.

aquel momento había sido hartamente frecuente y se constató que hubiera sido un sinsentido llamar a cualquier tipo de sublevación o acción por el estilo, pues «aunque el pueblo es revolucionario»... «no debemos dejarnos arrastrar a empresas para las que no estamos preparados», y que son demasiado peligrosas.<sup>22</sup>

Así pues, si bien hubo desconcierto, «más por parte de las bases que de los dirigentes», el sentido de las directrices había sido claro: «no se podía responder a la violencia con la violencia». Liebknecht se encargó de explicarlo: «Se ha entendido mal la palabra *revolución* y se ha criticado a los diputados socialistas que no son revolucionarios. Todo socialista es revolucionario, pero no hay que ver en la revolución solamente la manifestación de violencia... tomar decisiones revolucionarias que no se pueden llevar a la práctica sería un infantilismo en el que no debemos caer».<sup>23</sup>

Las expulsiones de Most y Hasselmann, tratadas separadamente, aunque los motivos de fondo no diferían demasiado, formaban parte de esa necesaria reconducción del partido. En el caso de Most era claro que la táctica adoptada era incompatible con los revolucionarismos que soltaba desde Londres, aunque el motivo formal fueran las denuncias aparecidas en el *Libertad*. En el caso de Hasselmann todavía más, pues su apoyo a las acciones de los nihilistas rusos era inaceptable para el partido.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> «Nuestra táctica solo puede orientarse en seguir el camino pacífico, como hasta ahora, y dejar a un lado la fase de la violencia». *Actas del Congreso, op. cit.*, 1ª parte, p. 23, 2ª parte, p. 19.

<sup>23</sup> Ídem, pp. 18, 36, 40. Uno de los delegados pregunta: «Se dice que debemos ser más revolucionarios, pero esto qué significa: debemos pasar a la acción o tenemos que seguir haciendo frases. Pido que se me aclare», ídem, p. 20.

<sup>24</sup> Un delegado afirma: «Ahora como antes estamos a favor de la actitud radical de Most, solo condenamos sus murmuraciones», ídem p. 36. Las denuncias afectaban mucho a los militantes como se refleja en la exigencia hecha pública a Bebel para que responda a las acusaciones del *Freiheit*: «Los últimos acontecimientos en el partido nos hacen pesimistas; ¿qué tiene pues de extraño que seamos algo desconfiados?». El texto fue recogido por la policía y figura en las Actas sobre Bebel, IML, *Zentrale Partei Archiv*, IV, 3/2/1078. Tanto en el caso Most como en el caso Hasselmann, los temas de fondo se complican con cuestiones formales, en especial con problemas sobre el reparto de los fondos para ayuda a los exiliados y con la gestión económica del periódico del que era director, ídem, p. 29. El tema Hasselmann venía además de antiguo, pues ya en 1875 había habido dificultades con él con motivo de la fusión, aunque como antiguo «lassalliano» tenía apoyos entre los suyos que Most como antiguo «eisenachiano» no tenía. El *Freiheit* de 8 de mayo de 1880, núm. 18, se había solidarizado con la defensa

El congreso consideró pues que no había ninguna razón para que no se pudiera seguir haciendo lo mismo que se hacía antes, es cierto que no con los mismos medios, pues la agitación estaba prohibida, pero por eso mismo era más necesario que nunca aprovechar las campañas electorales, que se convirtieron en el área fundamental de la actividad del partido. Una táctica como la empleada por los nihilistas no se consideró «adecuada» para Alemania, aunque quizá pudiera serlo para Rusia, y en cualquier caso se ratificó el acuerdo de principio. Por último, se eliminó el párrafo relativo a que el partido se atendería a los medios legales. Es difícil sin embargo leer ahí algún tipo de apoyo a actividades ilegales. Más bien parece tratarse de una especie de salvaguardia que facilitara la propia actuación que en todos los casos sería ilegal, al menos en tanto persistiera el estado de excepción.<sup>25</sup>

Organizativamente la dirección quedó delegada en la fracción parlamentaria o, mejor dicho, en un subcomité elegido por ella y formado solo por cinco miembros. Esta decisión, resultado obvio de un compromiso, permitirá frenar la tendencia al reformismo, pero creará nuevas fricciones entre la dirección ejecutiva, la fracción parlamentaria y la prensa. O sea, entre el ala radical y aquella otra proclive a compromisos.

En la práctica, dado que los diversos miembros del comité vivían en lugares distintos, se potenció la toma personal de decisiones por parte de los máximos dirigentes bajo la previsible ratificación de la mayoría. A la vez el crecimiento numérico de la organización y, en especial, el aumento de los diputados, que pasaron de la decena inicial de los años setenta a triplicar y casi cuadruplicar su número a finales de siglo (26 diputados en 1884-1887 y 36 en 1890-1893), transformó el viejo movimiento social que había sido la socialdemocracia en un partido político moderno. En él los procesos de decisión escapaban, cada vez más, a las conversaciones entre camaradas y exigían métodos formales de resolución.

---

que Hasselmann había hecho en el *Reichstag* de los nihilistas, motivo por el que podía considerarse que formaban un bloque. Liebknecht por su parte se sentía muy contento de haberse librado de Hasselmann, *Liebk. Corresp. Soziald.*, p. 206.

<sup>25</sup> Vollmar y Bernstein presentaron la propuesta, basándola en que dadas las condiciones «la actividad revolucionaria de la socialdemocracia alemana es ilegal» pues «estamos obligados a actuar fuera de la ley, de lo que se trata es solo de que no nos cojan», ídem, pp. 23-24.

Las resoluciones del Congreso de Wyden fueron criticadas en algunos sectores, especialmente en Berlín, Fráncfort y otros lugares, por demasiado blandas y poco radicales, lo que demostraba, a ojos de los dirigentes socialistas, falta de preparación política y teórica. A ello se debió el notable impulso en la divulgación de textos escritos en los años inmediatamente siguientes, en un esfuerzo de elaboración doctrinal que pusiera textos fáciles, legibles y claros al alcance de los militantes medios. La Revista *La Nueva Época* (*Die Neue Zeit*) debe su nacimiento a esta preocupación y Kautsky encontró ahí el hueco que le convirtió en teórico del marxismo.

Pues la revista contribuyó a acelerar un proceso de clarificación ideológica, que suprimió las corrientes democratistas y radicales anarquistas en beneficio de la corriente *marxista*, a la que caracterizaba un fuerte rechazo verbal del reformismo unido a una cierta impotencia en la política real del país dada la represión existente. Los órganos teóricos «marxistas», entre otros *La Nueva Época* y de *El Socialdemócrata*, convertido ya en periódico oficial, acentuaron la denuncia del reformismo, al que era muy fácil de identificar como forma de colusión con un Estado represivo, o como tendencia encubierta a un *socialismo de Estado*, claramente gubernamental.

Pero, «si la cooperación con el Estado existente era imposible, también lo era todo compromiso con los que, aunque estuvieran en el propio partido, estaban dispuestos en virtud de sus beneficios, a adecuarse a las condiciones para conseguir introducir ciertas mejoras en la formación social existente».<sup>26</sup> La lucha de facciones contra el reformismo encontró ahí su caldo de cultivo que es precisamente el mismo que sancionará el marxismo en cuanto doctrina del no compromiso y de la revolución.

El tema de *El Socialdemócrata* no deja sin embargo de resultar chocante si se tiene en cuenta que el periódico —del que Kautsky fue un colaborador asiduo— había sido financiado por Höchberg (1853-1885), un socialdemócrata de origen judío que un par de años antes había puesto ciertas sumas de dinero a disposición del partido y cuyo secretario personal era ni más ni menos que Bernstein. Höchberg era además el que en 1878-1879 con sus artículos en el llamado *Anuario de Ciencia Social* (*Jahrbuch für Sozialwissenschaft*) que era editado por Richter

<sup>26</sup> Mittmann, U., *op. cit.*, p. 14.



(pseudónimo de Höchberg) había provocado las iras de Marx y Engels provocando la amenaza de una ruptura definitiva.<sup>27</sup>

El problema de Höchberg, uno de *los socialistas del futuro* al decir de Marx y Engels, había surgido un año antes de la ley de excepción, cuando recién ingresado en la organización puso a su disposición el dinero necesario para publicar una revista científica, titulada *Futuro* (*Zukunft*). Según todas las noticias él se iba a encargar personalmente del proyecto, por lo que los dos viejos inicialmente se mantuvieron al margen, para empezar a protestar en cuanto creyeron constatar que la revista pretendía separar *socialismo y movimiento obrero*, abogando por aquel parlamentarismo tan criticado en los ambientes internacionales. A juzgar por las afirmaciones de la correspondencia entre ambos, el *programa socialista* aparecido en la revista no era más que un miserable conjunto de fantasías del peor carácter ideológico, basadas en la mitología moderna: «Libertad, igualdad y fraternidad».

El análisis de los números aparecidos durante poco más de un año –pues con la implantación de la ley la publicación fue prohibida– testimonian que defendía un socialismo indefinido «de la justicia». El artículo de fondo del primer número, escrito por Höchberg, se planteaba como tarea teórica el desarrollo de una «socialística», es decir, de una teoría científica del socialismo que permitiera concretar sus objetivos, especialmente su objetivo principal: «el Estado social como control o dirección estatal de la producción y distribución justa de los bienes y de la felicidad», negando cualquier relación con el «materialismo» y enlazando el Estado social con la vieja idea de libertad. Aparece también el problema de la moral, como engarce consciente entre la razón y el «aparato instintivo humano», o conjunto de pasiones, deseos, necesidades, que impulsan la acción.<sup>28</sup>

<sup>27</sup> Hijo de un banquero, Höchberg había entrado en el partido en 1876 y enseguida se había propuesto para editar revistas de tipo científico. Había estudiado filosofía en Heidelberg y Zúrich y había sido discípulo de Lange. Expulsado de Berlín en 1880, donde había estado en contacto con el *Mohren club* (Bernstein, Viereck, Schramm...) viajaba mucho debido a su mala salud. Murió muy joven el 12 de junio de 1885. Hay referencias positivas a Höchberg en Kautsky, K., *Corresp. E./K.*, p. 3 y Bernstein, *Sozialdemokratische Lehrjahre*, pp. 56 y ss.

<sup>28</sup> «Der Sozialismus und die Wissenschaft», Año I, pp. I y ss. Igualmente, *infra*, p. 268. «El Estado socialdemócrata se define como una comunidad que reparte los bienes de la tierra de forma justa entre sus miembros...; ése es nuestro ideal y ésa es nuestra primera

Entre sus redactores, entre los que no se encuentran ni Marx ni Engels, se cuentan algunos socialdemócratas conocidos como C. A. Schramm, J. Most, el propio Höchberg, W. Blos, L. Büchner y Guesde o De Paepe; también colaboraban políticos como Bebel, cuyo enfoque tendía a potenciar la tradición autóctona del «socialismo alemán», concebido al estilo de un «socialismo de Estado», al que se denomina «socialismo científico». Se aprecia pues una cierta confusión sobre qué sea eso de socialismo, en especial sobre cómo puede concebirse un «Estado social» que gestione con justicia los diversos bienes.

Tras el cierre por la censura, apareció en Zúrich como continuadora suya otra revista, titulada ahora *Anuario de Ciencia y Política Social*. En él se publicó el malhadado artículo llamado de las «tres estrellas», porque iba firmado con tres asteriscos. Sus autores C. A. Schramm, C. Höchberg y E. Bernstein<sup>29</sup> hacían un análisis de los últimos acontecimientos, en especial del estado de excepción, e intentaban mostrar cómo el decreto había sido consecuencia de la inútil agresividad demostrada en los últimos años.

El artículo, con la más absoluta falta de tacto que imaginarse pueda, intentaba sacar las últimas consecuencias del cambio de táctica y exhortaba a atenerse a la legalidad por encima de todo: «El partido muestra precisamente ahora, bajo la presión de la ley de excepción, que no tiene intención de ir por el camino de la revolución violenta y sangrienta, sino que está decidido, a pesar de algunas impropiedades o salidas de tono anteriores, a andar el camino de la legalidad, es decir de la reforma». Y sigue «que se nos entienda bien. No proponemos dejar

---

exigencia». «Idealismus und Realismus in der Sozialpolitik», también de Höchberg, Año I, p. 39. «En lo que respecta a mis ideas filosóficas, es completamente correcto que no soy un materialista, pero esto *no es necesario para el socialismo*», *Der Social-Demokrat*, 14 de marzo de 1880. Cit. por Geyer, K., «Die Marxsche Kritik der ethisch-idealistischen Geschichtskonzeption K. Höchbergs», en *DZtPh*, XVI, 1968, p. 459. En cuanto al tema de los *instintos*, en Marx y en Engels tiene poca relevancia mientras que en Kautsky ocupará un lugar fundamental y pudiera enlazarse con esos intereses de Höchberg. Ver en este sentido carta de Höchberg a Kautsky, 4 de noviembre de 1883, IISG, *Kautsky Nachlass*, D, XIII, p. 90: «Yo intenté en su momento, en el número de prueba del *Zukunft*, poner el socialismo sobre la base de los instintos sociales, lo que me atrajo entonces la oposición de la hegelianería marxista».

<sup>29</sup> Bernstein negó luego su autoría que atribuyó a Flesch. Kautsky recoge este dato y lo comenta, *Corresp. E./K.*, p. 6. En la época sin embargo todo el mundo lo atribuyó a Bernstein.

nuestro programa ni nuestro partido, pero pensamos que tenemos bastante quehacer para años si dirigimos toda nuestra fuerza, toda nuestra energía a alcanzar aquellos objetivos cercanos que, bajo todos los puntos de vista, es necesario alcanzar» (pp. 87-88).

Como es de suponer Marx se salió de sus casillas, pues aparte de su endeblez teórica, desde el punto de vista político representaba una claudicación. Ciertamente Marx había entendido el decreto como una quiebra de la legalidad, que pretendía poner fuera de la ley a la socialdemocracia y a la vez proteger de la legalidad al propio gobierno. Según su plástica frase: «Los socialistas rusos cometen los desastres y los legalistas socialdemócratas alemanes deben ser puestos por ello fuera de la ley».<sup>30</sup> Pero ni aun así podía contentarse con el «legalismo de Estado» de estos últimos, que se creía obligado a desautorizar.

Con el famoso artículo parecía pues que había llegado el momento de la ruptura definitiva con la legalista socialdemocracia alemana, y Marx, que se encontraba viejo y enfermo, puso la cuestión en manos de Engels. Éste se encargó del asunto, cosa que hará cada vez más a medida que avance la decadencia de Marx. La argumentación de Engels se reduce a lo siguiente: en primer lugar la socialdemocracia es —o debe ser— un partido obrero, un partido de trabajadores y no un partido de diletantes teóricos. En segundo lugar, Engels deja oír claramente la amenaza de una ruptura, pues «mal que nos pese, nos veremos obligados a declararnos públicamente en contra y a romper la solidaridad con la que hasta ahora hemos representado al partido alemán de cara al extranjero». Ciertamente quería esperar que la ruptura no fuera necesaria, pero también quería dejar claro que en ningún caso ni él ni Marx estarían de acuerdo con esa especie de vaciado de contenido. «¿O es que la socialdemocracia de hecho se ha contaminado de la enfermedad parlamentaria y cree que, con la elección por el pueblo, se vierte sobre los elegidos el Espíritu Santo y las sesiones de la fracción se transforman en concilios infalibles, las decisiones de la fracción en dogmas intocables?». En último término, «si ocurriera que Berlín fuera otra vez tan mal educado para hacer otro 18 de marzo y resultara que entonces los socialdemócratas, en vez de participar en la lucha como “gente de baja estofa con ansia de barricada”, se dedicaran a “marcar el camino de la

<sup>30</sup> Carta a Engels, 17 de septiembre de 1878, MEW, 34, pp. 77-78.

legalidad”, apartarse de ahí, deshacer las barricadas y en caso necesario avanzar con el imponente ejército en plan de guerra contra las masas unilaterales, burdas, mal educadas...»; si eso ocurriera ni Marx ni él mismo tendrían nada que ver con gente de tal jaez.<sup>31</sup>

No es raro que la dirección del partido, a quien iba dirigida la misiva, contestara a vuelta de correo, rechazando la filípica y la amenaza, y explicando los pormenores del asunto.<sup>32</sup> Pero realmente el que capeó el temporal fue Bebel que, con una rápida respuesta, le quitó hierro, les dio garantías y les invitó a colaborar. Bebel señalaba que en Alemania nadie había hecho la interpretación del *Anuario* que Engels temía. A finales del año, una serie de visitas a Londres, al que llamaban en tono de chanza el «*Engelsburg*», permitieron resolver el incidente, iniciando una etapa de mayor colaboración entre el grupo socialista en el interior y los dos viejos exiliados londinenses.

En el número siguiente, Höchberg se quejó de las críticas recibidas por causa del artículo y de que no pudiera dar una réplica adecuada, pero el número contiene un pequeño artículo en el cual, por vez primera de forma explícita, se reivindica el carácter de clase del partido, y se explica la implantación de la ley como resultado de la «lucha de clases» (año I/2, artículo «*Die Sozialdemokratie in Deutschland und das Sozialistengesetz*»).

Ahora bien, si a la socialdemocracia le criticaban su legalismo y su acomodación, a Most, que en estos meses había intentado entablar lazos con ellos, Marx y Engels le criticaban la palabrería revolucionaria. «Nuestras diferencias con Most —explica Marx— no son en ningún modo las de los señores de Zúrich, el trío Dr. Höchberg, Bernstein

<sup>31</sup> MEW, 19, pp. 150 y ss.; 34, p. 161.

<sup>32</sup> Carta de Fritzsche y Liebknecht a Engels, 21 de octubre de 1879, *Corresp. M.-E./L.*, p. 272. Por lo demás Liebknecht no hizo mucho caso de la reprimenda que circuló por el partido. Vollmar, redactor del periódico, se sintió molesto por el tono y no digamos Schramm, uno de los autores del artículo en cuestión. Así afirma el primero: «La cosa de Engels ya la he leído. En el asunto *Jahrbuch* en general le doy la razón; en la historia de la redacción (del *Der Social-Demokrat*) solo en parte. Por lo demás encuentro totalmente insoportable que uno se considere a sí mismo tan infalible y hable de tolerancia, dando capones a uno y a otro. ¿Si los Sres. lo saben tan bien, por qué no lo han hecho ellos mejor? Reconozco con placer el valor científico de Engels, pero ese descalificar a los que actúan en la práctica me recuerda a los profesores alemanes. Al principio Schramm estaba indignado y quería responder a lo bruto. Ahora ya se ha tranquilizado», cartas del 20 de octubre de 1879 y 29 de noviembre de 1879, *Liebk. Corresp. Soziald.*, T. II, pp. 204 y ss.

(su secretario) y C. A. Schramm. No le echamos en cara a Most que su «*Libertad*» sea *demasiado revolucionario*; sino que no tiene *ningún contenido revolucionario* y solo hace *frases revolucionarias*. Tampoco le criticamos el que critique a la *dirección del partido en Alemania...* sino el modo como lo hace». <sup>33</sup>

A fin de cuentas, durante 1879 y el inicio de 1880 las relaciones con Most acabaron por enfriarse. Especialmente Engels no deseaba en modo alguno que un comportamiento solo «pasivo» por su parte pudiera interpretarse como un apoyo a las posiciones de alguien, al que tildaba de indisciplinado, incapaz e inconstante. Lo cual no aminoraba en absoluto la animadversión contra los de Zúrich –Höchberg y compañía– y los de Leipzig –o sea Bebel y Liebknecht–. Según Engels el reformismo de los artículos del *Anuario*, especialmente el intento antes señalado de separar socialismo y movimiento obrero daba argumentos a Most para presentarse como «el verdadero representante del movimiento alemán», pues los de Leipzig se habían parlamentarizado hasta tal punto que la crítica pública a una parte de su charlatanería en el Parlamento les parecía un crimen de lesa majestad. <sup>34</sup>

Su apreciación de la situación era relativamente distinta: «El comportamiento de *El Socialdemócrata* en Zúrich lo tengo que rechazar tanto como el de la *Libertad* londinense»; «Most dice aquí grandes palabras... y *El Socialdemócrata* se bandea, por un lado tiene miedo de ser rebasado por Most, por otro que los trabajadores se tomen en serio las grandes palabras». <sup>35</sup> Y aunque Marx intentó no cortar los lazos con él mientras le fue posible, su adscripción al anarquismo cortó de raíz cualquier posible relación.

<sup>33</sup> Carta a Sorge, 19 de septiembre de 1879, MEW, 34, p. 410. Después de 1880 no hay referencias relevantes a Most y al *Freiheit*, si se exceptúa la nota que Marx y Engels mandaron al *Daily News* en 1881 con relación al comentario que el *Freiheit* había publicado sobre el atentado contra el Zar y que es más bien una rectificación, MEW, 35, p. 246. El relato de Engels sobre estos contactos se produjo con ocasión de la muerte de Marx; en él critica a Most, a la vez que se define a sí mismo como «comunista revolucionario», MEW, 19, pp. 345 y ss. Carta de Engels a von Patten, de abril de 1883, MEW, 36, pp. 11-12.

<sup>34</sup> Correspondencia entre Engels, Marx, J. Ph. Becker, Sorge, Gugenheim y Bernstein, MEW, 34, pp. 104, 410, 377 y ss.

<sup>35</sup> Carta a H. Meyer, finales de marzo de 1880 y a J. Ph. Becker, 1 de abril de 1880, ídem, pp. 439 y ss.

## Revolución social y revolución política

En los escritos clásicos de Marx, y en los no menos clásicos de Engels, el problema de la revolución se plantea de acuerdo a las concepciones comunes entre los revolucionarios de los años cuarenta, para quienes ésta era un proceso de profundas transformaciones económicas, sociales y políticas, impuestas por la acción transformadora de un movimiento social potente. Los diferentes ritmos de desarrollo de los diversos ámbitos de la vida colectiva la convertían en un proceso complejo de transformaciones que se sucedían unas a otras en un lapso dilatado de tiempo.<sup>36</sup> Por su fuerza y su imprevisibilidad una revolución es un proceso que discurre sobre las cabezas de sus protagonistas, a los que da conciencia de la eficacia histórica (social y política) de las acciones humanas, a la vez que permite *desmitificar* los acontecimientos, eliminando las viejas ilusiones sobre el presente y el futuro.

A pesar de su unidad en cuanto proceso histórico, Marx y Engels solían distinguir entre «revolución social» y «revolución política», entendiendo que en la primera las transformaciones logran afectar las estructuras sociales y económicas, mientras que la segunda supone solamente cambios en el poder político. La distinción es más frecuente en las obras tardías que en los escritos de juventud, en los que parecen remitir simplemente a dos facetas consecutivas de un mismo proceso.

Según este esquema, precisamente porque una revolución no está concebida como la mera sustitución de un gobierno por otro, se imponen determinados condicionamientos. Especialmente al decir de Marx, que «*las modernas fuerzas productivas*», o sea las capacidades productivas desarrolladas por el sistema incluida la masa cuantitativa de obreros, y «*las formas burguesas de producción*», entre otras el sistema económico de propiedad privada y de intercambio mercantil, incurran en mutua contradicción.<sup>37</sup> De ahí la tesis de la coincidencia entre revolución y crisis, a

<sup>36</sup> Los análisis clásicos de Marx en torno a las revoluciones de su época se encuentran fundamentalmente en *La lucha de clases en Francia, El 18 Brumario* y *La guerra civil en Francia*. De Engels en *Revolución y contrarrevolución en Alemania* y de ambos en los numerosos textos de la *Neue Rheinische Zeitung [Nueva Gaceta Renana]*, publicados a lo largo de los acontecimientos de 1848-1849.

<sup>37</sup> «Semejante revolución (revolución verdadera) solo puede darse en aquellos periodos en los que estos *dos factores*, las *modernas fuerzas productivas* y las *formas burguesas de producción* incurren en mutua contradicción... Una nueva revolución solo es posible como

la que se juzga como exponente de la imposibilidad del sistema para su propia reproducción. Pero esta imposibilidad que, para Marx, no puede ser resuelta en el marco del sistema mismo, sí puede ser tratada como cualquier otra disfuncionalidad social, o sea puede ser desarticulada, neutralizada, desplazada o desactivada con una política combinada de integración y represión. Dicha política permitiría bloquear cualquier posible alternativa merced a las ventajas obtenidas y debido al miedo, ya sea a perderlas, ya a encontrarse en una situación peor. Pues, mientras que «el capital es una fuerza social concentrada», «el obrero, por su parte, solo dispone de su fuerza reproductora individual»... ; «el único poder social de los obreros es su número, pero la fuerza del número se anula con la desunión. Y esta última, entre los obreros, es producida y perpetuada por *la competencia inevitable que se hacen entre ellos*».<sup>38</sup>

Por otra parte, dado que ambos entienden la revolución como un proceso extendido en el tiempo y discontinuo, se da una alternancia entre periodos revolucionarios y periodos contrarrevolucionarios. Para una estrategia revolucionaria, eso exige una constante tarea de adecuación, de valoración del momento histórico preciso, de interpretación de los acontecimientos, susceptible de generar profundos errores de apreciación, pues a no ser hacia el final del proceso y normalmente *a posteriori*, es muy difícil una apreciación de conjunto. Que en este sentido Marx y Engels hicieron gala de un optimismo excesivo, al interpretar los diferentes sucesos como eslabones de un proceso de acumulación de fuerzas por el movimiento obrero, despreciando los factores en sentido contrario, parece fuera de toda duda. En los años ochenta, Engels interpretará desde el mismo esquema el ascenso electoral continuado del Partido Socialdemócrata, augurando un triunfo electoral inminente, de modo análogo a como Marx había interpretado las múltiples acciones y huelgas obreras de finales de los años sesenta, como un proceso intensificado de enfrentamiento entre capital y trabajo.

---

*consecuencia de una nueva crisis. Pero es también tan segura como ésta». La lucha de clases en Francia, MEGA, 10, p. 467. El tema de la correlación entre revolución y crisis es uno de los más debatidos en la bibliografía marxista.*

<sup>38</sup> *Instrucciones para el Congreso de Ginebra de la AIT (1866), MEW, 16, p. 197. En mi opinión no es baladí que Marx finalice su interpretación de la revolución europea de 1848 con la pregunta: «¿Por qué el proletariado francés no se levantó y no se levantó ni siquiera tras el 2 de diciembre?», dando una respuesta de índole socioeconómica.*

El tema de la violencia es un problema menor, pues se parte de la idea de que la violencia está inscrita en todo proceso revolucionario. Incluso es más, coadyuva a la eficacia del proceso pues exige plantear los problemas con una brutalidad tal, que impide los juegos de palabras y fuerza soluciones radicales. En la concepción clásica, una revolución supone un momento de identidad entre teoría y práctica, entre palabras y hechos, que elimina el espacio de encubrimiento de la fraseología y con él, las ilusiones adheridas a las «hermosas frases». El aprendizaje por las masas del uso de la violencia es pues cuestión capital de toda revolución: «Nada más brutal –dice Marx– que las consecuencias necesarias *de la humanidad de los débiles*» (*La lucha de clases en Francia*, p. 149).

Este punto de vista revierte el papel de la legalidad en un proceso revolucionario. Según ambos, toda revolución victoriosa crea su propia legalidad y por tanto, en el curso del proceso se produce una eliminación de la «vieja legalidad» en aras de la nueva; la mayor o menor rapidez del proceso hace que en él las situaciones de *doble poder* y de *doble legalidad* se prolonguen más o menos. Entre ambas no cabe un arreglo pactado ni hay una forma de legalidad superior que dirima el conflicto, que solo es resoluble por la fuerza. Mantenerse en el «terreno legal» durante una revolución significa necesariamente moverse en el ámbito de la legalidad vieja y en consecuencia favorecer el triunfo de la contrarrevolución, ya que de no producirse el cambio de legalidad que es una de sus primeras consecuencias, ella misma será declarada ilegal y por consiguiente reprimida. A su vez, la nueva legalidad no puede tener un «origen legal», ya que su única legitimación consiste en ser la expresión más fiel posible de las nuevas relaciones. Para Engels no entender el rasgo «dictatorial» o impositivo de toda legalidad nueva significa no ver, por detrás de lo legal, los mecanismos del poder.

A lo largo de su dilatada vida política Marx se había negado siempre a establecer una diferencia «abstracta» entre poder y violencia o entre acción política y uso de la violencia, pues los límites de la acción política no están nunca dados por ella misma. En la famosa discusión sobre la acción política de la clase obrera mantenida con Anselmo Lorenzo y Bastelica, delegados español e italiano a la Internacional respectivamente, Marx afirmaba textualmente: «Debemos decirles (a los gobiernos



reaccionarios): actuaremos contra vosotros en forma pacífica donde lo consintáis, con las armas donde sea necesario».<sup>39</sup>

En los análisis concretos sobre los procesos revolucionarios en que participaron o que observaron muy de cerca —en especial la revolución de 1848 y la Comuna de París— ambos insisten en el carácter global de una revolución social, solo en virtud del cual su «sujeto», el pueblo, es capaz de provocar un cambio de tales dimensiones en las estructuras sociales. En sus notas sobre la Comuna Marx afirma: «El glorioso escritor británico a sueldo (se refiere a un periodista inglés que la había criticado) ha hecho el gran descubrimiento de que (la Comuna) *no* es lo que nosotros acostumbramos a entender por autoadministración. Naturalmente que no lo es... *Es el pueblo que actúa por y para sí mismo*».<sup>40</sup>

Esa autoadministración del pueblo «por y para sí mismo» tiene varias notas características que Lenin señaló sobradamente y que son de todos conocidas: elegibilidad y reversibilidad total de los cargos, salario igual al salario medio de un obrero, eliminación de cargos vitalicios, etc., llamadas a evitar la reconstitución de un aparato político separado de los otros ámbitos de la vida social, con lo que Marx retoma una constante de su concepción política, la idea de que una revolución social debe reunificar bajo el control de su soporte material —el «pueblo»— las diferentes áreas de la vida colectiva. Solo por eso y porque «proletariado» es el nombre que se da al conjunto de las clases trabajadoras, puede hablarse en sentido general de una revolución socialista y de una dictadura del proletariado, y puede además pensarse que en un sistema en el cual «a todo ser humano capaz de trabajar le será obligado trabajar para mantenerse, se eliminará la única base del predominio y de la opresión de clase», es decir el poder que algunos tienen de que otros trabajen para ellos.<sup>41</sup>

Políticamente, la formulación más adecuada de esta dictadura parece que sería la de una *república social*, vieja reivindicación programática de la revolución de 1848, cuyo contenido en ningún momento

<sup>39</sup> MEW, 17, p. 652

<sup>40</sup> *Notas para La guerra civil en Francia*, MEW, 16, p. 520 (cursivas de la autora).

<sup>41</sup> Marx, K., *Discurso...*, MEW, 17, p. 433. «República social» fue una consigna de los sectores más radicales de la revolución de 1848. *El 18 Brumario...*, pp. 21-22. En su *Crítica al Programa de Erfurt* (1891) Engels habla también de la república democrática como «la forma específica para la dictadura del proletariado», MEW, 22, p. 236.

podría ser la implantación de un ficticio «reino de la libertad», sino la inauguración de un periodo histórico nuevo de control y de previsión económica. La diferencia y a la vez la proximidad ideológica con las posiciones de la socialdemocracia queda manifiesta en ambos eslóganes: *república social* frente a *Estado popular*.

Independientemente de su derrota, tras la Comuna Marx tendió a identificar aquella forma de organización descentralizada, constituida por comités directamente elegidos, ligados a las comunas de base... con la forma típica de Estado de una revolución social en la que desapareciera la «maquinaria estatal superpuesta a la sociedad» que es característica de la sociedad burguesa. Con ello la sociedad real recuperaría su protagonismo: «La Comuna fue una revolución contra el *Estado* mismo, contra ese sobrenatural aborto de la sociedad; fue una revitalización a través del pueblo y de la propia vida social del pueblo. No fue una revolución para traspasar el poder del Estado de una fracción de clases dominantes a otra, sino una revolución para destruir esa desastrosa máquina del dominio de clase. No fue una de aquellas peleas entre el dominio de clase en forma de la violencia bruta y los modos parlamentarios del dominio de clase, sino una revuelta contra ambas formas que se complementan una a la otra y de las cuales, la parlamentaria no era más que la engañosa compañía de la fuerza bruta». Por eso fue saludada como «la palabra mágica de la libertad». En cuanto forma política de un movimiento social victorioso su objetivo no era otro que la famosa «liberación del trabajo», es decir el control de las condiciones básicas y naturales de la vida individual y social, que dejaba de ser cargado por la minoría sobre la mayoría (*La guerra civil en Francia*, p. 541 y ss.).

¿Qué hacer, sin embargo, con las diferencias entre los diversos sectores de una «clase obrera» tan poco homogeneizada, y no digamos de las que separan a los sectores obreros, artesanos o industriales de los campesinos, jornaleros del campo, etc., cuando es justamente la unidad entre todos ellos la única que puede constituir ese *pueblo*, pretendido sujeto de la revolución? Engels insistía en la necesidad de sumar a los campesinos al proyecto socialista, pues su aversión a la revolución constituía la base de masas del bonapartismo. Pero aun así, el llamado «problema agrario», o lo que es lo mismo, el modo como articular reivindicaciones en el campo que no fueran incompatibles con el proyecto socialdemócrata y que permitieran ganar adeptos entre los campesinos,

fue uno de los problemas más difíciles de la socialdemocracia, que ésta no logró resolver satisfactoriamente. El intento de Kautsky, plasmado en su famoso *La cuestión agraria*, es más la constatación de un imposible que una solución real al problema, pues su insistencia en la tendencia a la concentración y a la acumulación capitalista con la consiguiente capitalización del campo, simplemente lo desplaza sin formular una alternativa válida a un proceso cuyas consecuencias estaban sufriendo.

### **La contraposición con Bakunin en torno a la acción política de los trabajadores**

A finales de la década de los setenta el tema adquirió otras connotaciones, pues aunque tanto Marx como Engels reaccionaran frente a la crítica bakuniniana negando que defendieran ningún «socialismo de Estado», insistieron en los rasgos «estructurales» de un proceso revolucionario. Así, llamaron la atención sobre el hecho de que los procesos históricos están estructurados y por tanto una revolución no depende tanto de la «voluntad» cuanto de las condiciones. E hicieron hincapié en que esa estructura es la de una lucha de clases, es decir una lucha de intereses contrapuestos de las diversas clases sociales realizando la importancia de la acción política frente a una represión generalizada.

En las notas al texto de Bakunin *Estatismo y anarquía* (1873) que Marx leyó con cierto detenimiento a finales de 1874, aparte de su odio por lo alemán, del que él sería una personificación, le critica que transforme la «revolución social» en una frase, al perder de vista las condiciones socioeconómicas que la hacen posible. Ese seguirá siendo el punto central de la crítica en los años posteriores: no se trata del problema del Estado, ni siquiera del de la violencia, cuanto del vaciamiento de contenido del programa revolucionario que en Bakunin se transformaría en palabrería, haciéndose inocuo a pesar de su radicalización formal. Mientras que, en opinión de Marx, un autogobierno de la comunidad basado en la propiedad colectiva de los medios de producción podría proporcionar el modelo de la «administración de cosas y dirección de los procesos productivos» del que Engels hablará posteriormente.

Hasta cierto punto podría decirse que Bakunin había sacado consecuencias diametralmente opuestas, tanto de la revolución de 1848, en la que también había participado, como de la experiencia de la Comuna.

Pues mientras que para Marx y Engels ésta última había mostrado la posibilidad de una revolución en la que los trabajadores actuaran como núcleo aglutinante y la represión había puesto sobre el tapete la necesidad de una fuerza política de carácter obrero, para Bakunin, el «pueblo» –Bakunin suele hablar de «pueblo» en el sentido de comunidad sometida, incluyendo en él el proletariado y el campesinado– basaba su fuerza en su desconfianza instintiva de la política y en el igualitarismo.

Su discurso partía de la *cuestión social* y de la miseria obrera, pero la primera no era más que *la pasión por la revolución social en el pueblo miserable* y la segunda la interpretaba como resultado de la organización social del sistema afianzado en el poder del Estado, de modo que la política, o mejor, la denuncia de la política, ocupará un lugar prioritario, pues el Estado y solo él es el responsable de la explotación económica. En otras palabras, la explotación económica no es vehiculada como en el discurso marxista a través de una instancia económica, que la hace funcional al conjunto de la reproducción social en la modalidad capitalista y por tanto a la reproducción ampliada del capital, sino que se considera efecto de la dominación política, coagulada en el Estado el cual se enfrenta a unas masas populares siempre prestas a la rebelión. Por la misma razón la *revolución social*, que será el eslogan constante de Bakunin, se entiende como «destrucción incluso de la posibilidad de las situaciones de privilegio, de cualquier dominio y de cualquier explotación»... «como una acción de justicia y de liberación», que es concebida como una explosión de las pasiones humanas, que están refrenadas por la explotación económica y la miseria social». <sup>42</sup>

En otras palabras, la posición de Marx y Engels se basa en la tesis de que, por internamente articulado que esté un sistema social, esta articulación está sujeta a la lógica del enfrentamiento y por tanto la dominación que determinados sectores ejercen sobre otros choca con la resistencia de estos últimos; si son vencidos, se los reduce a la condición de mera base material, de mero substrato de la reproducción social. En una palabra, desaparecen de la esfera política y no pueden oponer fuerza alguna a la represión que se ejerce sobre ellos. Pero dada

<sup>42</sup> Bakunin, M., *Gesammelte Werke*, II, p. 79. Igualmente en *Estatismo y anarquía*, el objetivo de la revolución social se centra en la «abolición de las clases por medio de la nivelación económica de las riquezas y la supresión de su último apoyo, el Estado», en *Obras completas*, Madrid, La Piqueta, 1986, vol. 5, p. 108.

la interrelación que existe entre «lo político» y «lo económico» esta expulsión de la política refuerza la dependencia económica del sector que ha sido vencido, dependencia que en el sistema capitalista raramente aparece como mero despotismo político, sino que es vehiculada por un mecanismo aparentemente neutro como es el mercado. Por el contrario, en un periodo revolucionario, estos sectores sacuden su apatía, y empiezan a intervenir en la vida política. Comienzan o recomienzan a actuar como fuerzas políticas. Y dejan de ser *nada*, para convertirse en movimientos, partidos políticos, fuerzas más o menos consistentes, cuya capacidad solo puede ser utilizada desde el poder si se la logra neutralizar, o sea en la medida en que se logre canalizar su potencial, inclusive con la colaboración desde los órganos dirigentes del movimiento revolucionario. Según el análisis marxista esa colaboración, aun dándose, choca con límites estructurales, pues lo que no es posible es una clase obrera que acepte convertirse en una *nada relativa*, es decir que acepte ser dominada en lo político y explotada en lo económico y es difícil pensar en un poder político en una sociedad capitalista que sea simple y llanamente despótico. De ahí que para Marx la clase obrera «o es revolucionaria o no es nada». Pero si lo es, no puede prescindir de la lucha política.

Frente a esa estrategia Bakunin anunciaba la inminencia de una revolución social en la forma al menos inicial de una fuerte insurrección popular, como única salida a la generalización de la miseria moderna que colocaba a los nuevos obreros en una situación análoga de dependencia económica y de dominación política a la que desde siempre habían padecido los campesinos. Como resultado de esa acción revolucionaria preconizaba una organización alternativa al Estado moderno representativo basada en las comunas como formas populares de organización de tradición agraria, de las que quedaban todavía restos en muchos usos y tradiciones populares. Esas formas de organización ejercían por lo demás una gran atracción entre los sectores más jóvenes del movimiento obrero, pues parecían oponer una organización de otro tipo, obrero-popular a la organización político-jurídico burguesa. El rechazo del Estado se completaba pues con la defensa de esa nueva forma de organización que daba una perspectiva de futuro a un movimiento en demanda de respuestas no solo críticas, sino también alternativas.

La radicalidad de su postura es lo que lo hizo interesante especialmente en el periodo de fuerte represión a finales de siglo pues parecía completar con su activismo la crítica al sistema. En el *Anti-Dühring* Engels había opuesto a las reivindicaciones de socialización más o menos inmediata, un discurso «histórico» en el que de forma excesivamente lineal mostraba los cambios en los sistemas históricos y sus líneas de desarrollo, o sea su «necesidad».

Posteriormente concretará en mayor medida el carácter proletario de la *revolución social* desmarcándose de posiciones radical-burguesas y definiéndola como una forma de autogobierno, susceptible de sufrir diversas modificaciones a lo largo de su desarrollo. Su diferencia fundamental con la «sociedad actual» o capitalista se situaría en la «organización de la producción sobre la base de la propiedad común de todos los medios de producción en primer lugar de una nación».<sup>43</sup> Pero era previsible que surgieran dificultades por la falta de cuadros técnicos y por la oposición de la intelectualidad y de los campesinos. Razón por la cual el viejo Engels tendía a pensar que un largo proceso de «socialización de la producción», amparado por el sistema capitalista, no podía ser más que beneficioso para la nueva sociedad.

En resumen, puede decirse que en Marx la teoría de la revolución, modelada sobre el análisis de los movimientos revolucionarios del siglo XIX, supone un estudio de sus condiciones de posibilidad. La tematización de la «necesaria miseria económica moderna», o sea de la pobreza

---

<sup>43</sup> Carta a O. von Boenigk, de 21 de agosto de 1890, MEW, 37, p. 447. Igualmente en la *Introducción a trabajo asalariado y capital* de 1891, en que caracteriza la «nueva sociedad» por la «utilización planificada y por el perfeccionamiento de las fuerzas productivas», «por el igual deber de trabajar para todos» y «por iguales medios de vida y de disfrute de la vida», MEW, 22, p. 209. «Revolución proletaria, solución de las contradicciones: el proletariado toma el poder político y por medio de él convierte en propiedad pública los medios sociales de la producción que escapan a las manos de la burguesía. Con este acto redime a los medios de producción de la condición de capital que hasta allí tenían y da a su carácter social plena libertad para imponerse. A partir de ahora es ya posible una producción social con arreglo a un plan previamente trazado. El desarrollo de la producción convierte en un anacronismo la subsistencia de diversas clases sociales. A medida que desaparece la anarquía de la producción social, va languideciendo también la autoridad política del Estado. Los hombres, dueños por fin de su propia existencia social, se convierten en dueños de la naturaleza, en dueños de sí mismos, en hombres libres... Realizar esa acción que liberará el mundo es la tarea histórica del proletariado moderno», en *Del socialismo utópico al socialismo científico*, *op. cit.*, p. 102.

de las capas trabajadoras que es consustancial al capitalismo moderno, permite emerger el carácter explosivo de las disfuncionalidades sociales. Eso da cuerpo a su teoría de la lucha de clases y de la «revolución social», auténtico fantasma del siglo XIX. Pero no es óbice para que el movimiento obrero revolucionario se mantenga como un movimiento «interno y externo» al sistema capitalista, cuya virtualidad no se agota en la acción política legal, pero que tampoco puede prescindir de ella. Mientras que en Engels, la polémica con los anarquistas unida al análisis de la Comuna, reforzaron la idea de que era necesario centralizar el movimiento y reforzar la autoridad de los núcleos dirigentes, pues sin eso ningún movimiento complejo podría subsistir.

La polémica con el anarquismo fue pues decisiva a la hora de dibujar una estrategia de masas para una revolución social, para la que, más Engels que Marx y especialmente a medida que terminaba el siglo, creía que había llegado el momento. En el famoso texto *El complot contra la Internacional*, escrito sobre todo entre él y Lafargue aunque va firmado por los tres, reaparece la crítica ya contenida en *Las pretendidas escisiones en la AIT* (1872), contra la supuesta mediación que una asociación clandestina podría ejercer entre los instintos revolucionarios de las masas y el adecuado cumplimiento de las tareas revolucionarias. Con fuertes dosis de sarcasmo, Marx critica la «pretensión de adoctrinamiento», que tomaría a la clase obrera por una simple «materia prima» sobre la que imprimir el propio sello. Tal «espíritu de secta» había sido propio de tiempos muy iniciales del movimiento pero sería rebasado por el movimiento mismo, al que ningún pretendido «Estado mayor de la revolución» podría nunca otorgar sus ideas.<sup>44</sup>

<sup>44</sup> MEW, 17, pp. 30 y ss., 338 y ss. En el texto se ironiza sobre las semejanzas entre tal Estado Mayor de la revolución y la Compañía de Jesús, que sería su modelo, y con la Iglesia: el Papa Bakunin, etc. Igualmente en sus textos de finales de los setenta Engels tiende a destacar los éxitos de la socialdemocracia frente a las posiciones anarquistas: «Los Sres. abstencionistas pueden decir lo que quieran, un solo hecho como las elecciones del 10 de enero (1877) tiene más valor que todas sus frases revolucionarias», MEW, 19, p. 89. «Mientras que su acción política llevaba a la clase obrera alemana de éxito en éxito, en los países en los que se había impuesto la consigna de la abstención, sufría una derrota tras otra», ídem, p. 123. A pesar de su antiautoritarismo, el comunismo de Bakunin «proclama un comunismo más autoritario que el comunismo más primitivo», MEW, 18, p. 468. Ver igualmente su burla del «primitivo instinto gregario de los rusos», ídem, 22, p. 387.

Pero si bien divergían en el modelo de organización y en la estrategia política, las posiciones de Marx y Engels –y por extensión de los escasos «marxistas»– no eran tan distintas en el tema de la abolición del Estado que consideraban tesis compartida por todos los socialistas: «Todos los socialistas entienden por anarquía que una vez conseguido el fin del movimiento proletario, la abolición de las clases, desaparece el poder del Estado, el cual sirve para mantener la gran mayoría productora bajo el yugo de una minoría explotadora poco numerosa y las funciones gubernamentales se transforman en simples funciones administrativas». El abuso por los seguidores de Bakunin del término «anarquía» como símbolo de sus diferencias, obscurecía justamente lo que tenían de común: el objetivo de la abolición del Estado, apropiándose de una reivindicación general al conjunto del movimiento socialista, mientras que encubría lo fundamental, la estrategia a favor o en contra de la «acción política» y eso quería decir en las condiciones existentes, también –aunque no solo– «acción política parlamentaria».

Paradójicamente el partido alemán se caracterizaba por una alta valoración del Estado, difícil de conciliar con la tesis de su abolición. Así se había manifestado en el proceso por alta traición contra Liebknecht, Bebel y Hepner, cuyo socialismo se centraba en el monopolio por el Estado de los medios de producción en un modelo cercano al temido «socialismo de Estado»: «Nuestro partido es socialista y quiere que toda la producción y el consumo sea regulado por el Estado en interés de la totalidad, perseguimos pues un sistema de asociaciones de producción y de consumo que abarquen todo el Estado, o lo que es lo mismo, un Estado que sea la sociedad organizada de modo socialista».<sup>45</sup> Así considerado la distancia con Bakunin era abismal pues para éste el resultado de la revolución debería ser una federación de comunas libres y en ningún caso un Estado monopolizador de la producción, por bien intencionado que fuera.

Pero a pesar de todas las distinciones y matices y de más de un distanciamiento práctico, la reducción desde el poder de todo movimiento revolucionario a «anarquismo» fue cosa hecha. Con la ola de atentados de finales del decenio los gobiernos europeos establecieron

---

<sup>45</sup> «No somos conspiradores ni hacedores de revoluciones»; «no somos enemigos del Estado como los anarquistas», *Leipziger Hochv.*, *op. cit.*, pp. 26, 59, 252.



rápidamente esta identificación, colocando a los partidos obreros o a las fuerzas revolucionarias, en la disyuntiva de aceptar los cauces de juego que se les daban, en algunos casos, la vía electoral-parlamentaria como en Alemania, en otros la mera sumisión y el silencio, si no querían ser confundidos con los temidos contrincantes, de modo que para ellos el distanciamiento de las posturas anarquistas se convirtió en una tarea de supervivencia.

### **La teoría de la revolución del viejo Engels**

La insistencia en el contenido social de la revolución, frente a la primacía de «lo político» o de «lo legal», y en el carácter transnacional de un movimiento revolucionario, hace que el análisis de la coyuntura y la tarea de interpretación histórica se conviertan en cuestión primordial. En Marx y en Engels, los principios de interpretación están de alguna manera implícitos en sus análisis políticos y se basan en los elementos teóricos y en las experiencias históricas de sus propias biografías. Pero para sus seguidores, cuyos elementos y procesos formativos están muy lejos de aquéllos, surgirá la necesidad de disponer de un modelo lo más exacto y coherente posible de interpretación y de valoración del «momento histórico», especialmente a medida que con el tiempo aumenta la ceremonia de la confusión. A ello responderá la elaboración del «código marxista», o sea la concepción materialista de la historia de matriz kautskyana. Saber que la revolución es posible y necesaria, y a la vez no poder hacerla y por tanto no saber cómo hacerla, fue el círculo de hierro que Bismarck impuso a la socialdemocracia y del que ésta fue incapaz de escapar.

Engels incidió eficazmente en esa tematización, contribuyendo activamente al fortalecimiento de la socialdemocracia alemana, de la que venía ocupándose directamente desde que en 1869 dejara su participación en la fábrica de Mánchester. Pero carecía de buenos contactos, pues como hemos visto, solo en la década de los ochenta Engels encontró por fin enlaces eficaces con el interior del país. Su correspondencia con Bebel, luego con Bernstein y con Kautsky, el contacto directo con éste en los años de Londres y con Bernstein durante su exilio, le permitieron cubrir las lagunas de información, especialmente ahora que el movimiento socialista internacional se había

disgregado. En esa situación consideraba imprescindible que el partido alemán contrarrestara los manejos de los posibilistas franceses, reforzando a los «marxistas» en Francia y actuando como dirección general del movimiento internacional.<sup>46</sup>

Y aunque la socialdemocracia alemana hubiera tenido sus diferencias con la Internacional tanto Engels como Marx valoraban positivamente el movimiento obrero alemán. Análoga opinión tenían del movimiento obrero austriaco a pesar de la represión y, en principio, consideraban como un dato positivo el aumento en el número de votantes y el éxito en la participación electoral, pues lo interpretaban como una señal del avance del movimiento y de la validez de sus posiciones en contra del abstencionismo político propugnado por los anarquistas. En los artículos de finales de siglo Engels iba a sacar las conclusiones pertinentes de este proceso.

---

<sup>46</sup> Sobre la alta valoración de Bebel: «Bebel es el que mejor estuvo en el debate sobre la regulación laboral», *MEW*, 32, p. 295. Con motivo de la ley de excepción Marx escribió a su mujer: «Bebel fue evidentemente el único orador que imponía», 17 de septiembre de 1878, *Corresp. Bottigelli*, p. 203 y *MEW*, 35, p. 95. O de la mano de Engels: «Bebel es obrero y uno de los mejores oradores de Alemania, si no el mejor», *MEW*, 19, p. 282. En carta al propio interesado lo ratifica: «Ede [Bernstein] nos ha mandado tus discursos y son muy buenos», *Corresp. E/B.*, p. 109. Ante la falsa noticia de la muerte de Bebel, publicada en 1882, le confiesa que tanto él como Marx se habían asustado terriblemente por perder «al único con cabeza», *ídem*, p. 128. En cuanto a la altísima valoración del partido alemán en *Die europäischen Arbeiter im Jahre 1877*, *MEW*, 19, p. 121 y en *Der Sozialismus in Deutschland*, publicado originariamente en francés, en *MEW*, 22, pp. 27 y ss. En carta a C. Schmidt lo ratifica: «El núcleo del movimiento socialista se ha desplazado a Alemania», 12 de abril de 1890, *MEW*, 37, p. 384 y en carta a Sorge: «El partido alemán se ha convertido en el partido modelo de Europa», 27 de septiembre de 1890, *ídem*, p. 477. Según H. J. Steinberg el desplazamiento de Francia a Alemania tendrá consecuencias no despreciables a la hora de fijar una estrategia adecuada, «F. Engels revolutionäre Strategie nach dem fall des Sozialistengesetz» en *F. Engels 1820-1970*, Bonn, 1971, pp. 115 y ss. Bebel compartía esta alta valoración de las posibilidades del socialismo en Alemania: «A pesar de todo y de todos, si amanece, será a partir de aquí», Carta a Engels, de 12 de septiembre de 1891, *Corresp. E/B.*, p. 431. En su correspondencia de los años setenta, Marx ironizaba sobre la advertencia que suponían los éxitos electorales en Alemania para la burguesía de todos los países, cartas a Bracke, a Fleckles, a Ram, etc., en *MEW*, 34, pp. 242 y ss. Según Franz Mehring, el cambio en la situación del movimiento obrero internacional exigía una mayor independencia de los grupos nacionales pero «en 1872 Marx y Engels no se habían dado cuenta todavía de estas concatenaciones». En 1874 Engels se dará cuenta de este cambio: «Hoy el mundo proletario es demasiado grande, demasiado vasto para esto [una organización única]», *op. cit.*, pp. 493 y ss.

Dada su confianza en el efecto práctico-político de las teorías de Marx, Engels interpretó el aumento de la fuerza del movimiento obrero en aquellos años como muestra de que la influencia de las teorías de Marx había logrado desbancar teorías anticuadas del socialismo o propias de un «comunismo grosero», también llamado «comunismo de cuartel», al que ya habían atacado en el *Manifiesto*. Entre estas últimas incluía las tesis anarquistas; de modo que tras la muerte de su amigo no cesó en su empeño de preservar y difundir una teoría que consideraba elemento insoslayable de fortalecimiento. Para ello emprendió una peculiar política de republicación de los textos juveniles o ya agotados, tarea en la que Kautsky le secundó de muy buena gana.

Por otra parte ninguno de los dos, ni Marx ni Engels habían participado en los congresos socialistas internacionales que tuvieron lugar hacia finales de la década. Marx había dado por zanjada la polémica tras el Congreso de La Haya (1872) y el traslado del consejo general a Nueva York. Para Engels, en ese momento había finalizado una etapa de un movimiento que se prolongaba de otra forma en los partidos nacionales, como pondrá de relieve en la fundación de la Segunda Internacional.

Así durante el estado de excepción y mientras Bebel, ya a mitad de los ochenta, insistía en la necesidad de defender la lucha de clases contra el reformismo y en la inmediatez de la revolución, Engels que solo en parte coincidía con sus apreciaciones y que había percibido los cambios ocurridos en el desarrollo político del movimiento obrero, configuró una estrategia revolucionaria que iba más allá de la revolución por la vía legal de Bebel. Simplificando podríamos resumir estos cambios en el paso de un movimiento social de protesta a un partido político organizado que actúa en el marco del sistema establecido. En su correspondencia, Engels baraja varias posibilidades para el proceso revolucionario en Alemania: la primera y la más fácil dentro de lo previsible sería un proceso revolucionario al estilo de 1848, que se hiciera necesario por el agotamiento del sistema. En él, al menos en un primer momento, parte de la población se agruparía en torno a una burguesía radical-democrática, que en el propio proceso sería rebasada por los acontecimientos. Bebel era escéptico frente a esa posibilidad, pues pensaba que en Alemania no existía ya dicha burguesía y que la socialdemocracia se encontraba totalmente aislada. A juzgar por sus representantes políticos, los liberales, pretender contar con el apoyo de la burguesía en

los próximos acontecimientos era absurdo. Repetidamente insiste pues en su sentencia: «el radicalismo burgués está muerto» y entiende que si Engels sigue barajando esa posibilidad es porque, en su alejamiento del país, sigue viendo la política en Alemania «con anteojos de exiliado».<sup>47</sup>

Otra posibilidad sería que la revolución socialista partiera de los soldados, es decir de los miembros bajos del Ejército, en el curso de una guerra —ése sería el caso de la temida agresión militar por parte de Rusia— o de un golpe militar que llamara a filas a los jóvenes. En tal caso, Engels confiaba en que la «democracia formal» estallaría, abriéndose un proceso político revolucionario, en cierta manera típico, en el que «la gran mayoría del pueblo e inclusive de los partidos oficiales se unirían *contra* el Gobierno, que quedaría aislado y solo después de que aquéllos entre los partidos oficiales que han permanecido, se han derrotado unos a otros, se produce la gran separación que Vollmar<sup>48</sup> ha señalado y con ella la posibilidad de nuestro dominio. Si como dice Vollmar, quisiéramos iniciar la revolución por el último acto, nos iría muy mal». El optimismo de Engels le llevaba a pensar que en este proceso los jóvenes, militarmente entrenados, apoyarían al pueblo contra sus oficiales. De no contarse con este apoyo, un enfrentamiento armado acabaría rápidamente con cualquier intento de revolución.<sup>49</sup>

Por eso, aunque criticaba el militarismo y el rearme alemán de la época, defendía el que la socialdemocracia apoyara el servicio militar obligatorio para todos los jóvenes, de modo que fueran éstos, y no un ejército de mercenarios, los que sostuvieran realmente el ejército y lo

<sup>47</sup> Cartas de Bebel a Engels de 28 de octubre de 1882 y de 24 de noviembre de 1884, *Corresp. E./B.*, pp. 135 y 198. Carta a Schlüter, de 13 de febrero de 1886, *Ausg. RSch.*, T. II/2, p. 221.

<sup>48</sup> Vollmar era un dirigente bávaro, cercano al ala radical que en un texto reciente había planteado que la revolución abocaría desde el primer momento a la separación entre los socialistas y el resto de los partidos que se coaligarían contra ellos.

<sup>49</sup> Engels critica la postura de Vollmar en una carta a Bebel de 28 de octubre de 1882, *Corresp. E./B.*, pp. 136-137. «Un pueblo desarmado contra un ejército actual es militarmente una cantidad absolutamente nula», carta de 11 de diciembre de 1884, ídem, p. 204 y «la fuerza principal de la socialdemocracia alemana no radica de ningún modo en la cantidad de sus electores, sino en sus soldados»; «hacia 1900 el ejército... será socialista en su mayoría», «Der Sozialismus in Deutschland», MEW, 22, p. 251. En carta a P. Lafargue le insiste, «tenemos un soldado de cada 4 ó 5, quizá de cada 3», 7 de marzo de 1890, MEW, 37, p. 362 y en carta a Liebknecht «en 3 años tendremos a los jornaleros del Este, que son el núcleo del ejército prusiano», *Corresp. M.-E./L.*, p. 366.

transformaran en una milicia popular.<sup>50</sup> La complejidad y tecnificación del armamento hacían deseable que la gente estuviera entrenada en el manejo de las armas, no tanto para la defensa del país, cuanto para estar preparados para una eventual revolución.

La perspectiva de una guerra europea, inducida por Rusia, se incluye así en la prognosis de la revolución, pues, por un lado, esa guerra parece ser la única salida a una situación en la que la expansión internacional y la agresión de unos países contra otros deja escasas posibilidades de solventar los problemas internos. Por otra, especialmente en el caso de una agresión rusa, la guerra exigiría que tanto en Rusia como en los países atacados el Estado tuviera que hacer concesiones al pueblo y le pondría en tal situación de bancarrota financiera que supondría el inicio de una revolución. Y una revolución en Rusia era el inicio de una revolución en Europa, no solo por la solidaridad de los revolucionarios europeos, sino por la desaparición de aquel país como «baluarte de la reacción».<sup>51</sup> La guerra, dice Engels en 1886, solo tiene una salida: «Un enorme caos con una participación muy alta de las masas, que comportará el agotamiento de Europa en alto grado y finalmente el hundimiento de todo el sistema. La estrategia socialista debería ser la de proclamar en ese momento una “república social” con participación de la pequeña-burguesía».<sup>52</sup>

<sup>50</sup> Ver especialmente los artículos «¿Puede Europa desmilitarizarse?» en MEW, 22, pp. 371 y ss. Aunque los artículos habían sido escritos por sugerencia de Bebel, plantearon ciertos problemas pues iban más allá de lo que la fracción parlamentaria estaba dispuesta a admitir públicamente frente al Gobierno. Engels accedió a cambiar alguna frase, *Corresp. E./B.*, pp. 661 y ss.

<sup>51</sup> «En definitiva tenemos todos los elementos de un 1789 ruso, al que necesariamente seguirá un 1793; la revolución rusa llama a la puerta, se producirá pronto quizá este año [1878]... Si Rusia es arrastrada a la revolución, su resplandor cambiará toda Europa», MEW, 19, p. 115, 131 y ss. Bebel era mucho más escéptico ante una posible revolución en Rusia, probabilidad en la que no creía, 12 de noviembre de 1887, *Corresp. E./B.*, p. 315. La referencia a Rusia como «baluarte de la reacción» es constante en el pensamiento político-estratégico de Marx y Engels ya desde los años cuarenta. *Die Rolle der Gewalt*, MEW, 21, pp. 409, 445, etc.

<sup>52</sup> Cartas de Engels a Bebel, de 13 y 14 de septiembre de 1886 y respuesta de Bebel. En ella insiste en que «no creo que las consecuencias de una guerra sean soportables para el crédito, el comercio, etc., así como el paro subsiguiente que provocará la catástrofe», pero no está de acuerdo con sus esperanzas en la burguesía, a la que califica como «la más cobarde del mundo. La oposición burguesa en Alemania ha dejado de existir para siempre», 12 de octubre de 1886, *Corresp. E./B.*, pp. 285-293.

Engels proponía además emprender simultáneamente medidas favorables a los campesinos, tal como pedir que los dominios estatales se entregaran para su cultivo a cooperativas rurales. De este modo se podrían hacer propuestas positivas, a la vez que se ganaba un aliado definitivo. Sin olvidar que el problema de la tierra, la famosa «revolución agraria», tan traída y llevada durante todo el siglo XIX, era la otra cara, concomitante con la primera, de la crisis iniciada en los años setenta. Solo eso podría evitar lo que había sido el gran temor de Lassalle: que tras el cuarto estado, surgiera todavía un quinto, representado por los campesinos, quienes en las condiciones de la época constituían el núcleo de la tan mentada «masa reaccionaria».

Por el momento el mayor problema político de la socialdemocracia según su análisis era el de formular una táctica positiva, que contemplara la actividad en el Parlamento y la iniciativa parlamentaria, sin impedir la necesaria autonomía del movimiento obrero en su oposición a los aparatos del Estado. Eso implicaba una estrategia ofensiva que, igual que en épocas anteriores, el partido no estaba en condiciones de seguir. Y eso marca también la distancia frente a Bebel, que prefería un crecimiento pausado que no obligara a la organización a rebasar los límites de una actividad oposicional moderada, haciéndole jugar un papel de hegemonía política para el que no estaba preparado.

Mientras que según Engels aunque «ni en Francia ni en Alemania estamos en condiciones de dirigir el desarrollo histórico», «éste no se para», Bebel y el ala «marxista», ya sea porque no vieran ninguna posibilidad de dirección, ya sea porque minusvaloraran sus capacidades y sobrevaloraran las del contrario, se conformaban con una actividad de resistencia social y de mínima participación legislativa, en espera de tiempos mejores.

La perspectiva de la confrontación bélica, con la que Engels especulaba desde hacía años, se hizo más temible durante la década de los noventa, pero a la vez el resultado final de una contienda se hizo imprevisible por los avances técnicos del armamento. Dado el éxito continuado en las elecciones y el aumento del movimiento obrero desde el final del periodo de excepción (1890), Engels cambió entonces de opinión y empezó a pensar que «una guerra ahora sería un desastre».<sup>53</sup>

<sup>53</sup> Carta a Bebel, *Corresp. E./B.*, p. 143 y carta a Liebknecht, «ahora no deseo ni guerras ni golpes de fuerza, va todo demasiado bien», 10 de enero de 1888, *Corresp. M.-E./L.*, p. 302.

Paradójicamente, parecía más plausible un inicio del proceso revolucionario por vía pacífica.

Así, aunque tampoco él aceptó una alternativa entre vía pacífica y vía violenta, pues todo proceso revolucionario es una articulación, a veces enormemente compleja de ambas cosas, tampoco hizo un análisis concreto sobre el valor y la función política del Parlamento –aún en el caso de un Parlamento tan fantasma como el alemán de la época– limitándose a las ventajas para el movimiento obrero organizado de la participación en las elecciones y en la actividad parlamentaria. A lo largo de años solo lo interpretó como un elemento que permitía evaluar la fuerza del partido, claramente en ascenso, cuyos avances en los últimos 25 años –desde 1868– habían sido tan espectaculares (más de 2.000.000 de votos en 1893), que permitían calcular la distancia del triunfo: «aproximadamente entre 1900 y 1910, obtendremos la mayoría». Dado que Engels pensaba que el sistema constitucional y social de Alemania no era reformable y no compartía ni creía que pudieran ser aceptables las ilusiones sobre el Estado nación, esta estrategia tenía un carácter acumulativo, hasta el momento del enfrentamiento decisivo, del que no cabía dudar que más pronto o más tarde se produciría.<sup>54</sup>

Ahora bien, si este momento se precipitara, se corría el riesgo de perder toda la fuerza acumulada, mientras que al parecer, no cabía la posibilidad de un retraso indefinido, pues los problemas seguían existiendo. Un aumento mucho mayor de la represión tampoco parecía posible. Por consiguiente, Engels dedujo que había que evitar las dos amenazas principales: «un golpe prematuro del partido y una guerra europea». Ésta última quizá podría traer la victoria en dos o tres años, pero también podría representar un retroceso general, «la ruina total al menos en quince o veinte años». Y dado que lo primero, un golpe prematuro, sería una provocación imperdonable que le vendría demasiado bien a la burguesía y al Gobierno, Engels advierte, constante y machaconamente contra toda provocación.<sup>55</sup>

<sup>54</sup> Entrevista, 1893, MEW, 22, p. 548. Prólogo a la edición inglesa de *Del socialismo utópico...*, MEW, 22, p. 311. En la famosa carta a Bignani, Engels se plantea la pregunta: «Habrà gente que diga: ¿y por qué no hacer ya la revolución si tenemos tal fuerza?», porque «seríamos derrotados con toda seguridad y con sublevaciones atolondradas y con equivocaciones destruiríamos un movimiento, que solo necesita algo de tiempo para llevarnos a un triunfo seguro», MEW, 19, p. 90.

<sup>55</sup> *Der Sozialismus in Deutschland*, MEW, 22, p. 56. ¿Was nun?, ídem, p. 10. *Corresp. E./B.*, pp. 384 y ss. y carta a Lafargue: «A no ser que Bismarck y su Sr. provoquen levantamientos

Según Steinberg «la estrategia engelsiana en los años noventa se basa pues en los siguientes puntos: primero, si la situación se desarrolla de modo pacífico la victoria del socialismo en Alemania es inevitable. Segundo, si se considera el nivel alcanzado por la técnica militar, un conflicto armado solo puede acabar en victoria si la mayoría del ejército se inclina del lado de los revolucionarios». De ahí deduce el tercer punto para Engels, que «el instrumento de lucha del proletariado moderno más eficaz es el sufragio universal», razón por la cual éste se esforzaría en elaborar una táctica que «consiga proclamar acciones legales y evitar provocaciones de las clases dominantes». O dicho de otro modo, una especie de «parlamentarismo revolucionario» que, en un país donde el Parlamento no tenía, al menos por el momento, ningún poder efectivo en la vida política, resulta cuando menos extraña.<sup>56</sup>

Es claro que en su concepción, la utilización del Parlamento en caso de obtener la mayoría posibilitaría la adopción de medidas revolucionarias legales, institucionales y de control de masas, que pudieran impedir acciones de represalia de los antiguos sectores dominantes. Pero que en una situación de recesión, en la que nadie a excepción de Bebel compartía sus prognosis revolucionarias, está fuera de discusión que ésa no fue la lectura predominante, no solo en lo que se refiere a la utilización de los medios legales —elecciones, legislación, etc.—, sino al papel y a la relativa autonomía de los movimientos de masa y su fuerza revolucionaria y ni siquiera, probablemente, a su entusiasmo por la revolución. Tampoco Kautsky, a pesar de sus manifestaciones públicas de marxismo, compartía sus concepciones.<sup>57</sup>

---

y luchas antes de que seamos demasiado fuertes, nos venzan y cambien la Constitución... Estamos claramente contra eso, que es el peligro principal que debemos evitar. Como has visto nuestra gente mantiene la disciplina..., pero podríamos vernos obligados a pelear antes de estar preparados y ahí está el peligro», 26 de febrero de 1890, MEW, 37, p. 360, 362, 268, etc. «Que se acerca el momento en que seremos la mayoría en Alemania o, al menos, el único partido lo suficientemente fuerte para llevar el timón, —si se mantiene la paz— es obvio», carta a Bebel, de 1 de octubre de 1891, *Corresp. E./B.*, p. 441.

<sup>56</sup> «El partido y la formación de la ortodoxia marxista», en *Historia del marxismo, op. cit.*, p. 116. Es interesante que Engels anote que en Francia, «donde el Parlamento decide», la cosa se plantea de otra forma, *Corresp. E./B.*, p. 242.

<sup>57</sup> En carta a Bernstein, KC, p. 181, Kautsky indica como ya Engels señalara en su famosa *Introducción a La lucha de clases en Francia* que «no tenemos ningún interés en una pronta llegada de la revolución, ni siquiera en ella misma». El mismo Steinberg admite que «Engels desconoció durante mucho tiempo el carácter revolucionario solo



La caída de Bismarck y el final del periodo de excepción (1890) tampoco le entusiasmaron tanto como al grupo de «los jóvenes», cuyas ilusiones consideró excesivas. De nuevo se limitó a poner de relieve que el final del periodo bismarckiano planteaba sobre una nueva base las relaciones políticas o político-parlamentarias y, si se aprovechaba bien, permitía abrir un hueco al «marxismo» entre los posibilistas, defensores de la participación política sin reservas en el Estado existente y los anarquistas, partidarios de acciones insurreccionales poco controladas, susceptibles de incidir en todo tipo de provocaciones. Entre ambos, el viejo Engels se esforzaba en estos años, y no sé si en vano, en dibujar una estrategia de participación política sin aventuras y de radicalismo sin excesos, en una Europa dominada por el fantasma de la guerra entre las potencias y de la revolución social que se avecinaba.

Se perfila de ese modo un cierto cambio de perspectiva. Es difícil pensar en una reedición de los movimientos revolucionarios según el modelo de 1848, en que la burguesía radical desempeñe un papel de primera magnitud y es difícil también, dada la situación en Rusia, que ésta se lance a un ataque en Europa,<sup>58</sup> pero persiste el peligro de que la situación internacional se complique dando lugar a una guerra contra Alemania que cambiaría toda la relación de fuerzas en un momento en que era favorable al movimiento. Dada la importancia internacional del movimiento-partido socialista alemán habría que impedir a todo trance que la guerra se perdiera, pues «el triunfo de Alemania es el triunfo de la revolución». Mientras que en caso de derrota, Engels temía que fuera el inicio del chauvinismo y de la revancha.

Pero la revolución no admite prisas. Aún en el supuesto de que hubiera guerra, de que Alemania la ganara, de que la ganara el movimiento socialista, y de que esto significara una aceleración histórica, se necesita tiempo para atraerse a los técnicos indispensables para la gestión

---

en apariencia del partido alemán. Solo poco antes de su muerte parece que se diera cuenta de que para el partido el reconocimiento de la legalidad era algo más que una simple frase», «Revolution und Legalität», en *International Review of Social History*, vol. XII, 1967, p. 189.

<sup>58</sup> A diferencia de Bebel que sí creía en esa posibilidad, Engels sospechaba que Rusia amenazaba diplomáticamente con una guerra que no estaba en condiciones de provocar, lo cual inducía tensiones entre Francia y Alemania que reforzaban su enemistad tradicional. Véase el artículo «Le socialisme en Allemagne», *Corresp. E.B.*, pp. 439 y ss.

socialista. «Para entrar en posesión y para hacer funcionar los medios de producción, necesitamos gente que esté formada técnicamente, y la necesitamos en grandes cantidades...; preveo que en los próximos ocho o diez años tendremos que acoger a suficientes jóvenes técnicos, médicos, juristas, maestros, como para poder administrar la nación, las fábricas y las grandes tierras por medio de camaradas del partido. Entonces nuestro ingreso en el poder se producirá de un modo totalmente natural y se desarrollará con todo su esplendor. Por el contrario, si tenemos que hacernos cargo del timón demasiado pronto a causa de una guerra, los técnicos se convertirán en nuestros enemigos principales, nos mentirán y nos traicionarán tanto como les sea posible; tendremos que emplear el terror contra ellos y estaremos jodidos. En pequeño es lo que les pasó *siempre* a los revolucionarios franceses, que incluso en la administración normal, tenían que cubrir los puestos inferiores que gestionan realmente el trabajo, con viejos reaccionarios y éstos lo dificultaban y lo entorpecían todo. Por eso, espero y deseo que nuestro desarrollo magnífico y seguro, que avanza con la calma y la imperturbabilidad de un proceso natural, siga en la vía adecuada».<sup>59</sup>

### **Las revoluciones no se hacen**

Las concepciones habituales de la revolución entre los socialdemócratas divergían considerablemente de este modelo. Entre los líderes socialistas quizá fuera Liebknecht el más cercano a la concepción clásica, pues también para él como para Marx, Engels y Lassalle, «la Revolución francesa... era un punto esencial en su formación política» y la participación en los acontecimientos de 1848 había agudizado su peculiar intuición.

Por el contrario para Bebel la revolución significaba simplemente una hecatombe económica y política «del sistema», identificado con la Alemania bismarckiana, cuyos elementos decisivos serían crisis económica, proletarización amplia de la población, o cuando menos aumento de las expectativas de la socialdemocracia, y descontento general. Dadas estas condiciones una política adecuada podía hacer que la

---

<sup>59</sup> Carta a Bebel de 24/26 de octubre de 1891, ídem, p. 465. En respuesta posterior a Bebel, quien le aseguraba que se contaba ya con estos sectores, Engels le insiste: «Para una tarea tan importante como la socialización de la gran industria y de la agricultura a gran escala» es bueno «contar con un par de años de tiempo», ídem, p. 474.

socialdemocracia consiguiera el apoyo social necesario para «eliminar el dominio de clase e implantar un Estado popular socialista basado en la libertad, la igualdad y la justicia».<sup>60</sup> En Bebel no hay ninguna concesión al espíritu de reformas cuando insiste en que «estamos en guerra», por más que sea una guerra de la «razón», pero confía en la espontaneidad del proceso, que surge de su convicción según la cual «la sociedad burguesa no puede soportar los problemas derivados de una crisis de envergadura» en la que «las masas» tomen la iniciativa. El final de la era Bismarck podría coincidir con el inicio de ese proceso.<sup>61</sup>

En cuanto a Kautsky, aunque se burlara de que Liebknecht «nunca había comprendido ni la economía ni la historia de Marx», es difícil afirmar hasta qué punto fue consciente de la novedad de su teoría. Preso en las imágenes de la Revolución francesa, tendía a imaginar la «revolución socialista» como una repetición ampliada de aquella, sin atreverse a abordar en toda su complejidad ni el tema de la violencia, ni el de la ruptura de la continuidad que supone una revolución. Por ende la concepción materialista de la historia privilegiaba la continuidad sobre la ruptura, enmarcándola en un contexto evolutivo aparentemente igual a la evolución socioeconómica difundida por Engels.

También en ese caso fue la prensa la que empezó a tratar el problema del modo típico de la socialdemocracia, o sea con duras invectivas contra los «hacedores de revoluciones», el «revolucionarismo» y el anarquismo en general; y simultáneamente con un discurso crítico frente al reformismo. Empiezan así a insinuarse los nuevos puntos de vista: la cuestión del «derrumbe» del sistema y la insistencia en la fuerza revolucionaria de los elementos económicos. Surge el tema del «socialismo científico», o ciencia de la revolución socialista que diferencia a los *marxistas* de «los socialistas blanquistas», etc. En suma, empieza a elaborarse

<sup>60</sup> *Der Social-Demokrat*, núm. 39, 26 de septiembre de 1880, recogido en C. Stephan, *Schriften, op. cit.*, T. I, pp. 171 y ss.

<sup>61</sup> Carta a Kautsky, 2 de noviembre de 1886, *Corresp. B./K.*, p. 64. «En el momento de cambio todo va muy de prisa y son las masas las que lo llevan adelante», ídem, carta del 27 de septiembre de 1895, p. 95. «Un cambio esencial solo se producirá cuando el viejo Bismarck se retire o muera», carta a Engels, 8 de marzo de 1888, *Corresp. E./B.*, p. 321 o «Cuando Bismarck se marche o se muera empezará la función», carta del 17 de febrero de 1889, ídem, p. 347. Igualmente en cartas anteriores: «Cada vez se abre más paso la idea de que esto no puede seguir así», ídem, p. 222.

una teoría de la revolución como acontecimiento cuasi-natural, no solo por encima sino al margen de las voluntades y las capacidades humanas.

La exigencia inmediata de disponer de un órgano de prensa que oponer al «revolucionarismo» alentó un discurso en que no se abandona el tema de la revolución pero a la vez se lo pone en reserva, con una mezcla de «firmeza en los principios» y «reserva en las formas», que pretendía evitar la represión del movimiento manteniendo sus señas de identidad.<sup>62</sup>

Desde finales de 1880 *Der Social-Demokrat* en manos de Bernstein se había convertido en un bastión de los «marxistas» contra los parlamentarios reformistas, y fue en él donde definieron el marxismo, a medio camino entre la frase revolucionaria y el reformismo parlamentario, como la teoría de aquellos que sostenían la necesidad de la revolución, pero sin hacerla inmediatamente.

Realmente la primera formulación clara del nuevo concepto de revolución se encuentra en la serie «¿Revolución o reforma?» (*Der Social-Demokrat*, núm. 44 y ss.), debida a Vollmar, en la que se intenta fundamentar teóricamente la nueva táctica, más allá de lo dicho hasta ahora

---

<sup>62</sup> En su correspondencia con Engels, Bebel le explica el porqué de la cierta reserva que el periódico mantiene: se trata de no poner las cosas todavía más difíciles a los camaradas que están en el interior, de modo que las penas o multas que les sean impuestas por distribuir el periódico se vean aumentadas por el contenido del mismo. «La crisis golpea –dice Bebel– y hay que contar con ella, querámoslo o no». En el primer periodo el periódico fue dirigido por Vollmar con la ayuda de Bernstein, aunque hubiera ciertas divergencias entre ambos. Ante ciertos coqueteos izquierdistas, Bebel no duda en llamarles al orden y recomendarles que mantengan la «sangre fría» y dejen los infantilismos a Most y compañía, advertencia que repite en los meses siguientes siempre que algún nuevo incidente pone en cuestión el inestable *modus vivendi* entre el periódico y la fracción parlamentaria. Su actuación se rigió en todo momento por los dos principios básicos de la táctica del partido: «1) evitar conflictos, 2) evitar provocaciones», y por el objetivo claro de impedir que la dirección se escapara de los organismos pertinentes. En el periodo en que Bernstein fue director, su correspondencia con Kautsky da noticia sobrada de la reiterada pelea interna. A finales de 1880, Vollmar tuvo que dejar el cargo de director y se presentó de nuevo el problema para encontrar un sustituto; Kautsky, por este tiempo en Zúrich, lo ocupó provisionalmente y al fin el viaje a Londres decidió el tema. En plena polémica del revisionismo y no exento de malicia, Bebel le recordó a Bernstein este episodio: «Entraste al partido con los de Eisenach, luego fuiste dühringuiano, luego con Höchberg escribiste aquellos horriblos artículos en 1879. Todo ello fue la causa de nuestro viaje de expiación al *Engelsburg* en Londres, donde tú ibas como pecador y yo como protector ante la ira de los dos viejos. Volvimos con la necesaria absolución y en Zúrich te portaste muy bien, de modo que Marx y Engels estuvieron muy contentos contigo», IISG, *Bebel Nachlass*, A, 6.

de que el partido seguía fiel a sus principios, a su programa, a su tradición revolucionaria y a sus objetivos, y la táctica emprendida, aunque novedosa, no alteraba la esencia revolucionaria de la socialdemocracia.

Por el contrario, en esta serie se intenta cifrar lo específico de la nueva situación en la oposición simultánea al reformismo y al anarquismo, pues si por una parte se responde críticamente a una insinuación reciente según la cual la revolución no sería deseable y «la socialdemocracia nunca había sido un partido de la simple revolución (de la revolución sangrienta), ni quería ni debía serlo a pesar de la ley antisocialista», por otra se oponía a llamamientos revolucionarios, que juzgaba prematuros.

Se elaboró pues una teoría que habría que llamar de la «revolución imposible», pues sostenía que, dada la inmadurez de la situación en Alemania, cualquier levantamiento provocaría una represión que pondría en marcha la espiral de la violencia, pero a la vez rechazaba la sumisión y el acatamiento del sistema. Se insistía en que cualquier movimiento revolucionario iba a ser derrotado, pero se rechazaban las reformas. El dilema se resuelve mostrando que en el fondo no lo es, con el argumento de que «revolución y reforma» no se oponen, sino que se unen en un proceso histórico de desarrollo temporal, como se podrá comprobar en cuanto se valore adecuadamente el momento histórico.

El análisis se inicia con una valoración retrospectiva de la ley de excepción, la cual —se dice— ha venido a cortar «como un rayo caído del cielo» el periodo de desarrollo anterior, todavía incipiente, de la socialdemocracia, cuando todavía se podía esperar algún cambio por la vía de las reformas. La estrategia reformista o «de la mayoría» estaba basada en la convicción y en la esperanza, «en el sueño», de que se podía ganar para la causa del socialismo a sectores aún alejados de él. Pero esta convicción había sido brutalmente aniquilada por el decreto, que ponía de manifiesto como en la dinámica política «solo se obtiene aquello que se fuerza». En consecuencia la tarea del partido era prepararse para la revolución, para la «gran revolución».

Pero esa preparación pasaba justamente por las reformas, porque la revolución, aún siendo necesaria e inevitable, va a tardar «cuanto menos un decenio». Y dado que por tan largo tiempo no se adelanta nada con frases, va a ser conveniente combinar el discurso sobre

la revolución, discurso que es imprescindible para mantener la moral «hasta el momento preciso», con el ejercicio de las reformas. La respuesta es pues, «revolución y reforma» conjugadas en una dialéctica política. Esta concepción pretende enlazar con una «dialéctica de la historia» muy hegeliana, que se sustenta en una lectura unilateral del *Anti-Dühring* pero políticamente, y esto es lo fundamental, ofrece una salida a ese «ceder o romperse la cabeza contra la pared» al que Bismarck les había enfrentado.<sup>63</sup>

No solo, pues, resistencia e impotencia, sino también posibilidad de dar algún paso positivo, cosa imprescindible en un partido político, «y eso es la socialdemocracia, no una simple secta de oposición, ni una escuela científica» (ídem, núm. 52, 26 de diciembre de 1880). Un partido político que no puede vivir simplemente de ideales, sino que necesita medidas concretas, precisa de una táctica y ésta como ya sabemos, la dicta el enemigo. Combinar táctica concreta con mantenimiento de los viejos principios será una de las tareas fundamentales del marxismo.

En su artículo «¿Conspiración o revolución?», publicado poco después como editorial (núm. 8, 28 de febrero de 1881), Kautsky inicia su propia tematización del complejo. Por una parte el partido obrero socialdemócrata es «un partido revolucionario» pues «considera imposible resolver la *cuestión social* sobre la base de la sociedad existente». La vía pacífica es una utopía pero los que piensan «en organizaciones minoritarias» armadas también están equivocados, pues, pregunta Kautsky: «¿Qué es una revolución? Una revolución es un acontecimiento elemental... que uno solo no puede provocar, ni ningún gobierno puede impedir, ni ningún comité puede decretar», pues precisa de ciertas condiciones: «la primera y más necesaria es la existencia de un descontento general y profundo... debido a la opresión económica y política». A esto debe añadirse «un acontecimiento desacostumbrado» (guerra, hambre, etc.). Por último «el Estado y la sociedad deben estar tan corrompidos, tan podridos que caigan con la sacudida». El Estado y la sociedad moderna están maduros y no podrán sobrevivir a una insurrección

<sup>63</sup> *Der Social-Demokrat*, núm. 44, 49 y 51 de 31 de octubre, 5 de diciembre y 19 de diciembre de 1880. Hasta qué punto esta retórica revolucionaria formaba parte de las condiciones de una moral de combate lo demuestra la siguiente observación de Kautsky en plena polémica revisionista: «El cabo puede pensar que la lucha está perdida, pero no debe decirlo...», cit. por Waldenberg, M., *op. cit.*, p. 147.

victoriosa, «solo falta el acontecimiento que la desencadene», aunque sin que éste se produzca no irrumpirá una revolución pues «la historia universal no se deja molestar en su férreo decurso».

La conclusión es pues organizarse y esperar: «Nuestra tarea no es organizar la revolución sino organizarnos *para* ella; no es *hacer* la revolución sino utilizarla»; «ninguna conspiración... sino esfuerzo incansable para fortalecer el partido, unificarlo y concienciarlo» (núm. 8, 20 de febrero de 1881). De ese modo un acto colectivo tal que una revolución es pensada como un «acontecimiento natural», y ni siquiera «en analogía a un fenómeno natural» sino directamente como tal, ignorando totalmente los modos de constitución de una voluntad o de un sujeto colectivo que actúa históricamente. Si Hegel había pensado la Revolución francesa como fenómeno supranatural (espiritual) y si Marx y Engels habían concebido la revolución como un fenómeno colectivo que actúa como una fuerza de la naturaleza, Kautsky, ajeno por formación a toda esta problemática, la naturaliza directamente. A la vez el desconocimiento de la relación interactiva entre pensar y ser, el «objetivismo» de su concepción, le condena a la espera y en último término le imposibilita para cualquier intervención histórica activa, imposibilidad que en el estado de excepción se veía ratificada por los hechos.<sup>64</sup>

Durante todo el periodo de excepción, el carácter revolucionario del partido se cifró en la convicción de que la transformación socialista no era posible sin un proceso revolucionario y que, aunque no hubiera una estrategia revolucionaria, la validez de esa concepción quedaba revalidada por la represión existente. A su vez la reducción de la actividad partidaria a la participación en los procesos electorales y al mantenimiento y reforzamiento de las estructuras organizativas y de la prensa, constantemente puestas en el foco de la represión, hizo pasar a primer plano la actividad interna de la organización.

---

<sup>64</sup> Eso es lo que permite hablar a D. Groh de integración negativa, cuyo modelo de comportamiento describe como *atentismo revolucionario*, es decir aquella actitud que se resume en la fórmula clásica elaborada por Kautsky y en la que se expresa «un conglomerado de espera política, esperanza revolucionaria cifrada en la destrucción de las relaciones existentes y radicalismo verbal; su fórmula era que la socialdemocracia alemana era ciertamente un partido revolucionario pero no un partido que hacía revoluciones», puesto que las revoluciones no se pueden hacer, simplemente ocurren. *Sozialdemokratie...*, *op. cit.*, p. 69.

Hasta la polémica del revisionismo entre Bernstein y Kautsky el carácter revolucionario del Partido, a pesar de su falta de práctica revolucionaria, no fue puesto en cuestión; era, al decir de Kautsky, una evidencia. La polémica, especialmente por la intervención en el debate de Rosa Luxemburgo y del sector de izquierda, le hizo clarificar sus posiciones, obligándolo a delimitar su concepto de *revolución*, que definió de modo fundamentalmente político. Consistía en formar un gobierno, con el proletariado solamente, rechazando cualquier forma de acción que saliese de los medios ofrecidos por las instituciones parlamentarias apoyadas por las manifestaciones de masas bajo el control directo de los sindicatos y del partido. Su esquema era el de una revolución por la vía de la legalidad y el uso del Parlamento, basada en la mayoría de votos y en la presión disciplinada del partido y de los sindicatos. Esa reducción de la «revolución social» a la revolución política, y el deseo de que ésta se cumpliera pacíficamente, le permitió reformularla como «abrir una vía libre para el desarrollo social», que solo se veía imposibilitado por la dureza de los sectores dominantes. A ello se unía en Kautsky un miedo congénito a que se pudiera poner en marcha un movimiento social con tal potencia que luego «no se pudiera parar».<sup>65</sup>

En su famosa obra *El camino al poder*, escrita bajo el impacto de la revolución rusa de 1905, y una de las que con más claridad plantea el problema, Kautsky llega a la conclusión de que «sabemos que nuestros objetivos solo se pueden alcanzar con una revolución, pero también sabemos que hacer esa revolución depende muy poco de nuestro poder, igual que no depende de nuestros contrarios el impedirla. Por ello no se nos ocurre querer poner en marcha o preparar una revolución. Y puesto que la revolución no podemos hacerla a nuestro antojo, no podemos

---

<sup>65</sup> «La transformación social que queremos realizar no puede cumplirse más que por una revolución política y por la conquista de los poderes públicos, lo que será obra del proletariado militante», *Camino al poder*, Ciudad de México, Grijalbo, 1968, p. 60. Carta a Bernstein, KC, 180: «Naturalmente que deseamos conseguir nuestro objetivo sin revolución. El problema es si es posible. Utilizo la palabra en el único significado en que tiene sentido, como cambio político violento. La “revolución social” o es una revolución política con consecuencias sociales o es una consigna vacía. En Alemania se necesita una revolución política para abrir el camino libre a la evolución social». En la famosa polémica sobre la huelga general Kautsky señala que no es conveniente pues «si fuera necesario pararla, igual no sería posible», «Mein Verrat» en *Die Neue Zeit*, cit. por Hünlich, R. K., *Kautsky und der Marxismus der II. Internationale*, Marburg, 1981, p. 132.



tampoco hablar de cuándo, ni en qué condiciones, ni con qué formas se producirá» (p. 60).

Pero además, cuando se produzca, no podrá fracasar: «Como si un acontecimiento histórico, un *hecho* derivado de las relaciones pudiera “fracasar”. Una empresa planeada por alguien, un *putsch*, una insurrección puede fracasar, pero no un desarrollo que solo llega a ser una revolución cuando llega al final; una revolución fracasada no es ninguna revolución. Una revolución puede fracasar tan poco como una tormenta».<sup>66</sup> Una tormenta de la que quizá hubiera que guarecerse.



Reparto de octavillas en el periodo del decreto. Dibujo francés de la época.

<sup>66</sup> *Die Klassengegensätze von 1789*, Stuttgart, Dietz, 1889, p. 55.



Eleonor Marx-Aveling (de pie a la izquierda) durante una sesión con los delegados al congreso al Partido. *Der Wahre Jacob*, 1890.



## Capítulo 8

# El joven Kautsky y el viejo Engels

### **Karl Kautsky: Un periodista en el exilio**

Karl Kautsky entró en la historia de la socialdemocracia alemana a finales de los años setenta y en los dos decenios siguientes se convirtió en el primer ideólogo del partido, gracias a su revista *La Nueva Época* (*Die Neue Zeit*) y a la protección de Engels. A la muerte de éste en 1895, el partido se encontraba teóricamente huérfano, pues los viejos habían desaparecido y los jóvenes, incluso los más dotados como Kautsky o Bernstein, eran incapaces de ocupar su puesto. Entre ellos sobresalía Kautsky, cuya autoridad intelectual en la cuestión teórica era unánimemente reconocida y aceptada.<sup>1</sup>

Nacido en Praga, en 1854, Kautsky provenía de una familia de artistas. Su padre era decorador de la ópera de Viena y su madre una conocida actriz, que en los años setenta gozó de cierta notoriedad como autora de novelas populares.<sup>2</sup> Escolar mediocre, estudió en la Universidad vienesa, a la que menospreciaba, aunque le deba su interés por

---

<sup>1</sup> «En lo que el Viejo (Engels) es insustituible es en la interpretación de la Biblia. Con todo el respeto por los jóvenes padres de la Iglesia, pero la amplia experiencia y la autoridad de Engels le faltan incluso a Kautsky. Ede (Bernstein) duda hasta de sí mismo y Plejanov está demasiado lejos de las masas para poder influirlas», carta de I. Auer a Victor Adler, 26 de septiembre de 1895, *Corresp. con V. Adler*, p. 189. En carta a Bernstein, Kautsky ratifica «nosotros somos los curas marxistas», KC 151.

<sup>2</sup> La madre de Kautsky publicaba sus novelas en el suplemento de la prensa socialista, como *Die Neue Welt* y otros periódicos. Con ocasión de su primera visita a Londres (1881) Kautsky cuenta que fue muy bien acogido en casa de Marx precisamente gracias a eso, pues la mujer de Marx y él mismo eran grandes admiradores de Minna von Kautsky, *Corresp. E.I.K.*, p. 30. Ver el relato de este encuentro por Marx en carta a Jenny, 11 de abril de 1881, MEW, 35, p. 177.

el positivismo y por las nuevas teorías: Stuart Mill, Smith, Ricardo, Darwin, etc. Desde sus primeros estudios será también constante su atención a los temas históricos.<sup>3</sup>

La Comuna de París, cuando contaba 16 años, dirigió su atención a cuestiones del socialismo. En esos años leyó los textos de Lassalle, la *Miseria de la Filosofía* y *El Capital* de Marx, textos estos últimos que no despertaron su entusiasmo. Con mayor placer leía a otros autores genéricamente socialistas como Dühring, Schäßle o Lange. Rápidamente politizado, entró en el partido austriaco en enero de 1875 haciendo gala de gran radicalismo en las polémicas internas.

Sus primeros artículos datan de esta época, cuando contaba apenas 21 años y ya se atrevía a escribir sobre todo lo divino y lo humano. Su primer trabajo fue una traducción del texto de Marx la *Miseria de la Filosofía*, publicada en el órgano de los radicales del partido austriaco, *Igualdad (Gleichheit)*, que fue reproducida por *El Estado Popular (Volksstaat)*. Entre sus textos de estos años se cuentan algunos de título paradigmático como *La cuestión social*, y otros muchos de contenido variopinto: *Sobre los estudiosos, Trabajadores y máquinas, Sobre los sindicatos*, etc.

En ellos Kautsky desarrolló un discurso de crítica social y de denuncia de la *crisis cultural* de su época, en total sintonía con aquellas doctrinas que entendían la cuestión social como una crisis civilizatoria. «Nuestra situación social es miserable, tan opresiva, tan llena de injusticias que claman al cielo. De abusos que no pueden durar mucho tiempo». Ante ella la socialdemocracia representa la mayoría «honesta, fuerte de carácter e inteligente» que declara la guerra a la sociedad existente, hasta el punto de que todo individuo «libre de

<sup>3</sup> Kautsky, K., *Erinnerungen und Erörterungen*, ed. de B. Kautsky, Gravenhage, 1960. Entre los biógrafos de Kautsky destaca fundamentalmente la obra de Walden-Berg, M., *Il papa rosso*, op. cit. y Salvadori, M., *Kautsky e la rivoluzione socialista...* Más limitados en sus ambiciones o en sus análisis son: Hühnlich R., *K. Kautsky und der Marxismus der II. Internationale... Projekt Klassenanalyse: K. Kautsky*, Berlín, VSA, 1976. Holzherver, W., *K. Kautskys Werk als Weltanschauung*, Múnich, Beck, 1972. Obras más recientes son Panaccione, A., *Kautsky e l'ideologia socialista*, Milán, F. Angeli, 1987 y D. Geary, *K. Kautsky*, Mánchester, 1987. Sería muy interesante poner en relación su formación con el mundo teórico austriaco, muy penetrado de positivismo y con el que Kautsky, especialmente en esta época, tuvo enormes contactos. Ver la importancia concedida a pensadores pertenecientes a esta corriente en su primera obra *Der Einfluss der Volksvermehrung auf den Fortschritt der Gesellschaft*, Viena, 1880.

prejuicios» deberá secundarla. Sus armas no son otras que la ciencia, la lógica y el sentido común.<sup>4</sup>

En los artículos y notas de esta época, Kautsky se muestra como un periodista brillante, a veces agresivo, con gracia y sentido del humor. Su dominio del lenguaje es más que notable. Especialmente interesantes son sus innumerables noticias sobre Austria, en las que da cuenta de la peculiar situación del «Imperio», donde no es necesario imponer estado de excepción alguno, pues aunque se diga un Estado de derecho, no hay en él ninguna legalidad que defender; Kautsky fustiga la continua represión, los procesos, las censuras de prensa, el difícil acceso a los campesinos, el constante miedo y la dispersión de las agrupaciones que hacen imposible una organización centralizada. Además de buen periodista, parece conocer a fondo la situación en su país, a la que no vislumbra salida alguna.

En 1878, con motivo de los atentados y de la implantación del Estado de excepción en Alemania, describe el terror que invadió a la burguesía vienesa ante la circulación de todo tipo de rumores, «especialmente los domingos, que no hay periódicos. Ayer corría el rumor de que Berlín ardía en siete puntos».<sup>5</sup>

Junto a estos artículos y crónicas escribe también trabajos sobre cuestiones teóricas de más enjundia, dedicando algunos de ellos a la temática histórica. Para entender la historia, dice, se necesita un hilo conductor que permita penetrar en el laberinto de los datos pues solo así se puede obtener de ella el fortalecimiento de la conciencia moral. Lamentablemente ese «hilo conductor» —que será más tarde su concepción del marxismo— falta en la mayoría de los historiadores, que se pierden en la compilación de datos. La historia, sin embargo, no es un mundo de rosas, sino más bien «un submundo del pánico, del

---

<sup>4</sup> «Die Bildung unserer «Gebildeten»» en *Volksstaat*, núm. 22, 24 de febrero de 1875. El artículo sigue diciendo: «¿Cuál es la base de esta corrupción humana? La falta de auténtica formación, normal en una sociedad donde solo tiene valor el dinero». En éste y en otros artículos es habitual encontrar una fuerte crítica contra los sectores «cultos» de la sociedad, muy típicamente kautskyana. Artículo «Der Kampf um das Dasein...», *Vorwärts*, núm. 38, 30 de julio de 1877. Igualmente, *Der Sozialist*, núm. 1, 4 de octubre de 1877.

<sup>5</sup> «Noticias desde Austria», *Vorwärts*, núm. 66, 7 de junio de 1878 y «Noticias desde Viena», ídem, núm. 74, 26 de junio de 1878.

que debemos salir a la luz». Su conocimiento nos obliga a lanzar por la borda los sueños de felicidad. «No hay que construir castillos en el aire y hay que contentarse si el gran objetivo de la felicidad general del pueblo se acerca, aunque sea infinitamente despacio». En otro artículo, años más tarde, insistirá en la misma vía: «La historia tiene tal fuerza que, incluso con las mayores falsificaciones, induce a pensar».<sup>6</sup>

Sin embargo si Kautsky, como se sostiene habitualmente, era un defensor del *darwinismo*,<sup>7</sup> lo era solamente en cuanto teoría anticreacionista pero no porque aceptara la lucha por la existencia como principio general de la evolución humana. Más bien al contrario, el dogma de la lucha por la vida caracteriza según él a pensadores burgueses, que están atrapados en la conflictividad de la sociedad capitalista. Tanto en el artículo sobre la cuestión social, como en el titulado «El socialismo y la lucha por la existencia», o en otro en que aborda el tema de las nacionalidades –que tratándose de un austriaco no podía faltar– vuelve una y otra vez sobre la misma cuestión: «Para esta gente (la burguesía) la lucha por la existencia es tan determinante... que no piensan que pueda finalizar nunca».<sup>8</sup> Cuando de lo que se trata es de eliminar la división artificial introducida y radicalizada por el capitalismo entre los seres humanos, cuyos auténticos intereses son unitarios. A «la lucha por la existencia» como principio explicativo, Kautsky contrapone la «lucha por la libertad» como auténtica fuerza de progreso; en el socialismo esta idea se volvería cosmopolita e internacionalista.

<sup>6</sup> «Fr. chr. Schlosser's Weltgeschichte für das deutsche Volk», *Volksstaat*, núm. 22 y ss., 24 de febrero de 1875. Igualmente, en el *Richter Jahrbuch*: «La ciencia de la historia tiene la tarea de determinar las causas del desarrollo humano y mostrar las leyes por las que se rige», año II, 1881, p. 135. *Der Sozialist*, núm. 17, 27 de febrero de 1879.

<sup>7</sup> En la bibliografía sobre Kautsky es casi un lugar común hablar del «darwinismo» de sus primeros textos. Matthias, E., «Kautsky...»: «El joven Kautsky aceptó el darwinismo, que en los años setenta dominó todo el mundo educado, “con entusiasmo” y su “teoría de la historia” no pretendía ser otra cosa que la aplicación del darwinismo al desarrollo social», p. 153. Igualmente H. J. Steinberg: «El mundo conceptual del joven Kautsky fue determinado de forma decisiva por su encuentro con el darwinismo». Cuando a los 20 años, en 1874, se «adhirió» al darwinismo le pareció una «revelación, porque encontró en él la concepción global del mundo naturalista que buscaba en su discusión con la idea de Dios y su fundamentación», *Sozialismus, op. cit.*, p. 48. Waldenberg, M., es de los pocos que creen que se ha exagerado la influencia en Kautsky de Darwin, *op. cit.*, p. 9.

<sup>8</sup> «La cuestión nacional», *Volksstaat*, núm. 26 y ss., 5 y ss. de marzo de 1875.

Aunque sentimentalmente comparta el radicalismo político de las posiciones nacionalistas, y le complazca su testimonio de rebeldía contra la opresión y la corrupción, teóricamente Kautsky rechazaba el nacionalismo, al que consideraba, ya en estos años, una doctrina de horizontes menguados comparada con el internacionalismo socialista. En general sus artículos tienen, empero, un aire moralista y culturalista, y manifiestan tal confusión mental, que ya solo por eso podría explicarse la muy escasa simpatía con que Marx y Engels los recibieron.<sup>9</sup>

Para él socialismo equivalía simplemente a *liberación del trabajo por medio de la propiedad colectiva de los medios de producción*. Eso era al menos lo que consideraba como punto básico para un programa socialista, razón por la cual aprobó el Programa de Gotha (1875), que se había limitado, como debería limitarse todo programa partidario, simplemente a recoger las cuestiones elementales que eran aceptadas por todos los militantes. Dado que Kautsky será posteriormente el autor del Programa de Erfurt, en el que se codifica el marxismo como teoría de los partidos socialistas, estas reflexiones no dejan de tener interés.

Cierta polémica despertó su artículo sobre los sindicatos, al que replicaron contundentemente algunos sindicalistas. Kautsky había insistido en que tanto el socialismo alemán como el socialismo francés tenían un fuerte carácter político, y había expuesto su convicción de que solo desde el poder se podía cambiar la sociedad. De acuerdo con esas premisas los sindicatos podían ser organizaciones muy importantes en la lucha contra el patrón, pero en las cuestiones generales carecían de incidencia. Pues lo fundamental era la «agitación política» y en especial la organización. Algo semejante pasaba con las huelgas, que, aunque resulten victoriosas, son incapaces de desestructurar el sistema. Por el contrario Kautsky tenía cierta tendencia a pensar que se podrían introducir importantes mejoras a través de la legislación social, e igual que en futuros trabajos, sobrevaloraba lo político en perjuicio de lo sindical, aunque teóricamente subordinara la política a la economía.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Carta de Engels a Bebel de 15 de octubre de 1875: «Parece que a nuestra gente, al menos a una parte, le es imposible limitarse en sus artículos a lo que realmente han comprendido. Como muestran los inacabables devaneos de contenido teórico-socialista de Ky. Symmachos [Kautsky]», *Corresp. E./B.*, op. cit., p. 40.

<sup>10</sup> «Über die gewerkschaftliche, politische und lokale Agitation» y «Strikes Sind ein Zeichen mangelhafte Organisation der Gewerkschaften», *Volksstaat*, núm. 68 y ss.,



En años posteriores va a matizar esa postura, y aunque siga sobrevalorando la importancia de la política en un cambio de sistema, va a destacar el papel de los sindicatos en la organización del «Estado del futuro o sociedad socialista. Los sindicatos serán considerados como organizaciones de lucha en la sociedad capitalista y germen de una nueva organización social, que previsiblemente descansará en ellos y no en las asociaciones productivas de tipo lassalleano, ya anticuadas. Pero por el momento, los sindicatos no pasaban de ser «órganos de resistencia obrera», de virtualidad muy limitada.<sup>11</sup>

Así pues, podemos decir que Kautsky defendía en esta época posiciones generales de carácter socialista, sin que estableciera una distinción clara entre socialismo y comunismo, ya que consideraba a ambos como tipos de una sociedad basada en la propiedad colectiva de los medios de producción, lo que haría posible la «comunidad del trabajo». La solidaridad, anclada en la solidaridad instintiva del mundo animal, pero reforzada por la solidaridad consciente, o sea por la idea de la solidaridad, haría que «el socialismo se convirtiera en una fuerza moral», lo que iniciaría un estadio histórico superior en el desarrollo humano.

Considerado en abstracto, estas concepciones no estaban muy lejanas del «socialismo de Estado» que definía la sociedad como producción comunitaria y entendía el Estado como defensor y representante del conjunto de la comunidad, a quien competiría en consecuencia «concentrar el capital en sus manos, en manos de la generalidad». Si ese paso se diera, el Estado sería «el único capitalista» y toda la vida de los ciudadanos se convertiría en algo común. En tal «Estado {del} futuro»<sup>12</sup>

---

1875. Hilmann le respondió que «el que en el presente no hace nada práctico, no podrá tampoco dominar el futuro», *idem*, núm. 73, 30 de junio de 1875, ante lo que Kautsky protestó por haber sido mal interpretado: «No confío en que el movimiento sindical pueda conseguir gran influencia en el permanente aumento del salario o en la reducción del tiempo de trabajo», núm. 82, 21 de julio de 1875. C. Stephan, *Genossen...*, *op. cit.*, p. 182.

<sup>11</sup> «Über produktiv-Genossenschaften», *Der Sozialist*, núm. 19-20, 6-9 de marzo de 1879. Igualmente *Richter-Jahrbuch*, II, 1881, pp. 95 y ss. Bebel era más escéptico sobre las capacidades futuras de los sindicatos, mientras que insistía en la imposibilidad de tomar el Estado presente como modelo del Estado futuro. Artículo «Der Gewerbebetrieb...», Stephan, C., *Schriften*, T. I, pp. 127 y ss. *Der Sozialist*, núm. 43, 29 de mayo de 1879.

<sup>12</sup> *Der Sozialist*, núm. 35, 29 de agosto de 1878 y núm. 52, de 14 de noviembre de 1878. En algunos de estos artículos, por ejemplo en el de 19 de julio de 1878, núm.

los problemas de distribución del trabajo y de los productos deberían resolverse de modo político.

A su modo de ver, lo que impedía la difusión de una doctrina social tan sencilla y tan racional en la sociedad de su época era el gran desconocimiento del socialismo en el pueblo. Por eso la agitación era tan importante, pues solo ella podía convertir en consciente el «socialismo inconsciente» de tanta gente. Y para la agitación solo se necesitaban folletos o librillos que de modo sencillo explicaran la concepción «de una sociedad en el terreno del comunismo». <sup>13</sup> La concienciación que seguiría a esta difusión, iba a posibilitar la revolución espiritual necesaria para acabar con la crisis de la época. La divulgación posterior del pensamiento de Marx de modo fácilmente comprensible y asequible formará parte de esa tarea.

Comparados con los temas habituales en Marx, en los textos del primer Kautsky y aunque de momento no fuera todavía ningún gran teórico de la socialdemocracia, aparecen cuestiones novedosas. En primer lugar la insistencia en la temática de los *instintos*, especialmente del «instinto social» y del instinto sexual, que permite explicar el surgimiento histórico del matrimonio y de la familia. <sup>14</sup> En este punto y en contra de la posición de Engels, Kautsky se muestra más cercano a la tesis del matriarcado, entonces defendida por Bachoffen. Según esa tesis las relaciones entre los sexos habrían sido originariamente libres e igualitarias, siendo la dominación de la mujer por el hombre un rasgo históricamente posterior, que se agudiza con el capitalismo y que solo sería posible resolver en el socialismo. <sup>15</sup>

---

29, se encuentran referencias totalmente neutras a Rodbertus, Dühring, etc. *Gleichheit*, núm. 28, 8 de julio de 1876. Según Steinberg, «el socialismo premarxista de Kautsky estaba dirigido, como el de la mayoría de los socialdemócratas de aquellos años, al Estado del futuro», *Sozialismus...*, p. 49.

<sup>13</sup> «Was wir brauchen», ídem, núm. 127 y ss., 3 de noviembre de 1875.

<sup>14</sup> Ciertamente también en el último Marx se encuentran textos en torno a esta temática, pero Marx analiza siempre el régimen de matrimonio establecido en una cultura desde el punto de vista de la estructura de la organización social en la que esta cultura se desarrolla, mientras que para Kautsky el *instinto social* explicaría sin más los rasgos comunitarios de toda organización social, siendo más o menos fuertes según dicha sociedad esté más o menos cohesionada.

<sup>15</sup> Lo que primariamente le interesa es poner de relieve «la libertad originaria de la mujer» en las sociedades primitivas, y no tanto un análisis etno-antropológico preciso, *Corresp.*

Otra temática nueva la ofrece el estudio de las cuestiones demográficas y, en concreto, de la sobrepoblación. En ese tema Kautsky toma partido por Malthus frente a Marx, que habría infravalorado la cuestión. Según Malthus, de darse una revolución socialista sin control demográfico, la sobrepoblación pondría en peligro rápidamente las ventajas de una organización socialista, razón por la cual Kautsky se proclamaba defensor del control demográfico, y recomendaba medidas preventivas como el uso de preservativos en las relaciones sexuales, lo que le valió, aparte del título de «barón juergas» alguna que otra reprimenda de Liebknecht y de los notables de la organización. Posteriormente y dado que los gobiernos de la época utilizaban el malthusianismo como medida represiva, Kautsky se vio obligado a matizar sus posiciones: «Solo soy malthusiano –señaló– en la medida en que lo es todo hombre racional, es decir, desde la perspectiva de las ciencias naturales. Por el contrario, estoy totalmente en contra de las consecuencias equivocadas que Malthus ha sacado de las leyes de la naturaleza».<sup>16</sup>

Tema más estrictamente teórico y de mayor incidencia en lo que serán sus posteriores posiciones naturalistas es la concepción positivista del conocimiento, que hace de éste una réplica exacta de lo dado, de modo que el ámbito de inadecuación entre teoría y realidad desaparece. También defiende la inducción como el método adecuado,<sup>17</sup> lo que tiene consecuencias en la concepción de la ciencia de la historia, ya que si bien eliminará la teleología –y en este sentido el darwinismo es pertinente–, reducirá las secuencias históricas a procesos estrictamente

---

*E./K.*, pp. 73 y ss. Ver las semejanzas con los planteamientos genéricos de un Rousseau o de un Börne, a los que recupera como «precursores políticos del socialismo», *Der Sozialist*, núm. 40 y ss., de 18 de mayo y 5 de junio de 1879 y artículos en *Gleichheit*, núm. 7 y ss., 12 de febrero de 1876, en *Vorwärts*, núm. 57, 16 de mayo de 1877.

<sup>16</sup> «Erklärung (über den Malthusianismus)», *Wahrheit*, núm. 14.

<sup>17</sup> Kautsky identifica el método de conocimiento marxista con la inducción, lo que será una tesis típica del marxismo de la Segunda Internacional. *Volksstaat*, núm. 41, 8 de abril de 1877. En carta a Bebel, Eugene Dietzgen señala: «La mayor diferencia entre los marxistas y los revisionistas está precisamente en que los primeros trabajan *inductivamente* (...) mientras que los segundos se comportan de modo metafísico o *deductivo*», 3 de octubre de 1903, IISG, *Bebel Nachlass*, B-78. Sobre este punto ver el bonito artículo de Sandkühler, H. J., «Dass die Theorie ein Plagiat dessen ist, was sie expliziert», en *Internationales Symposium «Antonio Labriola»*, Bremen, 1986. Igualmente Pätzold, D., «Kritik und positive Wissenschaft», en *Dialektik*, núm. 6, 1983, pp. 116 y ss.

legaliformes, eliminando el espacio del azar y naturalizando excesivamente los comportamientos humanos. Es obvio entonces que en su construcción no hay espacio posible para una teoría de la ideología, que es identificada simplemente con el «error» frente a la «verdad», ni tampoco para un análisis detallado de los procesos de elaboración teórica, que aparecen como algo preexistente que solo hace falta asimilar. En el tratamiento de la ética se produce un fenómeno parecido, especialmente notable en el análisis de la libertad, a la que identifica con el «instinto de autoconservación y de poder», haciendo de la dinámica de los instintos la clave explicativa de los comportamientos sociales.

En mi opinión, ya a finales de los setenta, Kautsky había hecho dos adquisiciones teóricas que conservará durante toda su vida: primero, la concepción naturalista de la historia y especialmente de los rasgos «espirituales», es decir: ética, costumbres, leyes, etc. Según sus palabras «aquellos elementos que se convierten en costumbres para los hombres». Segundo, una concepción positivista de la ciencia como discurso reflejo de lo real (natural) de carácter libertador: «Toda la miseria del mundo es debida a la estupidez humana y puede ser eliminada por la ciencia humana liberada».<sup>18</sup> Estas posiciones, aunque quizá de distinto origen, eran totalmente compatibles con algunos postulados de Engels en el *Anti-Dühring*, texto que se estaba publicando por las mismas fechas y del que Kautsky fue un atentísimo lector. Él mismo señala en sus *Memorias* la influencia de esta obra, la primera que «nos permitió captar la plena especificidad del marxismo, al que Engels denominaba *socialismo científico*... Solo después del *Anti-Dühring* hemos aprendido a leer y comprender correctamente *El Capital*».<sup>19</sup>

En la serie *La lucha por la existencia en el mundo humano* y especialmente en los artículos titulados *El origen de los conceptos morales*, el viejo discurso naturalista se recubre con fórmulas ciertamente hegelianas, antes ausentes, que confirman el limitado papel de la lucha por la

<sup>18</sup> *Vorwärts*, núm. 152 y *Das Bevölkerungsgesetz und die Bewaldung*, ídem, núm. 5 y ss., 13 de enero de 1877 y ss.

<sup>19</sup> *Corresp. E./K.*, op. cit., p. 4. Aunque Kautsky señala en este texto que la influencia real del *Anti-Dühring* es algo posterior, situándola en 1878, no creo que invalide lo anteriormente dicho. A partir de esta época es normal el uso del calificativo «científico» para el socialismo de la socialdemocracia, que se define como «marxista», frente a otras corrientes de socialismo.

existencia incluso en los orígenes de la humanidad y no digamos con el ascenso de la cultura. «El hombre –dice Kautsky– tiende a dominar las condiciones de su vida y de su reproducción con el pensamiento». Ahora bien, si las transformaciones de los seres naturales son explicables por sí mismas, ¿cómo es posible que exista lo casual? La respuesta, en mi opinión, es típicamente hegeliana: «Para el ser individual es casual todo lo que para la Naturaleza es necesario. Eso es una contradicción hegeliana, pero real y racional». De ahí deduce la necesidad de una «humanización total», en una «sociedad humana racional», que identifica con el objetivo socialista (*Vorwärts*, núm. 40, 6 de abril de 1877 y núm. 42, 11 de abril de 1877).

También en el tratamiento de los conceptos éticos hay ecos hegelianos. «El ámbito ético –dice Kautsky– abarca en sentido amplio las ideas jurídicas, éticas, religiosas y artísticas»; todas ellas representan lo propiamente humano y libertador que hay en el hombre. Los conceptos éticos no son sin embargo «sentimientos» sino «instintos» entre los cuales el «instinto de poder» ocupa un lugar predominante que solo se transforman en elementos verdaderamente éticos a través de la ciencia y del pensamiento (ídem, *suplemento*, núm. 152, 30 de diciembre de 1877). Esa ciencia o ese saber como elemento fundamental de transformación va a ser cada vez más el marxismo.

Desde un punto de vista metateórico, esta concepción se sustenta sobre la base de la compatibilidad natural de los seres humanos, que ha sido rota por la competencia individualista impuesta por el sistema capitalista. Como señala en más de una ocasión, el problema no deriva de las diferencias o desigualdades naturales, sino de la desigualdad de posibilidades, razón por la cual la destrucción del sistema capitalista tendría que dar paso a una sociedad espontáneamente compatibilizada o armónica. No otro sentido tiene su definición de «libertad»: «No consiste en poder hacer lo que uno quiera –esto sería anarquía– sino en que uno no puede ser obligado por nadie a hacer lo que no quiera hacer» (*Gleichheit*, núm. 28, 8 de julio de 1876). Ahora bien, la ausencia institucionalizada de represión implica que los procesos se desarrollen espontáneamente de modo armónico y que los individuos interioricen, consciente o inconscientemente, los modos de su participación en ellos.

Sin embargo y a pesar de lo que podría parecer, Kautsky se define por su antiliberalismo, que está explícito en el ataque a una crítica del libro de Schäffle *La quintaesencia del socialismo*, que había aparecido en el periódico. En ella arremete contra el texto —en general será muy buen polemista y toda su carrera como periodista va a estar plagada de todo tipo de polémicas con medio mundo—, planteando que el autor había errado el objetivo, al distinguir artificialmente entre un socialismo positivo o científico popular y un socialismo negativo o crítico de la política y de la religión. Según él, el autor del trabajo —que no era otro que Schramm, una de sus bestias negras— habría distinguido equivocadamente entre dos aspectos de la cuestión social: «Aquello que los socialistas quieren destruir y aquello que quieren poner en su lugar». Ahora bien, como toda revolución demuestra, lo fundamental es lo primero, como ha recogido Hegel acertadamente en su dialéctica, al subrayar el papel de lo negativo. Pero lo interesante es que Kautsky esboza aquí lo que va a ser su tratamiento habitual de esta problemática, centrada en la insistencia en el carácter negativo, es decir en que los socialistas precognizan la supresión de la sociedad actual pero dejará en suspenso o solo indicará de modo meta-teórico las propuestas positivas. El conjugarlo con su concepción de la historia le permitirá defender la posición negadora de lo existente como «socialismo científico», frente a plausibles propuestas positivas, a las que descalificará como «socialismo utópico».

En el marco de estas reflexiones, en enero de 1879, Höchberg, el famoso mecenas de la socialdemocracia, que había hecho posible editar *El Socialdemócrata* se cruzó en su camino, condicionando de modo no despreciable su transformación en «teórico marxista». Antes de dar ese paso, Kautsky había gozado fugazmente de cierta fama como autor teatral, al estrenar en el teatro de Viena una comedia espectáculo, titulada *Atlantic-Pacific-Company*, que no debía ser una maravilla, aunque contara con unos estupendos decorados —«auténticas obras de arte»— que habían pintado su padre y sus amigos. En el texto había colaborado su madre, Minna von Kautsky y al decir de la prensa, la obra destacaba por lo llamativo y novedoso de la ambientación.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Noticias de periódicos relativas al estreno de la obra y el boceto mismo se encuentran en IISG, *Kautsky-Nachlass*, A 3. En una de sus últimas cartas a Bernstein el viejo Kautsky confiesa a su amigo: «El arte de presentar seres humanos no se me da, por eso renuncié a ser novelista o dramaturgo, cosa que me gustaba. No me falta fantasía ni

Esa experiencia, sin ser mala, no debió ser suficientemente satisfactoria para inclinarlo a proseguirla. Siguió, pues con sus artículos, especialmente después de iniciada la relación con Höchberg. Éste se hallaba ocupado en aquel momento en un proyecto para una revista teórica que tratará de problemas del socialismo y de lo que hoy llamaríamos ciencias sociales. Habiendo leído alguno de sus trabajos, le invitó a desplazarse a Zúrich para colaborar con él. Así le dice en una de sus cartas: «En interés de nuestra causa y de la ciencia es una pena que Vd., para ganarse la vida, tenga que escribir un poco de todo». Le propuso a continuación una remuneración bastante aceptable, y le insistió para que se instalara en Zúrich con el resto de la redacción.<sup>21</sup>

Políticamente Kautsky se inclinaba en aquel momento, según propia confesión y según consta en los documentos de la época, por las posturas radicales de Most. Mantenía relaciones con Andreas Scheu, un viejo líder socialista austriaco, que había tenido que exiliarse en Londres tras el proceso por alta traición de 1869 y era partidario de Most. Kautsky colaboró pues durante unos meses en los dos periódicos: *Libertad* y *El Socialdemócrata*, pesaroso de su respectiva animadversión.<sup>22</sup>

Ciertamente todo el grupo de Zúrich, tanto Höchberg como el resto de los colaboradores de los *Anales*, incluido Bernstein, estaban claramente en contra de las posiciones de Most. Con todo y con eso, Kautsky aceptó la sugerencia y en enero de 1880 llegó a Zúrich con dos textos debajo del brazo: el borrador de una historia del desarrollo de la humanidad, que muchos años más tarde iba a incluir en su obra capital, *La Concepción Materialista de la Historia* y un trabajo sobre la influencia del aumento de la población en el progreso social, que se publicó un año después. Rápidamente entró en contacto con Bernstein y con el grupo de los exiliados rusos, entre ellos con Axelrod, Plejanov, Vera Zassulitch, etc., asimilando a no tardar mucho las nuevas ideas.

---

arte para inventar tramas, pero mis personajes solo eran pensados, no vividos, ni carne ni sangre», IISG, *Kautsky Nachlass*, 260 A. A las ideas y conceptos quizá les pasaba lo mismo, solo que él no lo sabía.

<sup>21</sup> Carta de Höchberg a Kautsky, de 17 de enero de 1879, IISG, *Kautsky Nachlass*, D. XIII, 37 y contrato firmado en octubre de 1879, ídem, KD XIII, 18-106, Beilage.

<sup>22</sup> «*Der Social-Demokrat* es más gris, el periódico de Most es un buen periódico de agitación». En la misma carta a Vollmar añade: «Estoy en una situación muy curiosa: frente a Uds. defendiendo a Most, frente a Scheu defendiendo el *Sozialdemokrat*», Cartas a Vollmar, 24 de octubre de 1879, IISG, *Kautsky Nachlass*, C, 750.

El encuentro con Bernstein fue definitivo y está en el origen de una larga amistad, que sobrevivió incluso a la famosa polémica sobre el revisionismo. Kautsky encontró en Bernstein, que era algo mayor, un guía espiritual y una personalidad indiscutible para él que venía de provincias. Con el tiempo, a medida que el ideólogo Kautsky se consolida, la relación tenderá a invertirse sin que nunca haya dejado de admirar la capacidad intelectual y receptiva de Bernstein, que era mucho mayor que la suya y su seguridad de juicio. Además, Bernstein era capaz de una intervención política que a Kautsky le resultaba impracticable.

Como ya he señalado, en los meses inmediatamente anteriores a su llegada a Zúrich, Kautsky había sufrido un proceso de radicalización en el que era visible la influencia del periódico de Most. La situación en Austria, con ausencia de vida parlamentaria y suspensión de la prensa, pero donde los sectores parlamentarios (liberales) daban muestra de gran prudencia en un Parlamento estamental, hacía pensar en la inoperancia de las vías legales.<sup>23</sup> Kautsky compartía las posiciones más radicales pero insistía en que había que aprovechar la revolución que se avecinaba con propaganda y organización.<sup>24</sup>

Su lenguaje era agresivo y estaba colmado de sarcasmos contra el pseudoparlamento imperante en Austria y contra cualquier estrategia legalista, incluida la socialdemocracia alemana con su pasiva aceptación del decreto de excepción. «En un partido –dice en el *Socialista (Sozialist)*– la moderación es siempre mala. A un contrincante personal se le

<sup>23</sup> Así en sus notas desde Austria de los dos últimos años, ya no podía dejar de denunciar constantemente el aumento de la represión y la brutalidad de la misma: suspensión de periódicos, censuras, cierres de asociaciones, etc. Especialmente grave era la arbitrariedad de la policía que intervenía según su criterio, aplicando la ley cuando le parecía o imponiendo medidas concretas que impedían lo que quizá legalmente fuera posible. Esa aplicación arbitraria de la ley, «la miseria, la corrupción, la incapacidad son las notas características de esta sociedad nuestra, la mejor de todas». Comparando la situación del país con la de Alemania tras la ley de excepción afirma: «En Austria no hay ningún decreto de excepción, pero es como si lo hubiera. La policía es todopoderosa y los alemanes tendrán que habituarse al lenguaje por signos», *Volksstaat*, núm. 68, 18 de junio de 1875. *Der Sozialist*, núm. 7, 23 de enero de 1878. *Vorwärts*, núm. 4, 8 de octubre de 1876, núm. 58, 18 de junio de 1877 y núm. 121, 13 de octubre de 1878.

<sup>24</sup> En un manuscrito de 1880, *Die Kommende Revolution* se encuentran formulaciones parecidas: «No podemos ni debemos llamar al pueblo a las barricadas, tenemos que esperar a que se levante por propio instinto, tenemos que (estar preparados) para aprovechar este momento y tomar en las manos la dirección de la revolución», IISG, *Kautsky-Nachlass*, A 7.



puede ganar con concesiones y convencerlo de que uno no es tan malo como parece. Pero hacer concesiones y ser moderado con un contrincante político solo aumenta el coraje de éste, mientras que el propio partido da la impresión de debilidad y falta de valor».<sup>25</sup>

Esa radicalidad verbal no implicaba ninguna simpatía por los métodos de acción directa. Solamente ponía de relieve dudas fundadas ante el extremo legalismo del partido alemán y propugnaba medidas radicales que logran introducir cambios en la legislación y en el ejercicio de la política, tales como la implantación del sufragio universal.

Pero con su llegada a Zúrich, donde el joven Kautsky no se dio un momento de respiro, los rasgos más duros de su radicalismo se evaporaron.<sup>26</sup> Rápidamente aceptó las concepciones dominantes entre los socialdemócratas, en especial en los círculos de emigrados alemanes, y su inquina contra los anarquistas. En agosto del mismo año, residiendo ya en Zúrich, tomó parte como representante austriaco en el Congreso de Wýden, informando brevemente de la dureza de la represión en Austria. Acusado por el *Libertad (Freiheit)* de haber desempeñado un papel que no le correspondía, pues no contaba con ninguna delegación, replicó ahora con la excesiva acritud que usará en tantas ocasiones.<sup>27</sup>

<sup>25</sup> *Der Sozialist*, núm. 36, 4 de mayo de 1879, núm. 87, 8 de mayo de 1879. En una de las notas publicadas en el *Freiheit* hace un ligero balance: «En Austria, en todas partes, ha tenido la mejor acogida y ha despertado grandísimo interés... En Austria no hay ninguna posibilidad de caminos legales... Estaríamos muertos si nos aferráramos a ellos». En otra nota critica la composición del Parlamento: «Todo son curas, banqueros, funcionarios, periodistas, médicos, abogados, grandes industriales, ¿dónde están los representantes de los obreros y de los campesinos?», *Freiheit*, núm. 25, 21 de junio de 1879 y núm. 41, 11 de octubre de 1879.

<sup>26</sup> Nada más llegar, añadió a su labor periodística una participación más teórica en los *Anales de Richter*. Un año después, en 1880, sustituyó provisionalmente a Vollmar en la dirección de *Der Social-Demokrat*, cargo que posteriormente pasó a ocupar Bernstein. Desde 1880 colaboró regularmente en el *Der Social-Demokrat*. Al parecer Bebel no se fiaba demasiado de él según se desprende de su correspondencia con Engels: «Liebknecht se encargará de la dirección... y Kautsky de la correspondencia y las cuestiones técnicas». Carta de Bebel a Engels de 26 de diciembre de 1880, *Corresp. E./B.*, op. cit., p. 100. En carta posterior de 11 de febrero de 1881, añade: «Estoy completamente de acuerdo contigo, en que Bernstein va mejor que Kautsky, que tiene todo tipo de cosas raras que realmente hay que poner en relación con sus ideas y su experiencia en Austria. Kautsky estubo aquí hace poco y he hablado con él largo y tendido; he visto que pueden surgir fácilmente grandes diferencias de opinión entre él y nosotros», ídem, p. 102.

<sup>27</sup> «Solo es un “anarquista” para quien una dirección del partido no es nadie», *Der Sozialist*, núm. 39, 26 de septiembre de 1880.

Este incidente marcó su completa separación de Most y de las «mostianerías» anarquistas, que a partir de ahora va a considerar como expresión de insuficiencia teórica, o sea de ignorancia, en una transformación a la que sin duda Bernstein no fue del todo ajeno. Por los mismos meses los atentados habían decidido a éste último, uno de los más acérrimos adversarios de los anarquistas en el grupo de Zúrich, a completar la polémica teórico política con alguna que otra denuncia personal, que provocó un general estupor en el partido y motivó las críticas de Bebel, incluida una amenaza de desautorización: «No aprobamos este paso» dice en una de sus cartas, «si se sabe que la denuncia partió de uno de vosotros, provocará una oleada de asombro en el partido y hará necesario que os desautoricemos, por muy nerviosos que estemos, no tenemos que hacer de acusadores ni de denunciadores».<sup>28</sup>

### **Intelectual y activista del socialismo austriaco**

Hasta ese momento Kautsky había participado más o menos directamente y siempre en posiciones de «intelectual» en el movimiento obrero austriaco cuyo proceso, aunque hubiera estado muy ligado al movimiento y al partido alemán, mostraba rasgos característicos. Ya en los años de la unificación de Alemania ambos movimientos habían desarrollado acciones conjuntas contra la exclusión de Austria, lo que dio pie a una interesante y fructífera colaboración contra los proyectos de Bismarck. Para los súbditos del Imperio el objetivo era crear un partido popular austriaco, análogo al alemán, que pudiera hacer de Viena el centro del nuevo movimiento democrático, mientras que el Gobierno imperial toleraba esas iniciativas con la expresa condición de que no se abordara el tema nacional, que era la cuestión más explosiva del momento.

En esta época las asociaciones obreras austriacas se consideraban parte del movimiento alemán, a cuyos congresos solían enviar numerosas delegaciones. Aparte de Liebknecht entre los dirigentes el más conocido en Austria era Johann Most, que había llegado a Viena en 1869, convirtiéndose rápidamente en una de las figuras más populares. Posteriormente la existencia en Austria de un extenso, aunque débil y disperso movimiento anarquista, aseguró la difusión de su periódico y fue un elemento determinante

<sup>28</sup> Carta de Bebel a Kautsky de 31 de enero de 1884, *Corresp. B./K.*, p. 11.

para que el socialismo revolucionario y el anarquismo decimonónico siguieran manteniéndose por cierto tiempo en la Europa central.

Característico del movimiento austriaco fue su fuerte carácter de masas, que le permitía convocar asambleas de miles de personas y manifestaciones de decenas de miles. Entre ellas destaca la famosa concentración que acompañó a la petición de sufragio universal en diciembre de 1869, que fue objeto de una fuerte represión. La delegación que debía entrevistarse con el ministro fue detenida, e idéntica suerte corrieron los «agitadores más conocidos» como Oberwinder, Scheu y Most. Los tres fueron enjuiciados en un proceso por alta traición, análogo al proceso contra Bebel y Liebknecht en Alemania. La base de la acusación era el programa de Eisenach que, según el fiscal, no era tan peligroso por sus reivindicaciones, como por el hecho de que éstas no podían conseguirse a no ser por medios violentos, en previsión de lo cual los dirigentes del ingente movimiento de masas que recorría el país debían ser puestos en cuarentena.

Tras estos acontecimientos, aumentaron las medidas de represión y de vigilancia policial, sin que las características del sistema parlamentario permitieran una agitación legal como en Alemania. En 1871 el nuevo ministerio conservador, del que formaba parte Schöffle, el importante teórico social próximo a los socialistas de cátedra, decretó la amnistía, pero siguió aplicando medidas constantes de represión, que provocaron la consiguiente radicalización.

El partido alemán había seguido muy de cerca lo que ocurría en Austria, pero desde el inicio de los setenta, la relación se invirtió y fue el movimiento austriaco el que se hizo cada vez más dependiente del alemán. Descabezado prematuramente, dividido por la lucha interna entre los «radicales» de Scheu y los «moderados» de Oberwinder, imposibilitado de mantener la continuidad por las constantes represiones, la socialdemocracia austriaca tardó mucho más en consolidarse como partido. El propio órgano de los radicales: el *Igualdad* (*Gleichheit*), del que como ya he dicho Kautsky fue colaborador, aparecía frecuentemente censurado y con las páginas en blanco. Ideológicamente defendía un socialismo revolucionario, en cuya tradición se incluía a Bakunin, aún sin aceptar ni su táctica ni su organización.

La constitución del *Reich* (1871) y las nuevas relaciones entre el Imperio austro-húngaro y el *Reich* alemán que siguieron a la guerra franco-prusiana, reforzaron las medidas policiales contra los agitadores

de los dos países, limitando el contacto entre ambos a las relaciones entre los dirigentes, a la circulación de la prensa obrera y al apoyo que la organización alemana prestaba a la socialdemocracia austriaca. Dada su especial relación con el grupo de Zúrich, Kautsky iba a jugar un gran papel como enlace entre ambos movimientos y como impulsor de la estrategia alemana en el partido austriaco.<sup>29</sup>

Tampoco Kautsky, ya bien conocido como columnista y agitador, había escapado al control policial en la segunda mitad de los setenta. En las noticias procedentes de los archivos policiales abundan las referencias a su persona, «ese denominado estudiante de filosofía y candidato a profesor». Y el propio autor cuenta en sus *Memorias* que llegó a temer una expulsión, lo cual, dada la especial situación de su padre, le habría creado enormes dificultades. Eso explicaría que hubiera recibido la oferta de Höchberg como una liberación.

Hasta entonces Kautsky se había alineado con los radicales en las polémicas internas, aún sin implicarse directamente. Pero tras su marcha a Zúrich, intentó en diversas ocasiones ganar a los austriacos para las posiciones de la socialdemocracia alemana, no con demasiado éxito. Su cargo como director de *La Nueva Época* le impidió regresar a Austria en los años en que todavía hubiera podido desempeñar alguna labor política relevante, y ni siquiera su vuelta a Viena, en 1919, tras el cese como director de aquella publicación, le permitió integrarse definitivamente en la organización austriaca. De por vida siguió siendo considerado un personaje internacional, sin atribuciones en ninguna organización nacional. Extranjero en su nueva patria, hasta en este aspecto fue un marginal del partido, que respondía al modelo clásico del «intelectual» alejado de las miserias cotidianas.<sup>30</sup>

<sup>29</sup> Bebel y Liebknecht mantenían contactos entre otros con H. Scheu, el hermano de Andreas que estaba exiliado en Londres y colaboraba en el *Freiheit*. En cuanto a los contactos entre las organizaciones, en general era Liebknecht el que llevaba la iniciativa ayudado por Kautsky que mantenía relación con Reinthal y con Bardorf. Reinthal ya en esta época colaboraba con la policía, de modo que ésta estaba convenientemente informada, por ejemplo conocía la reunión clandestina que se celebró en junio de 1884 en Salzburgo y controlaba a Kautsky. Steiner, H., *Die Arbeiterb....*, op. cit., pp. 233 y ss. *Corresp. E./K.*, op. cit., pp. 117 y ss.

<sup>30</sup> Bernstein solía burlarse de la extranjería de Kautsky en Alemania que, entre otras cosas, le impedía ser diputado y le apartaba de la política activa. También en *Corresp. E./K.*, p. 115, etc. Según comenta Bebel a Engels en 1893, Adler habría invitado a Kautsky a trasladarse a Viena para participar en el movimiento austriaco, pero eso era

Por el momento eran todavía los meses posteriores a la implantación del estado de excepción en Alemania, cuando arreciaba la polémica entre *El Socialdemócrata* y el *Libertad*. Aunque no fue en ninguno de ellos, sino en el *Verdad* (*Wahrheit*), dirigido por Bardorf, donde Kautsky empezó a publicar sus más duros ataques contra los anarquistas, lo que indica que en escasos meses había dado un cambio a sus posiciones, pasando de un apoyo inicial a los radicales a un alineamiento progresivo con los moderados. Ello le llevó a criticar con extrema dureza a los «anarquistas», entre los que se encontraban algunos de los antiguos radicales. Por fin los atentados de 1882, el estado de excepción que se implantó en Austria en 1884, y los procesos subsiguientes, desmantelaron la organización y pusieron en tela de juicio la estrategia seguida, lo que provocó un ulterior acercamiento entre las dos fracciones. De modo que no se trató solamente de un cambio de perspectiva de Kautsky sino también del agotamiento de una estrategia de confrontación, cuya aceleración continuada acabó en desastre.

Sirva de muestra el testimonio de Victor Adler, el futuro dirigente de la socialdemocracia austriaca, según el cual la situación en los años ochenta solo podía calificarse de confusa: «Los viejos partidos están muertos y consignas como “sufragio universal” han perdido su validez... Los más moderados entre los moderados, como Bardorf, solo hablan de elecciones a nivel de agitación, mientras que los radicales, aún sin ser anarquistas, piensan que las elecciones son perjudiciales». «Nadie tiene nada en contra de que sean *otros* los que cometan atentados y “anarquismo” es algo tan confuso como “socialismo”». <sup>31</sup>

En esta difícil situación Kautsky se alineó con *El Socialdemócrata*, cuya aparición había saludado estando todavía en Viena con acentos premonitorios: «Nuestra tarea como partido es conseguir que el pueblo utilice este movimiento para mejorar, que no acabe incendiando fábricas y matando judíos... Nuestra tarea en Austria es ilustrar al pueblo, no detener su fuerza revolucionaria, sino encauzarla por el buen camino»

---

incompatible con seguir dirigiendo *Die Neue Zeit* y, además, dice Bebel, «no considero a Kautsky un buen estratega, ni siquiera un parlamentario, en el caso de que saliera elegido, pero necesitan toda la inteligencia que encuentren», carta de 19 de octubre de 1893, *Corresp. E./B.*, p. 725. Kautsky rechazó la oferta.

<sup>31</sup> Carta de Victor Adler a Scheu, de 31 de marzo de 1887, en Steiner, H., *Die Gebrüder Scheu*, Viena, 1986, pp. 154 y ss.

(núm. prueba, 28 de septiembre de 1879). Su colaboración, que proseguirá hasta el inicio de los noventa, se caracterizará por un enfoque novedoso del llamado «socialismo científico».

En efecto el modo como Kautsky va a tratar esa cuestión gira en torno a dos ejes que se convertirán en tópicos del socialismo marxista: el desarrollo económico espontáneo de las estructuras capitalistas como presupuesto del socialismo, y la concepción de éste como dominio de la colectividad, en la que el individuo queda totalmente subsumido.

En el primer aspecto, Kautsky parece aceptar la identificación ya clásica entre final del capitalismo y crac económico,<sup>32</sup> lo que tiene importantes consecuencias para la cuestión campesina. Pues, si por un lado los socialdemócratas defienden «los auténticos intereses» de los campesinos, como no podría ser de otra manera, por otra el desarrollo económico capitalista, a consecuencia de la libre concurrencia y del militarismo, les empuja a la ruina sin remisión. Por consiguiente «no es que nos alegremos de la desgracia y la miseria que esto (el desarrollo capitalista) comporta, pero solo quien elimine a aquél, puede salvar la agricultura, y esto solo lo puede hacer la socialdemocracia». Por el momento Kautsky no dice cómo podría la socialdemocracia cumplir ese objetivo, solo indica que la ruina de ese segmento social tendría esta significación en la dinámica histórica.

El otro tema preferente queda claramente reflejado en la serie «*Libertad*» que motivó una polémica con uno de los más acerbos críticos del «socialismo científico», un escritor y columnista apellidado Rudolf Seidel.<sup>33</sup> Kautsky defendía que en buena lógica «la consecuencia natural

<sup>32</sup> «En esta maravillosa época de la sobreproducción tendrá que llegar por fin el momento en que ya no sea posible seguir produciendo, todas las fábricas cerrarán. En este momento el obrero inglés solo podrá escoger entre morirse de hambre o apoderarse de los capitales del país y ante esa elección tiene que tomar una decisión; entonces tiene que... quiera o no, sea conservador o no, con la quiebra del modo de producción, tiene que intervenir para salvarse, tiene que actuar revolucionariamente», *Der Sozialist*, 30 de enero de 1879 (editorial). En el manifiesto de 1883 indica «la catástrofe que profetizamos no se puede detener», *op. cit.*, p. 321.

<sup>33</sup> IISG, *Kautsky Nachlass*, K, D, XX, 157, nota de Seidel a Schlütter: «La ignorancia pedagógica del socialismo científico» es más o menos igual de grande que «la ignorancia económica». En años posteriores este hombre jugará un papel no menor en las polémicas con los posibilistas y con los sindicalistas ingleses para la convocatoria de los congresos internacionales, sin la presencia de los «malditos marxistas», *Corresp. E./B.*, pp. 571 y ss.

de la democracia es la anarquía y ambas son a la vez lo opuesto de la socialdemocracia»; de modo que si el eslogan de «libertad» aparece ligado a los objetivos de la socialdemocracia es porque ésta lo ha heredado de otros movimientos sociales con los que ha luchado conjuntamente, como los movimientos de 1848. Desde el punto de vista teórico el concepto de libertad tiene dos aspectos: positivo y negativo; como concepto negativo, supone el final del dominio de una clase o una persona sobre otra; pero como concepto positivo, en cuanto libertad individual absoluta «es contraria a la naturaleza humana», ya que el hombre es «un animal social».

En consecuencia, sostiene que el «comunismo» está «profundamente enraizado en la naturaleza humana», pues ahonda en los instintos societarios comunistas. Por eso la socialdemocracia no persigue dar a los proletarios la libertad individual de la que gozan los capitalistas —«un absurdo anarquista reaccionario en la época del vapor y de la electricidad»— sino «eliminar la libertad individual de los capitalistas y terratenientes y en lugar de la presión insostenible del individuo sobre la globalidad, colocar el de la globalidad sobre el individuo» (*Der Sozialist*, núm. 28, 7 de julio de 1881).

En la réplica, su contrincante se retrotraía a lo que era la tesis habitual en la organización, según la cual la democracia es la etapa previa del socialismo. Y le acusaba de confundir un concepto, «democracia», con un movimiento o partido sociopolítico, el partido demócrata. Ya que, si el socialismo eliminara las libertades burguesas, representaría un retroceso histórico, lo que le parecía claramente indefendible. Pero Kautsky no se arredró. En la contrarréplica rechazó con violencia tal insinuación, insistiendo en que la anarquía es una «consecuencia lógica» de la democracia y en que «frente a la comunidad el individuo no tiene ningún derecho, solo deberes», aunque es evidente que «por comunidad solo puede entenderse una unión de hombre iguales» (núm. 37, 8 de septiembre de 1881).

Es ese un ejemplo primerizo de cómo el discurso socialdemócrata va a soslayar la compleja interacción entre libertad e igualdad en las formaciones económicas o, lo que es lo mismo, el plexo de relaciones individuo/colectivo escamoteándolo bajo una supuesta identidad de intereses, aspiraciones o fines, cuyo supuesto no es otro que la existencia natural del instinto societario.

En trabajos posteriores, dicha tesis quedará revalidada por el estudio de las comunidades antiguas y la prevalencia en ellas del instinto social. El hombre sería un «animal gregario», cuyo instinto social se manifiesta como «conciencia moral»; históricamente en las relaciones de unas tribus con otras y en su lucha por dominar la naturaleza, habría surgido el Estado moderno, precisamente como forma colectiva opuesta a cualquier individualismo, sin que en la sociedad burguesa individualismo y colectivismo puedan llegar nunca a una síntesis.<sup>34</sup>

Por el contrario, la lucha de clases haría retroceder el individualismo y despertaría los «instintos comunistas» que ligan a los trabajadores a su clase y a su partido; «para los trabajadores organizados la clase lo significa todo, el individuo no significa nada». Eso, dice Kautsky, «es un hecho», basado «en la concepción realista de la historia fundada por K. Marx».<sup>35</sup> Con lo que el tal K. Marx va a cargar a partir de ahora con las simplificaciones y generalidades del propio Kautsky.

Algo parecido ocurre con el análisis del Estado. Por supuesto Kautsky critica la teoría del pacto, a la que sustituye por una concepción histórico-naturalista que explica su surgimiento a partir de los instintos sociales humanos, y la liga a la tesis marxista clásica del Estado como aparato de dominación de una clase sobre otra(s). La consecuencia de una revolución socialista —definida simplistamente como «la que nos lleve a nosotros al poder»—<sup>36</sup> tendrá que ser la abolición del Estado. Pero con eso la sociedad volverá a su nivel primitivo, el de la vida genérica, solo que a un nivel más alto. Mientras que Engels insiste en que «la comunidad... —ahí donde existe— necesariamente es primitiva, heredada del estadio animal», por lo que no puede propiamente hablarse de recuperarla, Kautsky entiende el socialismo como una recuperación embellecida de aquel estadio originario.

<sup>34</sup> «Die urwüchsige Form des Kampfes ums Dasein», ídem, núm. 38, 15 de septiembre de 1881. «El individualismo destroza los pueblos como se observa en la historia de los germanos, en la Edad Media, etc». «Der Ständestaat und Klassenstaat», *Der Social-Demokrat*, núm. 39, 22 de septiembre de 1881. En sus trabajos históricos utiliza normalmente el método de contraponer a una pretendida situación originaria de plenitud, un proceso de depravación, rompimiento, etc., que sería posteriormente superada recomponiendo la unidad anterior.

<sup>35</sup> «Klassenkampf und Sozialismus», ídem, núm. 40, 29 de septiembre de 1881.

<sup>36</sup> «Die Abschaffung des Staates», núm. 51, 15 de diciembre de 1881.



Como es obvio Kautsky recoge en estos textos muchas ideas de Engels, y sin embargo hay en él un exceso de teoreticismo y una simplificación de los problemas que hace a los procesos excesivamente coherentes y de una sola pieza. Esto, que le hacía uno de los divulgadores más apreciados, era a la vez una de las razones de que sus teorías resulten siempre excesivamente pobres y a la larga tendientes a la ideologización. Su unilateralidad le valió con frecuencia las iras de otros sectores de la organización, que estaban más cerca de las viejas tradiciones «socialistas». Pero a la vez su claridad, incluso su simplicidad y el que se situara claramente del lado de una concepción revolucionaria, mientras que sus detractores y críticos eran proclives a todo tipo de reformismos, le granjeó el apoyo de las líneas más radicales, incluidos Engels, Bebel y Bernstein. En el debate sobre el revisionismo a él le correspondió, como no podía ser menos, defender las esencias del marxismo frente a todo intento de reforma.

### **El problema de las etapas: socialismo y comunismo**

Ejemplo de esa unilateralidad es el tratamiento del tema socialismo-comunismo, temática que en Marx mismo no es objeto de una consideración unitaria y que había suscitado diversos problemas en los congresos partidarios. Es sabido que en sus textos de juventud Marx y Engels califican sus posiciones como «comunistas» y las contraponen a diversas formas de socialismo: socialismo reaccionario, pequeño-burgués, etc. Posteriormente, tras su reflexión sobre la Comuna, Marx inició una periodización del proceso de la revolución socialista, distinguiendo cuando menos dos etapas: una primera –o socialista– cuyo sistema productivo estaría basado en la propiedad colectiva de los medios de producción pero contaría con una distribución individual de los bienes en función de las cuotas de trabajo personal. Y una segunda –o comunismo– en la que el aumento de la riqueza, debida no solamente al aumento de la productividad del trabajo, sino a la desaparición de elementos de destrucción y de derroche, permitirían la posesión y el disfrute en común del conjunto de los bienes sociales.

En la *Crítica del Programa de Gotha* escrita en 1875, Marx insistía en este planteamiento, diferenciando las dos etapas como formas distintas, condicionadas por la relativa escasez de la riqueza, de una

organización social en la que el trabajo individual actuaría como trabajo social (colectivo). En la sociedad capitalista, el carácter social del trabajo solamente actúa a través del mercado, mientras que en sociedades no capitalistas exigiría otro tipo de instancias. El rechazo por Marx de las cooperativas u otras formas comunitarias, a las que consideraba formas aparentemente simples de resolver el problema pero carentes de eficacia económica, le obligaba a remitir al desarrollo histórico de las estructuras sociales la posibilidad de generar formas no antagónicas de conjugar trabajo individual —es decir, aporte por los individuos de capacidad de trabajo— y producción social, o sea organización global de la producción para atender al conjunto de las necesidades, sin que de nuevo esa organización, aun siendo necesaria, se convirtiera en elemento de dominación de clase.

Según ambos amigos para ello sería imprescindible un elevado nivel de riqueza, ya que de lo contrario «solo se generalizaría *la escasez* y, por tanto, con *la pobreza* comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la inmundicia anterior».<sup>37</sup> Eso, entre otras cosas, implicaba una revolución universal, o cuando menos a escala europea, que era el horizonte inmediato de sus prognosis revolucionarias.

En las discusiones internas de la socialdemocracia el tema se había planteado repetidas veces, sin hallar una solución satisfactoria. El punto álgido lo constituían las *expropiaciones*, de las que, en principio, ningún socialista se declaraba contrario, ni siquiera con ocasión del relativo estupor que causó la resolución de Basilea (1869) en contra del derecho de herencia. Otra cuestión era la de cómo implantar tal «socialización» del trabajo y cómo abordar la «posesión y distribución de los bienes y de las riquezas». En las viejas controversias de los años setenta, el problema siempre se había planteado desde la perspectiva de que la «socialización» de la economía haría a la propia sociedad la garante de su reproducción, sin que necesariamente «lo social» tuviera que ser gestionado por el Estado, mientras que Kautsky fue el primero en situar el tema explícitamente en coordenadas históricas, derivadas

---

<sup>37</sup> *La ideología alemana*, p. 36. En carta a Conrad Schmidt, ya en el noventa, Engels repite: «Ha habido también una discusión sobre el reparto de los productos en la sociedad futura... Pero de modo sorprendente, a nadie se le ha ocurrido que el modo de reparto depende esencialmente de cuánto haya que repartir», MEW, 37, p. 436.

de la tendencia a la concentración. Según él, la concentración económica propia del capitalismo eliminaría la cuestión, pues la dinámica capitalista expropiaría de por sí a los pequeños campesinos y artesanos, arrebatándoles sus posesiones; bastaría entonces con expropiar a unos pocos capitalistas, para que la sociedad socialista fuera un hecho.

Como consecuencia el último capitalismo se identificaba en su dinámica objetiva con el primer socialismo. Entre ambos una revolución política, marcaría la distancia. Para ella bastarían un alto nivel de concentración del capital y, por el otro polo, una proletarización (asalarización) masiva, siendo justamente la confrontación directa entre esas dos fuerzas la que determinaría el futuro de la revolución social.

### **Peregrinación a Londres en 1881 y 1885**

En el decenio de los ochenta los contactos de Kautsky con los dos viejos, especialmente con Engels, fueron determinantes para su evolución personal y definitorios para su papel futuro en la socialdemocracia. En la edición de la correspondencia con Engels, el propio autor recoge la «prehistoria» de su amistad con «el viejo», o sea las cartas, misivas y contactos anteriores a su primera visita a Londres, que tuvo lugar en la primavera de 1881. En ellas se observa que el joven Kautsky tenía mucha confusión en la cabeza, pues para un autodidacta como él, lo más difícil es encontrar aquella concepción general que permita no perderse en los detalles, aquella idea o construcción global que articule el conjunto del saber. Quién duda de que el «enciclopédico Engels» iba a ser capaz de satisfacer con creces la necesidad de orientación teórica del joven Kautsky.

Fue en marzo de 1881 cuando emprendió su primera peregrinación para visitar a los dos ancianos. Marx, que en aquel momento se encontraba muy agobiado con la enfermedad de su mujer, casi no le hizo caso. No así Engels que le recibió en su casa y discutió ampliamente con él. «Estuve en varias ocasiones a solas con Engels y estos encuentros estaban dedicados especialmente a cuestiones teóricas, casi puede decirse que eran auténticas clases particulares lo que Engels me impartió por aquel entonces».

Para su asombro y su alegría Kautsky descubrió que Engels –y Marx– sentían gran interés, y en eso coincidían con él, por la protohistoria humana, un ámbito novedoso en el que hasta la fecha se había

investigado raramente aunque resultara de especial importancia, pues permite un verdadero conocimiento de la evolución social de la humanidad. Kautsky, que se había iniciado en estos estudios animado por Höchberg, descubría ahora que Engels –quien partiendo de la sociedad mercantil se remontaba primero al comunismo aldeano ruso y de allí a la investigación de la sociedad primitiva– se interesaba por la misma problemática. La coincidencia no podía ser más venturosa.

Kautsky iba recomendado por Bebel y despertó rápidamente como discípulo el interés del viejo Engels. Este le invitó a que frecuentara su casa, le animó para que asistiera a las reuniones de los sábados, donde se congregaba lo más granado de los amigos internacionales: P. Lafargue y su mujer Laura Marx, la segunda de las hijas de Marx; Carl Hirsch, viejo socialdemócrata alemán, que había sido director de *Die Laterne*; en la época en que Kautsky apareció, estaba también Hartmann, uno de los autores de los atentados en Rusia; el hijo del viejo Sorge, y otros varios. De dar crédito a sus *Memorias*, habría que pensar que una sola de aquellas cenas valía por varios meses de Universidad patria.

Marx, al que solo visitó una vez, no parece que se sintiera tan bien dispuesto. En su correspondencia de la época se manifiesta ciertamente crítico, aunque benevolente. «Tiene buena voluntad»,<sup>38</sup> pero es de la raza de los pedantes: «Es un mediocre de limitadas perspectivas históricas, sobre todo (tiene 26 años) sabiondo, en cierto modo aplicado, se apaña muy bien con estadísticas, pero saca muy poco en claro, pertenece por naturaleza a la raza de los pedantes, por lo demás en su estilo un tipo muy correcto, en la medida de lo posible se lo cargaré al amigo Engels».<sup>39</sup>

Sea lo que fuere, Engels debió ver en él uno de los pocos que podrían proseguir su obra. Especialmente tras la muerte de Marx cuando «fue reconocido y venerado por todos los partidos socialdemócratas del mundo como su guía teórico»,<sup>40</sup> pero se encontraba absolutamente

<sup>38</sup> Comparándolo con Loria dice: «Éste (Loria) es mucho peor que el kautskyanito que al menos tiene muy buena voluntad», carta de Marx a Engels del 3 de agosto de 1882, MEW, 35, p. 79.

<sup>39</sup> Carta de Marx a Jenny Longuet, 11 de abril de 1881, MEW, 35, p. 178.

<sup>40</sup> *Corresp. E./K.*, p. 27. Diferentes autores coinciden en situar entre 1880-1890 el período de mayor prestigio de Engels en el movimiento socialista. Stedman Jones, «Engels y la historia del marxismo» en *L'Anti-Dübring, op. cit.*, p. 40. Con motivo de su muerte

agobiado con la tarea de poner en limpio y editar los ilegibles manuscritos que su amigo le había dejado en herencia, la ayuda de un joven estudioso, listo y bien dispuesto como Kautsky debió parecerle inapreciable y aunque no le entusiasmara, hacía lo posible por apoyarlo. Como buen discípulo Kautsky ayudó a Engels hacia finales de la década a descifrar y preparar los manuscritos de Marx para el Tomo III de *El Capital*.<sup>41</sup>

Entre la primera y la tercera visita —el segundo viaje a Londres casi no tiene interés pues fue muy corto y motivado porque su padre, el famoso decorador, quería hacer una exposición en Londres y le mandó a hacer los preparativos a finales de 1883— Kautsky había empezado a publicar su revista, *La Nueva Época*, y se había hecho un nombre en el partido. Políticamente sus textos muestran una profundización en dos sentidos: primero, una defensa de lo que él mismo denomina «el punto de vista de clase», es decir la idea de que el partido revolucionario de los trabajadores no debe entrar en compromisos ni alianzas de ningún tipo con el enemigo político; segundo, el ataque, en ocasiones muy duro, contra toda veleidad anarquista.

A la vuelta de su primer viaje había recalado de nuevo en Zúrich, donde seguía colaborando con Höchberg. Este, que había invertido mucho dinero en la ayuda económica al partido tanto en el periódico como en las diversas revistas y en otros menesteres, se encontraba en

---

en diversas esquelas se pone de relieve que del triunvirato Lassalle-Marx-Engels, el segundo «en su grandeza espiritual solitaria nunca fue popular entre las masas», mientras que Engels habría conseguido penetrar en el movimiento. «Dokumente: Nachrufe für F. Engels aus der zeitgenössischen Presse», en *Marxismus-Digest*, núm. 4, 1970, pp. 613-622.

<sup>41</sup> Engels prefería a Bernstein: «Tiene realmente tacto y rápida comprensión. Lo contrario de Kautsky que es muy buen tipo pero un pedante de nacimiento, en cuyas manos las cuestiones complicadas no se vuelven sencillas sino al revés, las sencillas complicadas», 25 de agosto de 1881, *Corresp. E./B.*, p. 114. La misma expresión se encuentra en carta a Bernstein el 27 de febrero de 1881, MEW, 35, p. 445, y en carta a Sorge unos años más tarde: «Como redactor de *Der Social-Demokrat*, Bernstein ha demostrado ser uno de los mejores de la joven generación», MEW, 37, p. 479. Por el contrario, Bernstein, ya desde el principio de su estancia en Londres, se encontró distante del viejo Engels con el que no acababa de congeniar. Cartas a Kautsky, KDV, 109. En las cartas de Kautsky especialmente en las que escribió a Liebknecht, se observan sus dotes para ser un buen discípulo: más joven que los otros, dócil y deseoso de aprender, con una cierta formación teórica, menos confuso e impaciente, fiel, etc, *Liebk. Corresp. Soziald.*, T. I, pp. 668-671. Cartas de Engels a Conrad Schmidt de 12 de abril de 1890, MEW, 37, p. 383 y de P. Lafargue a Danielson, de 14 de diciembre de 1889, ídem, p. 537.

una situación económica algo delicada, de modo que tuvo que restringir el apoyo financiero. La continuidad del periódico estaba asegurada, pero los demás proyectos tuvieron que suspenderse. Para Kautsky eso significaba que no podía seguir en Zúrich por falta de recursos, de modo que en mayo de 1882 decidió regresar a Viena.<sup>42</sup> Entre tanto maduraba la idea de editar una revista teórica sobre cuestiones sociales, no tanto una revista general socialista, como había sido el empeño del *Anuario* cuanto un proyecto de divulgación teórica que se plasmará en *La Nueva Época*.

Dado que la editorial de la organización, la casa Dietz, se hizo cargo de la publicación, Kautsky se vio obligado a trasladarse a Stuttgart (1883). De allí pasó a Zúrich y finalmente en 1885 pudo realizar su sueño de volver a Londres. Pero durante su estancia en Alemania había vivido de cerca la situación del partido que le parecía lamentable. Como consecuencia de la ley de excepción «el movimiento estaba totalmente apático»; en Zúrich había un ambiente más crispado, «como si hubiera que hacer algo». En Alemania, «nuestra gente son anarquistoides con una gran panza, beben mucha cerveza, dan puñetazos sobre las mesas, lo critican todo y no votan». Esto en cuanto a las bases, pero estaba además el problema de la fracción parlamentaria. Kautsky se alineaba claramente en las posiciones de Bebel y Bernstein contra cualquier intento de mediación.

En contraposición a la fracción parlamentaria, el sector radical revolucionario, al que se honraba en pertenecer, defendía el «punto de vista de clase» o «punto de vista marxista». Este se caracterizaba por el reconocimiento de la lucha de clases, entendida como aquella postura política que se basa en la convicción de que es necesaria la transformación revolucionaria de la sociedad. Políticamente esa postura implicaba un distanciamiento claro de toda política reformista.

Kautsky se situaba pues del lado de Bebel. Teóricamente coincidía con Bernstein, siendo el trío Bebel, Bernstein y Kautsky la cabeza del «ala marxista», entonces minoritaria.<sup>43</sup> Los tres veían con preocupación

<sup>42</sup> Carta de Kautsky a Höchberg, 6 de febrero de 1882, IISG, *Kautsky Nachlass*, C 443.

<sup>43</sup> «Vollmar –dice Kautsky– es un político radical, pero en cuestiones económicas, muy confuso. Liebknecht tiene como principio consensuarlo todo» lo que le lleva a posiciones totalmente extrañas. Análogas apreciaciones se encuentran en Bernstein con

el influjo creciente de las tendencias al compromiso y a la reforma, mayormente en un momento de notable reflujo de los movimientos de masas. Para Kautsky eso podía tener en lo teórico el peligro de «retrotraernos al nivel de Blanc, Proudhon y consortes, poniendo su propio socialismo en el lugar del marxismo». Peligro que era todavía mayor dado que estas teorías encontraban cierto eco en el conjunto de la organización. Por el contrario, se consideraba a sí mismo y a Bernstein —y creía contar en eso con el acuerdo de Engels— como «los más genuinos representantes de la teoría marxista».

En tal estado de ánimo, en 1885 otro austriaco, Heinrich Braun le proporcionó una ayuda económica para que se concentrara en los estudios, de modo que Kautsky se encaminó de nuevo a Londres, su universidad particular. El objetivo de su viaje consistía en «acentuar la tendencia de la revista para influir más en la orientación del partido, en un momento difícil y delicado de desarrollo político y doctrinal».<sup>44</sup>

Una vez en Londres, Kautsky se dedicó a estudiar intensamente los escritos de Marx, cuya traducción alemana del viejo texto *la Miseria de la Filosofía*, publicado originariamente en francés, acababa de terminar con la ayuda de Bernstein. Simultáneamente se puso a trabajar *El Capital* para hacer de él un resumen divulgativo que aparecerá unos años más tarde con el título de *Las doctrinas económicas de Marx* (1887). Este pequeño manual respondía a la vieja obsesión engelsiana de hacer un compendio de la obra de su amigo. Es así, en estos años de colaboración entre un Engels dedicado a la edición del tomo II y el tomo III de *El Capital* de Marx, que se había convertido en su «pesadilla» como confiesa a sus íntimos<sup>45</sup> y un joven Kautsky, intentando abrirse y abrir un camino en el difícil universo económico del maestro, como nacerá el marxismo. En él Kautsky no descuidó ni por un momento implicar

---

parecidas muestras de desconfianza hacia muchos de la fracción parlamentaria, si bien tenía en mejor concepto a Auer y Liebknecht.

<sup>44</sup> Ragionieri, E., *Il marxismo...*, op. cit., p. 124. Rieck, B. «Der Beitrag der «Neuen Zeit» zur Auseinandersetzung mit der Ideologie des preußischen Staatssozialismus in den Jahren 1884-1886», en BzG, XIII, 1971, p. 971.

<sup>45</sup> Carta de Engels a Bebel, de 25 de agosto de 1892, *Corresp. E./B.*, pp. 580 y ss., e ídem, de 6 de noviembre de 1892, p. 606, de 19 de febrero de 1892, p. 511, etc. Sobre el trabajo de Engels como editor del T. II y III, Malysch, A. I., «Engels als Herausgeber des II. und III. Bandes des Kapital», en *Marxismus-Digest*, núm. 4, 1970, pp. 524-538.

a su amigo Bernstein, quien, requerido en Zúrich por sus múltiples tareas como redactor y agitado, no encontraba nunca tiempo, limitándose al papel de crítico y corrector.

La lectura y la codificación que Kautsky hizo del «marxismo» no fue, sin embargo, unánimemente admitida. Hay «quien como Rosa Luxemburgo primero y Franz Mehring después llegó a la conclusión de que Kautsky había estudiado mucho a Marx sin entender el nexo entre teoría y práctica revolucionaria y que, por tanto, había reducido el marxismo a doctrinarismo “filisteo”»; quien, como Karl Korsch, ha definido la obra de Kautsky como una verdadera deformación del “espíritu” del marxismo, por su radical incomprensión de las “categorías” marxistas y de su matriz dialéctica y hegeliana; en fin quien, como los revisionistas alemanes, tras la polémica de final de siglo sobre la relación entre desarrollo social y teoría marxista, ha acusado a Kautsky de haberse convertido en el pontífice de una doctrina reducida a falsa conciencia de la realidad, incapaz de sobrevivir si no es como ideología, o sea como no ciencia de lo real».<sup>46</sup>

En mi opinión la confusión entre orden lógico-teórico y orden histórico incide de modo no despreciable para la reducción del complejo instrumental teórico marxista en el marxismo de Kautsky, que sustituye el juego –equilibrio en ocasiones– de interrelaciones dialécticas por un mero desarrollo en el tiempo; la dimensión espacial falta completamente, mientras que la dimensión temporal solo es contemplada como esquema abstracto de desarrollo, cuyas contingencias son eliminadas. En el debate ideológico esa simplificación le fue muy útil pues le permitió apabullar al contrario poniendo de relieve rápidamente sus incoherencias, lagunas o contradicciones. Pero al eliminar todo ámbito de concreción, su teoría pierde calidad teórica y eficacia práctica, es decir capacidad de incidencia real en los procesos de transformación

---

<sup>46</sup> Salvadori, M., «Kautsky entre ortodoxia y revisionismo», en *Historia del marxismo*, ed. por E. Hobsbawm, p. 217. Waldenberg, M. centra la divergencia en las interpretaciones entre aquéllos que sostienen que no fue nunca un revolucionario, los que piensan que sí lo fue y los que sostienen que hubo un cambio en su vida y en su obra entre 1910-1914 de modo que, si bien lo había sido, dejó luego de serlo, *op. cit.*, pp. 29 y ss. En el análisis de *Projekt Klassenanalyse* se discute la consideración de Kautsky como modelo de «verbalismo revolucionario» o de «radicalismo verbal», típica de la historiografía ligada al SPD, si bien se destaca su comprensión eminentemente abstracta del entramado histórico de la lucha de clases, *op. cit.*, pp. 46 y ss.



histórica. De ese modo llega a ser casi lo contrario de su modelo, la teoría de Marx como unidad de teoría y práctica.

Engels era contrario a esa reducción del marxismo, que lo convertía en una «receta» y se mostraba fuertemente crítico con el excesivo doctrinarismo de Kautsky, pero sin duda debía parecerle un mal menor frente a las corrientes de socialismo vulgar que le amenazaban y frente a lo que él llamaba reducción del marxismo y en especial de la «lucha de clases» a mera fórmula entre los radicales de la época. Siendo contra estos últimos y no contra Kautsky contra quien blandía la repetida fórmula de Marx: «En cuanto a mí, yo no soy marxista». <sup>47</sup> La relación de maestro/discípulo que se estableció entre ellos favoreció también que las tesis de Kautsky, sin ser las únicas, fueran interpretadas como la «verdad del marxismo», especialmente tras la muerte del propio Engels en 1895.

El *Debate del revisionismo*, ya a finales de siglo, representó el primer momento de quiebra de un edificio teórico cuya defensa a ultranza no impidió el desarrollo indirecto y práctico del reformismo, en un partido que conjugaba revolucionarismo doctrinal y reformismo práctico. La especificidad teórica de este discurso: abstracto, doctrinario, a-dialéctico... coadyuvó al intento, pues permitió una ideologización más rápida de los contenidos marxistas, transformándolos de un análisis de la compleja realidad capitalista en una doctrina monolítica de resistencia y de esperanza.

En esas condiciones nacerá el «marxismo»: primero, como concepción general del mundo y de la historia, segundo, como conjunto de principios generales teóricos y prácticos, que permiten explicar el mundo y el conocimiento, orientando la actividad práctica de la socialdemocracia. Tercero, como teoría de la historia y, por tanto, del desarrollo

---

<sup>47</sup> La frase, que ha hecho furor en la tradición marxista, fue recogida por Mehring, F., en su biografía de Marx, *op. cit.*, p. 542. Se encuentra también, recogida por Engels, en su carta a Bernstein de 2/3 de noviembre de 1882, *Corresp. E./Bernst.*, p. 154. En su respuesta a «los jóvenes», Engels critica claramente que en la prensa de la oposición se manifiesta un «marxismo consumido a toda marcha», contra el que el propio Marx hubiera protestado, «Antwort an die Redaktion», MEW, 22, p. 69 y cartas a P. Ernst, dirigente del grupo, MEW, 22, p. 84 y 37, p. 411. Carta a P. Lafargue, de 27 de agosto de 1890, según la cual «estos Sres. (los llamados jóvenes) lo transforman todo en marxismo», ídem, p. 450. Bernstein, que en esta época estaba en Londres y conocía bien el asunto, pone en guardia a Kautsky sobre los trabajos de P. Ernst y su «marxismo», *Corresp. K./Bernst.*, KDV, 130, 132...

necesario de las formaciones sociales. El interés por las relaciones entre naturaleza e historia, incluido el papel de la técnica, se conjuga con la atención prestada por el viejo Marx y el no tan viejo Engels a los problemas tecnológicos y a la incidencia del trabajo en las transformaciones sociales, dando lugar a lo que será típico del marxismo kautskyano, *La Concepción Materialista de la Historia* (1927).

El «marxismo» se convierte entonces en «ciencia del desarrollo social», «cuyo fundamento es el método» (método «dialéctico», si bien especialmente en su dimensión temporal) que se caracteriza por «la constante búsqueda de una concepción unitaria de la realidad».<sup>48</sup> A esa concepción se la llamará repetidamente «monismo materialista» y constituye lo esencial de la denominada dialéctica «materialista» a la que Kautsky y Bernstein se habían adherido ya en Zúrich. Solo en 1927 su autor, Kautsky, reconocerá que no responde tanto, o no responde solo, a las ideas de Marx y de Engels, sino a las suyas propias.<sup>49</sup>

### **La cooperación entre Engels y Kautsky (1885-1888)**

La lectura kautskyana de *El Capital* que data de estos años, fue hecha sobre el trasfondo del *Anti-Dühring*, de modo que en vez de seguir el a veces intrincado análisis económico de Marx, pretendió desde el principio poner de relieve sus presupuestos y resaltar las concepciones generales, que lo hacían inteligible. No se trataba de leer a Marx poniendo a prueba sus análisis, sino de explicarlos a un público al que se juzgaba no capaz de leerlos, dándolos por buenos. Resultado de la lectura fue el conocido manual divulgativo, *Las doctrinas económicas de Marx*, cuya pretensión era «aclarar y defender los conceptos generales, los principios generales que Marx había seguido para llegar a aquel descubrimiento», según reza en el prólogo (p. 153). El texto desprecia, en parte por desconocimiento, y en parte por incompreensión, el ingente trabajo de elaboración teórica y de lectura, análisis y crítica de la economía política de su tiempo, al que Marx se había visto obligado para poder escribir su obra. Y lo sustituye por una presentación pretendidamente inductiva de la teoría económica, pero en realidad presupuesta a ella.

<sup>48</sup> Salvadori, M., *op. cit.*, p. 219, p. 241.

<sup>49</sup> *Die materialistische Geschichtsauffassung*, Prólogo. A continuación, añade: «Esta obra es la quintaesencia del trabajo de mi vida. Presenta el modelo en el que me apoyé y con el que trabajé desde casi medio siglo», *ibidem*, *Corresp. E./K.*, p. 10.

Ante la falta en los círculos del partido de una lectura directa de *El Capital* de Marx, el libro de Kautsky, que debía ser una incitación a ella, fue recibido como un resumen acreditativo y fiel, abriéndose la vía del marxismo ortodoxo, o si se prefiere de la exégesis marxista. La llamada de atención de Kautsky al inicio del texto, en el sentido de que la suya no era una mera exposición doctrinal, sino que incluía también un «punto de vista subjetivo» y que tenía, por tanto, algo de interpretación, pasó totalmente desapercibida.<sup>50</sup>

A pesar de ser obra directa suya, al principio Kautsky la había planeado conjuntamente con Bernstein, al modo como ambos habían realizado poco antes la traducción de la *Miseria de la Filosofía*. Sin embargo, Bernstein, desbordado por sus tareas, se limitó a corregir los manuscritos que Kautsky le enviaba y a darle múltiples sugerencias. El hecho de que Engels también revisara el texto y le diera su aprobación definitiva, revalidó el carácter del libro como documento originario de la «escuela marxista».

Eso no impidió que Bernstein criticara la obra de su amigo a la que ya en este momento consideró «excesivamente doctrinaria», doctrinarismo que se derivaba de su «costumbre de presentar como absoluto algo que solo tiene validez relativa». El objetivo de «popularizar» a Marx adquiriría en su opinión caracteres de «despopularización», pues Marx ya había escrito todo lo popular que es posible hacerlo dada la temática tratada y, si se le simplifica, se le desvirtúa. En una carta posterior Bernstein amplía su crítica señalando que al desvirtuarlo se le «socialdemocratiza», pues en eso consiste el convertir su claro y preciso lenguaje económico en la «jerga alemanizada de la socialdemocracia». Pero ése fue ni más ni menos el mérito de Kautsky.<sup>51</sup>

<sup>50</sup> Al final del prólogo a la primera edición (1880), Kautsky señala que su obra no es una fotografía reducida del texto de Marx sino «un cuadro con colorido subjetivo». Aun así el libro fue tomado literalmente como obra de Marx hasta el punto de que según Steinberg, en algunas bibliotecas estaba colocado entre las obras de Marx y no de las de Kautsky, Berlín, Dietz, 1980, con prólogo de H. J. Steinberg, p. XV, XXI. En la correspondencia entre Bernstein y Kautsky se observa que Dietz, el editor del libro, temía que Miessner, editor de *El Capital* le pusiera una querrela por plagio, por lo que invitó a Kautsky a apartarse de una mera repetición del texto de Marx, que podía traerle problemas. Correspondencia entre Bernstein y Kautsky, esp. 20 de marzo de 1886, KDV 60.

<sup>51</sup> *Corresp. K./Bernst.*, 8 de enero de 1885, KDV 26, ídem, 22 de enero de 1886, KDV 54 e ídem, 225-286, KDV 63. El libro, publicado en 1887, se tradujo rápidamente a

En la obrita seguía muy de cerca el Tomo I de *El Capital*, pero introdujo algunas variaciones de gran interés para la tradición posterior. En primer lugar, ya en la presentación de «la mercancía», con la que Marx inicia su famosa obra, Kautsky reforzó la distinción entre «lo natural» y «lo social», como si la producción fuera anterior al mercado y solo el objetivo de intercambiar lo producido lo transformara en mercancía, añadiendo una especie de carácter secundario a su producción «natural» (dirigida al consumo).

Algo parecido ocurre con el intercambio, que es considerado opuesto al reparto, de modo que la eliminación de una pretendida producción natural y de un reparto no mediado por el cambio, serían los dos caracteres típicos del capitalismo, cuyo opuesto directo —el comunismo— permitiría recuperar formas «naturales» de producción y de consumo. Su admiración por el comunismo antiguo —originario— le permite afirmar que «en las sociedades antiguas, la producción estaba directamente socializada», algo que en cierta forma se trata de recuperar.<sup>52</sup> Pero en su exposición la secuencia comunismo originario-capitalismo-socialismo moderno, recuerda demasiado la triada hegeliana para que pueda ser un esquema genuinamente de Marx.

En último término, para Kautsky la producción lo sería siempre de valores de uso, que son o no intercambiados en la medida en que superan el consumo y constituyen un excedente, sin darse cuenta de que lo específico de la producción capitalista consiste precisamente en que los bienes no pueden ser usados si no son previamente intercambiados y producidos ya para ese intercambio, pues en principio nadie obtiene nada de lo que produce, ni si lo obtiene constituye la parte

---

varios idiomas (búlgaro, holandés, italiano, polaco, ruso, sueco, serbo-croata, checo y posteriormente inglés y japonés) fortaleciendo la fama de su autor como primer teórico marxista. Blumenberg, W., *Kautskys literarisches Werk. Eine bibliographische Untersuchung*, Gravenhage, 1960, p. 39; Steinberg, H. J., *op. cit.*, p. XIV. En un artículo posterior en la *Neue Zeit*, Kautsky reconocía la dificultad de popularizar a Marx, lo que sin embargo no le hizo desistir del empeño. «Das Elend der Philosophie und das Kapital», *Neue Zeit*, año IV, p. 19. En carta a Bebel, Engels habla también en algún momento del problema de la popularización de las teorías científicas, refiriéndose al *Anti-Dühring*, «el cual está escrito lo más popularmente posible, pero aun así no es un libro para trabajadores», *Corresp. E./B.*, p. 631.

<sup>52</sup> Kautsky, K., *Karl Marx' Ökonomische Lehren*, Bonn, Dietz, 1980, 26ª reedición de la de 1922, pp. 13, 251.

fundamental de su consumo. Los cambios en la estructura productiva, resultado de un sistema económico dominado por el intercambio, quedan así ocultos por la cuestión del paso de una economía de pretendidos productores autónomos que intercambian sus productos –producción simple de mercancías– a una economía socializada, pero sin que el modo específico de la socialización –consumo a través y solo a través del cambio (mercado) justamente como espacio de inserción del capital– sea en ningún caso manifiesta.

Kautsky acepta así el análisis clásico de la división entre el carácter natural y social del trabajo, que identifica con la teoría marxiana del doble carácter del trabajo, como creador de valores de uso y de valor de cambio, cuando para Marx de lo que se trata no es solo de que unos individuos trabajen para otros y de que esta interdependencia esté representada (= «reproducida simbólicamente») en la forma del valor, sino que es esta misma interdependencia la que se actualiza en el valor de la mercancía en cuanto mercancía, es decir en su carácter de bien que solo admite la compraventa como forma de apropiación y solo admite «la producción para la venta» como forma de producción. La representación del carácter social del trabajo, a través de cualquier otra instancia simbólica, el Estado, por ejemplo, es claro que no podría eliminar su alienación y que replantearía el mismo problema, si bien no a nivel económico sino político, ya que el fetichismo de las mercancías no es un problema de conciencia –y en esto insiste Marx repetidamente– cuanto de estructuras productivas que lo actualicen.

Al sustituir el análisis del espesor socioeconómico propio de las sociedades que producen en condiciones de propiedad privada de medios de producción –o sea de mercado–<sup>53</sup> por la presentación de una evolución desde una sociedad que vende los excedentes –trueque o intercambio simple– a la venta previa de todo lo consumible, el problema de las diferencias estructurales entre las diversas formas productivas queda subsumido en la presentación de un proceso evolutivo general, en que

---

<sup>53</sup> En mi opinión Engels fue consciente de este tema en los últimos 10 años de su vida (1885-1895) en los que tuvo que reelaborar los manuscritos de Marx y se dio cuenta de lo que éste durante 20 años se había guardado. Quizá por eso su insistencia en terminar la publicación, pues de lo contrario «los textos de Marx serán un libro cerrado con 7 llaves, en los que cada cual imaginará mucho más de lo que podría leer», carta a C. Schmidt, 12 de abril de 1890, MEW, 37, p. 383.

unas suceden a otras en virtud del aumento de la productividad y, por tanto, de la existencia de excedentes cada vez mayores, que hacen que la producción para el consumo ocupe un lugar comparativamente menor. Pero este factor, que en la evolución global de las sociedades consideradas como un todo pudiera quizá tener su lugar, oscurece la especificidad del trabajo –y del trabajador– asalariado.

De ese modo podría decirse que Kautsky «subjetiviza», socialdemocratiza, la teoría económica de Marx, interpretando la dinámica económica como resultado de intenciones subjetivas. Cuando define la mercancía como «un producto del trabajo para ser intercambiado» o lee el famoso pasaje de *El Capital* sobre que «el intercambio exuda dinero», en el sentido de que ese intercambio solo es comprensible desde su objetivo, el de aumentar la cantidad inicial, como si fueran las personas, en este caso, los capitalistas, las que dirigen el proceso general de la producción y no la dinámica de ésta la que se personifique en aquéllos, inicia una tergiversación cuyo resultado es la pérdida de la dimensión material-objetiva de todo proceso, fenómeno que políticamente se traduce en impotencia. Que la impotencia teórica se sumara a la política, se dio por añadidura.

Por contra, Kautsky hace una bonita presentación de los capítulos históricos, insistiendo, quizá incluso en demasía, en las diferencias entre un capitalismo emergente, cuya legislación fabril es fundamentalmente represiva (leyes de alargamiento de la jornada, introducción de medidas disciplinarias de trabajo, etc.) y un capitalismo socialmente hegemónico «que no necesita de las leyes represivas para obligar a los trabajadores al sobretrabajo» (p. 110). En este último el automatismo del sistema productivo sería capaz de garantizar las cuotas de trabajo necesario para mantenerse en vigor, solidificando la apariencia de mecanismo autónomo del sistema.

Esta historización, formalmente dialéctica, da paso en las últimas páginas del libro a una presentación *sui generis* de la «historia del desarrollo de la humanidad desde sus orígenes», que en opinión de Kautsky constituye el auténtico material de base de la elaboración teórica de Marx. Ello le da pie para presentar una versión idealizada del socialismo, que permitirá «una especie humana desarrollada armónicamente, contenta de la vida y apta para el placer, señora de la tierra y de las

fuerzas naturales, que abarcará a todos los miembros de la sociedad en una igualdad fraternal». El libro termina con el famoso párrafo de Engels sobre el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad.

Ahora bien, tanto su teorización sobre la historia, como el enfoque de los temas económicos y con ello, la lectura y la divulgación de Marx, parten de concepciones económicas corrientes en el socialismo de la época, superpuestas a una lectura más detallista que sinóptica de los textos marxianos. Muchas de sus tesis, como por ejemplo la de que la producción en las sociedades antiguas habría sido «natural», mientras que en la moderna sería «monetaria», se encuentra ya en artículos de años anteriores, derivándose de ella la crítica moralista del capitalismo tan en boga en la época.

Por otra parte, tanto en éste como en otros trabajos, Kautsky maneja un concepto de trabajo socialmente productivo, al que define como aquél que aumenta las capacidades productivas y la riqueza en una perspectiva social. Su exponente es la capacidad productiva que se condensa en los instrumentos de trabajo, entendidos como sinónimo de capital, de modo que solo porque están concentrados en manos privadas romperían la relación natural entre trabajo e instrumentos productivos, que se habría dado en otras épocas. A su vez la dominación técnico-organizativa del complejo productivo en su carácter técnico se interpretaría sin mayor análisis como craso despotismo político.<sup>54</sup>

De ahí el carácter en cierta forma redentor del socialismo kautskyano, demasiado cercano de las aspiraciones del momento: «*la cuestión social* ha surgido por la separación entre el instrumento de producción y el trabajo», que vehicula la explotación económica. Con una conclusión que un Kautsky riguroso conocedor de la obra de Marx difícilmente podría aceptar: «La socialdemocracia quiere un sano movimiento del capital... a cargo del Estado».

Aunque en los años que permaneció en Londres, el contacto entre Kautsky y Engels fue muy intenso y la relación muy estrecha, eso no

---

<sup>54</sup> En la correspondencia Engels discute esta tesis, de nuevo presente en la polémica con Rodbertus, señalando que en todo sistema productivo con división espontánea del trabajo, los medios de producción dominan al productor, pues «la división del trabajo es directamente dominio del medio de trabajo sobre el trabajador, aunque no sea en el sentido capitalista», carta de 26 de junio de 1884, *Corresp. E./K.*, p. 127.

significa que éste aprobara todos y cada uno de los pasos dados por su discípulo, cuyo afán de polémica solía criticar con dureza. A Engels le desagradaban el tono y la forma de sus réplicas periodísticas y sus simplificaciones. Con todo y con eso, los años que van de 1885 a 1888 suponen el momento de mayor colaboración entre ambos, como lo demuestra el pequeño artículo «Socialismo de Juristas» (Juristen-Sozialismus), aparecido en la Revista en 1887 y firmado por los dos.<sup>55</sup> Lo más notable de ese pequeño trabajo es que en él, Engels/Kautsky ponen de relieve la incapacidad de la concepción teológica –propia de la Edad Media– y de la jurídica –típica de la burguesía– para abordar los problemas de la emancipación obrera, ya que ambas se limitan a tematizar relaciones sociales que, o bien parten de un centro de poder situado fuera de la sociedad y presunto representante suyo, o suponen que las relaciones sociales siguen y solo pueden seguir el modelo del intercambio de mercancías entre sujetos independientes, cuyas incompatibilidades son resueltas por un organismo superior.

Marx habría ayudado a resolver este problema con su concepción materialista de la historia, una concepción de carácter negativo resumible en la tesis de que «a la falta de propiedad de los trabajadores solo podía corresponder en sus mentes la falta de ilusiones».<sup>56</sup> Pero la dificultad para derivar de ahí un programa político alternativo es manifiesta y tiene que ver con el especial papel histórico de las «ilusiones» jurídico-políticas.

El trabajo prosigue, en su segunda parte, con la crítica del llamado «socialismo jurídico» y sus tres axiomas principales: derecho al producto íntegro del trabajo, derecho a la existencia y derecho al trabajo, ninguno de los cuales podría ser objeto de una concepción materialista, que no trata de derechos sino de posibilidades reales. En consecuencia ambos autores rechazan la tarea de construir un «sistema jurídico socialista», lo

---

<sup>55</sup> El artículo es una respuesta al libro de Menger, *Das Recht auf den vollen Arbeitsertrag in geschichtlicher Darstellung*, aparecido recientemente y que había tenido mucho éxito. En el texto se ofrecía una reelaboración de las ideas socialistas desde la perspectiva de una reforma pacífica. Schöttler, P., «Engels y Kautsky críticos del socialismo de los juristas», en *Affermazione...*, *op. cit.*, pp. 130 y ss.

<sup>56</sup> MEW, 21, p. 494. La formulación de Engels/Kautsky es también en este caso fundamentalmente negativa: «Todas las representaciones jurídicas, políticas, filosóficas, religiosas, humanas, derivan en última instancia, de sus condiciones económicas de vida, de su modo de producir y de cambiar los productos», ídem.



cual no significa que se abstengan de plantear exigencias jurídicas, ya que éstas no forman parte de una filosofía jurídica global sino de una estrategia política. «Sin exigencias jurídicas un partido socialista activo es imposible, igual que lo es cualquier partido político. Las exigencias derivadas de los intereses comunes de una clase solo pueden realizarse en la medida que esta clase toma el poder político y da validez general a sus exigencias en la forma de las leyes. Toda clase en lucha debe formular, por tanto, sus exigencias bajo la figura de *exigencias jurídicas* contenidas en un programa». Pero esas exigencias programáticas tienen poco que ver con una determinada «filosofía del Derecho» y mucho más con la plasmación de objetivos estratégicos de un movimiento socio-político. Que ésta era la idea de Engels me parece bastante claro, que lo fuera también de Kautsky resulta cuando menos problemático.

### **Trabajos de historia del socialismo**

Aparte del manual de divulgación económica y del artículo escrito en colaboración con Engels, la obra original de Kautsky abarca solo en esos años un sinnúmero de artículos que escribió para su revista, *La Nueva Época*, reseñas y divulgaciones de la obra de Marx y Engels —en especial la reseña de la obra de Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*— y el intento de utilizar el método marxista en sus propias investigaciones históricas, plasmado en obras muy conocidas como *Tomás Moro y su utopía* (1888), *Las luchas de clase en la época de la Revolución francesa* (1889), y finalmente la obra que cierra la etapa *El programa de Erfurt* (1892). Además, Kautsky llevó a cabo un considerable esfuerzo de historiografía del socialismo, presente en la recopilación titulada *Los precursores del moderno socialismo* (1895) que construye la historia ideal del nuevo movimiento, forzando hasta lo increíble la integración de los llamados «precursores» en el decurso histórico de las nuevas ideas. Pero es interesante que mientras Kautsky rehabilita a Tomás Moro, a Münzer... o a otros «utopistas» antiguos, elimine de la Biblioteca Socialista para la que están escritos estos trabajos, nombres que hasta ese momento habían estado muy unidos al movimiento alemán, tales como Rodbertus, Lassalle o Lange.<sup>57</sup>

<sup>57</sup> El proyecto en el que Kautsky empezó a trabajar a principios de los noventa y que consumió gran parte de sus esfuerzos recogía una vieja idea de Engels (y de Marx) para

Desde el punto de vista teórico la adquisición más importante del periodo es la profunda separación que Kautsky va a establecer, siguiendo a Engels, entre socialismo utópico y socialismo científico. Por una parte, el socialismo moderno o científico se diferencia del antiguo o utópico por tener carácter político, es decir porque la cuestión de la política se ha convertido en una «cuestión vital», y el socialismo, por su unión con el movimiento obrero, ha pasado a ser un «poder político».

Por otra, ateniéndose a una indicación de Marx en la *Miseria de la Filosofía* sitúa ese socialismo moderno en línea de continuidad con el antiguo, explicando que precisamente si los primeros socialistas eran utópicos fue «porque encontraron el material humano con el que había que construir la comunidad demasiado poco desarrollado, más hundido de lo que hubieran esperado y por eso tenían que emanciparse por sí mismos». <sup>58</sup> A falta de un movimiento obrero que fuera el soporte de esa tarea de emancipación, el objetivo socialista aparecía como una fantasía

---

escribir una historia, quizá una antología de textos, de los socialistas de los años cuarenta. Bebel acarició durante algún tiempo esta misma idea a finales de los años ochenta. Kautsky intentó desde el principio sumar a Bernstein al proyecto, pero éste no quería figurar como corredactor. En su correspondencia manifiesta además una concepción algo distinta en cuanto que «cada época, cada movimiento obrero o movimiento de lucha tiene utopistas y a menudo el aspecto cronológico y el temático no se unen», carta a Kautsky, de 14 de enero de 1894, KD 274. Engels, que no había sido invitado a participar en el proyecto, manifestó su malestar en la última carta escrita a Kautsky, poco antes de su muerte, *Corresp. E./K.*, pp. 431 y ss. En su correspondencia con Bernstein, éste acusa recibo de esta carta, 29 de mayo de 1895, KC 108; cartas de Bernstein a Kautsky, KD 267, 272; y *Corresp. E./Bernst.*, pp. 337 y ss. En el IISG, *Bebel Nachlass* se conservan las notas tomadas por Bebel en su estudio de las corrientes socialistas de los años cuarenta, que se centran en las figuras de Weitling, Grün, M. Hess, etc., ligándolos a los acontecimientos de la revolución de 1848 y a los problemas de organización socialista/comunista de la sociedad. En carta a Bebel, Kautsky afirma: «En mi opinión a Rodbertus no hay que incorporarlo a la lista de los socialistas; Lassalle en cuanto teórico socialista no era original... y tampoco Lange me parece que pueda exigir un lugar entre los clásicos del socialismo», *Corresp. B./K.*, p. 59.

<sup>58</sup> *Thomas Moro und seine Utopie*, Stuttgart, 1890, p. 135. En la *Miseria de la Filosofía* se lee: «Mientras el proletariado no esté aún lo suficientemente desarrollado para constituirse como clase; mientras, por consiguiente, la lucha misma del proletariado contra la burguesía no revista todavía carácter político, y mientras las fuerzas productivas no se hayan desarrollado en el seno de la propia burguesía hasta el grado de dejar entrever las condiciones materiales necesarias para la emancipación del proletariado y para la edificación de una sociedad nueva, estos teóricos son solo utopistas que, para mitigar las penurias de las clases oprimidas, improvisan sistemas y andan entregados a la búsqueda de una ciencia regeneradora», p. 143.

calenturienta, como un sueño imposible que hacía de sus defensores auténticos idealistas. Por el contrario, la tematización del socialismo moderno, al basarse en el desarrollo de la clase obrera y de la industria maquinizada, permite recuperarlos como auténticos precursores en la larga cadena de la historia. En puridad el socialismo moderno, en cuanto comunismo del trabajo, no está tan alejado del sistema productivo de los habitantes de la isla de Moro, siendo solo su carácter utópico el que ha sido superado por la historia.

En sus obras de análisis como *Tomás Moro* y *Las luchas de clase en la época de la Revolución francesa*, Kautsky utiliza la nueva concepción de la historia con resultados novedosos. En la primera reivindica para el socialismo la figura de Moro, al que a pesar de su catolicismo y de sus posturas oficialistas califica como «nuestro socialista» y como «el primer comunista». En línea con esa valoración señala que sus ideas se nutrían del conocimiento de un «comunismo originario» de carácter rural, todavía existente en su época, aunque estuviera recubierto por el feudalismo y se encontrara amenazado por el capitalismo naciente. No faltaba tampoco en Moro la dimensión ética, esa «compasión por los pobres» que si bien no es suficiente para hacer a alguien socialista, es cuando menos necesaria, especialmente en el caso de que ese alguien no sea proletario.

Pero ese socialismo era utópico por faltarle las condiciones para su realización. Utopía significa «sueño impracticable», simple idea o dibujo del futuro, imposible de realizar, que, precisamente porque es imposible, tiene que recurrir a un modo también utópico de introducir el cambio: un príncipe (*Utopos*) que conquistará el reino e implantará el nuevo sistema. La tragedia de Moro fue que vio la miseria de su época y quiso eliminarla, pero el único modo al que podía apelar sabía que era insuficiente.

«Solo desde la segunda mitad de nuestro siglo —prosigue el autor— los objetivos del socialismo aparecen claramente como un fenómeno histórico, por lo que es posible separar, en los inicios del movimiento socialista, lo esencial de lo inesencial, lo perdurable de lo coyuntural», «aquellas fantasías resultan ser así ideales todavía no rebasados, que la humanidad se esfuerza por conseguir».<sup>59</sup>

<sup>59</sup> *Op. cit.*, pp. 110, 125, 215, 217, 264, 340... A Bernstein el libro le gustó y le pareció una muy buena presentación de la evolución histórica de la época, muy superior a lo

En el otro texto, *Las luchas de clase en la época de la Revolución francesa* escrito poco después, Kautsky reclama para el marxismo otra tradición de gran importancia, la herencia de la Revolución francesa, a la que toma como modelo de la futura revolución social. Y sin embargo es interesante destacar que en este texto, que apareció como ejemplo de «marxismo real» frente a las simplificaciones de un «marxismo vulgar», que se limitaba a la simple afirmación de que «el desarrollo social es un producto de la lucha de clases»,<sup>60</sup> el autor da un giro totalmente idealista, siendo ese vuelco el que justificará la primacía de los intelectuales:

Los hombres de la intelectualidad burguesa, movidos por intereses no personales ni momentáneos, sino actuando sobre la base de una comprensión profunda de los conjuntos sociales, obtenida a través de un trabajo teórico a lo largo de años, no aparecían como representantes de intereses materiales sino de meros principios, de ideas puras, parecían ser «doctrinarios» frente a los «prácticos» capitalistas que, orgullosos de su ignorancia, solo querían utilizar el Estado para sus particulares empeños (p. 47).

En el momento en que el sistema feudal se vino abajo «como un castillo de naipes», esa intelectualidad burguesa fue la que vio la «necesidad de la época», que no era otra que eliminar las trabas feudales y los privilegios, convirtiéndose así en «la única clase que era capaz de gobernar», aun cuando sus teorías y sus objetivos no fueran otra cosa que «los propios intereses de clase de la burguesía» o, mejor dicho, «las necesidades del desarrollo mismo», ignorados o descuidados por la burguesía misma. Este reforzamiento de la identidad entre teoría y realidad, digna cuando menos de Hegel, en la que por teoría se entiende la expresión de los intereses auténticos, y por realidad el juego complejo de los intereses privados, podría provocar el espejismo de que fueron los intelectuales los que hicieron la revolución. Cuando no fue así, los

---

habitual, «exceptuando naturalmente a Marx y a Engels», cartas del 6 y del 26 de agosto de 1887, KDV 85-86.

<sup>60</sup> «Precisamente en la época en que apareció el presente escrito se preparaba una revuelta de una parte de los marxistas vulgares contra el marxismo —la revuelta de «los jóvenes» en Alemania, de Domela Nieuwenhuis y Cornelissen en Holanda— a los que les parecía necesario defender la doctrina de la lucha de clases, incluso contra Engels, que no había entendido suficientemente a Marx», *Die Klassengegensätze im Zeitalter der französischen Revolution*, p. 5.

intelectuales solo dieron expresión a lo hecho por el pueblo; Hegel redi-vivo, los intelectuales burgueses y el pueblo representarían los intereses auténticos frente a la burguesía empírica.

No creo que sea exagerado pensar que en opinión de Kautsky los intelectuales socialistas y en especial los marxistas deban cumplir una función semejante en la revolución que se avecina y que el «marxismo real», o materialismo histórico, esa teoría global de la evolución social que la contempla desde la perspectiva de la generalidad, es para él la única que puede ofrecer el canon adecuado con el que descubrir la fuerza motriz de la dinámica histórica y dirigirla. No en vano Kautsky la definirá en *La Concepción Materialista de la Historia* (1927), obra que es un resumen de su propia vida intelectual como «la ciencia del desarrollo general de la sociedad», la única capaz de identificar las tareas históricas.

Por lo demás, los dos textos ofrecen una reconstrucción histórica de sus épocas respectivas –el periodo del humanismo y la reforma y los años de la revolución– que pasaron a contar entre los clásicos del materialismo histórico, ejemplificando una de sus tesis centrales: el hecho de que determinados sectores, estamentos o clases sociales devienen superfluos y se convierten, de ese modo, en vehículos de explotación, sin función alguna productiva en el conjunto social al que están adheridos. La eliminación de los privilegios de esas clases o sectores y, en último término, de ellos mismos, sería tarea fundamental de toda revolución.



La policía disuelve una reunión de socialistas en Leipzig, 1881.  
En la foto, entre otros: Wilhelm Liebknecht (de pie, segundo desde  
la izquierda), August Bebel (sentado frente a Liebknecht), Wilhelm  
Hasenclever (sentado a la mesa, segundo desde la derecha).



Tercera parte

## El socialismo inevitable de la ortodoxia marxista

Hacia finales de siglo la socialdemocracia alemana se fue convirtiendo en un partido cada vez más poderoso, toda vez que había sido eliminado el estado de excepción y desaparecido Bismarck de la escena política. Atrás quedaban los años del movimiento espontáneo de masas que habían acompañado el proceso de unificación. La revolución por arriba y la depresión económica con la secuela de desventuras sociales y de represión política habían acabado con él. Y sin embargo era fácil ver en la joven socialdemocracia su heredero legítimo.

También quedaban atrás las enrevesadas disquisiciones sobre los modos más adecuados de resolver la cuestión social, sobre la mitificación del trabajo como fundamento del socialismo y sobre la viabilidad de las discutidas cooperativas de producción. Tampoco estaba ya al orden del día la controversia con el anarquismo, cuya influencia se dejaba sentir todavía en la Europa del Sur, pero no así en los países del centro de habla alemana.

Quedaba por definir claramente qué se entendía por socialismo y qué por marxismo, aunque por fin algunos elementos básicos parecían fuera de duda. La socialdemocracia se orientaba cada vez más a concebir el socialismo como un tipo de economía social centralizada y gestionada desde el Estado, aunque solo fuera como etapa transitoria hacia una sociedad de otro tipo. El tema de la abolición del Estado quedaba en el horizonte, aunque su importancia fuera cada vez menor pues no era fácil compaginarla con la tesis de la economía controlada por el Estado como único detentador de los medios de producción.



Las viejas tesis sobre la identidad entre sociedad y Estado habían quedado arrumbadas, pero era posible pensar que tras una revolución socialista que, al eliminar la propiedad privada de los medios de producción impusiera la posesión colectiva, el Estado no tuviera otros fines que servir a los intereses de la comunidad. Dos elementos doctrinales coadyuvaban a esa tesis: en primer lugar, si se suponía que el Estado servía a los intereses privados en contra de los colectivos, se debía precisamente a la existencia de la propiedad privada; pero desaparecida ésta, el Estado no sobreviviría como mecanismo aparte o en cualquier caso tendría que estar sometido por definición al poder y a la voluntad de los colectivos de productores asociados. Pues tampoco era pensable que los trabajadores tuvieran interés alguno en explotarse a sí mismos por el mero placer de arruinarse la vida.

Pero en segundo lugar y una vez puesto el Estado al servicio de los intereses colectivos, de ser gestionado éste por los socialdemócratas a los que se suponía los representantes más honestos y conscientes, no sería posible volver a la situación anterior. Fuera pues como fuese, el acceso al poder de los socialdemócratas permitiría transformar la maquinaria del Estado de tal forma que bien podría significar el inicio de la famosa revolución social.

Había por ende un tercer elemento. Los teóricos socialdemócratas, en especial Kautsky, advirtieron con regocijo la tendencia a una cada vez mayor socialización de los procesos productivos, no solo en cuanto a una mayor concentración del capital con la desaparición de las pequeñas empresas familiares y la creación de grandes corporaciones, sino también a la gran expansión de la masa de asalariados. En consecuencia si la desaparición de la pequeña empresa privada –propiedad de un capitalista individual– era un hecho, y si lo era también el aumento de los trabajadores por cuenta ajena, quizá se estaba asistiendo al inicio de aquel periodo que Lassalle bautizara como el *dominio del trabajo*. A la gestión no explotadora sino racional del trabajo desempeñado en condiciones asalariadas se le denominó socialismo. Al decir de los socialdemócratas su hora se acercaba inexorablemente.

De ahí la tesis aparentemente estrambótica de *la necesidad del socialismo o de su inevitabilidad*. Aunque el argumento era impecable: si por socialismo se entendiera solamente un tipo de sociedad mejor, más

justa, más equitativa o más solidaria, qué duda cabe que dependería de las preferencias de cada cual, y por muy racionalista que uno sea, no hay razón alguna para pensar que una sociedad así no sea preferible a una sociedad injusta y rapaz. Pensar el socialismo en estos términos implicaba seguirlo pensando de un modo ético y a fin de cuentas utópico.

Por el contrario, si se supone que el capitalismo es un sistema socioeconómico que permite la apropiación privada del trabajo colectivo –*socializado*– dada la propiedad privada de los medios de producción, es relativamente fácil deducir de ahí que la socialización del trabajo será incompatible en algún momento con la pervivencia de la apropiación privada de los bienes de capital. Posiblemente solo una mente muy perversa podía haber previsto el funcionamiento de una sociedad tan enloquecida para que en ella los trabajadores individualizados por la competencia pugnen entre ellos por explotar al máximo a sus compañeros y a sí mismos, so pena de ser marginados del mercado de trabajo. Sin duda una mente así no era la de Kautsky.

Por consiguiente, era más fácil suponer que en algún momento esos trabajadores, habituados a trabajar de forma asociada y con una larga experiencia de cooperación sociopolítica, impondrían el giro necesario a una trayectoria que en algún momento de la historia se había tergiversado, permitiendo olvidar el carácter social del trabajo en beneficio de la individualidad del propietario. Resultado histórico nefasto de aquella tergiversación, el capitalismo sería eliminado por los productores asociados cuya acción política respondería así a las exigencias de la dinámica histórica. El socialismo así concebido era una necesidad histórica y en consecuencia era inevitable.



—>> Haussuchung. <<—

Registro en la casa de un trabajador revolucionario.  
«Haussuchung», *Der Wahre Jacob*, núm. 232, 1895.

## Capítulo 9

# La interminable polémica con el «socialismo conservador»

### **La contribución de *La Nueva Época* (*Die Neue Zeit*)**

El marxismo socialdemócrata tuvo en la revista *La Nueva Época*, ideada y dirigida por Kautsky desde 1883, un órgano de difusión internacional de primer orden, siendo esta publicación su más decisiva contribución al surgimiento del marxismo. *La Nueva Época* pervivió hasta 1923, aunque Kautsky fue destituido como director en 1917.

La nueva revista presentaba ciertas semejanzas con publicaciones anteriores, con las que compartía el interés por las ciencias sociales y por los temas del socialismo en general, pero se diferenciaba no solo por su alejamiento de todo utopismo y de todo reformismo, sino por su empeño divulgador. Tratándose de una revista literaria abordaba también temas culturales, incluidos arte, literatura, ciencia, etc.; solo las cuestiones concretas de política cotidiana quedaban al margen del proyecto. Al menos en el plan inicial su objetivo no era «rumiar a Marx», sino incidir en los debates teóricos y culturales desde una posición antirreformista que ya solo por eso se denominaba «marxista», aunque posteriormente irá consolidándose como órgano del marxismo.

Aunque Kautsky llevara cierto tiempo intentando dar cuerpo a su idea de una revista teórica, su salida precipitada se debió a la sospecha de que la fracción parlamentaria estaba ultimando los preparativos para una publicación proclive a alguna forma de posibilismo. Pero la organización no podría mantener dos revistas teóricas, de modo que la primera en salir, sería la que sobreviviera.<sup>1</sup> Junto a Kautsky estaba también

---

<sup>1</sup> En la reunión de Salzburgo, en el otoño de 1882, Kautsky, con ayuda de Bebel, se aseguró la dirección de la revista, si bien por el momento quedaba bajo la supervisión

implicado en el proyecto su amigo Heinrich Braun, que colaboró financieramente en medida no despreciable. Posteriormente se retiró de ella, por considerarla poco científica y excesivamente polémica.<sup>2</sup>

En las prolijas discusiones previas la línea teórica de la nueva publicación no había quedado totalmente establecida, situándose a medio camino entre las antiguas fórmulas retóricas de defensa del republicanismo social, y la nueva atención al discurso de las ciencias sociales. Quizá por ello el editorial del primer número, bajo el título «A nuestros lectores», incluye muchos de los tópicos del viejo radicalismo alemán, tan propio de Liebknecht, entre otros la referencia a Fichte y el llamamiento al «pueblo». Pero sí se dice inequívocamente que el objetivo de la revista es contribuir a la constitución de una nueva conciencia social, tarea que se esboza en un marco de ilustración popular concebida al viejo estilo ilustrado como patrimonio de la humanidad, tarea del sano sentido común y del uso de la propia razón. Y se anuncia una postura fuertemente crítica al sistema capitalista e industrial. Este posicionamiento se ampliaba con la defensa de los aspectos más progresivos de la ciencia o si se prefiere de la contribución del saber a la emancipación política, según la tesis de que hay una convergencia profunda entre el progreso cultural o científico y los intereses obreros.<sup>3</sup>

El decreto antisocialista impedía un tratamiento concreto de los temas políticos, que propiamente quedaban al margen del proyecto, pero dado que la revista era una «publicación legal», los objetivos de la socialdemocracia podían ser tratados como problemas teóricos, por encima de la polémica política inmediata. Ese teoreticismo que, a la larga será un aspecto negativo del marxismo, era en este momento una de las garantías de su supervivencia.<sup>4</sup>

---

teórica de Liebknecht, que era corredactor y al que se debe el texto programático. Cartas a Engels, 1 de octubre de 1882 y 11 de noviembre de 1882, *Corresp. E./K.*, pp. 64 y 66.

<sup>2</sup> Según Gilcher-Holtey, I., la participación de Heinrich Braun habría sido más de lo que el propio Kautsky reconoció posteriormente y la iniciativa habría de surgir del grupo del café Griensteidl al que pertenecía también el compositor Gustav Mahler y Victor Adler, grupo que Kautsky frecuentó en Viena durante su estancia, p. 31. Sobre el relato de este asunto por el propio Kautsky, «Heinrich Braun» en *Die Gesellschaft*, 1933, T. 1, pp. 155-172.

<sup>3</sup> «Los intereses del sector obrero coinciden con los de la cultura y el progreso», *Neue Zeit*, Año 1, p. 335.

<sup>4</sup> Según Ragionieri, «el proyecto nacía dando al socialismo la amplitud de una concepción del mundo capaz de tratamientos de amplia perspectiva, que permiten recuperar

A pesar de las expectativas suscitadas, los primeros números no colmaron todas las esperanzas. Se percibía claramente que había un notable déficit teórico. Al decir de Engels, el contenido del primer año no respondía a lo que debería ser un órgano de prensa marxista y a «mitad de 1884 no consideraba ninguna desgracia... que la revista desapareciera»; dada la represión existente en Alemania y tratándose de una revista «cultural», era natural que los números se llenaran de ensayos literarios, más o menos socializantes, pero poco definidos. En suma, una literatura de buenas intenciones, pero de escaso nivel.<sup>5</sup>

Sin duda Engels exageraba, pues la acogida había sido francamente buena. Desde Zúrich, Bernstein informaba que «en Suiza había sido muy bien recibida». En carta a Engels, Bebel se explayaba sobre el gran número de ejemplares vendidos 5000 o 6000 en las primeras semanas y el propio Kautsky confirmó a Engels el buen éxito de venta, aunque redujera la tirada (2200). Los lectores, según se deduce de las cartas al director, estaban interesados en la línea de la publicación y solicitaban más y mejores artículos sobre Darwin, sobre cuestiones de ciencias naturales, etc. La aparición de la publicación podía pues considerarse un éxito.

Un análisis de conjunto de los primeros números permite constatar que la crítica al sistema capitalista es muy fuerte, aunque no se den alternativas claras. Los artículos giran en torno a tres temas centrales, que van a ser característicos del marxismo socialdemócrata. Primero, cuestiones relacionadas con la naturaleza, las ciencias naturales y el darwinismo, incluida la figura de Darwin. Segundo, temas relativos a la interpretación del movimiento de 1848 y tercero, inicio de la crítica al llamado «socialismo de Estado» o «socialismo reaccionario».

La defensa de las ciencias naturales, en especial de la obra de Darwin, se explica por su importancia para una concepción antirreligiosa del mundo. Para muchos socialdemócratas la función ideológica de la ciencia en cuanto discurso antirreligioso iba ligada a una consideración positivista del propio discurso científico, que lo reducía a lo que «hacen los científicos». Se destacaba el carácter implícitamente «ateo»

---

en un horizonte más amplio cuanto era inmediatamente prohibido en el plano de la propaganda política», *Il marxismo...*, *op. cit.*, p. 59.

<sup>5</sup> *Corresp. E./K.*, carta de 1 de julio de 1884, p. 137. B. Rieck, *Die Gründung...*, *op. cit.*, p. 290.

de la ciencia, cuyo ejercicio hace saltar por los aires cualquier creencia no demostrable o, cuando menos, permite ponerla entre paréntesis.<sup>6</sup> Razón por la cual la ciencia o, mejor, el discurso científico atenta directamente contra la legitimidad de todo discurso religioso.

La revista defendía en ese campo una actitud científicista, impregnada de confianza en la ciencia y en el progreso de la misma, y superpuesta a una convicción antirreligiosa clara, que enlazaba con determinados caracteres de la Ilustración y con la orientación atea general de la socialdemocracia. Incluía artículos de divulgación científica, escritos por autores como Büchner, Dietzgen, u otros, aparte de algún que otro ditirambo del propio Kautsky. Véase el siguiente a modo de ejemplo: «El espíritu investigador humano no ha celebrado nunca tantos triunfos como en nuestro siglo. Son estas asombrosas conquistas de la ciencia moderna las que enardecen a aquéllos que, en la miseria general, luchan por el progreso y templan sus ánimos, llenándolos con un sentimiento de triunfo. El espíritu humano que es capaz de descifrar la historia largos siglos oculta y arrancar a la naturaleza un enigma tras otro, estará también en situación de prescribir sus leyes al futuro, de descifrar su enigma» («Die Eiszeit», Año I, p. 282).

El segundo núcleo teórico de importancia es la discusión sobre la revolución de 1848, de la que ofrece una interpretación divergente de la interpretación oficial. Es en ese marco donde aparece la referencia al marxismo como «otra manera de entender la historia», cuya especificidad queda en la sombra. Pues parece más importante incidir en la crítica a la historiografía oficial y meter baza en las polémicas teórico-políticas entre historiadores conservadores como von Treitschke, e historiadores liberales. Pero en conjunto puede decirse que el «marxismo» en cuanto cuerpo doctrinal tiene todavía muy poca relevancia y que las referencias al propio Marx son escasas.

<sup>6</sup> «Ch. R. Darwin», *Die Neue Zeit*, Año I, 1883, pp. 105 y ss., artículo de Dodel-Port que Kautsky valora muy positivamente, *op. cit.*, p. 76. En un artículo en *Der Sozialist* de años anteriores Kautsky ya había reivindicado el papel de la ciencia contra la religión (núm. 14) y en mi opinión ésta es la función de la lectura de Darwin en la evolución de su pensamiento, tal como él mismo la presenta en sus *Memorias*. Gilcher-Holtey, I., *Das Mandat...*, pp. 15 y ss. Panaccione, A., *Kautsky*, pp. 15 y ss. En las *noticias* se cuenta que en una visita Darwin habría dicho que en su madurez había tenido que abandonar sus creencias religiosas «porque no se pueden probar», Año I, p. 56. Igualmente Año II, pp. 285-286, en que se aprovecha para criticar la indebida extensión del término «darwinista» a pensadores que no tienen nada que ver con ello, como Schopenhauer.

Tratándose del año de su muerte no podía faltar al menos una breve mención necrológica. En ella Marx es presentado como un tratadista de la economía en clave histórica, ya que a él se debe el descubrimiento del principio de desarrollo social: «Marx ha introducido la historia en la economía política y a ésta en la historia...; ha basado la concepción histórica en la economía política y la materialista en la historia y así, ha unido los dos ámbitos del saber en un todo orgánico». Especial mención merece la analogía entre Marx, Darwin y Wagner, notablemente entre los dos primeros, que compartían el mérito de haber descubierto las leyes del desarrollo del mundo orgánico –Darwin– y del mundo social –Marx–.<sup>7</sup>

A la breve nota necrológica siguió un amplio bosquejo biográfico, que le presentaba como un «revolucionario por pasión y por lógica». Por los mismos meses apareció el famoso relato de Anenkow sobre su encuentro con Marx y la correspondencia con él a propósito de Proudhon. La revista se esforzaba pues en recalcar la unidad entre la figura y la obra de Marx, frente al inicio de una tradición, luego muy desarrollada en los medios académicos, de separar al Marx científico del Marx político.<sup>8</sup>

En cuanto a la polémica con el socialismo de Estado, se inicia la contraposición entre «socialismo de Estado» y socialismo marxista. Esta polémica va a ir acompañada de un debate epistemológico, en el que se acentuará la dimensión empirista del método de Marx, cuyo rigor

<sup>7</sup> *Die Neue Zeit*, Año I, noticias, p. 197. La incorporación de Wagner a la lista de los notables motivó alguna queja que se refleja en la nota de la redacción que acompaña el artículo. Ídem, 307. Igualmente, carta de Liebknecht a Kautsky condenando el matrimonio entre Marx y Wagner, 5 de abril de 1883. *Liebk. Corresp. Sozial.*, T. II, p. 464. En cuanto a la apreciación de Marx, según M. Salvadori, «Kautsky señalaba la importancia de la obra de Marx en dos puntos fundamentales: 1) haber sabido analizar la producción capitalista definiendo “las tendencias que al superarla llevan a una forma social superior”; 2) haber “renovado totalmente la ciencia histórica” colmando “el abismo entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu”», *op. cit.*, p. 232. La revista sigue en este punto la orientación del discurso de Engels en el entierro de Marx, si bien silenciando la referencia a la teoría de la plusvalía. Este silencio en opinión de Ragonieri «rompía la unidad de la figura de Marx... y su crítica científica y activa de la sociedad capitalista de su tiempo», *Il marxismo...* *op. cit.*, p. 70.

<sup>8</sup> *Die Neue Zeit*, Año I, pp. 441 y ss. El artículo era obra de Liebknecht quien para escribirlo había pedido datos a Engels. Carta del 10 de agosto de 1883. *Corresp. M-E./L.*, pp. 283 y ss. Carta a Kautsky, *Liebk. Corresp. Soziald.*, T. II, pp. 464 y ss. En cuanto al relato de Anenkow se trata de la traducción hecha por J. Zadek-Romm de un artículo aparecido en una revista cultural rusa.



científico se debería a la comprobación detallada y fehaciente de los hechos económicos. La concepción positivista del marxismo así fundamentada tendrá una aceptación general durante decenios. En ella por dialéctica se entiende «auténtica empiria», o interpretación correcta de los datos empíricos, opuesta a mera especulación ideológica. Kautsky va a reforzar la tesis de la cientificidad del marxismo con los datos aportados por la prehistoria y la nueva antropología, construyendo un discurso que sitúa la *cuestión social* en el decurso de la historia.

Por el contrario, frente a cualquier acercamiento al socialismo de Estado, la revista acentúa la denuncia y la crítica del capitalismo, especialmente perceptible en el enfoque de las noticias y de las notas breves, no siempre exentas de cierto tono moralizante. Mientras que la insistencia en los progresos de la ciencia y en los nuevos descubrimientos, como la electricidad, pretende poner de manifiesto las «posibilidades objetivas» del momento.

Aunque editada en Alemania y pensada originariamente para el mercado interior, los números tienen una fuerte dimensión internacional. Incluyen artículos referentes a los movimientos sociales de otros países, que son tratados por los intelectuales socialistas más conocidos: Guesde y Lafargue por Francia, Victor Adler por Austria, etc. Entre los temas internacionales destaca la política colonial y la cuestión agraria, que es analizada siempre desde la perspectiva tópica de la inevitable ruina del pequeño campesino.

Kautsky redactaba él solo dos tercios de los números, de modo que sus trabajos constituyen capítulo aparte. Entre sus temas preferidos se encuentra la cuestión de la socialidad animal, a propósito de la cual defiende que ya en los animales existirían instintos sociales, societarios o gregarios, que en los humanos son inhibidos por el capitalismo. Estos textos serán retomados posteriormente en su magna obra *La Concepción Materialista de la Historia*, pasando a constituir una seña de identidad del marxismo socialdemócrata.

Se encuentran también las primeras interpretaciones de figuras históricas según el modelo historiográfico marxista antes comentado. Entre otras destaca la siguiente semblanza de Lutero, debida a la pluma kautskyana: «Al seguidor de la concepción materialista de la historia le interesan los cambios de naturaleza específicamente económica, que de

modo inconsciente pero imparable se producen en las relaciones sociales». Esos cambios provocan la sustitución de las viejas ideas «que se han vuelto costumbre» por las nuevas, sin que los protagonistas sean conscientes del proceso. Tampoco Lutero, prosigue Kautsky, comprendía las «oposiciones de clase de su época» y, por consiguiente, se le sobrevalora si se le considera el padre de la «reforma».<sup>9</sup> Habría que decir que solo fue arrastrado por ella.

O esa otra definición de corte darwiniano: «Ya hace una generación, Marx reconoció como motor fundamental de la historia la lucha del hombre como animal social... la lucha de clases. La lucha por la existencia hace surgir en las diferentes clases la disposición para las diferentes ideas, con la misma necesidad natural con que promueve en los pájaros del norte el instinto migratorio» (p. 538). Ahora bien, si eso fuera cierto el marxismo representaría una forma de racionalidad superior a la animalidad dominante en el capitalismo y encarnaría una cierta forma de racionalidad social hecha necesaria históricamente.

### **La polémica con el socialismo de Estado**

En los dos años siguientes, 1884 y 1885, la revista cambiará de orientación incidiendo claramente en la constitución del marxismo como doctrina alternativa al socialismo de Estado y, por ampliación, a toda derivación del socialismo reformista. En este sentido merece especial atención la famosa polémica conocida como *Polémica sobre Rodbertus*, cuyo centro es la figura y la contribución de Rodbertus al socialismo, pues va a funcionar como elemento clave de la demarcación entre el «socialismo marxista» y otras corrientes socialistas, que hasta ese momento habían estado amalgamadas en las concepciones socialdemócratas.

El motivo inicial del debate fue la publicación de los famosos inéditos de Rodbertus, en los que éste pretendía haber elaborado antes que Marx

<sup>9</sup> «Zum lutherjubiläum», Año I, pp. 489 y ss. En un artículo de la misma época Kautsky habla de aquéllos que solo son «el instrumento de la necesidad histórica...», ídem, p. 209 y en un trabajo del siguiente año, relacionado también con las figuras de Lutero y Zwinglio, añade: «En la historia, como en la naturaleza, solo hay desarrollo condicionado por las leyes de bronce», Año II, p. 570. En su correspondencia con él, Liebknecht le criticó algunos aspectos del artículo que se había visto obligado a cambiar pues «lo que Vd. dice sobre historiografía, al menos en esta forma, no es verdad», carta de 6 de octubre de 1883, *Liebk. Corresp. Soziald.*, T. II, p. 535.

un concepto de capital diferente al de aquél. Los textos, a pesar de su pobreza teórica, reverdecieron el viejo prestigio de Rodbertus amparado en su relación con Lassalle, y ofrecieron textos de cierta altura intelectual que contraponer al naciente predominio de la rama marxista. Kautsky y Engels reaccionaron rápidamente, defendiendo a Marx contra Rodbertus y sometiendo a éste a una crítica implacable.

La dureza del debate, en la que se volcó toda la prensa socialista, no es comprensible a no ser como índice de la marginación a que se van a ver sometidas a partir de ahora las doctrinas que defiendan un socialismo «ecléctico», al estilo de los decenios anteriores. Quizá en ningún momento como en éste, la organización estuvo más al borde de aquella escisión, que se llevaba arrastrando desde el Congreso de Gotha (1875). Pero tampoco en ningún otro momento fue tan claro que la coyuntura, dada la vigencia de la ley de excepción, era la menos oportuna que imaginarse pueda.

La polémica se inició con dos artículos de Kautsky, uno sobre el «derecho al trabajo» y otro contra Rodbertus y se prosiguió con otra intervención suya y una de Engels, que supuso la traducción teórica como «marxismo» de la posición «socialdemócrata» bebeliana (Año II, [1884], pp. 299 y ss. y pp. 337 y ss.). La indignación del vapuleado Schramm, uno de aquellos «socialistas de la justicia» que hemos visto antes, indica que entendió claramente el fondo político de la discusión teórica y que interpretó la nota de la Redacción en que se le desautorizaba, nota que había sido escrita por Kautsky, como lo que era: una declaración de que aquellas concepciones del socialismo no seguirían teniendo espacio en la socialdemocracia alemana. Cuando posteriormente no solo se censuraron sus artículos, sino que se le prohibió publicar su libro *Rodbertus-Marx-Lassalle* en la editorial de la organización, su expulsión se hizo inevitable y con ello el endurecimiento del «marxismo».

Ya hacía tiempo que Kautsky les tenía ganas a esas posturas socialistas ambiguas, hasta el punto de pedirle a Engels que se midiera con ellas. Este, aunque lo rechazó, no se opuso a la idea, que muy probablemente le había sugerido Plejanov, de hacer una crítica a Rodbertus. Y ya que Rodbertus era un arma contra la influencia de Marx, una crítica a fondo de sus posiciones tendría que dejar en el vacío a sus defensores, contribuyendo por reacción al fortalecimiento del marxismo. Así, lo

importante para Engels no era tanto hacer un análisis riguroso de la teoría rodbertusiana, cuanto dismantelar «el mito Rodbertus», nueva edición del viejo «mito Lassalle», que se apoyaba en la fuerza de los llamados «rodbertusianos», o sea de la fracción parlamentaria.<sup>10</sup>

Esa línea de intervención está recogida en el prólogo de Engels a la edición alemana de la *Miseria de la Filosofía* que Kautsky y Bernstein acababan de traducir y que fue publicado en la revista como contribución a la polémica. Los «marxistas», o sea Kautsky, Bebel y Bernstein, aceptaron su planteamiento, llegando a la conclusión de que en Rodbertus no podía hablarse propiamente de socialismo y que los rodbertusianos no eran más que intelectuales descontentos, que no querían romper los vínculos con la buena sociedad, o quizá militantes tibios aunque influyentes.<sup>11</sup>

El debate tenía algunos precedentes. Entre éstos los más importante habían sido algunos artículos del viejo *Anuario* donde había aparecido ya la distinción entre «socialismo» y «socialdemocracia», el

---

<sup>10</sup> Frente a Kautsky y Engels, apoyados desde Zúrich por Bernstein y *Der Social-Demokrat*, intervinieron Schramm y Blos. Dietz, el editor, antiguo lassalleano, pero personaje influyente como parlamentario y propietario de la editorial se mantuvo a cierta distancia del asunto e intentó maniobrar. La revista estuvo a punto de naufragar, pues Kautsky no estaba dispuesto a hacer ninguna concesión, ni mucho menos a entregarla a ninguno de sus contrincantes y solo gracias al apoyo de Bebel y Liebknecht pudo mantenerse. Para él, esa persecución contra la *Die Neue Zeit* se debía a que era «de hecho la única revista socialista que hay en Alemania sobre posiciones marxista», lo cual, teniendo en cuenta los números anteriores y a pesar del famoso artículo contra Rodbertus era mucho decir. A no ser que se interpretara, como así fue, que eso significaba que estaba del lado de la lucha de clases frente al reformismo, esto es, que defendía una concepción histórica del socialismo frente a una concepción simplemente ideológica del mismo, que, en definitiva, formaba frente común con el ala radical del partido, Bebel y Bernstein. Entre los lectores la cuestión despertó bastante eco, como lo prueban la cantidad de preguntas en torno al *Derecho al trabajo* y las peticiones para que se incidiera más en esta cuestión, no tanto la polémica en sí misma que debió resultar bastante abstrusa.

<sup>11</sup> En carta a Bernstein, Kautsky afirma: «Si fuera rodbertusiano podría desempeñar un papel en el partido socialista y al mismo tiempo ser un hombre bien visto en la buena sociedad», 22 de diciembre de 1885, IML, ZPA, Moscú, F 204, núm. 867, cit. por B. Rieck, *Der Beitrag...*, *op. cit.*, p. 975. Igualmente en carta a Bebel escrita por las mismas fechas: «Rodbertus mismo no es peligroso para nuestro partido; los rodbertusianos modernos, por ejemplo Schramm, lo falsifican, le imputan un socialismo que nunca tuvo; se trata de literatos y otros elementos burgueses de nuestro partido que no quieren romper los puentes con la “buena sociedad”», *op. cit.*, p. 46. «Rodbertus nunca podría ser peligroso para el partido... pero (los rodbertusianos) juegan un papel en el partido», ídem, p. 48.

distanciamiento del anarquismo y el rechazo del comunismo. Según esta tesis, en los últimos decenios el movimiento socialista se habría dividido entre socialdemócratas y anarquistas, y mientras que los primeros se habrían preocupado sobre todo de los problemas de la organización del trabajo y de la configuración democrática de la sociedad, los segundos defenderían posiciones individualistas que a fin de cuentas serían incompatibles con el socialismo.

Así se afirma que frente al anarquismo, preso «entre el manchesterismo y la propáganda por el hecho, el gran movimiento cultural llamado socialismo no quiere otra cosa que capacitar al pueblo para que se autolegise y se construya un futuro mejor en el Estado social». «La socialdemocracia alemana ha echado por la borda el culto a las revoluciones sangrientas» y por eso es motivo constante de las críticas anarquistas, que ignoran que la revolución, incluso cuando es violenta, no es más que el «acto final» de un determinado proceso, y que lo auténticamente revolucionario es el proceso, no su fin.

Pero simultáneamente se habría iniciado una nueva distinción entre socialdemocracia y «socialismo», ya que éste último es solo una doctrina orientada hacia la socialización económica que prescinde de la democracia y de la participación política del pueblo, mientras que para la primera, o sea la socialdemocracia, la dimensión política del movimiento es irremplazable. El problema es hasta qué punto medidas de estatalización económica son favorables a una transformación en sentido socialista. Y ligado a eso, cuál es la mejor forma de producción/distribución en un Estado socialista/socializado, si por la vía de las comunas o por la vía del Estado (*Jahrbuch*, año I [1879], pp. 48-49).

Hay que recordar que en principio la actitud de la socialdemocracia había sido de crítica frente a las medidas estatalizantes. Parecía obvio que un partido con su pasado de oposición al sistema bismarckiano poco o nada tenía que ver con el «socialismo de Estado» propuesto por éste, y con las posiciones de los socialistas de cátedra. Otra cosa eran los pensadores que parecían más cercanos al movimiento, como Rodbertus. Pero durante el decenio de los ochenta, la problemática se agudizó y no solo porque la crisis pusiera en cuestión la viabilidad del sistema, sino porque las medidas de reforma social pretendían resolver los problemas sin necesidad de acudir a la temida revolución. Y dado

que ésta estaba resultando difícil, el apoyo al socialismo reformista parecía una posible vía de salida. La existencia de sufragio universal y de Parlamento daba una cobertura legal al intento, y la lentitud de las transformaciones económicas de base favorecía el uso de medidas prácticas que aceleraran el proceso.<sup>12</sup>

Por paradójico que resulte, entre los sectores favorables a las reformas dentro del partido el análisis del capitalismo de Marx servía como antídoto contra la impaciencia y como garantía de la «inocuidad» —y por tanto de la legitimidad— de reformas que crearan instituciones económicas de tipo colectivo, ya que en ningún caso podrían impedir la tan temida o deseada revolución. Por ello la socialdemocracia podía apoyar sin temores las incipientes medidas de reforma social cuyo éxito, aún de tenerlo, en ningún caso evitaría la confrontación final.

Bien lejos sin embargo de cualquier supervaloración del «socialismo de Estado», Marx había recomendado analizarlo en concreto y «caracterizar el socialismo de Estado de Wagner y Bismarck en el trato que da a los trabajadores, etc.».<sup>13</sup> Engels que pensaba haber ya desenmascarado suficientemente semejante engendro en su artículo de 1880, y que desde años antes venía clamando contra ese «esperpento del comunismo de Estado», tendía a considerar que no merecía la pena romperse la cabeza en análisis detallados de semejante cosa, pues si uno tuviera que salir al paso de todas las tonterías que dicen los socialistas de cátedra, no acabaría nunca. Solo cuando tomó conciencia del modo cómo Bismarck abusaba de ese «socialismo» y se percató de lo que podía representar como peligro político interno, empezó a dedicarse a esta tarea, con más ardor del que en un primer momento hubiera previsto.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> «¿A qué tenemos que esperar? ¿A que la concentración del capital y del suelo haya llegado al punto necesario para expropiar a los expropiadores? En ese caso el socialismo alemán puede ponerse a dormir tranquilamente durante cien años», «¿es que no debemos mostrar que la sociedad, con buena voluntad y en la mayor paz, se puede transformar con la introducción paulatina de reformas en una (sociedad) organizada de modo comunista?», *Zukunft*, pp. 539-540.

<sup>13</sup> «*Der Social-Demokrat* debería conseguir material (detallado) sobre el trato laboral en las minas estatales prusianas para caracterizar ese socialismo de Estado de Wagner y Bismarck», carta a Engels de 8 de diciembre de 1882, MEW, 35, p. 124.

<sup>14</sup> «*Der Sozialismus des Herr Bismarck*», MEW, 19, pp. 167 y ss. En este artículo Engels intenta demostrar que las medidas económicas propiciadas por Bismarck, en especial su política de nacionalización de los ferrocarriles, etc., arruinarían la industria

Para Kautsky que desde siempre había sido muy crítico frente a las medidas de Bismarck y jamás había confiado en la intromisión del Estado capitalista en la organización de la producción, podían diferenciarse dos corrientes de socialismo. La primera, representada por Rodbertus, cuyo objetivo era «reaccionario», pues intentaba «feudalizar» las modernas relaciones productivas (capitalistas), y la segunda simbolizada por el «socialismo marxista», que pretendía desarrollar al máximo las tendencias capitalistas, como premisa de una transición socialista. El problema era que ese socialismo rodbertusiano o pequeño-burgués, como Kautsky gustaba de llamarlo, les parecía a muchos la única vía posible, una vez que el movimiento de masas había sido puesto fuera de juego por la represión.

Por lo demás su modo de abordarlo no puede decirse que fuera el más afortunado. En sus artículos de 1885 y el de 1886, Kautsky arremetió contra Rodbertus tomándolo como modelo del «socialismo conservador», que solo pretendía hacer soportable a los trabajadores su situación en el sistema, sin pensar en ningún momento en «eliminar la forma salarial del trabajo» ni las causas económicas de los males sociales. A continuación, se esforzó por separar el «socialismo conservador utópico» de estos autores de cualquier relación con Marx, cuyo pensamiento sería fundamentalmente histórico.<sup>15</sup> En cuanto a su método habría también una diferencia, pues Rodbertus, aunque se llamara positivista, era un idealista, mientras que Marx era materialista por el empirismo de su método.

Por tanto descalificación política aunque reconocimiento histórico, acompañado de una buena dosis de agresividad e ironía. Y acercamiento del «socialismo utópico conservador» al «socialismo bismarckiano de

---

alemana y harían la crisis más inevitable todavía. Carta a Bracke de 30 de abril de 1878, MEW, 34, p. 329. Carta de Engels a Kautsky de 1 de febrero de 1881. *Corresp. E./K.*, p. 12. En 1884 Engels seguía con atención el tema del derecho al trabajo y estaba dispuesto a escribir algo sobre él. *Corresp. B./E.*, p. 170.

<sup>15</sup> «La cuestión ante la que nos encontramos es la de qué tipo de socialismo perseguimos», «Das «Kapital» von Rodbertus», *Die Neue Zeit*, Año II, pp. 337 y ss., pp. 496-497: «Marx en unión con Engels ha fundado una tendencia histórica propia. *El Capital* de Marx es una de las más grandiosas obras históricas que conocemos... con Marx empieza una nueva época para la ciencia de la historia. E igual que Marx es un historiador así deben serlo también todos los miembros de la tendencia marxista. Quien no es historiador, aquél a quien la historia le queda lejos, la concepción marxista le será también ajena en su totalidad», ídem, p. 497.

Estado» o «socialismo de los Junker», acentuando con ello la denuncia de su carácter regresivo y de su peligrosidad política.

Como era de esperar los contrincantes reaccionaron violentamente contra su expulsión de alguna pretendida «escuela marxista»,<sup>16</sup> criticaron la lectura *histórica* de Kautsky y se reclamaron de la teoría marxiana del valor. Y en un tono tanto o más agresivo, intentaron compatibilizar la teoría del valor-trabajo con una teoría general del capital entendido como riqueza general, teoría que estaba muy cerca del concepto rodbertusiano de *capital* como «conjunto de recursos disponibles». Kautsky rechazaba semejante eclecticismo y reivindicaba la concepción histórica, así como insistía en la incompatibilidad entre un sistema y otro.

En lo teórico la línea divisoria pasaba pues entre el predominio del análisis económico o de la interpretación histórica. Pero los «marxistas», siguiendo una tónica bastante habitual, minusvaloraron la teoría del valor, especialmente en su función como elemento de la teoría de la plusvalía, o sea de la explicación del modo de explotación económica del sistema capitalista.<sup>17</sup> En frase de Engels, lo importante de la teoría del valor en Marx es que permite mostrar cómo se vehicula la apropiación del trabajo no-pagado, y eso es fundamental desde el punto de vista político. Pero además, este elemento tiene en Marx una eficacia teórica concreta para desbrozar la dinámica de conjunto del sistema, que solo el último Engels estuvo en condiciones de precisar.<sup>18</sup>

Años antes, en el resumen que hizo de *El Capital*, bastante más ceñido al texto de Marx que el posterior de Kautsky, Engels se había encontrado ya con el problema de interpretar el valor como una categoría económica y no como un algo transustanciado en las cosas (mercancías-en-sí). Pero mientras Engels recomendaba empezar directamente por la

<sup>16</sup> En el escrito dirigido a la fracción parlamentaria dice Schramm: «El terreno común en el que están todos ¿es el programa del Partido o la adoración mortuoria por Marx y Engels que desmoraliza al partido?». *Corresp. B./K.*, p. 370.

<sup>17</sup> «En realidad la teoría del valor de Marx no tiene nada que ver con el socialismo», *Die Neue Zeit*, Año III, p. 282.

<sup>18</sup> Especialmente el prólogo y los Anexos al T. III de *El Capital*, MEW, 25, y la correspondencia de estos años, MEW, 37, 38. En su resumen Engels abusa, en mi opinión, de la dialéctica hegeliana, incluso en la terminología: «mercancía-en-sí», «contradicción entre base técnica, manufactura y necesidades que había creado», etc. MEW, pp. 245 y ss.



sección segunda, la conversión del dinero en capital, la importancia para Marx del primer capítulo del libro –el famoso capítulo sobre la mercancía– estriba en que empezar por el mercado es la única vía practicable para mostrar la diferencia que hay entre «comprar para vender» (circulación ampliada) y «vender para comprar» (circulación simple), evitando que ambos procesos parezcan lo mismo. Esta distinción es especialmente importante dado que los capitalistas actúan en el primer ciclo, mientras que los trabajadores no abandonan el segundo, y las leyes que los rigen son totalmente distintas. Pero además es fundamental para mostrar que el capital no es más que el ciclo completo de incremento de valor invertido, de modo que la perspectiva «dinámica» es imprescindible, aunque no en el sentido historicista que Kautsky le va a dar.

Por otra parte la división del trabajo social que preside el sistema capitalista, junto con el «doble carácter del trabajo» que es una de sus consecuencias más extremas, tiene sus efectos, como no podía ser menos, en el propio movimiento obrero que también está inmerso en el mercado. La competencia actúa sobre él impidiendo la necesaria unidad: «La división del trabajo es una de las causas principales de la división de los obreros», y esa unidad no puede ser artificialmente recompuesta o sobreentendida en aras de algún instinto comunista al estilo de Kautsky, sino construida y reconstruida constantemente.

Por contra, en Marx, los textos sobre organización del socialismo son extremadamente parcos y de carácter negativo, ya que casi se reducen a presentarlo como un modo de producir que no está basado en la propiedad privada de los medios de producción ni en la división del trabajo en trabajos individuales contrapuestos y mediados por el mercado, sino en un tipo de producción posibilitada por la propiedad común de los medios de producción y por el trabajo cooperativo; a partir de lo cual se negaba a entrar en la polémica de definir más en concreto este «futuro Estado social». Engels, que en sus últimos años se vio obligado a perfilar algo más el «Estado del futuro», insistirá en que la propiedad común no es imposible, como lo prueba el que haya existido en diversas sociedades a lo largo de los tiempos y el hecho de que coexista en diversas formas con la propiedad privada típica de la sociedad capitalista.

## Economía e historia

Tras acabar con Schramm y con cualquier coqueteo con el socialismo de Estado y por las mismas fechas, le tocó el turno a Schäffle. Éste que, como ya sabemos, había publicado dos obras muy conocidas y muy bien recibidas antaño por la crítica socialista: *La quintaesencia del socialismo* (*Die Quintessenz des Sozialismus*) y *Construcción y vida del cuerpo social* (*Bau und Leben des sozialen Körpers*), acababa de sacar otro libro, radicalmente opuesto a los anteriores, con el provocativo título de *La falta de perspectiva de la socialdemocracia* (*Die Aussichtslosigkeit der Sozialdemokratie*). De modo que, si en ocasiones anteriores había defendido la idea de socialismo por concebir a la sociedad de un modo unitario, en ésta atacaba esa misma doctrina, por considerar que la versión marxista-democrática del socialismo era impotente para lograr los objetivos socialistas, que veía más fáciles de conseguir por la vía de la política social.

En este caso Kautsky entró poco en el análisis teórico de la obra y más bien insistió en poner de manifiesto la contradicción existente entre las posturas antiguas y las nuevas. Entre medias habían pasado once años y durante este tiempo el socialismo había dejado de ser una idea más o menos aceptable para convertirse en un espantajo, entre el miedo al anarquismo y las ventajas previsibles de la política social. Eso explicaría la evolución de alguien como Schäffle, deseoso de separarse de tan malas compañías. Y frente a la crítica, que empezaba a ser habitual, según la cual el socialismo socialdemócrata tenía una gran fuerza negativa pero carecía de alternativas, Kautsky insistía en que la positividad del marxismo estaba en su teoría de la historia. Con ello reforzaba la distinción entre socialismo marxista y socialismo utópico, al que calificaba sin ambages como conservador.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> «Die Aussichtslosigkeit der Sozialdemokratie», *N. Z.*, Año III, 1886, pp. 179 y ss. y «Die Quintessenz des Sozialismus», ídem, pp. 515 y ss. Según se desprende de la correspondencia entre Kautsky y Bebel, éste último tendía a defender a Schäffle, pues sus puntos de vista le parecían útiles y recomendables para el partido, aunque reconocía que anteriormente se le había tratado demasiado bien, pp. 13 y 30. Lo mismo ocurre en otras ocasiones en que juzga la crítica de Kautsky demasiado dura, pues se trata de textos que al menos «desde un punto de vista táctico» serían utilizables. *Ibidem*. Sobre lo que significó Schäffle para algunos sectores, Schippelt, M., «Schäffles Lebensbild», *Sozialistische Monatshefte*, vol. IX, núm. 2, 1905, pp. 1009-1015.

Pero mientras que Marx había dado poca importancia a la ausencia de alternativas concretas, ya que éstas dependían de la fuerza del movimiento, Kautsky se esforzaba por desarrollar un discurso positivo que explicara cómo no era posible ni conveniente concretar alternativa alguna, ya que la historia se encargaría de ello. Se colocaba pues en un plano meta-teórico y meta-político, desde el que solo pretendía diseñar las condiciones mínimas de lo que entendía como una transformación socialista a un nivel suficiente de abstracción como para no ser tildada de mera especulación utópica sin constituir tampoco un programa de acción política. Estos elementos eran la idea de que el proletariado-trabajador es el portador del desarrollo social y la caracterización del objetivo socialdemócrata en los siguientes términos: «Conseguir el reconocimiento estatal para las instituciones que la lucha de clases exige» (*Die Neue Zeit*, Año III, p. 194). Con ello el marxismo socialdemócrata o socialismo científico se definirá como una teoría de las líneas de desarrollo de la sociedad capitalista, de las cuales la socialdemocracia deberá apoyar aquéllas que beneficien la lucha de clases y rechazar aquéllas que la perjudiquen. Pero frente a la distancia que Marx conocía tan bien, entre la necesidad de propuestas programáticas y los ritmos y dificultades de la elaboración teórica, teoría y pragmática política se unen en el pensamiento de Kautsky casi sin fisuras, haciéndole el ideólogo modelo del nuevo partido.

Bernstein apoyó las posiciones de su amigo desde Zúrich. Pero su crítica tiene otras dimensiones, ya que se centra en el moralismo y en el positivismo de Schäßle, y no en el cambio de posiciones. En definitiva, le critica su ausencia de «materialismo», aunque Bernstein no se toma la molestia de explicar qué entiende por tal y da por supuesto que éste se identifica con la ausencia de moralismo y con el objetivismo.<sup>20</sup>

---

<sup>20</sup> *Corresp. K./Bernst.*, KDV 32 y 55. Resulta extraño que B. Rieck señale que «los artículos sobre Schäßle publicados al mismo tiempo por Bernstein en *Der Social-Demokrat* no solo no gustaron a Kautsky sino tampoco a Engels y se enlazan muy bien con los de Kautsky en *Die Neue Zeit*», *Der Beitrag...*, p. 947, cuando Engels encontró muy buenos los artículos sobre Schramm: carta de 24 de febrero de 1886 a Bernstein; *Corresp. E./Bernst.*, p. 333; carta a Bebel de 20 (23) de enero de 1886; y *Corresp. E./B.*, p. 255. Años antes también Marx había criticado el libro de Schäßle *La quintaesencia del socialismo*, tan valorado, como ya sabemos, en los círculos del partido: «Con su exquisita fantasía de suabo, pinta el milenio socialista futuro tan maravillosamente que será el reino perfecto del buen pequeño-burgués; un paraíso solo habitable por K. Mayer», MEW, 34, p. 243.

Por último, Engels. Éste al igual que Bebel, estaba de acuerdo en líneas generales con el enfoque de la cuestión dada por Kautsky, si bien difería en algunos puntos, y en especial en el tono y en la oportunidad de la crítica.<sup>21</sup> En el caso de Schramm y el socialismo reformista, Engels consideraba que sus posiciones podían ser falsas desde el punto de vista del análisis económico, pero no serlo tomadas en una perspectiva histórica. O tal como lo expresa en el prólogo antes citado, algo «puede ser desde el punto de vista económico formalmente falso» –como es el caso– y sin embargo «desde el punto de vista histórico ser verdadero». Es decir, el que una reivindicación económica sea imposible de conseguir, como la de que los trabajadores puedan obtener el producto íntegro de su trabajo, o la defensa de reformas que nunca podrán eliminar el carácter explotador del trabajo asalariado, no significa que el pedirlo y el mostrar los límites de esas reivindicaciones no contribuya, como así ha sido, a la denuncia del sistema. Ni significa tampoco que tal reivindicación, a pesar de su ambigüedad, no pueda jugar un papel histórico positivo.

Por otra parte, Engels no insistía, como Kautsky, en una concepción general de la historia que diera razón y que explicara todos los problemas, sino que entraba en un análisis pormenorizado de las diversas posturas económicas de carácter utópico que se habían dado desde el inicio de los años veinte, incluidas las tendencias del llamado «comunismo grosero» a la Weitling, ecos del cual se encontrarían en Rodbertus. Este último es calificado como «fundador del socialismo prusiano genuino», tendencialmente «socialismo de Estado» y en último término cercano a posiciones reaccionarias. De modo que las consecuencias, o si se prefiere la valoración final, son semejantes, pero el proceso explicativo es totalmente distinto al de Kautsky. En su contenido, la crítica de Engels era más dura que la de aquél y sin embargo más comprensiva y menos unilateral.

---

<sup>21</sup> Carta a Engels de Kautsky 26 de junio de 1884; *Corresp. E/K.*, p. 126; cartas a Bebel, 29 de octubre de 1884, 20 de enero de 1886; *Corresp. E./B.*, pp. 192, 250. Bebel no estaba contento con la respuesta de Kautsky ni compartía sus pretensiones de exclusividad sobre la *Revista*; pensaba que «dada la importancia de la que Rodbertus goza en este momento entre la juventud estudiantil, sería de desear que Braun comentara sus escritos». Cartas de Bebel entre 1886 y 1887, editadas por H. Gemkow, en *BzG* 2, 1960, p. 144. Recogidas en *Ausg. RSch.*, T. II, p. 259. Igualmente, Bebel a Kautsky, 13 de septiembre de 1884, *Corresp. B./K.*, p. 18.

Esa polémica marca el inicio, cuando menos público y en el área de habla alemana, del «marxismo» como fenómeno típico de la Segunda Internacional, caracterizado como concepción de la historia. Sus defensores más conocidos fueron: Lafargue, que parece el auténtico iniciador, Plejanov, Kautsky y Bernstein. En él se margina la teoría del valor y la discusión sobre los temas económicos que había formado parte de la primera fase de la recepción de Marx, y se privilegia la comprensión de la historia como un todo, de modo que la teoría de la plusvalía será si no eliminada, cuando menos subordinada al materialismo histórico.<sup>22</sup> Y frente a la tesis antigua, según la cual si se aceptaba la teoría del valor, había que aceptar la plausibilidad del socialismo como sociedad antitética de la sociedad capitalista en que funciona aquella, Kautsky hará de la ley del valor ciertamente la ley inmanente de la sociedad capitalista, pero a ella deberá seguirla necesariamente el socialismo como resultado de la dinámica progresiva de la historia. Historia que para Marx hay que hacer, que en Kautsky se hace a sí misma.

Así, el socialismo antiguo que se basaba en la «igualdad» como equiparación es estigmatizado como una utopía derivada de la confusión entre renta y plusvalía. Y además es caracterizado como reaccionario, pues económicamente —al menos eso muestra el análisis de las relaciones económicas— una sociedad tal es imposible. Que esa tesis es fácilmente legible al revés, como justificación de todo tipo de desigualdades, era por el momento imprevisible, entre otras cosas, por la ubicación histórico-política de sus autores, aunque fuera formulable y quizá incluso defendible por cinismos posteriores.

Engels volverá sobre el tema en el prólogo al T. II de *El Capital*, que será publicado por las mismas fechas, pero centrandó su interés en rebatir la acusación de que Marx había plagiado a Rodbertus. En cuanto al «socialismo de Estado», su confianza en la clase obrera le permitía desdeñarlo: «Realmente hay que ser un terrateniente de la Pomerania

---

<sup>22</sup> Según Kautsky la concepción materialista de la historia que constituye «el método marxista» era diferente de la economía económica de Marx y no siempre era comprendida por quienes compartían la primera como Liebknecht, ídem, p. 90. Ya años antes Kautsky había protestado porque la teoría del valor amenazaba convertirse en dogma, *Der Sozialist*, 6 de marzo de 1879, y decía que para evitarlo era necesario sacar a la luz el «nuevo sistema histórico y económico fundado por Marx en forma de una crítica a la economía política», *Marx' Ökonomische Lehren, op. cit.*, p. XXIII.

para imaginarse que la clase obrera permitiría que se la hiciera trabajar doce horas para obtener un bono por cuatro. Si el jeroglífico de la producción capitalista se traduce en ese lenguaje tan simple, en el que se muestra como un robo sin disimulo, se hace imposible. Cada bono dado a los trabajadores sería un llamamiento directo a la rebelión».<sup>23</sup> Ni Bebel ni él tuvieron nunca ninguna duda de que los trabajadores no aceptarían jamás ese famoso «socialismo de Estado».

El tema del «plagio» adquirió por el contrario una nueva dimensión. Tras la muerte de Marx en 1883, la defensa de su nombre y de su obra, en último término de su autoridad se había convertido en obsesiva para Engels, obsesión que trasladó a su discípulo Kautsky. Así ambos se enzarzaron en continuas polémicas, como la anteriormente citada contra Rodbertus u otra no menos famosa contra Brentano.

No voy a entrar en el detalle de esa discusión que sería excesivamente prolija; lo que me interesa es resaltar sobre todo dos puntos: primero, *el modo de la polémica* que ya no se trata como en los primeros años y en vida de Marx de una polémica sobre «hechos», sino sobre «interpretaciones» y en segundo lugar el contenido de fondo, o sea la cuestión del pauperismo. En cuanto a lo primero hay que decir que ese cambio tiene que ver no solo con que Marx haya muerto y que sea Engels o Kautsky los que *hablen en su nombre*, sino con el propio desarrollo del movimiento alemán y con el aumento de las disfuncionalidades y los problemas socioeconómicos, que impiden cualquier defensa del liberalismo o del manchesterismo, poniendo el acento en cómo deba interpretarse esa nueva situación. Pues la discusión ya no se centra en si el capitalismo genera disfuncionalidades, sino en si los efectos negativos (la famosa *cuestión social*) son eliminables por una progresiva equiparación social –tesis de los socialistas de cátedra y de Rodbertus–, o no lo son, sino que constituyen un rasgo propio del sistema-tesis marxista.

En un debate de interpretaciones el problema del *sentido* de una afirmación se convierte en origen de múltiples disquisiciones. Lo característico es, sin embargo, que para Engels esta polémica no es resoluble dado que forma parte de la estrategia de la lucha de clases. En ella se trata por consiguiente del peso respectivo de interpretaciones antagónicas;

<sup>23</sup> Carta de Engels a Bebel de 18 de noviembre de 1884, *Corresp. E./B.*, p. 193; MEW, 21, p. 186.

en último término el debate revierte en una cuestión de perspectivas: «El conservador jamás citará de un modo agradable para el liberal, el liberal jamás lo hará según el agrado del conservador, el socialista nunca de un modo agradable para ninguno de los dos ni para los dos a la vez». Nunca uno podrá convencer al otro y la discusión sobre el «verdadero sentido» se hará inacabable. «Una de las peores cualidades de los pequeño-burgueses –dice en carta a Bebel– es querer convencer al enemigo. Eso es lo típico de la pequeña burguesía especialmente de la alemana».<sup>24</sup>

La segunda cuestión tiene que ver con el problema del empobrecimiento relativo de los trabajadores. El tema es importante porque enlaza con el viejo asunto de la «ley de bronce del salario», de origen rodbertusiano-lassalliano.<sup>25</sup> Según esta tesis, en el sistema capitalista los trabajadores se encuentran siempre con que sus salarios no pueden superar los límites de supervivencia y no cabe que los beneficios del aumento de la productividad y de la riqueza recaigan sobre ellos, ni siquiera en parte.

Marx en *El Capital* había desarrollado una teoría flexible del salario, que admitía diferentes posibilidades de adecuación entre el salario, las ganancias y el aumento de la productividad, sin que quedara excluido el que los trabajadores pudieran en algún momento reapropiarse parte de la riqueza producida. Engels llama la atención sobre este punto y sobre los límites de fluctuación que están fijados por el propio proceso de reproducción del capital. Es decir, en la medida en que los salarios reales se reapropien una parte de la plusvalía producida, de mantenerse igual la productividad, inciden sobre la cuota de plusvalía y con la misma tasa de ganancia, repercuten sobre el proceso reproductivo cuya expansión tendrá que neutralizar los efectos negativos derivados de aquel aumento. El aumento de los salarios reales incide también sobre la capitalización futura. De ahí que «los efectos beneficiosos... se limiten

<sup>24</sup> MEW, 22, p. 112. Sobre la importancia que Engels dio a esta polémica ver su correspondencia de estas fechas, MEW, 37, pp. 516 y ss. y carta de 18 de marzo de 1886, *Corresp. E./B.*, p. 265.

<sup>25</sup> Lassalle, F., *Offenes Antwortschreiben*, pp. 127-128. Esta tesis que Marx combatió formaba parte del bagaje teórico del socialismo tradicional. En Gotha, Hasenclever se opuso a que se eliminara, pues propiciaría una lectura reformista ya que parecería que las relaciones (económicas) podrían mejorar sin que cambiara el Estado en un sentido socialista, *Protokolle, op. cit.*, p. 41.

a los periodos de negocios medianos y buenos y desaparezcan en los periodos de estancamiento y crisis».<sup>26</sup>

Tanto Marx como Engels criticaron que el pensamiento liberal no pudiera comprender esa contradicción, según la cual mientras unos sectores se enriquecen enormemente, otros en términos relativos se empobrecen, aunque en términos absolutos se enriquezcan también. El problema estaría en la diferencia entre una sociedad relativamente consistente —a la que es posible representarse como un todo— y una sociedad disgregada, para la que esa forma de representación no vale.

La recomposición del equilibrio choca sin embargo con la tecnificación de la producción y con el aumento del capital constante, cuya consecuencia es la caída de la tasa de ganancia. Pero eso no implica que los trabajadores no puedan aumentar sus salarios, incluidos los reales, en determinadas condiciones. En el análisis de Marx se trata del problema de la relación entre las dos partes del capital (constante y variable) en el proceso de reproducción económica. Para Kautsky, en su historiación característica, el empobrecimiento relativo se refiere por contra a la diferencia entre los salarios reales y los hipotéticos salarios que los mismos trabajadores tendrían en una economía socializada, es decir si les pertenecieran los medios de producción. Como si la eliminación de la clase poseedora, dejando igual los mecanismos económicos de producción, pudiera eliminar el problema, permitiendo un mayor reparto.

## El debate político

A pesar de la batería de argumentos y de plumas autorizadas desplegadas contra él, Schramm no se dejó silenciar tan fácilmente, sino que maniobró entre los miembros de la fracción parlamentaria y acabó publicando su libro en la editorial de Viereck, miembro del ala reformista,<sup>27</sup> ante lo cual Bebel, siempre celoso de la disciplina y de

<sup>26</sup> MEW, 22, p. 95.

<sup>27</sup> Ante la negativa de la editorial del partido para reeditar el libro *Rodbertus-Lassalle-Marx*, Schramm recurrió a su amigo Viereck, también socialista. En el Congreso de St. Gall (1887) Viereck fue expulsado si bien por otra razón —se había negado a firmar la convocatoria del Congreso— y salió de nuevo el tema Schramm. *Actas del Congreso de St. Gall, op. cit.*, p. 147. *Corresp. B./K.* donde se incluye la carta de protesta que Schramm mandó a la fracción, así como otros documentos, pp. 49 y ss., pp. 367-370.



la integridad del partido, pasó al ataque. Que Bebel no tenía ninguna duda sobre el carácter político de la cuestión, lo demuestra el modo como le dio la noticia a Engels, exigiéndole que tomara cartas en el asunto y que ayudara a Kautsky —en este momento en Londres— a redactar una buena respuesta.<sup>28</sup>

Bebel pues tradujo claramente *defensa de Rodbertus como reformismo y posible coqueteo con Bismarck*, lo cual era imposible para un partido ilegalizado como la socialdemocracia y menos ante la revolución o crac que se avecinaba. «Nos encontramos ante un gran cambio internacional, desde hace años la mayor parte de mis compañeros de partido, en el Parlamento, se burlan de mí cuando les digo que nos acercamos a una catástrofe que según todas las posibilidades se producirá en este decenio; es maravilloso ver cómo se habla de la próxima revolución como de algo evidente igual que antes de 1789 en Francia. Solo en el propio partido los dirigentes no se dan cuenta de lo que se avecina y parlotean todavía sobre la solución legal a la cuestión social».<sup>29</sup> Según eso, es evidente que para Bebel el marxismo era un elemento más en la demarcación entre revolución y catástrofe, por un lado, y reformismo y soluciones a medias por el otro.

Bebel tendía a considerar una muestra de la ceguera de sus compañeros de partido, el que no se dieran cuenta de cómo se avecinaba la revolución, cuando hasta la burguesía estaba aterrorizada con ella. Según él el aumento de las huelgas y de las luchas obreras, no solo durante el estado de excepción sino cuando éste acabó, demostraban hasta la

<sup>28</sup> «Te pido que hables con Kautsky y que te pongas en relación con Ede [Bernstein]. Tiene que ser un trabajo parecido al tuyo contra Dühring, aunque no necesita ser tan largo... o sea que te pido que presiones a Ede y que iniciéis y dirijáis el combate definitivo contra el mito de Rodbertus». Carta de 7 de diciembre de 1885, *Corresp. E./B.*, p. 246. Carta a Kautsky: «Liebknecht y Dietz están totalmente de acuerdo conmigo en que ahora hay que atacar contra el escrito de Schramm aparecido en la editorial de Viereck... Si Ede no lo puede hacer debe hacerlo usted mismo *pues no hay otro*» (subrayado mío). Carta de 9 de diciembre de 1885, *op. cit.*, p. 45. Igualmente, cartas a H. Schlütter desautorizando la publicación del libro, *Ausg. R. Sch.*, pp. 154, 221. Bernstein le da también la noticia a Kautsky, KDV 40.

<sup>29</sup> *Corresp. B./K.*, pp. 274-275. Kautsky compartía la posición de Bebel en cuanto a la necesidad de alejarlos del partido: «Si no me equivoco Schramm desde hace años no es miembro de la militancia en Zúrich, y por tanto no lo es del partido...» pero, si lo fuera, «en mi opinión un tipo así no hay que considerarlo más un compañero del partido». Carta a Bebel de 10 de marzo de 1886, *idem*, p. 50.

saciedad la inoperancia de la famosa reforma social emprendida desde el poder. «Hasta el rey –ironiza Bebel en carta a Engels– se dará cuenta de que la cuestión social no se resuelve tan fácilmente».<sup>30</sup>

Ya en 1879 Bebel había rechazado con firmeza cualquier intento de acercamiento a las medidas de reforma propuestas por Bismarck, cifrando la diferencia entre el marxismo y el socialismo de Estado en su respectivo posicionamiento político y poniendo sobre el tapete la inseparabilidad entre «socialismo» y «democracia». O lo que es lo mismo, Bebel mostró que era imposible aceptar medidas económicas pretendidamente apolíticas que pudieran constituir algo así como un «socialismo por arriba». Una economía dirigida por el Estado en ningún caso podría llamarse socialismo, pues lo que haría sería prolongar la misma explotación que las empresas privadas, solo que de otra forma.

En el terreno de los principios la cosa estaba aparentemente clara, pero políticamente había discusión sobre si se debía participar de modo positivo y hasta qué punto en las tareas parlamentarias; había dudas sobre si se debían hacer propuestas legislativas y por supuesto, si se debían apoyar o no determinadas iniciativas gubernamentales. La persistencia de una pésima situación económica y la pervivencia de un notable malestar entre los sectores obreros hacían discutible la política de participación, aunque no la hiciera imposible. De hecho, a medida que había ido aumentando la presencia en el Parlamento –por más que tuviera escasas competencias políticas–, habían adquirido mayor virulencia los problemas derivados de mantener una actitud política meramente negativa. También para Bebel era claro que «no nos podremos mantener en la pura negación en tanto que participemos parlamentariamente; la masa exige que se haga también algo para hoy, al margen de lo que venga mañana» (*Corresp. E./B.*, pp. 78 y ss.). La discusión reaparece en el Congreso de S. Gall (1887) en el marco del debate sobre el alcance del parlamentarismo y sus límites: «El rechazo de los diputados a una actividad positiva equivaldría a la desaparición del partido

<sup>30</sup> Carta de 28 de diciembre de 1891, ídem, p. 493. En carta a Engels, comentándole los incidentes del 1 de mayo, le insiste: «La burguesía pensaba que era el inicio de la revolución, pero de la de verdad» y adjunta «nunca lo hubiera creído», *Corresp. E./B.*, p. 392. En 1893 repite: «La situación es de lo más raro...; nos escuchan como nunca, sienten que nos hemos convertido en una fuerza... y tienen miedo de la revolución que se avecina», ídem, p. 648.

en el Parlamento y en consecuencia en la vida política», pero a su vez no se debe admitir ningún compromiso con otras fuerzas políticas, que debilita la independencia y la imagen del partido. Ni se debe tampoco sobrevalorar la labor parlamentaria, ya que «el poder está en el pueblo» y no en la Cámara.

En el congreso flotaba el fantasma de la escisión. Pero esta vez la divergencia surgía en cuanto a los términos con que definir una táctica que no iba más allá de los límites impuestos por el poder, pero que se resistía a aceptar que esas fueran las reglas del juego y a adecuarse a ellas, operando positivamente (a través de la legislación) en el marco establecido. El partido socialdemócrata tenía una tradición revolucionaria, a la que no quería ni podía renunciar, estaba sometido a medidas represivas constantes —seguida vigente el estado de excepción— y se consideraba representante de las masas miserables del proletariado industrial, lo cual hacía imposible cualquier colaboración con el «enemigo de clase». Baste señalar que las actas de todos los congresos celebrados en el periodo de excepción documentan la presencia de la policía, la existencia de confidentes y los efectos de las medidas represivas. Solo el congreso de Copenhague dio lugar a una serie de juicios por los que algunos miembros del partido todavía estaban en la cárcel varios años después.

Pero un partido político tampoco podía mantenerse en la mera negación. La única posibilidad era participar políticamente, pero no demasiado, y resistir en la medida de lo posible, a la espera de mejores tiempos en los que se pudiera recuperar la iniciativa, si es que alguna vez se tuvo. Bebel planteó claramente en el congreso que al partido le interesaba aumentar el número de sus diputados pero no le interesaba tener demasiados, ya que en ese caso tendría que «hacer política» y eso llevaría a la corrupción y al compromiso, provocando inevitablemente la temida escisión. Años más tarde Kautsky adoptará una posición semejante ante cualquier intento de colaboración política en gobiernos de coalición.<sup>31</sup>

<sup>31</sup> *Actas Congreso de St. Gall, op. cit.*, p. 13. En carta a Kautsky, Bebel señala que con 30 diputados se puede hacer lo mismo que con 50, la única diferencia está en que su fuerza moral es mayor y el enemigo se vuelve más reaccionario: «Ese es el progreso», *Corresp. B./K.*, p. 62. Igualmente en carta a J. Motteler se queja del Parlamento: «Toda la comedia del Parlamento me resulta espantosa, y cuando veo la fuerza, el tiempo y el dinero que se pierde con ello me pregunto si vale la pena participar», *Ausg. R.Sch.*, T. II, p. 157. En 1890 Engels manifiesta un temor semejante: «Solo temo que consigamos

De ahí cierto compás de espera que se resumía en «agitar, organizar, estudiar», sobre el trasfondo de una previsible catástrofe, en una tarea de preparación que casi se agota en sí misma y que se apoya, en último término, en un presupuesto por todos compartido: «No es pensable que pueda producirse un cambio en las relaciones sociales de modo pacífico» o, como se expresa en la resolución mandada por la organización en Bruselas: «Ya ningún trabajador, incluso el menos reflexivo, sigue creyendo en una solución pacífica de la cuestión social». Ese principio, hecho doctrina del marxismo durante el estado de excepción, se convertirá en eje central de esa teoría, frente a todo intento de socialismo reformista.

Como consecuencia el partido podía pronunciarse claramente contra los proyectos de reforma social, en los que veía una táctica de distracción del gobierno para «apartar a los trabajadores del verdadero camino». Ciertamente eso dificultaba la posición en el Parlamento. Pero si bien era cierto que los tiempos no estaban tan rojos como pensaban algunos, había que hacer algo mientras tanto. En palabras de Auer, uno de los dirigentes más conciliadores, el pueblo debe saber que «se está dispuesto a ayudar a los trabajadores el máximo posible, incluso en el marco de la actual sociedad».<sup>32</sup>

El dilema estaba pues en que se tenía que apoyar un proyecto de reforma (por ejemplo de legislación laboral o de política social) del que se sabía de antemano que no cabía esperar nada importante, pero tampoco se podía renunciar totalmente a la vía reformista, ya que «el campo de juego en política viene marcado por el contrario». La exigencia de promover

---

demasiados puestos. Todos los demás partidos pueden tener en el parlamento tantos asnos y hacer tantas tonterías como puedan soportar y a nadie le importa un pito. Pero nosotros solo podemos tener genios y héroes, pues de lo contrario se nos critica...», carta de 17 de febrero de 1890, *Corresp. E./B.*, p. 379. Bebel compartía este temor pues de los diputados saldrían políticos y aumentaría el peligro de parlamentarización. Ídem, p. 304. En carta a V. Adler de 23 de mayo de 1902, Kautsky cita expresamente su concordancia con Bebel y critica la prisa por acceder al Gobierno del partido belga: «Si en estas condiciones conseguimos la mayoría será fatal del todo. Nuestra gente tendría entonces que formar Gobierno sola, y mostrar lo que el socialismo puede hacer, pero ¿qué se puede hacer en un pequeño país como Bélgica que depende totalmente del extranjero en lo político y lo económico? El pueblo espera de nosotros grandes cosas y solo podríamos hacer algo insignificante en ámbitos pequeños, y en un periodo grande o corto nos veríamos obligados a entrar en conflicto con todo el mundo». *Corresp. V. Adler, op. cit.*, p. 402. Matthias, E., «Kautsky»..., *op. cit.*, p. 192.

<sup>32</sup> Congreso de Copenhagen, *Actas*, p. 30 y Congreso de St. Gall, *Actas*, p. 23.

una legislación laboral favorable a los trabajadores es algo que ninguna política socialista podría menospreciar sin eliminarse a sí misma, a pesar de que se tengan todas las dudas imaginables sobre su eficacia.

La intervención de Engels pretendía ser todo lo clara posible en esas circunstancias: «Las cuestiones en las que los diputados socialdemócratas pueden salir de la pura negación son muy limitadas. Son todas ellas cuestiones en las que se trata de las relaciones entre el trabajador y el capitalista: legislación laboral, jornada, responsabilidad en el trabajo, salarios... Luego, en todos los casos, mejoras en el puro sentido burgués, que promueven un progreso positivo: unidad de pesos y monedas, aumento de la libertad personal, libre acceso...»; en otras cuestiones, hay que defender la tesis de no «aprobar nada que aumente el poder del gobierno sobre el pueblo», o como en el caso en cuestión —en que se trataba de las concesiones para establecer líneas de transporte marítimo— exigir concesiones muy altas que, de ser conseguidas, permiten votar sin vergüenza y en caso contrario, posibilitan la abstención (*Corresp. E./B.*, p. 81).<sup>33</sup>

Queda, sin embargo, el inmenso terreno de la política cotidiana no tan inmediata y ahí es donde surgen inevitablemente los conflictos, entre los que creen que determinadas medidas gubernamentales, a la larga, favorecen los intereses obreros —o al menos los de los votantes socialistas— y aquéllos que creen que estas medidas no tienen esos efectos pero que, aunque los tuvieran, el costo de su aprobación para lo que la socialdemocracia representa sería demasiado alto, y que más vale «atenerse a los principios», es decir hacer una política de coherencia, que dejarse pillar por los beneficios inmediatos. Se trata de mantener el carácter de un movimiento de emancipación o de adquirir el de un partido político. Un partido político revolucionario solo es posible transitoriamente y en situaciones de excepción. Por largo tiempo y en periodos de «normalidad» es inviable.

---

<sup>33</sup> La chispa saltó con motivo de la propuesta gubernamental para conceder subvenciones a determinadas líneas marítimas. Un sector de los diputados socialdemócratas estaba a favor de apoyar la propuesta, Bebel y alguno más, radicalmente en contra. Engels, para asombro de Bebel, no se pronunció por una política de principios, sino para, en caso de votar la propuesta, exigir concesiones para el movimiento, en especial créditos para «cooperativas obreras». En medio de fuertes tensiones, la fracción se inclinó por la opinión de Bebel, que jugó todas sus cartas en el asunto pues entendió que era una cuestión de principios, y forzó que el partido se abstuviera de cualquier colaboración con el Gobierno.

La perspectiva revolucionaria es pues el horizonte de la polémica, si bien un horizonte que hacía pensable una estrategia pausada como la propuesta por Bebel. En otras palabras, el problema no era solo si la revolución tardaría cinco o diez años en estallar, sino si la ruptura revolucionaria, la «catástrofe» —de la forma que fuera— se podía evitar.<sup>34</sup> Bebel y Engels entendieron durante su dilatada vida política que eso no era posible y creyeron que sus colegas compartían su opinión. La línea de distinción entre «marxistas» y «reformistas» pasaba así entre aquéllos que veían la ruptura y la transformación global de la sociedad como algo inevitable, aunque aplazado en el tiempo, y aquéllos que creían que esa ruptura se remitía a un futuro más o menos remoto, hasta el punto de que dejaba de entrar en sus cálculos.

El modo concreto de la revolución era sin embargo secundario ante la convicción de su necesidad, y mientras duró el estado de excepción esa convicción era compartida ya sea con mayor o menor entusiasmo por todo el partido. El marxismo, en *cuanto teoría de la necesidad de la revolución* o, dicho de otro modo, de la imposibilidad de reformas sustanciales, ocupa este horizonte en la medida en que, al unir opresión política, miseria social («cuestión social») y condición obrera, explica la imposibilidad por parte del sistema de resolver los problemas básicos (sus «contradicciones») y prevé su necesaria sustitución. Con ello ofrece una estrategia alternativa a la estrategia del poder, la de la unidad de los diversos frentes de resistencia, frente a su desarticulación preventiva. Que en las condiciones del momento ese proyecto fuera más una esperanza para un futuro más o menos cercano que la exigencia de un presente inmediato es otra cuestión.<sup>35</sup>

<sup>34</sup> «Quien piensa que la sociedad burguesa se romperá, en un proceso previsible, por sus males internos y que entonces llegará nuestro momento, o quien sea de la opinión de que faltan todavía generaciones enteras y hay que sentirse contento por haber visto prosperar, al final de sus días, reivindicaciones como las que se encuentran en el proyecto de legislación laboral, procederá en sus comportamientos tácticos de muy otra manera», *Actas del Congreso de St. Gall*, p. 15. Según Maehl, la perspectiva revolucionaria de Bebel era sincera, si bien poco reflexionada y se unía a un gran realismo en sus temores a un golpe de Estado de la otra parte, *op. cit.*, p. 155.

<sup>35</sup> Según Geary, R. J., el «dilema trágico del partido socialdemócrata (SPD) a lo largo de su historia», consistía en que «ni tenía libertad para adoptar una actitud de abierto reformismo... porque el partido tenía ante sí un régimen reaccionario que, de manera intermitente, lanzaba persecuciones contra él; ni podía llegar al poder por la conquista de la mayoría en el *Reichstag* dado que éste no tenía ningún tipo de control sobre el poder ejecutivo del *Kaiser*», «Defensa...», *op. cit.*, p. 155.

Pero además si el socialismo, en cuanto remodelación social y económica no podía desvincularse de la democracia era porque las reivindicaciones políticas «son la palanca con la que sacar de sus goznes a la antigua forma de la sociedad y las sociales son la cuña que se pone debajo para que la antigua sociedad no pueda recuperar su lugar». Socialismo y comunismo no son simples formas de organización social, cuanto «proceso activo de reorganización democrática» de la sociedad, sobre la base de la propiedad común de los medios de producción para cuya gestión iban a ser fundamentales diversas formas de trabajo cooperativo que, según Engels «ni Marx ni yo (lo) hemos puesto nunca en duda». Otra cosa son las dimensiones e interrelaciones de una economía cooperativista. En consecuencia, solo con matices y a partir de los años noventa puede hablarse en la socialdemocracia alemana de una primacía del Estado en el proceso de transición, que va acompañada precisamente por la pérdida de su tradición revolucionaria.

La defensa de Marx frente a Rodbertus, o Rodbertus-Lassalle en algunos casos, representaba en esas coordenadas la defensa de una perspectiva revolucionaria, basada en la unidad, aunque sea con matices, entre lucha política y lucha económica, frente al intento de separar el «socialismo económico» de toda intervención política en sentido revolucionario. Defender un punto de vista marxista significaba defender el socialismo revolucionario frente al socialismo conservador, si bien la simultánea crítica a las posturas anarquistas indica claramente que se trata de una revolución «legal» y fundamentalmente política.

### **Inicios del materialismo histórico**

El endurecimiento de la polémica entre las facciones repercutió en el tono y en el estilo de la revista. Evidentemente después de que Wilhelm Blos, diputado y antiguo colaborador de Liebknecht, además de director del semanario del partido en Berlín y cercano al ala derecha, tratara de modo positivo la nueva legislación laboral promovida por Bismarck en su columna titulada el *Panorama político*, cosa con la que ni Liebknecht, ni Bebel, ni Kautsky estaban de acuerdo, no podía continuar colaborando en la publicación. Kautsky insistió en que se trataba de una cuestión

de principios: o Blos o él, y forzó la suspensión de la sección.<sup>36</sup> Esta fue sustituida por un espacio dedicado a las noticias internacionales, escrito primeramente por Aveling, y posteriormente por Lafargue.

Con esa columna se eliminaban, sin embargo, los comentarios, aunque fueran muy superficiales, de la política práctica, reafirmando el carácter teorético y abstracto de la publicación. Que ésta no podía ni debía entrar en la política concreta, dado el estado de excepción, ni debía competir con los periódicos diarios, es cosa clara, pero el exceso de teoreticismo que de ahí se derivó o, si se prefiere, el específico método kautskyano de plantear los problemas políticos como si fueran problemas teóricos –dando un rodeo por la teoría– y a la vez históricos, pero nunca tácticos ni estratégicos y mucho menos ideológicos, reforzará su concepción de que la teoría es un reflejo, una reproducción fiel de una realidad estructurada por conjunción de elementos, impidiéndole entender las categorías como expresiones de procesos y relaciones y haciéndole imposible tener una concepción adecuada de lo que es la política. En sus años posteriores Kautsky seguirá siendo, como cuando era joven, un completo doctrinario.<sup>37</sup>

La práctica política queda desde entonces al margen de la publicación, llegándose a una especie de compromiso según el cual las cuestiones políticas del momento no se debatirán, excepto si son problemas de principio, como podría ser el de la relación entre «democracia burguesa» y democracia «proletaria» o la recuperación por la socialdemocracia de la tradición revolucionaria de 1848, en la que se va a incidir fuertemente. Pero hasta el año IV (1887) en que empieza a publicarse la crónica *Cuestiones parlamentarias*, no hay ninguna referencia a la política cotidiana.

<sup>36</sup> En carta a Bebel, Kautsky le critica porque «solo defiende la lucha económica contra el manchesterismo», razón por la cual los liberales le prefieren frente a corrientes más radicales, 8 de noviembre de 1884. *Corresp. B./K.*, p. 24.

<sup>37</sup> Bebel y Engels habían descubierto muy pronto el doctrinarismo del joven Kautsky y lo que este último llamaba sus dificultades para «desaprender» las muchas tonterías que le habían enseñado en la Universidad. *Corresp. E./B.*, pp. 228, 234. En carta a Adler, Bebel constata: «Kautsky no posee la más mínima comprensión para los problemas prácticos, mira como hipnotizado al objetivo y no tiene ningún interés ni comprensión alguna para todo lo demás», 6 de marzo de 1909, *Corresp. con V. Adler*, p. 495.



Con las temáticas cambiaron también los redactores. Éstos se reclutaron, cada vez más, en el círculo de *los marxistas*, empezando por un significativo aumento en el número de republicaciones y textos de Marx y Engels. Junto a ellos Paul Lafargue, Ossip Zetkin (marido de Clara Zetkin), Victor Adler, Edward Aveling, en colaboración con Eleanor Marx-Aveling, la hija pequeña de Marx; Jury Plejanov, Franz Mehring (a partir de 1888), Heinrich Cunow, Minna von Kautsky, la novelista madre de Kautsky, etc. Por el contrario desaparecen otros que habían colaborado en el primer o en los primeros números como Schramm, Max Quarck, y otros.<sup>38</sup> Entre los dirigentes políticos, Bebel aunque apoyaba decididamente la publicación, escribió muy poco para ella, y lo mismo puede decirse de Bernstein, temeroso de que su colaboración, estando exiliado y siendo director de un periódico clandestino, acarrearía problemas con la censura; Liebknecht prácticamente tampoco colabora hasta el final del periodo de excepción (1890).

Resumiendo pues, podríamos decir que el debate en torno a Rodbertus es una polémica contra el posibilismo que termina con la victoria de los marxistas, es decir de aquéllos que se presentan como seguidores de Marx y que cuentan con el apoyo de Engels. Esa victoria, claramente expresada en el ámbito teórico y en las publicaciones, no se amplía, sin embargo, a las cuestiones políticas cotidianas, ni logra definir la práctica política del partido que de hecho está en manos de la fracción parlamentaria y que organizativamente se rige por el programa. Factor importante del modo como se desarrolla y como termina es la superioridad teórica e intelectual de Kautsky y su específica

---

<sup>38</sup> Plejanov gozaba de gran aprecio entre la gente de Zúrich, entre los que se encontraba Bernstein para quien «es el único que no solo ha leído *El Capital*, sino que lo ha trabajado», carta a Kautsky, KDV 76. Este último afirma: «Cuando *Die Neue Zeit* se fundó en 1883, a la concepción materialista de la historia, incluido el marxismo en general y a pesar del *Manifiesto Comunista* y del *Anti-Dühring* de Engels, se le prestaba muy poca atención, incluso en los círculos socialistas y era todavía peor comprendido. A él contribuyeron Guesde y Lafargue, Axelrod y Plejanov», *Klassengegensätze*, Prólogo de 1908, *op. cit.*, p. 3. Entre los no-marxistas se situaba Quarck, a cuyos artículos la redacción añadía notas críticas como en el año III (1885) a los artículos «Sobre la historia de la huelga» y «La industria doméstica de Turingia». Engels despreciaba a ese personaje que se había ofrecido para traducir al alemán *Miseria de la Filosofía*. En carta a Bernstein, Engels dice: «Por las noches Marx me retorcería el pescuezo si aceptara que un servidor bocazas de los Hohenzollern y un conservador socialista de Estado le tradujeran», 13 de noviembre de 1883, *Corresp. E./Bernst.*, p. 232.

forma de plantear los debates, eliminando el espacio de juego del contrario, al que se etiqueta como equivocado, anticuado o simplemente errado. Su objetivo, aparentemente teórico, pero de hecho político, no es otro que preservar la organización de un eventual predominio de las corrientes posibilistas.

De ese modo sus intervenciones políticas en el espacio de la teoría, refuerzan la estrategia de Bebel, con el que colabora estrechamente a lo largo del decenio constituyendo algo así como el *pendant* ideológico de su estrategia política.<sup>39</sup> Pero por lo mismo los problemas de la estrategia revolucionaria bebeliana se transfieren al ámbito teórico, donde son resueltos previamente en una teoría compacta de la Historia. En consecuencia el que esa teoría, como algunos autores han puesto de relieve, cumpliera una función de integración habría que buscarlo no solo, o no tanto, en su propia articulación cuanto en el modo ideológico, y por tanto falso, en que pretendía resolver los problemas reales quizá del único modo en que era posible por el momento, es decir no planteándolos.

El objetivo depurador de Kautsky está expuesto con toda claridad en esta carta a Liebknecht: «Debemos clarificar aquellos puntos en que la socialdemocracia proletaria se diferencia del socialismo pequeño-burgués, agrario, del socialismo de Estado u otro y no debemos ocultar esas diferencias detrás de la crítica al manchesterismo. Este es mi punto de vista y desde esta posición dirijo mi atención en la crítica de las posiciones que dicen “estar próximas a nosotros”, como el rodbertusianismo, georgismo, el derecho al trabajo, etc., pues ahora son más peligrosas que el manchesterismo». No es demasiado sorprendente que esta ortodoxia no fuera bienvenida por aquellos sectores del partido, que estaban más ligados a las viejas corrientes, a los que preocupaba el excesivo control que ejercía Kautsky: «el dogmatismo se convierte en intolerancia» —se quejan a Liebknecht— «Al final K. K., como si fuera Marx II o todavía mejor que él, reinará solo... pero sobre el agua».<sup>40</sup>

<sup>39</sup> La relación entre Kautsky y Bebel que empezó siendo bastante distante en los años setenta fue estrechándose progresivamente, en especial tras la visita de Bebel a Londres en 1887 y gracias al apoyo que prestó a la revista. Casi interrumpida en los primeros años noventa, se afianzó posteriormente con el traslado de Kautsky a Berlín donde residía Bebel.

<sup>40</sup> Liebk. *Corresp. Soziald.*, T. II, pp. 747 y 802. Según Ragionieri, E., «el marxismo» de *Die Neue Zeit* resultará la conclusión lógica de una serie de etapas cuyos momentos

A finales de 1886 puede decirse que la crisis se había superado y que la revista se había convertido en bastión de los marxistas. Resueltas también las dificultades financieras de 1884 y olvidada la amenaza del editor W. Dietz de suspender la publicación, ésta se convirtió en la revista teórica oficial, y lo siguió siendo incluso tras la aparición de su competidora, los *Cuadernos socialistas mensuales* (*Die Sozialistische Monatshefte*) en 1897.<sup>41</sup> Hasta tal punto se la consideraba la revista oficial que al inicio del debate sobre el revisionismo Kautsky temió que solo por eso las posiciones de Bernstein pudieran ser tomadas como tesis oficiales, ya que se estaban publicando en ella. Esa y no otra fue la razón de que interviniera públicamente en el Congreso de Stuttgart para rebatirle, aunque fuera a costa de su amistad con él. Pero sobre el marxismo de su revista Kautsky no admitía bromas ni dudas. «Mientras yo la dirija –le dirá a Bernstein por las mismas fechas– seguirá siendo un órgano del marxismo, nada de eclecticismos a lo *Sozialistischen Monatshefte* o *Revue Socialiste*», e incluso apostilla: «*La Nueva Época* seguirá siendo lo que siempre ha sido, el órgano combativo del marxismo contra el liberalismo, el anarquismo y el sectarismo».<sup>42</sup>

Los artículos de 1886 marcan pues el final de la polémica con el socialismo de Estado sin que ni los textos que Kautsky publica en los años inmediatamente posteriores, redactados durante la estancia en Londres, ni los de Engels, provoquen conflictos. Incluso muestran cierta condescendencia con el antiguo contrincante al observar que «el feroz odio de Rodbertus contra el capital y el manchesterismo, su sagacidad para desenmascarar las tretas del otro y el carácter cortante y la dureza de sus ataques» contribuyen a darle un «carácter socialista». Lo que no impide que se trate de un socialismo reaccionario.

---

más relevantes fueron el reforzamiento del poder de Kautsky, la proximidad de éste con Engels y una tendencia decidida y caracterizada con precisión», *op. cit.*, p. 105.

<sup>41</sup> Esa otra publicación, dirigida por J. Bloch, era la continuadora de *Der sozialistische Akademiker* y en la polémica del revisionismo sirvió de base a esta corriente frente a *Die Neue Zeit*, exigiendo en repetidas ocasiones que se la considerara revista del partido en igualdad de condiciones con aquélla. Carta de J. Bloch a Bebel de 29 de octubre de 1901 en la que le insiste en que se sitúa «sobre el terreno común del socialismo» y «en cuanto a cuestiones políticas y sociales no hay ninguna diferencia con *Die Neue Zeit*», IISG, *Bebel Nachlass*, B, 68 c. En su juventud Miguel de Unamuno publicó algunos artículos en ella.

<sup>42</sup> Carta de 23 de octubre de 1898, K 78.

En cuanto a la economía política, por una parte se prosiguen los trabajos de corte empírico, con base en los datos de los inspectores de trabajo, al estilo de los que Marx había utilizado en Inglaterra en la elaboración de *El Capital*, y por otra se plantea la cuestión de la participación obrera en los beneficios del sistema capitalista, dicho de otro modo la cuestión de la relación entre salarios/beneficios, aumento de sueldos/productividad, y de sus efectos en el proceso conjunto de la producción capitalista.

A esa cuestión está dedicado el primer trabajo de Konrad Schmidt, titulado *La ley del valor y la tasa de beneficio* (1889) que marca un nuevo despertar de la economía marxista. Schmidt que había sido expulsado de varias universidades por ser socialdemócrata, se habilitó finalmente en Zúrich con un estudio sobre la relación entre valor y precio (precio de producción), siendo un precursor del famoso debate de la transformación de los valores en precios. Según declaración de Engels este trabajo le sirvió de acicate para la publicación definitiva del vol. III de *El Capital*, cuya urgencia era manifiesta. Otros trabajos analizan la relación entre concentración del capital y aumentos salariales, mostrando hasta qué punto las mejoras económicas de los trabajadores incidían en la perspectiva socialista y poniendo en cuestión la famosa teoría de la catástrofe. Hay que tener en cuenta que esto tuvo lugar a finales del decenio, cuando la situación represiva parecía que no podría sostenerse por mucho más tiempo, el movimiento obrero y el movimiento sindical se habían recuperado de los golpes recibidos en los primeros tiempos y la crisis –al menos la crisis política del sistema– se presentaba como inminente.

Por su parte Engels tematiza lo que viene en llamar «lo económico negativo», es decir cómo la falta de control y de dirección global de la producción, al menos en el modelo capitalista clásico, se manifiesta como «independencia del mercado». «El hombre de negocios –explica Engels– solo ve el movimiento de la industria y del mercado mundial en el reflejo invertido del mercado del dinero y de la Bolsa, donde los efectos se transforman en causas». Por consiguiente, se da una «autonomía del mercado» y en especial del mercado monetario que tiene mayores o menores efectos en la producción. Como consecuencia Engels desarrolla un modelo de materialismo histórico como dinámica compleja de instancias sociales relativamente autónomas, entre las que

se incluye naturalmente el «poder estatal»,<sup>43</sup> no fácilmente casable con las tesis unilineales de su discípulo Kautsky.

Según Engels en el materialismo histórico se trataría, primero, de una metodología de investigación para explicar la dinámica de las relaciones de clase, de las condiciones sociohistóricas de una situación dada, cuyo objetivo sería el de explicitar sus condicionamientos. Su máximo rendimiento estaría en la capacidad para explicar el surgimiento de los mecanismos de poder, en especial cuando tienen efectos políticos de gran envergadura como es el caso de Prusia para la moderna Alemania.<sup>44</sup> Esa concepción se presenta como reconstrucción de una dinámica social compleja en la que «hacemos nuestra propia historia, pero en primer lugar bajo muy determinados presupuestos y condiciones. Entre ellos los económicos son en último término los decisivos pues son los elementos «de la producción y reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos defendido nunca algo más». El que también esa teoría, por compleja que fuese, pudiera transformarse en frase –«todo se puede transformar en frase»<sup>45</sup>– era resultado de la estupidez y la ignorancia; en la vieja frase de Marx, resultado de «aquella pereza teórica» que Hegel se había olvidado de incluir entre los rasgos de la buena conciencia.

Por último también la socialdemocracia empieza a construir su propia historia. Ya Kautsky había emprendido en Londres su estudio de los precursores del socialismo como modo de separar la prehistoria de la historia del movimiento, de modo que la explicitación del pasado está

<sup>43</sup> Carta a K. Schmidt, 27 de octubre 1890, MEW, 37, pp. 480-490.

<sup>44</sup> Quizá por eso le pareció tan interesante el trabajo de Mehring, la *Lessing-Legende*, en el que éste había hecho del materialismo histórico «una guía para el estudio de la historia», y se podría añadir, de la historia reciente. «Kautsky y Ede [Bernstein] han hecho cosas que están muy bien, pero Mehring ha encontrado un tema especial: el rincón prusiano de la historia alemana». Carta de Engels a Bebel de 13 de marzo de 1892, *Corresp.*, p. 524.

<sup>45</sup> Carta a Bloch, 21 de septiembre de 1890, MEW, 37, p. 463 y carta a C. Schmidt, 5 de julio de 1890, ídem, p. 437. Entre la bibliografía relativamente abundante en los últimos años sobre este tema: W. Opitz, «Revolutionstheorie...»; Steinberg, H. L., «F. Engels», en *Deutsche Historiker, op. cit.*, pp. 263-274; Schmidt, A., «Historischer Materialismus in den späten Arbeiten von Engels», en *F. Engels 1820-1970*, pp. 221 y ss.; Alexander, D., Lance, E., «Grundfragen der materialistischen Geschichtsauffassung in F. Engels Altersbriefen», en *DZfPh*, 18, 1970, pp. 1193-1212, etc.

ligada a la interpretación y a la valoración del presente, en función del cual se establece precisamente lo que pertenece a este pasado y lo que le es ajeno. Como en todos los casos, la memoria, y en especial la memoria histórica, será en mayor medida elemento de la constitución teórica del presente que relato y descripción del pasado mismo.

### **Socialismo reaccionario, socialismo republicano-democrático y socialismo histórico (marxista)**

En la tarea de criba entre lo que pertenece a la auténtica tradición socialista y lo que debe ser rechazado por su proximidad al socialismo reaccionario o por su cercanía a un socialismo antiguo de corte radical democrático, la redacción de la revista y en especial Kautsky va a desempeñar un notable protagonismo, como muestra la sección de crítica de libros y las notas que acompañan a algunos artículos.

Ya en los primeros números una de las notas que más llaman la atención es la anotación a un artículo de A. Dulk, poeta y viejo socialdemócrata de aquellos que escribían en el *Estado del Pueblo* (*Volksstaat*), amigo de Liebknecht y miembro del partido desde 1871, posteriormente diputado, varias veces encarcelado y defensor del difuso socialismo que hemos visto antes. En dicha nota se señala la diferencia entre las posiciones de Dulk y las de la revista: «Nosotros estamos en el punto de vista de la concepción materialista de la historia. El Sr. Dulk, por el contrario, en el de la concepción *idealista*. Según él es el desarrollo *de las ideas* el que provoca el desarrollo *material*. Por el contrario, nosotros partimos del principio de que la vida espiritual del hombre, igual que la de los animales, está determinada por su entorno material y que el cambio de las relaciones materiales es lo que conlleva los cambios en las ideas». En consecuencia las posiciones de Dulk, que trataba nada menos que de la ley moral, defenderían una hegemonía de la ética incompatible con posiciones materialistas, si bien entendidas en el peculiar carácter natural (o naturalista) propio de Kautsky. Como muestra de su especial esquematismo es interesante constatar que el tal Dulk añadió una nota a su artículo protestando de que no se le admitiese como materialista, ya que se consideraba tal, si bien

entendía que la moral retroactuaba sobre las condiciones materiales, cosa que Kautsky negaba.<sup>46</sup>

El problema está en qué se entienda por *entorno material*. Para Kautsky éste se reducía a la naturaleza, de modo que el principio de la adaptación al medio debería permitir explicar los rasgos humanos aparentemente no naturales. De otra parte, el capitalismo habría roto la adecuación armónica al medio, introduciendo el caos en los comportamientos sociales y permitiendo aparecer el socialismo como recuperación de la armonía con la naturaleza y posible canalización racional de los instintos sociales. Mientras que para el socialismo democrático-radical el medio era el sistema sociopolítico del viejo régimen, o en su caso el nuevo sistema que la Revolución francesa había impuesto y que en Alemania no acababa de triunfar.

Engels introducía algunos matices, como muestra su empeño en rescatar viejos textos, entre otros un fragmento de *La Sagrada Familia* (1844) sobre el materialismo francés, al que añadió una nota explicativa relativa a la actualidad de la polémica. O aquel otro texto de 1850 contra los clubs conspirativos en Francia tras la revolución. Por último aparecieron también algunos escritos del propio Engels: un pequeño artículo comparativo de la situación inglesa en 1845 y 1885, el famoso «Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana», en que intenta recuperar para el marxismo la vieja tradición filosófica alemana. Engels morirá en 1895. De sus últimos trabajos solo *La crítica al Programa de Erfurt* se publicará en 1901, posteriormente a su muerte y en el contexto de la polémica revisionista.

<sup>46</sup> Año II, p. 402, «Yo también me adhiero a la posición materialista. Cualquier lector atento pienso que se dará cuenta de que mi artículo parte de una concepción materialista de la naturaleza, según la cual la vida espiritual parte de la base material y de su proceso y está determinada de modo que los cambios de la vida material conllevan cambios en las ideas. Sin embargo no se acierta a ver cómo esta concepción deba estar en contradicción con la influencia recíproca de la vida espiritual sobre su base, cosa que mantengo», Año II, p. 452. Dulk había sido recomendado a Liebknecht por Schweichel con la advertencia de que «se ha vuelto socialdemócrata del todo» y estuvo en el Congreso de Gotha representando a Stuttgart, *Liebk. Corresp. Soziald.*, T. I, p. 644. Carta de Dulk a Liebknecht en ídem, p. 333. En 1884 Kautsky consideraba una afrenta que este hombre se presentara a las elecciones representando a la circunscripción de Stuttgart. Carta a Engels, 15 de abril de 1884, *Corresp. E./K.*, p. 110. Sobre este personaje el interesante trabajo de Steiner, H., *Die Gebrüder Scheu, op. cit.* y Meyer, J. A., *Dulk, ein Achtundvierziger*, Marbach, Deutsche Schillergesellschaft, 1988.

Así pues, se puede decir que en los últimos años del decenio la discusión interna se pacifica, el marxismo se fortalece en las posiciones alcanzadas y no deja pasar oportunidad para anatematizar el capitalismo como paradigma de todos los males sociales, presentando la socialdemocracia como una alternativa global, de contornos forzosamente imprecisos. En los artículos de la revista hay sin embargo muy pocos por no decir ningún texto sobre las cuestiones reales del presente con excepción de algún autor de la generación más joven como Kampfmeyer. La discusión teórica oscila entre el análisis del pasado y la predicción optimista de un futuro completamente distinto, pero los análisis que podríamos llamar «políticos» en el sentido estricto del término se ocupan o bien de cuestiones de legislación o de temática parlamentaria. En cuanto al espectro de las relaciones sociales está totalmente ausente.

Qué duda cabe que en el ámbito económico resultaba difícil teorizar sobre los nuevos fenómenos y sobre los rasgos distintivos de una situación como la alemana de finales de siglo. Y aunque es cierto que desde 1885 se observa un mayor dominio de la terminología marxista y un mayor acercamiento, inclusive en las propuestas bibliográficas, a los temas económicos de Marx, prevalece una orientación empirista, con gran aporte de datos empíricos y estadísticos, sin que quepa hablar de una elaboración alternativa de lo económico. La publicación o mejor dicho, la presentación de algunos textos de los T. II y III de *El Capital* no altera sustancialmente lo dicho.<sup>47</sup>

Lo paradójico es precisamente que a la vez que se cortan los puentes con la economía política tradicional, los nuevos problemas económicos, en especial aquellos que están relacionados con la temática sindical y con los fenómenos de un capitalismo organizado, sigan siendo analizados desde la perspectiva de la economía política clásica (A. Smith, Ricardo) y con un enfoque positivista. Y que especialmente en ese ámbito el tono crítico frente al capitalismo casi se reduzca a la repetida y constante expresión de seguridad en su final.

---

<sup>47</sup> Con motivo de la publicación del T. II, el propio Kautsky publicó algún artículo pero es de destacar que en ellos advierte: «Algunas expresiones del T. II nos dejan insatisfechos. Si el libro I es en cierto sentido un todo cerrado, el T. II solo es una introducción al III, el libro puede decepcionar a los que buscan un manual para la agitación». *Die Neue Zeit*, Año IV, 1886, pp. 158, 164.



La nueva realidad social aparece en los entresijos de ese discurso, en las notas colaterales, donde se da constancia de los fenómenos sociológicos nuevos, o en anotaciones recogidas de las revistas oficiales. Es precisamente en estos artículos donde se tratan cuestiones como el aumento de los estudiantes y el paro o subempleo de los jóvenes estudiosos, el tema del trabajo femenino y de la incorporación laboral de las mujeres, cuestiones relacionadas con las condiciones de trabajo en la industria o proyectos de legislación laboral.<sup>48</sup> También marginalmente se toma nota de los avatares económicos, del colonialismo, de los nuevos descubrimientos científicos y técnicos o de los progresos de la ingeniería. Pero esos fenómenos no inciden, al menos por el momento, en la caracterización del capitalismo, y en el pronóstico de su rápida desaparición.

El materialismo histórico así construido, amparado en la publicación y republicación de «los grandes», reforzado por la autoridad de Engels, sustentado en la actitud antirreformista del ala izquierda del partido y en el peso de los dirigentes que pertenecen a ella, se muestra capaz de explicar la crisis económica y el malestar que vive Alemania durante los setenta y gran parte de los ochenta. La crisis económica, el endurecimiento de la lucha de clases, incluida la lucha sindical en los últimos años del estado de excepción, el carácter del Estado bismarckiano como instrumento de opresión en las manos de una minoría dominante, como se observa en las contiendas electorales en que la socialdemocracia, prohibida, aumenta el número de votos frente a los partidos legales, generan esperanzas de emancipación en los sectores obreros y en los estamentos amenazados por el proceso de industrialización, que se plasman en la imagen del socialismo.

En ese marco el marxismo en cuanto doctrina de resistencia representa la otra cara, la cara ideológica, de la resistencia social, ofreciendo paradójicamente con su teoría de la necesidad del socialismo, la mejor explicación de la situación real, en un momento en que, políticamente, los sectores socialdemócratas están expulsados del ámbito político, y en que económicamente los sectores obreros no encuentran su ubicación, ni como productores ni mucho menos como consumidores en el marco del sistema.

---

<sup>48</sup> Entre otros, los artículos de Bebel «Im freien Reich», en Año III, p. 164. Artículos sobre los informes de los inspectores de trabajo, ídem, VI, pp. 481 y ss., 529 y ss.; VII, pp. 39 y ss., 74 y ss., 255 y ss., etc. También V. Adler, M. Quarck y K. Kautsky se ocuparon de este tema.

De ese modo los factores típicos de la Alemania bismarckiana: necesidad de una revolución, impotencia objetiva y radicalización política, hallan su expresión más adecuada en un discurso que las engarza en un proyecto de futuro. Este no es otro que el de una transformación en profundidad de la sociedad, cuya necesidad vehicula, pero cuyos modos deja en suspenso en virtud de la imprevisibilidad de lo contingente. Como decía Bebel «con el azar no se puede contar». Kautsky, más doctrinario, llegó a pensar que no existía o cuando menos que para un teórico, era despreciable. Marx, por el contrario, ironiza en carta a Kugelman sobre la «necesidad universal»: «Sería muy cómoda de hacer la historia universal si la lucha solo se emprendiera en condiciones de resultado favorable. Además, sería de naturaleza muy mística si las “casualidades” no jugaran ningún papel».<sup>49</sup> Esas casualidades se combinan y se entrelazan en el tejido de la historia.

El marxismo así construido ofrece a la organización una doctrina explicativa de la situación del partido proletario como partido contrapuesto al resto de la sociedad burguesa y forma parte del proceso de independización y de constitución de un partido obrero independiente frente a los demás partidos y fuerzas sociales. Al margen de las cuestiones de táctica que, como hemos visto, juegan un papel tan importante en el debate ideológico, el debate mismo contribuye a fortalecer el aparato ideológico de la nueva formación, separándolo y diferenciándolo de las posiciones doctrinales de los demás.

Y dado que esa necesidad estaba reforzada por la dureza de una situación que impedía toda colaboración, incluida la teórica, se traduce en una práctica teórica defensiva que rechaza cualquier contribución que no venga del lado «bueno», que rehúsa todo intento de simpatizar con corrientes extrañas, que tiene que estar precavida contra toda intervención solapada del bando contrario, y que se escuda en la glorificación de su propia tradición, en este caso sus textos y personajes: en especial Marx y Engels.

Surge así una ortodoxia marxista cuyo principio de unidad es la idea de que ha llegado el momento del socialismo y cuyo criterio de verdad es la adecuación con este principio. Esa ortodoxia sirve de criterio de orientación política frente a los problemas derivados de una situación

---

<sup>49</sup> MEW, 33, p. 209.

histórica difícil de interpretar y no siempre preexplicada en los textos clásicos, evitando la desorientación. Y a la vez, en la medida en que la discusión política se hace públicamente imposible durante el periodo de excepción, funciona como elemento de salvaguardia contra todo intento de reforma y como sustitutivo de un debate sobre los modos y maneras del famoso cambio, crac o revolución. Aunque retrasado, ese debate estallará finalmente en la famosa polémica sobre el revisionismo, ya a finales de siglo.



Asamblea de trabajadoras en Berlín. Dibujo de Karl Koch, 1890.

## Capítulo 10

# El axioma de la necesidad histórica

### **Entre el rechazo y la integración: la socialdemocracia legal**

En enero de 1890 el Parlamento decidió por fin no prolongar la ley de excepción y convocar unas elecciones en las que la socialdemocracia consiguió un éxito impresionante. Por cantidad de votos recogidos se convertía en la primera fuerza política del país, aunque dada la composición de la Cámara le correspondiera solo un tercio de los escaños. Entre huelgas, manifestaciones y festejos, a partir del 1 de octubre la organización volvía a ser legal.

Bismarck tuvo que retirarse y el balance que la socialdemocracia hizo del periodo de excepción –pues había que hacer un balance– fue todo lo exultante que imaginarse pueda. Bismarck había intentado una contrarrevolución preventiva, que había fracasado a pesar de los años de represión, cárceles y exilio. La socialdemocracia se había mantenido, se había cohesionado y aumentado. Pero Bismarck dejaba una pesada herencia, la inquietud de una revolución difícil de impulsar y el fantasma de un nuevo estado de excepción. Ambos siguieron gravitando sobre la organización que se cuidó muy mucho de emprender ninguna acción ilegal.<sup>1</sup>

Recién vuelta la normalidad, empezaron las discusiones para el nuevo programa. Primero en Halle y luego en Erfurt, la socialdemocracia se esforzó por elaborar un programa adecuado a la nueva situación. Su primera y fundamental tarea era proseguir con la táctica de

---

<sup>1</sup> Sobre el análisis del estado de excepción y la fragilidad de la nueva situación, *Actas del Congreso de Halle* (1891), Bebel, «Zum ersten Oktober», *Die Neue Zeit*, Año IX, pp. 3 y ss.; Auer, I., *Nach zehn Jahren*, Núremberg, 1913. El miedo a una posible ley de excepción aparece repetidamente en los años 90 en las cartas de Bebel a Engels, *Corresp. E./B.*, p. 506.

participación electoral y parlamentaria, aunque solo fuera por motivos de agitación. Además, se reforzó la labor en el movimiento sindical, importante sobre todo como base de masas, y se incrementó el apoyo a las huelgas obreras.

En ambos congresos apareció el problema de «los jóvenes». Eran éstos un grupo de militantes jóvenes, pertenecientes a las organizaciones de Berlín y Marburg, que se habían creído las frases radicales del periodo de excepción y exigían urgentemente medidas más drásticas. Al principio contaron con el apoyo de algunos sectores obreros, también impacientes por hacer algo. En Halle (1890) este grupo, que estaba muy débilmente representado, sufrió un descalabro; en Erfurt, un año después, fueron definitivamente expulsados, bajo la acusación de anarquismo.<sup>2</sup> Engels que temía cualquier paso precipitado, estuvo de acuerdo en el tratamiento del problema, dado que esos «jóvenes» le parecían gente vocinglera que podía estropear la marcha de las cosas, en un momento en que el avance pausado del movimiento se estaba convirtiendo en algo realmente imponente. Así pues, aunque sugirió que no se tomaran medidas administrativas, no mostró ninguna simpatía por ellos, tratándolos despectivamente de «alborotadores». Lo único que sentía era que la actuación de la fracción parlamentaria contribuyera a darles argumentos.<sup>3</sup>

Los puntos decisivos del nuevo debate eran el tema de la violencia y en especial las medidas a tomar con los sectores reacios a una transformación socialista. En cuanto al primero, los socialdemócratas

<sup>2</sup> En Halle, los presuntos «jóvenes», más o menos apoyados por Vollmar, se mostraron desconfiados frente a la fracción, criticaron la política parlamentaria y denunciaron amagos de corrupción como el que los cargos internos se fijaran ellos mismos los sueldos, que controlaran la caja, etc. *Actas*, pp. 14, 42 y ss., etc. La prensa burguesa habría aprovechado estos incidentes para hablar de división en el partido. Ver el relato que Eleanor Marx-Aveling hizo a Engels en Gemkow, H., «Zwei Briefe Eleanor...», pp. 1.201 y ss. Steinberg, H. J., *Sozialismus...*, p. 65. Sobre este tema Moler, D., *Idealismus und Revolution. Zur Opposition der Jungen gegen den Sozialdemokratischen Parteivorstand 1890 bis 1894*, Berlín, 1975.

<sup>3</sup> En el partido muchos les consideraban «jóvenes estudiantes o literatos...» como los que hubo antes de la ley de excepción y les comparaban con Most. Congreso de Halle, *Actas*, pp. 54, 101, etc. Steinberg, H. J., «F. Engels revolutionäre...», p. 122. Engels los desautorizó oficialmente en «Antwort an die Redaktion», MEW, 22, p. 68 y *Corresp. E./B.*, p. 397. En otra carta dice: «Tratar con tales insectos no es ningún placer», ídem, p. 461, pero en carta de 9 de agosto de 1890 a Sorge añade: «Ahora... eso (la oposición) no habría que prohibirlo. El partido es tan grande que la absoluta libertad de los debates es en él una necesidad», MEW, 37, p. 440. Carta a Liebknecht, *Corresp. M.-E./L.*, p. 376.

se resistían a aceptar la necesidad de la violencia, a pesar de que no ignoraran cómo el poder la usaba en su beneficio. Ya en una vieja carta a Bloss, de los años setenta, Engels le había explicado lo absurdo de una crítica de principio contra la violencia: «Críticar la violencia como algo despreciable en sí, cuando todos sabemos que a fin de cuentas sin violencia no hay nada que hacer».<sup>4</sup>

Visto en su concreción, el tema de la violencia es un «problema fáctico», que supone un ejercicio de fuerza por parte de uno de los contendientes que desequilibra, aunque en ocasiones sea solo momentáneamente, el campo de juego. Mientras que desde un punto de vista general, o si se prefiere desde la perspectiva de la violencia en la historia, es una cuestión estructural que hunde sus raíces en la distancia entre economía y política. En este segundo aspecto, y Engels insiste más en él que en el anterior de la facticidad, si los actos violentos, de violencia revolucionaria que es de lo que en último término se trata, tienen eficacia histórica es porque rompen la resistencia de los sectores retardatarios que se oponen a ella.

Pero Engels está operando con un modelo binario según el cual la violencia regresiva solo puede mantenerse coyunturalmente, ya que entra en contradicción con la dinámica económica y se supone que no es posible una adecuación o un «travestismo» de los viejos privilegios en las nuevas necesidades. Y así, aunque insista en que una organización revolucionaria nunca pueda renunciar de antemano al uso de la violencia pues el que haya que recurrir a ella solo depende de la resistencia del enemigo, pensaba que por el momento la situación en la Europa de la época no era tan desesperada como para forzar esa solución. Además de un juego de acción/reacción y de un aprovechamiento de la coyuntura, había una posición de principio: «Ningún partido ha renunciado nunca al derecho a la resistencia armada *bajo determinadas condiciones* sin mentir. Ninguno ha podido renunciar nunca a este derecho extremo, otra cosa es que de momento “pueden estar tranquilos, podemos esperar”».<sup>5</sup>

En los textos de los noventa, Engels insiste en su convicción de que «ellos dispararán primero», aunque añade que los socialistas sabrán responderles. Quizá en ningún momento, ni siquiera en la discusión

<sup>4</sup> Carta de 21 de febrero de 1874, MEW, 33, p. 617.

<sup>5</sup> *Corresp. E/B.*, p. 194.

a propósito de la *Introducción* de 1895 a *La lucha de clases en Francia*, quizá ni siquiera entonces llegó a comprender lo lejos que les quedaba a esos socialistas la perspectiva revolucionaria. En los últimos años seguía quejándose de la ceguera de Liebknecht para los matices: «Estoy de acuerdo contigo en que por el momento debemos presentarnos lo más pacífica y legalmente posible y debemos eliminar cualquier pretexto para un conflicto. Pero tus filípicas contra la violencia en cualquier forma que sea y en cualquier circunstancia, las considero fuera de lugar, primero porque nadie te creerá –tan tontos no son– y segundo porque según tu teoría, Marx y yo seríamos anarquistas».<sup>6</sup>

Problema ligado a éste es el de qué medidas de «presión» deban ejercerse en el caso de una transformación socialista que se desarrolle sin violencia o con muy poca. Esta cuestión afecta fundamentalmente al tema de los campesinos. En sus notas a propósito de Bakunin, Marx opinaba que «el campesino propietario no pertenece al proletariado e incluso allí donde de acuerdo con su situación pertenece a él, no tiene conciencia de ello.... como gobierno hay pues que tomar medidas que favorezcan directamente la situación del campesino, de modo que se le gane para la revolución: pero medidas que en germen faciliten el paso de la propiedad privada del suelo a la propiedad colectiva, de modo que el campesino económicamente llegue por sí mismo a eso; pero no hay que machacarle la cabeza proclamando la eliminación del derecho de herencia o la eliminación de su propiedad».<sup>7</sup>

Dado sin embargo que según Kautsky el problema se resolvería espontáneamente por la tendencia capitalista a la concentración y a la capitalización del campo, tanto él como Bebel seguirán entendiendo el socialismo como solución democrática de la cuestión social, si se prefiere como culminación de la democracia burguesa, en un esquema en el que incluso el tema de las expropiaciones pierde importancia,

<sup>6</sup> Carta a Liebknecht, 9 de marzo de 1890, *Corresp. M.-E./L.*, p. 367 y «Der Sozialismus in Deutschland», MEW, 22, p. 251. La discusión es bien conocida, ya que este texto sirvió de base a la polémica del revisionismo. Steinberg, H. J. «Revolution und Legalität», *op. cit.* donde se publica la famosa carta a Fischer, reproducida en MEW, 39, pp. 424-426, y Opitz, W., «Die Weiterentwicklung der marxistischen Revolutionstheorie durch F. Engels (1883-1895)» en *M. Digest*, núm. 4, 1970, pp. 565-588. Sobre la situación creada por el proyectado «Decreto contra la subversión», *Corresp. B./E.*, *op. cit.*, pp. 788 y ss.

<sup>7</sup> MEW, 18, p. 633.



pues «si el proletariado tiene el poder político no necesitamos expropiar; los empresarios se lanzarán entonces hacia nosotros, es decir el gobierno revolucionario, para entregarnos sus establecimientos en condiciones razonables». <sup>8</sup> La estatalización de la producción se extendería así más o menos continuadamente al conjunto de la producción, incluyendo la producción privada que pasaría a depender del Estado sin mayores dificultades.

Matices aparte, la táctica pues se mantuvo incólume y por tal hay que entender las normas de actuación política establecidas más de diez años atrás, al principio del estado de excepción: resistir, tanto frente a los enemigos internos como frente a los externos, y evitar las provocaciones que pudieran poner en peligro un avance constante y sostenido, cuyo barómetro eran los triunfos electorales y el éxito en la actividad parlamentaria. Repitiendo las palabras del Bebel de entonces, «mantener la sangre fría» y concentrarse en la agitación electoral como modo más seguro y viable de seguir ganando adeptos. <sup>9</sup>

Engels ciertamente tenía sus reticencias frente a la reducción de la acción política a la actividad parlamentaria y reprobaba algunas actuaciones, pero en general compartía la actitud de «prudencia política» adoptada. «Tenías mucha razón —dice en carta a Bebel ante las previsibles provocaciones con motivo del Primero de Mayo de 1890— en preparar las cosas de tal manera, que no hubiera conflictos. En las condiciones actuales Alemania tenía que actuar en el Primero de Mayo de un modo más tímido que otros países». <sup>10</sup> La diferencia estaba en que Engels interpretaba como una adecuación coyuntural a las condiciones del momento, lo que se estaba convirtiendo en norma general de la actividad partidaria. Como prueba baste aducir algunos párrafos de una carta suya a Laura Lafargue, la hija de Marx: «En Alemania las cosas se están poniendo serias;

<sup>8</sup> Carta a Bernstein, KC 138.

<sup>9</sup> «La agitación con motivo de las elecciones generales y la actividad de los diputados electos en el Parlamento ha sido en mi opinión el medio de agitación esencial y más importante para el gran desarrollo de nuestro partido bajo la ley antisocialista», Congreso de Halle, *Actas*, p. 33.

<sup>10</sup> *Corresp. E./B.*, p. 390. Carta a Sorge, MEW, 37, p. 380. Las controversias sobre cómo convocar el Primero de Mayo muestran hasta la saciedad el miedo a las medidas represivas de los patronos que están deseosos de despedir a más de uno, y alimentan la esperanza revolucionaria: «Crisis y reforma social se llevan mal», dice Bebel en carta a Engels, de 7 de marzo de 1890, *Corresp. E./B.*, p. 383.



hemos terminado con la ley de excepción, pero quizá en lugar del pequeño estado de excepción, tendremos el grande y recibiremos cañones en vez de expulsiones; las cosas van muy bien, pero nos esperan momentos agitados y todo depende de que nuestra gente no se deje provocar a un levantamiento. ¡En tres años podemos tener a los trabajadores del campo, que son la defensa de Prusia y entonces... fuego!».<sup>11</sup>

En esta coyuntura el programa debía servir para clarificar los objetivos. El viejo programa de Gotha (1875), hecho en las condiciones que hemos visto, había quedado anticuado si es que no lo estaba ya entonces y desde hacía tiempo se sentía la necesidad de nuevas directrices. La comisión nombrada en St. Gall (1888) e integrada por Bebel, Liebknecht y Auer, se excusó por no haber podido elaborar todavía un borrador, aunque se comprometía a tenerlo listo en breve plazo. Mientras, en Halle (1890), Liebknecht esbozó una propuesta que oscilaba entre la defensa de su vieja tesis de que «el trabajo es la fuente de toda riqueza» y la insistencia en la «necesidad histórica». El programa lo redactaron al final entre Kautsky y Bernstein, el primero la parte teórica y el segundo la práctica. Con ello el marxismo quedó convertido en la teoría de la socialdemocracia, con la que ésta legitimaba su actuación política.<sup>12</sup>

Kautsky no formaba parte de la comisión; pero ya desde finales de los noventa quería intervenir a toda costa y aprovechó que el proyecto redactado por Liebknecht fuera rechazado para presentar un primer esbozo. Tampoco éste contó con la aprobación de sus colegas, por lo que el joven Kautsky publicó su boceto en *La Nueva Época* (*Die Neue Zeit*), acompañándolo con un análisis teórico detallado del proyecto oficial y apoyándolo con los textos de los programas ya aprobados por partidos afines: el francés, el austriaco y el español.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Carta a Laura Lafargue de 14 de marzo de 1890, MEW, 37, p. 368.

<sup>12</sup> Congreso de Halle, *Actas*, pp. 158 y ss. Según Eleanor Marx-Aveling, asistente al congreso, «Liebknecht... ha dicho una increíble cantidad de tonterías, junto a algunas frases muy bien dichas y de mucho efecto», «Zwei Briefe...», *op. cit.*, pero la mayoría de los delegados aplaudieron mucho y pidieron que el discurso fuera impreso como folleto, lo que indica que debió gustarles. Diversas referencias parecen indicar que estas noticias movieron a Engels a buscar entre sus papeles la vieja crítica de Marx al Programa de Gotha y hacerla pública. Sobre la participación de Kautsky, cartas a Bernstein, *Corresp. K./Bernst.*, KDV, 165, 168.

<sup>13</sup> Sobre todo este asunto Bartel, H., «Die Interne Juni-Entwurf...», pp. 292 y ss. En Halle Liebknecht había hecho un llamamiento explícito a los teóricos del partido

Si bien en Halle se había insistido en la necesaria continuidad entre los puntos programáticos y las reivindicaciones inmediatas, cosa con la que Kautsky, al menos en principio, parecía estar de acuerdo, el proyecto ahora presentado no había sido elaborado conjuntamente entre Bernstein y él. Cada uno lo había trabajado por su cuenta y, aunque en opinión de Bernstein «no había diferencias entre ellos», el resultado no está bien conjuntado. Entre los presupuestos teóricos, excesivamente duros y doctrinarios, y las reivindicaciones prácticas hay un salto no siempre fácil de colmar, aumentado si cabe por el rechazo explícito a introducir medidas cualesquiera «de transición». Las reivindicaciones concretas, punto muy difícil de precisar dada la situación política y la «imprevisibilidad de la revolución socialista» se sustituyen por resoluciones de carácter general. Pero, dado que las reivindicaciones inmediatas incidían en mayor medida en la actividad práctica del partido que sus presupuestos teóricos, éstos quedaron como rasgos fundamentales o generales, que no había por qué reformular pero a los que tampoco había que ajustar estrictamente la actuación partidaria.

En la preparación del texto Kautsky se había atenido fundamentalmente al capítulo 24, parágrafo 7 del Tomo I de *El Capital* en el que se habla de la acumulación capitalista,<sup>14</sup> absolutizando la tendencia a la concentración del capital y a la proletarización progresiva de las fuerzas del trabajo como necesidad histórica. Eso daba un armazón histórico-teórico a la política partidaria pues se suponía que no había más que acentuar y aprovechar esas tendencias para que su radicalización provocara el colapso de la sociedad capitalista. Esta conceptualización coincidía además punto por punto con la imagen intuitiva del «colapso» capitalista, comentada anteriormente.

En la presentación de su propio esbozo, bastante conciliador, Kautsky criticaba el proyecto oficial porque presentaba como un hecho la separación de la sociedad en dos clases: poseedores de los medios de producción y asalariados, lo cual en su opinión no era un hecho sino

---

«quienes tienen que formular científicamente nuestras reivindicaciones», *Actas*, p. 166. *Die Neue Zeit*, Año IX, 1891, pp. 506 y ss. Según Engels el programa español era «en muchos aspectos muy bueno», «Zur Kritik des Soziald....», MEW, 22, p. 238.

<sup>14</sup> El parágrafo en cuestión, al final del cap. 24, incluye la famosa frase sobre «la expropiación de los expropiadores» y es uno de los más fáciles de interpretar en sentido hegeliano. Programa de Erfurt, prólogo de 1904, *op. cit.*, p. 12.

solo una tendencia de la sociedad capitalista. Tal presentación debía pues sustituirse por una explicación que podríamos llamar «histórica», es decir que dedujera la existencia de las dos clases de la evolución de la acumulación capitalista y de sus efectos sociales.

Pero lo interesante de ese cambio de perspectiva es que le permite «naturalizar» el comunismo, es decir presentarlo no como un objetivo político de una actuación partidaria, sino como algo «deducido directamente, como una necesidad que se deriva de la tendencia histórica de la forma de producción capitalista». Comunismo equivale así a «modo de producción socializado», cuyos caracteres de emancipación se dan por sentados.

Algo más adelante Kautsky insiste en la misma idea: comunismo equivale no solo «a supresión de la propiedad privada de los medios de producción, sino también a la supresión de la producción de mercancías», inaugurando un sistema de producción solamente «para el consumo». Ahora bien, «naturalizar» la política hasta sus últimos extremos, implica hacer del partido mero ejecutor de unos objetivos que se supone que están dados objetivamente por la «revolución técnica», que caracteriza la nueva fase del capitalismo. Paradójicamente a esa teoría pasiva del conocimiento y de la acción lo llamaba Kautsky «unidad de teoría y praxis» y veía en ella no solo lo característico del marxismo sino la gran acción de Marx y Engels, que habían sabido llenar «la separación artificial existente entre socialismo teórico y movimiento obrero político práctico». Con ello quedaban científicamente fundadas las aspiraciones socialistas, ya que según Kautsky: «Marx demuestra que el objetivo del socialismo no es algo arbitrario, ni un principio eterno, sino algo naturalmente producido por el desarrollo del moderno sistema productivo».<sup>15</sup> Bastaría tomar conciencia de la tendencia histórica a la socialización de la economía y convertirla en objetivo político para que todo el problema estuviera resuelto y la actitud partidaria de la socialdemocracia quedara fundamentada.

Engels actuó de una manera muy típicamente suya. Primero mandó a Kautsky la vieja *Crítica* de Marx al Programa de Gotha para que la publicara en la revista con lo que se armó el consiguiente revuelo pues

<sup>15</sup> «Der Kongress zu Erfurt», *Die Neue Zeit*, año X, 1891-1892, p. 167. «Das Elend der Philosophie...», ídem, Año IV, 1886, p. 15. F. Engels, *op. cit.*, p. 33.

quedó claro que en aquel momento no se habían seguido las directrices de Marx, y que inclusive se lo había menospreciado.<sup>16</sup> En la medida en que la *Crítica* atacaba a Lassalle –como ya sabemos Engels era un obseso del mito Lassalle– replanteaba viejos problemas que todos tenían el máximo interés en olvidar. Así el enfado de Bebel fue subiendo de tono, primero porque se sacaran de nuevo estas viejas historias, segundo porque se ponía en cuestión la propia historia del partido y su pasado, tercero porque Engels seguía de vez en cuando interesado en meter cizaña donde ya solo quedaban cenizas.<sup>17</sup>

Liebknecht intentó evitar la publicación del texto, pero no lo consiguió porque Kautsky se movió con suficiente presteza y el veto de Liebknecht llegó demasiado tarde. Kautsky y Bernstein, sin embargo, no acababan de entender todo el revuelo, pues en el fondo aquello era agua pasada. Según Bernstein «lo que Marx dice de Lassalle tampoco es tan terrible»<sup>18</sup> y para Kautsky, que asumió la responsabilidad del paso, «si el número de los “específicamente lassalleanos” se había reducido mucho, estaba viva todavía entre todos los camaradas del partido, más aún entre las masas que entre los dirigentes, una fuerte adoración por

<sup>16</sup> *Die Neue Zeit*, Año IX, pp. 561 y ss. Que Engels era consciente de la que se iba a armar lo demuestra su carta a Sorge: «En el núm. 17 de la *Neue Zeit* hay una bomba. La crítica de Marx al proyecto programático de 1875. Tú te alegrarás pero a muchos en Alemania les provocará ira o desconcierto», 17 de enero de 1891, MEW, 38, p. 12.

<sup>17</sup> En carta a Kautsky, Bebel le recrimina: «Yo conozco bien el influjo de Lassalle... Tú como teórico y dogmático sobrevaloras a los teóricos de igual manera que infravaloras a los prácticos... *Estoy convencido de que el propio Marx no habría estado nunca de acuerdo en publicarlo así*», 26 de marzo de 1891, *Corresp. B./K.*, pp. 76-77; y correspondencia con Engels en la que le dice que ha retrasado el escribirle porque estaba «muy enfadado» y si hubiera sabido el contenido de la nota no habría dejado que se publicara (30 de marzo de 1891), *Corresp. E./B.*, p. 407. Engels en su respuesta intentó ganar tiempo y ya casi un mes más tarde le explicó cómo, en el fondo, no iba contra él, sino contra Liebknecht, que nunca había entendido nada, pero que no pensaba «permitir que la falsa fama de Lassalle se mantuviera a costa de Marx y se siguiera predicando [...] Se ha dado un ejemplo de cómo Marx ha agarrado por los pelos al santo Lassalle y con esto es bastante», cartas de principios y del 25 de abril de 1891, *Corresp. E./B.*, pp. 410 y ss. y carta de Engels a Kautsky de 11 de febrero de 1891, *Corresp. E./K.*, p. 277. Sobre la recepción del texto, Kösling, P., «Wirkungsgeschichte der Kritik...», BzG, 26, 1985, pp. 759 y ss.

<sup>18</sup> *Corresp. K./Bernst.*, KDV, 144, 145, 146, 147, 148 y KC 81, 82, 84. Unos meses más tarde Bernstein publicó las primeras entregas de un estudio sobre Lassalle en el que la sola mención de que había padecido sífilis provocó la ira de los próceres. Durante la polémica del revisionismo Bebel se negó a que Bernstein escribiera la biografía de Engels, por miedo a que le maltratara «como había hecho con Lassalle», *Corresp. E./B.*, pp. 432 y ss.

la brillante personalidad de Lassalle, el fundador del partido, el autor de los primeros escritos eficaces de agitación que no habían perdido todavía nada de su fuerza. Pero probablemente las filas de los “específicamente marxistas” estaban en nuestro partido todavía más escasamente pobladas que las de los “específicos lassalleanos”. Hacía muy pocos años que Bernstein y yo nos habíamos abierto camino hasta un marxismo consecuentemente claro. Pero nuestro trabajo de ilustración durante la ley antisocialista todavía no había podido llegar a las masas. Y éstas se quedaron medio espantadas ante la crítica sin concesiones que se hacía allí de repente a su querido héroe». <sup>19</sup>

Además de la nota, Engels publicó en la revista otros artículos de temática económica con el objetivo claro de reforzar la autoridad de Marx frente al siempre temido «socialismo de Estado». E inicialmente se pronunció también en contra del proyecto de Kautsky, aunque al final acabó por defenderlo. <sup>20</sup>

Posteriormente Kautsky volvió por dos veces sobre la historia de la intervención de Engels. Primero durante el debate del revisionismo, al definir su posición y no la de Bernstein como la auténticamente marxista, o sea como aquélla que Engels hubiera defendido. Segundo ya en los años treinta, cuando de nuevo tuvo que defender su relación con Engels frente a los ataques del marxismo-leninismo contra su interpretación de Marx y del marxismo. <sup>21</sup>

---

<sup>19</sup> «Zur Geschichte der Marxschen Programmbriefe von 1875», en *Die Gesellschaft*, 1932, p. 435 y la correspondencia entre Engels y Kautsky por estas fechas, *op. cit.*, pp. 268 y ss. Cartas de Kautsky a Bernstein en las que le explica su situación: «Tú sabes mejor que nadie lo que es estar solo en un cargo de responsabilidad», KC 81. Unos días después le asegura que está preparado para que le destituyan como director o le degraden, pero asegura que si el texto no se hubiera publicado, habría presentado la dimisión, KC 82.

<sup>20</sup> Son del mismo año los prólogos a «Umrisse zu einer Kritik der Nationalökonomie» y a «Der Bürgerkrieg in Frankreich» y los artículos «Im Sachen Brentano contra Marx» y «Zur Urgeschichte der Familie». En carta a Bebel de 1 de octubre de 1891 aprueba su decisión de defender el proyecto de Kautsky y le señala los cambios que le ha sugerido introducir, *Corresp. E./B.*, p. 441 y *Corresp. E./K.*, pp. 307 y ss. Para un análisis comparado de los diferentes proyectos, Gilcher-Holtey, *Das Mandat.*, Anexo.

<sup>21</sup> El texto antes citado «Zur Geschichte...» es una muestra más de esta polémica que en el aspecto formal se dirige contra Riazanov al que acusa de manipular los textos, aunque políticamente está enfilada contra el stalinismo. Ya desde finales de los setenta, Kautsky había manifestado que sus concepciones eran idénticas a las de Marx, postura que hará

Evidentemente en ambos casos se trata de una polémica política, aunque recubierta por elementos ideológicos y por el recurso a la autoridad. No obstante hay matices distintos. Bernstein había residido en Londres a partir de 1888 y había gozado de la confianza del viejo Engels tanto o más que el propio Kautsky, si bien la relación entre ambos –Engels era mucho más viejo y estaba enfermo y encerrado en el círculo de los que le cuidaban– no tuvo el carácter de relación maestro-discípulo que había tenido con Kautsky. A partir de los noventa Engels, que años antes había sido un acérrimo defensor de Bernstein, empezó a distanciarse de lo que llamaba sus manías y Bebel su ambigüedad, explícito en su modo de escribir que «no es ni carne ni pescado».<sup>22</sup> En los años más duros de la polémica sobre el revisionismo Bebel y Kautsky volverán a la carga, acusando a Bernstein de falta de claridad. Aunque una mayor precisión le hubiera supuesto muy probablemente la expulsión del partido.

En el año 1888 Kautsky se había separado de su primera mujer, que fue posteriormente el ama de llaves y secretaria particular de Engels. También mantenía una amistad muy estrecha con Bebel, de modo que su antiguo marido quedó fuera del círculo directo del trato con Engels más por razones personales que políticas. Y aunque la correspondencia prosiguió, perdió el carácter cordial que había tenido años atrás, mientras que Bernstein aparecía ahora como una especie de contrafigura. Años después, estos aspectos, aunque secundarios, jugarán su papel en el debate sobre el revisionismo, por cuanto éste se presentaba como una polémica sobre el marxismo y no como lo que realmente era, un debate sobre la estrategia política adecuada.<sup>23</sup>

---

valer contra toda crítica y frente a toda desviación. En la polémica con el *Völkshalle* en 1879 recurre a la autoridad de Marx: «Lo que yo digo está totalmente de acuerdo con lo que dice Marx», *Sozialist*, 8 de junio de 1879. En *La Concepción...*, aprovecha de nuevo para criticar a Lenin y a los bolcheviques que se oponen a la táctica de la socialdemocracia, la cual «había sido aprobada por Marx y Engels en su época», *op. cit.*, p. 674.

<sup>22</sup> En la correspondencia con Bebel de mitad de 1885, Engels había señalado que ambos «Kautsky y Bernstein son dos tipos muy buenos y gente muy aprovechable. Ede es en lo teórico una mente muy abierta, por lo demás chistoso y rápido, pero le falta confianza en sí mismo... Kautsky ha aprendido en las universidades una gran cantidad de estupidez, pero se esfuerza por librarse de ella», *Corresp. E./B.*, p. 229. Bebel no era tan entusiasta sobre la forma de hacer de Kautsky, *ídem*, p. 231. Posteriormente ambos matizaron sus posiciones, especialmente con el acercamiento de Bernstein a los fabianos, cosa para Engels totalmente incomprensible, *ídem*, pp. 572, 585, etc.

<sup>23</sup> Dado que Bernstein había sido uno de los primeros «marxistas», su puesta en cues-

En cuanto a la crítica de Engels, ésta se centra *en la importancia de la política* o, lo que es lo mismo, insiste en que el programa debe abordar la especificidad política de la Alemania de la época, su insuficiente, cuando no deformado carácter constitucional y la cuestión de la unidad (la forma republicana). Para Engels ese problema era prioritario, pues en tanto no se tuviera una idea clara sobre las posibilidades políticas (o político-constitucionales) del país, era imposible plantearse algo parecido a una vía pacífica al socialismo.<sup>24</sup> Pero es que además Engels estaba convencido de que en la primera crisis el artificial armazón político construido por Bismarck saltaría por los aires, sin que nadie tuviera ni la menor idea de cómo atajarlo o de qué alternativa proponer. Es interesante anotar que si bien Kautsky reproduce algunos párrafos casi textualmente en su crítica al proyecto oficial, deja totalmente sin tocar la dimensión política. Bebel era de la opinión que ese problema no podía y no debía ni siquiera rozarse; formaba parte de los consensos imperantes.

En el Congreso de Erfurt (1891) en el que se adoptó el programa, la mayor parte de la discusión no versó sobre él, sino sobre la política del partido —la «táctica»— y especialmente sobre el lugar que la socialdemocracia ocupaba en el nuevo orden político y social, por un lado frente

---

tión de la doctrina resultaba doblemente peligrosa, en lo político y en lo teórico, y el recurso al argumento de autoridad —la relación con Engels— desempeñaba un papel de refuerzo o de descalificación. Ver entre otras las cartas de Kautsky a Bernstein, y la historia de una carta de Engels a Bax, Steinberg, H. J., «Freiheit und Not...», pp. 276 y ss.; carta de Bebel a Auer en que le explica su «fanatismo» contra Bernstein: «Mi fanatismo contra Ede consiste en que un tipo escribe sobre otro una biografía y entretanto ha perdido las condiciones por las que recibió ese encargo. Cuando Engels nombró a Ede testamentario de sus manuscritos, creía que Ede compartiría su posición y la de Marx; sin esta condición Ede *nunca* hubiera sido nombrado por Engels testamentario»; carta de 18 de septiembre de 1899, IISG, *Bebel Nachlass*, B 2. El propio texto de Engels «Zur Kritik des Sozialdemokratischen Programmentwurfes 1891» se publicó en la *Neue Zeit* en 1901, Año XXI, pp. 5 y ss. o sea en relación directa con la polémica. Sobre ambos, Kautsky y Bernstein, Steinberg, H. J., «K. Kautsky und E. Bernstein», en *Deutsche Historiker*, *op. cit.*, pp. 429-440.

<sup>24</sup> «Se puede imaginar que la vieja sociedad puede dar paso pacíficamente a la nueva en países en los que la representación popular concentra todo el poder, donde de acuerdo a la Constitución se puede hacer lo que se quiera, si se tiene detrás a la mayoría del pueblo», «Zur Kritik der Soziald...», *op. cit.*, p. 234 y ss. Engels era muy crítico frente a la tesis de una posible «evolución» del capitalismo al socialismo, que según A. Herzig, consideraba una reliquia lassalliana. «Die Einigung der SPD...», *op. cit.* p. 156.

a un reformismo práctico, no teórico, por el otro frente a un activismo revolucionarista.<sup>25</sup> El planteamiento de la cuestión aun siendo claro no es preciso, pues se insiste en la continuidad con el pasado. E igual que en Wyden (1880) se había introducido una nueva «táctica» bajo el amparo de la continuidad, en este caso se defendió aplicar los viejos modos a las nuevas condiciones con el argumento de que «substancialmente no había cambiado nada». En todo momento faltó un análisis específico de la «coyuntura» o si se prefiere del «momento político» insistiéndose solamente en la continuidad con lo anterior.<sup>26</sup>

Cuando en años posteriores se empezó a discutir sobre la articulación del famoso «Estado del futuro», Liebknecht siguió repitiendo lo que había sido el *leitmotiv* de toda su vida política: «Somos un partido revolucionario. Hoy lo seguimos diciendo y lo diremos siempre. No hemos cambiado y no cambiaremos». Pero el carácter revolucionario del partido estaba atestiguado en mayor medida por la represión pasada que por la acción presente, lo que introducía una mistificación de la práctica política, difícil de salvar (Discurso de 1893, *Redner der Revolution*, p. 94).

La dificultad de encontrar un engarce político-práctico adecuado, de formular una programática política concreta e incluso la obsesión por no admitir ni siquiera el que la cuestión se planteara, refleja la difícil situación en que se encontraba la organización con el final de la

---

<sup>25</sup> Vollmar defendió una política que fue criticada como «oportunismo» o «posibilismo», pues partía del supuesto de que las condiciones políticas habían cambiado y había que seguir «consecuentemente» el camino del parlamentarismo, hasta conseguir «una socialización general», *Actas*, pp. 182 y ss. En el otro extremo se situaban las posiciones de los «jóvenes» que a lo largo de todo el congreso exigieron mayor radicalidad, más agitación, menos consideraciones con los sectores dominantes..., en fin criticaron que «el espíritu revolucionario del partido ha desaparecido», *Actas*, pp. 55, 106, etc.

<sup>26</sup> Bebel insiste repetidamente en que «no hay ninguna razón para cambiar la táctica que el partido ha seguido hasta ahora», ídem, pp. 157 y ss. Igualmente en carta a Victor Adler sale al paso de las críticas en este sentido: «No debes temer un giro a la derecha, no hay razón para ello», carta de 5 de septiembre de 1890, *Ausg. RSch.*, T. 11/2, p. 370. Discurso de Liebknecht: «¿Han cambiado sustancialmente las condiciones tras el 1 de octubre de 1890? Yo digo que no», ídem, p. 208. En el artículo antes citado Kautsky matiza este punto, señalando que algo ha cambiado pero no en la dirección de Vollmar, es decir, no hay mayores posibilidades de intervención política sino «mayor interés entre las masas», *Die Neue Zeit*, Año IX, p. 166. Sin embargo es interesante que en plena polémica del revisionismo señale que esta vez hay que ir a por todas, pues «no se debe repetir el error de Erfurt» ocultando las diferencias, carta a Bernstein, 30 de marzo de 1899, *Corresp. K./Bernst.*, C 222.



ley de excepción, cuando había que fijar un objetivo programático en un estado democrático –o pseudo democrático– sin poderse liberar a la vez del lastre de la crisis económica ni de potenciales represiones. La controversia con Engels deja ver los límites de esta democracia y saca a relucir el miedo constante a un nuevo periodo de excepción. Los socialdemócratas tenían que convivir en un sistema democrático limitado y a la vez debían mantener una posición suficientemente radical como para no perder a un electorado multclasista en el que se mezclaban los sectores obreros propiamente dichos –en aumento– y las capas pequeño-burguesas en proceso de decadencia, con sectores de funcionarios: profesores, estudiantes, funcionarios de la Administración, etc. Entre estos últimos el voto socialdemócrata, raramente la militancia, estaba teñido por el miedo. Como dijo Bebel en alguna ocasión, «somos los confidentes de todos los descontentos y desgraciados que hay en toda Alemania», de todos los que se sienten marginados.<sup>27</sup>

Con su axioma de la «necesidad histórica» Kautsky cerró teóricamente el círculo, pues construyó un sistema teórico que excluía cualquier intervención práctica, al menos por el momento, a la vez que suponía la verdad del constructo, en cuanto traducción del pensamiento de Marx a la realidad alemana. Con eso proponía una explicación general del conjunto de los fenómenos que no necesitaba de investigación empírica ni de la reserva propia de toda hipótesis científica. Tal elaborado tenía los rasgos típicos de una ideología, pero dada la alta demanda ideológica de la organización, demanda que no siempre las teorías y los textos disponibles podían satisfacer rápidamente, gozó de notable éxito, afirmándose como marxismo. En ese esquema la primacía de «lo económico», entendido como «tecnológico», implicaba limitar la «revolución social» a una adaptación de las relaciones productivas a las necesidades económico-técnicas. El proceso de adaptación se

<sup>27</sup> Ya en 1879, Bebel era consciente de que su electorado no era solamente obrero sino que muchos pequeño burgueses y campesinos les votaban mientras que los trabajadores, bajo la presión de los empresarios o de la Iglesia no lo hacían, carta a Engels, *Corresp. E./B.*, p. 79. Un año más tarde un corresponsal le comenta a Liebknecht: «Muchos nos votan por pura mala sangre, no porque estén de acuerdo con nosotros y nuestro programa», *Liebk. Corresp. Soziald.*, p. 263. Carta a Bebel de una asociación académica (52 miembros) de los cuales había tres oficiales, dos pastores, doce profesores de instituto, dos ingenieros, diez químicos, un inspector de obras, cuatro médicos, siete abogados y once juristas. Le comentan que han decidido apoyar secretamente a la socialdemocracia, *IISG, Bebel Nachlass*, B 184, carta de Engels de 26 de febrero de 1894, *Corresp. E./B.*, p. 754.

presentaba, por lo demás, como un proceso continuado, en el que primaban las reformas, mientras que la revolución se convertía en un recurso extremo, para el caso de que la adaptación chocara con el poder.<sup>28</sup>

La estrategia kautskyana de ideologización de los problemas tenía la ventaja de eliminar el sinfín de dificultades que se derivarían de plantear en su concreción la cuestión del poder dadas las limitadas posibilidades y los condicionamientos del movimiento y de la legalidad de la época. En otras palabras, el problema de cómo hacer una revolución sin condiciones revolucionarias y cuando, para bien o para mal, se hereda una tradición en este sentido. Una tradición que, aun constituyendo las señas de identidad del partido, al que diferenciaba claramente de los demás grupos políticos, no se podía actualizar sin correr excesivos riesgos.

El desarrollo del congreso y la adopción del programa apoyado por Bebel y casi sin debate puede considerarse como un triunfo de los marxistas. Y así fue entendido. En él se ratificaba teóricamente algo que correspondía a la experiencia histórica de la época, el carácter marginal, excluido de la sociedad, del proletariado moderno, casi mero portador de las fuerzas productivas. Su situación real en la Alemania del momento, excluido de las instancias de poder, de las instituciones sociales y políticas o participando en ellas poco menos que como invitado, sin poder real, sin participación en la esfera del consumo económico o con un consumo muy reducido: en suma, una clase obrera que se acercaba mucho al prototipo de Marx, para quien los trabajadores en la sociedad capitalista son solo el soporte material de esa sociedad.

En cuanto partido político obrero, la socialdemocracia de la época luchaba por conseguir un cambio social que permitiera a los trabajadores «ocupar su lugar», que es el de ser el sector productivo fundamental y básico de la sociedad y no su mero soporte material. Su objetivo era una transformación global o una revolución social que teóricamente se plasmaba en

---

<sup>28</sup> Durante el periodo de excepción el carácter revolucionario del partido venía asegurado por su pasado y *a contrario* por su presente, la represión gubernativa, y eso permitía esperar una actuación consecuente en el futuro. Así en una carta a Liebknecht se lee: «Si Vd. y el Sr. Bebel son todavía los hombres del setenta y dos...», *Liebk. Corresp. Soziald.*, p. 267. En el propio congreso Liebknecht asevera: «El partido socialdemócrata es revolucionario porque quiere eliminar el sistema capitalista; con esta reivindicación se diferencia de los demás partidos», *Actas*, p. 337. Ante la presunción de que Liebknecht coqueteaba con los posibilistas, Engels advierte a Bebel: «Ir con esta banda sería negar la política exterior que habéis llevado hasta ahora», *Corresp. E./B.*, p. 343.

un rechazo total del orden existente, por más que como partido político tuviera que intervenir en él presentando propuestas positivas.<sup>29</sup>

Lo paradójico de la situación era que en tanto la revolución fuera casi imposible, dado el miedo a las consecuencias represivas que acarrearía su derrota, pero en cambio se vislumbrara una relativa eficacia de la política de reformas emprendida desde el poder, la organización tenía que rentabilizar una política que sin embargo condenaba o, formulado a la inversa, se imponían determinados cambios en las relaciones sociales que desde el punto de vista ideológico eran menospreciados por insuficientes. Y para colmo eso no impedía que la política práctica adquiriera el carácter de una política de «integración», que permite hablar *a posteriori* del marxismo como doctrina de integración, no porque la persiguiera, sino porque fue impotente para impedirlo. Sin pararse en barras, E. Matthias prosigue esta argumentación, que le lleva a afirmar que el kautskyanismo o el marxismo kautskyano es «una ideología integradora» porque «permite mantener la ficción del carácter revolucionario de la socialdemocracia del que la dirección del partido se sirve conscientemente» para proseguir su política de integración.<sup>30</sup>

### La recepción del marxismo kautskyano

Tanto en el programa como en el comentario que Kautsky redactó para que circulara por los colectivos socialistas como «compendio de la doctrina marxista», el acento fundamental sigue recayendo en la *cuestión social* o miseria obrera, inclusive en su aumento como resultado de la proletarianización de los sectores pequeño-burgueses: pequeños campesinos, pequeños comerciantes e industriales, antiguos artesanos, intelectuales, etc.<sup>31</sup> Con este proceso la miseria y la inseguridad de gran parte

<sup>29</sup> Así Bebel repite hasta la saciedad: «El objetivo último del partido, la eliminación de la sociedad burguesa actual con su modo de producción capitalista, ha sido el objetivo desde el principio; la fundación de la sociedad socialista y del sistema socialista de producción ha informado el programa del partido, desde el momento en que éste clarificó sus posiciones», *Actas Congreso de Erfurt, op. cit.*, p. 158.

<sup>30</sup> Matthias, E., «Kautsky...», p. 165. Esta tesis que teóricamente es interesante y está muy bien estructurada, creo que históricamente es falsa, aunque tiene la ventaja de cargar sobre la socialdemocracia las negatividades de un sistema que no supo cómo eliminar.

<sup>31</sup> «Con la proletarianización de los intelectuales se le cierra al proletariado la única salida para escapar de él por sus propios puños: por sí solo ascendiendo a una clase superior», *El Programa de Erfurt*, con introducción de Julián Besteiro, Madrid, 1933, p. 63.

de la población se hacen permanentes y no transitorias, por lo que la revolución deviene inevitable.

Pero la respuesta que se da a la cuestión del lugar de los trabajadores en la vieja y en la nueva organización social, puede decirse que es ideológica, pues no tematiza su presente sino que lo subordina a la función de la condición obrera en un pretendido desarrollo general de la sociedad, cuya necesidad y cuyos ritmos vienen marcados por el decurso histórico. La convierte en palabras de Kautsky en «eslabón de una serie histórica de desarrollo». Sin duda Kautsky entendía que ésa era precisamente la novedad introducida por Engels en el pensamiento socialista, siendo éste el límite de su comprensión tanto de este último como de Marx.

Si a este proceso se le aplica formalmente un modelo dialéctico, se obtiene un desarrollo por contraposiciones, que legitima una política de oposición. La separación entre la parte teórica y la parte práctica se salva artificialmente en un principio de identidad preexistente, el desarrollo del proceso histórico general. Pero en este esquema la cuestión de la revolución resulta superflua, reformulándose con mayor bagaje teórico aquella vieja tesis que hemos visto ya varias veces: «Las revoluciones no se hacen».<sup>32</sup> En la formulación teórica, la contradictoriedad de la situación y la incapacidad del movimiento se transmutan en claridad ideológica, cuyo subproducto es el privilegio de la unidad organizativa, y de la continuidad de la estructura partidaria como principio de identidad política. Con ello se consuma la lenta eliminación a lo largo de casi tres décadas de un movimiento socioeconómico de emancipación y su sustitución por un partido político organizado y parlamentario, que cuenta con una base excepcionalmente fiel.

No deja de resultar chocante que el marxismo así construido fuera elemento clave de referencia para los intelectuales de la época,

---

<sup>32</sup> En los textos que acompañan a la presentación del proyecto se dice: «Revolución designa dos cosas diferentes: un proceso que, en su mayor parte, puede producirse sin que se note —el cambio total de todas las relaciones sociales— y una catástrofe visible que deriva de aquel proceso»; la segunda es la peligrosa, pero «puesto que ni la lucha de clases en general ni las formas aisladas que revista se pueden crear arbitrariamente, sino que dependen de relaciones que, si bien no son totalmente imprevisibles, no se pueden manejar, es natural que sea imposible hacer una revolución», *Die Neue Zeit*, Año IX, p. 753. Véase la semejanza de este punto de vista con textos de Liebknecht anteriormente citados. Para un análisis más detallado Kautsky, *La revolución social*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1978, Cuadernos Pasado y Presente, núm. 68.

definiendo las posiciones tanto a favor como en contra. En los círculos intelectuales el programa fue recogido por el *Verein für Sozialpolitik* y comentado entre los sociólogos y economistas en el congreso de 1891, siendo ponente el conocido economista A. Wagner. El viejo profesor constató el carácter «marxista» del programa e insistió en que, en contra de lo que pudiera parecer, el abandono de las viejas fórmulas sobre la «ley de bronce del salario», o la desaparición de algunas expresiones no indicaba mayor moderación. Todo lo contrario: «S han vuelto más radicales»; pero su enemigo ahora no era el liberalismo sino el muy denostado «socialismo de Estado».<sup>33</sup>

En un texto algo posterior Wagner remacha todavía más el clavo, al presentar a la economía política alemana como una «anticrítica» de la crítica socialista, cuya peligrosidad consiste en ser algo más que una teoría económica y que un partido político. El marxismo representa «una concepción filosófica del mundo en la que se cree», lo que obliga a la economía política alemana y al propio *Verein*, a poner en cuestión sus presupuestos teóricos, iniciando una tarea de clarificación debida al hecho de que la intelectualidad ocupe una posición de mediación entre el individualismo económico y el socialismo. Estos teóricos opinan que además de refutar ideológicamente el *socialismo marxista*, deben llevarse rápidamente a la práctica aquellas propuestas que sean realizables, pues «no hay ninguna duda de que, cuanto más cumplan su misión social las clases cultas y poseedoras, mejor se superarán los peligros que comporta un socialismo *falso*».<sup>34</sup> En estas palabras quedaba resumida en torno a 1895, la posición oficial de la vieja economía política universitaria y su preocupación por el socialismo.

Por la misma época Marx entró definitivamente en las universidades alemanas, convirtiéndose en punto de referencia obligado de sociólogos como Tönnies, Simmel o Troeltsch.<sup>35</sup> Junto a ellos se encontraban

<sup>33</sup> «El programa significa el triunfo en toda la línea de la tendencia marxista» en Wagner, A., *Das neue Programm*, 1892, pp. 23-24.

<sup>34</sup> *Die Akademische Nationalökonomie*, 1895, pp. 9, 35, etc.

<sup>35</sup> Carta de F. Tönnies a Bebel a la muerte de Engels en 1895. En ella le habla de su lectura del materialismo histórico y de la polémica con Barth. IISG, *Bebel Nachlass*, B 170. Tönnies participó en un congreso de sociólogos en Fráncfort, en el que intervinieron también algunos sindicalistas, del que Bebel da cumplida cuenta, *Corresp. E./B.*, p. 711. Lindenlaub, D., *Richtungskämpfe...*, *op. cit.*, p. 274 y ss. Andreucci, Fr. cita

Sombart y los hermanos Weber, Max y Alfred, que constituían el ala izquierda del *Verein*. Todos ellos estaban interesados en el debate y en la confrontación con la interpretación kautskyana de Marx y sus rasgos dominantes: economicismo, determinismo histórico, etc., aunque el punto central en la discusión era la caracterización del capitalismo y su tendencia a la *socialización*.

Entre tanto prosigue la interminable polémica en torno al «socialismo de Estado», que enfrenta a «marxistas» (Lafargue, Bernstein, Engels, Kautsky, Cunow) y antimarxistas (todos los demás), a lo largo y ancho de los números de la revista año tras año. Inclusive Mehring, amigo de Kautsky y uno de los intelectuales más propiamente de izquierda a pesar de su pasado antisocialista, retomará de nuevo la discusión con Rodbertus y con el sempiterno «socialismo reaccionario».

Así, en la polémica con Vollmar, un antiguo radical y miembro relevante del partido en su Baviera natal, Kautsky repite por enésima vez lo que es el núcleo de su pensamiento. Recalca el carácter de clase del Estado (párrafo IV, 5 del *Programa de Erfurt*) que excluye cualquier intervención económica en beneficio de la comunidad y descarta actividad alguna estatal que pueda tener resultados benéficos «generales» para el conjunto de la sociedad; como mucho el Estado podría estabilizar las relaciones de clase, manteniendo la explotación, pero «regulándola». E incluso de completarse esta intervención por la vía de las nacionalizaciones, Kautsky piensa que aumentaría la tendencia a la «explotación fiscal» de los «proletarios por parte del Estado», como consecuencia lógica de que un Estado socialista se superpusiera a los ciudadanos.<sup>36</sup>

Desde el punto de vista político, dado que el movimiento obrero y el partido socialdemócrata representaban a los sectores excluidos del Estado marginados o reprimidos, su política no podía ser otra que la oposición constante y a nivel de principios, pues si bien «la actividad económica del Estado moderno es el punto de partida natural del proceso conduce a la comunidad socialista», solo «cuando las clases trabajadoras lleguen a ser las dominantes en el Estado, cesará de ser una empresa capitalista y será posible transformarlo en una comunidad

---

entre intelectuales de la época interesados por el marxismo a Th. Veblen, B. Russell, A. Wagner y E. Durkheim, «La difusión...», *op. cit.*, p. 83.

<sup>36</sup> «Der Parteitag und der Staatssozialismus», *Die Neue Zeit*, Año XI, 1893, pp. 210 y ss.

socialista» (*El programa de Erfurt*, pp. 131 y ss., 133). Entre tanto «la necesidad inflexible del proceso económico», una especie de réplica de menor cuantía del «viejo topo» marxiano, seguirá horadando su camino.

Kautsky sin embargo no se engañaba sobre la peligrosidad potencial de una política de reformas sociales emprendida desde el poder, pues si éste lograra prescindir de medidas represivas, aunque solo fuera por un tiempo, lograría mistificar medidas impuestas «por los socialistas y el proletariado en lucha». El Estado y las clases dominantes no inventarían nada, pero estarían en situación de aprovechar en su beneficio los inventos ajenos. Contra eso Kautsky no veía otra alternativa que ampliar las perspectivas de los obreros y aumentar su entusiasmo por los objetivos políticos socialistas, evitando la desarticulación de sus contingentes como consecuencia de relativas mejoras económicas. En otras palabras, se trataba de evitar que el equívoco derivado de alguna que otra concesión dividiera al movimiento obrero, perpetuando su dominación. Según él la socialdemocracia tenía la gran suerte de que todavía no se le planteaba el dilema «revolución o nada» y podía aceptar sin excesivo peligro una política reformista.

El tema del socialismo de Estado es pues el otro nombre de la larga polémica sobre las reformas. Como ya sabemos el ejercicio activo de la política exige medidas positivas, pero Kautsky sitúa los límites de la discusión en la tesis de que *hay derecho a hacer reformas pero no a defender una teoría de las reformas*.<sup>37</sup> O con las palabras de Auer en el debate sobre el revisionismo: «Querido Ede (por Bernstein), lo que tu exiges, no se *decide*, no se *dice*, esto se hace».<sup>38</sup> El lenguaje abstracto de

<sup>37</sup> «Que no se nos entienda mal. Declaramos que las reformas sociales son ineficaces, pero no queremos decir que sean inútiles. No queremos decir que a aquéllos que sufren bajo el contraste de las fuerzas de producción y el ordenamiento de la propiedad y bajo sus fenómenos consiguientes, no les quede otro recurso que dejar las manos inactivas sobre el regazo y esperar resignadamente hasta que haya sido superado... Si nosotros declaramos que las reformas sociales que se detienen ante la propiedad privada son incapaces de anular las contradicciones que produce el actual proceso económico, no queremos decir con eso que sea imposible para los explotados la lucha dentro del marco del ordenamiento existente de la propiedad, contra los dolores que tienen que soportar; que deban conformarse pacientemente con todas las desventuras... *Queremos decir tan solo que no se deben valorar las reformas sociales ni creer que sean capaces de dar a las relaciones existentes una forma satisfactoria... Así como es justo y hasta necesario...*», *Programa de Erfurt*, op. cit., pp. 111 y ss.

<sup>38</sup> Carta de Auer a Bernstein, 13 de julio de 1899, cit. por E. Matthias, «Kautsky...», p. 175.

Kautsky era pues lo máximo que la organización podía soportar. Ya que en sí misma la cuestión de las reformas no era más que una concesión necesaria para el mantenimiento de la organización de tipo meramente táctico, sin relevancia teórica alguna, pues doctrinalmente una teoría reformista no era más que un subproducto de la economía política del «socialismo de Estado», de raíz no marxista.

Pero entonces, si el debate contra el «socialismo de Estado», que por eso es interminable, es un debate contra el reformismo, lo es en un partido que sigue una política reformista, aunque no pueda defender teóricamente ningún reformismo sin hacer peligrar su identidad, dado su origen y su ligazón con un movimiento de emancipación. Kautsky insiste por ello en subordinar el reformismo al «socialismo de Estado», en lo que solo en parte lleva razón, y enlazar a ambos con las posiciones teóricas de la economía política, atacándolos en bloque como antimarxismo. Mientras que Vollmar, al contrario y ya desde Erfurt, critica este comportamiento, y exige un análisis concreto de la situación. Llegando a proponer que si en función de este análisis debiera esbozarse una práctica reformista, debería hacerse sin temor alguno, pues como deja muy claro en el propio congreso, el «principio básico del socialismo es que es imposible una reconciliación con la sociedad actual».<sup>39</sup> Solo si tal reconciliación fuera posible, una táctica reformista podría ser peligrosa. Pero ése no es el caso pues el carácter irreconciliable de las oposiciones de clase sigue siendo el axioma fundamental.

La afirmación del carácter clasista del Estado queda sustentada pues en una reducción económico-historicista de los fenómenos políticos, que permite soslayar la cuestión de las estrategias políticas y de sus efectos, no viendo en las actuaciones políticas, entre otras la política de reformas y las medidas económicas de carácter estatalista, más que resultado de las tendencias de desarrollo de la sociedad moderna: «El “socialismo de Estado” es la declaración de bancarrota del Estado moderno y de la sociedad moderna».

---

<sup>39</sup> En Erfurt Vollmar había defendido bastante categóricamente este planteamiento como «la táctica que ha seguido siempre el partido, pero de modo consecuente», *Actas*, pp. 184, 190. Sobre este personaje Jansen, R., *G. V. Vollmar*, 1958. Sus posiciones están recogidas en los escritos de los años noventa, entre otros *Über Staatssozialismus*, Núremberg, 1892, recopilado en *Reden und Schriften zur Reformpolitik*, Berlín, Dietz, 1977.



Así, con esa absoluta ceguera para lo concreto, Kautsky ofrece una salida al problema al afirmar como dato previo el carácter clasista del Estado, pues esta misma afirmación garantiza el fracaso de cualquier política de reformas emprendida desde el poder y su rechazo asegura el carácter revolucionario del partido como representante de los intereses dominados, a pesar de su falta de práctica revolucionaria. A la vez que permite criticar los compromisos parlamentarios pues cualquier política reformista es una colisión con las actuaciones del poder y en consecuencia una traición a los intereses que la socialdemocracia representa. Desde el punto de vista de los principios esta construcción podía ser coherente, desde el punto de vista de su dinámica es falsa, y en cuanto a su eficacia resultó impotente. Por eso es ideológica.

Por la misma época tuvo lugar otro debate esencial para la construcción del «modelo socialista», es decir, para perfilar los contornos de la futura sociedad. Fue éste el llamado *Debate sobre el Estado del futuro*, en el que los socialdemócratas se vieron obligados a responder a sus oponentes del partido del centro (católicos) que les echaban en cara su falta de alternativas. En el debate, que tuvo lugar en el Parlamento en febrero de 1893, intervinieron Bebel y Liebknecht, desarrollando las líneas fundamentales de su concepción de una sociedad socialista. El texto de los discursos, distribuido en miles de ejemplares, popularizó los objetivos generales. Engels, que los leyó en Londres donde residía, se mostró entusiasmado con las palabras de Bebel, y hasta llegó a estar de acuerdo con Liebknecht, exaltado como estaba «por el triunfo que representa que el Parlamento en pleno deba debatir durante varios días... la reorganización social que nos proponemos».<sup>40</sup> De modo que aunque el debate hubiera sido una provocación, lo ganaron en toda la línea, suscitando la consternación general de todos los sectores derechistas.

Lo más interesante del discurso de Bebel es su carácter negativo y que se niegue a perfilar un «futuro Estado socialista» con el argumento de que siendo «la sociedad y el Estado» algo distinto, la socialdemocracia prevé la extinción de este último. Subraya sin embargo dos rasgos fundamentales de la «nueva sociedad»: la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción por medio de expropiaciones, lo que permitirá suprimir el «sistema salarial existente», y la eliminación

<sup>40</sup> Carta de Engels a Bebel, 9 de febrero de 1893, *Corresp. E./B.*, p. 656.

del Estado como aparato coercitivo de «dominación de clase»; según sus palabras como «violencia represiva organizada». Eso daría lugar a una sociedad re-identificada con el pueblo, que podría definirse como una «república social» o «sociedad de trabajadores» ya que sería un sistema productivo en el que la propiedad social de los medios de producción se acompañaría por la sustitución de la producción mercantil (producción para el mercado) por la producción para el consumo. El trabajo se regularía según las necesidades de esa producción para la subsistencia.

Esa transformación social con ser revolucionaria, tenía poco ver con el tan traído y llevado «baño de sangre»: «Tengo la convicción de que si el desarrollo de la sociedad actual prosigue de forma pacífica, de modo que pueda llegar a su máxima cota, es posible que el cambio de la sociedad actual en la socialista, se produzca de modo tan tranquilo y relativamente rápido como en 1870, cuando los franceses proclamaron la República y terminaron con Napoleón tras la derrota y el cautiverio de Sedán». <sup>41</sup> Lo que Bebel no dijo es que tras eso vino la Comuna y con ella empezaron los problemas.

### **Marx, Engels y Kautsky. La cuestión del darwinismo**

A pesar de su insistencia en la novedad del *materialismo histórico*, no fue por entonces sino a finales de los años veinte de nuestro siglo, cuando Kautsky lo definió por fin en su famosa obra *La Concepción Materialista de la Historia*, obra escrita a destiempo como pocas. <sup>42</sup> En ella y del mismo modo que años atrás había establecido la diferencia entre «socialistas» o aquéllos que solo pretenden mejoras económicas y socialdemócratas, aquéllos que enlazan con tradiciones de emancipación, y había caracterizado a los primeros como «socialistas conservadores» e «idealistas», frente a los segundos, «revolucionarios y materialistas» o «científicos», va a establecer ahora la división entre «marxistas o materialistas vulgares» y «auténticos materialistas», es decir «históricos». Entre los primeros se encontrarían los defensores de una teoría del derrumbe, que a partir de finales de los ochenta considera errónea, mientras que los segundos se definen por la concepción materialista (o marxista) de la historia.

<sup>41</sup> *Rede im Deutschen Reichstag bei der zweiten Beratung des Reichsetats für 1893-1894*, en Stephan, C., *Schriften*, T. 1, pp. 284, 292, 311.

<sup>42</sup> No deja de resultar patético que en carta a Bernstein, Kautsky muestre tener conciencia del carácter «poco actual y totalmente académico de este libro» que es la obra de su vida, KC, 260 b.

Cierto que Kautsky enlaza en ese punto con una concepción de la historia que, tal como se expone en *La ideología alemana* y tal como es utilizada por el viejo Engels, supone afirmar que una revolución en sentido socialista es posible. Esta afirmación, unida a la contradictoriedad interna del capital, ofrece la base para una teoría positiva de la revolución, o si se prefiere de las condiciones mínimas de un cambio revolucionario, en el preciso sentido, como Engels señalara alguna vez, de que «la propiedad colectiva no es imposible», impensable o absurda. En Kautsky esa concepción se transforma en un sistema cerrado, cuya característica es la necesidad histórica. Y a su vez este concepto sirve de soporte a una teoría de la historia como proceso inmanente de cambio, lo que ofrece la base para una teoría de tipo negativo, o sea una teoría de la oposición y de la espera. Si es tematizada positivamente lo es siempre como una teoría de la evolución.

El elemento fundamental del proceso es el fenómeno de proletarianización –salarización si se quiere–, de capas cada vez más amplias de la población, lo que posibilita pensar la revolución socialista como una revolución de masas, si bien, a la vez, exige gran tacto en el trato con las clases medias en proceso de proletarianización: campesinos, estudiantes, etc. Y precisamente en ese punto las posiciones de Kautsky fueron en parte demasiado lentas, en parte demasiado estrechas, sin que por ello la creencia en la dinámica imparable del proceso dejara de alimentar la esperanza en una mayoría socialdemócrata.

Desde una perspectiva teórica es claro que el materialismo histórico de Kautsky incluye implícitamente una dimensión ontológica natural, es decir reposa en la idea de un monismo naturalista exento de contradicciones. De haberlas, éstas son siempre resultado histórico, efecto de un desarrollo en el tiempo. Así, como él mismo señala, su dialéctica es más hegeliana que engelsiana –pues la dialéctica solo es válida para la sociedad y no para la naturaleza– y por supuesto más hegeliana que marxista. Su concepción materialista de la historia es, en mayor grado que en sus inspiradores, una filosofía naturalista de la historia, en la que el cambio es siempre inesperado e imprevisible.<sup>43</sup> Teóricamente se re-

<sup>43</sup> En su magna obra *La Concepción Materialista de la Historia*, Kautsky insiste en que su concepción de la historia es materialista, pero no economicista, y en su concepto de dialéctica: «Nos encontramos aquí con un proceso dialéctico que se parece mucho al hegeliano... La lucha de clases parece ser el único motor del desarrollo social; y sin em-

conoce su necesidad, pero prácticamente se prescinde de él. En último término, para Kautsky «materialismo» es sinónimo de «naturalismo» sin matices. Su epistemología implica una perspectiva empirista, inductiva y positivista, cercana al darwinismo.

En este punto hay que recordar que en la Alemania de 1860 el darwinismo fue una corriente intelectual enlazada con el pensamiento ilustrado, de gran repercusión por su contribución atea o antirreligiosa, pues ponía en cuestión el dogma de la creación. Dado su carácter de concepción científica general ofrecía una alternativa frente a otras concepciones igualmente globales pero carentes de rango científico. Científicos y pensadores como Haeckel, Büchner, Dodel-Port, algunos de los cuales escribían en la revista de Kautsky, suponían un freno a la descalificación de que el socialismo era objeto por parte de las corrientes conservadoras y eclesiásticas. Personaje influyente, entre ellos destaca E. Haeckel, uno de los más conocidos «filósofos naturales» de la época y convencido darwinista, muy conocido entre la juventud y en círculos obreros por su intento de elaborar una filosofía naturalista, monista-materialista y anticreacionista. No era sin embargo proclive al socialismo y negaba taxativamente cualquier implicación entre socialismo y darwinismo. Incluso tendía a interpretar la lucha por la existencia como una ley que demostraba la imposibilidad de eliminar la competencia entre los individuos en un sistema social.<sup>44</sup>

---

bargo en él se entrecruzan en última instancia el desarrollo de la técnica y de la forma de producción que deriva de él y que es el factor decisivo», p. 804. En otro momento señala que su concepción dialéctica se detiene «en la lucha y adaptación entre el ser vivo y el entorno» y no procede por «diferenciación interna como en Engels», ídem, pp. 206, 789, 866 y ss. Según Andreucci, Fr., Kautsky compartía con muchos otros intelectuales de su generación el interés por una «auténtica filosofía de la historia» que pretendía encontrar en las nuevas ciencias sociales y en los escritos de Marx y Engels, «La difusión...», *op. cit.*, p. 38.

<sup>44</sup> El elemento inicial de la cuestión darwinismo/socialismo en Alemania fue la acusación lanzada por R. Virchow en la asociación de naturalistas de que «socialdemocracia y darwinismo» (*Teoría de la evolución*) se implicaban mutuamente. Según Lucas, E., es posible que Engels y quizá también Marx conocieran esta discusión cuyo clímax se sitúa en 1877-1878, contemporáneamente a la publicación del *Anti-Dühring*, *op. cit.*, p. 436. Según Zmarlik, solo el darwinismo de la primera fase, con su confianza en el progreso, había afectado a la socialdemocracia, mientras que en la segunda fase, con el predominio del principio de selección (social-darwinismo) tuvo mucho más que ver con las concepciones nacionalsocialistas, *op. cit.*, pp. 246 y ss. Para Steinberg, H. J.: «El darwinismo, como elemento integrante de procesos extracientíficos, debe ser

Mucho se ha discutido sobre la importancia de Darwin para el propio Marx en la estructura de *El Capital* especialmente en los llamados capítulos históricos (cap. 8 y ss); sobre la supuesta intención de dedicar a Darwin el segundo tomo de la obra, sobre la importancia que Marx y Engels dieron a esta teoría y sobre el darwinismo de los primeros marxistas. En síntesis hay que decir que para Engels lo fundamental del darwinismo era que permitía rechazar la teleología, esa hermosa construcción según la cual «los gatos han sido creados para comerse a los ratones, los ratones para ser comidos por los gatos y toda la naturaleza para demostrar la sabiduría del creador». Mientras que a Marx le habría ofrecido un «esquema teórico» en un momento en que lo necesitaba. No obstante ambos habrían sido totalmente contrarios a la reducción de los antagonismos sociales al modelo general de la lucha por la existencia, en la que veían poco más que el trasplante al mundo animal del *bellum omnium contra omnes* hobbesiano y habrían sido refractarios a cualquier tentativa de darwinismo social. Tampoco habrían pensado nunca los procesos históricos como continuos evolutivos sino como ensamblajes complejos de continuidades y rupturas. La forma adecuada de concebir estos procesos era, por eso mismo, la dialéctica y no un tipo más o menos encubierto de positivismo o de teoría evolutiva.<sup>45</sup>

---

considerado como elemento de una ilustración de masas anticristiana y antidealista y como base de una creencia superficial en el progreso que es factor clave del comportamiento espiritual tanto de la burguesía como de los trabajadores», *op. cit.*, p. 45. Igualmente para Zmarlik: «El darwinismo, como concepción del mundo, en realidad no tenía ninguna orientación propia, sino que se subsumió en la corriente general de una ilustración vulgar, cuyos simpatizantes habían enmascarado su fe en el progreso y sus convicciones anticlericales e incluso anticristianas, con un ropaje científico-natural», «Der Sozialdarwinismus...», *op. cit.*, p. 260. Entre la bibliografía traducida al castellano Mayr, E., *Una larga controversia: Darwin y el darwinismo*, Barcelona, Crítica, 1992.

<sup>45</sup> Según E. Lucas «el proceso de la especialización de la actividad humana se corresponde totalmente... con el proceso de diferenciación de las especies de la naturaleza... se ve pues que esta parte de *El Capital* [la parte histórica del cap. 8 sobre la jornada del trabajo hasta el cap. 13] Marx la ha escrito en discusión con Darwin... Marx muestra ahí hasta qué punto el hombre se ha alejado sin retroceso posible... de las circunstancias naturales; muestra que ha destruido las bases naturales de su existencia y solo puede tender a una configuración cada vez más racional de su vida. Y precisamente a esto parece referirse... cuando dice que el libro de Darwin tiene una tendencia socialista inconsciente», «Marx und Engels' Auseinandersetzung...», p. 439, 446 y ss. Según el mismo autor, Marx lleva razón cuando dice «que él ha mostrado para la sociedad el mismo proceso de cambio continuado que Darwin ha mostrado en la historia natural». Ver también Muller, G. H., «Darwin, Marx, Aveling-Briefe und Spekulationen», en *Dialektik*, 6, (1983), pp. 149 y

En último término, si bien Marx habría enfocado la elaboración de los capítulos históricos de su famosa obra bajo el modelo de una interacción entre los trabajadores y su «medio» constituido por los instrumentos y los procesos productivos, incluida su articulación global en determinada sociedad, señaló con vigor que este «medio» era a su vez resultado histórico, es decir resultado de formas pretéritas de producción y de cambio, y estaba articulado de tal modo que los procesos interactivos no remitían nunca a constantes antropológicas, ni siquiera a leyes generales de la evolución, como la «lucha por la vida», sino que mostraban un nudo de tendencias antagónicas, algunas de las cuales lograban primar sobre las otras en determinadas condiciones.

Por su parte Engels había utilizado el modelo darwiniano en el *Anti-Dühring* con el mismo valor de apoyo para una teoría del proceso histórico de corte natural y antiteleológica, llamando la atención sobre la importancia del horizonte histórico. Precisamente en una carta a Lange, quien pretendía sacar las consecuencias del nuevo punto de vista para la «cuestión social», Engels va a discutir la tesis de que las leyes económicas burguesas sean eternas, pues aún en el caso de que el principio de la lucha por la existencia fuera funcional al sistema capitalista, de ahí no se deduciría la imposibilidad de cualquier otro sistema histórico-productivo con otras categorías. El texto plantea además el problema de la relación entre crecimiento demográfico y crecimiento de los medios de subsistencia en una sociedad capitalista, que lo es todo menos armónica, y en la que la capacidad productiva no deriva de la densidad de la población sino de las posibilidades de valorización de los potenciales productivos inscritos en el sistema justamente en la forma de capital.<sup>46</sup> Por eso Engels insistía frente al joven Kautsky en oponerse al malthusianismo o neomalthusianismo, variante en la época del social-darwinismo.

En carta a P. L. Lawrow, diez años más tarde, Engels repetirá que lo único aceptable del darwinismo es la «teoría de la evolución» en su aspecto anticreacionista y antiteleológico, pero no en su insistencia en

---

ss., en que discute la leyenda de las relaciones entre Marx y Darwin.

<sup>46</sup> Carta de Engels a Lange de 29 de marzo de 1865. Lange, F. A., *Über Politik...*, op. cit., pp. 80 y ss. Marx había leído el texto de Lange en 1870 y opinaba que «habría que investigar cómo se manifiesta cada vez históricamente la lucha por la existencia; subsumir simplemente toda la historia en la expresión darwinista de la “lucha por la existencia” solo demuestra pereza mental y rebaja la expresión a mera “frase”», Lucas, E., «Marx und Engels...», pp. 442-443.

la «lucha por la vida», pues «en toda interacción entre cuerpos naturales –tanto vivos como muertos– se da a la vez armonía y colisión, lucha y conjunción». Aunque reconociera que el darwinismo servía muy bien como contrapunto frente a los economistas vulgares que solo veían armonía por doquier.<sup>47</sup>

Por el contrario para los intelectuales progresistas de la época de tendencias socializantes, las tesis de Darwin ofrecían un modelo con el que pensar desde una perspectiva evolutiva pero no teleológica, el desarrollo de la sociedad con sus antagonismos y conflictos sociales. Un ejemplo paradigmático de esa forma de conjugar «cuestión social» y evolución de la especie lo ofrecen los textos de A. Lange (1828-1875).

Este autor, que fue muy leído entre los primeros socialdemócratas, era un conocido intelectual y filósofo, político y periodista, y una personalidad excepcional en el mundo de la época. Sus años de mayor actividad política habían coincidido con las décadas de los sesenta y los setenta de gran efervescencia social. Alineado en el ala izquierda de las filas liberales, se fue distanciando primero del Partido del Progreso y después del Partido del Pueblo, por entender que no valoraban suficientemente la «cuestión obrera». Pero la constitución de un movimiento obrero autónomo (de clase) a partir de 1868, le estremecía. Al principio de los años sesenta su participación política le costó la dimisión de su puesto en la escuela (Gymnasium) de Duisburg (1862), a partir de lo cual se dedicó a actividades periodísticas en favor de los trabajadores. Participó activamente en los círculos educativos obreros, de cuya presidencia (VDAV) formó parte y promovió con fuerza las asociaciones educativas de su zona. Editor de un periódico obrero, el *Bote vom Niederrhein*, intentó hacer de él un portavoz de las ideas socialistas, ofreciéndoles a Marx y a Engels colaborar en él sin demasiado éxito; e incluso lo propuso como órgano de la Internacional sin mejores resultados.

En las polémicas entre la *Asociación General de Trabajadores de Alemania* (ADAV) y la *Liga de Asociaciones Obreras Educativas* (VDAV), se alineó claramente con las segundas, poniendo de relieve sus fuertes discrepancias con Lassalle y sin ocultar sus diferencias con las asociaciones liberales, promovidas por Schulze-Delitzsch. Disentía de

<sup>47</sup> Carta de 12/17 de noviembre de 1875, MEW, 34, pp. 169-170.

Lassalle en el papel progresivo que éste otorgaba al sufragio universal y en la función de las cooperativas apoyadas por el Estado. En su opinión Lassalle no entendía que la liberación del trabajo es solo el último paso en la eliminación total del feudalismo, pero que era necesario romper con el espíritu explotador del viejo régimen antes de que la legislación y la Administración pudieran resolver realmente la cuestión social. Eso no le impedía reconocer su mérito en la defensa de los más oprimidos, y su importante contribución para que se organizaran e intervinieran políticamente.

Como representante de los círculos obreros de Duisburg, Lange participó por estas fechas en el Congreso de Lausana de la Internacional. En 1866 le ofrecieron trasladarse a Suiza, donde colaboró en la redacción de la Constitución helvética. Tras 1870 su vida dio un cierto cambio, dedicándose con más intensidad a la universidad y a la vida académica. Inició entonces lo que podríamos llamar su largo viaje hacia el socialismo de cátedra. Llamado por Rosenkranz a Königsberg, para ocupar la cátedra que dejaba vacía Überweg, antiguo amigo suyo al que había ayudado en la redacción del famoso *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, una de las primeras historias de la Filosofía digna de ese nombre, se trasladó posteriormente a Würzburg y a Marburg. A pesar de sus iniciales dificultades con la Administración, que derivaban de su ya antiguo compromiso político, el contar con la amistad y el apoyo de un pequeño grupo de profesores de ideas avanzadas, entre otros el anteriormente citado Haeckel, le ayudó a fortalecer su posición en la vida académica alemana. En sus últimos años, su relación con los que luego serían los famosos neokantianos, incidió en la lectura renovadora del criticismo, convirtiéndolo en un precursor de la escuela de Marburgo. Antes de su muerte mantuvo fructíferos contactos con los que serán cabezas de esta escuela, H. Vaihinger y especialmente H. Cohen.

En sus últimos años, un mayor acercamiento a Kant reforzó su prestigio en los medios universitarios y fue un factor nada despreciable para el surgimiento de tendencias socialistas en algunos neokantianos (como Vorländer) y para la referencia a Kant de muchos socialdemócratas, especialmente de aquéllos que se inclinaban por la vía reformista abierta por Bernstein. Su ideal podría resumirse en estas palabras del investigador G. Eckert: «La esperanza de Lange era que la unión de la filosofía con los oprimidos hiciera surgir una nueva sociedad, una “democracia social”»



de hombres libres que pudieran, si es que es posible, elevar “sin sangre ni fuego”, la “cultura y fraternidad” a guías del futuro». <sup>48</sup>

Según este autor la «cuestión obrera» marcaba el inicio de una nueva época que se caracterizaba por la necesidad de cambiar el estatus social de los miserables, que habían irrumpido repentinamente en la escena pública. En su obra titulada *La cuestión obrera* propone configurar la sociedad como una fábrica, o según sus propias palabras, como «una fábrica organizada de modo republicano o constitucional», sinónimo de democracia económica. Para ello sería necesario un largo periodo de evolución en el que reformar el Estado, de modo que la propiedad social fuera posible. Toda la construcción reposa en el principio cooperativo, pero Lange, a diferencia de Marx y Engels rechaza la famosa «expropiación de los expropiadores», que interpreta como un resto hegeliano —dialéctico— en la teoría de aquéllos y marca sus distancias con la ley del valor que adolecería del mismo defecto: ser una rémora hegeliana en el marco de una teoría científica económica y social.

Teóricamente Lange partía de una tradición positivista, tanto en lo que se refiere a la metodología científica como en sus análisis sociales, con referencias a J. S. Mill, Malthus, etc. Quizá esta sintonía le permitió ejercer una gran influencia en los sectores intelectuales, especialmente estudiantiles, de los años setenta, entre otros en los intelectuales marxistas que se formaron por aquel entonces, como Kautsky o Bernstein, quien habla explícitamente de su gran deuda hacia él. Otro de sus seguidores fue C. Höchberg, el joven intelectual judío amigo de Kautsky, antes mencionado. Él fue el primero en poner en conexión darwinismo y *cuestión social*, lo que explicaría parte de su atractivo para la joven generación, educada en el nuevo paradigma.

Así la *historia (crítica) del materialismo* que escribió en sus últimos años se convirtió en fuente teórica fundamental para unos estudiosos a los que era más fácil comprender su teoría de la evolución de la especie humana y su valoración de lo que de éticamente nuevo aporta el movimiento obrero, que los intrincados análisis económicos de Marx, sus sarcasmos sobre la situación en Alemania o las diplomacias de Engels. Su vocación científicista, que se apoyaba en los recientes progresos de las ciencias naturales, le permitían prever un próximo final para las viejas

<sup>48</sup> Lange, F. A., *Über Politik und Philosophie*, op. cit., p. 16

doctrinas metafísicas en las que incluía a Engels. Ampliada por la creencia en el soporte teórico que la «ciencia» y los «científicos» ofrecen para la cuestión social, abona una teoría del progreso teórico como correlato y, en determinados casos como espoleta del progreso histórico que, combinado con una teoría «naturalista» de la evolución humana, será un rasgo distintivo del materialismo histórico kautskyano. Inclusive la vuelta a Kant significa para Lange primacía de la ciencia o del método científico en la teoría, primacía de la ética en la práctica, positivismo y moralismo como las dos caras, contrapuestas de una razón limitada, la humana.<sup>49</sup>

Ahora bien, si los socialdemócratas interesados en las ciencias naturales entendían el darwinismo como una aportación positiva por su mensaje anticreacionista, ése no era propiamente el caso de Kautsky que ya muy tempranamente había concebido la «lucha por la existencia» a nivel colectivo como «lucha de la especie humana contra la naturaleza». Eso le permitía enlazar directamente el final de la «lucha por la existencia» con el «socialismo»: «La lucha por la existencia se ha convertido incluso aquí, antes de que aparezca toda historiografía, en la lucha por dominar y someter a la naturaleza». El establecimiento del Estado social terminará con ella pues asegurará «dominar la Naturaleza por medio del trabajo»,<sup>50</sup> con lo que une la perspectiva laborista, inserta en el discurso socialista, con las nuevas teorías científicas, eliminando los acentos individualistas y competitivos de la lucha por la existencia en su versión liberal. En el Programa de Erfurt se habla del Estado social

<sup>49</sup> En su interesante análisis sobre Lange, Sh. Na'aman ha puesto de manifiesto: «Lo que Lange defendía en las cooperativas de consumo era de hecho un punto de vista de clase, lo más claramente que entonces se podía defender y, sin embargo, el concepto base de esta lucha, el concepto de clase, se hurtó a su pensamiento. Este llamativo fenómeno solo se explica por su extraña postura metodológica malthusiano-darwiniana: el concepto de "lucha por la existencia" se convierte para él en un obstáculo insuperable para su capacidad de comprensión», *F. A. Lange in der deutschen Arbeiterbewegung*, separata de los *Duisburger Forschungen*, T. 21, p. 29.

<sup>50</sup> Carta a Engels: «Siempre me irrito cuando nuestra gente entiende la lucha por la existencia como una lucha individual», 3 de octubre de 1883, *Corresp. E./K.*, p. 87. En sus artículos suele hablar de la «lucha social por la vida», *Der Sozialist*, núm. 15, 11 de abril de 1878 y de la «lucha por la existencia a nivel de especie», *Völkstaat*, núm. 49, 28 de abril de 1876. Según Steinberg, H. J., «hasta las primeras publicaciones de Kautsky sobre este tema en 1875/1876, son escasos los intentos hechos desde la socialdemocracia para mostrar las relaciones entre la doctrina darwinista y el socialismo», *op. cit.*, p. 47. *Vorwärts*, núm. 40, 6 de abril de 1877, artículo «Der Kampf um's Dasein in der Menschenwelt» y núm. 28, 8 de marzo de 1878.

en términos de mitificación como «una fuente de bienestar sumo y de perfeccionamiento integral, armónico para el hombre» (p. 109). Y años más tarde en *La Concepción Materialista de la Historia*, Kautsky, aunque ya más cauto, seguirá proponiendo traducir el concepto marxiano de «producción», «excesivamente corto» por el de «lucha por la vida» en el sentido de lucha conjunta del hombre contra la naturaleza, uno de cuyos momentos sería, como en Hegel, la guerra (pp. 850 y ss).

Lo peculiar de esa concepción es que permitía entender el proceso del desarrollo social e histórico en analogía con el desarrollo natural de las especies, aunque con importantes variantes pues por un lado se hacía necesario un proceso que en la evolución natural es contingente y en segundo lugar se sustituían las mutaciones naturales por un desarrollo continuo y perfectivo. Al no haber, por otra parte, mecanismos de herencia biológica dura que garanticen la perdurabilidad genética de las mutaciones felices, las instituciones sociales y en último término la memoria histórica se convertirán en garantes de su permanencia, como si en la especie humana en su conjunto, una vez alcanzado un nivel dado de control sobre la naturaleza y de autocontrol social, no pudiera haber regresiones ni cambios sustanciales.

Algunas de esas tesis, que estaban ya en Lange, se encuentran en Kautsky hasta casi finales de los noventa, articulando una teoría que «rescate el fundamento de una ciencia progresiva de la sociedad... que viniera a ser la base de una concepción del desarrollo social caracterizado por la presencia de un progreso necesario y sin bruscas rupturas». <sup>51</sup> La idea de que la producción económica de una sociedad constituye algo así como un soporte material cuasi-espontáneo, que se desarrolla por sí mismo superando necesariamente las resistencias que le oponen las relaciones de producción, la piensa Kautsky sobre esa matriz conceptual ya elaborada, en la que «la lucha de clases» en cuanto contraposición interna entre clases sociales con intereses diversos simplemente ha desaparecido.

Independientemente de cómo se valore la influencia del darwinismo en el primer Kautsky, la mayoría de los autores coinciden en que, a partir de 1890, se alejó de esta corriente, abandonando toda pretensión de encontrar en ella una fundamentación para el socialismo. Pero siguió pensando la evolución social sobre el modelo de lo natural, lo

<sup>51</sup> Ragionieri, E., *op. cit.*, p. 90.

que conlleva prestar mayor atención en la tematización del materialismo histórico a las innovaciones de la técnica que a los problemas de la práctica revolucionaria. Para él, como para tantos socialdemócratas, materialismo equivalía a naturalismo y revolución social a evolución de la sociedad con discontinuidades.

En *La Nueva Época* (*Die Neue Zeit*) el desenvolvimiento de esta problemática, que corre pareja al de las concepciones del propio Kautsky, queda reflejada en la distancia que separa los primeros artículos, centrados en el carácter antirreligioso del darwinismo, hasta la crítica final de esta corriente por Lafargue y especialmente por Cunow, pasando por las posiciones de Kautsky, Büchner, Aveling y Bernstein. El artículo decisivo, publicado en 1894 con el título *Darwinismo y socialismo*, puede decirse que cierra la cuestión, haciendo explícita la distancia entre el darwinismo en cuanto teoría filosófico-científica y el socialismo como teoría de la historia. Lo que no obsta, como he señalado repetidamente, para constatar su fuerte presencia en la formación del marxismo socialdemócrata.

En una perspectiva antropológica el núcleo del materialismo histórico así construido lo constituye el nexo entre el proceso histórico y el submundo de pasiones e instintos humanos que motivan las acciones. A través de la conciencia estos móviles se convertirían en motivos de las actuaciones humanas, transmutándose en deberes o en faltas, es decir adquiriendo un peculiar carácter ético. Ya en sus primeros textos Kautsky había enfocado este problema desde el prisma de un presunto «instinto comunista», «societario» o «gregario», al que daba mayor valor que al instinto individual de supervivencia. Y en base a esta tesis, había intentado bosquejar inclusive una teoría de la historia como proceso de lucha entre los instintos comunistas, que eran originarios y fuertes, y las tendencias individualizadoras, que a lo largo del desarrollo habrían derrotado a los primeros dando paso al individualismo típico del modelo capitalista. Pero como este individualismo debilita la sociedad, será sustituido por los instintos comunistas de la clase obrera, gracias a los cuales esta última está destinada a vencer.

Por esta vía el joven Kautsky pretendía dar una fundamentación general al socialismo/comunismo, cuyo triunfo estaría asegurado como consecuencia de la evolución natural de la especie humana, y cuyo carácter ideal no sería más que la forma de presentarse de los «instintos

sociales que hemos heredado de nuestros antepasados los monos».<sup>52</sup> En obras posteriores matiza este punto de vista y, sin embargo, la insistencia en las ventajas de la «socialidad» para el modo de lucha por la vida típico de la especie humana, le permite incidir en la crítica del liberalismo y la contraposición entre éste y el socialismo como forma ideológica de la oposición individuo/comunidad. El mediador entre ambos estaría constituido por el entorno (*Umwelt*) que, en la especie humana, sería de naturaleza artificial, y estaría representado por el mundo de la técnica.

Esta adquiere por consiguiente un papel privilegiado en cuanto organizador de las relaciones «humanas», pues es la que determina los modos de reproducción de la especie. Cabe incluso suponer que una historia de la tecnología permitiría esbozar una «historia natural del desarrollo general del género humano», en el que podría integrarse el «materialismo económico», es decir la teoría de Marx. El nombre de *marxismo* denota esa teoría general elaborada por Kautsky a partir de las doctrinas de Marx y especialmente de Engels, que quedan subsumidas en una teoría más general del conjunto del desarrollo de la especie humana.

Pero además el discurso marxista socialdemócrata adjunta a ese inicial esbozo naturalista una componente ética que traduce como «deberes de clase» los intereses colectivos de todo un sector social.<sup>53</sup> Dichos intereses están concebidos como «categorías objetivas», alejados de los principios morales idealistas de matriz kantiana, razón por la cual esa ética sin moral subjetiva es calificada de materialista.

Precisamente en este tema es donde el joven Kautsky más va a insistir, negándose a aceptar ningún debilitamiento de la cadena de la causalidad socionatural, pues consideraba el marxismo naturalista la única doctrina apropiada para un partido socialista consecuente. Ya viejo, cuando escribió *La Concepción Materialista de la Historia* con más de setenta años, se esfuerza por conciliar sus posiciones con otras corrientes doctrinales, incluye referencias más o menos elogiosas a Weber, a Spencer o a Mach; anota alguna que otra crítica respetuosa a Freud y a Troeltsch o a los historicistas; e intenta delimitar sus posiciones frente a sus contemporáneos y ante sus maestros Marx y Engels.

<sup>52</sup> «Die sozialen Triebe in der Tierwelt», *op. cit.*, p. 440. Y *Ética y concepción materialista de la historia*, Argentina, Cuadernos Pasado y Presente, 1975, esp., pp. 89 y ss.

<sup>53</sup> «Difundir la conciencia de clase no significa más que difundir la conciencia de los deberes del individuo frente a toda su clase», en *Klassenkampf und Ethik*, N.Z., Año XIX, cit. por Waldenberg, M., *Il Papa...*, p. 340.

En este texto Kautsky separa socialdemocracia y marxismo (materialismo histórico) y a éste del materialismo *tout court*, prescindiendo de él como fundamentación de la práctica socialista. «La concepción materialista de la historia —dice— no debe ser una precondition para pertenecer al partido socialdemócrata. Este partido debe estar abierto a todo aquél que quiera participar en la lucha por la liberación del proletariado, en la lucha contra toda opresión y explotación, sea cual sea el modo como quiera fundamentar teóricamente este querer: de modo materialista, o kantiano, o cristiano o como sea». En cuanto al materialismo: «Se puede decir que en esta medida (en cuanto no busca verdades eternas) la concepción materialista de la historia no está ligada a una filosofía materialista. Se puede unir a toda concepción del mundo que se sirva del método del materialismo dialéctico o que al menos no esté en contradicción con él...; nos parece pues compatible no solo con Mach y Avenarius sino con varias otras filosofías, solo sería incompatible con el idealismo».<sup>54</sup> Hay que suponer que Kautsky entiende por idealismo anti-empirismo y especulación, en último término utopía.

A la vez, en el esfuerzo por ampliar el concepto económico marxiano de producción lo define como «producción y mantenimiento de la vida», basado en la primacía de la voluntad de vivir, en cuanto hecho natural básico y discute a Engels la pretensión de explicar todos los fenómenos de la historia humana a partir de la «materia».<sup>55</sup> En sentido estricto el materialismo se reduciría a «reconocer que el mundo externo existe realmente», pero lo importante no sería esa tesis, que sirve de presupuesto a toda teoría científica, sino el «materialismo como método (¿empirismo?) en el sentido de que los principios de la ciencia son resultado de la experiencia y no creación espontánea de la mente humana». Y ahí una aceptación indiscriminada de los principios metodológicos del conocimiento científico de su época en clave determinista, y del realismo positivista que confunde con el materialismo, le lleva a

<sup>54</sup> *Op. cit.*, p. 28. Waldenberg cita una carta a Plejanov del año 1898 en la que expresa su convicción de que «el punto de vista económico e histórico de Marx y Engels se puede a fin de cuentas conciliar con el neokantismo» y con otros autores por ejemplo con Mach pero no con el idealismo, *Il Papa...*, T. 1, pp. 351 y ss.

<sup>55</sup> Ídem, pp. 16 y ss., pp. 805 y ss., 837 y ss. En el *Camino al poder*, «la voluntad de vivir es el hecho que debe servirnos de punto de partida, es el hecho primordial», *op. cit.*, p. 49.

postular que todos los procesos naturales, históricos e inclusive lógico-cognitivos, proceden por necesidad natural. Según esta teoría «todos los procesos mundanos se basan en acontecimientos regulares, todo acontecimiento tiene su causa... en el sentido de un elemento ineliminable en una cadena infinita de causas y efectos».<sup>56</sup> Solo las limitaciones inherentes al intelecto, se supone que humano, permiten aparecer a la ignorancia como azar, pues no es capaz de recorrer toda la cadena de condicionamientos, y a la necesidad como libertad.

Por el contrario Kautsky no tiene comprensión alguna para la peculiaridad ontológica del materialismo de Marx, en el que todas las relaciones por ideales que sean entre los seres humanos y el resto de los entes naturales, o entre los hombres mismos, están siempre entretreídas y tienen una eficacia en sus relaciones materiales (socioeconómicas). Tampoco tiene interés ninguno por la filosofía, la cual exige conocimientos especializados que no poseía y de la que nunca «se había ocupado especialmente», no estando por consiguiente en la mejor situación para captar la peculiaridad epistemológica del pensamiento de sus maestros.<sup>57</sup>

El viejo Kautsky de 1927 también ha variado su consideración del comunismo. Como hemos visto en su juventud había engarzado el interés por el comunismo primitivo en una teoría formalmente dialéctica de la historia según la secuencia comunismo primitivo – propiedad privada – renovación del comunismo sobre una base más alta. En la medida en que esta renovación se apoyaba en la fuerza de los instintos societarios, a los que se privilegiaba por encima de los individuales, esta construcción permitía legitimarlo, cosa importante pues al menos hasta el final de la Primera Guerra Mundial, Kautsky consideró comunismo como sinónimo de socialismo y ambos como dos formas de «producción en común para la propia necesidad».<sup>58</sup> Pero la polémica con los bolcheviques le hizo más cauto y escéptico. De modo que en su obra definitiva *La Concepción Materialista de la Historia* critica la formulación

<sup>56</sup> *Concepción materialista...*, pp. 22 y ss., 29, 83. «Consideraba el determinismo un principio no metodológico, sino ontológico, una propiedad de la estructura de la realidad», Waldenberg, M., *Il Papa...*, T. 1, p. 337.

<sup>57</sup> Carta a Bernstein, KC, 150: «Nunca me he ocupado mucho de filosofía y estoy muy lejos del ámbito en cuestión que exige conocimientos concretos de Hegel, Feuerbach y Kant».

<sup>58</sup> *El Programa de Erfurt*, op. cit., p. 120. «Lo que nosotros queremos es la transformación del Estado en una comunidad económica que se baste a sí misma», ídem, p. 145.

engelsiana tan conocida sobre el salto del reino de la necesidad al de la libertad por excesiva y propone sustituirla por «una ampliación de la provincia de la libertad en el reino de la necesidad causal, cuyos límites no se pueden impugnar». <sup>59</sup> Con ello los restos del Kautsky romántico, defensor de los indios y de las sociedades primitivas frente a los desmanes de la civilización, habían desaparecido para siempre.

### **La autoconciencia socialista**

Dos años después de la vuelta a la legalidad y tras los dos Congresos, Halle y Erfurt, el décimo aniversario de la revista se sumó al recuerdo del periodo de excepción, ese periodo heroico en que el partido había podido mantenerse porque había salvaguardado la unidad política, organizativa y teórica. Olvidadas las polémicas de los años ochenta, quedaba el recuerdo del refuerzo ideológico, que había sido una garantía de victoria y daba autoridad a los militantes supervivientes de aquella época. La unidad ideológica, vendrá a decirse, es elemento de la unidad política y el «marxismo» es la pieza clave del entramado, en cuanto que garantiza la unidad entre teoría y práctica.

El debate sobre la táctica, sustitutorio de la vieja preocupación por la práctica desde finales de los años setenta, refleja la transformación del viejo movimiento en el nuevo partido. Por táctica se entiende aquella actuación organizada que se debe emprender para conseguir los objetivos propuestos. De hecho ése es el punto cardinal de todos los Congresos, ya desde la ley de excepción. Mientras que el «marxismo» solo aporta aquel análisis de conjunto que explicita teóricamente los fundamentos de la táctica. <sup>60</sup>

Su difusión está garantizada por la revista que devenida oficial, con el final del estado de excepción y transformada en semanario, había aumentado considerablemente su tirada y su influencia, contando con más de 10.000 suscriptores. Según Bernstein estaba a punto de conseguir su objetivo: constituir «el primer órgano marxista auténtico del movimiento obrero internacional», pues «ya desde el principio había

<sup>59</sup> *Op. cit.*, p. 759. «Die sozialen Triebe in der Menschenwelt», 1883, ídem, pp. 442 y ss.

<sup>60</sup> «La teoría tiene la tarea de demostrar la corrección de la táctica... Las cuestiones teóricas no son indiferentes, sino que están estrechamente unidas a la táctica», Kautsky en el Congreso de Dresde de 1903, *Actas*, p. 382, cit. por E. Matthias, *op. cit.*, p. 170.



sido un “órgano marxista”, redactado en el sentido del socialismo científico-revolucionario fundado por Marx y Engels», Kautsky coincidía en esta apreciación aunque según él la especificidad marxista residía en que estaba basada en «la concepción materialista de la historia y en su especial aplicación a nuestro tiempo, en la convicción de que el proletariado es la fuerza impulsora del futuro desarrollo social».

Como ya hemos visto, a pesar de las iniciales dificultades y polémicas, *Die Neue Zeit* se había mantenido en los años ochenta, y había ganado influencia en los noventa. Ciertamente que su penetración en los círculos de base siempre fue limitada, que el número de suscriptores era modesto y que tenía poco peso en las organizaciones obreras, por más publicidad que se le hiciera en la prensa del partido. Pero por su lenguaje, por su temática, incluso por su aspecto externo de libro y por su contenido, iba dirigida especialmente a los cuadros de la organización. Donde tenía notable éxito era entre los socialistas exiliados o de otros partidos europeos, que encontraban en ella elementos de debate teórico e ideológico. Comparada con revistas como *Die Neue Welt* o con otras publicaciones populares ilustradas, *La Nueva Época* era realmente un órgano para teóricos exquisitos, si bien su aire doctrinal la hacía poco querida en círculos intelectuales que no pertenecieran estrictamente al partido.

Durante todos los años en que Kautsky la dirigió (1883-1917) le imprimió un carácter muy rígido, propio de una «revista científica» de tipo «académico-doctrinal», en la que no admitía coqueteos con otras tendencias socialistas.<sup>61</sup> El marxismo que en ella se defendía consistía en reforzar la distancia con esas otras corrientes teóricas y en distinguir el partido socialdemócrata de todos los demás, consolidando su independencia. La superioridad teórica del marxismo residía en que concebía el socialismo como organización histórico-social, separándolo de la nebulosa de todo tipo de proyecciones éticas o ideológicas y terminando con el sincretismo imperante. Eso le permitía funcionar como principio de identidad teórica del partido, identificando la defensa de la doctrina con la supervivencia de la organización, y todo ello con la garantía del triunfo del socialismo. A lo largo de este proceso, «marxismo»

<sup>61</sup> Carta a Bebel, noviembre de 1892, ídem, p. 80. En cartas anteriores Kautsky se había quejado de la tolerancia de A. Braum: «Debemos utilizar nuestros escasos medios para hacer propaganda de nuestras ideas, no de todas las ideas posibles, incluidas las de nuestros contrincantes». Eso es «oportunismo», ídem, p. 73.

se convirtió pues en sinónimo de «socialismo» y especialmente de socialismo según el modelo alemán, es decir «revolucionario-analítico», al decir de Bernstein, o sea antiutopista y antianarquista.<sup>62</sup>

Aspecto fundamental del refuerzo teórico-ideológico, que además engarza muy bien con la personalidad y con las temáticas caras a su director, es su contribución a la historia del socialismo: la historia de la organización, del movimiento obrero, en último término de las personalidades que en él han intervenido. Ese modo de escribir la historia inmediatamente pasada como forma de reflexionar, de volver sobre el pasado reciente, no solo para aprender de él, sino también para utilizarlo en el debate ideológico, será una constante de la tradición socialista, interrumpida dramáticamente tras los años cuarenta.

En Kautsky el esfuerzo por reconstruir el pasado llega a ser casi una obsesión que tras la Revolución de Octubre de 1917 se dobla con la urgencia de salir al paso de la «apropiación indebida» de una herencia que cree que le corresponde. El mismo objetivo preside las innumerables polémicas con la historiografía oficial y la continua insistencia en diferenciar la «historiografía burguesa (idealista) y la «historiografía materialista» en tanto que método, concepción del mundo y fuente de legitimación.

El *marxismo* o materialismo histórico actúa así como elemento fundamental de un proceso de constitución de la autoconciencia socialista y como factor decisivo de su diferenciación frente a otras corrientes teórico-políticas. Y eso a pesar de que el análisis en detalle de la polémica con el socialismo de Estado y su constante reaparición, permite decir que ese marxismo gozó de una influencia relativamente escasa más allá de un determinado ámbito, conviviendo en los círculos socialdemócratas con otras teorías socialistas, entre el reformismo y el utopismo; entre otras con el viejo amigo/enemigo Lassalle.<sup>63</sup> Pero en cuanto teoría de la

<sup>62</sup> Artículo de Bernstein, *op. cit.*, pp. 3 y ss. En su correspondencia con Kautsky, Bernstein insistía en que había que hacerla más atractiva y quitarle ese horrible «olor a monólogo», KDV 194. La editorial Dietz enjugaba ese déficit con los beneficios que le producían los libros y folletos de divulgación, en los que Kautsky era uno de los máximos colaboradores.

<sup>63</sup> Para Hobsbawm, «es significativo que las obras de Lassalle entre 1894 y 1895 fueron mucho más prestadas en el *Völkerverein Krefeld* que las de Marx, para no hablar de Engels o de Kautsky», «La diffusion...», *op. cit.*, p. 253. En 1895, de *La lucha de clases en Francia* de Marx con la famosa introducción de Engels se imprimieron 3.000 ejemplares, mientras que los debates sobre el proyecto de ley contra la subversión alcanzaron

necesidad del socialismo dio a ese movimiento una legitimidad teórica que le era discutida, ampliando su alcance.

La personalidad de Kautsky encajaba al cien por cien con el papel de intelectual del partido que le tocó jugar tras la muerte de Engels (1895), ejerciendo eficazmente como mentor teórico y como ideólogo oficial.<sup>64</sup> Su relación con Engels le aseguró de modo duradero un papel clave en el marxismo de la 2ª Internacional, a la vez que en la organización alemana ocupaba un lugar relativamente marginal, pues carecía de responsabilidades parlamentarias y directamente políticas o sindicales. Su función era la producción teórica, el trabajo ideológico en sentido estricto, al margen de los problemas cotidianos de la práctica política. Para esa tarea global su constante contacto con dirigentes alemanes y extranjeros le proporcionaba una perspectiva de la que otros carecían.

En esa tarea de difusión el famoso comentario resumen del Programa de Erfurt, titulado *El catecismo de la socialdemocracia* y publicado en 1892 ocupa un lugar fundamental. En esta obra, que fue traducida a un sinnúmero de idiomas, se planteaba lo que hemos visto que es el núcleo de la solución ideológica a la situación contradictoria de la socialdemocracia en la sociedad de su época, es decir la tesis de que por una parte las reformas no pueden eliminar la contradicción del sistema capitalista y por tanto no hay por qué temer que nunca lleguen a ser eficaces, por otra, el mantenimiento de la contradicción, e inclusive su reforzamiento, permite prever una época histórica nueva, que se identifica con la revolución socialista. Se trata de aquella unión ya antigua, entre reforma y revolución.

Sin embargo, lo específico de su ideologización consiste en que tiene la forma de la cientifización de una doctrina política, inicialmente utópica. Así el modo como plantea la diferencia entre socialismo utópico/socialismo científico radicaliza la oposición entre ambos, todavía

---

una tirada de 170.000. Datos en *Corresp. E./B.*, p. 803.

<sup>64</sup> Según Haupt, «*Die Neue Zeit* se beneficia de un doble prestigio: el de ser el órgano teórico del SPD y el de ser el portavoz internacional autorizado del “centro marxista”. Autoridad teórica internacionalmente consagrada y árbitro supremo en una teoría ideológica, Kautsky es también una autoridad moral... Su moderación y prudencia explican tal vez por qué la autoridad de Kautsky se mantiene intacta hasta 1914 e incluso después; todos lo aceptan como jefe indiscutible del “centro marxista”; Kautsky es en sí una institución, goza de un estatuto especial. A través de él se expresa y se mide la creciente influencia del marxismo... el nombre de Kautsky representa el marxismo en el mundo entero», *El historiador...*, pp. 131 y ss.

más de lo que ya lo estaba en Engels, y hace del marxismo una ciencia pretendidamente empírica o inductiva de la historia. Cuando en el fondo esa pretendida ciencia es poco más que una filosofía de la historia, superpuesta a una concepción epistemológica positivista y compatible con el historicismo reinante. Correlato de la cientifización es la naturalización sin resquicios del proceso histórico, modo acríptico en que se reproduce en la teoría, un proceso histórico que parecía ofrecer muy pocas posibilidades de intervención. La cientifización es así el medio para una comprensión sustantivizada de la historia, vehiculada por la hegemonía de la ciencia en el pensamiento de la época, que es potenciada todavía más por el lugar central que ésta ocupa en la sociedad industrial.

Muy pocas posibilidades de intervención inmediata, pero augurios de cambio. En la Europa de la época, la predicción más o menos inquietante de la inevitabilidad del socialismo corre pareja con el anuncio de la inminencia del cambio. Poco antes de su muerte Engels todavía aseguraba que «el periodo de tranquilidad y de reacción... que siguió a 1870 ha llegado al final; los Gobiernos están de nuevo bajo el control de un movimiento político vivo en el pueblo, en cuya retaguardia estamos nosotros y que determinamos en unos lugares de modo negativo, en otros positivo. Lo que eran los liberales antes de 1848, ahora lo somos nosotros» (*Corresp. E./B.*, p. 722).

Era de esperar que la socialdemocracia, en cuanto partido de la revolución, capitalizaría las acciones de protesta, muchas de ellas incontroladas, que se produjeron a lo largo de los años noventa, siendo duramente reprimidas. En opinión de los socialdemócratas, esto demostraba la creciente radicalización política del país: las fuerzas y partidos burgueses perdían popularidad, casi siempre en beneficio de la socialdemocracia. Aunque simultáneamente surgía un radicalismo antisemita que aglutinaba muchos descontentos, aumentando la desconfianza frente a la política y el sufragio universal, y acrecentando un discurso de menosprecio del Parlamento, en un proceso que culminará en el nacionalsocialismo de los años treinta.<sup>65</sup>

---

<sup>65</sup> Algunos autores señalan que, si bien la cuestión central de la época era la oposición entre burguesía y trabajadores, las estructuras existentes impedían la traducción política de ese conflicto, generando una dinámica de encubrimiento. Esa dinámica permitía a los sectores dominantes rentabilizar la agudización del conflicto, beneficiándose del miedo que las pretensiones revolucionarias de la socialdemocracia pudieran dar a una

Por contra la socialdemocracia mantenía sus viejas posiciones en defensa de la primacía de la política y sobre la importancia de principio del sufragio universal.<sup>66</sup> Con un resultado paradójico, pues cuando los partidos políticos perdieron credibilidad como organismos de representación política, la socialdemocracia y su marxismo no quedaron a salvo de la crítica, sino que fueron, también ellos, identificados con el mismo sistema que combatían. Quizá a pesar de su deseo y de su intención estaban inmersos en una paradoja que a algunos como al propio Engels les resultaba incomprensible, la de «crear un partido proletario para perpetuar la esclavitud salarial».<sup>67</sup>

En Kautsky esa misma paradoja determinaría lo que consideraba como inevitable carácter utópico de muchas reivindicaciones socialistas, por muy racionales que pudieran parecer: «Desde este punto de vista (el de las relaciones de poder actuales) la mayor parte de nuestras reivindicaciones inmediatas son utópicas. Lo que ocurre es que nuestras reivindicaciones inmediatas no son aquéllas que se pueden conseguir con las actuales relaciones, sino aquéllas que siendo conjugables con la sociedad existente, son adecuadas para elevar el poder del proletariado y propiciar el desarrollo económico y político».<sup>68</sup> Esa debía ser la política, que no sé si calificar de imposible, de la socialdemocracia de la época.

En el movimiento internacional, análogamente a lo ocurrido en la socialdemocracia alemana, el marxismo está en relación orgánica con el movimiento obrero, en cuanto ideología de los partidos socialistas de masas, desarrollados en torno al cambio de siglo en todos los países industrializados. Su función es la de contribuir a constituir la identidad histórica de esas nuevas clases sociales, enlazándolas con la vieja

---

parte de la población y exagerando su incidencia. Véase a modo de ejemplo la carta abierta del secretario del Interior, conde de Posadovsky, hecha pública en las elecciones de 1898: «El partido socialdemócrata no solo se ha manifestado públicamente como un partido revolucionario, sino que realmente lo es, pues su objetivo declarado no es otro que eliminar la organización estatal existente y suprimir la propiedad privada; frecuentemente sus medios consisten en la limitación terrorista de la libertad personal de los trabajadores», cit. por Ritter, G. A., *Das deutsche...*, p. 295.

<sup>66</sup> «Excepto nosotros, todos odian el sufragio universal», dice Bebel en carta a Engels, ídem, p. 683.

<sup>67</sup> *Corresp. M.-E./L.*, p. 397.

<sup>68</sup> Carta a Bernstein, KC 132.

concepción de la unidad del género humano y con la nueva de la universalidad de la tarea emancipadora del proletariado.

Postulado fundamental es la primacía de la «lucha política» frente a las diversas formas de lucha económica e incluso frente a la famosa «huelga general», ya que la politización del movimiento parecía ser el primer paso para reivindicaciones sucesivas.<sup>69</sup> En este contexto la codificación kautskyana del marxismo tiene determinadas ventajas: siendo más abstracta que la propia teoría de Marx se adecua mejor a las diferentes condiciones de los distintos países y Estados, pues se sitúa a un nivel de generalidad en que las diferencias son irrelevantes. Esta mayor adecuación le da el carácter de una teoría general verdadera en sí misma, independientemente de las condiciones de su aplicación por lo que puede funcionar como modelo teórico de los diferentes partidos socialistas, independientemente de sus condiciones concretas. Frente al viejo discurso retórico-revolucionario de un Liebknecht que resultaba «comprometedor para los marxistas»,<sup>70</sup> el nuevo discurso kautskyano se presentaba como un modelo antiutópico y científico sin dejar de ser revolucionario.

La ruptura de la Segunda Internacional y la revolución bolchevique, posteriormente el fascismo, supusieron el final de un periodo en el que esta doctrina gozó de validez general. A partir de los años cuarenta las nuevas condiciones políticas y culturales hicieron imposible, y quién sabe si deseable, una teoría general del mundo y de la historia como había sido el marxismo kautskyano. Dos decenios antes el marxismo de Kautsky se había convertido también en frase y como tal acabó siendo abandonado más pronto o más tarde por unos partidos que se reconocían en sus viejos dogmas. Hoy, a finales del siglo XX, ese marxismo, es ya historia y como tal, solo como tal, podemos estudiarlo.

---

<sup>69</sup> «Me resultó muy interesante, aunque nuevo –le comenta Bebel a Engels en relación con sus contactos con el movimiento austriaco– que en Austria y no solo por parte de los representantes de los mineros, hubiera representantes obreros que dieran más valor a una concesión económica que a la concesión del sufragio universal... y lo que más me extrañó es que ningún orador hiciera el esfuerzo de convencer a los que defendían esta postura de que la consecución de beneficios económicos... es más segura de alcanzar con la consecución del sufragio universal». *Corresp. E./B.*, p. 755.

<sup>70</sup> Carta a Bernstein, KC 147.





1 de Mayo 1890 en París: Una delegación de diputados, obreros y sindicalistas entrega una petición en el Palacio Bourbon.

# Bibliografía

## **I. Fuentes**

### **1. Inéditos**

Instituto de Historia Social de Ámsterdam (IISG):  
Archivo Marx-Engels  
Archivo Bebel  
Archivo Becker  
Archivo Kautsky  
Archivo Motteler  
Archivo Vollmar  
Archivo «Kleine Korrespondenz»  
Antiguo Instituto de Marxismo-Leninismo, Berlín (IML)  
Archivo Bebel  
Archivo Lassalle (ADAV)  
Archivo Wilhelm Liebknecht

### **2. Publicaciones**

- *Obras de Marx y de Engels*

Marx, K.; Engels, F., *Werke*, Berlín, Dietz, 1969 y ss. (MEW)

Marx, K.; F., *Gesamtausgabe*, ídem, 1979 y ss. (MEGA)

- *Correspondencia*

«Lettres et documents de Karl Marx, 1865-1883», publicados por Emile Bottigelli, en *Annali*, 1958, 149-219.



- Um die Einheit der internationalen Arbeiterbewegung. Ein Brief von F. Engels aus dem Jahre 1889*, en BzG, IX, 1967, 244-247.
- Zwei Briefe Eleanor Marx-Aveling an F. Engels über den Parteitag der deutschen Sozialdemokratie zu Halle*, 1890, en ZFG, XIII, 1965, 1196-1205.
- Victor Adler Briefwechsel mit A. Bebel und K. Kautsky*, ed. por F. Adler, Viena, 1954.
- August Bebels Briefwechsel mit F. Engels*, ed. por E. Blumenberg, Gravenhage, 1965.
- Briefe August Bebels aus den Jahren 1886-1887*, ed. por H. Gemkow, en BzG, II, 1960.
- August Bebels Briefwechsel mit K. Kautsky*, ed. por K. Kautsky Jr., Assen, V. Gorcum, 1971.
- Eduard Bernstein Briefwechsel mit F. Engels*, ed. por H. Hirsch, Assen, V. Gorcum, 1970.
- Briefwechsel mit W. Bracke (1869-1880)*, ed. por H. Gemkow, Berlín, 1963.
- F. Engels Briefwechsel mit K. Kautsky*, ed. por B. Kautsky, Viena, 1955.
- F. Engels/Paul et Laura Lafargue Correspondance*, ed. por E. Bottigelli, T. I: 1868-1886, T. II: 1887-1890, T. III: 1891-1895, París, 1956-1959.
- Wilhelm Liebknechts Briefwechsel mit K. Marx und F. Engels*, ed. por G. Eckert, La Haya, 1963.
- Wilhelm Liebknechts Briefwechsel mit deutschen Sozialdemokraten*, T. I, 1868-1878, ed. por G. Eckert, T. II, 1878-1884, ed. por G. Langkau, Campus V, 1988.

- *Obras de Kautsky*

- Entwurf einer Entwicklungsgeschichte der Menschheit*, en *Die Materialistische Geschichtsauffassung*, Berlín, 1927, T. I, 155-165.
- Der Einfluss der Volksvermehrung auf den Fortschritt der Gesellschaft*, Viena, 1880.
- Irland. Kulturhistorische Skizze*, Leipzig, 1880.
- Traducción alemana de *La Misère de la Philosophie*, de K. Marx, en colaboración con E. Bernstein, Dietz, 1885, reedición con un epílogo de J. Höpner, Leipzig, 1978.
- Karl Marx' Ökonomische Lehren*, Stuttgart, Dietz, 1887. Reedición con una introducción de H. J. Steinberg, Bonn, Dietz Nachf., 1980, 26ª edición.
- Thomas More und seine Utopie*, Stuttgart, Dietz, 1888.
- Die Klassengegensätze von 1789*, ídem, 1889.
- Traducción del inglés de L. H. Morgan, *Ancient Society*, Stuttgart, 1891.

- Das Erfurter Programm in seinem grundsätzlichen Teil erläutert*, Stuttgart, Dietz, 1892. [ed. cast.: *El Programa de Erfurt*, trad. por Julián Besteiro, Madrid, 1933].
- Grundsätze und Forderungen der Sozialdemokratie. Erläuterungen zum Erfurter Programm*, en colaboración con B. Schönlink, Berlín, 1892.
- Die Vorläufer des Neueren Sozialismus*, Dietz, 1895, reedición en Berlín, Dietz, 1980, 9ª edición, 3 vol.
- Friederich Engels. Sein Leben, sein Wirken, seine Schriften*, Berlín, 1895.
- Die soziale Revolution*, Berlín, 1902 [ed. cast.: *La revolución social: el camino del poder*, trad. por José Aricó, Ciudad de México, Pasado y presente, 1978].
- Ethik und materialistische Geschichtsauffassung*, Stuttgart, Dietz, 1906 [ed. cast.: *Ética y concepción materialista de la historia*, trad. por Mames León, Córdoba, Pasado y presente, 1975].
- Der Ursprung des Christentums*, Stuttgart, Dietz, 1908 [ed. cast.: *El Cristianismo: sus orígenes y fundamentos*, Buenos Aires, Editorial Marat, 2013].
- Die historische Leistung von Karl Marx*, Berlín, 1908.
- Der Weg zur Macht*, Berlín, 1909 [ed. cast.: *El camino del poder*, Ciudad de México, Grijalbo, 1968].
- Die materialistische Geschichtsauffassung*, Berlín, Dietz, 1927, 2 vol.
- *Escritos y Memorias*
- Auer, Ignaz, *Nach zehn Jahren. Material und Glossen zur Geschichte des Sozialistengesetzes*, Núremberg, 1913.
- Auer, Ignaz, *Von Gotha bis Wyden*, Berlín, 1901.
- Bebel, August, *Ausgewählte Reden und Schriften*, T. I: 1863-1878, T. II: 1878-1890, ed. por U. Herrmann, H. Gemkow y otros, Berlín, 1978.
- Bebel, August, *Aus meinem Leben*, ídem, T. VI, 1983.
- Bebel, August, *Schriften, 1862-1913*, ed. por C. Stephan, 2 vol., Fráncfort, 1981.
- Bernstein, Eduard, *Aus den Jahren meines Exils*, Berlín, 1918, 2ª edición.
- Bernstein, Eduard, *Sozialdemokratische Lehrjahre*, Berlín, 1928.
- Bernstein, Eduard, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, Stuttgart, Dietz, 1899 [ed. cast.: *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1982].
- Blos, Wilhelm, *Denkwürdigkeiten eines Sozialdemokraten*, Múnich, 1914.
- Bracke, Wilhelm, *Der Lassall'esche Vorschlag*, Brunswick, 1873.
- Brentano, Lujo, *Die Arbeiterfrage*, contenido en el *Handbuch der politischen Ökonomie*, cap. XIX, ed. por Schönberg, Tubinga, 1882, 1ª edición.
- Brentano, Lujo, *Meine Polemik mit Marx*, Berlín, 1890.

- Brentano, Lujo, *Die Arbeitergilden der Gegenwart*, 2 vol., Leipzig, 1871-1872.
- Brentano, Lujo, *Über die Ursachen der heutigen sozialen Not*, Leipzig, 1889.
- Dietzgen, Joseph, *Schriften*, ed. por E. Dietzgen, 3 vol., Berlín, 1930.
- Dühring, Eugen Karl, *Kritische Geschichte der Nationalökonomie und des Sozialismus*, Leipzig, 1879, 3ª edición.
- Dühring, Eugen Karl, *Cursus der National-und Socialökonomie einschliesslich der Hauptpunkte der Finanzpolitik*, Berlín, 1873.
- Dühring, Eugen Karl, *Kritische Geschichte der Philosophie von ihren Anfängen bis zur Gegenwart*, Berlín, 1873, 2ª edición.
- Höchberg, Karl, *Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, ed. por Dr. L. Richter, pseudónimo de K. Höchberg, 1879-1881.
- Höchberg, Karl, «Idealismus und Realismus in der Sozialpolitik», en *Die Zukunft*, vol. 2, 1877.
- Höchberg, Karl, «Der Sozialismus und Die Wissenschaft» en ídem, vol. 1.
- Kampffmeyer, Paul, *Mehr Macht! Kritische Streitlichter auf das erfurter Programm der deutschen Sozialdemokratie*, Berlín, 1898.
- Kampffmeyer, Paul, *Unter dem Sozialistengesetz*, Berlín, 1928.
- Lafargue, Paul, *El materialismo económico de Marx*, trad. de J. J. Morato, Madrid, 1929.
- Lange, Friedrich Albert, *Die Arbeiterfrage in ihrer Bedeutung für Gegenwart und Zukunft*, Duisburgo, 1865, 3ª edición aumentada y corregida, Winterthur, 1875.
- Lange, Friedrich Albert, *Geschichte des Materialismus und Kritik seiner Bedeutung in der Gegenwart*, 1866, 1ª edición, 1873, 2ª edición. Reedición por A. Schmidt, 2 vol., Fráncfort, Suhrkamp, 1974.
- Lassalle, Ferdinand, *Gesammelte Reden und Schriften*, ed. por E. Bernstein, 12 vol., Berlín 1919-1920, especialmente vol. 2, 3 y 6.
- Lassalle, Ferdinand, *Nachgelassene Briefe und Schriften*, ed. por G. Mayer, Stuttgart/Berlín, 1925, 6 vol., especialmente vol. 3 y 6.
- Liebknrecht, Wilhelm, *Kleine politische Schriften*, Fráncfort, 1976.
- Liebknrecht, Wilhelm, *Reden*, Berlín, 1925.
- Liebknrecht, Wilhelm, *Reichstagsreden*, T. I: 1867-1883, T. II: 1884-1895.
- Liebknrecht, Wilhelm, «Was die Sozialdemokraten sind und was sie wollen», conjunto de artículos publicados primero en el *Volksstat* y luego en *Der Social-Demokrat*, Berlín, 1925.
- Mehring, Franz, «Aufsätze zur Geschichte der Arbeiterbewegung», en *Gesammelte Schriften*, vol. 4. Berlín, Dietz, 1964.
- Mehring, Franz, «Geschichte der deutschen Sozialdemokratie», en ídem, vol. 1 y 2.
- Mehring, Franz, *Philosophische Aufsätze*, Berlín, 1961.

- Most, Johann Joseph, *August Reinsdorf und die Propaganda der That*, Nueva York, 1881.
- Most, Johann Joseph, *Gewerbe-Ordnung für das deutsche Reich* (acompañado de notas), Leipzig, 1876.
- Most, Johann Joseph, *Die Gottespest* [ed. cast.: *La peste religiosa*, Buenos Aires, 1899].
- Most, Johann Joseph, *Kapital und Arbeit*, Marx-Engels Stiftung, Wuppertal, Fráncfort, 1985 [ed. cast.: *Capital y trabajo*, Ciudad de México, Extemporáneos, 1974].
- Most, Johann Joseph, *Die Lösung der sozialen Frage*, Berlín, 1876.
- Most, Johann Joseph, *Ein Sozialist in Deutschland*, ed. por D. Kühn, Múnich, C. Hanser, 1974.
- Rodbertus-Jagetzow, Karl, *Soziale Briefe an von Kirchmann*. 1ª carta, *Die soziale Bedeutung der Staatswirtschaft*, Berlín, 1850. 2ª carta, *Kirchmanns soziale Theorie und die meinige*, Berlín, 1850. 3ª carta, *Wiederlegung der Ricardo'schen Lehre von der Grundrente und Begründung einer neuen Rententheorie*, Berlín, 1851. 4ª carta, *Das Kapital. Aus dem Nachlass herausgegeben*, Berlín, 1884. La segunda y la tercera carta se publicaron de nuevo en 1875 con el título *Zur Beleuchtung der sozialen Frage*, Berlín.
- Rodbertus-Jagetzow, Karl, *Der Normalarbeitstag*, Berlín, 1871.
- Rodbertus-Jagetzow, Karl, *Die Forderungen der arbeitenden Klassen*, escrita en los años treinta, la mandó al *Allgemeiner Zeitung*, que la rechazó. Publicada fragmentariamente en 1872, fue reproducida por R. Meyer y por A. Wagner. Reeditada por Skalweit, Fráncfort, 1946.
- Rodbertus-Jagetzow Karl, *Briefe und Sozialpolitische Aufsätze*, ed. por R. Meyer, Berlín, 1891, 2 vol.
- Rodbertus-Jagetzow, Karl, *Neue Briefe über Grundrente, Rentenprinzip und Soziale Frage an Schumacher*, ed. por R. Michels, Karlsruhe, 1926.
- Rodbertus-Jagetzow, Karl, *Schriften*, T. III, *Zur Beleuchtung der sozialen Fragen*, parte 2, ed. por A. Wagner, Berlín, 1899.
- Rodbertus-Jagetzow, Karl, *Schriften*, T. IV, ed. por M. Wirth, Berlín, 1899. Contiene entre otros la famosa *Carta abierta al comité del ADAV en Leipzig* (1863) y el artículo *Der Normal Arbeitstag*, pp. 319-336 y 337-359.
- Roscher, Wilhelm, *Geschichte der National-Ökonomie in Deutschland*, Múnich/Berlín, 1874.
- Schäffle, Albert, *Bau und Leben des sozialen Körpers*, 4 vol., Tubinga, 1875-1878.
- Schäffle, Albert, *Die Ausichtslosigkeit der Sozialdemokratie*, Tubinga, 1885.
- Schäffle, Albert, *Die Quintessenz des Sozialismus*, Gotha, 1874.
- Schäffle, Albert, *Zeitschrift für die gesammte Staatswissenschaft*, Tubinga, 1901.

- Schäffle, Albert, *Gesammelte Aufsätze*, 2 vol., Tubinga, 1885-1886.
- Schmoller, G. von., *Über einige Grundfragen des Rechts- und der Volkswirtschaft. Ein offenes Sendschreiben an H. Professor von Treitschck*, Jena, 1875.
- Schmoller, G. von., «Urteil über Bismarck», en *Charakterbilder*, 1913.
- Schramm, Carl August, *Grundzüge der National-Ökonomie*, Hottingen/Zúrich, 1876, 1ª edición; 1884, 2ª edición.
- Schramm, Carl August, *Rodbertus-Marx-Lassalle. Sozialwissenschaftliche Studien*, 1885.
- Schramm, Carl August, «Die Werttheorie von K. Marx», en *Die Zukunft. Sozialistische Revue*, I (1877-1878), pp. 127-135.
- Schramm, Carl August, «Die Wertvorstellung des isolierten Menschen», ídem, pp. 107-114.
- Schramm, Carl August, «National-Ökonomie», en el *Volksstat*, núm. 97 y ss., 1875.
- Schramm, Carl August, «Die Quintessenz des Sozialismus», en *Vorwärts*, núm. 34, 1877.
- Schippel, Max, «Schäffles Lebensbild» en *Sozialistische Monatshefte*, IX, 2 (1905), 1009-1015.
- Schweitzer, Johann Baptist von, *Politische Aufsätze und Reden*, ed. por F. Mehring, Berlín, 1912.
- Vollmar, Georg von, «Revolution oder Reform? Was soll die deutsche Sozialdemokratie tun?», en *Der Social-Demokrat*, 1880-1881.
- Vollmar, Georg von, «Über die nächsten Aufgaben der deutschen Sozialdemokratie». *Zwei Reden erhalten am 1. Juni. und 6. Juli 1891 im Eldorado zu München*, Múnich, 1891.
- Vollmar, Georg von, *Über Staatssozialismus*, Núremberg, 1892.
- Vollmar, Georg von, *Reden und Schriften zur Reformpolitik*, Berlín, Dietz, 1977.
- Wagner, Adolph, *Das Neue Sozialdemokratische Programm*, Berlín, 1892.
- Wagner, Adolph, *Die Akademische Nationalökonomie und der Sozialismus*, Berlín, 1895.
- Wagner, Adolph, *Finanzwissenschaft und Staatssozialismus*, 1887, reedición por A. Skalweit, Fráncfort, 1948.

- *Actas de los Congresos de la Socialdemocracia. Programas*

*Protokolle und Materialien des ADAV, inklusiv Splittergruppen*, ed. por D. Dowe, Berlín, Dietz, 1980 (contiene las Actas de las Asambleas Generales del ADAV y de los grupos ligados a la Asociación).

- Protokolle der sozialdemokratischen Arbeiterpartei*, 2 vol., Bonn, Dietz, 1976 (reimpreso por D. Auvermann). El tomo 1 contiene las Actas de los Congresos de Eisenach (1869), Stuttgart (1870), Dresde (1871), Mainz (1872), Eisenach (1873) y Coburg (1874). El tomo 2 las del Congreso de unidad de Gotha (1875), Gotha (1876) y Gotha (1877).
- Die Kongresse der Sozialistischen Arbeiterpartei Deutschlands unter dem Sozialistengesetz*, 2 vol., Leipzig, Zentralantiquariat der DDR, 1980. El tomo I contiene el informe de los Congresos de Wyden (1880), Copenhage (1883) y St. Gail (1887). El tomo II es la reproducción de las *Actas* de las reuniones.
- Protokoll über die Verhandlungen des Parteitagés der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands*, celebrado en Halle del 12 al 18 de octubre de 1890, Berlín, 1890.
- Protokoll über die Verhandlungen des Parteitagés der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands*, celebrado en Erfurt, del 14 al 20 de octubre de 1891, Berlín, 1891.
- Dowe, Dieter, *Programmatische Dokumente der deutschen Sozialdemokratie*, Bonn, Dietz, 1984.
- Schröder, Wilhelm, *Handbuch der sozialdemokratischen Parteitage von 1863-1909*, Múnich, 1910.

- Prensa socialdemócrata

- Arbeiterfreund. Sozialpolitische Zeitschrift für das arbeitende Volk*, ed. por J. Hannig, Reichenberg/Praga, 1874-1882.
- Berliner Volksblatt*, ed. por W. Blos y W. Hasenclever, Berlín, 1884-1890.
- Demokratische Wochenblatt. Organ der deutschen Volkspartei und des Verbandes deutscher Arbeitervereine*, Leipzig, 1868-1869, reimpreso con una introducción de H. Gemkow y U. Herrmann, Leipzig, Zentral Antiquariat der DDR, 1969.
- Die Gesellschaft*, ed. por R. Hilferding, Berlín, 1924.
- Freiheit*, ed. por J. Most, 1879-1906.
- Gleichheit. Zeitschrift der österreichischen Sozialdemokratie*, Viena/Neustadt, 1870-1877.
- Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, ed. por L. Richter, pseudónimo de K. Höchberg, Zúrich, 1879-1881.
- Die Neue Welt*, ed. por W. Liebknecht, Berlín, 1876 y ss.
- Neuer Sozialdemokrat. Organ des allgemeinen deutschen Arbeiter-Vereins*, Berlín, 1871-1876.

- Die Neue Zeit. Revue des geistigen und öffentlichen Lebens*, Stuttgart, Dietz, 1883 y ss. especialmente años I-X (1883-1892).
- Das Recht auf Arbeit*, ed. por L. Viereck, Múnich, 1884-1890.
- Der Sozialdemokrat*, reedición con un apéndice de H. Bartel, W. Schröder, G. Seeber y H. Walter, T. I: 1879-1882, T. II: 1883-1886, T. III: 1887-1890, Berlín, Dietz, 1970.
- Der Sozialist. Central Organ der sozialdemokratischen Arbeiterpartei Österreichs*, Viena, 1877-1879.
- Die Sozialistischen Monatshefte*, ed. por J. Bloch, Berlín, 1897 y ss.
- Der Volksstaat. Organ der sozialdemokratischen Arbeiter-Partei und der internationalen Gewerksgenossenschaften*, reimpresso con una introducción y bibliografía de E. Kundel, año 1/2 1869-1870, año 3 1871, año 4 1872, año 5 1873, año 6 1874, año 7 1875 y año 8 1876, Leipzig, Zentral-Antiquariat der DDR, 1971.
- Vorwärts. Organ der Sozialdemokratie Deutschlands*, ed. por W. Liebknecht y W. Hasenclever. T. I: 1 de octubre de 1876 - 29 junio de 1877, T. II: 1 de julio de 1877 - 30 diciembre de 1877, T. III: 1 de enero de 1878 - 27 octubre de 1878; reimpresso con una Introducción de K. H., Gensch, Leipzig, Zentralantiquariat der DDR, 1977.
- Die Zukunft. Sozialistische Revue*, Berlín, 1877-1878, reimpresión, Auvermann, 1971.
- Die Wahrheit, sozialdemokratisches Organ*, ed. por Dorsch, Viena, 1881-1885.

## II. Materiales auxiliares

### 1. Bibliografías

- Andreas, Bert; Haupt, Georges, *Bibliographie der Arbeiterbewegung heute und morgen*, en IRSH, XII (1967), pp. 1-30.
- Ausgewählte Literatur über F. Engels, erschienen 1968 bis einsliesslich August 1970*, en MD (1970), pp. 623-647.
- Bibliographie de la Première Internationale*, ed. por M. Rubel, en CISEA, CLII (1964), 249-275, CLXIV (1965), pp. 255-603.
- Bibliographie des Verlages J. H. Dietz in Stuttgart für die Jahre 1882 bis 1922*, ed. por P. Läufer, en BzG, III (1968), pp. 223-253.
- Bibliographie marxistischer Zeitschriften. Literatur zur internationalen Arbeiterbewegung*, en BzG, II y ss., 1960 y ss.
- Bibliographie zum Grundriss der Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, ed. por S. Baron, Berlín (DDR), 1962, 2ª edición.

- Bibliographie zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, ed. por la Biblioteca del Archivo de la socialdemocracia (Friedrich Stiftung), Bonn, V. Neue Gesellschaft, 1976 y ss.
- Bibliographien zur deutsch-sprachigen Arbeiterbewegung*, ed. por T. Pinkus/ I. Maier/ D. Schulz/ A. Pinkus, en JA, 11 (1974), pp. 334-338.
- Bibliographische Einführung in die Geschichte der Arbeiterbewegung nebst Organisationskatalog zur deutschen Arbeiterbewegung*, ed. por la Biblioteca de Historia del movimiento obrero en la Ruhr-Universität Bochum, 1977, 2ª edición.
- Bibliographische Information. Arbeiterbewegung, Marxismus, Sozialismus. Revolutionäre und Befreiungsbewegung, dritte Welt*, ed. por M. Tucek y T. Pinkus, Fráncfort, 1968 y ss.
- Bibliographie des oeuvres de K. Marx avec en appendice un répertoire des oeuvres de F. Engels*, ed. por M. Rubel, París, 1956.
- Blumenberg, W., *K. Kautskys literarisches Werk. Eine bibliographische Übersicht*, Gravenhage, Mouton, 1960.
- Das Werk von K. Marx und F. Engels in der Literatur der deutschen Sozialdemokratie (1869-1895) Bibliographie*, Berlín, Dietz, 1979.
- Dowe, Dieter, *Bibliographie zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung, sozialistischen und kommunistischen Bewegungen von den Anfängen bis 1863*, Berichtszeitraum 1945-1971, Bonn, 1977, 2ª edición.
- Eikermann, Jörg (ed.), *Literaturverzeichnis zur Gewerkschaftsgeschichte*, Düsseldorf, 1977.
- Emig, Dieter; Zimmermann, Rüdiger, *Arbeiterbewegung in Deutschland*, IWK, XIII (1977), 3, pp. 1-93.
- Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung. Bibliographie*, ed. por G. Weimer, en DA III (1970), pp. 49-62.
- Haupt, Georges, *La Deuxième Internationale, 1889-1914. Etude critique des sources. Essai bibliographique*, París, Mouton, 1964.
- Haupt, Georges; Verdès, Jeannine, «Dokumente der Internationalen. Kongresse von 1877 bis 1888» en *Le Mouvement Social*, 51 (1965), pp. 113-126.
- Internationale Bibliographie der Zeitschriftenliteratur*, ed. por R. Dietrich, Osnabrück 1947 y ss. y O. Zeller, desde 1963.
- Internationale Bibliographie marxistischer Zeitschriftenliteratur*, Berlín, Dietz, 1951-1962, 11 vol., artículos de 1950-1959.
- Klotzbach, Kurt, *Bibliographie zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung, 1914-1945*, Bonn, 1976, 2ª edición.
- Knaz, L., «Die deutsche Arbeiterbewegung und die Wissenschaft. Eine kommentierte Auswahlbibliographie zur Entwicklung bis 1914», en *Dialektik*, 3 (1981), pp. 174 y ss.



- Marx-Engels Bibliographie*, ed. por Neubauer, Boppard y Rhein, 1979.
- Scheffler, Hildegard; Noack, Lutz, *Bibliographie zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, Leipzig, 1955.
- Schraepfer, Ernst, *August Bebel Bibliographie*, Düsseldorf, 1962.
- Schriften über F. Engels. Auswahl aus den Jahren 1945 bis 1970*, ed. por Ch. Steinbrecher, 1970.
- Steinberg, Hans Josef, *Die deutsche sozialistische Arbeiterbewegung bis 1914. Eine bibliographische Einführung*, Fráncfort, Campus, 1979.
- Tenfelde, K.; Ritter, G. A. (ed.), *Bibliographie zur Geschichte der deutschen Arbeiterschaft und Arbeiterbewegung 1863-1914, Berichtszeitraum 1945-1975*, Bonn, Neue Gesellschaft, 1981.
- Wehler, Hans Ulrich, *Bibliographie zur modernen deutschen Sozialgeschichte (18.-20. Jahrhundert)*, Gotinga, 1976.

## 2. Archivos y Bibliotecas. Catálogos y repertorios

- Arlt, W., «Das Institut für Marxismus-Leninismus beim Zentral Komitee der sozialistischen Einheitspartei Deutschlands (IML)», en *Marxistische Studien*, 3 (1980), pp. 358-367.
- Arlt, W., *Die Bibliothek des IML. Ein Sammelband*, Berlín, DDR, 1962.
- Dowe, Dieter, *Führer zu den Archiven, Bibliotheken und Forschungseinrichtungen zur Geschichte der europäischen Arbeiterbewegung*, Bonn, V. Neue Gesellschaft, 1984.
- Dowe, Dieter, «Verzeichnis der Archiven, Bibliotheken, Arbeitskreise und Forschungsinstitute zur Geschichte der europäischen Arbeiterbewegung», en «Arbeiter und Arbeiterbewegung im Vergleich», ed. por K. Tenfelde, *Historische Zeitschrift*, 15 (1986).
- Friedemann, Peter, «Materialien zur Geschichte der Arbeiterbewegung an der Ruhr-Universität Bochum», en *IWK*, 10, 1 (1974), pp. 84 y ss.
- Momper, W., *Archiv der Sozialen Demokratie*, Bonn, 1978.
- Momper, W., *Die Quellen zur Geschichte der Arbeiterbewegung in Archiv F. Ebert*, *IWK*, XIV (1975), pp. 182-186.
- Periodika zur Geschichte der Arbeiterbewegung: Bestandsverzeichnis der Bibliothek zur Geschichte der Arbeiterbewegung an der Ruhr-Universität Bochum und des Instituts für Zeitungsforschung der Stadt Dortmund*, Bochum, 1975.
- Die Presse der Arbeiterklasse und der sozialen Bewegungen. Von den dreißiger Jahren des 19. Jahrhunderts bis zum Jahre 1967*, ed. por A. Eberlein, 4 vol. y un Registro, Berlín, Akademie V., 1968-1970.

- Die Presse der deutschen Sozialdemokratie. Eine Bibliographie*, ed. por K. Koszyk en colaboración con G. Eisfeld, Hannover, 1966, 1980, 2ª edición.
- Verzeichnisse der schriftlichen Nachlässe in deutschen Archiven und Bibliotheken*, T. 1: Die Nachlässe in den deutschen Archiven, ed. por W. A. Mommsen, T. 2: Die Nachlässe in der Bibliotheken der BRD, Boppard, 1971.
- Vosske, Heinze, «Über die Struktur und die Bestände des Archivs des Instituts für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED», en *BzG*, V (1963), pp. 105-111.
- «Das zentrale Parteiarchiv der SED», en *Archiv-Mitteilungen*, XVII (1967), pp. 44-46.

### 3. Documentos y Materiales

- Brusatti, A. et al., *Geschichte der Sozialpolitik mit Dokumenten*, Linz, 1962.
- Die erste Internationale in Deutschland (1864-1872)*, Berlín, 1964.
- Ex Libris K. Marx und F. Engels. Schicksal und Verzeichnis einer Bibliothek*, ed. por el IML, con una introducción de B. Kaiser, Berlín, 1967.
- Hühn, R., *Die Vaterlandslosen Gesellen. Der Sozialismus im Licht der Geheimberichte der preußischen Polizei, 1878-1914*, T. I, 1878-1890, Opladen, 1964.
- Der Kampf der deutschen Sozialdemokratie in der Zeit des Sozialistengesetzes, 1878-1890. Die Tätigkeit der Reichs-Commission*, 2 vol., Berlín, 1956.
- Mohr und General. Erinnerungen an Marx und Engels*, ed. por el IML, Berlín, 1964.
- Quellen zur Geschichte der sozialen Frage in Deutschland*, ed. por E. Schraepler, T. I: 1800-1870, Gotinga/Berlín/Fráncfort, 1964, 3.ª edición; T. II: 1871 al presente, ídem, 1957.

### 4. Diccionarios. Cronologías. Indices

- Lexikon des Sozialismus*, ed. por Th. Meyer, S. Miller, etc., Colonia, 1986.
- K. Marx. Chronik seines Lebens in Einzeldaten*, ed. por el Marx-Engels Institut, Moscú, 1971.
- Marx-Engels Verzeichnis: Werke, Artikel, Schriften*, Berlín, Dietz, 1966.
- Osterroth, Franz, *Biographisches Lexikon des Sozialismus*, Hannover, Dietz Nach, 1960.
- Osterroth, Franz, *Chronik der deutschen Sozialdemokratie*, Hannover, 1963.
- Rössler, Hellmuth; Franz, Gunther, *Biographisches Wörterbuch zur deutschen Geschichte*, 3 vol., Múnich, 1974-1975.

### III. Revistas especializadas

- Annali dell'Istituto G. G. Feltrinelli*, Milán, 1958 y ss.
- Archiv für Sozialgeschichte*, ed. por la Friedrich Ebert Stiftung, Bonn, 1961 y ss.
- Das Argument*, ed. por F. y F. W. Haug, Berlín, 1958 y ss.
- Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung (BzG)*, ed. por el antiguo Instituto de Marxismo-Leninismo en el ZK del SED Berlín, DDR, 1959 y ss.
- Beiträge zur Marx-Engels Forschung*, ed. por ídem, Berlín, DDR, 1977 y ss.
- Deutsche Zeitschrift für Philosophie (DZfPh)*, Berlín, DDR, 1953.
- Dialektik*, ed. por H. H. Holz y HJ. Sandkühler, Colonia, Pahl-Rugenstein 1980 y ss., especialmente el núm. 3 (1981), *Arbeiterbewegung und Wissenschaftsentwicklung*.
- Estudios de Historia Social*, Madrid, 1977 y ss.
- Geschichte und Gesellschaft. Zeitschrift für historische Sozialwissenschaft*, ed. por J. Kocka, Gotinga, 1975 y ss.
- Historia Social*, Madrid, 1988 y ss.
- Historische Zeitschrift*, especialmente el núm. especial 15 (1986).
- International Review of Social History (IRSH)*, ed. por el IISG, Ámsterdam, 1956 y ss.
- Internationale Tagung der Historiker der Arbeiterbewegung*, 1966 y ss., especialmente el núm. 16 (1980) y el núm. 19, dedicado a la conferencia extraordinaria de 1983.
- Internationale wissenschaftliche Korrespondenz (IWK)*, Berlín, 1965.
- Jahrbuch Arbeiterbewegung*, ed. por C. Pozzoli, Fráncfort, 1973-1979, y 1981 y ss.
- Jahrbuch Soziale Bewegungen*, ed. por H. G. Haupt, Fráncfort / Nueva York, 1984 y ss.
- Marx-Engels Jahrbuch*, ed. por el IML, Berlín, 1978 y ss.
- Mitteilungsblatt des Instituts zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, Ruhr-Universität Bochum 1979 y ss.
- Le Mouvement Social*, París, 1960 y ss.
- Neuere Studien zur Arbeitergeschichte*, Viena, Europa Verlag, 1984, 2 vol.
- Neue politische Literatur*, ed. por K. Otmar *et al.*, Wiesbaden, 1952.
- Studi storici*, ed. por el Instituto Gramsci, Roma, 1959 y ss.

### IV. Bibliografía general. Monografías y artículos de revista

Las referencias están incorporadas en las notas.



